

Pedro Saz Pérez



El silencio del sabinar

CE
CAL

CONSEJO REGULADOR DE LA CAL

**EL SILENCIO
DEL SABINAR**

EL SILENCIO DEL SABINAR

Pedro Saz Pérez

Teruel, 2013

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín. Colección *Literatura*, 1

Primera edición, 2013

© Pedro Saz Pérez, 2013

Edita:

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín (CECAL).
C/ Magdalena, s/n.
44112 Tramacastilla (Teruel).

Diseño de cubierta:

© M^a Carmen Martínez Samper.
Dibujo a lápiz y plumilla de Carmen M. Samper, 2013.

Depósito legal: TE -29- 2013.
ISBN: 978-84616-34-33-0.

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Imprime: Perruca. Industria Gráfica.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso del autor.
Publicación no venal.

() A mi mujer y mis hijos.*

*A todos los habitantes de la Sierra de Albarracín
que padecieron persecución por sus ideales democráticos
de justicia y libertad durante la II República y la guerra civil.*

El día había amanecido gris, plomizo y frío, muy frío. Unas densas nubes de tonos oscuros y ribetes ligeramente azulados impedían vislumbrar las cumbres de las montañas que rodean Monterde de Albarracín. Vistas desde el suelo simulaban unas enormes capas de algodón suspendidas en el aire que daban la impresión de ir a desplomarse de un momento a otro. Por la carretera que discurre junto al pueblo, se veía pasar muy de vez en cuando algún coche dirigiéndose hacia otros destinos en la parte alta de la Sierra. Tan sólo el lejano y monótono ladrido de un perro rompía el silencio de la madrugada en aquel primero de noviembre de un año cualquiera en el recién estrenado siglo veintiuno.



Las calles estaban desiertas, pero el humo de las chimeneas delataba la presencia humana en la localidad. En una de esas casas, una de las más grandes del pueblo, dos pequeños correteaban en sus amplios pasillos jugando ajenos a los deseos de su madre, que se desgañaba ordenándoles que acabaran de vestirse y bajaran a desayunar. Había en la casona una alcoba de gran tamaño acondicionada con muebles de roble antiguos y exquisitamente decorados. Esta habitación se veía preciosa, además de haber sido recientemente pintada se había restaurado una antigua cenefa que la circunvalaba a escasos centímetros del techo. Las robustas vigas de madera enmarcaban todavía más la espléndida visión de la estancia. Allí mismo la abuela apuraba los últimos minutos tratando de vestirse mientras oía complacida a los críos gritar en medio de sus juegos. Su hijo Alejandro llamó a la puerta del dormitorio y le suplicó que agilizara los trámites de la ropa.

—Madre, se dé prisa ¡que llegamos tarde!

La mujer, una anciana de más de setenta años con la cara surcada por las inevitables arrugas y los achaques propios de la edad, le respondió con la voz entrecortada.

—Ya bajo, prepararme el desayuno, que en cinco minutos he acabado.

Momentos después, una vez ajustado un suéter negro estrenado para la ocasión, se aproximó a la cómoda y abrió el joyero. Extrajo de su interior unos cajoncitos con diferentes joyas y los depositó con sumo cuidado encima del tocador. Miró detenidamente los juegos de aderezos eligiendo unos pendientes de oro viejo y algo desgastado por el uso que sujetaban una perla de tamaño mediano. Acto seguido se los colocó introduciendo —no sin cierta dificultad— los pasadores a través del orificio del lóbulo de la oreja. Luego, entre varias cadenas expuestas en el medallero, eligió una donde sobresalía un grueso cordón de oro que sujetaba una medalla de la virgen. La recogió con las manos mirándola detenidamente. A continuación se la acercó a la boca y la besó, y dándole la vuelta ojeó la leyenda que figuraba en el reverso con una complaciente y melancólica sonrisa: “A mi querida hija Marcelina. 14-9-1935” Después de ajustársela al cuello, se encaminó hacia el armario ropero y sacó de su interior un precioso abrigo de color gris oscuro con el cuello de piel de visón. Lo dobló sobre su antebrazo y salió por fin de la habitación después de echar una última mirada. Bajó por la escalera con sumo cuidado sujetándose en la barandilla y al llegar a la entrada colgó el abrigo en un viejo perchero de madera. Dio media vuelta y entró en la cocina saludando a su familia con los buenos días de rigor. Allí los tenía a todos reunidos, su hijo, la nuera y los dos revoltosos nietos de nueve y once años. Por su parte éstos le devolvieron el saludo y la ayudaron a sentarse lo más cómodamente posible para desayunar.

La familia de Marcelina vivía en Teruel desde hacía muchos años, pero mantenían la casa familiar de Monterde donde acudían todos los veranos y los fines de semana que las múltiples ocupaciones del hijo permitían. En esta ocasión habían llegado al pueblo el día anterior para cumplir con uno de los ritos más sagrados del mundo cristiano: el de honrar a sus difuntos. El hijo de Marcelina cuando los vio a todos juntos se acercó a la vetusta alacena que dotaba de personalidad la habitación donde estaban, todo ello ante la creciente expectación de los más pequeños. Luego, abriendo sus puertas superiores extrajo un paquete que contenía dulces y ensaimadas elaboradas en una de las mejores pastelerías de Teruel.

Después de un desayuno algo copioso donde no faltaron los reproches para que los chiquillos estuvieran quietos, salieron todos juntos en dirección a la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la

Asunción. Cuando iban por la calle Mayor se encontraron con otras familias que llevaban su mismo camino a las que saludaron mientras escuchaban el primer tañido de las campanas llamando a los fieles a misa. Al acercarse a la fuente del Padre Urbano vieron sentados en los bancos de madera a un grupo más numeroso de personas y después de saludarse comentaron sobre el inefable tiempo y las posibilidades de que nevara en cualquier momento. Marcelina y su nuera, cogidas por el brazo, se encaminaron hacia el atrio de la iglesia y allí se quedaron mientras seguían llegando más vecinos. Saludaron a varias mujeres que la besaron con deferencia al pie de la imponente cruz de los caídos que situada de frente a la entrada del atrio proclamaba la existencia de unos mártires caídos por Dios y por España. Instantes después llegó el cura y tras saludar a los presentes abrió la antiquísima puerta de entrada y penetró en la iglesia camino de la sacristía. Minutos más tarde un nuevo repique de campanas indicó a los presentes que pronto iba a comenzar el oficio religioso y las personas mayores entraron en la nave acomodándose en las bancadas delanteras. Momentos después el tercer y último toque de campanas sonaba cuando el cura salía de la sacristía con el cáliz entre sus manos y dispuesto a comenzar la misa. Su hábito morado resaltaba la importancia del día de los difuntos que conmemoraba la liturgia cristiana. Todos los presentes se pusieron de pie y cesaron los murmullos al instante. Comenzaba la ceremonia.

Cuando finalizó la misa casi todos los fieles salieron de la iglesia encaminándose hacia el cementerio situado a las afueras del pueblo junto a la ermita de San Roque. Después de un breve recorrido bajo la amenaza inminente de una nevada que no acababa de caer Marcelina y su familia llegaron al camposanto, atravesaron una pequeña puerta y penetraron en su interior.



Las campanadas del reloj de la iglesia parroquial de Monterde estaban dando las nueve de la mañana cuando Irene se despertaba y después de unos breves instantes se levantaba de la cama. Su marido, Néstor, hacía lo mismo y cada uno de ellos después de lavarse y ponerse la ropa de ir por casa se dirigió a sus ocupaciones matutinas. El hombre bajó al comedor, limpió el serrinero y lo encendió a continuación. Era imperativo ir calentando lo antes posible la estancia donde pasaban la mayor parte del día. Después acudió al leñero del corral y se hizo con unas ramas de estepa y algunos troncos de carrasca que apiñó ordena-

damente en un lateral de la chimenea. Vio el tiempo que hacía y cargó con otra brazada de leña para que no faltara en toda la mañana. El frío era muy intenso y amenazaba nevar en cualquier momento. Mientras, Irene había acudido al dormitorio de sus padres para despertarlos e indicarles que cuando estuviera caliente el comedor les llamaría para que bajaran a desayunar. Este ritual formaba parte de los quehaceres diarios del matrimonio, ya fuesen días laborables o festivos.

Irene era una mujer de cincuenta y tres años de edad, persona muy trabajadora, con las facciones de la cara ligeramente alargadas y poseedora de un cuerpo robusto. Vivía en una bonita casa con la fachada de piedra en el barrio monterdino del *Barrialto*. En la casa habitaban también sus padres, que superaban los setenta años de edad y aunque casi nunca habían sufrido problemas de salud, a principios del otoño habían padecido un fuerte resfriado del que todavía no se habían repuesto del todo. Irene estaba casada con Néstor, un hombretón de su misma edad, mediana estatura, delgado y de un carácter algo alocado. Este era un personaje singular en el pueblo, donde era reconocido por haber conservado desde su adolescencia unas enormes y pobladas patillas que le conferían a su rostro un tono extravagante. Su originalidad no acababa ahí ni mucho menos. También era el propietario de un imponente tractor que gozaba de todas las comodidades posibles —lector de cedés incluido— y que, según comentaba, le ayudaban en su trabajo de labrador. Vehículo al que le encantaba pintar con colores llamativos cada cierto tiempo y cuando pasaba por las calles del pueblo solía hacerlo con la música a todo volumen para llamar la atención. El matrimonio tenía tres hijos, los dos mayores estaban casados y vivían en Valencia y Zaragoza respectivamente. Además tenían una hija pequeña de doce años de edad, que residía interna en un colegio de Teruel y a la que sus padres recogían todos los viernes del curso para que pasara el fin de semana en Monterde. A Irene últimamente se la veía muy contenta porque su hijo mayor le había hecho abuela de una hermosa niña y enseñaba orgullosa la fotografía del bautizo de la pequeña a todas sus amistades. Otra cosa bien distinta era su marido que, si bien estaba igualmente feliz por el natalicio, no llevaba tan bien eso de ser abuelo.

Nada más hacer las primeras tareas del día y comprobar que ya se había caldeado el comedor, Irene subió al dormitorio de sus padres para indicarles que podían bajar cuando quisieran. Luego salió

por la puerta trasera de la casa y atravesando el corral acudió al cobertizo para aviar a los animales de su casa. Al salir de la paridera, dejó la puerta abierta y al momento las aves de corral salieron en tropel a picotear entre los restos de verduras que había esparcido por el suelo. Cuando hubo aviado a los animales volvió a entrar en la vivienda y saludó nuevamente a sus padres preguntándoles cómo se encontraban.

—Estamos bien —respondieron al unísono los abuelos.

Irene se acercó entonces a su madre Josefina, que era quien había estado más delicada durante la reciente enfermedad, y le puso la mano en la frente para comprobar si tenía algo de fiebre.

—Me parece que usted no está nada bien —comentó mirándole fijamente a la cara—. Mire, madre, lo mejor será que se quede en casa porque tiene algo de calentura y si viene al cementerio con el día que hace, va a tener una recaída y será bastante peor. No se apure por nada, que entre el Néstor y yo arreglaremos este año los nichos. Cuando no puede ser, no puede ser y además es imposible —concluyó la mujer muy dada a los refranes populares.

—Hija, a mí me apetecía ir a ver a mis padres y al abuelo en un día tan señalado —protestó la anciana—. No he faltado ningún día de difuntos en toda mi vida.

—Y qué le vamos a hacer, alguna vez tiene que ser la primera, piense en lo que le digo —insistió Irene—. Está para ponerse a nevar de un momento a otro y usted no está bien, si va y le ocurre algo, no me lo perdonaría en la vida. No me haga hablar más. Cuando se ponga bien iremos y les reza usted todo lo que quiera. Ahora desayunen tranquilos, que tengo mucha faena por hacer y van a tocar a misa en cualquier momento —dio por terminada la discusión saliendo del comedor.

Una hora más tarde ya se habían vestido para la ocasión el matrimonio y la hija. Apenas llegaron al salón cuando oyeron el primer toque llamando a misa. Entonces Irene les dijo a sus padres que se quedaran en el comedor viendo la televisión y encargó a su madre que vigilara el fuego con la olla que había preparado para comer. También dejaron dispuestos unos ramos de flores y una escalera plegable para recogerlos cuando acabara la misa antes de acudir al cementerio.

Irene se despidió de su madre y no pudo reprimir una sensación de tristeza al dejarla allí tan afligida. Josefina estaba apesadum-

brada por no poder realizar por primera vez en su vida el encargo que le hizo su padre poco antes de morir. En su lecho de muerte le había encomendado que cuidara del sepulcro del patriarca de la familia, rezara por su alma y cada primero de noviembre depositara un ramo de flores en su tumba. La anciana conocía su historia y llevaba ese deseo como un acto de fe en el sentido literal de la palabra. Como mujer religiosa que lo era y mucho y por el respeto que le merecía la palabra dada a su padre. Esto era en realidad lo único que podía hacer por una persona tan buena como fue durante toda su vida el patriarca de su familia. Además, un ser humano que había sufrido tanto por los acontecimientos que le ocurrieron como no le había pasado en el pueblo a nadie nunca jamás. Y no solo lo pensaba su nieta Josefina, mucha gente que lo conoció en vida así lo proclamaba también. Ella apenas lo recordaba, ya que era muy niña cuando falleció, pero el momento de su muerte lo tenía grabado a fuego en lo más profundo de su corazón.



En el pueblo de Monterde de Albarracín, esa misma mañana, Virtudes se había levantado más temprano que de costumbre. A sus setenta y tantos años de vida todavía mantenía una envidiable salud mucho mejor que su marido José. Aunque ambos tenían la misma edad los continuos achaques y el parkinson incipiente del hombre les estaban haciendo ver que acabarían dando la razón a sus hijos y tendrían que irse del pueblo más pronto que tarde. Lo de ir a vivir con ellos era algo que no deseaban, no porque no los quisieran —los adoraban y mucho más a los nietos— es que no querían ser una carga para nadie y pretendían seguir viviendo lo más independiente posible, como siempre había sido. Por eso habían decidido que si tenían que salir de su casa sería para ir a una residencia. Desde hacía meses estaban tramitando con la asistenta social de Albarracín los papeles necesarios para ir a la residencia de la capital serrana, ya que reunía todas las cualidades que ellos buscaban. Eso sí, los hijos no sabían nada y esperaban el momento oportuno —que por cierto nunca llegaba— para darles la noticia. Si todo iba bien, sería durante las navidades de ese año, al tener la costumbre de reunirse todos durante esas fechas en el pueblo.

La anciana acudió a la pequeña cocina de su casa y encendió a continuación el serrinero, que casi inmediatamente comenzó a calentar la minúscula estancia. Abrió la alacena y sacó un paquete de magdale-

nas, colocándolas encima de la mesa. Luego puso a calentar un pequeño perol lleno de leche y llamó a su marido a voces para que bajara a desayunar, pues presentía que el día iba a ser muy largo. Una vez caliente, cogió el cazo por el asa con la ayuda de un paño de cocina, se sentó en una vieja silla de anea y añadió el líquido hirviendo a un tazón de porcelana. Comenzó el desayuno algo impaciente porque José todavía no había bajado y volvió a llamarle a gritos, esta vez con más determinación

—¡Se te va a enfriar la leche si tardas tanto en bajar! —voceaba.

La amonestación parece que surtió efecto y al poco apareció su marido por la estrecha escalera que bajaba a la entrada de la casa desde las habitaciones del primer piso. Cuando lo vio entrar en la cocina, se levantó para prepararle el desayuno y una vez dispuesto el bol con la leche le dijo que se iba a vestir porque no quería que su hijo y los nietos la viesen en batín y sin arreglar. Ese punto de coquetería femenina era algo que el tiempo no había podido cambiar. No eran solo apariencias, se trataba sencillamente de su actitud ante el trabajo y en la vida, pues siempre había detestado la despreocupación y el abandono. Ella había sido siempre así. Antes de salir de la habitación se acercó a la ventana y apartando la cortina comprobó el tiempo que hacía.

—Me parece que va a nevar —exclamó.

Luego se acercó nuevamente a la estufa comprobando que todavía había ascuas en su interior. Cerró la puerta del serrinero y le indicó a su marido que más tarde le echara algún leño para que no se apagase.

—Estate pendiente del fuego, que cuando vengan los chicos esté la casa caliente —advirtió la anciana mientras marchaba a cambiarse a su habitación.

En unos instantes se encontraba nuevamente en el dormitorio. En realidad su hogar era bastante pequeño. Virtudes se había preguntado muchas veces cómo era posible que en una morada de tan reducidas dimensiones hubiera podido criar a sus tres hijos y convivido con sus suegros durante un tiempo, pero lo cierto es que así había sido. La casa se encontraba situada en una zona del pueblo conocida como la *Umbría* y, como su nombre indica, era el lugar que menos horas de sol tenía en toda la localidad. En este barrio había un grupo

de viviendas que apenas habían sufrido modificaciones a lo largo de los años. Casas pequeñas construidas con los techos bajos para preservar el calor todo lo posible. Sin embargo, con el paso del tiempo los edificios fueron envejeciendo, porque muchos dueños no quisieron o no supieron adecuarlos a las comodidades que la vida moderna iba deparando. Por eso había viviendas que presentaban un aspecto deplorable.

Una de las pocas casas que había sido restaurada era la de Virtudes. Del mobiliario interior tan solo había mantenido los antiguos cabezales de las camas y una preciosa cocina. Esta era de reducidas dimensiones, en la que destacaba una vieja alacena de madera empotrada en la pared que cubría todo un frontal de la habitación. Este mueble había sido reparado en numerosas ocasiones y a pesar de estar coloreado con una pintura de tono suave mantenía intacto el encanto de lo tradicional. Destacaban en la parte superior dos puertas delicadamente trabajadas, que sujetaban sendos cristales y permitían ver como colgaban de los estantes unas preciosas piezas bordadas de hilo blanco. Más abajo se habilitaban cuatro grandes cajoneras labradas con esmero. En la parte inferior se situaban tres ánforas que descansaban ladeadas sobre una gran tabla agujereada. La cocinilla económica alimentada con leña fue de uso cotidiano nada menos que hasta 1979, cuando los hijos les obligaron a cambiarla, comprándoles entre todos una moderna de gas. Las acometidas del agua corriente fueron instaladas hacia final de la década de los años sesenta. A principios de los ochenta habían cambiado también por imposición de los hijos la instalación de la luz, adecuándola a las nuevas necesidades, al tiempo que habían transformado la antigua cuadra en un coqueto comedor. Y por último, ya más recientemente, habían arreglado la fachada y el tejado. Por todo ello el matrimonio estaba muy contento con su casa y agradecían complacientes la ayuda de sus hijos con las novedades que habían ido introduciendo.

Estaba todavía mudándose Virtudes, cuando escuchó el claxon de un coche. Su sonido le era familiar. Era su primogénito Jaime y sus nietos mayores que llegaban desde Barcelona. Se asomó por la ventana, la abrió y vio a su marido que salía de la casa para abrazar a su hijo. Ella también lo saludó con la mano y sonrió a los pequeños que le gritaban:

—¡Abuela, ya estamos aquí!

—¡Bajo enseguida! —comentó Virtudes algo nerviosa mientras cerraba la ventana.

Acabó de vestirse y descendió por las escaleras para abrazar a los nietos en la entrada mientras la bombardeaban a besos y atropelladamente intentaban explicarle el largo trayecto realizado. La abuela, después de besar a su hijo, le preguntó por el viaje.

—Bien —le respondió—. Salimos ayer tarde de Barcelona y hemos dormido en casa de mi hermana Patricia en Zaragoza. Te manda recuerdos y espera que le llamemos por teléfono para decirle si encontramos por fin el sitio.

La respuesta del hijo afectó a la mujer, que se emocionó y comenzó a sollozar mientras recogía un pañuelo de su bolsillo y enjugaba sus lágrimas. Jaime le abrazó tiernamente y le dedicó unas palabras de consuelo:

—Tranquila, madre, no llores ¡esta vez creo que hemos acertado! —exclamó.

El abuelo y los nietos se quedaron en la calle comentando los pormenores del viaje. Por su parte, Virtudes y su hijo entraron en la cocina y se sentaron para poder hablar más tranquilos.

—Al final he venido yo solo, he dejado en Barcelona a mi mujer y a la pequeña. He traído a los chicos porque ya son mayores y quiero que vayan conociendo la historia.

—Tenías que haberlos dejado, son muy pequeños todavía —protestó la mujer.

—Ya hemos hablado de eso otras veces y he creído conveniente que vinieran —sentenció el hijo.

Luego cogió una carpeta que llevaba sujeta por las axilas y abriéndola sacó varios papeles que enseñó a la anciana mujer.

—Estos son los planos madre ¡esta vez sí!

Como vio que se emocionaba otra vez, levantó la mano acariciándole la cara. Jaime empezó a contarle que por fin había dado con un historiador que tras varias entrevistas había conseguido saber donde se encontraba el sitio exacto, el recóndito lugar que llevaban varios años buscando.

—Y para que te quedes más tranquila aquí tengo unas fotocopias de los planos originales —concluyó su exposición.

Su madre no pudo aguantar más la emoción y comenzó a llorar desconsoladamente. Jaime se levantó de la silla y fue hacia ella abrazándola por la espalda y el cuello mientras ésta se enjugaba las lágrimas. Cuando logró tranquilizarse le comentó a su hijo que había estado el día anterior en el cementerio cumpliendo con sus obligaciones y que cuando quisiera podrían comenzar el viaje que llevaban tantos años esperando. Después de estar hablando durante más de media hora, Virtudes y su hijo salieron a la calle llamando a José y a los nietos. La familia entera se subía al coche mientras oían el tercer toque de campanas llamando a la misa de difuntos. Se acomodaron como buenamente pudieron y cuando bajaban por la *Umbría* vieron como dos coches cruzaban en opuesta dirección por el puente del río Manzano. Y sin más dilación salieron de Monterde en busca de su anhelado destino.



La alarma del despertador sonaba impaciente. Era la madrugada del día de los difuntos en el dormitorio de un piso situado en el barrio zaragozano de Las Fuentes. Y así siguió durante un breve intervalo de tiempo hasta que una mano, palpando torpemente el reloj, logró silenciarla. Carlos encendió la luz de la habitación despertando a su mujer mientras la movía con el brazo y ésta se revolvía inquieta al otro lado de la cama.

—Levántate, Cecilia ¡que se hace tarde!

Así lo hizo la mujer y tras un prolongado bostezo se alzó del lecho colocándose el batín y se calzó a continuación unas zapatillas. Acudió a la habitación de su hijo pequeño y tras golpear en la puerta varias veces la entreabrió conminándolo a levantarse.

—Venga, Adrián ¡que ya es la hora! —ordenó melosa la madre.

—Por favor déjame cinco minutos más y ya me levanto —respondió el chico tras un bostezo aparatoso.

—La misma cantinela de siempre —pensó Cecilia—. ¡Pero mira que me cuesta levantarlo de la cama! —terminó diciendo cuando cerraba la puerta y volvía a sus quehaceres.

Mientras su esposo se duchaba ella acababa de arreglar el dormitorio y se dispuso a desayunar. Cuando hubo finalizado, preparó el de su marido e hijo y acudió a su aseo para ducharse. Minutos después Carlos y su retoño estaban en la cocina degustando el desayuno preparado por Cecilia. Adrián, algo enfurruñado, protestaba por el largo viaje. No figuraba entre sus planes ese desplazamiento, sin lugar a dudas prefería quedarse con sus amigos.

—No sé por qué os empeñáis en que vaya otra vez. Todos los años lo mismo ¿por qué no viene también mi hermano? —se quejaba amargamente.

—Desayuna y deja de protestar —cortó secamente su padre—. Tienes solo quince años y harás lo que yo te diga. Y deja a tu hermano en paz, que se queda aquí porque tiene que estudiar la oposición. Además él nunca se ha quejado tanto como tú —concluyó.

En estas estaban cuando entró el hermano mayor de nombre Vicente con el batín medio abierto, el pelo revuelto y frotándose los ojos con las manos.

—¿Ya os vais? —comentó—. De buena gana me iría con vosotros, pero me resulta imposible.

—Te creo —terció el padre— pero, como ya te dije, si te quedas tienes que aprovechar el tiempo.

—Voy de calle, papá, hago lo que puedo —le respondió Vicente, algo molesto por la imposición cuando él ya estaba predispuesto para quedarse a estudiar.

—Ya lo sé, hijo, pero sabes que siempre te digo que hay que ser responsable —dijo refiriéndose a los dos—. Yo sé que creéis que resulta un incordio hacer este viaje todos los años, pero creo que tenemos una obligación moral con la familia y siempre que podamos tenemos que ir —concluyó.

Entonces el hijo mayor comentó dirigiéndose a su padre.

—Mira, papá, yo creo que ya es hora que le cuentes a Adrián la vida del abuelo, es mayor y ahora lo entenderá.

—¡Qué quieres que me diga si ya lo sé todo! —saltó como un resorte el pequeño.

—Perdona, chaval, pero te aseguro que no tienes ni idea ¿verdad? —preguntó Vicente mirando a su padre.

—Creo que tienes razón —le respondió—. Cuando lleguemos le contaré la historia que te conté a ti hace años. Me parece que ya va siendo hora.

En esa discusión estaban cuando entró la madre y los puso a todos firmes.

—¿Todavía estáis así? ¡Venga, a mudarse que se nos hace tarde! No hagamos esperar a los tíos en Calamocha.

Carlos y Adrián se levantaron al unísono y raudos acudieron a sus habitaciones a vestirse dejando a Vicente desayunando en paz y sonriendo al ver que la bronca no iba con él. Todos conocían el temple de Cecilia y no era cuestión de ponerla a prueba. Minutos después ya estaban vestidos, se despidieron del hijo mayor haciéndole las últimas recomendaciones y bajaron al garaje con el equipaje típico de la fecha: dos ramos de flores y un manojo de claveles. Se subieron al coche y enfilaron el camino de Teruel.

Amanecía cuando atravesaron el puerto de Paniza aunque sería más correcto decir que habían pasado de la oscuridad de la noche a las tinieblas del día. Éste era realmente desapacible y tal como iban aproximándose a su destino el cielo se veía cada vez más encapotado.

—¿Has cogido las cadenas? —preguntó Cecilia.

—No te preocupes —respondió su marido.

—Tienes que ser más precavido, si le da por nevar, lo tenemos claro.

Carlos se removió incómodo en su asiento y se defendió.

—¡Qué exagerada eres!

—Lo que tú digas, pero espero que no tengamos problemas —como era su costumbre, Cecilia siempre decía la última palabra.

Media hora más tarde llegaban a Calamocha aparcaron el coche y llamaron al timbre de un chalet adosado situado a las afueras del pueblo.

—¡Son los tíos y el primo! —gritaron desde dentro de la casa unas voces infantiles mientras miraban por la ventana.

Salieron dos críos por la puerta y se abalanzaron sobre sus familiares besándolos. Al momento aparecieron también los padres se saludaron y los invitaron a entrar.

—Déjalo —dijo Carlos—. Se nos ha hecho algo tarde y no me gusta para nada las nubes que veo. Mejor vayámonos y si nos sobra tiempo a la vuelta ya descansaremos.

—Como quieras —confirmó su hermano—. Luego éste les contó el plan a seguir.

—Voy a coger el coche. Si quieres paramos en Cella cuando volvamos de Monterde y tomamos algo.

—De acuerdo, Julián —dijo Carlos dando por finalizada la conversación.

Los miembros de la familia subieron a los coches y continuaron la marcha. En media hora habían llegado a Cella. Siguieron la carretera por el interior de la población y continuaron su camino hasta Monterde de Albarracín. Casi veinte minutos más tarde llegaban a su destino con un tiempo cada vez más amenazador. Cuando entraron en el pueblo, pasaron enseguida por una plaza desierta mientras oían el tercer y último toque de campanas llamando a misa. Antes de atravesar el pequeño puente del río Manzano, tuvieron que esperar que lo cruzara un coche que bajaba desde el cementerio. Una vez pasó, lo franquearon y después de subir aparcaron su vehículo a las afueras del camposanto, al tiempo que percibían la soledad del entorno.

—Menos mal que no hay moros por la costa. No me apetece ver a nadie —comentó Carlos mientras encorbaba las cejas mirando a su alrededor.

—Tranquilo, hombre —le sosegó Julián—, comenzaba la misa cuando entramos en el pueblo, tenemos tiempo de sobra. Además, si encontramos a alguien, no pasa nada. ¿O es que toda la vida vas a estar de guerra con esta gente? Ya han pasado años desde aquello y no vive nadie de los que abochornaron al padre —concluyó su hermano.

—Escucha, Julián —expuso Carlos con rapidez— tú no estabas en el bar el día que el padre sufrió aquella vergüenza. Pobre hombre. Encima que habían fusilado a su padre y quedó huérfano en el pueblo pasando hambre y calamidades. Ya sabes que años después de acabar la guerra civil no le quedó más remedio que junto a la abuela

marchar a Zaragoza porque aquí nadie le daba trabajo. Su delito como el de tantos otros era el de ser hijo de un rojo. Aún con todo siempre pensó que podría volver a Monterde, pues tenía nostalgia de su casa..., tú lo sabes. ¡Ay! Si hubieras estado en el bar cuando entró aquel domingo y empezó a hablar en voz alta sobre lo bien que lo estaba haciendo Franco y lo inteligente y buena persona que era. Todos los presentes lo miraron y él mientras realizaba aquellos comentarios, en realidad estaba pidiendo perdón por haber sido el hijo de un rojo, aunque en realidad el abuelo siempre se consideró un simple republicano. Y mientras hablaba se tragaba su orgullo y soportaba a duras penas las cínicas miradas de algunos y sus despreciables risas. Te aseguro que te hubieras muerto del bochorno y hubieras odiado a esta gente hasta el fin de tus días. Y mira para lo que le valió al pobre. A los dos años de estar viviendo nuevamente aquí, murió y él, que nunca quiso a la Iglesia, aquí lo tienes enterrado para burla de los diablos con sotana que él decía.

—Carlos, de eso hace ya un montón de años y tú eras un crío. ¡Si todavía no había muerto el dictador! Ya es hora de pasar página de una vez por todas. Bueno, nosotros a lo nuestro —concluyó su hermano con una palmada cariñosa en la espalda mientras traspasaban los umbrales del cementerio.



Los peores presagios que llevaban comentando los hombres del tiempo se estaban cumpliendo a rajatabla. La ciudad de Valencia estaba amaneciendo igual que los dos últimos días y una densa niebla matinal volvía irreconocible a la bella capital del Turia. En las proximidades de un vetusto edificio que circunvalaba una plazoleta circular en el barrio de Benimaclet circulaba un moderno monovolumen muy de madrugada. Su conductor dejó aparcado el coche en doble fila en el interior de la plaza y comentó a sus ocupantes que esperaran mientras recogía a los tíos. Salió del vehículo y acercándose a un portal de la replaceta llamó a un timbre. La respuesta vino casi al instante.

—Sube un momento, necesito que me ayudes —le dijo una voz a través del interfono.

El sobrino subió deprisa por los gastados peldaños de la escalera y al momento estaba en el segundo piso hablando con su tío Gabriel al pie mismo de la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sé si podremos hacer el viaje —obtuvo como respuesta.

—¿Está peor la tía? —inquirió de nuevo un preocupado Javier.

—Me parece que no se encuentra muy bien —dijo el anciano—. Lleva tiempo diciendo que esta vez va a ser la última que vaya a Teruel y ciertamente está muy delicada de salud. No sé si lo resistirá. Será mejor que entres en la habitación a ver como la encuentras y luego haremos lo que tú digas —solicitó Gabriel.

Penetró el joven en el dormitorio de la anciana que estaba empezando a levantarse y acercándose le dio dos besos al tiempo que le preguntaba cómo se encontraba.

—Si te digo la verdad, no estoy bien —respondió la mujer— pero por todas que este año voy a acudir porque no creo que haya otra vez. Me despediré de los míos, pues mi tiempo se ha acabado ya.

—No seas agorera, mujer. Llevamos así tres años oyéndote la misma queja y siempre has respondido bien. Además en el coche están tu prima Flora y mis hijas, que también vienen en este viaje. Como mi mujer no ha podido cambiar el turno y trabaja esta mañana, las he traído conmigo. Vas a estar muy bien acompañada —la animó Javier.

—¿Ves? ¿Qué te parece? Vienen todos. Si estás con fuerzas vamos y te prometo que al año que viene no insistiré —intervino Gabriel dándose la vuelta mientras salía de la habitación y se dirigía a la cocina—. Bueno, compañera, vístete y te voy preparando el desayuno y un café para Javier.

Mientras cruzaban la puerta, Javier sonreía al recordar las últimas palabras de su tío. No podía remediarlo. Desde que tenía uso de razón siempre la había oído llamar de esa manera. Así se dirigían entre ellos desde el día que se conocieron en una reunión sindicalista durante su exilio en el sur de Francia. Sus tíos mantenían a pesar de su edad una relación verdaderamente especial y actuaban como lo que eran: una pareja de anarquistas convencidos a la vieja usanza. Por supuesto no estaban casados y a Javier todavía le chocaba oír la palabra compañera al referirse a la mujer con la que convivía su tío. Ambos se sentían seres libres y como tal no aceptaban dueños ni serlo de nadie. Y todavía menos de ningún ser vivo. Si alguien se le dirigía mencionando “su mujer” o a ella “su marido” les molestaba bastante y reconvenían al

interlocutor que ellos no poseían seres humanos y que éstos eran libres por su propia naturaleza. Si escuchar esta palabra pudiera ser normal entre personas jóvenes resultaba cuanto menos extraña oírlo en boca de la gente mayor. Sus labios conferían a dicho término unas connotaciones bellísimas. En infinidad de ocasiones les había escuchado comentar a los ancianos la frase “la compañera nos hará un café”. Y ciertamente Javier nunca se llegó a acostumbrar.

En un instante, con una diligencia impropia de su edad, Gabriel tuvo dispuesta la cafetera y un vaso de agua para que la compañera tomara su medicación diaria. Mientras esperaban que apareciera, comentaron el tiempo que hacía y las posibilidades de que empeorara en Teruel.

—En estas fechas todo es posible. Pero no ha nevado aún y por lo tanto no creo que haya hielos. Nunca hay que tener miedo —dijo Javier—. Haremos lo de siempre: Iremos al cementerio de Monterde y arreglamos el nicho de la abuela. Luego, ya de bajada, nos acercamos a Caudé para que la tía haga la visita acostumbrada.

—Como quieras —confirmó Gabriel.

Momentos después aparecía su tía en la puerta con un vestido gris oscuro y una boina vieja, pero limpia, de estilo parisiense. Javier contento por el ánimo de su tía no pudo evitar otra sonrisa de satisfacción, al fin y al cabo las dos primas iban a ir juntas. Mientras desayunaba la mujer, Gabriel acudió al dormitorio y lo acondicionó. Recogió los abrigos y entró nuevamente en la cocina mientras los allí reunidos ultimaban el desayuno. Una vez Javier hubo tomado el café, se quedó mirando detenidamente a los ancianos mientras se colocaban los abrigos.

A pesar de las dolencias que últimamente los habían castigado, ahí estaban dispuestos a cumplir con las obligaciones que siempre se habían impuesto. Eso sí, nadie se podía imaginar cuánto les molestaba acudir al cementerio en la fecha que la liturgia cristiana establecía como obligatoria para honrar a los difuntos. Lo hacían única y exclusivamente porque era la única manera de encontrar abierta las puertas en el de Monterde. ¿Qué pasaba durante el resto del año? ¿Dónde estaban los creyentes? ¿Era un día para recordar y trescientos sesenta y cuatro para olvidar? Por ideología no estaban de acuerdo en que ninguna norma fuera de obligado cumplimiento. La vida tenía otro ritmo y no

había porqué estructurarla por decreto. En esto de la religión Gabriel era el que lo tenía más claro. Sencillamente, las consideraba a todas como el opio del pueblo. Eran la excusa perfecta para que unos pocos vivieran de común de los mortales explotando los enigmas de la vida con contenidos que solo ellos atisbaban a interpretar. Este era su planteamiento siempre que entablaban discusiones sobre religión con otras personas.

La pareja se parecía físicamente como dos gotas de agua. Gabriel era unos años mayor y aunque aparentaba estar en buenas condiciones sólo era pura apariencia. Era un hombre de ochenta y cuatro años de edad, vegetariano por convicción, delgado hasta rayar el raquitismo, con el pelo gris, que surgía de una densa mata impropia para sus años, y una tez morena y tersa donde apenas aparecían arrugas. Ella era también de mediana estatura, de constitución extremadamente delgada y, por supuesto, vegetariana. Su pelo era totalmente blanco y tenía una cara limpia con unos ojos expresivos y luminosos. Jamás en su vida se había puesto los potingues que frecuentan las mujeres y posiblemente ello le había permitido poseer una tez impoluta y una mirada limpia que mostraba la franqueza de su ser. Llevaba unos años cada vez más delicada de salud y no se acostumbraba a las visitas de los médicos. Ella, que siempre se había preciado de no haber estado nunca enferma ni por un simple resfriado.

No habían querido tener hijos y asumían su austera soledad como una forma de vida totalmente diferente a la de sus coetáneos. Javier había sido para ellos el hijo que nunca habían tenido. Siempre estuvieron en contacto a pesar de su etapa en el exilio, aunque la relación que tuvieron con él fue muy especial. Como abominaban de los formulismos convencionales, desde un principio se tuteaban con el chico, al que insistían para que les llamara por su nombre de pila. Javier, tan sólo desde hacía unos pocos años, se había atrevido a llamarles familiarmente como sus tíos que eran, pues él no comulgaba con esas ideas tan extremas. Y ellos que lo adoraban, se lo permitían aunque no lo compartían. Lo cierto es que se llevaron un disgusto tremendo al principio, aunque poco a poco se fueron acostumbrando.

Vivían de una irrisoria pensión y de lo que habían cotizado en el extranjero gracias a su trabajo cuando estuvieron en el exilio. Ninguno de los dos fumaba. Y como no tenían gusto por el dispendio podían sobrellevar una vida sencilla sin lujos, pues ni podían tenerlos por

una cuestión material ni sus convicciones políticas y sociales se lo permitían.

Pero como todos los seres humanos también tenían sus contradicciones y su único vicio confeso —al que no podían sustraerse— era el vino y si era bueno mucho mejor. De surtirles bebida de calidad se encargaba Javier que de vez en cuando les llevaba alguna caja de vino de Rioja y en los últimos años también algún Ribera del Duero. Y ellos agradecían gozosos tanta generosidad ya que tenían la buena costumbre desde su etapa francesa de servirse un vasito antes de las comidas.

Ateos convencidos —por la gracia de Dios— como su adorado Luís Buñuel, eran unos amantes del cine de autor y especialmente del neorrealismo italiano y la Nouvelle vague francesa. Tenían una predilección especial además del director español por dos cineastas tan dispares como Sergei Eisenstein y Pier Paolo Pasolini, a quien conocieron personalmente en uno de sus viajes a Italia.

Vivieron en el exilio francés hasta el retorno de la democracia en España y acompañaron a Federica Montseny cuando acudió a un mitin realizado en la plaza de toros de Valencia en plena transición. No les gustó el ambiente que se estaba creando en torno a su querida C.N.T. y pocos meses después decidieron quedarse para siempre en Valencia. Con el dinero que tenían ahorrado se compraron un piso en una antigua finca construida durante los años cuarenta. Su vivienda tenía la ventaja de no ser muy grande y por lo tanto les ocasionaba poco trabajo para limpiar y escaso gasto de mantenimiento.

El tiempo libre lo dedicaban a leer, ver alguna de las películas que estrenaban en los cines de arte y ensayo y acudir a su segunda casa, el local que la organización anarquista tenía por la calle de San Martín. Además al vivir en el barrio de Benimaclet gozaban de la cercanía de su prima y única familia, pues tenía otro primo que era el hermano de Flora pero vivía exiliado en México. Disponían de una biblioteca pequeña en la que destacaba la presencia de libros escritos en varios idiomas que dominaban a la perfección. El alemán por parte de él y sobre todo francés que era el preferido de ambos. El tema predominante eran los clásicos revolucionarios y otros libros de ideología anarquista.

Javier les animó a salir cuando antes mejor, pues quería llegar pronto a Monterde y lo que había escuchado sobre el tiempo no le

gustaba en absoluto. Una vez se colocaron las prendas de abrigo, bajaron al coche donde les esperaban su prima y las nietas de ésta, de once y ocho años de edad respectivamente. A ninguno de ellos les apetecía coincidir durante ese día con los beatos de Monterde y más en un cementerio que consideraban suyo. No guardaban buenos recuerdos de la mayor parte de la gente del pueblo y si iban allí en ese día era porque el mismo estaba abierto desde la tarde anterior y podían entrar a depositar flores en la tumba de la abuela de Javier.

Llegaron muy pronto al cementerio de Monterde y Javier limpió el nicho familiar con suma dedicación colocando a continuación un ramo de claveles bajo la atenta mirada de su madre. Allí mismo, mientras se dedicaba a las labores de limpieza, fueron oyendo los dos primeros toques de campana que llamaban a misa de difuntos. El cielo daba miedo y amenazaba con descargar una tormenta de un momento a otro, de manera que Javier aceleró las tareas de limpieza para salir cuanto antes de allí.

Oyeron el tercer y último toque de misa cuando volvían a salir del cementerio buscando el camino de la carretera a Cella. En la bajada hacia el pueblo se cruzaron con un coche que esperaba a que pasaran el puente del río Manzano para seguir también en dirección a la ermita de San Roque. El tiempo corría muy deprisa y había llegado la hora de continuar el viaje, aún quedaba mucho por hacer.



- PRIMERA PARTE -

Las cuatro estaciones



OTOÑO 1910

*En el mes de septiembre,
quien tenga trigo que lo siembre
(Popular)*

Era todavía noche cerrada cuando Anselmo se levantó con todo el cuidado del mundo para no despertar a sus hijos que dormían en las habitaciones contiguas. Su mujer Asunción hizo lo propio. Al momento se encontraron los dos realizando las primeras tareas de ese día: Anselmo recogiendo los aperos del carro y colocando los aparejos de las caballerías y Asunción cocinando los gazpachos medio preparados la noche anterior. Cuando hubo finalizado el almuerzo, Anselmo entró en la paridera y, tomando las riendas de las acémilas las unció al carro abriendo luego las dos hojas del portón del corral. Salió del mismo a continuación y una vez alcanzaron la calle detuvo a los animales echando el freno al carromato para evitar que se deslizara cuesta abajo. Todo ello lo hizo con cierta celeridad pues se había propuesto en ese día trabajar en dos campos que estaban situados bastante lejos del pueblo. Además tenía que darse prisa con finalizar las tierras que le quedaban todavía por sembrar pues, en el aparceo con la mula que le había prestado su primo Mariano, llevaba algunos días de más y en dos jornadas se la tendría que devolver junto con la suya propia, para que a su vez éste siguiera laborando sus campos. Esta especie de ayuda mutua con los animales de labor era una práctica común entre los pequeños labradores de la Sierra. En Monterde de Albarracín la gran mayoría de las familias la utilizaban como un recurso necesario. Ayudándose de esta manera, podían hacer frente a las tareas más pesadas del campo como la siembra o el acarreo de la mies.

—No sé qué sería de nuestras haciendas si no nos ayudáramos con los animales para poderlas trabajar —pensó mientras acariciaba

la frente de la mula cabecera con unas suaves palmadas—. Y menos mal que a mi primo le pareció bien el aparcear conmigo durante estas fechas —concluyó su breve reflexión cuando cerraba el portón del corral.

Luego, una vez liberado de nuevo el carro, cogió el ramal con la mano dirigiendo a las acémilas por las tortuosas calles de la localidad, dispuesto a comenzar las labores propias de la estación, que eran los de la siembra.

A pesar de ser todavía temprano, ya había comenzado el tra-siego diario en el pueblo y el medio millar de habitantes que completaban el censo municipal se aprestaban a sus trabajos respectivos. Las mujeres en casa, preparando los almuerzos o aviando a los animales y los hombres, recogiendo los aparejos de labranza. Anselmo enfiló subido al carro el camino que tenía que llevarle a un paraje del pueblo conocido como *Hoya Quemada*, donde tenía las tierras para sembrar. Los rayos de luz eran todavía débiles y temblorosos, pero ya comenzaban a dibujar en la amplia hoya, donde se asienta el pueblo de Monterde de Albarracín, los contornos sinuosos de la montaña de la ermita de San Cristóbal. Todavía algo adormecido se desperezó en el asiento del carro, dejando traslucir a través de un prolongado bostezo, el cansancio acumulado por el trabajo de los últimos días. Lo cierto es que a pesar de las siete horas de descanso en el catre, la fatiga seguía siendo un pesado lastre difícil de llevar.

Al momento, mientras sujetaba las riendas de las caballerías —azuzándolas al mismo tiempo— extrajo del bolsillo de su chaqueta de pana una petaca con tabaco negro y papel de fumar. Se dispuso a liarse un cigarrillo con una actitud tan sumamente mecánica como es posible apreciar en aquella persona que la ha ejecutado varias veces al día durante muchos años. En pocos segundos, con destreza, tuvo liado el cigarrillo y acto seguido se lo acercó a la boca. Luego, sacó del bolsillo de su chaleco un encendedor sujetándolo con una mano mientras friccionaba con la otra la rueda del mismo hasta conseguir que saltara la chispa, aproximó el cigarrillo a la mecha prendida, e inhaló profundamente todo el humo que pudo.

El silencio de la noche era ya historia. Con las primeras luces del alba se tenía la sensación de que el mundo había cambiado por completo de repente. Los numerosos gallos existentes en el pueblo re-

clamaban su derecho a hacerse notar al romper el día, con un canto continuo, sin apenas pausas, que recorría las viviendas en medio de un ritmo acompasado y monocorde. Al mismo tiempo, conforme iban quedando atrás las últimas casas del pueblo, el persistente cacareo de las aves de corral se confundía con el trinar de innumerables pájaros que, a su manera, festejaban también la aparición de las primeras luces. Toda esta algarabía resultaba en ocasiones verdaderamente ensordecedora y junto al intenso frío del amanecer durante el otoño, hacían de cada bocanada de ese primer pitillo un verdadero placer. Nuestro hombre retomó las riendas de las mulas y siguiendo el camino de las eras hacia Albarracín, pasó junto al *peirón* de *Las Almas*, santiguándose e interiorizando una breve oración. Luego, apoyando el torso en un extremo del asiento, espoleó de nuevo a las acémilas y comenzó a pensar en aquellas cosas que últimamente le quitaban el sueño llenándole de amargura.

Anselmo contaba con cuarenta y dos años de edad, era un hombre de complexión robusta y menuda, de facciones marcadas, ojos grandes y nariz ancha con un bigote bastante poblado que le confería un aspecto algo rudo, lo cual chocaba al oírlo hablar pues su voz tenía un sonido afable. Aunque se preciaba de ser muy amigo de sus amigos, era poco hablador y tenía como único vicio conocido un descontrolado amor al tabaco, hábito que había adquirido desde que volvió al pueblo tras servir en el ejército durante las guerras de ultramar. Las circunstancias que él había vivido durante los últimos años habían incidido en su manera de ser, acrecentando su religiosidad, aunque sin llegar a ser considerado como un beato al uso. La familia de Anselmo estaba compuesta por su mujer Asunción y cinco hijos. Habían tenido dos vástagos más, pero murieron. Precisamente en los próximos días se cumplirían los dos años del fallecimiento de su última hija.

—Dios me la dio, Dios me la quitó, Dios la tenga en su gloria—concluía siempre Anselmo cuando recordaba a su pequeña—. Todos los hijos que mueren son una losa difícil de levantar para sus padres y acaban marcándoles de una manera u otra para el resto de sus días—pensaba.

Años atrás, en el pueblo de Monterde, murieron durante uno de los inviernos más crudos que se recuerdan doce niños de corta edad. Uno de ellos era el hijo de Anselmo; tenía cuando falleció, a consecuencia de una bronquitis, tan sólo tres años. La muerte de su pequeño

le dolió enormemente. Las causas del deceso y el hecho de haber afectado a tantos críos en el pueblo en poco tiempo dejaron en Anselmo y Asunción un profundo sentimiento de tristeza y dolor. A sabiendas de que no se podía hacer prácticamente nada contra la ruda naturaleza fielmente representada por el invierno de estas tierras.

Pero con su hija pequeña, muerta a la semana de nacer, la situación era diferente, ya que Anselmo se consideraba el único responsable a pesar de que su mujer nunca le hizo reproche alguno, entre otras cosas, porque no había nada que reprobar. Los remordimientos por el lamentable suceso le persiguieron a partir de entonces y su existencia ya no volvió a ser la misma. Emocionalmente estaba hundido y si no fue a más, fue porque en las fechas del fallecimiento no tenía tiempo ni para deprimirse. El trabajo era constante y además estaban el resto de sus hijos y su mujer. No podía, no debía venirse abajo. Pero aún con todo, le costó Dios y ayuda volver a su vida cotidiana. En cambio, Asunción recogió esta fatalidad de manera diferente. Tres años más joven que Anselmo era una mujer menuda, de facciones delicadas y algo reservada. Su carácter era por contra decidido y con una visión más amplia de la vida que su marido. La muerte de su hija también le había llevado al desconsuelo, pero pasados unos días, se fue recuperando del drama vivido. Su hija había muerto, sí, pero seguía teniendo otros cinco hijos que necesitaban de sus cuidados y obligaciones. Su prole era su responsabilidad y hacia ellos redobló sus esfuerzos colmándolos de atenciones siempre que podía, incluso quedándose sin comer en más de una ocasión para que a ellos no les faltara de nada.

Sin embargo, Anselmo lo pasó realmente mal. Durante este duro trance dos amigos le ayudaron a sobrellevar su vía crucis particular. Por una parte, el secretario del ayuntamiento de Monterde: don Ramón Sánchez, que colmó de favores y remedios a los padres de la difunta. Algunos años menor que Anselmo, su amistad venía de los tiempos en que estuvo hospedado en casa de sus padres al poco de arribar al pueblo para hacerse cargo de la secretaría municipal. Conocía como pocas personas el carácter de Anselmo y en sus continuas visitas lo exoneraba del sentimiento de culpabilidad que tenía por la muerte de su hija.

Este administrativo era hijo de un comerciante rico de Albarra-cín que lo mandó a estudiar a Valencia con la esperanza de que al finalizar sus estudios se hiciera cargo del negocio de maderas y subastas que

regentaba y que tenía su sede precisamente en la capital del Turia. Sin embargo, ambos tenían un carácter excesivamente fuerte que les hacía discutir demasiado a menudo. A Ramón no le acabó de convencer la idea de quedarse en Valencia, sobre todo, al estar locamente enamorado de una paisana que no era del agrado del padre porque era de una extracción social más baja. Por ello, una vez acabados sus estudios, decidió volver a la Sierra y gracias a su amistad con el secretario del ayuntamiento de Albarracín don Rafael Pavía de Castilla y Portugal pudo encontrar acomodo en Monterde mientras esperaba que los años templaran el carácter del padre y facilitara su pretendido enlace matrimonial. Sin embargo, al paso del tiempo todo había ido a peor. Su madre murió y su padre se arruinó por culpa de las tasaciones a la baja de la madera en la Sierra. Y para colmo de males, su anhelada amada, aburrida y desmoralizada por la interminable espera acabó encontrando acomodo en otros brazos, dicho sea de paso con un joven serrano también de clase humilde. Todo ello agrió todavía más el carácter del secretario municipal. Si bien no contaba con muchas simpatías en el pueblo, todos le temían y respetaban, por eso decidió quedarse en Monterde a pesar de su fracaso amoroso, pues se había convertido en realidad en el auténtico poder de la localidad. Brusco en bastantes ocasiones, sabía mandar y a él acudían, a pesar de todo, los monterdinos a pedirle toda clase de favores.

Don Ramón gustaba del boato de la fama y pretendía ser siempre el centro de atención. Por supuesto, sabía como nadie engatusar a sus convecinos haciéndoles ver que era una fuente casi inagotable de poder y que tenía contactos en las más altas esferas políticas y administrativas de la provincia. Incluso, se preciaba de conocer personalmente a un antiguo ministro de la Gobernación y comentaba en ocasiones sobre sus entrevistas con altos dignatarios del país en sus visitas a la capital de España. Y eso, en un pueblo como Monterde de Albarracín, con más de la mitad de la población analfabeta, significaba mucho poder. Sabía como nadie darle la vuelta a todo lo que emanaba de su profesión. Lo que eran unos sencillos trámites administrativos o certificados legales, que él tenía la obligación de hacer, los convertía en favores que, llegado el momento, ya se encargaría de que le fueran correspondidos.

Físicamente, era un hombre de elevada estatura y aspecto desgarbado con un vozarrón que intimidaba. De su etapa en Valencia

mantenía un buen gusto por la literatura, aunque últimamente se había vuelto un devorador compulsivo de novelas baratas. Eso sí, igual te recitaba a los clásicos —era un enamorado de Aristóteles— que a renglón seguido te susurraba los comentarios picantes de la última novela leída. Sobre todo, cuando las copas de *alcarreño* le hacían olvidar aquello que se empeñaba en recordar cuando estaba sereno. La familia de Anselmo era una de las pocas a las que realmente apreciaba en la localidad, por ello, se decidió a intervenir cuando se dio cuenta de la deprimente situación que atravesaba su amigo. Y aunque no era muy sutil a la hora de hablar, cuando se sentía en posesión de la razón exponía sus argumentos de una manera tan ruda que en ocasiones incluso llegaba a atemorizar.

—¡Quítate de la cabeza esa letanía machacona de que la niña falleció por tu culpa! —le increpaba Ramón.

Luego, para hacer más expresiva su intervención, tragaba una bocanada de aire y alzando los enormes brazos moviéndolos como si se peleara con un fantasma continuaba:

—¿Debilidad congénita puso en el acta el médico? ¿Y eso sabes lo que significa? Pues quiere decir que tu mujer ya era mayor cuando se quedó embarazada o que en ese invierno hizo mucho frío y la cría no se pudo desarrollar del todo... ¿O no? Son cosas que pasan, Anselmo, y no se pueden cambiar —y ya más sosegado continuaba:

—Tuve la ocurrencia de mirar el libro de defunciones y no eres el único que ha pasado por ese trance. Aunque te parezca una barbaridad esa es la puñetera realidad de esta jodida tierra. ¿O es que acaso no sabes que un buen número de los niños que mueren en el pueblo antes de cumplir un año el médico pone en el certificado de defunción que es por raquitismo o insuficiencia de desarrollo? —Anselmo cabizbajo asentía sin osar levantar la voz y don Ramón Sánchez envaletonado seguía con su cariñosa reprimenda.

—¿Tú qué podías hacer con cinco hijos pequeños, dueño como eres de una pequeña hacienda y con dos años de malas cosechas? —para a renglón seguido rematar— ¡Nada!

—Además el resto de tus hijos se criaron como rosas... ¿O no? Y no se te ocurra seguir con las sandeces esas de que faltaba comida en tu casa y tú eres el responsable. Piensa en tu familia hombre, hazlo por

ellos, tienes que mirar al futuro —concluía casi siempre de la misma manera.

Lo cierto es que existía un fondo de razón. En todos los pueblos de la Sierra un número considerable de niños no alcanzaban los cinco años de edad. Muchos de ellos fallecían a los pocos días de nacer como consecuencia de las difíciles condiciones de vida que padecían la mayor parte de las familias. Todo ello era la consecuencia del terrible binomio compuesto por la pobreza y las temperaturas extremas, del cual resultaban perjudicados los más débiles, y un grupo especialmente sensible era el compuesto por las embarazadas y los bebés recién nacidos. Lógicamente aquellas familias que poseían más bienes escapaban de esta dinámica mortal, pero Anselmo no tenía culpa de ser pobre. Sin embargo, él no pensaba así y siempre creyó que debía de haber ido de jornalero durante el invierno a los molinos de aceite en Andalucía tal y como se lo propusieron años atrás. De esta manera, habría ganado algo de dinero, pues en la estación invernal apenas había trabajo en el pueblo, y por eso eran muchísimos los que emigraban. O también podía haber vendido algún *piazo*, o cualquier otra cosa que le hubiera proporcionado los recursos económicos necesarios para satisfacer a su familia durante aquella temporada en la que estaban tan necesitados, especialmente su esposa encinta. Y por todo ello siempre se sintió culpable, pues consideraba que era el único responsable de proporcionar el bienestar a su familia.

Otra persona que le reconfortó enormemente fue el cura del pueblo, mosén Rufino. Este cura era una persona de mediana edad, vivaracha, de aspecto grueso, con la cara rechoncha y barbilampiña en la que destacaban unos ojos saltones y una tez sonrosada que le dejaba marcada las venillas de la cara. Era un buen conversador aunque siempre se preciaba de tener la razón en todo lo que se hablara ya fuera del cariz que fuera. En lo social, estaba muy relacionado con las familias más ricas del pueblo a cuyas casas acudía a comer con cierta frecuencia, especialmente los domingos. Aunque en ese sentido era algo elitista también gozaba del concurso de los demás habitantes del pueblo pues, aunque eran pobres en su mayoría, sentían la religión como nadie. A unos y a otros últimamente les estaba intentando convencer sobre la necesidad de formar un sindicato agrícola donde se pudieran ver favorecidos todos los campesinos de Monterde con la compra de abonos y material agrícola. Esta era una fórmula asociativa que se estaba ex-

pandiendo por la sierra de Albarracín que, dicho sea de paso, era la pionera de la provincia de Teruel. Además, guardaba como oro en paño unas revistas de La Paz Social editadas en Zaragoza, donde se mencionaba los grandes beneficios que tendrían sus feligreses si finalmente formalizaban el Sindicato. En definitiva, era una excelente persona y estaba lleno de buenas intenciones aunque, eso sí, de política mejor ni hablar. Mosén Rufino, conociendo de primera mano la situación de la familia de Anselmo, acudió muchas noches a su casa para reconfortarlos y ayudarles a pasar el doloroso trance. Incluso ante la inmediatez del desenlace fatal llegó a bautizar in extremis a la pequeña, en una corta y discreta ceremonia celebrada en la iglesia.

—No lloréis —decía—. Es un ángel que gozará de la compañía de Dios durante toda la eternidad —les repetía una y otra vez intentando consolarlos.

—Al haberla bautizado su destino ya no será el limbo, será un nuevo querubín para la gloria de Dios —concluía haciendo la señal de la cruz.

A pesar del momento tan desgraciado que vivían, el acto del bautismo les consoló en gran medida. Y ello, porque habían conocido casos en el pueblo de niños muertos al poco de nacer sin llegar a ser ungidos por los santos óleos, lo cual había llenado de amargura a sus padres al saber que no iban a encontrarse con sus hijos fallecidos en la otra vida. Aún con toda la desgracia padecida, gracias a la actuación de mosén Rufino, emergió con el tiempo un Anselmo sensiblemente diferente, pues encontró en el rector de la Iglesia la ayuda necesaria y la paz espiritual que le permitió salir de la melancolía en que se estaba sumiendo día a día. Además, y como compensación a sus desvelos, el cura del pueblo pudo contar desde entonces con la inestimable ayuda de Anselmo para la obra sindical que estaba proyectando.

Si bien los dos hijos fallecidos de Anselmo habían sido el origen de su retraimiento, en estos momentos los problemas que se cernían sobre su familia estaban relacionados con los que vivían. El mayor de ellos está bien colocado, tiene quince años y trabaja como pastor desde hace dos para un año. Anselmo está bastante contento con su primogénito, —tiene hechuras el *muchicho*—, suele decir a quien le pregunta por él. Ha pasado tiempo pero todavía recuerda cuando habló con Jesús Oquendo.

—¡Vaya día! —suspira evocándolo de nuevo.

Don Jesús —así le gustaba que lo llamaran— era uno de los mayores ganaderos del pueblo. Hombre cabal, sensato, buena persona aunque pecaba de marimandona buscaba un pastor joven al que ir enseñando el oficio, pues juraba y perjuraba que ninguno de sus hijos seguiría sus pasos. A su hija le habían buscado un pretendiente en un pueblo cercano con un mocetón heredero de una de las mayores fortunas de la Sierra. Su hijo mayor lo tenía estudiando medicina en Valencia y el pequeño acudía todavía a la escuela municipal, pero ya estaba haciendo planes para cuando creciera.

—Cualquier cosa menos que se quedaran en el pueblo —era uno de sus comentarios preferidos.

El ganadero realizaba la trashumancia todos los años con su ganado a través de la Cañada Real de las Tejedas en dirección a la localidad murciana de Torrevieja, dejando en su hacienda del pueblo suficiente faena para varios jornaleros. Así que conocedor de sus intenciones acudieron varios vecinos a hablar con el ganadero para que contrataran a sus retoños. Uno de los que acudió fue Anselmo con su hijo mayor Rodrigo, un zagal espabilado y muy movido, que en su estancia en la escuela municipal había descollado por su actitud y desparpajo. Respondió con desenvoltura a todo lo que le preguntó su futuro amo y más cuando por su cuenta y riesgo —y ante la expresión atónita de Anselmo— le dijo que de mayor quería ser un importante ganadero como él y realizar la trashumancia todos los años como mayoral de los pastores. Le preguntó qué experiencia tenía con el ganado y dijo que apacentaba el rebaño familiar compuesto por dos cabras y diez ovejas y que si le dejaban sería capaz de llevar las casi mil ovejas del ganadero. Además, ya totalmente envalentonado, le dijo que sabría diferenciar en su ganado las variaciones entre las borregas y las ovejas primalas pero también sobre las andoscas y las trasandoscas. Éste rió la respuesta del zagal al que ya tenía tratado como amigo que era de su hijo pequeño. Se congratuló de las ansias del crío por hacer algo importante en su vida y, con un apretón de manos entre Anselmo y don Jesús Oquendo, quedó formalizado el contrato. En realidad, mucho trabajo y poco sueldo pero, aún con todo, ya era algo.

En estos momentos, el auténtico problema de Anselmo lo tiene con Juan, su hijo mediano, que tiene casi trece años y trabaja en casa

de uno de los hacendados del pueblo, los Pedraza. Últimamente está bastante delicado de salud a causa de unas fiebres que pasó y, como no se acaba de reponer del todo, los señores le han dicho que tendrán que buscarse otro criado. El jornal que aporta este hijo a la casa de Anselmo es insustituible en la economía de la familia pues junto con el de Rodrigo es casi el único dinero que entra en el hogar. Los beneficios del trabajo de Anselmo con su hacienda son básicamente productos que consume diariamente su familia así que, a excepción de la venta de alguna fanega de trigo o de algún cabritillo, no entra más dinero en casa que el que aportan los dos hijos mayores. El resto de los productos que consumen han sido conseguidos mediante el trueque realizado bien en la abacería del pueblo o con los comerciantes itinerantes que, periódicamente, acuden a Monterde en carromatos y son conocidos como *campilleros* (originarios del pueblo de El Campillo) aportando Anselmo a esa permuta alguna fanega de cebada, el lomo y los perniles del cerdo, quesos, e incluso los huevos de gallina.

La enfermedad de Juan es el quebradero de cabeza de Anselmo, necesita que lo vea un médico pero eso cuesta mucho dinero y él no dispone del necesario. En el pueblo no vive ninguno, por lo que tendría que desplazarse a Albarracín o a Teruel. La gran duda que mantiene en esos momentos es qué va a hacer en el instante en que su hijo no pueda ir a trabajar. Ha pensado en sustituirlo por el pequeño Pedro pero sólo tiene diez años y ahora mismo asiste a la escuela del pueblo. Anselmo cree que no le va a quedar más remedio aunque no le guste.

—Total —intenta justificarse— la mejor escuela de la vida es la calle. Yo mismo nunca fui al colegio y aunque no sé leer ni escribir las cuentas siempre me salen y en este pueblo no hay quien me engañe.

Sin embargo, él sabe que esos pensamientos son sólo una débil excusa, pues cada vez que ve a sus pequeños en la escuela o cuando le leen cualquier papel se siente la persona más orgullosa y feliz del mundo. Además, Anselmo —que como él piensa no tiene un ápice de tonto— se da perfecta cuenta de la diferencia de vida que mantienen las personas con estudios y quien no los tiene. Al principio, cuando nacieron sus vástagos, el matrimonio, bien aconsejado por don Ramón, pensaba llevar a sus hijos a la escuela para hacerlos hombres

de provecho. Otro cantar fue con las niñas pues, al igual que con la mayor parte de las chicas del pueblo, se quedarían en casa ayudando a su madre en las labores del hogar. Ahora bien, los acontecimientos que se sucedieron dieron al traste con todas estas pretensiones y uno a uno fueron saliendo los chicos de la escuela antes de tiempo para ayudar en la economía familiar, contexto por otra parte bastante común en los pueblos de la Sierra.

—Lo cierto es que esta situación se ha ido alargando en el tiempo y urge solucionarla, así es que el domingo próximo —piensa— iré a hablar con don Hilario Pedraza y si no tiene inconveniente, pondré a Pedro a su servicio.

De sus hijas —Cristina que ya tiene diez y seis años y Eugenia con doce— ni se le ha ocurrido por un momento el mandarlas allí. Él sabe que en el pueblo la mayor parte de las que van a servir a las cuatro familias que tienen sirvientas no hablan nada bien de los señores de la casa, que, según dicen, se toman muchas confianzas con ellas. Está además el ejemplo de la pobre Rosita, la hija del *tío Pancho*, que es unos años mayor que su hija Cristina y se ha tenido que ir del pueblo deprisa y corriendo, pues según comenta la gente está embarazada del señor de la casa donde servía. Lo cierto es que desde que se marchó de Monterde sus padres apenas salen ni hablan con nadie. En fin ¡qué se le va a hacer! Todavía recuerda lo que le dijo el alcalde a su hijo un día que tenía muy ligera la lengua, como consecuencia del exceso de alcohol ingerido en una boda:

—Con las pobres y las criadas a pasarlo bien y a divertirse, pero eso de casarte con alguna de ellas ¡ni hablar! —piensa en ello y asiente al mismo tiempo—. Sólo los niños y los borrachos dicen las verdades.

En estas meditaciones estaba cuando llegó a las proximidades de *Hoya Quemada*, atravesando el monte por un camino que se adentraba en medio de la espesura, donde proliferaban grandes ejemplares de carrascas y rebollos. Y sobre todo en este bosque, destacaban grupos compactos de sabinas de porte esbelto y sinuoso. Entre esta profusa vegetación aparecían campos en rastrojera que se dejaban en barbecho para el año siguiente y, alternando junto a ellos, grandes manchas de tierra de color ocre dispuestas para el cultivo. Anselmo se fijaba en las labores efectuadas en los campos, comprobando que todavía no había muchos sembrados. Sin embargo, él tenía que apresurarse puesto que

si allí sólo tenía un *piazo* de tres fanegas y otro más pequeño en un ramblar cercano, también era cierto que, por otras partes del término, disponía de otras tierras que tenían que ser asimismo labradas ese otoño, ya que el resto quedaban en barbecho para el año siguiente. Poco antes de llegar al cruce que se desviaba hacia la masada de *La Lagosa*, giró hacia su izquierda por un ramal del camino que llevaba a su *piazo* de *Hoya Quemada* y, una vez allí, paró el carro en un pequeño claro del monte.

—Desde luego sería fantástico el tener todos mis campos juntos —pensó Anselmo— en pocos días podrían labrarse y sembrarse, no como ahora que debo de pasarme todo el mes de parcela en parcela. Menos cavilaciones y a trabajar —murmuró— que pensando no se come.

Acto seguido saltó con presteza de su asiento y quitando los aparejos de los animales los sujetó en el ramaje de un árbol próximo. Se acercó al carro para recoger una talega de trigo y, soltando el nudo que la cerraba, liberó el saco de cereal. Luego, se ajustó a modo de bandolera, descansando sobre el hombro derecho, un trozo de una manta fina, algo vieja, pero todavía tersa y sin roturas, acomodando en su interior parte de la talega de trigo. Una vez comprobado que todo estaba en condiciones, penetró en el campo por un lateral, e introdujo la mano en la sementera, cogiendo a puñados el cereal y esparciéndolo en abanico sobre la tierra a derecha e izquierda tal y como iba caminando. Cuando hubo diseminado los granos de trigo por todo el campo, se acercó nuevamente a las mulas y les colocó el yugo acomodando el aladro entre ellas. Comprobó que estuvieran bien puestos los arneses y, tirando de las riendas, comenzó a labrar el campo enruñando la simiente.

Sería cerca del mediodía cuando decidió parar a descansar y merendar. Dejó las mulas atadas al ramaje de una sabina, luego extrajo de un saco un par de brazadas de paja con algo de cebada y, colocando todo ello junto al verdín que rodeaba el árbol, desató a los animales para que repusieran fuerzas y descansaran. Anselmo sacó de las alforjas un cantero de pan, una tajada de tocino y *frito* de cerdo, y colgó sobre una rama saliente la cuerda de una bota de vino. Bebió sobriamente y apuró toda la comida que su mujer le había preparado. Una vez finalizada, lió un nuevo cigarrillo con su habilidad acostumbrada y conforme lo iba consumiendo se recostó junto al tronco de un gran

chabasco y se sumió en un breve, pero reconfortante sueño. Media hora más tarde, Anselmo se despertó de su siesta y se levantó al tiempo que daba un largo y prolongado bostezo y estiraba sus extremidades. Avanzó hacia las caballerías y les volvió a colocar los aperos de labranza. Terminó la labor, recogió todo y continuó hasta el ramblar cercano donde tenía una pequeña parcela. No tardó mucho en sembrarla y ararla debido a sus reducidas dimensiones.

Era casi las seis de la tarde cuando, una vez sembrados los dos campos, inició el camino de regreso a casa. Antes de comenzar el retorno, bebió nuevamente de la bota y se lió otro cigarrillo. El frío del atardecer empezaba a notarse, por lo que decidió colocarse de nuevo la chaqueta de pana, algo roída y remendada pero, eso sí, efectiva en la lucha contra las bajas temperaturas. Por el camino de vuelta, Anselmo siguió con las cavilaciones del viaje de ida. Estaba todo decidido.

—¡Qué sea lo que Dios quiera! —exclamó, casi sin percatarse de que estaba hablando consigo mismo—. Poco dinero hay en casa, pero le pediré ayuda a mosén Rufino y una recomendación a don Hilario Pedraza y la semana que viene, a más tardar, nos iremos a Albaracín con Juan para que lo vea el médico.

Estaba ya entrada la noche, cuando Anselmo traspasaba los umbrales del pueblo dirigiéndose hacia su pajar a fin de llenar un pequeño saco con el que reponer el gasto de los animales de su hacienda. Nada más llegar al hogar, salió a su encuentro el benjamín de la casa que le ayudó como pudo guardando los aparejos de las caballerías. Los aperos de labranza, mucho más pesados, fueron dejados en el carro dispuesto para el trabajo del día siguiente. Luego, su hijo pequeño, Pedro, con la ayuda de Eugenia, recogió la paja que había traído su padre y echaron un par de brazadas en el pesebre de la mula, acondicionando con el resto, la gorrinera y el gallinero.

Cuando acabó Anselmo de guardar las mulas en la cuadra, cerró la puerta exterior del corral y ya en la casa, saludó a su mujer que junto con su hija mayor estaban preparando la cena de esa noche y el almuerzo del día siguiente. Después de un breve intercambio de palabras, la hija pequeña de Anselmo llevó a su padre un balde lleno de agua para que se lavara. Cogió el hombre una tira de jabón y descamiándose acabó su limpieza personal. Tiró el agua sucia del balde al co-

rral y se aproximó al cobertizo para orinar. Luego se dirigió a la cocina mientras se liaba parsimoniosamente un nuevo cigarrillo llevandoselo acto seguido a la boca. A continuación, se acercó a la chimenea y cogiendo el fuelle depositado en la rehalda, lo aproximó a la lumbre mientras lo abría y cerraba repetidamente, expulsando el aire necesario hasta lograr avivar las ascuas. Al instante colocó nuevamente el fuelle en la rehalda, se agachó y recogió un brizne de las brasas con las tenazas para encender el último pitillo del día.

Mientras sus hijas se afanaban por poner la mesa, él le comunicó a su mujer lo que había decidido esa mañana respecto a sus hijos. Asunción asintió todo lo que Anselmo le decía sin comentarios pues era una decisión de su marido y no admitía discusión de ningún tipo. El otro gran protagonista de los cambios que iban a afectar a la familia era el pequeño Pedro que cabizbajo tampoco se atrevía a contradecir las novedades dictadas por el padre y aunque su semblante mostraba un mohín de disgusto, por miedo y respeto, callaba. Estaba todavía hablando Anselmo cuando oyeron el chirrido de la llave mientras daba vueltas en la cerraja bloqueando la puerta de entrada a la casa. Era Rodrigo que, como casi todas las noches, se incorporaba el último a la cena. Después de saludar a sus padres, Asunción le dijo que quitara la loseta de piedra que taponaba la gatera de la puerta pues últimamente había visto algún que otro topillo por la casa y convenía facilitar la labor de la gata. El primogénito obedeció la orden de su madre mientras preguntaba por la minina de la que estaban encariñados todos en la casa excepto los padres:

—¿Dónde está la Pilarica? Hace un par de días que no la veo.

La madre hizo un aspaviento serio y respondió:

—Tranquilos que la gata todavía vive, aunque esta mañana ha vuelto a hacer de las suyas en casa de los vecinos. La tía Antonia ha venido enfadada a decirme que otra vez le ha levantado en un descuido la tapa de la sartén donde habían calentado los torreznos y cuando se han dado cuenta ya se había comido unos cuantos.

Todos los jóvenes rieron las aventuras de la gata, que era conocida en el barrio por haber aprendido a levantar las tapas de las cacerolas y sacar la comida de su interior con sus patitas, siendo éste el único motivo de enfrentamiento que la familia de Anselmo tenía con sus vecinos, que por cierto, habían jurado matarla en el momento que la tu-

vieran a mano. Asunción también estaba harta de las quejas vecinales y si no había acabado con la vida de la minina era porque llevaba a raya los roedores de su casa, aunque en algún descuido también había hecho de las suyas con la comida. Lo que hace el hambre y cómo agudiza el ingenio, la de palizas y pedradas que había recibido la pobre Pilarica a lo largo de su existencia y todavía le debía de quedar alguna de las siete vidas con las que cuentan los gatos, según dice el refranero popular.

—Bueno, dejar la gata tranquila y que haga lo que quiera —terció el padre cortando de raíz la conversación.

A renglón seguido le indicó a Rodrigo que subiera al dormitorio por Juan y le hiciera levantar del camastro donde estaba descansando para bajar a cenar. Pocos minutos después entraron los jóvenes en la cocina y se sentaron en la mesa con Rodrigo comentando los pormenores del día y los chismes más o menos creíbles que había escuchado en el pueblo.

Una vez Anselmo vio a todos juntos indicó a su mujer que ya podía servir la cena. Poco tiempo tardaron en apurar los peroles con la sopa de ajo y tropezones que su madre les había preparado. Ella comía sentada al lado mismo de la lumbre y los observaba. Una vez que hubieron acabado preguntó si querían algo más mientras miraba detenidamente a su hijo Juan. Como todos asintieron, Asunción encendió el candil y acudió a la bodega para sacar de la tinaja alguna tajada de *frito*. Luego, entró en el masador y recogió un cantero de pan guardado en la artesa. Una vez de nuevo en la cocina mandó a sus hijas que fueran a la cambra con el candil para llenar un cestico con manzanas reinetas. Cristina y Mercedes sonrieron abiertamente y se alzaron raudas a cumplir el encargo de su madre. Mientras subían por las escaleras comentaban riendo los pormenores de su recolección la semana anterior en el huerto que poseían en el barranco del Molino y lo bien que lo habían pasado. Después de recoger la fruta en uno de los trojes del granero bajaron alborozadas y sus gritos y risas retumbaron tanto por la casa que hasta lograron hacer sonreír a sus padres y hermanos con los recuerdos de aquel día. Luego, Asunción, ya puesta nuevamente a calentar las tajadillas, no dejaba de pensar que de continuar comiendo de dicha manera, muy pronto se quedarían cortos de comida.

Mientras tanto, en la calle la lluvia hacía su aparición suave y tenuemente, como era propio en esta época del año. El olor a tierra

mojada impregnaba un aire cada vez más denso y penetrante. En las profundidades del bosque multitud de setas se esparcían por doquier, irisando con su manto multicolor el verde césped de los prados. Allí mismo, junto a las solitarias y orgullosas sabinas y los extensos pinares, contrastaba la singular belleza de las choperas y rebollares de hojas fenecidas. Todo este mundo hubiera formado un paraje idílico, de no haber sido, por la miseria que acompañaba a buena parte de las personas que habitaban estas tierras.

INVIERNO 1920

*Querida esposa salud tendeseo en
compañía de nuestros que ridos padres y
nuestro querido hijo y demas familia yo
sigo bueno en compañía del tío Matias y
demas compañeros G.A.D...*

De esta manera había comenzado Vicente el encabezamiento de la carta que escribía a su esposa. Apenas había ejecutado estas breves líneas, cuando Cecilio entró en la pequeña habitación con un humeante plato de garbanzos en la mano. Vicente le dijo que lo dejara encima de la mesa, que ya comería cuando acabara de escribir a su mujer.

—¿Qué te pasa, ya tienes ganas de ver a tu familia? —preguntó Cecilio.

—La verdad es que sí —aseguró firmemente convencido Vicente—. Llevamos casi tres meses aquí y ya estoy cansado. Además, sólo he tenido dos cartas del pueblo. Esta será la tercera que le escribo a Engracia. La echo de menos, sabes —concluyó.

—Me lo imagino, pero ten ánimo, que ya nos queda poco. Y come o caerás enfermo —le aconsejó Cecilio al tiempo que traspasaba la puerta y se despedía de su paisano.

Una vez que estuvo la puerta cerrada, Vicente dejó momentáneamente de escribir. El silencio se adueñó de la estancia y, por unos instantes, su único inquilino parecía como ausente, ensimismado, con la mente en blanco. Instintivamente, cogió la cuchara con la mano y mirando el plato de comida totalmente absorto, la introdujo en el mismo recogiendo los garbanzos para, una vez alzado el cubierto, dejarlo caer nuevamente al plato. Hizo esto en repetidas ocasiones, mien-

tras por su mente pasaban en rápidas instantáneas los ajetreados momentos vividos durante los últimos meses. Luego, en un acto reflejo, dejó caer la cuchara al plato apartándolo hacia una esquina. Colocó ambos codos encima de la desvencijada mesa y se tapó con las manos la cara al tiempo que las desplazaba suavemente hacia su cabello acariciándolo. Después, anudó los dedos de ambas manos y, apoyando encima de ellos su barbilla, giró ligeramente la cabeza mirando a través de la ventana. Sus ojos buscaban un horizonte indefinido mientras recordaba, totalmente abstraído, los inicios de la aventura que lo había llevado a estas tierras.

Esta persona era un joven de veintiséis años de edad, delgado, moreno, bien parecido y con un carácter algo melindroso. Lógica herencia de ser el hermano menor y al que sus dos hermanas mayores Marta y Sebastiana, siempre habían acusado de ser el mimado de la familia. Se había casado recientemente con una hermosa dama llamada Engracia Lahuerta, mujer activa donde las hubiera y dueña y señora de los ojos más grandes y expresivos de todo el pueblo. Hacía pocos meses que habían tenido su primer hijo, lo cual les había colmado de felicidad y había hecho del pequeño Fausto el rey de la familia.

Vicente tenía un pariente llamado Matías que, durante los últimos años, había acudido a la cita anual de la emigración serrana a Andalucía durante los meses de invierno. Se trataba de un hombre de cincuenta y cinco años de edad, flaco, nervudo y con la tez morena, es decir, la apariencia típica de un habitante de la Sierra. Era un ferviente católico que no podía olvidar los años pasados durante su juventud en el Seminario. En el momento clave tuvo que irse al no encontrar en la religión la necesaria clarividencia que le permitiera seguir sus estudios. Se le consideraba una persona tradicional en el sentido amplio del término. De carácter serio, cuando había que serlo, seguía las bromas como pocos cuando la ocasión lo requería. Desde hacía cinco años tenía el cargo de maestro molinero. Como tal, era el encargado de una de las cuadrillas del pueblo que iban a la localidad de Úbeda, en la provincia de Jaén, a trabajar moliendo la aceituna. Este cargo le tenía absorbido desde que lo nombraron, y durante el mes de noviembre de cada año era incesante su actividad mientras conformaba su cuadrilla. A la llegada del otoño, el encargado del molino en esta localidad jienense escribía al maestro y le emplazaba a trabajar con un número determinado de personas. Entonces Matías hablaba con la gente que él

creía adecuada (por regla general las mismas del año anterior) para, una vez formalizado el grupo, escribir al encargado del molino y concretar el sueldo y los días aproximados de faena. Para este año se había acordado un salario diario de seis reales por doce horas de trabajo, y acabarían a mediados de marzo aproximadamente. Era poco dinero, pero contando que trabajaban todos los días, sin descansar en los festivos, calculaba que aun sacarían para sus *paguicos*. Como quiera que la labor de la cuadrilla era prensar las aceitunas en los molinos de aceite, no podían empezar hasta que la cosecha estuviese ya iniciada. De esta manera, la conformidad sobre el empleo y la fecha de comienzo se la trasmitían por carta con casi un mes de antelación al día que tenían que estar en Úbeda. Y así, disponían del tiempo necesario para realizar todos los preparativos y hacer frente a los inconvenientes que pudieran sobrevenir. En esta ocasión, el *tío Matías* había formalizado una cuadrilla de seis personas, de las cuales dos eran la primera vez que realizaban el viaje. La fecha en que habían decidido partir hacia Andalucía era la del martes veintiuno de diciembre. Suponiendo que no tuviesen ningún percance, el día veintinueve estarían ya en Úbeda.

Esta era la primera vez que Vicente iba a Andalucía. Anteriormente ni tan siquiera se le había pasado por la imaginación el poder emigrar. Pero lo cierto es que en los meses de invierno la faena bajaba considerablemente en el pueblo, y para tener que haraganear no estaba de más el ir a ganarse unos duros allá donde hiciese falta. Además, los inviernos de Monterde eran especialmente duros. Ya no era únicamente por el frío que, dicho sea de paso, era considerable. A ello habría que añadir la sensación de soledad que se acentuaba hasta límites extremos como consecuencia de la emigración temporal, y que afectaba especialmente a los jóvenes. Algunas personas se iban de trashumantes con el ganado. Había también carboneros que emigraban con toda la familia durante casi medio año a varias masías situadas en las provincias de Soria, Logroño o Zaragoza. Y por último, el mayor número de emigrantes temporales eran los jornaleros que trabajaban en los molinos de aceite, fundamentalmente en Andalucía. Por todo ello, disminuían enormemente los varones del pueblo entre los veinte y los cincuenta años de edad.

El abandono que se advertía en los pueblos junto a la falta de trabajo en el campo por el *parón* agrícola invernal se le había hecho eterno a Vicente en los años anteriores. Estos tipos de emigración se

daban también en el resto de las localidades de la Sierra. Una diáspora general que suponía una auténtica sangría humana para los pueblos. La importancia personal y social con que estaban conferidos los trabajos de carboneros y, sobre todo, de molineros, era enorme a la hora de determinar sus oficios cuando conformaban los censos electorales. Los habitantes de los pueblos serranos preferían definirse así profesionalmente y no como labradores o jornaleros que, en realidad, era su ocupación básica durante el año.

Para confirmar el trabajo de Vicente, el *tío Matías* había hablado primeramente con sus progenitores y muy detenidamente con su padre Joaquín, antes de hacerlo con el propio Vicente (a pesar de estar casado y de tener incluso un hijo). Y lo había hecho de esa manera porque siempre se hacía así. Era la inveterada costumbre. Primero había de conseguirse el consentimiento del padre de la familia, pues resultaba imprescindible para cualquier trabajo o cuestión que afectase a la vida de los hijos. Luego, éstos tenían la última palabra, que por regla general y salvo en muy contadas ocasiones, coincidía con la de los mayores.

Este viaje también era el primero de Rafael, que con sus casi veinte años era el benjamín de la cuadrilla. Y también en este caso el maestro tuvo que contar con su padre Cosme, más aún si tenemos en cuenta que Rafael era soltero y vivía con ellos. Esta era una excelente ocasión de ayudar a la economía familiar y no la desaprovechó el muchacho por varios motivos. El recuerdo que tenía Rafael del invierno durante los años anteriores no podía ser más desesperanzador. Su padre también emigraba durante esa estación como molinero y él se quedaba en la casa con su madre Enriqueta, los abuelos maternos y sus hermanos menores. Estos meses se le hacían eternos, sin nada que hacer cuando no estaba con su inseparable amigo Ernesto.

A su memoria regresaba la estampa imborrable de su niñez, con la chimenea de su casa siempre encendida durante las largas tardes de invierno y todos apelotonados en la cocina al calor del hogar. Allí estaba el abuelo trajinando como su único ojo le permitía, pues el derecho lo perdió años atrás por culpa de unas gotas de cal que le salpicaron cuando estaba enluciendo la pared de su casa. Con sus dedos huesudos y temblorosos se arreglaba las albarcas o confeccionaba escobas como buenamente podía con unas ramitas de retama y un palo de sabina. Y la abuela tejiendo a duras penas o remendando alguna

vieja toca. También su madre, que cuando no hacía calceta zurcía las mudas descosidas de los hijos con la ayuda de alguno de los huevos de madera que hizo el abuelo en anteriores inviernos. Y por supuesto, él y sus hermanos pequeños molestando sin cesar a los adultos hasta conseguir su preciado tesoro. Cuando sus estómagos no podían soportar por más tiempo los continuos retortijones del hambre, su madre, por no oírles, les daba alguna que otra patata. Y ellos, echándolas a la lumbré, no cesaban de tantearlas con un tizón de las brasas para ver cuándo blandaban y poder hincarles el diente. De esta manera, jugueteando, se pasaban el resto de la tarde hasta que por fin conseguían su premio y aliviaban sus atormentados estómagos. Y así pasaban los días, uno tras otro. Definitivamente, Rafael aborrecía el invierno encerrado en casa y prefería liberarse aunque fuera bregando en tierras lejanas. Casi se puede decir que soñaba con trabajar de molinero y salir del pueblo. Como todos los jóvenes prefería la aventura por peligrosa que fuera.

El viaje a Úbeda lo podían haber iniciado con algunos días de antelación, pero Matías sabía perfectamente que lo mejor para él y su gente era el realizarlo después de la elecciones que se iban a celebrar el día diecinueve de diciembre y no antes. Iban a ir un poco justos de tiempo si surgía algún contratiempo, pero merecía la pena arriesgarse. El motivo era muy simple. El Barón de Velasco era el dueño de buena parte de los molinos donde iban los serranos a trabajar en el invierno, entre ellos, los de Úbeda. Este personaje era además el diputado elegido por el distrito de Albarracín desde hacía diez años. ¡Qué mejor motivo! Si se quedaban a las elecciones, el señor Barón tendría constancia, a través de su delegado en el pueblo, del interés de Matías en servirle por lo que el trabajo de invierno en los años posteriores se consolidaría. Además, estaba el hecho que en ocasiones anteriores incluso les habían pagado un duro por votar.

—Total —pensaba Matías— por meter una papeleta en la urna nos darán vino seguro y quizás hasta dinero. Menuda juerga se podrán liar los compañeros en la taberna. No vendrá nada mal que antes de iniciar el viaje tenga la cuadrilla una buena fiesta. Luego ya tendrán tiempo de echarla de menos durante el trabajo de invierno.

Llegado el día de las elecciones, se palpaba un aire de cierto movimiento en el pueblo a pesar de sus escasos medio millar de habitantes. El ajetreo de las gentes en las calles era constante una vez finalizada la misa. En la plaza de la localidad se multiplicaban los corrillos

alrededor de los cuales pululaba siempre algún señor venido de Teruel o de Albarracín que pedía a la gente el voto para una determinada persona. Pero, no sólo demandaban el sufragio esos forasteros, las propias autoridades de la localidad mantenían durante las elecciones una labor que resultaba determinante para el resultado final.

Una de las personas más activas durante estos acontecimientos en Monterde de Albarracín era el secretario del ayuntamiento, don Ramón Sánchez. Este funcionario tenía un ascendiente notable entre las gentes del pueblo, y en las vísperas de las contiendas electorales siempre realizaba reuniones o acudía a ver a personas a las que pretendía influenciar en la orientación del voto. Y sobre todo, buscaba aquellas que le debían algún favor en contraprestación a lo realizado por él a través de su cargo de secretario. No se le conocía simpatía por ningún partido político, pero cuando el Gobierno de turno convocaba un proceso electoral, él se preparaba a fondo para cumplir con las órdenes que venían desde Teruel. En las vísperas de las elecciones a Diputados, acudía junto al alcalde del pueblo y el resto de los regidores del distrito de Albarracín a la llamada del Gobernador Civil de Teruel. En esa reunión se tenía en cuenta las directrices emanadas desde el Ministerio de la Gobernación en Madrid, en el caso que algún aspirante a diputado hubiera sido *encasillado* por el Gobierno. Esto quería decir que ese aspirante tenía que salir elegido diputado, dando igual la forma en conseguirlo, algo que se lograba casi siempre.

Era la época de la alternancia política *obligatoria* entre los dos grandes partidos. Un cambio forzoso que llevaba a las personas más influyentes de los municipios a solicitar el voto un año para el candidato conservador, y en las siguientes elecciones al liberal, según fueran las disposiciones gubernamentales. Y en los pueblos como Monterde de Albarracín sus habitantes no entendían en absoluto el empeño del alcalde de turno o del secretario en manifestarse a favor de un candidato y en las elecciones siguientes precisamente a su contrincante ideológico. Por ello, la política la veían distante y pensaban que no les afectaba en absoluto, que daba igual quien mandara, pues ellos acababan siendo meros comparsas de unos procesos electorales que además no entendían.

Más aún, la jornada electoral era motivo de jerga y alegría, pero por un motivo puramente crematístico. Cuando había elecciones, los candidatos solían pagar a veces por el voto individual e incluso

había ocasiones donde se llegaban a hacer subastas por los censos enteros en algunos pueblos. Y el colmo tenía lugar cuando llegaban a votar incluso los residentes perpetuos del cementerio. Tal era la corrupción electoral que, en las primeras elecciones que se presentó el Barón de Velasco en 1910, las actas del distrito de Albarracín fueron elevadas al Tribunal Supremo. La resolución de dicho estamento fue darlas por válidas —el Barón era el candidato *encasillado*— a pesar de quedar probada la amplia gama de corruptelas llevadas a cabo por él y su oponente Justino Bernad. Con todos estos precedentes quedaba claro que los confiados habitantes de la sierra de Albarracín estaban a merced de los *depredadores* del voto y no llegaban a valorar, ni mucho menos, la importancia y el sesgo revolucionario que representaba votar a quien se quisiera libremente.

El ritual de las elecciones en Monterde de Albarracín, como ya venía ocurriendo desde hacía unos años, llevaba su tiempo. Normalmente, parte de la gente se hacía bastante de rogar bien fuese por ignorancia sobre lo que se trataba, o por el carácter algo remiso tan propio de los habitantes de la Sierra. Ante esta actitud, las presiones constantes de tipo familiar, laboral, personal o incluso religiosa era norma corriente. Y en el peor de los casos, una moneda de plata siempre hacía reconvenir a los más reticentes. Daba igual votar a quien fuera. Lo verdaderamente importante era que cada año que pasaba resultaba más evidente la teatralidad del día de las elecciones en el pueblo. Una persona buscando votantes para su jefe. Y algunos electores, no dispuestos en principio a votar, remilgaban todo lo posible para intentar conseguir cuanto más dinero mejor.

Este año la campaña electoral estaba muy reñida entre dos aspirantes que disponían de un excelente respaldo económico. En un principio, a ninguno de los candidatos les interesaba que finalmente tuvieran lugar las elecciones. Por eso, si tenían la fuerza política suficiente, lograban que en Madrid los *encasillaran* en sus distritos —que eran uninominales como el de Albarracín— y que no se presentara otro candidato alternativo. Así pues, al ser uno sólo el candidato presentado por esa circunscripción electoral, ya no era necesaria la elección y quedaba automáticamente elegido. Y lo que resultaba más importante, no tenía que hacer frente a un desembolso económico extraordinario (publicidad en los periódicos, dádivas diversas y sobre todo la compra de votos) para conseguir el acta de diputado. El Barón lo había

conseguido así en las elecciones de 1914, pero en esta ocasión le había salido un serio competidor. Se trataba de un aspirante del partido Conservador, el marqués de Castejón, que asimismo disponía de un patrimonio considerable.

Reñida estuvo la ocasión en los pueblos de la Sierra entre los delegados de ambos candidatos, del que salió favorecido el Barón de Velasco, que daba algo más de dinero y cuyos representantes se esforzaron todavía más incluyendo ciertos regalos. De esta manera, la compra quedó finalmente pactada en Monterde con cinco duros para la cuadrilla de Matías (uno por persona) además de una garrafa de vino y sardinas saladas que les regaló como propina el representante del Barón. No estaba nada mal para ser la primera vez que votaba Vicente. El resto de la cuadrilla ya era veterana en eso de las elecciones, pero para nuestro hombre la jornada empezaba con buen pie. También era un día especial para Rafael, no tanto por las votaciones, pues no tenía todavía la edad para hacerlo (era a partir de los veinticinco años y sólo los varones) sino que iba a realizar su primera juerga con personas mayores.

El dueño de la abacería del pueblo era el delegado del Barón en el municipio. Él mismo, después de apalabrar los votos de la cuadrilla, les acompañó al colegio electoral dándoles las papeletas para votar y quedándose con ellos para vigilar que lo hicieran correctamente. Cuando hubieron votado todos, se los llevó a su tienda y les entregó lo pactado. Una de las principales consecuencias que traía consigo el día de las elecciones en Monterde era el aumento de las discusiones que se producían entre los matrimonios. Siempre en el supuesto caso, como ocurrió ese año, que hubiese dinero de por medio. Las broncas entre los cónyuges eran norma corriente entre las parejas jóvenes. Sin embargo, otros, los más mayores, aprovechaban el óbolo electoral para comprar cosas necesarias para la casa o lo entregaban a sus esposas a fin de que dispusieran gastarlo en lo que mejor les pareciese.

Ese día lo recordaría siempre Vicente. Lo primero, porque tuvo lugar la primera discusión de importancia con su mujer. Lo segundo, por la borrachera descomunal que agarró junto a sus compañeros. Y por último, la parranda organizada por su cuadrilla esa noche, la cual dio que hablar y fue recordada en años sucesivos. Pensaba en todo ello y no pudo reprimir una amplia sonrisa. Ciertamente no era para menos. Cogió el plumín y continuó la citación de las excusas en su carta.

... Querida esposa lapresente sirbe losiguiente. Latardanza deno aberte escrito antes asido por el motibo deque como estubo aqui Mariano y ledije lo que habia poseso notiescrito antes y como hes-taba esperando carta demi padre poseso no tescrito antes...

No se concentraba en lo que estaba escribiendo. Sólo los recuerdos de aquella juerga le excitaban sobremanera. Por ello dejó momentáneamente de escribir y continuó pensando en aquel famoso día...

Estando en la taberna del pueblo, decidió su cuadrilla que algo habría de hacerse esa noche para celebrar los aguinaldos recibidos. Después de deliberar, apostaron qué tenían que cenar y para ello era necesario robar algunos conejos. Pensaron a quién quitárselos y decidieron que serían del dueño de la abacería, hombre como hemos dicho muy ocupado ese día. Así pues, acudieron todos juntos a la paridera donde tenía los animales de la casa el personaje en cuestión. Lo echaron a suertes con una *morra* a baja voz que dio como perdedores a Vicente y Rafael, curiosamente los más jóvenes y pardillos de la cuadrilla. Saltaron los dos amigos por el muro de la paridera y una vez dentro buscaron el candil que guardaba el propietario en la pared del cobertizo. Ya puestos en la labor, eligieron tres conejos procurando fuesen de un pelaje común, entre la numerosa camada, a fin de no levantar sospechas y que no notaran su ausencia. Allí mismo en el cobertizo junto a la leñera los desnucaron para que no llamaran la atención sus chillidos. Acudieron luego a las proximidades de la *Cueva del Gato* y los despellejaron y limpiaron evitando de esta manera el dejar rastros cerca del pueblo. Luego, Rafael se llevó las pieles a su casa por su condición de soltero y no tener que dar muchas explicaciones. Más tarde fueron a la taberna, le dieron los conejos a la mujer del dueño y le encargaron que los friera para cenar. Esta no se extrañó del envite, pues era normal en las juergas que se hacían en el pueblo cocinar para celebrar lo que fuera y en un día de elecciones había dinero y ganas de divertirse. Siguieron bebiendo y comiendo las sardinas saladas que les dieron por votar en la bodega del abacero. Y una vez que tuvieron guisados los conejos, se acomodaron en una pequeña estancia de la tienda que hacía las veces de improvisado comedor. Entonces entró en la taberna el delegado del Barón, dueño de la abacería y de los finados conejos. Pali-decieron los amigos de Vicente, pero Matías, experto en lides parecidas, le echó cara al asunto y con algo de sangre fría se dirigió a

él (que no tenía ni idea de lo que había ocurrido) y le invitó a cenar con ellos.

—Buena pinta tiene el conejo al ajillo —exclamó el delegado—, acepto la invitación, pero antes quiero que hagamos un trato. Como veo que casi no os queda vino de la garrafa que os he dado por los votos, me dais las pieles de esos conejos y yo a cambio os traeré una jarra de vino y una botella de anís.

—De acuerdo —aclamaron al unísono los amigos mientras Rafael se levantaba raudo para ir a recoger las pieles—. Tráenos el vino y cenaremos.

Así lo hizo el burlado abacero, con lo que la cena de esa noche fue corrillo de murmullos, risas, chanzas y cantos. Al finalizar la madrugada, grandes charcos de vómitos quedaron visibles en el pajar donde habían marchado a resguardarse del frío invernal la cuadrilla del maestro Matías. Dando fe con ello de la innegable huella de los excesos que tuvieron lugar en la mencionada noche. Al día siguiente, cuando la mujer del delegado del Barón se dio cuenta de lo ocurrido, lo comunicó a su marido. Éste al conocer la noticia prefirió silenciarla y no encararse con ellos antes que volver a pasar por más mofa de la que ya había padecido. No obstante, fue tan celebrada la broma de la cuadrilla de molineros que a partir de entonces el dueño de la abacería fue conocido como el *tío Conejos*. Apodo que conservó su familia hasta hoy en día.

Ya tendría tiempo de sobra para vengarse el señor abacero. Y a fe que lo consiguió pocos años más tarde cuando en otra juerga parecida en la que iban cuatro de la antigua cuadrilla con una merluza de campeonato les cocinó literalmente gato por liebre. Sólo le creyeron cuando al día siguiente les enseñó la piel del animal y para más burla, durante una temporada, cada vez que los veía les maullaba.

Algo más animado, gracias a los viejos recuerdos, Vicente cogió entre sus manos el plumín y continuó escribiendo la carta a su mujer. Le contaba las novedades más importantes que había tenido en los últimos días y le demandaba al mismo tiempo noticias de la tierra y la labranza.

... También tedigo que el dia 21 salio el aceite de aqui y debo decirte que si hen caso fuera antes queyo pues abí sus mando los numeros de los Cajones para que los recojais en caso de que bayan

antes que supongo que hiran. Y tambien tedigo que con esta fecha escribe el tio Matias mandandole hel talon de lafactura ha Daniel.

Tambien tedigo que para casa hosea para hel gasto decasa mando dos Cajones por sea caso hotro año nobengo abestatierra los numeros 48 y 49 y 50 son para mi padre y parami el N° cincuenta solo queda is para nosotros que mando una llata mui maja para tener el aceite en casa. Y de las hotras dos mi padre que coja laque quiera.

Engracia yame diras siabis sembrado los tardios y sino cuando bayayo los sembrare que mafalta poco y tengo muchas ganas deirme desta tierra queya no puedo pasar las migas ni los garbanzos asies que todo mas que mequedan 15 dias que para el seis o el hocho terminamos sidios nos da salud...

Una vez hubo escrito lo más importante, volvió a relajarse insistiendo en el recuerdo sobre los acontecimientos que tuvieron lugar durante el viaje a Andalucía. La víspera de la partida estuvo centrada en los preparativos propios de la marcha. Cada uno de los miembros de la cuadrilla llevaba un ható con ropa. Además, sus mujeres les prepararon paquetes con diferentes vituallas para consumir durante el camino. El viaje a la localidad de Úbeda era largo y pesado. Buena parte de las cuadrillas que se desplazaban a Andalucía lo hacían andando a través de caminos y veredas durante ocho jornadas y pernoctaban en siete localidades. Ello si las inclemencias del tiempo no obraban en su contra, cosa que ocurría en algunas ocasiones dada la época del año en que realizaban el viaje. Paraban por las noches a descansar y cenar caliente, normalmente en las mismas posadas año tras año, caminando sin parar durante el resto del día. Hacían solamente un alto en el camino para comer en el lugar que les apeteciera. Dos mulas sobre las que depositaban los utensilios de cocina y los paquetes más pesados era la única ayuda que les permitía aligerar las molestas caminatas. Y una vez en su destino utilizaban las acémilas para mover el rulo de moler con lo que sus propietarios obtenían más ganancias. El largo camino les proporcionaba a los molineros monterdinos la oportunidad de conocer otras tierras de costumbres y paisajes tan distintos que parecían pertenecer a mundos diferentes. También posibilitaba el poder entablar largas conversaciones difíciles de efectuar en la vida cotidiana del pueblo.

Durante los primeros días del viaje uno de los componentes de la cuadrilla de nombre Cipriano se mostraba más serio que de costumbre. Desde que salieron de la primera parada en el municipio de Toril y Masegoso estaba poco hablador. Las siguientes etapas hacia Pajaroncillo y Gabaldón, ya en la provincia de Cuenca, se le veía algo decaído incluso a veces ensimismado, absorto por completo en sus meditaciones. Este hombre de treinta años de edad estaba casado y tenía dos hijos. Trabajaba en el pueblo como jornalero y albañil ocasional ya que las tierras que tenía eran tan pocas que no le alcanzaban para mantener a su familia ni a la exigua cabaña de su hacienda. El día de las elecciones ya se había dado cuenta Vicente de algo extraño al encontrarlo raro y distante. Incluso al principio de la parranda era el más retraído de todos. Solamente cuando el alcohol empezó a hacer efecto, fue cuando definitivamente se integró en la juerga.

Al cuarto día del viaje salieron de la localidad conquense de Gabaldón para dirigirse a Casas de Haro. A media mañana hicieron un alto en el camino para almorzar en un paraje situado entre las riberas de san Hermenegildo y san Benito, cercanas al río Júcar, que fluía encajonado por aquel contorno. El paisaje era precioso: existía un pequeño prado que estaba situado en el recorrido de una vereda local y disponía de una fuente en uno de sus extremos que surtía de agua a varios gamellones. Cipriano abrió su paquete de comida y extrajo un trozo de *frito* de cerdo y algo de *somarro*, recogió el cantero de pan que le ofreció Cecilio y se apartó del grupo. Buscó el lugar más apropiado y encontró acomodo sobre una laja de rodeno en un pequeño promontorio situado muy cerca de la fuente. Matías no veía con buenos ojos el comportamiento de Cipriano durante el viaje, por lo que le increpó su actitud de separarse del resto y le preguntó si le ocurría algo.

—Nada, maestro —se defendió Cipriano—. Aquí estoy mejor.

Sin embargo, Matías sí tenía motivos para preocuparse pues era consciente que ellos tenían que formar una auténtica piña. En el trabajo diario a realizar en el molino con dos turnos de doce horas resultaba de vital importancia que existiese una auténtica compenetración entre los miembros de la cuadrilla. Por todo ello, aunque no le gustase, tenía que meterse literalmente en *camisa de once varas* y evitar complicaciones entre los compañeros para que todo fuese perfecto. Insistió el maestro demandándole que depusiera su actitud y contara los

problemas —si es que los tenía- que aparentemente le estaban apartando del resto de la cuadrilla.

—Ya le dije antes que no era nada. Me gusta comer solo —insistió Cipriano.

A sus palabras siguió un murmullo de desaprobación entre sus compañeros, pues intuían que algo le ocurría en realidad. Meditó durante un rato Cipriano cabizbajo sintiendo todas las miradas sobre su persona y finalmente se decidió a hablar.

—Bueno, si queréis que os diga la verdad no estoy enfadado, pero ocurre que hace tiempo le voy dando vueltas a algo que me ha dejado mal cuerpo —y mirando a sus compañeros les preguntó—. ¿No tenéis ningún remordimiento por todo lo ocurrido el día de las elecciones?

—¡Venga ya, hombre! —espetó Cecilio riendo—. No me digas que te da pena la broma que le gastamos al *tío Conejos* —rieron todos mirando a Cipriano.

—No es eso, no. Bueno, pena sí que tengo pero no del *tío Conejos* sino por algo que hicimos también todos nosotros —callaron las risas y miraron detenidamente a Cipriano. Éste prosiguió.

—Creo que hicimos mal actuando como lo hicimos en las elecciones —hizo luego una breve pausa como para intentar reordenar sus ideas y continuó diciendo.

—No me parece bien que votáramos al Barón de Velasco por dinero. ¿Qué sentido tiene que tengamos que votar por la persona que más pesetas nos da? Hace dos años yo os recuerdo que alguno de nosotros votó a Cristóbal Botella sólo porque ofrecía su delegado más dinero. Nos traía al paio que éste fuera integrista y el Barón liberal, sólo nos movía la condenada plata. ¿Por qué hacemos esto? ¿Qué sentido tiene que no valoremos otras cosas? Yo he tomado una firme decisión y la siguiente vez que vaya a votar lo haré a quien crea que lo haga mejor no al más rico que se presente.

—Escucha, Cipriano, me parece muy bien que hagas con tu vida lo que te de la real gana pero eso ¿qué diantre tiene que ver con todos nosotros? —dijo Matías algo desconcertado por lo que estaba oyendo.

—¿Pero es que no os dais cuenta que todo en esta puñetera vida está relacionado? —continuó Cipriano—. Los ricos mandan y nosotros obedecemos y para que ellos nos sigan mandando incluso aceptamos el dinero que nos dan. Es de locos pero si pagan por conseguir el poder ¿cuánto sacarán cuando lleguen a él? Mirad, si nosotros vivimos igual durante toda nuestra vida y los ricos son siempre los que ordenan ¿por qué no intentamos cambiar un poco la existencia que llevamos? Durante los inviernos nos tenemos que ir del pueblo para ganar unas perras y poder malvivir el resto del año y todo eso... ¿Por qué?... ¿Porque los que mandan tienen el poder y no nos dejan más opción para poder sobrevivir! No os acordáis ya del robo de los *Cinco Prados* en la Sierra por la familia de la mujer del *tío Chalecos* o que en el pueblo dan trabajo sólo al que se pliega a los caprichos del amo. Todo son estrofas de la misma canción y yo creo que desafina. Pienso que hay que hacer algo.

—¿Donde quieres ir a parar? ¿No querrás que nos dediquemos a robar? —terció Cecilio con cierta suficiencia.

—Déjalo seguir —le increparon al unísono Rafael y el *tío Matías*. Aunque este último ya estaba algo mosqueado por lo que estaba oyendo.

—No se trata de eso —replicó Cipriano—. Vosotros sabéis que cuando trabajo de albañil tengo que ir a veces a Teruel o a Cella por material. Pues bien, estuve hace poco en casa del *tío Castelar* en Cella y después de darme el pedido me dijo que lo acompañara a la Sociedad a beber algo. Yo no sabía qué era aquello y mientras nos acercábamos al local me iba comentando que un grupo de personas del pueblo se habían juntado y entre ellos habían edificado un casino republicano. Todos habían trabajado codo con codo sin cobrar nada a cambio. Los sábados y, sobre todo, los domingos o cuando tenían tiempo se acercaban al local y ayudaban en lo que podían. Funcionaba el casino desde hacía casi dos años. Además de café y licores había una sala con una biblioteca y algunas personas mayores estaban aprendiendo a leer y escribir. A menudo iba alguna personalidad republicana de Teruel a hablar de cosas de política. Otras veces los oradores eran gentes de un sindicato socialista. Sabéis vosotros que a mí la política nunca me ha gustado y siempre pensé que todos los políticos eran iguales. Pero el *tío Castelar* me invitó a su casa a comer ese sábado y luego a la conferencia que daba un dirigente socialista llamado José Millán en el casino

republicano. No me pude negar. Fui y la verdad es que tenía toda la razón del mundo en lo que decía. Os digo esto porque también he asistido en nuestro pueblo a la conferencia que dio el cura y aquellos señoritos que vinieron de Teruel. Acordaros, ésa que hizo sobre la conveniencia de fundar un sindicato católico... Y por lo tanto, puedo ver la diferencia que hay entre unos y otros. Por eso me avergüenzo de haber votado el domingo y más aún de haberlo hecho por dinero. No tenía...

—¡Basta de sandeces! ¡Te he dejado hablar para ver hasta donde llegabas pero no sabía que fueses un revolucionario! —gritó furioso Matías al tiempo que arrojaba al suelo la calabaza de agua.

—¡No lo soy! —se defendió Cipriano bajándose del promontorio y acercándose a sus compañeros, mientras éstos se levantaban del suelo dejando de comer ante el cariz que estaba tomando los acontecimientos.

—Pues si no eres revolucionario, lo aparentas —gritó exasperado Matías—. Escúchame bien. Dios creó a los hombres para que cada uno actuara de acuerdo a un orden natural. Hay gente destinada a pensar y mandar. Otros en cambio tienen que trabajar y obedecer. Es así y no podemos remediarlo. ¿Cómo puedes decir esa sarta de tonterías cuando gracias al Barón vas a ganar dinero con el que mantendrás a toda tu familia?

—Trabajo y sudor me cuesta. Nadie me regala nada —dijo Cipriano alzando la voz—. El tema es otro. Si otorgamos nuestra confianza al Barón y en las elecciones le votamos, decidme ¿qué hace él por nosotros? —preguntó a los allí reunidos.

—¡Nos da dinero y trabajo! —indicó Cecilio reincorporándose a la disputa.

—No se trata de eso, hombre, pero es que no lo veis claro... —se defendió Cipriano sin poder finalizar sus argumentos.

—¡Basta ya de parloteo! —cortó nuevamente Matías—. Si sabías eso ¿por qué te viniste con nosotros?

—Porque me hacía falta el dinero —respondió Cipriano.

—Pues entonces acepta las cosas como son. Y sobre todo, no pretendas ir contra la voluntad del Señor que ha dispuesto en esta vida

a cada uno en su sitio —sentenció el maestro—. Si piensas así estás equivocado, pero a mí me da igual. Lo que no quiero de ninguna de las maneras es que hagas algo que nos pueda afectar a los demás. Como puedes ver nadie más piensa así... ¡Allá tú! Pero mientras vengas conmigo harás lo que yo diga y si no estás de acuerdo coges tus bártulos te vuelves a casa y en paz. Piénsatelo pero si vienes con nosotros no quiero que tercies palabra de lo que has comentado aquí con nadie, me entiendes ¡con nadie!

Y dirigiéndose al resto de la cuadrilla les dijo:

—Ahora todos a acabar de almorzar. Nos queda mucho viaje por delante y hay que recomponer las fuerzas.

Cipriano, cabizbajo, subió al pequeño promontorio y tornó a sentarse en la laja de rodeneo, pero no comió. Se quedó pensando largamente y después de sopesar la decisión de Matías decidió seguir con la cuadrilla a pesar que la contrapartida era el silencio. Su mundo interior oscilaba entre la rabia por lo ocurrido y la certeza de sus convicciones. Vicente y Rafael habían asistido a la discusión como meros espectadores. Simpatizaban tanto con el *tío Matías* como con Cipriano pero lo que había comentado este último los había dejado pensativos. Eran los más jóvenes de la cuadrilla y estaban en una edad de cuestionamiento continuo cuando no rebeldía por las cosas que no veían claras. En las siguientes etapas hacia El Bonillo y Albadalejo no comentaron nada de lo ocurrido ni siquiera entre ellos. Pero cuando acudían hacia Aldeas de Montizón y enfilaban el último tramo del camino a Úbeda cambiaron impresiones sobre lo que había comentado Cipriano. Sólo la presencia siempre vigilante del maestro Matías les hizo desistir de realizar nuevos comentarios. Una vez llegaron a su destino, el trabajo continuo de los primeros días propició que se olvidaran momentáneamente del asunto. Y aunque los dos amigos siempre estuvieron dispuestos a seguir conversando con Cipriano sobre lo acontecido durante ese día, éste prefirió callar por la palabra que había dado. A pesar del pactado silencio sí les prometió en cambio que una vez estuvieran de vuelta en el pueblo ya hablarían largo y tendido de todo ello. Así quedaron.

Y lo que nadie de la cuadrilla podía ni remotamente imaginar tuvo lugar a primeros de enero. Un día apareció por el molino sin previo aviso su dueño Fernando Ruano, más conocido como el Barón de

Velasco, junto a un séquito de sirvientes y compadres aduladores. Vicente no lo conocía personalmente, pero sí Matías, que al verlo se acercó hacia el Barón con la boina entre las manos y ligeramente encorvado. Aunque hay que decir que esa inclinación se debía más a una actitud sumisa y rastrera hacia el amo que a una consecuencia del esfuerzo diario con los pesados *cofines*. Conforme se acercaba a saludar a don Fernando comprobó estupefacto que éste no le hacía ni puñetero caso. Tan sólo pudo gozar de una mirada sesgada del aristócrata que Matías se empeñó en interpretar como un saludo. Mientras, el Barón y sus acólitos caminaban decididos hacia un pequeño cuarto que hacía las veces de oficina para el capataz del molino. A pesar del menosprecio de don Fernando, el maestro monterdino decidió permanecer en las proximidades del grupo. Allí seguiría para lo que ordenara el Barón, aunque de momento lo ignoraba como a un bellaco. Matías cada vez más confundido y pasmado casi no daba crédito a lo que estaba empezando a oír en la conversación que mantenían el dueño del molino y su secretario.

—¿Dónde está la cuadrilla de Gea? que quiero hablar con ellos —preguntó el amo.

—Allí —respondió el capataz— son el grupo que están cargando las tolvas.

—Pues díles que paren los rulos y vengan aquí, que quiero hablar con ellos —ordenó el Barón.

Al momento se acercaron los geanos con su maestro al frente y, descubriéndose todos, saludaron al grupo. Miraron detenidamente a la persona que les había llamado, la cual destacaba por su porte distinguido, mediana estatura, bigote con mostacho puntiagudo y cabeza redonda cubierta con un sombrero de fieltro. Era el Barón de Velasco que situado en el centro de los visitantes dirigía claramente el cotarro.

—Así que vosotros sois los de Gea —dijo dirigiéndose a los tres jornaleros andrajosos con una medio sonrisa. Éstos sujetaban inquietos las boinas entre las manos y las tenían mareadas de tanto darles la vuelta pues no acertaban que hacer con ellas.

—¿Me conocéis? —preguntó.

—¡Sí! —respondieron al unísono.

—¿Os tratan bien en mi fábrica? Si no es así, decídmelo.

Y casi sin darles tiempo a responder comenzó a hablar sobre las bondades del trabajo. Desde el primer instante dejó entrever las grandes dotes de caridad cristiana que poseía, pues gracias a él sus trabajadores mantenían a sus familias. El discurso siguió también por otros derroteros más lamineros haciendo glosas sobre la hombría de los serranos y en especial los de Gea con lo trabajadores, buenos, honrados y cristianos que eran. Todo ello en medio de un tufillo empalagoso que, sin embargo, embelesaba los oídos de los geanos. Casi un cuarto de hora estuvo allí hablándoles con un tono excesivamente amigable ante el asombro y la perplejidad de los allí presentes. Y no digamos del maestro Matías relegado al ostracismo sin saber por qué y no entendiendo ni pizca que se estaba guisando en aquel cocido. Sin embargo, su pasmo todavía aumentó cuando el dueño del molino, tras despedirse de los jornaleros, salió rodeado de sus fervientes servidores y atinó a escuchar la conversación entre el Barón de Velasco y su escribano.

—Don Fernando —intervino su secretario— no entiendo en absoluto lo que acaba de hacer con esa gente. ¿Por qué ha estado tan dispuesto y condescendiente con los geanos si en Albarracín son los que menos le votan y, sin embargo, con la cuadrilla de Matías, que son sus amigos y harían lo que fuera por usted, los ha ignorado por completo?

—Pues precisamente por eso ¡pardiez! —le comentó el Barón mientras le cogía del brazo zarandeándolo como para hacerle comprender mejor sus argumentos—. Los de Monterde los tengo en el bote y en todas las elecciones me lo demuestran aunque sus dineros me cuesta. Sin embargo, los de Gea me los tengo que ganar y buena cosa es regalarles los oídos. Déjalos, ya caerán, ya.

Y así, en medio de unas risas complacientes, salió el grupo del molino con el Barón de Velasco a la cabeza. Éste últimamente se encontraba muy satisfecho pues había vuelto a salir elegido diputado por Albarracín. Las únicas pegas venían por la actitud de los bancos en las vísperas electorales, pues cada año le costaba más conseguir una cierta liquidez para hacer frente a la “campaña electoral” a pesar del respaldo económico que poseía. Don Fernando Ruano —que por cierto, aún no lo hemos dicho, se definía como demócrata y pertenecía al partido Liberal— prefería seguir últimamente unas tácticas más sutiles pero no por ello menos efectivas. Si había que prometer algo a los electores

se prometía lo que hiciera falta y un poco más. Si era necesario halagar se halagaba incluso en superlativo. En definitiva, si con lisonjas o buenas palabras lograba ahorrarse dinero y conseguía los votos necesarios pues miel sobre hojuelas. El Barón de Velasco era muy listo y sabía lo que hacía.

Ya había pasado más de un mes desde la visita del diputado. El menosprecio que padeció Matías había activado los recuerdos de Vicente y Rafael sobre los sucesos del famoso almuerzo con Cipriano en la ribera del Júcar. Éste último no estaba presente el día de la visita del Barón, pero una vez enterado no quiso hacer leña del árbol caído y se negó a hablar del tema con el maestro.

Mientras tanto las tripas de Vicente comenzaron a darle señales de que algo no funcionaba correctamente. Pensó que los garbanzos se le estaban enfriando y decidió que ya era hora de comer. El ágape fue rápido pero ya estaba tranquilo. La carta casi la tenía terminada así es que pensó que merecía la pena un último esfuerzo pues se encontraba en el tramo final. Luego aún le quedaría dos horas más de descanso y tendría que volver de nuevo al tajo colocando los dichosos *cofines* de esparto en las prensas. Menos mal que ya quedaba poco que si no...

Engracia yame diras se cieres quetemande jabon ago cuentas de-mandarte 2 arobas site parece bien y sino ninguna. Y no se sicomprar un Carolifero tambien pero meboi agastar todos dineros y luego nos aranfalta. Tambien me diras que lede comprar a Fausto que me acuerdo mucho del.

Tambien tedigo que me contestes deseguida por si tes cribo otra antes deirnos pero yasabis para cuando termina mos dia ariba dia abajo y remos con el tio Jose Machuca hasies que me mandas adecir todo cuanto cieras y pase por hesta poblacion.

Notubiendo mas que decirte ya les daras mis recuerdos atus padres y toda lafamilia engeneral y un abraco para Fausto y tu recibes todo cuanto cieras deste tuesposo que nunca teolbida y berte desea.

Con salud

Vicente Saz.

PRIMAVERA 1930

*Marzo ventoso y abril lluvioso
hacen de mayo florido y hermoso
(Popular)*

No había cantado aún el gallo cuando Concepción y Segismundo se levantaron de la cama. La mujer encendió el candil y marchó rauda a despertar a sus dos hijas mayores. A continuación bajó a la cocina a preparar el almuerzo del marido. Éste, por su parte, había vaciado el contenido de un balde de agua en la palangana del lavabo y procedió a su aseo personal. Una vez finalizado el mismo, bajó a la cocina donde su esposa había acabado de cocinar los almuerzos de su prole y se disponía a preparar un pequeño paquete que debía llevar a su hijastro en la ciudad de Teruel. Antes de envolverlo, también incorporó una carta que había dictado Segismundo (pues era analfabeto) a su hijo mayor durante la pasada noche.

No tardaron mucho tiempo en bajar las hijas mayores de diecisiete y dieciséis años de edad y se juntaron en la cocina con el primogénito de la familia que, con sus diecinueve años, también tenía una ardua faena por realizar durante esa mañana. Desayunaron junto a sus padres unos buenos tazones de leche con torta cocinada en el horno casero. Y una vez finalizado, procedió cada uno de ellos a sus cometidos diarios. Segismundo salió hacia la paridera contigua a la casa donde estaba el establo con las caballerías. Allí mismo, se dispuso a colocar los arneses de los machos guardando en el carro los enganches y el rusal, que era un arado que disponía de una rueda en su parte delantera y servía para levantar la tierra. Esta era la faena que venía realizando durante los últimos días y así, arando los campos que había dejado en barbecho durante el otoño anterior, los iba preparando para

el cultivo de la siguiente temporada. Por su parte, Concepción subió a despertar al resto de sus hijos, pues tenían que acudir a la escuela de Gea de Albarracín que estaba aproximadamente a una hora de camino. Tan sólo dejó en las camas a los más pequeños, que se quedaban, como todos los días, bajo el cuidado de las dos hijas mayores.

Al bajar de nuevo al corral, Concepción comprobó que los aperos de la burra todavía no habían sido colocados, por lo que instó a sus hijas a trabajar con más celeridad. La bronca surtió efecto y con la ayuda del padre, en unos instantes, estuvieron colocados encima del animal el ropón, el baste, los diferentes correajes con la cincha y la tarria y, por último, las alforjas. Por su parte, Concepción fue recogiendo en un banasto de mimbre los quesos tiernos de cabra hechos la noche anterior. Cuando acabó, acudió al gallinero y agrupó los huevos puestos durante los dos últimos días en una canastilla y los envolvió con sumo cuidado entre un puñado de paja menuda, no se fueran a romper en el viaje que tenía que hacer a Teruel. Sus hijas se encargaron de ayudarla a instalar el banasto y las canastillas en las alforjas, despidiendo luego a su madre después de oír las últimas órdenes del día y algún que otro reproche sobre su comportamiento durante esa madrugada.

Ya comenzaba a amanecer cuando Concepción inició el recorrido que ella efectuaba todos los martes y jueves de cada semana hacia Teruel para vender los productos que le proporcionaban los animales de la masía. Pasó primeramente por un pequeño puente de madera que estaba situado unas decenas de metros más abajo de la propiedad. La humedad y el rumor del agua hicieron que se estremeciera durante unos segundos e instintivamente torció la cabeza para comprobar el nivel del río Guadalaviar. Lo que vio la hizo sonreír ya que su caudal bajaba abundantemente gracias a las lluvias de los últimos días. Ello era motivo de satisfacción, la cosecha del año estaba con creces garantizada. Una vez pasado el puente, se introdujo por un camino de tierra todavía algo embarrado. No se quiso ensuciar e instó a la burra a pararse junto a un recodo del camino al borde de un ribazo. Éste proporcionaba un cierto desnivel que ella utilizó para subir al animal y continuar la marcha.

Las primeras luces del alba y sus tonos anaranjados se reflejaban en los campos gracias al rocío de la mañana y conforme seguía su camino sentía con fuerza el olor embriagador de la hierba fresca. En su horizonte más inmediato, el verde de los campos de trigo contrastaba

profundamente con las diferentes tonalidades de los árboles que, situados en el borde de la senda, simulaban acompañar al viajero. Cuando acabó de pasar el trecho enfangado se iniciaba una leve subida por la ladera de la montaña ya libre del pesado barro. Entonces, Concepción decidió bajar y continuar el resto del repecho a pie con el fin de no cansar innecesariamente al animal pues todavía le quedaba unas tres horas de viaje hasta llegar a su destino. El camino seguía sinuosamente en un principio a través de una senda que se amoldaba a los vaivenes de la montaña. Una vez subida la pequeña colina donde finalizaba el retorcido tramo, su trayectoria continuaba por un sendero entre los campos de cereal hasta enlazar con la carretera que iba de Gea de Albarracín a Teruel. Los ojos de Concepción escudriñaban la labor cada vez que pasaba por estas tierras como si fuera la primera vez que las veía. Siempre hacía lo mismo. Y el motivo no era otro que el comprobar y controlar cómo evolucionaba la mies en las tierras que, junto con la masía, tenían arrendado a un rico terrateniente desde hacía dos años.

La citada masía estaba situada a resguardo del viento del norte en la falda de una montaña cercana a un recodo del río Guadalaviar. La casa, que era bastante amplia, contaba además con dos cobertizos y una paridera de gran dimensión situadas haciendo círculo con la masía y, a modo de corral interior, un patio donde quedaban sueltas las gallinas. Las tierras que circunvalaban la propiedad junto a otras situadas en una pequeña hoya hacia el noreste también formaban parte de la masada. En ellas, se cultivaban todo tipo de cereales especialmente trigo y cebada y en menor medida el centeno y la avena. En las huertas próximas al río se sembraban legumbres y verduras mientras que en las zonas húmedas más alejadas al curso fluvial se encontraban árboles frutales sobresaliendo; manzanos de diferentes clases, algún que otro peral y varias nogueras. Asimismo, disponían de una cabaña ganadera compuesta por unas pocas vacas junto a un rebaño apreciable de ovejas y algunas cabras. Además contaba con varios animales de tiro que ayudaban a los masoveros a realizar las labores del campo y eran dos mulas de muy buena estampa, dos burras y un caballo de enorme alzada que era propiedad del amo de la masía y cuidaban con esmero.

—No se estaba dando mal el año —pensaba Concepción—. Habrá buena cosecha, pues aunque le tengamos que dar el tercio de lo recolectado al amo para san Miguel, todavía nos quedará bastante para nosotros.

Llevaba andando casi la mitad del camino cuando sintió un leve escalofrío y a continuación, como una respuesta del mismo, estornudó una, dos, tres veces. Concepción se asustó. Volvió a recogerse la toca que le envolvía los hombros y el pecho y la estiró cubriéndose con determinación la cabeza a pesar de tenerla protegida, como siempre, con un viejo pañuelo negro anudado al cuello. Nunca le habían gustado las bajas temperaturas, es más, el frío lo odiaba con todas sus fuerzas. En este tema era verdaderamente obsesiva y se crispaba con suma facilidad. Cuando alguno de sus hijos tiritaba o se ponía a estornudar, acudía frenética a cubrirlo mejor, renegando con todo tipo de improperios a los mayores que estaban cerca por no haberlo hecho ellos antes. Tenía sus motivos. Miles de recuerdos desagradables se agolparon de repente en su mente a modo de fugaces instantáneas, como si esos estornudos hubiesen destapado el frasco de las esencias que ella hubiera deseado enterrar para siempre junto a su primer marido, allá por la primavera de aquel fatídico 1919.

Concepción había nacido en el seno de una familia numerosa en el año 1888. La casaron sus padres cuando tenía veinticuatro años siguiendo la costumbre de estas tierras: por mutuo acuerdo entre las familias. Su futuro marido era un hombre de su misma escala social y, como ella, vecino del pueblo de Monterde de Albarracín. Una persona a la que conocía desde su niñez, pero del cual no estaba enamorada. Sólo se consideraban amigos. Como ocurría durante esta época con las parejas formalizadas de dicha manera en los pueblos de la Sierra, el amor entre los esposos se asentaba con el paso del tiempo. Fruto del mismo tuvieron dos hijos; una niña y un niño. En un principio todo parecía marchar sobre ruedas. Un matrimonio cada vez mejor avenida y amante. Una vida sacrificada y llena de trabajos pero feliz. Un hogar con necesidades pero limpio. Sin embargo, la epidemia de gripe que asoló estas tierras a intervalos desde el otoño de 1918 hasta finales de 1919 destruyó a muchas familias. La mortandad fue enorme y no respetó a nada ni a nadie. En la sierra de Albarracín, el pueblo más afectado fue Royuela, pero en todos los municipios tuvieron lugar en mayor o menor medida estos luctuosos sucesos. Las familias que fueron afectadas no tuvieron ninguna oportunidad de salir intactas del evento. En pocos días, e incluso horas, morían los enfermos como presas de una maldición.

La vida de Concepción quedó truncada para siempre a partir de esta epidemia. Su marido fue uno de los que murieron en Monterde

durante aquel trágico mes de mayo donde, en apenas diez días, fallecieron siete personas por afecciones gripales. Y al día siguiente que él, su cuñada, la hermana de su marido. A partir de ese momento se las tendría que ver en la vida sola, tremendamente sola, con dos hijos de seis y cinco años de edad. En situaciones similares también se encontraban otras familias. Una de ellas era la de su cuñado Segismundo, el cual, se había quedado viudo con cinco hijos de pequeña y mediana edad. Pasaron los primeros meses en medio de un completo desasosiego e incertidumbre ante el oscuro futuro que se perfilaba. Y cuando no pudieron aguantar más, decidieron seguir los consejos de sus respectivas familias que pensaron que su única salida pasaba por juntarse para, de esta manera, poderse enfrentar con más facilidad a sus sobrevenidas necesidades. Así, tras las dudas iniciales decidieron que merecía la pena casarse tal y como ocurrió con otros matrimonios entre viudos durante los años posteriores a la gripe española. No podía haber otra solución, no existía amor sólo imperaba una cosa: necesidad.

Una nueva vida comenzaba para Concepción. Los inicios presentaron enormes dificultades. Su nueva familia seguía siendo pobre de solemnidad. Entonces ¿cómo alimentar a siete niños? Se rompieron las costillas para poderlo llevar a cabo, pero todo resultaba inútil. Por mucho que trabajaran nunca repercutía lo suficiente. Ni las ayudas proporcionadas por sus familias ni el trabajo de sol a sol, nada. Por si todo ello fuese poco los problemas, lejos de disminuir, se acrecentaron casi desde el primer momento. A los pocos meses de haberse celebrado el matrimonio, Concepción quedó embarazada. Urgía una solución. Mariana la hija pequeña de Segismundo se tuvo que ir a vivir con unos tíos suyos con todo el dolor de su padre. Era una boca menos que alimentar pero continuaba sin ser bastante. Además, Concepción volvió a quedar embarazada otra vez y otra... Tuvo cuatro hijos en el corto espacio de cinco años. ¿Qué hacer? La vida en la casa era un auténtico infierno los niños crecían y sus necesidades aumentaban. El hambre, los gritos, las palizas, el mal humor, las riñas, los dos bandos que se creaban en casi todas las discusiones, pues se trataba de dos familias en realidad. Todo ello era una constante que desquiciaba los nervios a cualquiera. Y no era bastante que la familia ayudase de vez en cuando, ni que los hijos mayores se marcharan de casa para trabajar de jornaleros o pastores.

Concepción necesitaba una mano de hierro para contener tanta crispación. Todo ello moldeó su carácter; la hizo arisca, impetuosa y

en el fondo la llenó de amargura. En su juventud había sido una mujer hermosa, alta, de semblante agradable pero al mismo tiempo firme, con una nariz prominente y unos lóbulos ligeramente alargados, sin que ello restara un ápice su belleza, al contrario, la reafirmaba. Sin embargo, el paso de los años hizo que todo ello cambiara. Las facciones de su rostro acabaron endureciéndose con la lucha diaria. No había lugar para la belleza ni el refinamiento, había que contentarse con sobrevivir. Tuvieron la suerte de que Segismundo contactara con un terrateniente originario del pueblo, que era propietario de varias masías y que éste tuviera a bien arrendarles, una situada en el término municipal de Gea de Albarracín. Recogieron todos sus enseres en el pueblo y partieron hacia *La Golleta* en el otoño de 1928. Empezaban una nueva vida. O al menos Concepción y Segismundo así lo creían.

En estos pensamientos estaba cuando divisó a lo lejos una multitud de personas en unos campos situados entre la llanura de Cella y Caudé. Durante los últimos meses había observado maniobrar sobre dicho terreno a un grupo numeroso de albañiles allanándolo y edificando unas casetas al borde del camino. En esta ocasión, vio a más gente que de costumbre, pero no le dio importancia, se encogió de hombros sin comprender qué hacían tan temprano en el tajo y continuó su marcha. A unos dos kilómetros de allí el camino se unía a la carretera que enlazaba Zaragoza con Teruel. Si hasta ese momento no se había encontrado con nadie en su trayecto, salvo a aquellas personas, a partir de ahora tenía que ir con más cuidado, pues en la carretera el tráfico era más frecuente a pesar de lo temprano del día. Aun así, pasó un buen trecho hasta que se cruzó con el primer carro. No obstante, conforme se acercaba a la capital, el trasiego de carromatos y algún que otro coche se hacía mucho más constante.

En esos momentos, a varios kilómetros de distancia, en las tierras que pertenecían a la masía, Segismundo había realizado un alto en el camino y examinaba detenidamente los tardíos que había sembrado casi dos meses atrás. En los campos se alternaban dos épocas de siembra. La primera era la más común y tenía lugar durante el otoño cuando se plantaba varios tipos de cereal como el trigo y el centeno. Y la segunda era conocida por los labradores como los tardíos y se realizaba sobre el resto de los campos que se preparaban para la siembra durante los meses de marzo y abril tratándose fundamentalmente de cebada y avena. Segismundo se alegró al comprobar que ya empezaba

a nacer la cebada y un manto fino de tonos verdosos se extendía sobre las tierras de labor simulando grandes prados cubiertos de césped. Bajó del carro y se aproximó a la parcela cuyos límites llegaban hasta el mismo camino, penetró en ella algunos metros y, agachándose, introdujo la mano dentro del terruño para comprobar la humedad. Extrajo del mismo un puñado de tierra con la incipiente cebada y diseccionándola apreció cómo se estaba desarrollando el cereal. Una vez hubo comprobado que las espigas salían con fuerza, sonrió complacido y volvió a subirse al carro continuando la marcha. Más adelante, después de pasar por un pequeño barranco, se abrió un alargado vallejo donde se asentaba un *piazo* de medianas dimensiones cuyos rastros de la cosecha anterior ya habían sido consumidos por el rebaño de la masía que pastoreaban sus hijos. Segismundo detuvo el carro y se dispuso a preparar dicha parcela para la siguiente cosecha.

Arar la tierra que se había dejado en barbecho para el año siguiente era otra de las labores que se realizaban durante la primavera. Cada campo que se dejaba sin sembrar en el otoño era utilizado como rastrojera por el ganado lanar y cabrío y, si el tiempo lo permitía, llegado el mes de mayo se labraba removiendo la tierra con el rusal para evitar que se apelmazara. De esta manera, los campos se empezaban a dejar en condiciones para poderlos sembrar nuevamente tras binarlos en una segunda pasada con el aladro, una vez llegado el siguiente otoño. Aunque también podía darse el caso que los fueran a sembrar también como tardíos y ello sería, lógicamente, en la primavera del año siguiente por lo que tendrían que volver a labrarse en el mes de septiembre y binarlos a comienzos de la primavera antes de sembrarlos. Lo más importante para esta labor era realizarla en esta época del año, justo cuando la tierra estuviera lo suficientemente preparada. Ni excesivamente seca, porque entonces apenas se podría profundizar, ni rebosando humedad para no enfangarse el rusal.

Una vez se hubo detenido Segismundo en un claro entre dos grandes carrascas próximas al camino, soltó los arneses de las acémilas. Luego, acopló el collarón a las mulas colocando entre ambas el arado conocido como rusal para poder iniciar la labranza. Entró por un lado del *piazo* y comenzó a trabajarlo sin prisas, el tiempo de la primavera le había favorecido y llevaba la faena del campo medianamente adelantada. Después de dar algunas vueltas por el bancal labrándolo, se detuvo un momento para que descansaran las acémilas y, por supuesto,

él. Los años no pasaban en balde y últimamente se cansaba con relativa frecuencia y sufría asimismo algunos accesos de fiebre. Segismundo aprovechó la pausa para secarse el sudor y acudir al carro a beber agua de un viejo botijo. Éste lo llevaba envuelto en una basta arpillera para protegerlo mejor de las trastabilladas del camino y solía guardar en una oquedad del asiento del carro. Mientras descansaba no dejaba de pensar en su hijo José y calculaba que ya habría llegado al molino de Gea a moler el trigo que utilizaban para el consumo de la casa, pues últimamente andaban escasos de harina.

José, el primogénito de Segismundo, era un joven de mediana estatura, mente ágil y despejada y con un carácter dispuesto y muy responsable. Como todos los adultos de su casa había madrugado ese día, pues tenía que acudir sin falta a Gea de Albarracín. Después de desayunar con sus padres y hermanos se fue hacia el establo y ensilló a la burra. Le colocó los diferentes aparejos y encima el baste con la tarria para que sostuviera las dos talegas de trigo que iba a llevar al molino de Gea. El camino hacia esta población no era muy largo y en determinadas circunstancias podía considerarse casi como una excursión. Así, la tomaron sus hermanos medianos agradecidos por la inusual compañía y que acudían como todos los días a la escuela de la localidad, siempre que el tiempo lo permitía. La senda iba bajando paulatinamente desde que salía de *La Golleta* hasta llegar a un puente que atravesaba el río Guadalaviar y luego serpenteaba entre la muy afamada huerta de Gea, donde se sembraban todo tipo de verduras y árboles frutales. A partir de entonces, el camino continuaba en llano y a unos dos kilómetros de distancia entró en la población por el este, justo donde una frondosa noguera situada a su izquierda hacía sombra a la noria más famosa y antigua del contorno. Siguiendo la marcha, dejó a su derecha un antiguo y vetusto cementerio y penetró en la población.

Primero pasó por un costado del bello monasterio de los Carmelitas descalzos construido a finales del siglo XVII y al que la desamortización de Mendizábal, llevada a cabo a mediados del siglo anterior, había dejado en un lamentable estado. Luego, atravesó el Portal de Teruel, que se mantenía medio intacto a pesar de que de la antigua muralla que circunvalaba la población, tan sólo quedaba algunos restos desperdigados entre los muros de las casas colindantes. Penetró en la localidad cruzándose con numerosos lugareños que acudían a sus

trabajos cotidianos. Unos iban a la huerta con las azadas colgadas de sus hombros y los cestos de esparto recogidos por las asas mientras que otros acudían en carros con los equipamientos necesarios para labrar los campos, como hacía su padre. José se despidió de sus hermanos pequeños que acudían sonrientes a la escuela municipal, siguiéndoles con la mirada mientras continuaba impertérrito su viaje. Fue cruzando el pueblo por la calle Mayor hasta atravesar el Portal de Albarracín y, girando a su izquierda hacia un remanso del río, llegó al molino. Una vez allí, saludó a su propietario que junto con otra persona acarreaba algunos sacos desde dentro del edificio hacia un carro situado cerca de la puerta de entrada.

—Buenos días, José ¡menos mal que has llegado! Pensé que ya no venías —saludó el molinero.

—¡Buenos días! —respondió el zagal—. Traigo dos talegas de trigo para moler.

—Pues bájalas y colócalas ahí dentro al lado de la báscula —ordenó el molinero—, en un momento estaré contigo.

Hizo José aquello que le mandaron y con cuidado depositó las talegas cerca del peso. Luego, ató la burra en una de las argollas dispuestas en la pared que daba a la calle acudiendo a continuación donde estaba el molinero hablando con otro parroquiano. Ambos comentaban ciertos sucesos ocurridos años atrás y que él había oído mencionar a su padre en alguna que otra ocasión.

—... pues sí, nunca se supo a ciencia cierta quién lo hizo pero creo que fue en abril de 1923 cuando algunos desaprensivos de este pueblo talaron en una noche casi cien árboles frutales a unos amigos del administrador de la dueña —comentó el molinero.

—Sí, ya lo sé —respondió su interlocutor. Éste era asimismo arrendatario de otra masía del término municipal y aunque era forastero, por lo visto estaba también al corriente de aquellos terribles sucesos—. A mí me dijeron además que un año antes apedrearón el molino y la casa del administrador de la señora marquesa y que llevados por ese afán destructivo incluso llegaron a cortar el cable que daba la luz al pueblo... También me comentaron que encerraron a los culpables y al día siguiente un numeroso grupo de manifestantes asaltó la cárcel para liberarlos. Lo sé. Me lo contó uno que precisamente participó en los hechos y luego se arrepintió cuando se dio cuenta de

la violencia que se estaba generando. Además me comentó que incluso vino la Guardia Civil de Albarracín para sofocar los desmanes que se estaban cometiendo en Gea y detener a los culpables. La verdad, es algo que me cuesta creer —refirió no sin cierto asombro el arrendatario.

—Pues todo es cierto, créetelo. Fíjate cómo estaban las cosas en el pueblo que la mayoría de la gente no venía a moler el trigo a este molino y censuraban de malos modos a los que acudían. Llegaba a tanto su odio y desesperación que todas esas personas preferían irse a Cella, a pesar de lo lejos que está, antes que hacerlo en Gea para no beneficiar de este modo a la marquesa de Moctezuma, que entonces era la propietaria —insistió el molinero—. Aunque eso sí, aquí el que más tajada sacaba era el administrador de sus bienes que hacía y deshacía a su antojo —concluyó.

—¿Pero la dueña del molino no era la princesa de Pignatelli? —preguntó confuso el arrendatario.

—Son la misma persona, en realidad se llama María de la Concepción Girón y Aragón. Vive en Madrid y es una aristócrata con muchos títulos nobiliarios, entre ellos los de herederos de la Casa de Fuentes. Aquí unos la conocían como la marquesa de Moctezuma y otros como la princesa de Pignatelli, pero se trata de la misma dama. Es un lío, por eso los que sois forasteros os cuesta tanto de entender.

—¿De verdad que era tan importante esa mujer?

—Pues sí, ya que además era la propietaria de buena parte de este término municipal mientras que los labradores del pueblo tenían lo justo para ir tirando y carecían de tierras para el ganado. Todo se empezó a solucionar en la primavera de 1924 cuando firmaron un acuerdo con buena parte del vecindario para que sus reses pudieran pastar en las tierras de la marquesa. Y no te creas, pues para llegar a un convenio satisfactorio para todas las partes hubo amagos y conatos de ruptura. Incluso, en un principio, los socios del Sindicato que se había creado abandonaron la reunión del Ayuntamiento. Después, tuvieron que intervenir para poder firmar las Bases un montón de personalidades. Desde las fuerzas vivas del pueblo hasta el Sindicato agrícola católico de Gea, el Gobernador Civil y el Delegado Gubernativo del distrito de Albarracín Luís Polo de Bernabé, que fue el principal artífice del acuerdo. A partir de entonces, todo empezó a cambiar muy rápi-

damente. Además, al poco tiempo conseguimos que nos vendiera también el molino y la situación se fue poco a poco normalizando hasta hoy, aunque todavía siguen existiendo muchos descontentos.

José no perdía detalle de lo que estaba oyendo. Alguno de los comentarios no los conocía pero sí que había escuchado a su padre hablar con el dueño de *La Golleta* sobre los acontecimientos tumultuosos ocurridos durante esos años. Y también de las consecuencias que sobrevinieron por la permanente cerrazón de la aristócrata y sus antepasados en llegar a una solución que aliviara las necesidades que padecían los habitantes de Gea.

—Esta noche hablaré largo y tendido con mi padre Segismundo y le pondré al corriente de todo lo que le he escuchado al molinero —pensó.

Él seguía como un autómatas a los tertulianos mientras conversaban y trabajaban al mismo tiempo. Además, como la persona joven y tremendamente curiosa que era, no perdía detalle de todo lo que hacían y comentaban. El molinero se dio cuenta de la continua presencia allá donde iban del hijo del arrendatario de *La Golleta* y prefirió cambiar radicalmente de tema.

—¿José, quieres ver cómo hacemos la harina en este molino? —le comentó en tono distendido.

—Me encantaría —respondió entusiasmado.

—Pues acércate a mí y no pierdas detalle —dijo mientras colocaba las talegas en la báscula pesándolas.

Una vez hubo anotado el peso le indicó que le ayudara a descargarlas en la tolva para moler. Se subieron por una escalera de madera a una pequeña plataforma situada junto al embudo que regulaba la caída de los granos. Cuando hubieron vaciado los sacos de trigo puso en marcha el mecanismo y comprobó cómo iba cayendo mientras dos grandes y redondas losas de piedra machacaban el cereal. Una de ellas estaba fija y servía de soporte mientras que la otra era móvil y ayudaba a aplastarlos separando la flor de la harina del salvado. José estaba realmente entusiasmado y figoneaba todos los movimientos habidos y por haber. Por fin, después de casi una hora de trabajo tenían completado un saco de cáñamo con la harina que habían extraído. Si bien había acudido en varias ocasiones a acarrear el trigo para molerlo nunca había

participado en su elaboración, pero en esta ocasión, el molinero estaba especialmente simpático y era una oportunidad que no se podía desaprovechar. ¡Vaya día y cuánto estaba aprendiendo! Cuando finalizaron el proceso volvieron a pesar la harina resultante y el molinero se quedó con el porcentaje pactado por su trabajo que ascendía al cinco por ciento del peso elaborado. José recogió la suya ya nuevamente ensacada acondicionándola en las talegas con exquisito cuidado. Las situó sobre la tarria de la burra atando los sacos con suma destreza, a pesar de su juventud, y se despidió a continuación del molinero mientras le agradecía las deferencias que había tenido con él durante esa mañana. De nuevo en la calle, se encaminó diligentemente hacia la masada, pues todavía le quedaba bastante por hacer para culminar sus tareas del día.

Cuando por fin regresó a su casa, buscó a sus hermanas mayores para que le ayudaran a cernir la harina que utilizarían posteriormente en su alimentación. El primogénito de Segismundo recogió el cedazo, que era una especie de criba, y sobre la que sus hermanas iban depositando la harina que había traído. Entonces él la agitaba en redondo de manera que iban separándose lo más fino que caía sobre un saco abierto y extendido así como las costras de salvado que se quedaban encima del ciezo o cedazo. Cada dos o tres cribadas retiraba los restos del salvado resultante a otro saco, pues no se desperdiciaba nada en absoluto, y lo que no servía para las personas era muy adecuado para la alimentación de los animales. De hecho, el salvado era uno de los condimentos que solía mezclar su madre cuando realizaba la *pastura* para los gorrinos de la hacienda. Y de esta manera se pasaron sus buenas horas con José comentando su experiencia en el molino fabricando la harina, haciéndolas además partícipes de los comentarios escuchados en el pueblo de Gea. Y ellas, entregadas a la tarea que les había encomendado su madre. Después de haber cernido toda la harina que había traído la acondicionaron lo mejor que pudieron en unas talegas colocándolas en el masador de la casa a la espera de que volviera Concepción y ella dispusiera.

Su madre, mientras tanto, seguía su impenitente marcha de todos los jueves. Después de unas cuatro horas de viaje, sin descansar ni un solo momento, por fin había llegado a Teruel. Cuando entró en la capital se apeó de su montura y enfiló primeramente la subida de la calle San Francisco. Una vez arriba, en el Óvalo, torció hacia la izquierda penetrando por una estrecha y empinada calle llena de gente

que daba al final con el centro neurálgico de la capital. La plaza del Torico estaba abarrotada de personas y el ruido de los vehículos y los gritos de la muchedumbre eran multiplicados por cien debido a sus reducidas dimensiones. Por todo ello, Concepción dio unas suaves palmadas al cuello del animal con el fin de calmarlo para que no se espantara. Atravesó la plaza siguiendo la dirección que llevaba cuesta arriba y continuó por una calle estrecha. Ésta daba casi al final a su izquierda con una pequeña replaceta donde estaba situada la conocida fonda de *El Tozal*, para ella el fin del trayecto. Llamó al dueño y una vez realizados los saludos de rigor llevaron la burra hacia la cuadra acondicionándola en un pesebre vacío, como siempre hacían. Concepción liberó a continuación al animal de los pesados arneses dejándole tan sólo el cabezal y la soga del tiro que sujetó en un saliente del comedero. Recogió el banasto y las canastillas con exquisito cuidado comprobando que los quesos estaban intactos y no se había descascarillado ningún huevo. Luego, acomodándose ambos cestillos en los brazos, se dispuso a repartirlos entre aquellas casas que tenía apalabradas. Todo ello lo hizo con cierta celeridad, ya habría tiempo de descansar y poder comer cuando acabara el reparto.

Aproximadamente al medio día finalizó la venta que hacía los jueves a ciertas viviendas de la capital. Cansada por el continuo trasiego y algo contrariada por alguna que otra discusión que había tenido sobre los precios de sus productos, volvió a la fonda y subiendo a la casa entró en el comedor. Se sentó en una silla y abrió sobre la mesa un paquete pequeño con algo de queso y *frito* de cerdo. Demandó al posadero pan y una jarra de agua y se dispuso a continuación a comer. Una vez finalizada la comida sacó cuentas con el dueño de la fonda al que ya había entregado su pedido diario compuesto por tres quesos tiernos de cabra y una docena de huevos. Eso sí, al precio final hubo que descontar lo consumido por ella y la acémila. Se despidió del hombre tras apalabrar la estancia de la burra en el establo por un breve espacio de tiempo, pues todavía tenía algo importante por hacer. Recogió el pequeño paquete que había realizado durante esa madrugada en la masía y partió hacia el reformatorio de Teruel situado a escasa distancia de la plaza del Torico.

Una vez allí preguntó en la conserjería por su hijastro. Las monjas le llevaron a un pequeño patio donde Concepción pudiera conversar con él. Eleuterio, que así se llamaba el zagal, miró de reojo a su

madrastra. No congeniaban en absoluto y eso era evidente a todas luces. Concepción prácticamente había obligado a su marido a llevarlo al reformatorio unos tres años atrás porque el muchacho era bastante rebelde y en la casa, que ya era un caos, se hacía más de notar. Sin embargo, desde que se habían mudado a la masía Segismundo había insistido en que debían ir a por él, pues ahora que contaba con trece años podía ser más útil a la familia de lo que había sido hasta entonces, en realidad un estorbo. Eleuterio recogió el paquete que le ofrecía Concepción y alzando la mirada con el ceño fruncido le preguntó:

—¿Cuándo me vais a sacar de aquí? Ya estoy harto de seguir en este lugar, quiero ver de una vez a mi padre y mis hermanos.

—Pronto —respondió lacónicamente su madrastra. Al mismo tiempo se encogía de hombros y miraba a su alrededor algo nerviosa.

No contento con la respuesta, el muchacho la volvió a inquirir y ante el silencio cómplice de Concepción le espetó gritando con rabia mientras arrojaba el paquete al suelo.

—Como no me saquéis enseguida de aquí, te juro que me voy a escapar al menor descuido que tengan las monjas. No quiero seguir en este lugar ni un día más. ¡Quiero irme con vosotros!

Al oír las amenazas de Eleuterio, alzó la mano Concepción como un resorte a fin de atajar con un cachete la insolencia del muchacho. A medio camino del guantazo se contuvo, dio media vuelta y salió de prisa del patio, resoplando maldiciones sin fin. Enfurecida y malhumorada retornó de nuevo a la fonda de *El Tozal*. Entró directamente a la cuadra y colocó los arneses al animal, que relinchaba continuamente y giraba la cabeza cada vez que le apretaba los correajes. Incluso en una ocasión hizo amago de cocearla. Ese intento de patearla le hizo reconvenir sobre la situación de estrés que, por su culpa, estaba afectando al animal y el hecho que todavía tenía que realizar el viaje de vuelta. Al final, la mujer comprendió que la estaba tomando con la burra y la pobre no tenía culpa de nada. Suspiró profundamente e intentó tranquilizarse. Ya más calmada, aunque todavía obcecada por lo que acababa de suceder, acabó de colocar los aparejos de la acémila. Y pocos minutos después salió con determinación de la posada sin tan siquiera despedirse del dueño e iniciando el retorno a su casa.

Por la tarde era menor el gentío de las calles en la capital, aún así Concepción tuvo que calmar en un par de ocasiones a la pobre

burra que llevaba unos minutos la mar de excitada y a la menor oportunidad se espantaba. Como llevaba cogida por la sogá al animal y sometida continuamente a un trote sin pausa enseguida alcanzaron las afueras de la ciudad. Una vez pasado el promontorio existente a las afueras de Teruel, se iniciaba una amplia llanura que prácticamente llegaba hasta las cercanías del pueblo de Gea. Subida dicha cuesta, paró a la burra y apartando ligeramente las alforjas acomodó su asiento entre el baste y el cuello de la acémila.

Casi una hora más tarde de viaje la carretera se desviaba por la izquierda en dirección a Albarracín. Concepción enfiló el camino y divisó a lo lejos una gran multitud dispersa sobre los campos y las casetas donde habían estado trabajando los albañiles desde hacía meses. La algarabía de la gente se hacía más de notar conforme iba acercándose. Ya en las proximidades vio un grupo de personas que estaban al lado de la carretera y cerca de ellas un gran aparato de hierro. Concepción aminoró la marcha de la burra y contempló por primera vez en su vida una avioneta, pues de eso se trataba. Y de la misma manera los campos que estaban acondicionando desde hacía tiempo aquellos trabajadores eran una pista de aterrizaje, aunque claro, ella en su ignorancia no lo atinase a comprender. Como tampoco podía intuir la imagen que ofrecía subida a los lomos de una burra mientras miraba con los ojos desorbitados la avioneta situada unos pocos metros de donde se había detenido. Aunque ella no se daba cuenta, formaba parte de una estampa que representaba la más clara visión de dos mundos que evolucionaban de distinta manera.

Absorta y realmente pasmada en la contemplación, no se dio cuenta de que la estaban observando desde lejos un grupo de hombres y mujeres que en pequeños corrillos comentaban la exhibición de vuelo que había tenido lugar poco tiempo atrás. Entonces, de entre la muchedumbre salió un varón de mediana edad y dirigiéndose a Concepción le hizo repetidas señas con la mano para que esperara, quería hablar con ella. A ese individuo le siguieron con una sonrisa cómplice un grupito de caballeros encopetados y señoritas bien emperifolladas. Al llegar donde estaba Concepción el sujeto que la había llamado, viendo la perplejidad de la mujer mientras observaba el avión, le dijo en tono de burla:

—¿Le gusta la avioneta, señora? Pues bájese de la burra y yo las llevaré a las dos hasta su casa.

El grupito de señoritas y sus acompañantes comenzaron a reírse con unas carcajadas ruidosas y malintencionadas. Al mismo tiempo señalaban con las manos y sus gestos hacia la escena que formaban la acémila y Concepción. Ésta, totalmente paralizada por la sorpresa, no llegaba a comprender el significado de todas esas risotadas dirigidas hacia su persona. Pasado el primer momento de estupor notó cómo comenzaba a hervirle la sangre y percibió un fuerte acaloramiento en su cara. Al instante sintió vergüenza por todas aquellas miradas y risas dirigidas hacia su persona. Reaccionó a los pocos segundos y tirando de las riendas de la burra con furia y golpeando con sus tobillos los muslos del animal, salió de allí rápidamente, con rabia, mordiéndose los labios.

—Malditos sean todos los ricachones y señoritos, malditos sean —mascullaba conforme se alejaba del lugar y todavía seguía percibiendo un murmullo de risotadas cada vez más lejano—. Este es un mundo lleno de sufrimientos aunque siempre nos toca a los mismos —pensaba— malditos, malditos sean —insistía Concepción.

Continuó su viaje sin lograr quitarse del pensamiento todo lo ocurrido en el campo de aviación. Pasados unos minutos y algo más tranquila bajó del animal donde el camino hacia la masía se desviaba de la carretera a Albarracín. A partir de ese momento enfiló el último tramo de la vuelta a casa cuando la luz del día comenzaba a perder claridad. Más adelante, llegó a las tierras que tenía arrendadas con la masía y allí divisó en un pequeño prado cercano al río Guadalaviar a tres de sus hijos cuidando un reducido hato de cabras. Ante la mirada vigilante de los dos hermanos mayores, el más pequeño de los zagales salió corriendo a trompicones hacia ella nada más verla y llegado al lado de Concepción se le colgó del cuello. Su madre le besó tiernamente y le preguntó qué tal había pasado el día. El crío le respondió atropelladamente aquello que se le ocurría. Una vez oído al pequeño, Concepción le preguntó si quería subir a la burra. El *muchicho* sonrió abiertamente y asintió repetidas veces con la cabeza. Lo subió con sumo cuidado encima del baste y le encargó que no se soltara del tiro para evitar una mala caída. A continuación, reinició la marcha al tiempo que les gritaba a sus hermanos que se llevaba al pequeño.

En muy pocos minutos llegaron a la paridera de la masía. Concepción se extrañó de ver en el establo a las mulas que se había llevado

Segismundo por lo que pensó que había acabado pronto de labrar los campos. Acto seguido bajó al pequeño de la burra y mientras procedía a descargar los aparejos del animal se acercó su hija mayor. Al verla su madre le preguntó:

—¿Pasa algo? ¿Por qué están las mulas en la cuadra?

—El padre se ha empezado a encontrar mal hacia el medio día y por eso ha vuelto a casa tan temprano. Ahora mismo está acostado en la cama, tiene fiebre y le duele otra vez la mandíbula —le dijo su hija con los ojos enrojecidos y el gesto grave en su semblante.

Concepción acabó de bajar los banastos y las canastillas vacías y se las dio a su hija. Luego recogió las alforjas y acabó de quitar al animal la pesada carga del ropaje. Dejó a la burra suelta junto al pesebre y acto seguido, con celeridad, entró en la casa y se dirigió inmediatamente hacia el dormitorio. Iba tan decidida que ni tan siquiera oyó el tímido saludo de José que la esperaba en un pequeño rellano situado al pie de la escalera. Entró como una exhalación en la habitación y nada más ver a su marido tumbado en la cama le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Segismundo?

—Estoy bien, no te preocupes Concepción. Esto pasará pronto —respondió.

—Teníamos que haber ido sin falta a ver un médico cuando te coceó aquel mulo el año pasado —apuntó Concepción.

—¿Para qué? —insistió Segismundo—. Ya te digo que esto no es nada, con las yerbas que me dio el curandero de Jabaloyas tendré bastante. Tranquila, mujer, ya verás cómo mañana habrá pasado todo.

Al cabo de tres horas ya estaban recogidos los hijos de Concepción y Segismundo. Cada uno había vuelto de sus faenas, de pastores unos, con las vacas otros, o con la labranza o la huerta o los animales. Todos tenían una ocupación u otra. El barullo entre tanto crío era inevitable, pero esa noche como todas las noches desde que estaban en la masía por lo menos la comida no faltaba. Después de cenar se fueron los más pequeños a la cama, quedándose los mayores ayudando a su madre a remendar algún apero descosido o alguna canastilla desmimbrada. Mientras trabajaban comentaban entre ellos que su padre últimamente caía enfermo muy a menudo. Concepción, mientras tanto, miraba a sus hijos con infinita pena y callaba.

VERANO 1936

*Gil Robles subió a los cielos
para pedirle a Dios la España
pero éste le contestó
no será para tí, será para Manuel Azaña*
(Popular)

Monterde, durante los años treinta, seguía siendo una localidad olvidada y perdida en la depauperada sierra de Albarracín. Las carreteras que se habían construido durante los años anteriores la habían dejado de lado y seguía sin estar comunicada con los municipios de su entorno salvo por caminos de herradura. Por causa de ese aislamiento sus habitantes vivían inmersos en medio de una indolente soledad, para muchos de ellos el mundo que conocían apenas traspasaba los márgenes de su propio término municipal. En esa época, Monterde de Albarracín representaba la estampa casi inmutable de cómo había sido el pueblo desde hacía más de trescientos años. Y así sus quinientos sesenta y dos habitantes seguían viviendo en casas de pequeño tamaño que se apiñaban en bloques como si quisieran protegerse mejor del frío. Casas con las techumbres bajas y las puertas de madera con dos hojas que incluían casi todas en su parte inferior el orificio circular de la gatera. También era notable la existencia de multitud de callejones sin salida así como sinuosos y retorcidos tramos que finalizaban casi siempre en pequeñas replacetas a las que tenían acceso tres o más casuchas. Y culminaba el ancestral inmovilismo del pueblo la majestuosa silueta de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, construida a caballo de los siglos XVI y XVII, edificio que estaba flanqueado en su parte meridional por un bello y cuidado huertecillo que era cultivado por los beatos locales para mayor gloria y mejor yantar del cura de turno.

Algunas casas del municipio estaban construidas con grandes bloques de piedra caliza. Otras, en cambio, las más pobres, engalanaban sus fachadas con un enlucido rojizo de tonos jaspeados. Ese yeso rojo se conseguía en varios aljezares próximos al pueblo y convenientemente trabajado otorgaba a las viviendas monterdinas una definida personalidad. Y para que ésta fuera completa un nuevo color, el azulete, enmarcaba los vanos y oquedades de puertas o ventanas, así como alguna que otra habitación interior, sobre todo, la entrada de las casas. El tono del azulete se conseguía mezclando el añil con la cal y, además de desinfectante, servía, según arcanas supersticiones, para ahuyentar de dichas moradas al demonio y sus acólitos. Este era el pueblo de Nemesio, el protagonista de esta historia. Nuestro personaje había nacido en la primavera del año 1896, de manera que contaba con cuarenta años recién cumplidos. Estaba casado desde hacía dieciséis y tenía dos hijos de trece y doce años de edad y una niña de seis. De aspecto frágil y menudo parecía un zagal cuando se le veía desde lejos, pero al mismo tiempo era constante y trabajador como nadie y de ello se enorgullecía siempre que tenía la menor ocasión.

La época de la siega estaba en pleno apogeo en el pueblo. La mayor parte de las familias de la localidad ya habían acabado de recoger la mies de sus campos. Este año la cosecha se estaba dando bien y un trasiego continuo de gente yendo y viniendo de sus quehaceres se observaba en el municipio. Pero no sólo las calles estaban siendo constantemente transitadas por personas, en realidad, la presencia de todo tipo de animales era la nota predominante durante estas fechas. Por una parte, los de labor acarreamo sin apenas pausa el cereal recolectado y, por otra, un verdadero ejército de aves de corral —moradoras diurnas de aquellos lares— que rebuscaban su comida por el suelo cada vez que los carros lo taladraban debido al exceso de carga. Esto ocurría porque los pesados haces de cereal se acarreamo en unos carros que doblaban su capacidad de almacenaje y transporte gracias a las *pugas*, que eran unos palos de madera que se acoplaban verticalmente a lo largo de su contorno. Además los carros solían disponer de una *galera* que desenganchaban cuando acarreamo la mies, dejando sujetas las tablas del fondo con el armazón del carro por medio de unas cadenas. Y cuando esos cargadísimos carros atravesaban las calles del pueblo, más de uno daba la impresión que iba a ladearse y volcar de un momento a otro, de hecho era normal los accidentes cada verano. Una vez arribaban a sus respectivas eras, los campesinos los amontonaban

formando *cinas* que eran enormes pirámides de paja y grano que ofrecían a los ojos del espectador una variada gama de colores. Resaltaban las tonalidades doradas del trigo o las más amarillentas de la cebada y el centeno respecto al empedrado calizo y al verdín que se expandía entre las piedras antes de comenzar la trilla.

Una vez recogido y almacenado el cereal, quedaba por realizar la parte más trabajosa y delicada en la transformación de la mies, una labor que hacía posible su consumo a lo largo del año siguiente. Todas las mañanas, en cada una de las eras, sus propietarios desplegaron sobre el empedrado los haces de cereal escogidos para la ocasión. Primeramente eran extendidos, para luego acomodarlos cuidadosamente con las horcas a fin de que no dejaran ver el suelo, y cuando toda la parva había cubierto la circunferencia pretendida de la era, se procedía a trillarla. Para esta labor era utilizado normalmente un mulo al que una vez colocado sus correajes le acoplaban el trillo. Encima del mismo solía ir algún *muchicho* de mediana edad y se acostumbraba colocar alguna losa de piedra para proporcionar el suficiente peso o, en todo caso, los adultos durando la trilla casi todo el día. De vez en cuando se detenía la trilla con el objeto de *tornear* la parva, dando la vuelta a la misma con horcas buscando que todo el cereal fuese convenientemente trillado. Cuando la parva había sido cuidadosamente desmenuzada, normalmente pasada la media tarde, se procedía a juntar el conjunto de lo trillado. Luego se aventaba al aire repetidas veces con las horcas y el viento, por ligero que fuera, empujaba la paja trillada que era más liviana mientras que el grano se escurría y caía al suelo siendo recogido con una escoba de retama. Este trabajo se repetía un par de veces hasta comprobar que estaban separados completamente. Pero todavía requería una última operación que consistía en echar con una pala los restos más consistentes del cereal trillado sobre un *cedazo* o *cribero*. Las semillas se escurrían entre los agujeros mientras que la *granza* o desechos de la espiga quedaban encima y se echaban aparte para la alimentación de las caballerías. Una vez efectuada esta labor se procedía a guardar el grano en talegas utilizando para ello una medida de madera con una capacidad de media fanega. Estos sacos se transportaban a los graneros o *cabrotes* de las casas situados por regla general en los pisos superiores y se vaciaban en trojes, mientras que la paja se recogía con las horcas y era introducida en los pajares situados al pie mismo de las eras. Todo el trabajo de la trilla era sumamente laborioso y pesado, pero resultaba absolutamente imprescindible para poner punto y final a la cosecha.

La trilla que realizaba la familia de Nemesio se encontraba en todo su apogeo. Ya habían cosechado la totalidad de sus sembrados y lo único que faltaba para completar el año agrícola era culminar la trilla y guardar la cosecha. Esa labor podía ser perfectamente realizada por el resto de los miembros de su familia, por ello Nemesio tenía la posibilidad de ir a trabajar de jornalero y sacar de esa manera unas cuantas pesetas que siempre le irían de maravilla. No todas las familias del pueblo estaban en la misma situación para bien o para mal. Algunas, las menos, ni tan siquiera tenían tierras y sus vidas transcurrían en medio de una eterna búsqueda de trabajo. Otras, sin embargo, disponían de más cantidad que la familia de Nemesio por lo que no necesitaban ir de jornaleros para nadie. A este grupo la recolección les venía en ocasiones algo justa y siempre preferían acabar cuando antes no fuese a producirse una mala tormenta estival y toda la cosecha irse al traste.

Durante ese verano Nemesio había apalabrado trabajo con el *tío Celipe*, uno de los hombres más ricos del pueblo, y formado cuadrilla con el grupo de los segadores de su hacienda. Católico y ferviente cristiano, este personaje era el paradigma virtuoso de los terratenientes locales. Si bien era uno de los mayores hacendados de Monterde de Albarracín, mantenía un trato cordial con todas las personas, fuesen o no tan ricas y creyentes como él. Seguía los ritos de la Iglesia como nadie en el pueblo, más aún, destacaba sobre los demás por seguir al pie de la letra las enseñanzas del evangelio. Fue uno de los mejores amigos con los que contó el difunto mosén Rufino y obtuvo su ayuda en muchas de las empresas en las que se embarcó, especialmente en la creación del Sindicato católico-agrario. Nunca cayó en la beatería tan común en alguno de los feligreses locales, más dados a hacer demostraciones de fe que a cumplir con sus deberes sociales; por el contrario, siguiendo con sus propios criterios religiosos, auxiliaba a todos en lo que podía. Así pues, cuando algún campesino tenía problemas con los pagos, la cosecha le había sido escasa o había padecido los efectos del mal tiempo era común que solicitara su ayuda. Y él si comprendía que las necesidades eran ciertas y el peticionario hombre de palabra no dudaba en socorrerlo si estaba en su mano. Por todo ello, incluso los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra, lo tenían en cierta estima y jamás lo incluyeron en sus diatribas contra los terratenientes locales por los abusos cometidos a lo largo de los años.

Esa mañana Nemesio se había levantado temprano, como siempre. Después de dar las últimas órdenes de la trilla del día a su mujer e hijos había acudido a casa del *tío Celipe* con sus herramientas de trabajo; dos corvellas, el *dedil* y las zoquetas para protegerse las manos. Fue el último de la cuadrilla de segadores en llegar a la cocina de la casa. Una vez allí, y después de unos breves saludos, esperaron a que bajara el amo para poder desayunar todos juntos. La primera comida en la temporada de la siega era copiosa debido al considerable desgaste de energías que producía dicho trabajo. Por regla general ese almuerzo estaba compuesto de gazpacho con patatas, algo de tocino y carne asada. A pesar de que en casa del *tío Celipe* había criados de continuo y no eventuales, como era el caso de dicha partida de jornaleros, las comidas que allí se realizaban siempre eran cocinadas por la dueña de la misma con la ayuda de alguna criada. Todo esto era quizás lo que más le llamaba la atención a Nemesio, ya que en años anteriores había estado de criado para otro terrateniente del pueblo conocido como el *tío Chalecos* y éste jamás comió ni bebió junto a sus sirvientes ni su mujer se dignó a prepararles comida alguna. Sin embargo, con el *tío Celipe* todo esto era distinto, de la misma cazuela y con la misma cantidad era servido, como si fuese uno de los tantos trabajadores de su hacienda. Es más, nunca le oyó decir alguna palabra altisonante o fuera de lugar hacia ninguno de sus criados, reprenderlos sí, pero con moderación y sólo cuando, según su criterio, era necesario.

En el momento que bajó el amo fue servido el almuerzo en la cocina de su casa y todos los presentes apuraron la comida sin dejar apenas restos. Cuando finalizó el copioso ágape los segadores se marcharon cada uno hacia sus quehaceres en dos grupos. El primero compuesto por cuatro de ellos, dirigidos por un jornalero temporal llamado Rafael Pérez, acudió a unos campos cercanos al pueblo para culminar la siega comenzada el día anterior. La otra cuadrilla, bastante más numerosa, se acomodó en un par de carros que los trasladarían a un recóndito paraje donde se iba a efectuar la siega durante los días siguientes. Uno de esos carros estaba conducido por el patrono y un segador contando además con la presencia de dos mujeres; la esposa del *tío Celipe* y una criada que estaban a cargo de la comida y el agua. En la cavidad de dicho carro habían colocado los utensilios de los segadores, los calderos junto a las viandas para la merienda y por último, las *encañaduras* de centeno utilizadas para atar los haces de cereal. El resto de los ocho miembros de la cuadrilla iban en el otro carro, mucho

más amplio, tirado por dos soberbios mulos de enorme alzada. Los segadores eran en su inmensa mayoría vecinos del pueblo, solamente había una pareja que había acudido de un municipio del partido de Ademuz situado entre los límites de las provincias de Valencia y Teruel. Valencianos, según los caprichos políticos del momento en que se formaron las provincias, pero geográficamente serranos, según la orografía de esta tierra y los criterios personales de sus habitantes. Todos los años en la época de la siega multitud de partidas de segadores procedentes de la comarca de Ademúz eran contratados por los capataces de grandes y medianas haciendas en muchos pueblos de la Comunidad de Albaracín. Era una emigración temporal similar a la que efectuaban los serranos a Andalucía durante el invierno desde muchísimo tiempo atrás.

Una primera mirada a los segadores cuando estaban subidos a los carros daba la impresión de que su vestimenta se basaba en un modelo común al verlos tan perfectamente uniformados. Indumentaria que estaba compuesta de abajo a arriba por unos gruesos calcetines de lana, los cuales impedían que los broces o rastros dañaran sus tobillos, mientras que los pies estaban protegidos por unas albarcas de cáñamo. Los pantalones eran amplios, de pana y de un color indeterminadamente oscuro. Se sujetaban al cuerpo con varias vueltas de una faja morellana comprada en el pueblo a los carromateros ambulantes que, periódicamente, transportaban los más variados utensilios; desde botijos manchegos hasta cacerolas de cobre andaluzas, tejidos catalanes o fajas y mantas de Morella. Todo lo aparatosamente grueso que se percibía en la mitad inferior de los atuendos de los segadores se transformaba en liviano y frugal en la parte superior. En este sentido destacaba la presencia de una camisa blanca y amplia de manga larga, algunas con bastantes descosidos y zurcidos. Además, un manguito de lona o cuero les cubría el antebrazo de la mano por donde cogían la corvella y servía para impedir los rasguños por el continuo trasiego del cereal durante la siega. Las camisas se cubrían en ocasiones mediante un chaleco negro donde solía guardarse en sus pequeños bolsillos la petaca con tabaco picado, el *dedil* o alguna que otra cosa. Coronaban las figuras de estos segadores los imprescindibles sombreros de paja con grandes alas que impedían el sofoco del sol durante los asfixiantes días del verano.

Los carros habían iniciado ya la marcha y estaban a punto de salir del pueblo cuando Nemesio vio bajar por el camino de La Fuente

a su mujer y a sus hijos que se dirigían a la era para iniciar el trabajo del día. Al ver a su padre, los *muchichos* echaron a correr hacia el carro gritándole y alzando los brazos. Nemesio no pudo reprimir una amplia sonrisa al verlos y tras levantar la mano saludándolos se despidió de ellos hasta la noche. Cuando los zagales iniciaron el camino de retorno con su madre, las últimas casas del pueblo habían quedado atrás comenzando el camino las primeras revueltas por el estrecho barranco de *La Hoz*. Entonces Nemesio que aún mantenía dibujada una sonrisa en sus labios por el recuerdo de su prole pensó en qué diferente era la infancia de ellos respecto a la que él había tenido. No pudo evitar los viejos y amargos recuerdos de su infancia algo que, por más que había querido olvidar, el paso de los años no había podido borrar de su memoria.

Nemesio era el menor de cinco hermanos y las circunstancias de su nacimiento le habían marcado una infancia difícil de la cual apenas hablaba con nadie y procuraba olvidar. Su madre murió a las pocas horas de traerlo a este mundo y una sensación de culpabilidad le acompañó durante toda su vida, aumentada por la relación que siempre mantuvo con su padre. De niño no podía comprender nada, pero cuando comenzó a tener uso de razón supo que las continuas palizas y los malos modos sufridos de su progenitor, obedecían a algo más que la rectitud y la educación que supuestamente eran el objetivo. Estas actitudes estaban por otra parte muy en boga en la educación de los hijos en estas tierras durante esta época, pero no con los excesos que sufrió Nemesio.

Cuando era reprendido siempre salían en su defensa sus hermanos y sobre todo su hermana mayor que le quiso más que a un hermano, como si fuese un hijo suyo. En los últimos años de su vida, el padre de Nemesio comprendió lo erróneo de su comportamiento y, aunque cesaron las broncas, mantuvo intacta la indiferencia más absoluta hacia el benjamín de la familia. Al final de sus días, cuando se encontraba postrado en su lecho de muerte, accedió a las súplicas de sus hijos y habló a solas con Nemesio pidiéndole perdón por el trato que le había dado a lo largo de su existencia. Dos horas estuvieron juntos hablando y reconociéndose mutuamente a sabiendas que era imposible recuperar ya el tiempo perdido.

En el entierro de su padre Nemesio aparecía como el hijo más afligido, lo cual era cierto pues era el que más perdía de todos. Dejaba

atrás a su progenitor y al mismo tiempo al padre que reencontró cuando la situación ya no tenía remedio. Mientras lo enterraban, Nemesio no dejaba de repetirse que él nunca tuvo la culpa de lo ocurrido. No la tuvo por ser engendrado ni tampoco porque su madre fuese una mujer mayor, de más de cuarenta años. Ni tan siquiera porque en el día previsto para el parto la mujer comenzara a sentirse indispuesta. Además, la comadrona de los pobres del pueblo se había ausentado por lo que su familia tuvo que llamar como último recurso a una vecina. La experiencia de esta señora se limitaba a haber ayudado en algunos nacimientos pero, sobre todo, en la asistencia a las ovejas con mal parto ya que su marido era pastor. Tampoco tenía la culpa de haberse movido dentro de su madre, cuando ésta en un descuido de todos y presa de sus delirios se cayó de la cama. Ni tan siquiera cuando la vecina decidió que ante la mala postura del feto no tenía más remedio que introducir la mano dentro del útero de la parturienta para intentar darle la vuelta. Todo ello para que pudiera nacer sin complicaciones, al ser este el método utilizado por los ganaderos para hacer parir a las ovejas que tenían dificultades. Por supuesto nada tenía que culparse si por todo ello la matriz de su madre quedara fuera cuando él fue extraído literalmente. Ni que al día siguiente con unas altísimas fiebres muriese la infeliz mujer en medio del desconsuelo generalizado de su familia.

A marchas forzadas tuvieron que buscar a una matrona que pudiese darle pecho. Oyeron hablar que había una en Albarracín la cual había perdido a su hijo recién nacido y lo llevaron allí. Apalabrarón la crianza y convivió Nemesio durante cuatro años con esa familia, que siempre consideró suya. Pasado ese tiempo, sus hermanos lo devolvieron de nuevo a su hogar de Monterde y su vida fue a partir de entonces una lucha constante para hacerse un hueco en aquella su casa. Como su familia no pasaba por excesivas necesidades permitieron que el zagal acudiese a la escuela del pueblo, siendo el segundo de sus cinco hermanos que aprendió a leer y a escribir. Vivaracho y locuaz en la escuela, según sus maestros, alternaba momentos de euforia con otros donde se encontraba profundamente deprimido. En esos aciagos días tenía la sensación de que el mundo se le iba a caer encima de un momento a otro, sobre todo, cuando estaba en su casa o ayudaba a su padre en las labores del campo. La causa real de todo ello siempre fue la misma: las relaciones con su progenitor. Realmente nunca existió comunicación alguna entre ellos. Lo mejor que podía esperar Nemesio era que su padre lo ignorara, que pasara de él. Lo peor, los malos

modos con que lo trataba tanto en las ocasiones en que estaba ebrio, las cuales fueron muy numerosas, sobre todo cuando era niño, como en su más serena sobriedad, es decir, siempre. El nexo de unión que tuvo Nemesio con el mundo que lo rodeaba era a través de sus hermanos, bastante mayores que él. Estos lo criaron como si de un juguete se tratara, más aún, como si fuese una mascota humana permitiéndole explayarse en todo lo que con su padre le era negado. Pero sobre todo su hermana mayor, que se quedó soltera y siguió viviendo en la casa paterna, y que en realidad fue como su segunda madre. Conforme pasaban los años y la autoridad del anciano viudo perdía enteros, los hermanos de Nemesio se atrevían a reprender a su progenitor en cuanto tenían conocimiento de alguna de aquellas broncas sin sentido. Y aunque las riñas padecidas se tornaron más difusas con el tiempo, de vez en cuando su memoria las seguía evocando.

Todavía seguía inmerso en sus recuerdos cuando un bache en el camino sobre el que golpeó con furia la rueda del carro y su consiguiente sobresalto lo trajo de nuevo a la realidad. No se había dado cuenta pero ya llevaba medio camino andado. Vio las labores en los campos de cereal muy adelantadas y saludaron a un grupo de segadores que se disponían a iniciar la faena en un amplio *piazo* situado al borde de la senda por donde transitaban. Después de despedirse de aquellos vecinos, Nemesio pensó que sería mejor integrarse en la conversación que llevaban sus compañeros de fatigas antes que seguir con los viejos recuerdos que, decididamente, no conducían a nada.

Casi había pasado una hora desde que salieron del pueblo cuando, tras atravesar una escarpada barrancada, se abría un pequeño vallejo y divisaron por fin las tierras del *tío Celipe*. Una vez llegaron a su destino, bajaron del carro siguiendo con los comentarios que habían iniciado los segadores a la salida del pueblo, los cuales no eran otros que el momento político tan sumamente delicado que se vivía en el país desde el triunfo del Frente Popular en las pasadas elecciones. El grupo de segadores no era ni mucho menos uniforme y al escucharlos se notaba que existían diferencias de criterios políticos. Más acentuada en alguno de ellos como en los del grupo de Ademúz pero, eso sí, sin llegar a la crispación, malos modos e insultos, como había observado Nemesio en algunas conversaciones entre la gente de su propio pueblo. Y no digamos respecto a los luctuosos sucesos ocurridos en el Sindicato local meses atrás, del cual —al menos oficialmente— todavía se des-

conocían los culpables. Él se consideraba una persona imparcial, su única política era el trabajo, repetía sin cesar a quien quería oírle, de lo demás ni entendía ni quería entender concluía siempre de la misma manera cuando alguien le solicitaba su opinión al respecto. Seguían las enrevesadas conversaciones mientras ayudaban a descargar a las mujeres todos los bártulos, situándolos bajo una frondosa sabina y tapando la comida con una de las mantas. Entonces, el patrono se dirigió a los segadores indicándoles el recorrido que tenían que llevar a cabo. Éstos se colocaron las zoquetas bien sujetas con una cinta en la mano, se pusieron el manguito en el antebrazo utilizado para segar y se acoplaron el *dedil* en el dedo índice para no dañarlo al recoger los interminables manojos de cereal. Una vez convenientemente preparados agarraron sus corvellas e iniciaron a continuación la siega.

Mientras tanto, el *tío Celipe* había trasladado los haces de *encañadura* hasta una balsa cercana que disponía en sus aledaños de un pozo con agua potable. La *encañadura* era un elemento fundamental en la recolección de la cosecha y comenzaba a prepararse durante el año anterior cuando se escogían las cañas de centeno más altas y consistentes. Luego, después de poner a secar el cereal al sol durante una mañana, se procedía a golpear las espigas contra una madera o un viejo trillo para que soltaran todas las semillas. Y una vez limpias las cañas se juntaban formando un haz, guardándose para la posterior elaboración que tendría lugar al año siguiente. Precisamente es lo que empezaba a realizar el *tío Celipe* en estos momentos y llevaba sobre sus hombros el haz de *encañadura* de centeno ya limpia para poderla remojar, dejándola durante algunos minutos inmersa en el agua y sujeta con unas losas de piedra para impedir que la paja subiera a la superficie. Más tarde recogería un par de manojos de cereal para hacer un vencejo, el cual lo montaba anudándolo por las cabezas y de esta manera ganaba dicho vencejo casi el doble de la longitud que tenía el cereal en origen. Y para que no se quebrara por la sequedad del aire o el sol los introducía en una talega, de manera que mantuvieran cierta humedad hasta que fuera a utilizarlos.

Los ocho segadores llevaban el tajo según mandan los cánones; sin altibajos ni cortes de sierra, al unísono. Uno de los jornaleros del pueblo hacía de *atador* y en el momento que comenzaron a segar se colocó el *mandil*, un peto que le llegaba desde el pecho a la rodilla y servía para proteger el cuerpo del constante roce cuando ataba el cereal.

Detrás de los segadores iban recogiendo las gavillas las dos mujeres y el *atador*, juntando varias de ellas hasta formar un haz del grosor que el *tío Celipe* había indicado como perfecto para la cebada. Encima del vencejo extendido en el suelo se colocaba el haz del cereal recién segado y el *atador* lo giraba con una especie de nudo para acabar tensándolo mediante una vuelta con el *garrote*, que era una madera con forma de óvalo muy similar al mango de un gayato, de ahí su nombre. El sofocante calor del estío hacía que de vez en cuando algún segador pidiera agua. Entonces la criada del *tío Celipe* hacía las veces de aguadora y le aproximaba el botijo, aunque normalmente se agregaban el resto de los compañeros al sentir el líquido elemento tan sumamente cercano y no poder resistirse a semejante tentación.

Ya era casi la media mañana cuando las dos mujeres dejaron momentáneamente su trabajo en el campo y se dedicaron a preparar la comida. En este preciso instante alguien se acercó a lomos de una mula. Se trataba del hijo pequeño del *tío Celipe*, personaje que a sus escasos veinticinco años tenía más enemigos en el pueblo que su propio padre había tenido a lo largo de toda su vida, y eso que contaba con sesenta y cuatro. Apenas llegó al campo, se apeó del animal y acercándose al ramaje de un árbol ató las riendas. Luego, fue hacia el botijo bebiendo con ansia hasta apurar el agua del mismo. Se quitó con el antebrazo las gotas que le habían caído por la cara y preguntó por su padre a la criada que estaba amontonando leña en un pedregal próximo. La mujer; una joven de veintitantos años de aspecto lozano, más bien macizo y, según el argot serrano, con las carnes bien prietas lo miró de reojo con odio mal disimulado. A este vistazo respondió el benjamín del *tío Celipe* con una mirada sarcástica que finalizó con una mueca tortuosamente lasciva sabedor de su ascendencia sobre la muchacha. Ésta, después de un breve titubeo y mientras bajaba los ojos al suelo enrojeciendo de vergüenza, le indicó que estaba en el pozo humedeciendo los haces de *encañadura*. Serafín, que así se llamaba el señorito, se encaminó raudo hacia donde estaba su padre. Una vez allí lo saludó al tiempo que se recostaba sobre el tronco de una carrasca próxima. Con remarcada parsimonia se quitó el sombrero y mientras se secaba el sudor de la frente le preguntó sin más preámbulo.

—¿Qué tal va la faena?

—Bien —respondió su padre sabedor de antemano que no era a eso precisamente a lo que venía su hijo—. ¿Qué te trae por aquí?

—preguntó a su vez el *tío Celipe* con un tono de voz algo secante y sin alzar apenas la vista.

—He venido a saludarte —comentó Serafín—, me voy a Cella a ver los precios de la cebada y como sabía que estabas por aquí me decidí a pasar. Además —titubeó— a que reconsideres tu postura sobre la máquina. En Cella puedo pedir precio y...

—¡Loco estaría si hiciera lo que tú dices! —cortó la conversación su padre de forma tajante—. Tú te crees que todos los problemas del mundo se resuelven de la misma manera; gastando los dineros... ¡Pues te equivocas! —dijo esto último cuando paraba por un breve instante y miraba fija y brevemente a los ojos de su hijo.

Luego, se produjo un breve silencio en el cual dio la sensación de que ambos reordenaban sus ideas para afrontarlas mejor a la discusión que se presentía. El *tío Celipe* reinició su trabajo tirando la *encañadura* al suelo y, extrayendo un arrugado pañuelo escondido entre las vueltas de su faja, comenzó a secarse el sudor de su cara. A continuación se quitó el sombrero de paja para facilitar la ventilación de su cabeza, doblemente acalorada, por una parte, debido al abochornante calor y por otra, a causa de las maquinaciones de su hijo.

—Cuando yo me muera las tierras serán para ti y tus hermanas, entonces harás lo que te venga en gana, pero mientras tanto ni lo sueñes que no pienso comprar la máquina esa del demonio —expuso con un tono todavía crispado.

—Pero qué máquina del demonio ni qué narices —le increpó Serafín— solamente se trata de una engavilladora y ya hay muchas por la Sierra. Es el progreso, padre. Tú te estás quedando anticuado.

Decía esto y las manos y el semblante del joven denotaban un creciente nerviosismo. Se puso en cuclillas y arrancó de un manotazo lleno de rabia un matojo de espliego. Escogió la punta más fina y limpiándola a contrapelo se la incrustó entre los dientes mientras escuchaba a su padre una historia que de tan repetida la aborrecía profundamente.

—Hijo, seré anticuado, seguramente —se defendió el *tío Celipe*, algo más calmado. Luego, se volvió a colocar el sombrero guardándose el pañuelo entre las vueltas de su faja y, acercándose como si tal cosa a recoger otro haz de *encañadura*, continuó con su conocida

retahíla— pero en mi casa trabajan desde que tengo uso de razón muchos jornaleros durante el verano. Mi padre lo hizo así y también mi abuelo y, por supuesto, lo hago yo. Y como te he comentado, en otras ocasiones, continuaré igual mientras viva. Si compro esa máquina que tú dices no tendré personas a mi alrededor, sólo hierros y el diablo mismo llevándola. Así es que te ruego que no insistas más, soy ya viejo y no tardaré mucho tiempo en irme al otro mundo. Luego, como te he dicho, podréis hacer de mi hacienda lo que os venga en gana —sentenció definitivamente. Y mientras hablaba seguía trajinando, colocando la *encañadura* dentro de la charca.

Ante la persistente tozudez del *tío Celipe*, estaba claro que no había nada que hacer. Así es que Serafín pensó que era mejor despedirse de su padre no fuese que aún le mandase algún encargo, lo cual sería seguramente mucho peor. Dio media vuelta y con un mohín de niño malcriado se fue por donde había venido pensando que ya tendría tiempo de realizar sus proyectos más adelante.

—Pero qué tozudo es —pensaba— si ahora ha contratado doce segadores, con uno solo llevando la máquina tendría bastante y se ahorraría todas las pesetas que le cuestan esos piojosos. En fin, ya llegará mi hora algún día.

Pasó de nuevo cerca de la criada y la obsequió con una torva mirada. Los ojos de los dos jóvenes quedaron entrelazados por unos instantes, tras los cuales, la sirvienta apartó la vista acongojada sonrojándose profundamente, por segunda vez en ese día. Al mismo tiempo era reprendida por la mujer del *tío Celipe*.

—¡Que se te quema la comida! —le dijo gritando.

Al oír a su madre Serafín se echó a reír rompiendo con un rictus medio histérico la crispación que le había producido las continuas negativas de su padre.

—Pero... ¡Qué torpe es esta jodida! —masculló a media voz.

Luego, tiró al suelo la ramita de espliego que llevaba entre los dientes y riéndose se alejó tras recoger las riendas de la mula. Su madre le vio partir y mirándolo con cierta intensidad no pudo evitar un gesto de preocupación ante lo que venía sucediendo en los últimos años entre su hijo y todas las jóvenes criadas que se sucedían en su casa.

—Esta juventud lo está perdiendo todo —pensó— ya no hay dignidad ni vergüenza. Este hijo mío es imposible, no puedo con él ¡Dios mío, adonde iremos a parar! —concluyó preocupada.

A las dos del mediodía ya estaba lista la comida; un gran perol de rancho serrano compuesto fundamentalmente por patatas, carne y verduras. Los segadores pararon el tajo y, después de amontonar las corvellas con las zoquetas en un lugar bien visible y guardarse los *dediles*, procedieron a refrescarse con el agua del pozo situado a la vera del humedal. Ésta era extraída gracias a un viejo balde que sujeto a una cuerda milagrosamente intacta introducían una y otra vez en el fondo de la alberca para sacar un agua fresca que, dadas las circunstancias, sabía a gloria. La criada había extendido una manta entre las frondosas sombras que proporcionaban dos altas y soberbias sabinas que, situadas en zona de umbría, disponían de un verdín aceptable para ser utilizado como asiento. Encima de dicha manta estaban colocados todos los cubiertos, las vajillas y hasta las ensaladas. Y a su alrededor se sentaron los segadores después del reconfortante baño al que se habían sometido. A pesar de la ayuda refrescante del agua, lo cierto es que los picores causados por la sequedad o la paja se hacían notar continuamente entre los jornaleros. Y así resultaba frecuente verlos rascarse con tanta fuerza que llegaban a dejarse la impronta de la uñas sobre la piel e incluso en algunas ocasiones sangraban por culpa de semejantes arañazos.

Una vez hubo finalizado la merienda, cada uno de aquellos trabajadores buscó el mejor sitio donde la sombra y la ausencia de los molestos tábanos permitiera entregarse a los brazos de Morfeo en una corta pero, al mismo tiempo, reconfortante siesta. Sin embargo, no todos los hombres pensaban de la misma manera. Los jornaleros de Ademúz junto a dos segadores del pueblo parecían más interesados en continuar la conversación que habían mantenido durante el viaje. Por su parte, Nemesio no es que estuviera muy interesado en el tema —ya conocemos sus pensamientos— pero estaba, digamos que algo molesto e intranquilo, pues nunca le había gustado que se cociese algo a sus espaldas sin que él tuviera la menor idea. Por todo ello, cuando vio que sus cuatro compañeros se iban ladera arriba buscando una buena sombra no lo pensó dos veces y llamándolos a gritos les conminó a que lo esperaran.

Como buenos conocedores del término municipal, los segadores monterdinos no cejaron de buscar el terreno apropiado donde

poder continuar con sus disertaciones. Por fin, tras alguna que otra vuelta, dieron con una magnífica sombra que proporcionaban tres carrascas algo separadas. Se sentaron entre ellas e iniciaron con cierta urgencia la conversación, pues el tiempo apremiaba y a no tardar tendrían que volver al tajo. Comenzó el coloquio uno de los de Ademuz el cual, con cierta preocupación, les comunicó sus temores sobre el momento político que se vivía en el país.

—Tengo la impresión que algo muy gordo va a pasar —comentó—. En mi pueblo los señoritos del Sindicato católico llevan unas semanas que no hacen más que reunirse casi a escondidas en casa del alcalde. Dan la impresión de que tienen algún secreto importante y no quieren que nadie se entere.

—Hombre eso es imaginación tuya. Sólo porque los ricos se reúnan para sus cosas no significa nada —respondió Nemesio.

—Mira —habló José, el atador de la cuadrilla de segadores—, Monterde es una localidad tan pequeña que en realidad todo acaba sabiéndose y te aseguro que sucede lo mismo que en tu pueblo. Aquí tenemos un sindicato socialista y en el mismo local de la agrupación nos juntamos muchos republicanos y la gran mayoría somos de Izquierda Republicana. Nosotros nos venimos reuniendo todas las semanas y hablamos de las cosas que pasan en el país. Si te digo la verdad, tengo tus mismos temores. Estoy convencido que ni se van a quedar quietos los militares ni los caciques de estos pueblos.

—¿Por qué crees tú eso? —preguntó Nemesio.

—Es muy sencillo, al menos por lo que respecta a los caciques —respondió José—. Tú sabes que por lo que se refiere a la Sierra cada vez somos más los que estamos afiliados al Sindicato de Trabajadores de la Tierra. Además, los partidos republicanos, contra todo lo que pretendían las derechas, se han mantenido firmes a lo largo de los últimos años. Es una labor de tiempo pero estoy convencido que al final seremos muchos los que estemos en la misma parte.

—Y eso ¿qué demontres tiene que ver en todo lo que estamos hablando? —insistió Nemesio.

—Pues fíjate; lo es todo —dijo seguro de sí mismo José—. Tú te crees que estos caciques y, no me estoy refiriendo al *tío Celipe* sino a Serafín, los *Señoritos* o también al *tío Chalecos* que tan bien tú conoces

se van a quedar quietos mientras nosotros vamos avanzando y somos como una chinita clavada en sus zapatos. Yo te digo que seguro que no —respiró hondamente José y continuó con su disertación.

—Y no quiero hablar de los sucesos del Sindicato, pues aunque todos intuimos los culpables no tenemos pruebas para demostrarlo. Sabes, aunque seamos pocos por ahora les estamos haciendo la vida imposible. Como tú bien conoces la familia del *tío Chalecos* se quedó con los *Cinco Prados* mediante trapicheos, por eso desde el ayuntamiento, el Sindicato y el local republicano les estamos haciendo la vida imposible. El alcalde los cita continuamente o si no están las misivas o las cartas anónimas. Fíjate el miedo que están teniendo que por una carta hicieron venir a la Guardia Civil de Albarracín para que descubrieran quien había escrito el anónimo. Son ejemplos que te dicen que los caciques ya no están tan tranquilos como antes. Sobre todo desde que al *tío Chalecos* lo sacaron de la alcaldía. Eso, el no tener el control del ayuntamiento les ha hecho mucho daño.

—De acuerdo con todo ello, pero la benemérita ¿qué pinta en todo esto? —volvió a preguntar Nemesio ya algo interesado sobre el tema a pesar de sus reticencias.

—Muy sencillo —entró en la conversación su otro paisano Miguel— unos y otros forman parte de la misma calaña. O es que ya no te acuerdas de a favor de quien han estado siempre que han venido al pueblo. Tú estabas en Monterde cuando lo del anónimo ¿verdad? También sabrás cómo resolvieron los sucesos del Sindicato hace unos meses. Y supongo que estarás al tanto cuando en el año treinta y dos un grupo de jornaleros ocupó la finca de *La Jara* ¿no? Pues si la memoria no te falla te acordarás de todos los desmanes que cometieron y a quiénes favorecían.

—Pero Miguel ¿tenían que imponer el orden! —trató de defender Nemesio sus argumentos.

—¿A hostias? —respondió preguntando a la vez con bastante brusquedad.

—Estamos teniendo hasta ahora una conversación civilizada, no te alteres Miguel —le increpó José ante su hosca respuesta.

—Perdonad, pero es que la actitud de Nemesio a veces me pone enfermo —se defendió el aludido—. Siempre te hemos oído

decir que eres apolítico. Además, te precias de no haber votado nunca. Entonces ¿qué demonios haces en una charla como ésta?

—Ciertamente tienes mucha razón —le dijo Nemesio con una voz suave y pausada que hizo bajar el tono de la conversación—. La verdad es que siempre he estado perdido en todo esto de la política —reflexionó un instante y continuó.

—Mi padre, como todos sabéis, fue uno de los mandamases cuando se hizo el Sindicato católico en el pueblo. A veces, venían a nuestra casa el cura y aquellos señoritos tan trajeados de Teruel... ¿Os acordáis? Yo les oía, y la verdad es que nunca les entendí gran cosa. Además, estando mi padre por el medio siempre que podía me escabullía. Él siempre hizo lo posible para que yo nunca me integrara entre sus amistades, fue como si se juntara el hambre con las ganas de comer —dijo sonriendo—, él no quería que yo fuese y yo no quería ir. Luego, cuando lo de Primo de Rivera ya me diréis, todos los amigos de la política que tenía mi padre se hicieron de la Unión Patriótica esa. ¿Qué queráis que pensara yo cuando vino la República? Pues que todos eran los mismos perros pero con distintos collares —respondió a su propia pregunta.

—¿Y crees realmente que todo es así? —intervino nuevamente José.

—Te soy sincero cuando te digo que no lo sé. Lo que si veo es que ahora, por lo menos, puede la gente decir lo que piensa. Pero también te insisto que hay partidos políticos que conozco a sus jefes en la Sierra y éstos eran amigos de mi padre de cuando el Sindicato católico. Por eso estoy hecho un lío. También me he dado cuenta que en este año cada vez van peor las cosas y no lo digo por vosotros que, aunque sé que sois de izquierdas, os tengo como amigos. Es que hay cosas que no entiendo como eso de quemar iglesias o de ocupar fincas que tienen dueño, no como los *Cinco Prados* que eran del pueblo sino las particulares. Tampoco entiendo por qué el Sindicato al que decís pertenecer pueda obligar a las personas a afiliarse para que les puedan dar trabajo en las obras que hace el ayuntamiento. No penséis que me meto con vosotros es que aunque os aprecio a veces la verdad no os entiendo.

Se produjo un breve silencio tras el cual José expuso sus argumentos.

—Escucha, Nemesio, si no tienes nada contra nosotros ya es algo. Ojalá Rafael Pérez hubiera estado con nuestra cuadrilla, él sí que podría explicarte algunas cuestiones que conoce mejor que nadie en el pueblo. Aunque pensándolo mejor, cuando acabe el verano, vente con los del Sindicato a Teruel a alguna de las conferencias que se dan allí porque lo que te hace falta, según creo yo, es que dejes de una vez por todas tu apoliticismo y apuestes por algo. En nuestro país ocurren muchas cosas pero ni Miguel ni yo tenemos capacidad para hacértelas ver con claridad y aunque Rafael te las pueda contar, siempre es mejor que quien hable esté realmente versado en estos temas. Si tú realmente quieres saber lo que ocurre en la Sierra y lo que pretendemos, vente con nosotros un día, que ya te presentaremos a unos amigos que se expresan mejor y saben mucho más que todos nosotros.

En esos momentos oyeron unos ruidos y giraron la cabeza para ver de quién se trataba. Era el *tío Celipe*, el cual después de aproximarse a ellos, se puso en cuclillas y les preguntó qué tal les iba.

—Nada, aquí estamos de conversación —comentó uno de los de Ademuz— a veces hace más una buena disputa que un mal sueño.

—Bien —respondió el *tío Celipe*— os fumáis un pitillo y cuando lo acabéis bajar a ver si terminamos de segar el *piazo* antes de que se haga de noche. Hasta luego —acabó despidiéndose.

Apenas inició la bajada el dueño de las tierras, los segadores, al ver que se perdía tras los matorrales próximos, continuaron la conversación esta vez cambiando radicalmente de tema.

—Si todos los terratenientes fueran como él otro gallo nos cantarían —señaló José mientras miraba por donde había desaparecido el *tío Celipe*.

—Tienes razón —dijo Nemesio—. Yo estuve trabajando para el *tío Chalecos* durante dos años y os aseguro que son como el día y la noche. Por verle pegar se lo he visto hacer hasta con su mujer y no digamos con los criados. Bueno que os voy a contar que vosotros no sepáis.

—Ya que lo dices yo sí tengo una curiosidad que me gustaría preguntarte —aprovechó José la oportunidad que le brindaba Nemesio—. ¿Por qué no vas a trabajar con el *tío Chalecos* como fuiste hace años?

—Porque como os he dicho antes es un mal hombre —sentenció Nemesio con el gesto y la voz grave—. Me empecé a disgustar con él cuando vi que empezaba a maltratar continuamente a los criados y que llevaba por la calle de la amargura a los que él sabía que eran de izquierda sólo por el hecho de serlo. Además, acabó despidiéndolos a partir de lo del anónimo. Luego, vino lo de la huelga de las esbrinadoras de azafrán. Después de prometerles que les pagaría cuatro reales por día les dijo cuando fueron a cobrar que sólo les daría dos. Éstas hicieron una huelga y por amor propio muchas no fueron a cobrar por no ser lo acordado. Yo me enfadé mucho ya que una de ellas era mi suegra y la mujer estaba amargada porque la habían engañado. Ahora lo más fuerte es que en los dos años que estuve con él segando siempre traía una pequeña cuadrilla de segadores de fuera a los cuales, supimos luego, gratificaba aparte para que fuesen más de prisa obligándonos así a todos a ir a su ritmo, pero cobrando menos dinero. Mira, José, lo peor de todo en este mundo es que te engañen y el *tío Chalecos* miente hasta cuando quiere decir la verdad —sentenció Nemesio muy dado al refranero popular— y creo además que cada vez se le parece más el Serafín. Lo siento por su padre que es una buena persona pero creo que el día que falte el *tío Celipe* habrá que ir con tiento.

—Yo sí que os diría algo más —intervino Miguel—. Tengo la impresión de que llevan algo a medias Serafín y el *tío Chalecos* de lo contrario sabiendo que el *tío Celipe* y él no se tratan ¿por qué en los últimos meses hace tantas visitas a su casa cuando cree que nadie lo ve?

—Es verdad, yo también he oído algo de eso —dijo Nemesio.

—Será con toda seguridad el asunto ese de la máquina engavi-lladora que están como locos por comprar —habló susurrando José como queriendo que nadie más que los que estaban allí presentes escuchara sus comentarios a pesar de encontrarse en medio del campo—. Aunque a veces pienso que se trata de las faldas que lo trastornan y como la hija del *tío Chalecos* está perdida por sus huesos pues miel sobre hojuelas. Lo cierto es que una vez me dijo mi hermano que cierto día vio salir de allí a un armero que conoce de Teruel. ¡Igual es que se han comprado escopetas para cazar tábanos! —sentenció José riéndose de su propia broma.

Acabaron los cigarrillos e iniciaron la bajada hasta el campo. Pasaron primeramente por el pozo y, después de refrescarse, se fueron

hacia donde habían depositado las zoquetas y las corvellas, se volvieron a colocar el *dedil* y acoplarse el *manguito* e iniciaron a continuación la siega. Con una cierta parsimonia, en un principio, aunque después de cortadas las primeras gavillas el ritmo de la siega fue aumentando poco a poco conforme trabajaban hasta llegar a ser idéntico al de la mañana, como si fuesen una máquina perfectamente engranada.

—¿Para qué demonios necesitarán los hombres máquinas de hierro para segar cuando nosotros lo hacemos igual o mejor que todas ellas? —pensó seguramente y sentenció al mismo tiempo algún segador mientras trabajaba—. El que vayan más deprisa no quieren decir que lo hagan mejor y si se rompen ¿qué? —seguían intentando justificar sus pensamientos.

Ya casi había acabado la tarde cuando finalizaron la tarea de esa jornada. Amontonaron todos los haces de cebada en varios grupos piramidales a lo largo del *piazo* y descansaron a continuación rendidos y sudorosos después de un día de ardua faena. A continuación, se subieron a los carros e iniciaron el viaje de vuelta al pueblo. El trayecto de regreso resultaba pesado y ya no tenían tantas ganas de seguir hablando. Algunos segadores estaban sentados, otros iban de pie pero todos parecían ensimismados como si estuvieran rumiando los comentarios realizados después de la comida.

Cuando estaban finalizando de atravesar las sinuosas revueltas del barranco de *La Hoz* distinguieron una persona en los aledaños de la *Cueva del Gato*. Los segadores se preguntaron quién podría ser y Miguel, el más resuelto de todos y que además poseía una vista de águila, no dudó ni por un instante de que se trataba del señor secretario del ayuntamiento. En efecto, era don Ramón Sánchez que, como casi todos los fines de semana desde un tiempo atrás, tenía la costumbre de subir a las montañas próximas al pueblo ayudándose de un garrote, pues una impertinente gota y sus dolidas articulaciones le solían gastar alguna que otra mala pasada. Últimamente sus males se habían multiplicado y había acabado quedándose sin más compañía que su soberbia. El paso de los años no había sido bondadoso con él y no se trataba tan solo de sus achaques, la soledad y la amargura se cernía cada día más sobre el señor secretario. Ya nada quedaba de aquel antiguo vividor y a pesar de ser un soltero por convicción, su vida se había acabado descarrgando de forma casi abrupta. Bien es cierto que siempre le habían gustado las mujeres, sin embargo nunca se casó por la trai-

ción de su primer y único amor. Fuese por lo que fuese de un tiempo a esta parte la pasión le había cegado y había llegado a perder la razón por causa de las jovencitas. Por eso, durante los últimos meses el sexagenario secretario huía del bullicio local para aislarse por completo de la gente y que nadie descubriera su insana deleitación por las adolescentes. Esta deriva en su vida sexual le llevaba de cabeza, nada que ver con sus actitudes pasotas y libertinas de años atrás cuando mantenía los costosos favores de una barragana en la capital turolense. Vida que mantuvo hasta que ésta, cansada y lastrada por los efectos de su oficio de meretriz, decidió trasladarse a Valencia aprovechando las ganancias obtenidas a lo largo de su vida. Quizás por ese nuevo revés o también porque en el fondo siempre había sido así, lo cierto, es que don Ramón Sánchez se acabó convirtiendo en un viejo verde que se pasaba por el forro de la entepierna la decencia en materia de sexo. Sin embargo, todavía mantenía una cierta lucidez que le hacía entender que no tardaría en tener problemas en la localidad si persistía en las provocaciones y en los obscenos comentarios hacia las jovencitas.

Cada vez se encontraba más solo; sobre todo, después de la última discusión mantenida con su íntimo e inseparable amigo; el maestro del pueblo. Por ello, había encontrado consuelo en otras de sus aficiones como era la poesía. Así pues, últimamente era frecuente verlo trajar muchos fines de semana por las montañas que rodeaban Monterde de Albarracín ante el asombro de los vecinos que no acertaban a entender el por qué de su extraña actitud. Y el señor secretario a pesar de los comentarios chismosos de sus paisanos seguía impertérrito por el monte con la única compañía de un lápiz y unas cuartillas para emborronarlas con la poesía que tanta pasión le despertaba. Mientras tanto, abajo en el camino, los segadores seguían su marcha cansina hacia el pueblo y don Ramón Sánchez no dejaba pasar el momento para dar rienda suelta a sus pretendidas dotes de poeta viendo la inmejorable estampa que ofrecían.

... Tonos violetas en el cielo suplantaban poco a poco el azul claro del mismo conforme anochecía. Largas y aplanadas nubes aparecían en el horizonte por poniente ayudando a oscurecer paulatinamente al soleado día, el cual con rapidez se despedía. Cuando los últimos rayos de luz iniciaban su repliegue tras la paulatina victoria de las sombras e iban perdiéndose entre la brumosa lejanía de la montaña de la "Nevera", entraban los segadores en el pueblo,

sudorosos, cansinos, dejando atrás en su camino las tortuosas revueltas del barranco de “La Hoz”. Entraban penosa y silenciosamente como la agonía del mismo día, en el preciso instante en que la luz del sol definitivamente se extinguía.

Mientras tanto, los segadores totalmente ajenos a la belleza de las palabras escritas y los disolutos pensamientos del señor secretario se asomaban a los umbrales del pueblo. Apenas habían traspasado las primeras casas cuando advirtieron una gran algarabía de personas en la plaza. Algunas de ellas aparecían excitadas casi exultantes de puro júbilo. Otras en cambio denotaban tristeza y preocupación en sus bronceados rostros. La gente entraba y salía de la plaza y se oían gritos continuamente. Al fondo de la misma, junto a un pequeño puente situado para vadear sin problemas un minúsculo riachuelo, había un corrillo de personas rodeando a dos hombres que estaban gritando desafortadamente en lo que parecía un mitin.

—Ha llegado nuestra hora por fin —decían—, ahora se van a enterar de quienes somos. De una vez por todas vamos a limpiar España de sinvergüenzas y de la escoria socialista.

Seguían los gritos más o menos ininteligibles debido a la parcial lejanía de los mismos. Asimismo, en la otra parte del río se veía un grupo de personas a las afueras del local del Sindicato de Trabajadores de la Tierra y la agrupación republicana. Cuando el primer estupor de los segadores dio paso a la incertidumbre por lo que estaba ocurriendo, percibieron que se trataba de algo muy grave. Entonces, decidieron bajar del carro y se dirigieron hacia el pequeño puente que era por momentos el corrillo más concurrido de la plaza. Comprobaron la presencia en el mismo de Serafín, José María Cavero y del *tío Chalecos* vociferando extrañas consignas. El *tío Celipe*, Miguel, José, Nemesio y toda la cuadrilla de segadores se miraron en silencio. Era un silencio ensordecedor de puro griterío pero ninguno de ellos se atrevía a preguntar nada, quizás porque intuían la respuesta. Por fin se decidió Miguel y a un vecino suyo que andaba a paso ligero por donde ellos estaban lo sujetó por el brazo mientras le preguntaba qué era lo que ocurría.

—¿Es que no lo sabes? —respondió con asombro su vecino—. Los militares de África se han levantado contra la República —fue hacer el comentario y salir corriendo de allí como si temiera alguna cosa o quisiera recuperar el tiempo perdido por tan escueta respuesta.

—¡Dios, pero qué locura es ésta! —se preguntó en voz alta Nemesio.

—¡Será la guerra! —sentenció Miguel— ¡Acuérdate de lo que te digo, la guerra! —insistió nuevamente alzando la voz.

En ese preciso instante Serafín girando la cabeza se dio cuenta de la presencia de los jornaleros y mirando fijamente al grupo se dirigió a ellos gritando muy excitado.

—¿Os habéis enterado? Por fin ha llegado nuestra hora. Ya podéis preparaos toda vuestra cuadrilla de comunistas y ateos. Vamos a dejar España más limpia que una patena.

Serafín quiso seguir con su tono amenazante pero descubrió que al final de todos ellos estaba su padre por lo que dio media vuelta y se fue al lado del *tío Chalecos* el cual parecía llevar la voz cantante en aquel vociferante grupo de personas.

Entonces, el *tío Celipe* con gesto preocupado y algo desconcertado por la sucesión de los acontecimientos preguntó a sus jornaleros sobre el día que estaban.

—A dieciocho de julio —respondieron al unísono Miguel y Nemesio.

—Pues mucho me temo que de este día nos vamos a acordar durante toda la vida —dijo con voz temblorosa el *tío Celipe*.

—No sea agorero hombre —se defendió José— hemos pasado por momentos peores, acuérdesse de lo de Sanjurjo.

Ese intento de José de quitar hierro quedó en saco roto. Ninguno de los presentes dijo nada al respecto y siguieron mirando fijamente, inmóviles, al grupo de personas reunidas en ese extremo de la plaza, absortos entre el continuo griterío del que parecían estar ausentes.

—No sé por qué, pero me da la impresión que esta vez va en serio —sentenció definitivamente el *tío Celipe*.

Entonces los segadores dieron media vuelta, cabizbajos y sin decir palabra se marcharon hacia sus respectivas casas. Lo hicieron a desgana, con la pesadumbre y el dolor del que ha sido derrotado en la más feroz de las batallas sin haber intervenido en ella. Solamente Miguel ofrecía un semblante diferente conforme se alejaba raudo hacia su casa sin tan siquiera despedirse de sus compañeros.

—A la mañana siguiente no iré a segar —pensaba el segador—, haré una reunión con los compañeros del partido y juntos decidiremos qué hacer. O mejor aún, la haré esta misma noche —sentenció tras una nueva reflexión.

Ciertamente tenía mucha razón el *tío Celipe*, pues ese dieciocho de julio iba a dar mucho que hablar. Fue el final de una época. Y también el comienzo de otra, aunque para ello hubiese de por medio una larga, desgarradora y cruel guerra civil. Pero decididamente... esa es otra historia.

- SEGUNDA PARTE -

La vida cotidiana



I

Era una mañana lluviosa tal y como había amanecido durante los últimos cuatro días. Sin embargo, ésta tenía algo de especial, era el veintiuno de marzo, precisamente el primer día de la primavera. Eso sí, el tiempo muchas veces hace caso omiso a las formalidades del calendario y este año las buenas temperaturas (es decir, unos pocos grados por encima del cero) y la lluvia se habían adelantado. Llevaba varios días lloviendo sin parar con un agua pausada y continua que había embarrado los caminos que conducían a Monterde de Albarracín. De manera que el pueblo volvía a estar incomunicado con el exterior como le ocurría a la gran mayoría de localidades de la comarca durante buena parte del año. A comienzos del siglo veinte, tan sólo una carretera permitía enlazar varios municipios de la Sierra. Ésta se iniciaba en el término de Caudé como un desvío de la nacional que conectaba Teruel y Zaragoza dirigiéndose primeramente a la población de Gea y continuando luego hacia Albarracín. Desde la capital serrana seguía por Torres, Tramacastilla y Noguera. Y a partir de aquí proseguía a través de Bronchales y Orihuela del Tremedal en dirección a El Pobo. Todos los pueblos situados fuera de esta ruta sólo estaban comunicados con caminos de herradura y cuando llovía o nevaba éstos se volvían impracticables para el tránsito, quedando sus moradores completamente aislados.

En la casa del matrimonio de Cosme y Enriqueta la lluvia era lo último a lo que se prestaba atención. Cosme Pérez era un joven de veintisiete años con la tez bronceada, facciones suaves, nariz aguileña y un carácter cordial, emprendedor y muy activo. De compleción recia, a pesar de no ser muy alto, tenía una fuerza considerable y había ganado en los dos últimos años el concurso de lanzamiento de barra aragonesa en las fiestas del pueblo. Fumaba muy poco, pero era un gran bebedor de todo tipo de aguardientes, especialmente el *alcarreño*, que reservaba para los días festivos y determinadas ocasiones. Además, le encantaba tomar una copita de cazalla todas las mañanas antes de ir a trabajar.

—Primero se tienen que calentar las tripas y de esta manera resultará más fácil enardecer el cuerpo —solía decir cuando le preguntaban por esa afición matinal.

Cuando iba de fiesta, los amigos le temían pues si se sentía con ganas tumbaba bebiendo a quien se le colocara por delante. Poseía una escasa hacienda, alternando su labor en el campo con el trabajo de jornalero. Debido a su carácter emprendedor no tenía problemas para realizar todo tipo de faenas ya fuese cortando leña, acarreando la mies o lo que se terciara. Por ello, casi siempre estaba ocupado y los terratenientes del pueblo lo tenían en muy buena estima. La cuestión era estar siempre trabajando y en eso nunca se le caían los anillos. Su esposa Enriqueta era una mujer de veinticuatro años, de cara redonda y nariz chata. Tenía el pelo castaño tirando a rubio y su físico más que voluminoso se podía definir como algo entrada en carnes. No obstante, en algo sí sobresalía respecto a las mujeres de Monterde pues poseía unos bellos, turgentes y voluminosos pechos que eran la envidia de muchas mozas del pueblo. Ello la colmaba de cierta vanidad pues sabía de sobra que su espléndida figura había sido objeto de comentarios morbosos en más de una ocasión. Y qué decir de los hombres celosos a más no poder de la suerte del marido. Incluso había veces que se quedaban observándola descaradamente, imaginando ensimismados qué estampa tendría la señora sin tanta ropa encima. Luego, de reajo, miraban a Cosme mientras fruncían las cejas y mascullaban improperios entre dientes a cuál de ellos más grosero. Y el marido buen conocedor de las debilidades propias de su sexo cuando se hacían evidentes las miradas sonreía con malicia e interiorizaba siempre la misma cantinela.

—Mirad, mirad todo lo que queráis, pero el mayor cosechero, el amo.

Sin embargo, en estos momentos Enriqueta se encontraba a años luz de pensar en los lascivos comentarios de sus vecinos pues estaba fuera de cuentas y esperaba ansiosa dar a luz su primer hijo. Lo de haberse quedado aislado el pueblo les traía al matrimonio completamente sin cuidado. Total, si estaban incomunicados durante tantos meses qué más daba unos días más o menos. Lo principal ya lo tenían solventado y en su casa todo estaba dispuesto. La madre y una hermana de la primeriza llevaban casi una semana de permanente vigilia para atender las necesidades del matrimonio. Según la costumbre, no estaba bien visto que unos días antes del alumbramiento estuviera trabajando en la co-

cina. De esas labores se encargaban los familiares más cercanos de la mujer (normalmente la madre) independientemente que esa *invasión* provocara más de una disputa con los resignados yernos. Además, en algunos pueblos como Monterde de Albarracín existía una “Comadrona de los pobres” que ayudaba en los partos de las familias necesitadas, es decir, la gran mayoría. Esta persona solía ser una mujer mayor y con mucha experiencia cuyo trabajo con las parturientas era recompensado por el ayuntamiento mediante una donación pecuniaria. Según la nota que figuraba en los presupuestos municipales del año 1900, la partida dedicada a este menester era de diez pesetas anuales.

De esta manera, el 21 de marzo del año 1901 todo estaba preparado en el domicilio de Cosme y Enriqueta para que naciera su primer vástago. Así pues, coincidían en una pequeña morada del barrio de *Las Fuentes* la dueña de dicha casa, su hermana y la madre por un lado. El marido y su hermano mayor por otro. Y por último, la “Comadrona de los pobres”. A media mañana comenzaron los dolores del parto de la futura madre. Cuando éstos empezaron a ser más frecuentes las mujeres encargaron a Cosme que avivara el fuego de la chimenea y calentara más agua. Normalmente se hacía una gran hoguera en el corral y se hervía el agua en algún barreño. Sin embargo, la impertinente lluvia que estaba cayendo lo impedía y no les quedó más remedio que amoldarse como pudieron en la chimenea de la cocina. Cosme colocó una trébede entre las brasas del hogar y puso sobre ella un caldero de cobre repleto de agua. Aunque, debido a la gran cantidad de rescoldos existentes en la base, el soporte no acabó de equilibrarse del todo y estuvo a punto de volcarse con el desastre que ello hubiera representado. Los nervios podían con él aunque menos mal que tenía la ayuda de su hermano. Éste decidió que ante la inestabilidad de la trébede lo mejor sería colgarlo sobre el gancho de la cadena que pendía de la chimenea tal como hacían las amas de casa cuando cocinaban. Suspiraron aliviados de pensar en lo que podía haber ocurrido y para ver si templaba los nervios Cosme recogió el cubo vacío y acudió a la fuente de *San Roque* para llenarlo y dejarlo de reserva. La otra fuente de agua potable que disponían los monterdinos era la de *La Nevera* que manaba un agua de mejor calidad y allí acudían regularmente los vecinos. El problema estribaba en que se encontraba situada algo más lejos y el tiempo lluvioso, con el consiguiente barro, no facilitaba el traslado por las calles del pueblo y sus aldeaños.

A pesar de haber acudido a la fuente más cercana, Cosme tardó algunos minutos en volver. Eso sí, colmó tanto el cubo que derramó parte del agua que transportaba, justo al llegar a su casa, llenando el suelo de barro y porquería con el peligro de resbalarse cuando transitaran por la planta baja. Entonces él y su hermano tuvieron que ir a la paridera para recoger algo de paja que expandieron por el suelo de la entrada. Luego, con una escoba de retama, sacaron toda la suciedad y la arrojaron al cobertizo. Cuando se hubo calentado el primer caldero lo vaciaron en un barreño próximo a la chimenea para mantener el agua caliente. Parte del agua la vertieron en una jofaina que el futuro padre subió, con sumo cuidado, a la habitación donde estaban las mujeres vaciando su contenido en un lebrillo, colocado encima de un brasero para evitar que se enfriara. Luego, le tocó al hermano de Cosme ir a llenar otro balde de agua en medio del persistente aguacero.

—¡Como si no cayera bastante del cielo! —pensó mientras salía de casa y se cubría la cabeza con una vieja y pequeña manta.

Al regresar de nuevo, se encontró a Cosme algo aturdido y pensó que los nervios se le estaban apoderando. Sin embargo, al mirarlo detenidamente comprobó que los ojos le brillaban y la mueca de sus labios era la señal inconfundible de que había estado bebiendo.

—¡Pero cómo se te ocurre ponerte a beber en un día como éste Cosme! —le abroncó el hermano con cierta acritud.

—Chiiisst. No digas nada. Estoy muerto de frío de tanto entrar y salir de la casa. Además esta espera me desespera. Total han sido solo dos vasitos de nada —se defendió— anda ponte algo de aguardiente y nos calentaremos mejor —insistió Cosme.

No le desagradaba la idea en absoluto pero como hermano mayor que era tenía que dar ejemplo, de manera que, aunque aceptó el ofrecimiento, le indicó que solo bebería un vaso conminándolo a que él hiciera lo mismo. Una vez apuraron la copa de aguardiente Cosme subió por la escalera a ver cómo andaban las cosas con su mujer ya que, de vez en cuando, la oía gritar de dolor y estaba el hombre realmente preocupado. Sin embargo, la comadrona le impidió el paso más allá de la puerta. El alumbramiento parecía inminente y existía la posibilidad de que empeorara por momentos, de manera, que necesitaba estar concentrada en la forma de socorrer a la parturienta. A su ofrecimiento de hacer algo le respondió lacónicamente:

—Si quieres ayudar, vete abajo y mantén la casa y el agua caliente. Cuando necesitemos de ti, ya te lo haré saber.

Obedeciendo a regañadientes bajó por las escaleras y se dirigió a la cocina donde se encontraba su hermano. Éste, animado por la copa de aguardiente que había apurado esperaba la reacción que sabía iba a tener el dueño de la casa. Y así sucedió.

—Vamos a tomarnos otro vaso y esta vez será el último —dijo Cosme todo decidido.

—De acuerdo —respondió el hermano—. Total para lo que hay que hacer. Además casi ya no queda nada en la botella y la verdad no me apetece ir a la abacería a por otra con la que está cayendo. Pero eso sí, la acabamos y ya vale de beber.

Mientras, el hermano mayor estaba sentado y sujetaba el vaso de aguardiente apoyando su brazo en la tablamóvil de la vieja cadiera de nogal que, aunque había sido parcheada por unos quincalleros ambulantes dos años atrás, apenas había perdido la robustez de antaño. Por otra parte, Cosme era un manojo de nervios y se movía constantemente cada vez más alterado. No sabía qué hacer ni a donde ir. Igual estaba dando vueltas sin parar en la cocina que se iba hacia la entrada y se quedaba absorto mirando la lluvia con los brazos apoyados en la hoja inferior de la puerta de la casa. A ratos, se sentaba también en la cadiera y hablaba con su hermano de multitud de cosas sin orden ni concierto. Y cuando llevaba un rato sin hacer nada, se levantaba a poner algún leño en la chimenea hasta tal punto que las llamas parecía que se iban a desbocar y acabaría ardiendo la habitación entera.

—¡Quieres dejar de poner leña! ¿Qué pretendes hacer? ¿Queimar la casa? —le censuraba su hermano—. Para un momento ¡por Dios! Si no te quedas quieto me voy a mi casa y no vuelvo.

De lo nervioso que estaba ni se había dado cuenta que ya se había hecho la tarde y todavía no había comido. Había perdido hasta el apetito, algo inaudito en él que no perdonaba ni una ni media. La comida no sobraba precisamente en su casa pero las cinco diarias no se las saltaba nunca aunque sólo fuera una triste manzana para merendar. Y en estas estaba cuando oyó a su mujer que bramaba cada vez más fuerte. Al instante la comadrona salió de la habitación y le dijo a gritos:

—¡No querías ayudar, pues sube más agua!

Cosme recogió con un perol el agua caliente que había depositado en el barreño y volvió a llenar otra jofaina subiendo de dos en dos los peldaños de la escalera y derramando a su paso un poco de agua. Quiso volver a entrar en el dormitorio pero esta vez se lo impidió su cuñada al tiempo que le sonreía y le cogía el cubo de agua indicándole que su hermana estaba a punto de dar a luz. La puerta volvió a cerrarse ante las narices del marido que no atinaba a comprender tanta reserva.

—Estoy en mi casa ¡joder! y no me dejan hacer absolutamente nada. ¡Van a conseguir que me vuelva loco! —mascullaba incrédulo.

Esta vez no quiso bajar y se quedó en el pasillo que daba a su dormitorio con la mano apoyada en alto sobre la puerta pero sin atreverse a entrar. Y no era por falta de ganas. Su mujer seguía gritando y él estaba entre confundido y ligeramente transpuesto por el alcohol que había ingerido hasta algunos minutos atrás. De pronto cesaron las lamentaciones y tan sólo atinaba a oír las voces de las mujeres sin comprender que decían. Y tras un prolongado grito de su esposa se produjo un breve silencio oyendo a continuación el quejido lastimero de una criatura. Su mujer por fin había alumbrado una nueva vida. Cosme no pudo aguantar más la espera nervioso como estaba y entró en la habitación mientras veía asombrado cómo la comadrona tenía cogido por los pies y boca abajo al recién nacido que aún se mantenía ligado al cordón umbilical y le daba unas suaves palmadas en su culito. La suegra mientras tanto atendía a la parturienta limpiándole con un paño humedecido la sangre derramada durante el parto. Y su cuñada se esforzaba en secarle con una toalla el sudor de la cara y el cabello. La comadrona se giró con ímpetu resoplando ante esta nueva intromisión.

—¡Eres imposible, Cosme! Por lo menos espera un momento que limpie al bebé y aseemos a Enriqueta. Hasta entonces cierra la puerta de una vez, que entra frío. ¡A ver si al final lo estropeamos todo! —y luego, rebajando el tono de voz continuó— por cierto, has tenido un hijo y se encuentra en perfecto estado.

Escuchó esto el sufrido padre y sonrió mientras bajaba la escalera como un cohete para ir a abrazarse con su hermano.

—Tengo un hijo, ya soy padre —repetía una y otra vez. De tan contento y nervioso que estaba ni se enteraba del comentario y los

consejos que le estaba dando su hermano mayor. El bueno de Cosme seguía con su retahíla a machamartillo—. Tengo un hijo, ya soy padre.

Todo el día preparándose para el feliz acontecimiento y cuando por fin había llegado se estaba comportando como un auténtico botarate. A los pocos minutos, la comadrona volvió a llamarle para que subiera a la habitación, los dos protagonistas ya estaban limpios y arreglados. Acudieron los hermanos y Cosme se fue directamente a ver a su mujer preguntándole cómo se encontraba.

—Estoy bien, aunque bastante cansada —comentó Enriqueta con la voz entrecortada.

A continuación se acercó para ver a su primogénito que estaba envuelto con un paño encima de la cama y estiraba las manitas hacia delante como si quisiera agarrarse a la vida y de vez en cuando sollozaba brevemente. Entonces Cosme, en un acto puramente instintivo, levantó el paño que cubría el bebé y comenzó a contar en silencio los dedos de las manos y los pies. Una vez que lo hubo realizado movió la cabeza.

—¡Pero qué tonterías estoy haciendo! —refirió para sí.

Miró a su alrededor y comprobó que nadie había visto lo que acababa de hacer pues cada persona de la habitación estaba en una ocupación u otra. Suspiró profundamente y al instante besó con ternura al pequeño. Momentos después, su hermano se acercó hacia él y le dijo que iba a su casa a contar la noticia del alumbramiento de Enriqueta y que luego acudiría al ayuntamiento a dar fe del nacimiento del niño para inscribirlo en el registro civil. Le preguntó qué nombre pensaban ponerle y Cosme le respondió que Rafael, como su abuelo, pues así lo habían decidido él y su mujer antes de que naciera, en el caso que fuera varón.

II

Dos días después del feliz natalicio en casa de Cosme y Enriqueta, un nuevo alumbramiento se estaba gestando en el pueblo. En una preciosa casa de piedra situada en plena calle Mayor, Milagros Sánchez había comenzado a tener los dolores del parto justo cuando el

tiempo empezaba a clarear y las lluvias se despedían después de varios días de incesantes chaparrones. Era una mujer de treinta años de edad muy delgada y de carácter altanero conocida en el pueblo como la *tía Mandona* por el trato con mano de hierro que dispensaba a los criados de su casa. Esa actitud rayana en el despotismo hacía que los sirvientes no le duraran mucho tiempo y periódicamente se incorporaba alguna nueva criada que, conociendo los antecedentes, tendría que estar muy necesitada para aguantar lo que se le iba a venir encima. Su marido Romualdo Cavero tenía treinta y dos años de edad y mantenía con Milagros una relación más bien apocada propia del hombre que se siente cohibido por su mujer. Ésta actuaba en la intimidad de sus relaciones personales como una auténtica tirana escupiéndole a la cara mil y una groserías sin que el hombre osara abrir la boca, aunque eso sí de puertas afuera su relación era pura apariencia y siempre se les veía bastante comedidos. El señor de la casa, por su parte, no guardaba con el resto de las personas que conocía, fuesen o no de su propia familia, el mismo talante bobalicón y sumiso que con su mujer. Más bien mantenía una rara combinación entre persona cabal con aquellos que le caían bien y la rudeza de carácter exhibida con una actitud prepotente y bastante engreída respecto a la mayoría de las personas. Daba la impresión de que con este altivo proceder quisiera compensar —inconscientemente— el sentimiento de inferioridad que tenía con su esposa.

Romualdo y Milagros eran una de las familias más prósperas de la localidad. Poseían numerosas tierras en Monterde, en algunos términos próximos como Albarracín, Pozondón o Bronchales, e incluso en los más lejanos de Saldón y Valdecuencia. El marido era el mayor de tres hermanos y pertenecía a uno de los linajes más antiguos de Monterde de Albarracín. Sin embargo, no todo era felicidad en la casona de los *Señoritos* como eran comúnmente conocidos en el pueblo. El carácter enfermizo de doña Milagros Sánchez había estado a punto de dar al traste con su primer natalicio, pues su hija tuvo que nacer en Teruel a causa de la debilidad mostrada por la madre durante el embarazo. Y menos mal que acudieron allí pues la extrema fragilidad de la señora le había impedido amamantar a su hija y tuvieron que buscarse una nodriza en la capital de la provincia. Con este segundo parto la situación se les había ido de las manos y por ello se había complicado peligrosamente. En un principio, tenían previsto acudir a la capital durante las semanas previas al nacimiento tal y como hicieron durante el primer parto. Sin embargo, diferentes asuntos relacionados

con su hacienda fueron posponiendo el viaje y cuando se quisieron dar cuenta la llegada de las lluvias impidió su marcha pues el camino que conducía a Cella era prácticamente intransitable. Más aun el río Manzano desde la salida del pueblo hasta el barranco de *La Hoz* se había llegado a desbordar y el arroyo del barranco del *Chorrillo* a su paso por *Valverde* fluía con tanta fuerza que hacía peligroso vadearlo. Así pues, no les quedó más remedio que quedarse en Monterde de Albarracín y rodearse de las personas más apropiadas para ayudar en el parto. En este caso era fundamental la ayuda del médico de la zona residente en Albarracín al que habían hecho llamar por un criado de la casa ante la inmediatez del alumbramiento. El galeno tuvo que acudir a lomos de su caballo por una senda que enlazaba ambas poblaciones y junto con el criado de la casa de los *Señoritos* llegaron, no sin grandes contratiempos, pues el camino y el propio monte estaban impracticables para el tránsito.

El momento clave ya se estaba aproximando y mientras tanto don Romualdo Cavero seguía sentado en su sillón preferido al lado de la chimenea fumando un puro y dirigiendo a los criados que se afanaban en calentar agua en el imponente hogar de la cocina. Esta pareja ya tenía una hija de ocho años llamada Adelaida que habían enviado el día anterior a casa de una tía suya en el mismo pueblo, debido a que sus padres querían evitar su presencia en los instantes previos al nacimiento. De todas formas, contaban con buenas ayudas en la localidad y la asistencia del médico y el personal de la casa les garantizaban los cuidados y atenciones necesarios. Asimismo, habían pensado que hablarían con Enriqueta para que amamantara a su bebé ya que la mujer estaba muy bien dotada y suponían que no tendría inconveniente en acceder a sus deseos. Ella aceptó, aunque lo más complicado fue convencerla para que se fuera a vivir a la mansión de los *Señoritos* ya que, de esta manera, estaría mejor atendido el recién nacido.

Después de una mañana dedicada a la preparación del parto y de suministrarle unas tisanas para calmar el nerviosismo de doña Milagros, ésta dio a luz a primera hora de la tarde un precioso hijo robusto y llorón. Fue recibido con especial alegría por su padre que veía de esta manera cumplidos sus deseos de un varón que continuase con el apellido ilustre de su antigua familia los Cavero cuyos antepasados se perdían en las brumas del tiempo de esta localidad. Y siguiendo en esta tesitura Romualdo le puso al recién nacido el nombre de Ernesto,

como su abuelo, cuya imagen pendía de un viejo cuadro enmohecido que permanecía colgado entre otros ilustres antepasados en el amplio salón de su mansión.

El trato al que llegaron Romualdo y Cosme era bastante aceptable a pesar de la incomodidad manifiesta que suponía para este último estar separado de su mujer e hijo durante una larga temporada. La condición indispensable era que Enriqueta tendría que irse a vivir a la casa de los *Señoritos* y amamantar al pequeño hasta que pudiera valerse. Por ello le pagarían un buen montante de pesetas una vez lo hubiera destetado y además gozaría de una buena alimentación durante toda su estancia. Asimismo, la mujer no realizaría ningún trabajo en la casa dedicándose tan sólo al cuidado del pequeño Ernesto y, por supuesto, de su hijo Rafael. Eso sí, en contrapartida Cosme se tendría que ir a vivir con sus padres nuevamente pero vería a su mujer siempre que quisiera. Y además, don Romualdo se comprometía a proporcionarle trabajo en una relación preferente respecto a los jornaleros de su casa. Así pues el problema que se había planteado a doña Milagros con su hijo se había solucionado satisfactoriamente, al no poner Enriqueta reparo alguno a la solicitud de ayuda. De no haber sido por ella el resultado podría haber sido nefasto para el pequeño Ernesto, ya que tendrían que haber buscado otra aya por los pueblos del contorno con el riesgo que suponía.

En los meses que siguieron el carácter de doña Milagros con su marido se fue volviendo cada vez más tenso, al sorprenderlo en alguna ocasión espiando cómo la nodriza daba el pecho a su hijo. Lo cierto es que las dos mujeres mantenían un físico con unas diferencias más que notables y estaba claro que al dueño de la casa le gustaban especialmente las mujeres de carnes prietas. Cierta vez se hizo el encontradizo mientras le estaba dando de mamar, consiguiendo que Enriqueta enrojeciera de vergüenza y se tapara los senos apresuradamente ante las protestas del bebé. Aunque lo peor vino como consecuencia de los celos de Milagros, que vio confirmadas sus sospechas en al menos dos ocasiones. En una de ellas observó cómo su marido espiaba con sumo deleite los pechos que tanto entusiasmaban a su pequeño Ernesto gracias al juego de unos cristales convenientemente distribuidos por la habitación donde daba de comer al pequeño. Los celos se apoderaron de la *tía Mandona* y tenía que sujetarse la lengua con la nodriza que, por otra parte, no tenía culpa de nada. Lo que más hería

la sensibilidad de doña Milagros era el verse superada por una simple mujer de pueblo nada menos que una pazguata rústica y sin clase. Por ello, en más de una ocasión, herida de una impotente rabia se miraba desnuda en el espejo de su cómoda y lloraba amargamente en la intimidad de su alcoba. La vida le había otorgado una buena posición económica pero su salud y su físico dejaban bastante que desear. Y por todo ello, no encontraba mejor consuelo que arremeter muchas noches contra su marido al que tachaba de inmoral y obsceno por sus manifestaciones debilidad. A pesar de estos esporádicos episodios, lo cierto es que la estancia de la mujer de Cosme en la mansión de los *Señoritos* fue bastante placentera, especialmente, porque ella nunca se apercibió de los oscuros deseos que desataba en el amo de la casa.

Durante los quince meses que convivió Enriqueta con los *Señoritos* no le faltó de nada y pudo alimentarse como nunca lo había hecho pues comía de lo bueno lo mejor para mantener lo más nutritiva posible la lactancia del pequeño. Los momentos más tensos en la casa se vivían cuando doña Milagros quería coger a su hijo y éste rompía a llorar desconsoladamente al estar el pequeño totalmente enmadrado de su nodriza. Su madre veía con creciente resquemor cómo su retoño acudía solícito a la llamada de Enriqueta y jugaba complacido con su hermano de leche. Se sentía desplazada y las actitudes de su marido e hijo le creaban una desazón interna difícil de superar. A pesar de los intentos de la dueña de la casa por evitar un exceso de relación entre la nodriza y su hijo lo cierto es que se creó un nexo de unión que iba a perdurar durante toda sus vidas. El momento de la partida fue el más duro para Enriqueta al haberse encariñado mucho con el pequeño Ernesto. Aunque no era su bebé, el acto de darle pecho al pequeño representaba para ella algo más que un simple trabajo mundano. Era una sensación bastante compleja y rayaba en la más estricta espiritualidad algo que tan sólo las mujeres y los niños que pasan por esos trances de la vida pueden reconocer. Sin embargo, el fin de esta situación era inevitable. En resumidas cuentas Enriqueta había criado a su hijo, no le había faltado de nada y ya era hora que cada mochuelo se recogiera en su olivo. Además, su marido Cosme se lo agradecería más que nadie.

La vida de Enriqueta volvió a la normalidad que acompaña a cualquier joven esposa durante esos años. Su marido continuaba teniendo un trabajo precario, pero con voluntad salían adelante. En el

año 1904 nació su segundo hijo y dos años más tarde tuvo otro retoño. Y por último, en 1909 nació su única hija, que colmó de satisfacción a los padres. Las ganancias obtenidas por su labor como matrona se consumieron a los pocos años y otra vez volvían a ir justos de dinero por las crecientes necesidades de la familia, pero no se quejaban. Cosme no paraba de trabajar y ella cuidaba en su casa a los hijos y de vez en cuando visitaba la casa de los *Señoritos* para ver cómo se desarrollaba el pequeño Ernesto y jugaba de paso con Rafael. Los hermanos de leche se llevaron bien desde el primer momento y ello llenaba de gozo a Enriqueta que disfrutaba como nadie viéndolos jugar. Y a partir del momento en que acudieron a la escuela y pudieron contar con más libertad fueron ya prácticamente inseparables.

Por su parte, Milagros volvió a quedar embarazada en 1905 y para que no volviera a pasar por las circunstancias del parto anterior dos meses antes del alumbramiento acudió a Teruel a casa de unos parientes, preparándose a conciencia para el parto. Por supuesto, seguía siendo una persona frágil y buscó en la capital alguna de las afamadas nodrizas que criaban a los hijos de los ricos. Este parto fue el más placentero de cuantos tuvo, sobre todo porque su retoño era la viva imagen de su familia. Le recordaba a su padre muerto años atrás y por ello le pusieron su nombre, José María. Dicho hijo fue el más querido por Milagros, al que mimó con tanto exceso que con los años se convirtió en un niño repelente y consentido. Esta relación con el benjamín de la familia fue en detrimento de sus otros hermanos, en especial Ernesto, al que siempre vio excesivamente relacionado con la nodriza y su familia y quizás por ello fue siempre el más respondón de sus hijos. Mientras, en la casa de los *Señoritos* los hijos mantenían una relación especial con sus progenitores. La mayor Adelaida era el ojo derecho de su padre mientras que el pequeño José María lo era de su madre. Por su parte, Ernesto iba por libre, aunque se decantaba más por su padre y el amor con su madre en realidad lo tenía que compartir también con su aya, algo que Milagros —que se daba cuenta de ello— nunca aceptó de buen grado. Entre los hermanos varones de la familia existían notables diferencias. Ernesto jugaba muy a menudo con su hermano de leche Rafael al que trataba como si fuera su auténtico hermano, además tenía un carácter muy abierto y leal. Por otra parte, José María vivió de espaldas a los otros niños del pueblo educándose en la intimidad de su hogar sin apenas otras compañías que sus hermanos y sobre todo su madre, siempre vigilante y sobre protectora, hasta límites extremos.

III

Durante la primera década del siglo veinte los niños del pueblo de Monterde tuvieron la gran suerte de contar con maestros que se preocuparon enormemente por su educación. Ello a pesar de que las circunstancias económicas y sociales del momento hacían de la defensa de la escolaridad infantil una meritoria y quijotesca labor. Incluso el consistorio consignaba una partida especial en los presupuestos municipales para premiar a los maestros por su abnegado esfuerzo en pro de los pequeños. La escuela ocupaba parte del edificio del ayuntamiento y estaba dividida en dos grandes aulas. La de las niñas, que era atendida por una maestra y se acondicionaba en la planta baja, tenía su entrada por la calle Mayor. Mientras que la de los niños estaba situada en el primer piso, justo encima de las chicas, y se entraba por una puerta que daba hacia el callejón de la torre de la iglesia. Durante esas fechas la escolarización llegaba hasta los trece años, pero no todos los escolares la cumplían. Las niñas iban en menor número incluso, muchas de ellas no fueron nunca a la escuela y respecto a las que sí acudieron, acostumbraban a sacarlas definitivamente a partir de los diez u once años de edad. Por regla general se quedaban en sus casas ayudando a las madres en las labores del hogar. Los chicos solían acudir mayoritariamente a la escuela, pero también en este caso no todos finalizaban los estudios primarios, dependiendo de las necesidades de sus familias.

Ernesto y Rafael iban juntos al colegio. Se consideraban amigos inseparables, tanto que incluso se sentaban en el mismo pupitre. Eran dos alumnos aplicados, más inteligente y callado Ernesto, aunque el que más se destacaba era Rafael. Este joven siempre prestaba atención y apenas se despistaba entre otras cosas porque le encantaba aprender y odiaba como nadie los correctivos del tipo que fueran. El maestro de la escuela de Monterde don Filiberto era enemigo de los castigos y prefería censurar con educación utilizando la palabra. Sin embargo, durante algún tiempo en la niñez de los amigos padeció una larga enfermedad, siendo sustituido por otro educador que no participaba en absoluto de la formación del titular. El nuevo docente, como otros muchos de esa época, era partidario de los castigos físicos que, por otra parte, eran norma corriente en la pedagogía escolar del momento. El maestro sustituto cada vez que un niño no se comportaba correctamente trataba de escalearle de diferentes maneras y, eso sí, como

último recurso acababa dándoles collejas o los ponía de cara a la pared con los brazos en cruz. Rafael tan sólo padeció durante una ocasión este tipo de sanciones y tuvo lugar un día en que el maestro le estiró de los pelos de la patilla por estar hablando en clase. El primer impulso que tuvo fue lanzar una mirada con tanta carga de odio al docente que éste al verle le propinó un sonoro capón. Luego, ante sus reiteradas protestas, acabó cogiéndolo del brazo al tiempo que lo levantaba violentamente del asiento. Lo llevó zarandeándolo hasta el rincón de la clase donde castigaba a los niños revoltosos y le obligó a hincarse de rodillas con los brazos en cruz. Una vez allí Rafael rompió a llorar de rabia agachando la cabeza para que nadie lo viera y no consintió el bajar los brazos hasta que el dolor se hizo insoportable. Todo ello en medio del asombro de todos los presentes que sabían el tiempo que se podía aguantar de esa guisa y él lo había sobrepasado con creces. Mientras estaba arrodillado se prometió a sí mismo que nunca volvería a pasar por aquel tormento ni sufriría más humillaciones y, en efecto, jamás fue castigado personalmente.

Cuando salían al recreo o, por la tarde una vez finalizada la escuela, los niños se juntaban en varios grupos de amigos definidos en su mayoría por su posición social en el pueblo o por la pertenencia a un barrio determinado. Luego, se iban algunos de su cuadrilla a jugar por las calles a cosas típicas de los críos en esta localidad. Los juegos preferidos era el de disfrazarse, coger nidos de gorriones en verano, pescar renacuajos, realizar todo tipo de formas trenzando el mimbre que crecía junto al río y el más especial de todos; el juego de la taba. También realizaban alguna que otra trastada siendo de las más frecuentes robar huevos de gallina en las parideras menos protegidas y haciéndoles un pequeñísimo orificio pasaban una pajita de cereal y sorbían su interior. Casi todas las diabluras que realizaban estaban relacionadas con pequeños hurtos de alimentos como entrar en las casas abiertas generalmente y sisar algo para comer. Y tuvo especial relevancia una época en que acudían a una pequeña cabrada cuidada por alguno de los amigos que ya no iban a la escuela y ordeñaban a las cabras bebiéndose su leche. El problema fue cuando el más pequeño del grupo quedó afectado por las fiebres de Malta y el cura mosén Rufino les culpaba a todos ellos diciéndoles que había sido un castigo de Dios. Al buen hombre se le olvidaba decir que esa enfermedad se debía a no haberla tomado sin las debidas precauciones higiénicas como hervir la leche recién ordeñada.

De vez en cuando los zagales comprobaban cómo algún compañero dejaba de acudir definitivamente a clase. Cada vez que se daba esta situación los escolares respondían de diferentes maneras. Había críos que se entristecían porque esos amigos ya no iban a seguir con ellos, lo cual era motivo además de pérdida irreparable. Los jóvenes que dejaban de estudiar para trabajar en casa o para servir a algún amo ya no volvían a la escuela y se comportaban como si fueran adultos en ciernes, pues ese era su nuevo estatus en la vida. Otros, en cambio, los envidiaban porque no aguantaban tener que estar todo el día estudiando y preferían la libertad de la calle aunque fuera trabajando. Entre todas las ocasiones de abandono escolar que tuvieron lugar durante esos años hubo una que afectó directamente a Ernesto y Rafael cuando tenían nueve años. A finales de octubre de 1910 acudió un hombre llamado Anselmo para hablar con el maestro don Filiberto ya que quería retirar a su hijo de la escuela. El zagal al que se quería llevar formaba parte de su cuadrilla, se llamaba Pedro y era algo mayor que la pareja de amigos. Últimamente lo habían encontrado bastante más serio y retraído que de costumbre ya que en lugar de irse a jugar con ellos al acabar la clase por la tarde, como había hecho siempre, ahora acudía a su casa y ya no volvía. Aun así en su mentalidad de críos siempre pensaron que no sería importante. Sin embargo, cuando aquella mañana acudió Anselmo a la escuela y le pidió al maestro que saliera para poder hablar con él, todos los niños se alzaron revoloteando alrededor de las ventanas para oír qué hablaban.

—Don Filiberto, sé que no le va a gustar lo que le voy a decir, pero vengo a llevarme a mi hijo Pedro y no volverá más a la escuela —habló Anselmo mostrando un infinito pesar.

—No puedes hacer eso, Anselmo, tu hijo necesita seguir aprendiendo a ser un hombre y tan sólo tiene diez años —rebatío el maestro.

—No lo hago porque me guste. Bien sabe Dios qué es lo último que quiero para mi Pedro pero su hermano Juan está mal de salud y tengo que retirarlo de su empleo por un tiempo. Si no cubro su trabajo con otro hijo pondrán a cualquier *muchicho* en su lugar y entonces lo vamos a pasar muy mal, pues en mi casa precisamente el dinero no es lo que sobra —respondió Anselmo.

—Pues si existen problemas estoy de acuerdo que hay que buscar soluciones, pero te equivocas en el proceder. Si quieres que tus

hijos aprendan y se puedan enfrentar a la vida que les espera tienen que estudiar. Sólo así se harán hombres de provecho —insistió don Filiberto.

—Mire, aunque usted no se lo crea, yo pienso igual y también el secretario don Ramón me dio los mismos consejos pero creo que las circunstancias mandan y tenemos que enfrentarnos a ellas con nuestros recursos. Yo no tengo dinero, sólo manos para trabajar y sacar mi familia adelante. De verdad, todo esto me está afectando una barbaridad, pero lo tengo decidido —se defendió el progenitor.

Al ver la firmeza y determinación del padre, el maestro comprendió que no había marcha atrás en su postura y derrotado, como tantas otras veces, se resignó ante lo irremediable.

—Usted como padre es el tutor y por lo tanto la decisión es suya aunque yo no la comparto —concluyó.

—Bueno, pues como le he dicho, a partir de mañana mí hijo Pedro ya no vendrá a clase. Lo siento mucho... ¡Adiós! —se despidió Anselmo y cabizbajo volvió hacia su casa.

Mientras se despedía del maestro los escolares amontonados sobre las ventanas del aula hablaban con cierto asombro sobre lo que acababan de escuchar, ya que todos los años se repetían esas conversaciones ante la desesperación del maestro o la maestra. Por su parte, el pequeño Pedro no se había movido de su asiento y gemía en silencio presintiendo el fin de su etapa infantil. Durante la pasada cena su padre había comentado a toda su familia la decisión que había adoptado respecto a su hermano Juan y a él mismo. Por supuesto que prefería seguir con sus amigos en la escuela pues no conocía otra forma de vida que la de los juegos y el aprendizaje que para eso era todavía un niño. Los camaradas de la cuadrilla de Rafael intuían qué le iba a pasar a Pedro pues su caso era bastante común y ya había afectado con anterioridad a otros compañeros de la escuela. Por todo ello, antes de colocarse nuevamente en sus asientos acudieron en tropel a rodearlo e intentaron animarlo al hacerse visibles las lágrimas que se deslizaban por su añinado rostro. Y como había pasado antes con otros críos, si bien se seguían juntando por las tardes o en los domingos, el niño que había sido hasta esos momentos estaba empezando a dejar de serlo y se iba a convertir a marchas forzadas en otro hombrecito precoz.

IV

Los primeros años de la vida de Ernesto y Rafael en Monterde de Albarracín se sucedieron con suma placidez entre los juegos propios de la edad. La vida transcurría monótona aunque no tanto para Rafael, que tenía que ayudar a menudo en su casa. Entre otras labores que realizaba solía acompañar a su abuelo a pastorear el minúsculo hato de cabras que poseía la familia. Ernesto por su parte acompañaba a su padre en ciertas ocasiones cuando acudía a comprobar la labor de las numerosas tierras que disponía en el término o fuera de él. Siempre que no estaban con sus progenitores y podían juntarse con su cuadrilla salían a jugar por el pueblo como otras tantas pandillas del mismo. Durante su niñez tan sólo acontecieron algunos sobresaltos por algún que otro percance típico en estas edades cuando los pequeños no paran un instante, ni siquiera estando enfermos. En cierta ocasión Ernesto jugando al borde del río se resbaló y cayó a tierra dislocándose el hombro. Otra vez en una pelea contra la cuadrilla de zagales de la *Umbría* quedaron los dos amigos descalabrados y necesitaron la visita urgente del médico de Albarracín. Pero sobre todo las reprimendas en sus respectivas moradas venían cuando no cumplían con los deberes escolares y en esto coincidían ambos padres de familia.

Los dos amigos estaban juntos siempre que podían y alternaban su presencia entre las dos casas. Ahora bien, a partir del año 1910 un acontecimiento hizo posible que empezaran a frecuentar más a menudo la vivienda de Ernesto. En esa primavera entró a formar parte del servicio doméstico la enésima criada de los últimos años; Margarita Aparicio y desde un principio los dos hermanos de leche congeniaron con ella a la perfección. Esta mujer tenía un carácter muy abierto con los pequeños aunque, por el contrario, era muy reservada e introvertida en su relación con los adultos. Siempre que podía les enseñaba juegos nuevos y, sobre todo, les comentaba innumerables historias que abrían sus conocimientos en una edad en la que las preguntas a los mayores son bastante frecuentes y siempre exigen una respuesta convincente. Margarita nunca les fallaba y para los niños eso era una referencia importante. Siempre estaba dispuesta a dedicarles parte de su tiempo sobre todo porque los veía dispuestos y en el fondo rebeldes como ella había sido en su juventud aunque esto último los pequeños lo ignoraban. Materias como la educación, la camaradería, el estudio, la natu-

raleza, los fósiles tan abundantes en el término municipal, o la vida en otros lugares del planeta eran sus temas preferidos. Era como si acudieran a la escuela pero con la profesora más divertida del mundo. Y eso que tampoco se podían quejar del maestro del pueblo —que por otra parte era el padre de Margarita— aunque la seriedad y el excesivo rigor que utilizaba le quitaba enteros al encanto propio de la enseñanza. Los padres de Ernesto casi siempre estaban ocupados y especialmente su madre doña Milagros, que no quitaba ojo a su hijo pequeño José María, al que prestaba casi toda su atención, y a su hija Adelaida, que parecía su sombra por toda la casa. Por otra parte, los padres de Rafael trabajaban de sol a sol y aunque mantenía una intensa relación con sus abuelos lo cierto es que éstos no abarcaban los exhaustivos conocimientos que demandaba el zagal. De manera que unos por dejación y los otros por sus carencias los chicos tan sólo tenían como referencia a Margarita. Y ésta asumía con gusto la función de darles el aprendizaje necesario para enfrentarlos a la vida desde otro punto de vista totalmente diferente al de los adultos que conocían en el pueblo.

Margarita era una mujer de aspecto recio, mediana estatura, con la cara ancha, unos bellos ojos de color marrón y larga melena de tono oscuro sin llegar a negro. Su vida a pesar de sus escasos treinta y tres años había sido muy intensa. Había nacido en el municipio de Jabaloyas, en el otro extremo de la sierra de Albarracín, hija de un maestro de escuela llamado Filiberto Aparicio y de una vecina de esa localidad. Su padre, después de varios años de docencia, acabó teniendo problemas en el colegio de dicha población y, presionado por las autoridades locales, decidió marcharse con su mujer e hija en el año 1899 para ocupar la vacante que se había producido en la escuela del pueblo de Monterde. Los motivos de las desavenencias en Jabaloyas nunca se supieron con exactitud. Las malas lenguas hablaban del comportamiento excéntrico del maestro y su escasa religiosidad que le llevaron a enfrentarse con el párroco y que tuvo como colofón una pelea con el mismísimo alcalde del pueblo. Sin embargo, lo cierto es que hasta su muerte ocurrida años más tarde ocupó sin ningún tipo de problemas el puesto de maestro en Monterde.

La vida de Margarita fue bastante dura al principio al tener que salir de Jabaloyas con apenas veintidós años de edad para empezar una nueva vida en otra localidad totalmente desconocida para ella. Al poco de su llegada a Monterde de Albarracín, conoció a un joven del que se

enamoró perdidamente y se casó en el año 1902. Fue un gran error y se dio cuenta del mismo a los pocos meses de la boda. Su marido Ramón Carrera, conocido en el pueblo como el *Mocos*, tenía una pasión a la que dedicaba más tiempo y atenciones que a su propia mujer: la caza. El mote le venía desde pequeño ya que su deficiente constitución le hizo ser un niño permanentemente enfermizo. Además como su apéndice nasal era tan voluminoso servía de chufra a sus amigos cuando se constipaba y le goteaba la mucosidad casi hasta el labio superior. Y los niños, siempre dispuestos a trivializar sobre las singularidades de sus iguales, apenas tardaron en apodarlo de esa manera tan particular.

Desde el primer momento Ramón el *Mocos* le dejó bien claro a Margarita que a pesar de su matrimonio no iba a dejar de lado sus dos aficiones preferidas, como eran las juergas con sus amigos y la sudodicha caza. Sus interminables estancias en el monte continuaron como siempre, incluso se podría aseverar que cada vez le dedicaba más tiempo y atenciones que a su propia casa. Eso sí, era de los cazadores más sobresalientes del pueblo, casi una institución, y sabía como nadie el momento y lugar donde colocar los lazos con los que atrapar a los animales, incluso en los lugares más recónditos que pudiera imaginarse. Cazaba todo lo que podía, liebres, conejos, zorros y cualquier animal que tuviese la fatalidad de pasar por entre alguno de sus cepos. Sobre todo, una zona del pueblo conocida como *Espinosa* la conocía al dedillo y la tenía trillada de tantas trampas como había colocado. Además, debido a que era un hombre de campo muy hábil y silencioso, resultaba difícil pillarlo con las manos en la masa. Cuando llegaba la época apropiada se iba al monte con un saco y una corvella a replegar mielgas silvestres para los animales domésticos, envolviendo entre las hierbas recogidas dentro de la talega las piezas que habían caído en sus lazos.

Tenía un perro que cuidaba con sumo esmero y se puede decir sin temor a exagerar que lo amaba mucho más que a su mujer o, por lo menos, le dedicaba bastante más atención. Margarita estaba harta de que muchas mañanas regresara del campo y le echara encima de la mesa las piezas cobradas y ella se tenía que dedicar quisiera o no a limpiarlas y prepararlas. Y no digamos cuando llegaba la temporada de caza, que salía con la escopeta y se pasaba el día entero en el monte —muchas veces descuidando los intereses de su propia hacienda—

regresando cuando anochece y exigiendo las atenciones que él no dispensaba a su mujer. Ésta estaba cada vez más hastiada de su manera de vivir y cuando le recriminaba a su marido éste le respondía de mala manera y le decía que si era su esposa tenía que apegarse con ello y que ya sabía cómo era cuando se casó. Incluso, en una ocasión, el perro llegó a intentar morderla ante la pasividad de Ramón que impertérrito gozaba al ver cómo el can lo defendía frente a los que le increpaban sin importar de quien se tratara.

Cierta mañana Ramón salió de casa como siempre para ir a cazar y decidió irse a colocar algunos lazos a una zona nueva hacia el sureste del término. Como se dio cuenta que algunos labradores iban con sus carros a la labor por el camino de Albarraçín decidió irse por una zona conocida como la *Ampudia*, y así evitar que lo vieran. En este lugar cuando llovía se formaba una balsa de agua proveniente de la sierra del pueblo, que hacía de desagadero natural. Cuando andaba por sus alrededores notó un escalofrío y para darse calor sacó la bota de vino del zurrón echando un buen trago. Parece que le cogió gusto a esto de empinar el codo tan temprano y quiso repetir unos metros más adelante. Como tenía la costumbre de seguir caminando mientras bebía no se dio cuenta que atravesaba una zona repleta de piedras sueltas. Tropezó en una de ellas y perdiendo a continuación el equilibrio acabó cayéndose a trompicones ante los ladridos del perro que intuía el batacazo del amo. Tuvo la fatalidad de caerse de bruces hacia delante encima del gran charco que se había formado como consecuencia de las lluvias de los pasados días. Y lo que es peor, no pudo ver que incluso en el lateral de la charca el fondo también estaba cubierto de piedras. Su cabeza golpeó con fuerza en una de ellas con tan mala suerte que perdió el conocimiento y ladeado como estaba sus pulmones comenzaron a encharcarse hasta que acabó ahogándose.

Efímera existencia tuvo el cazador, aunque, eso sí, al otro mundo se llevó una alforja de recuerdos en los que incluía su caterva de amigachos, animalejos varios del monte, un perro que lo adoraba, más de una juerga acompañada del inevitable alcohol y puede que en el fondo del macuto, alguna estampa de su mujer. ¡Qué patético fin tuvo el inefable Ramón el *Mocos* y que perra muerte le sobrevino! ¡Pero mira que morir ahogado en un pueblo de secano! ¡Qué disparate! La gente se hacía cruces en su entierro y si no fuera porque había muerto una persona, este suceso habría sido objeto de más burla de la que en realidad fue.

Margarita se quedó viuda con apenas dos años de casada y casi sin haberse enterado de lo que era un hombre en su vida. Como apenas había tenido intimidad en su matrimonio era casi imposible que se hubiera quedado embarazada y así fue para suerte suya. Su marido, como hemos dicho, prefería otras compañías y entre sus aficiones no se contaba la de yacer con su esposa. De manera que poco tiempo pudo disfrutar la buena mujer de los placeres de la vida conyugal. En lo más profundo de su ser ansiaba recobrar lo más pronto posible la compañía de un varón que la hiciera sentir y gozar de toda su femineidad. Además su nueva situación no había pasado desapercibida para sus paisanos del pueblo. De manera que, el tonto oficial de Monterde de nombre Hugo Rodríguez y su madre Manolita pusieron los ojos en ella casi desde el primer momento de su nuevo estado civil. Las escasas luces de Hugo le hacían inconfundible entre la marabunta local pues hablaba a gritos tenía mal genio y un coeficiente intelectual más cercano a las piedras que a los primates. Se rumoreaba que era el hijo bastardo de un terrateniente serrano y una bella mujer de mala nota que habían llegado al pueblo años atrás acomodándose en una de las casas que el susodicho hacendado poseía en la población. Este idiota la acosaba sin descanso e incluso su madre intentó en vano convencer a la mujer de lo aconsejable que sería para ella la unión con el memo de su hijo. Y Margarita ya no sabía qué hacer y donde esconderse pues contaba con la única compañía de su padre ya que su madre había muerto al año de casarse. Como por más que intentaba evitarlos se veía perseguida siempre que salía de su casa, acabó por encerrarse en ella para no encontrárselos por la calle. En definitiva, los intentos de Hugo Rodríguez y su madre no pasaban desapercibidos para nadie siendo últimamente la comidilla del pueblo y generando más rechifla que indulgencia.

Pero también se había fijado en ella el cura del pueblo mosén Rufino por una razón similar y viendo las necesidades de Margarita pensó en una solución que posiblemente la satisfaría y —nunca mejor dicho— mataría de paso dos pájaros de un tiro. El párroco tenía un hermano llamado Irineo que también recientemente se había quedado viudo con un hijo de casi cinco años de edad. En estos momentos, vivían en la cercana localidad de Noguera de donde era natural su difunta esposa. Se trataba de una persona algo mayor que Margarita y además cojeaba ligeramente como consecuencia de un accidente ocurrido en una obra años atrás. El cura lo pensó mucho antes de dar el

paso definitivo y finalmente se decidió a contar su proyecto al padre de Margarita. Éste, después de darle también infinidad de vueltas, creyó que lo más oportuno sería comentárselo a su hija para que ella concluyera sobre aquello que más le convenía. En definitiva, se trataba de su vida y no quería interferir en sus decisiones manteniendo esa postura como siempre había hecho.

Una vez conoció Margarita las intenciones de mosén Rufino, su primera reacción fue de rechazo frontal pero, finalmente, hizo caso a las recomendaciones de su padre y decidió antes de adoptar una drástica solución acceder primeramente a conocer al mencionado Irineo. No perdía nada en el envite. Sin embargo, cuando finalmente tuvo lugar el encuentro en una merienda de compromiso orquestada por la hermana del cura doña Purificación se llevó un enorme fiasco. No era ni mucho menos el hombre que había esperado. Además de ser unos años mayor que ella, no era muy agraciado físicamente aunque aparentaba ser una buena persona y daba la impresión de dejarse llevar. Pero es que además estaba lo de la cojera y por si fuera poco ya tenía un hijo. En definitiva, demasiados descartes del modelo que ella esperaba tenía que ser el hombre de su vida aunque, eso sí, totalmente diferente al berzotas de su primer marido, de hecho, parecía talmente la otra cara de la moneda.

En un principio, su primer impulso fue declinar el ofrecimiento pero pensándolo detenidamente comenzó a ver las posibilidades que ofrecía el hermano del cura. Y estas aumentaban por el continuo hostigamiento del mentecato de Hugo y su infumable madre. La actuación de ambos estaba llegando hasta límites insostenibles y Margarita ya no podía más. Por otra parte, tendría la vida asegurada al emparentarse con la familia del párroco y eso ya era algo. Además, se quedaría a vivir en Monterde ya que le estaban buscando acomodo a Irineo como ayudante en la secretaría del ayuntamiento o un trabajo opcional como alguacil. Y lo que resultaba de perlas —aunque era sumamente peligroso y se arriesgaba considerablemente— era el hecho de ser la mejor tapadera para esconder los problemas que habían ocasionado su marcha de Jabaloyas. Por fortuna en Monterde nadie había notado todavía su escasa fe religiosa. Esto último le daba bastantes quebraderos de cabeza pues la situación que se preveía era realmente endemoniada ¿cómo se las arreglaría para no delatarse si encima entroncaba su vida con la del hermano del cura siendo, como era, poco o mejor dicho nada creyente?

Había llegado a este razonamiento a partir de tener un padre maestro de profesión que practicaba un agnosticismo filosófico y una madre firmemente descreída que era fiel continuadora de las convicciones familiares desde varias generaciones. Y eso que tales ideales ya les habían causado enormes problemas por su acrecentado escepticismo en medio de una sociedad religiosa y crédula como era la que imperaba en Jabaloyas, su pueblo de origen. En Margarita confluían esas dos corrientes metafísicas que en realidad se entroncaban en una sola. Ésta no era más que la negación de la religión como axioma de una forma de vida que la consideraba impuesta a una población ignorante por el temor a lo desconocido. Y la convicción que las personas —buenas por naturaleza— eran libres de su destino pues tan sólo sus actos las definían por encima de sus creencias sociales o religiosas y las llegaban a perfeccionar como auténticos seres humanos. Durante varias generaciones, su familia en Jabaloyas, fieles a sus ancestrales tradiciones, había sorteado los dogmas cristianos de la mejor manera posible. Por supuesto, tan sólo acudían a la iglesia cuando la situación era inevitable y no les quedaba otro remedio vamos, un imperativo legal al que ya se había acostumbrado. Eso sí, en la intimidad seguían persistiendo en sus creencias naturalistas y de puertas afuera buscaban los recovecos pertinentes que aunque pudieran parecer pueriles les permitían escapar sutilmente al razonamiento general del mundo religioso. Como ocurría por ejemplo con la onomástica de las sucesivas generaciones. Los nombres eran rebuscados con lupa procurando que tuvieran un doble significado eligiendo el más apropiado según las convicciones de su credo. Y, especialmente el de las mujeres, auténticas generadoras de la vida según tales creencias a las que hacían coincidir siempre con nombres de plantas. Si para los cristianos ella era Margarita el nombre de alguna de las beatas que poblaban el interminable santoral, para su familia, dicho apelativo era tenido como el de una flor que crecía libre y espontánea en el monte.

Después de mucho pensar decidió que merecía la pena arriesgarse y que, por supuesto, se casaría con Irineo aunque llevaría en el más absoluto secretismo sus atávicos conocimientos y desde luego los transmitiría a los hijos que tuviese. Y eso es lo que consiguió Margarita con su enlace matrimonial; la tranquilidad de un hogar sin los agobios de la inseguridad que emanaba por su reciente estado civil. Se casó con Irineo el domingo 20 de marzo de 1905 en vísperas de la entrada de la primavera tal y como solían hacer sus antepasados. Un año más tarde

nació su primera hija que bautizó con el nombre de Hortensia y en 1907 tuvo la segunda a la que impuso el de Violeta. Todo ello sin que ningún avisado monterdino atinase a vislumbrar qué se escondía detrás de las denominaciones de aquellas santas tan floridas.

Y algunos años más tarde, como la vida en su casa no estaba exenta de necesidades, Margarita Aparicio aceptó la proposición de doña Milagros para que ayudara de vez en cuando en los fogones de la mansión, dada la fama que disfrutaba como excelente cocinera. Le pareció una buena idea y eso que sus íntimas amistades procuraron advertirle que la *tía Mandona* tenía un carácter poco menos que insufrible y, el hecho incuestionable del continuo trasiego de las sirvientas que se marchaban aborrecidas por su manera de ser, era una buena muestra de ello. Y también tuvo que lidiar con el enfado de su marido pues tampoco quería bajo ningún concepto que trabajara fuera de casa, aunque fuese de vez en cuando. Tan sólo logró convencerle con el inapelable argumento de los dineros que iba a ganar pero, sobre todo, gracias a algún arrumaco que otro del que no se sustraía el cojo Irineo, por muy beato que fuera.

V

El invierno estaba a punto de acabar y Cosme seguía trabajando como jornalero a temporadas desde hacía varios años para la casa de don Romualdo Cavero. A un hombre emprendedor como aquél se le hacían eternos los días en esa estación por la falta de trabajo que se observaba en el pueblo. Además, la muerte de su tercer hijo, Javier, con apenas cuatro años de edad ocurrida el año anterior por una enfermedad gastrointestinal, había abierto nuevos interrogantes en su vida y le había creado una desazón interna que apenas podía superar. No se podía quitar de la cabeza que en su casa no contaba con los suficientes medios para afrontar las necesidades vitales de su prole. El hambre o la mala nutrición hacían estragos en las familias pobres de Monterde y la de Cosme era una de tantas. En estos momentos, en marzo del año 1911, contaba con tres hijos pequeños; dos niños de diez y siete años de edad y una niña de tres. Ya no sabía qué hacer para darles una mejor vida de la que habían tenido hasta entonces. Aunque

su exigua hacienda y la ocupación de jornalero le permitían hacer frente a parte de sus necesidades, tenía conciencia que conforme fueran creciendo sus retoños aumentarían las obligaciones y a pesar de su esfuerzo no sería suficiente. Llevaba ya algunos meses rumiando sobre el comentario que le hizo una de las criadas de su amo llamada Margarita respecto a los emigrantes de Jabaloyas que acudían a los Estados Unidos de América. Desde principios de siglo, alrededor de un tercio de la población activa masculina de esa localidad emigraban para trabajar como mineros en un lugar llamado Vinyan Canyon del estado norteamericano de Maine. Sin embargo, para él era una aventura muy arriesgada y la verdad, eso de tener que dejar en el pueblo a su mujer e hijos para partir hacía una empresa de años que no sabía bien como podría finalizar, no le acababa de satisfacer del todo. Más aún, sabiendo que algunos de los emigrantes de Jabaloyas acabaron trabajando como pastores en Arizona y Nuevo Méjico después de asustarse por la muerte de varios paisanos en las minas a consecuencia de la silicosis.

—Aunque sea poco a poco, pero algo tendré que hacer. He de buscar un trabajo que me permita sacar adelante a mi familia. Como estoy hoy en día, no puedo continuar por mucho tiempo —pensaba.

Entre tanto, tenía que seguir con sus obligaciones laborales y la más reciente era la que le había encomendado don Romualdo: ir a Orihuela del Tremedal a recoger una reja para una ventana nueva que había encargado meses atrás. Así pues, en la despejada y fría mañana del sábado 4 de marzo de 1911 Cosme aparejó la mula ciñéndole los aparejos del carro y presto acudió para cumplir con el encargo de su amo. Salió del pueblo a media mañana por el camino que llevaba hacia Orihuela y casi dos horas más tarde penetraba en dicha población. Una vez traspasó las primeras casas, se desvió hacia su derecha en dirección a la parte alta del pueblo para acudir al barrio de *Las Fraguas*. En este lugar habían florecido antaño las mejores herrerías de la comarca pero los desastres de la guerra de la Independencia a principios del siglo anterior habían sido tan profundos que lograron acabar prácticamente con todas ellas. El antiguo esplendor de esta profesión tan sólo permanecía en el recuerdo. Ello y algún herrero solitario que cumplía con las necesidades del pueblo, pero sin el sesgo de calidad de otros tiempos, cuando surtían de bellos ejemplares a muchas casas solariegas de la provincia. Al llegar a la fragua preguntó por el herrador y tras recoger la reja y acomodarla en el carro lo dejó en el corral de la herrería y mar-

chó a visitar a un viejo amigo compañero del servicio militar: Pablo Yuste. Bajó por varias calles y se extrañó de ver pocas personas transi- tando por ellas. Acudió a una pequeña casa situada casi en las afueras del pueblo y golpeó al llamador de la puerta de entrada saliendo ins- tantes después la esposa de su amigo con un harapiento y birrioso crío cogido de la mano.

—Buenos días nos dé Dios Salustiana. ¿Cómo estamos? —sa- ludó a la mujer con deferencia mientras acariciaba la esmirriada cara del mocososo.

La estampa que presentaba la pareja era ciertamente deplorable. Y más aun cuando escudriñó detenidamente a la señora madre y com- probó, no sin cierta perplejidad, lo desmejorada que estaba respecto a la última vez que la había visitado. No la recordaba tan estropeada y pensó que estaba enferma, pues presentaba unas impactantes ojeras y el rictus serio de su rostro mostraba las secuelas de algún disgusto re- ciente.

—Buenos días, Cosme, podríamos estar mejor, pero si todavía vivimos aún tendremos que dar gracias a Dios nuestro Señor —res- pondió con aire lastimero.

—¿Y dime, dónde está el bueno de mi amigo Pablo? —inquirió extrañado.

—En la plaza del Ayuntamiento lo tienes, pues hay una reu- nión importante y se fue de buena mañana —dijo sin mucho entu- siasmo.

—¿Ocurre algo? —preguntó al oír la seriedad con que respon- dió la mujer.

—Muy mal van las cosas por aquí. Baja a ver si encuentras a mi marido y que él te lo explique. Cuando acabe la reunión sube y come con nosotros, que algo prepararé.

—Bueno, ya veremos... no sé si podré... —titubeó Cosme ex- cusándose pues presentía que algo no funcionaba del todo bien.

El monterdino, bastante intrigado por su conversación con la esposa del amigo, bajó de prisa por la calle. Conforme iba acercándose a la plaza donde estaba el Ayuntamiento, oía un murmullo de voces cada vez más fuerte. Cuando torció por una esquina que daba direc-

tamente a la plaza se dio cuenta que allí había un número considerable de personas y que hablaban entre ellas en grupos con la cara seria y el gesto grave, muy grave. También observó que había dos coches al otro lado de la calle enfrente de la fachada del Concejo. Y conforme iba penetrando en la explanada apreció que todas las miradas se dirigían hacia el pórtico del Ayuntamiento. Cosme siguió con la vista hacia el punto que contemplaba el gentío en dirección a los soportales y atisbó a lo lejos a Pablo Yuste que, junto con otros paisanos, les estaban comentando algo en voz alta a las personas situadas en el interior del recinto. Y tal como se iba acercando comenzaba a darse cuenta que allí estaba ocurriendo algo importante, sobre todo, al observar la presencia de varios números de la Guardia Civil. Conforme se aproximaba donde estaba su amigo las palabras de éste se hacían cada vez más audibles.

—... no nos van a dejar más opciones. Todas las denuncias que ha presentado la Compañía en el Juzgado de Albaracín son injustas, arbitrarias e inmorales y así no podemos vivir —gritaba—. Los habitantes de Orihuela del Tremedal y Bronchales siempre hemos tenido derecho a retirar las leñas sobrantes de las talas y ahora ni podemos recogerlas ni llevar los animales a pastar. Si no tenemos trabajo y tampoco podemos utilizar el monte, como siempre hemos hecho, nos tendremos que ir para siempre de aquí o acabaremos muriéndonos de hambre —insistía.

Dentro del pórtico había varias personas; una de ellas estaba subida a una mesa de madera y pretendía calmar a los manifestantes. Alzaba y bajaba reiteradamente los brazos intentando en vano apaciguar los ánimos exaltados del personal. A cada frase que decía Pablo seguía un murmullo de aprobación del resto de los allí presentes e incluso algunas voces surgían de la multitud exigiendo medidas drásticas y definitivas. El encopetado personaje al que dirigían sus exposiciones comenzó a hablar con voz firme y decidida dominando la situación y, en un principio, daba la impresión que los ánimos se calmaban.

—A mí me elegisteis como diputado hace un año y os he representado en el Congreso de los Diputados lo mejor que he podido —detuvo su disertación y después de un breve y expectante silencio añadió—: Todo lo que me habéis comentado durante esta mañana lo tengo muy presente y os doy mi palabra que en cuanto tenga oportunidad lo expondré en el Congreso de los Diputados. Sólo os pido que

tengáis paciencia y que confiéis en mí. Por toda la documentación que he podido recopilar os doy la razón, la culpable de esta situación es la nueva Ordenación de Montes que desde hace tres años se ha implantado en la Sierra.

Se oyó un murmullo de aprobación a las palabras del diputado que resonó en toda la plaza y entre todos los comentarios se pudo escuchar:

—Por eso mismo lo que queremos es que se rescinda el contrato de la Ordenación de los Montes. Y también queremos que todos ellos se entreguen a los ayuntamientos afectados para que los custodien y conserven —gritaba un hombre exaltado también del grupo donde estaba Pablo. A su demanda seguían las voces en un griterío incesante que la apoyaban por toda la explanada. Otro más se unía a la manifestación de su compañero y añadía:

—Cada vez valen menos los pinos. Hace unos diez años salía cada uno a unas seis pesetas y media y hoy en día no alcanzan los setenta céntimos. ¡Es la ruina para los Ayuntamientos y para nosotros!

El vocerío se incrementaba y los brazos se levantaban por doquier agitándose con los puños cerrados en medio de una rabia apenas contenida. Con esa actitud salía a flote el hastío de los jornaleros por una situación que favorecía a los grandes empresarios de la madera y a los subastadores de pinos. Sin embargo, a los ayuntamientos propietarios de los montes y a ellos mismos los dejaba en la más absoluta de las miserias, al estar su trabajo íntimamente relacionado con los recursos forestales. Las haciendas municipales se nutrían de los beneficios del aprovechamiento de la madera y los jornaleros del trabajo con la tala de árboles, el transporte, la repoblación y todo lo que llevaba aparejada su explotación. Si el valor de los pinos bajaba, ellos también cobraban menos por su trabajo. Además, estaban las condiciones leoninas de la conservación de los montes implantadas por la reciente Ordenación que no tenían en consideración las costumbres de la población desde tiempos inmemoriales. Hasta entonces, esos usos habían permitido una explotación aceptable y perfectamente sostenible muy lejos de las actuales condiciones que multiplicaban por cinco las talas de pinos para conseguir el mismo rédito que antaño. De seguir con ese ritmo sería el fin de una de las mayores pinadas de España. Todo ello les habían llevado a un callejón sin salida y los más perjudicados eran los jornaleros que trabajaban en el monte.

El joven diputado por Albarracín, don Fernando Prieto, era más conocido gracias a su título nobiliario como el Barón de Velasco y contaba en esos momentos con treinta y cuatro años de edad. Se trataba de un hombre dispuesto que se había empeñado en luchar contra las corporaciones madereras a pesar de que él también formaba parte de las oligarquías terratenientes del país. Durante esta etapa de su vida era bastante inconformista y en el primer reto importante que se le había planteado en su recién iniciada carrera política se esforzaba en dar lo mejor de sí mismo. De manera que volvió a pedir calma con los brazos e insistió por enésima vez:

—Os repito que sólo quiero que os calméis, que confiéis en mí y veréis cómo al final encontraremos un remedio adecuado. Sobre todo, espero que no penséis que la única solución es la de emigrar a América como me habéis comentado, ni al Brasil ni a ninguna parte. Vuestro lugar está aquí, en estas montañas, y tenéis que luchar por vuestra tierra, por vosotros y por vuestras familias. Como os he prometido voy a llevar este asunto al Congreso de los Diputados lo más pronto que pueda y además voy a hablar con el Ministerio fiscal sobre las denuncias del Juzgado de Albarracín. Os prometo que antes de que acabe este mes tendréis noticias mías. Hasta entonces os repito: tened paciencia y no montéis algaradas que la Guardia Civil ya está sobre aviso y si acaban interviniendo será mucho peor para todos —concluyó su exposición.

El monterdino estaba cada vez más asombrado por todo lo que estaba escuchando. No esperaba, ni mucho menos, verse envuelto en ningún tumulto aunque los ánimos en cada momento que pasaba parecían más caldeados. Por otra parte, le gustó el carácter del diputado, pues vio en sus palabras un compromiso que estaba fuera de toda duda. Después de la última exposición del Barón de Velasco y de hablar algo entre el grupo de personalidades que estaba en el pórtico del Ayuntamiento, salieron bajo la protección de la Guardia Civil y se subieron a los coches que estaban aparcados en un extremo de la plaza. Se fueron acosados por la muchedumbre que seguía demandando justicia por la precaria situación que estaban padeciendo. Cosme se abrió paso entre las personas que, a corrillos, seguían exponiendo sus miserias a las autoridades y llegó hasta su amigo, le saludó y se abrazaron.

—Me parece que he escogido un mal día para venir a verte —dijo Cosme.

—No te creas —respondió Pablo—, desde hace un año todos los días son rematadamente malos o incluso peor.

—Pero... ¿Qué os pasa? Yo oía rumores de que la cosa por la Sierra andaba algo revuelta pero nunca me imaginé hasta dónde —preguntó el monterdino algo intrigado.

—Pues nada, amigo, que así no podemos seguir. Nos denuncian por hacer lo que hemos hecho durante toda la vida. Algunos jornaleros han sido arrestados dos o tres meses, a otros nos ponen multas que no sabemos cómo vamos a pagar si no tenemos dinero ni para comer... y hemos dicho todos los jornaleros de Bronchales y Orihuela del Tremedal que basta ya. Hasta aquí hemos llegado. Por eso nos pusimos en contacto con el diputado del distrito y, si te digo la verdad, no me esperaba que viniera tan rápido. Pero aún con todo la decisión está tomada. O cambia esta situación o nos vamos con nuestra miseria a otra parte.

—Y ¿qué es eso de irnos a América? ¿No estaréis hablando en serio? —se dirigió Cosme a su amigo. Mientras por su cabeza pasaban en rápidas instantáneas los comentarios de Margarita sobre los mineros de Jabaloyas y las discusiones con su mujer Enriqueta acerca de la posibilidad de emigrar definitivamente.

—Verás, resulta que hace unos años se fueron al Brasil los hijos del *tío Serón* y al poco tiempo fueron para allí unos parientes suyos que en el pueblo no tenían donde caerse muertos. Las noticias que tenemos es que les va a todos de maravilla. ¡Pues que quieres que te diga! ¡De perdidos al río! Somos cuatrocientas familias entre los dos pueblos las que estamos padeciendo los excesos de la Ordenación de Montes y llegado el caso nos iremos. A lo mejor algunos reculan al final por miedo a lo desconocido pero te aseguro que más de la mitad está firmemente decidida a marcharse si no solucionan este entuerto y yo soy uno de ellos. O se arregla la cosa o me voy —Pablo lo tenía claro y de forma contundente lo acababa de exponer.

Como llevaba tiempo dándole vueltas al tema de la emigración, Cosme no hizo ascos a sus comentarios, más aun lo tomó como una posibilidad.

—Pablo, no sé qué decirte... mi situación en Monterde también es de pena pero veo que vosotros aún estáis mucho peor. De todas formas, si al final decides irte cuenta conmigo que yo también estoy

harto de deslomarme sin sentido y no tener apenas para poder malvivir —habló sobreponiéndose al cuadro de calamidades que percibía en la disertación de su amigo.

—Ya te contaré como acaba esto. Pero eso sí, ahora lo que tienes que hacer es venir a comer con nosotros que se está haciendo tarde —convidió el amigo.

—Te agradezco la invitación, pero creo que será mejor que me vaya a Monterde, aquí todavía veo que estáis muy liados. Nos veremos en la primavera. Saluda a tu mujer de mi parte y, por favor, tenme al corriente —declinó el envite Cosme con tono afectuoso.

—Como quieras, amigo. Que tengas buen viaje y hasta la vista —se despidió el orihuelano.

De manera que Cosme acudió nuevamente al barrio de *Las Fraguas* y tras despedirse del herrero se subió al carro buscando el camino de vuelta a Monterde. Éste en un principio coincidía con el trayecto hacia Bronchales y por el mismo transitaba también una comitiva de esta población que regresaba después de la reunión que habían mantenido con el diputado del distrito. Iba un número considerable de jornaleros cabizbajos; en silencio unos, otros hablando en corrillos, pero la atmósfera que emanaba en su conjunto dejaba traslucir la gravedad del momento. Sus semblantes eran sombríos, fiel reflejo de la terrible situación que padecían y del oscuro futuro que se les presentaba a pesar de las palabras de ánimo del Barón de Velasco. Daba la impresión de que volvían de un funeral. Y no era para menos, ya que su modo de vida, el que siempre habían conocido, con sus miserias y alegrías, con los trabajos de sol a sol, pero en su tierra, que era la tierra de sus padres al fin y al cabo, se estaba viniendo abajo, estrepitosamente. Estaban muy unidos a sus pueblos y apenas conocían otros mundos, la emigración todavía no había afectado su vida cotidiana. Tan sólo en ciertos momentos puntuales algunos jornaleros se habían marchado en el invierno a trabajar de molineros a Andalucía o a desempeñar otras ocupaciones estacionales allende la Sierra. Seguían atados a sus propias miserias de un modo permanente como una especie de distinción ancestral que los sujetaba a la tierra. Incluso, hasta estos momentos, jamás se habían planteado abandonar su precario mundo por muchas calamidades que padeciesen. Sin embargo, a pesar de este sustrato tradicional y mísero daba la impresión de que su forma

de vida tal y como la habían conocido hasta entonces estaba tocando a su fin. Y eso se percibía con toda intensidad en el ambiente.

Cosme se pasó todo el viaje de vuelta pensando en cuál sería la mejor opción para su familia y empezaba a tener claro que algo tendría que hacer para solventar las crecientes necesidades de su mujer e hijos. El irse al Brasil no era tan descabellado como a priori pudiera parecer. Poco sabía de ese país, tan sólo que estaba en América y, según creía, en el sur. Además, había escuchado a otros paisanos que conocía del pueblo de Tramacastilla decir que algunos jornaleros de esa localidad habían emigrado al Uruguay o a la Argentina, países que, según parece, también estaban por allí cerca.

—¡Qué demonios! Si los jornaleros de la Sierra se marchan de su tierra para buscar fortuna es que merece la pena intentarlo —pensaba.

Lo de los Estados Unidos no le hacía tanta gracia. Cosme conocía también a algunas personas de Ojos Negros y sabía del trabajo de las minas que según le habían comentado era bastante peligroso. Además, estaba el hecho que a este último lugar tendría que ir sólo como hacían los jornaleros de Jabaloyas y la verdad estar lejos de la familia durante algunos años no le hacía ni puñetera gracia por mucho dinero que pudiera ganar. Definitivamente estaba hecho un auténtico lfo pero se inclinaba por la solución que escogieran los de Orihuela del Tremedal. O no...

—¡Bah! Más cornadas da el hambre. Mis hijos nunca pasarán por lo que yo estoy padeciendo —se juramentaba una y otra vez dándose ánimos—. De este año no pasa. Algo haré, lo que sea, pero quieto no me voy a quedar, eso seguro. ¿Qué futuro les espera a mis hijos? ¿Reventarse de sol a sol sirviendo a un amo para ganar lo justo para vivir? ¡No, de ninguna manera! —insistía.

El desasosiego que padecía era cada vez más fuerte y a su mente volvían recientes paisajes dolorosos que padecían las familias monterdinas con pocos recursos. Una de ellas era la de su vecino Anselmo, el cual hacía pocos días que había enterrado a Juan, el tercero de sus seis hijos que fallecía después de una larga enfermedad. Dos horas más tarde llegaba al pueblo de Monterde de Albarracín en medio de sus meditaciones y pasaba por delante del *peirón* de san Antonio. Paró el carro mirando fijamente la imagen del santo en su hornacina y se hizo un juramento:

—Juro por mis hijos que haré lo que sea necesario. Procuraré por todos los medios que nunca pasen por el calvario que yo estoy pasando. Tienen todo el derecho del mundo a gozar de una vida mejor —concluyó.

Respecto al Barón de Velasco, hay que indicar que cumplió su palabra y a finales del mes de marzo de ese mismo año realizó una interpelación en el Congreso de los Diputados sobre la deprimente situación que padecían los jornaleros de Orihuela del Tremedal y Bronchales. Además también logró que se archivaran las denuncias que existían en el Juzgado de Albarracín por las actuaciones seguidas contra los jornaleros serranos. Todo ello rebajó considerablemente el ambiente tenso y crispado en ambos pueblos y dejó de oírse la machacona amenaza de la emigración americana. Sin embargo, la contrapartida era bastante sangrante ya que no se pudo hacer nada contra la nueva Ordenación de los Montes que había sido en origen la causante de los males que afectaron a estas familias. El poder de las compañías que explotaban la riqueza maderera y la proliferación de las resineras por la Sierra eran un obstáculo imposible de levantar. Por ello muchos de los jornaleros tuvieron que buscar otras alternativas a su deplorable situación económica. La fórmula escogida mayoritariamente fue la de emigrar a otras capitales españolas que ya entonces empezaban a necesitar mano de obra barata para las industrias que se estaban creando.

El nuevo diputado por Albarracín parece que cogió con ganas su actividad política durante esta su primera legislatura, siendo constante la lucha por mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos del distrito electoral. Una de las causas que incidía en la deplorable situación de la sierra de Albarracín estaba en la carencia de unas comunicaciones fluidas entre los pueblos. Por ello, buscó con ahínco un acuerdo para que los ayuntamientos que no estaban bien comunicados presentaran proyectos sobre caminos y carreteras que los pudieran vertebrar con los municipios de su entorno. Para el verano de 1911 convocó a los alcaldes de la comarca de Albarracín a una reunión en la localidad de Santa Eulalia demandándoles que aportaran todos los proyectos que estimaran convenientes. Sin embargo, la actitud rayana en la desidia de muchos de los ediles impidió acuerdos trascendentales excepto tres proyectos de menor importancia. Muchos de los alcaldes a pesar de padecer sus pueblos el estigma del aislamiento durante buena parte del año ni tan siquiera presentaron el más mínimo esbozo de un

cambio. Los más ni acudieron a la cita, como el de Monterde. Daba la impresión que preferían seguir en su cómodo abandono y pensaban que nada bueno podía venir con las comunicaciones e ideas modernas que llevaban los hombres de un lado a otro. Y como en el traslado de ese conocimiento eran necesarias las carreteras para su completa difusión, valía la pena seguir aislados antes que con semejantes compañías. El Barón de Velasco empezó a encontrarse solo en la labor regeneradora y comenzó a perder la fe en el porvenir de los habitantes de su distrito.

Por su parte, Cosme se fue enfriando en sus ansias por salir del pueblo y su permanente búsqueda de una nueva vida. El terruño tiraba más de lo que parecía y cuando sentía con más ansias la necesidad de marcharse en el último momento se volvía atrás y entraba en una espiral depresiva que tan sólo encontraba salida con la bebida y, al final, ni eso. Después de una primavera llena de expectativas sobre una vida mejor, que no llegó a cuajar, sobrevino poco a poco el olvido. El continuo trabajo con la siembra de los tardíos y las labores encomendadas por su amo Romualdo absorbió todas sus energías. Durante el verano, que era la época del año con más actividad, ya casi no se acordaba del convite hecho a su amigo de Orihuela del Tremedal. Pero en el momento en que iba finalizando el otoño y comenzaba el retorno a la baja actividad, el sentimiento de culpabilidad motivado por su cobardía comenzó a hacer mella en Cosme. No obstante, vio una tenue luz cuando le hablaron sobre la posibilidad de irse a ganar jornales como molinero a Andalucía. A pesar del manifiesto disgusto de don Romualdo Cavero por la partida de su jornalero predilecto, Cosme no se lo pensó dos veces. Desde ese año y durante muchos más acudió durante la estación invernal a un molino situado en la población jienense de Martos en compañía de unos primos suyos. Era mucho trabajo, casi rayano en la más indigna explotación, pero qué más daba si conseguía ganar sus buenos dineros. Por su familia todo esfuerzo merecía la pena.

VI

El primer domingo de octubre del año 1911 mosén Rufino bramaba desde el púlpito de la iglesia indignado como hacía tiempo no lo veían los monterdinos. Agitaba los brazos continuamente y sus ademanes denotaban una gran crispación.

—Los preceptos de un buen cristiano tienen que cumplirse a rajatabla so pena de caer en las garras de Satanás... El ser humano se diferencia de los animales por muchos motivos, entre ellos, el que sus vidas se rigen por los criterios de la verdadera religión de nuestro Señor Jesucristo Dios único y verdadero.... Ay de aquellos que ignorando sus divinas enseñanzas se atreven a poner en cuestión los sagrados principios del matrimonio y del bautismo. Eso es vivir en pecado... La mujer que convive con un hombre sin haber sido santificada su unión por el sagrado vínculo del matrimonio eclesiástico, vive en plena concupiscencia, no es más que una prostituta, una concubina o una hija de ramera. Los hijos que nacen de esta unión son unos bastardos y si encima tampoco han sido bautizados son hijos de la lascivia y viven en la más completa ignominia. Y si a la vista de todo esto siguen ignorando reiteradamente los preceptos religiosos, se convierten en unos paganos, que es la antesala de su unión con el diablo. No lo podemos permitir so pena de caer en la infamia más degradante por nuestra indecorosa dejación...

Los fieles seguían boquiabiertos la oratoria del cura. Muchas de las cosas que se decía en misa no las entendían ya que para empezar se daba en latín. Habían aprendido las palabras casi de memoria y, aunque ignoraban su significado, intuían a que se referían dependiendo la parte de la eucaristía que se tratara. Lo de los sermones era otro cantar pero aunque se comentaba en castellano algunas de las palabras desconocían también su significado. En este caso, lo eran por rebuscadas y petulantes, aunque podían apreciar de lo que trataba según el contexto del relato que se exponía. Y en esta ocasión todas esas palabrejas parecía que iban en la dirección de condenar a aquellos que se negaban a cumplir con los preceptos religiosos. No obstante, seguían con los ojos bien abiertos y la mirada fija en el púlpito donde mosén Rufino persistía en su perorata y, de vez en cuando, se escuchaba algún murmullo de admiración ante la magistral dicción del prelado.

Semanas atrás un rumor se extendía por el pueblo y hacía referencia a una situación que, sin querer, habían puesto al descubierto unos tratantes de ganado cuando acudieron a la masía de *Peñarroya* situada en las proximidades del término municipal de Monterde de Albarracín. Un ganadero del pueblo les había comentado que el dueño de dicha masía tenía algunas cabras que habían parido tiempo atrás y

podrían venderle los cabritos que buscaban. Con esa recomendación acudieron allí y tras una larga caminata llegaron a la masada dándose de bruces con una desvencijada y destartalada casona que daba la impresión de cierta ruina. Asimismo, el aspecto de la familia del masovero hacía juego con la deteriorada masada. Se trataba de dos desarrapados adultos y tres niños muy pequeños pues el mayor no pasaría de tres años y andaba medio desnudo por la casa, otro tendría algo más de uno, también de un aspecto deplorable, y el tercero era una recién nacida que había alumbrado su madre unas semanas atrás en la propia masía. Les compraron unos cuantos chotos y se despidieron de los masoveros, por cierto —según indicaron— muy poco habladores.

Cuando los compradores volvieron al pueblo de Monterde distante a unas tres horas de camino comentaron su aventura en la abacería del pueblo y he aquí —dichosa casualidad— que estaba comprando unos dedales e hilo de coser la hermana del cura, doña Purificación, y escuchó todo lo que hablaban. Cuando volvió a su casa se lo comentó a su hermano y éste vio confirmadas las sospechas que circulaban por el pueblo montando en cólera al instante. Prometió el mosén que acabaría con esas actitudes costara lo que costara, sobre todo, porque el habitante de la masada era natural de Monterde. Además, aunque la masía estaba fuera del propio término municipal, lo consideraba como un problema de su jurisdicción por estar más relacionados sus dueños de toda la vida con el pueblo y siendo además la población más cercana.

Sabía de la existencia en dicha masada de un tal Teófilo Expósito, que era hijo de los antiguos masoveros muertos años atrás que sí fueron enterrados en el pueblo. Según contaban malas lenguas una zagalga de Albarracín había huido de su casa para ir a arrejuntarse con el mozo. Y así seguían años después sin que nadie les hubiera llamado la atención por estar viviendo bajo el mismo techo pues la masada estaba situada en un vallejo perdido entre los montes pertenecientes a la Comunidad de Albarracín pero más cercanos al pueblo de Monterde que a la capital de la Sierra. De hecho, en alguna que otra ocasión, el dueño había sido visto comprando en la propia abacería del pueblo pero era un mozo bastante reservado y huidizo que además no soltaba prenda. Lo que soliviantaba a mosén Rufino era que no se hubiera hecho nada al respecto y eso que habían transcurrido varios años. Y la gota que había colmado el vaso era el enterarse que además habían tenido algu-

nos hijos y seguían sin conocerlos ni haberlos bautizado. Así pues, en la homilía de ese domingo se había llevado la lección bien aprendida. Había rebuscado entre sus libros las enseñanzas de los padres de la Iglesia respecto a los criterios a seguir en situaciones parecidas y las iba a proclamar ante los fieles que abarrotaban el templo parroquial de Nuestra Señora de la Asunción.

—Ese es el pecado que tenemos que extirpar de nuestra vida para que nuestros hijos sepan qué les espera a los que no siguen las enseñanzas de nuestro señor Jesucristo. Los promiscuos habitantes de la masada de *Peñarroya* tienen que ver la determinación de los vecinos de este pueblo que no permiten que la inmundicia de una manzana podrida eche a perder un cesto limpio e inmaculado.

Y como culminación a la homilía de ese domingo mosén Rufino propuso a los fieles y buenos cristianos que abarrotaban el templo del Señor:

—Tenemos que ir en procesión el domingo que viene después de la celebración de la santa misa a esa masía y entre todos nosotros les haremos ver a los masoveros que viven en el pecado y una sociedad cristiana no permite la existencia de tales oprobios. Les conminaremos a cumplir con los preceptos cristianos aunque ya sea algo tarde y, si no lo admiten, que se atengan a las consecuencias de sus actos.

De esta manera, el siguiente domingo celebraron la misa dos horas antes de lo acostumbrado e iniciaron una procesión a la que se sumaron multitud de fieles, casi la cincuentena, a pesar del largo y tortuoso camino que les esperaba. Encabezaba la comitiva mosén Rufino que llevaba recogido un hisopo y agua bendita en una pequeña alforja y le seguían Rafael y Ernesto vestidos de monaguillos portando las cruces y Anselmo como abanderado. Luego, iban los más fervientes católicos de la localidad con algunas vituallas para consumir durante la larga marcha de casi tres horas. A punto de llegar a las tierras de la masada pararon y comieron desparramados por el bosque circundante al camino y, después de degustar las viandas, prosiguieron la marcha. El camino seguía por una senda que llegaba hasta un alto y luego bajaba por la ladera de la montaña hasta un vallejo circunvalado por unos picachos de piedra de rodeno y de ahí el nombre de la masía.

Iniciaron la bajada con cánticos al Señor que retumbaba por el eco que se producía en el pequeño valle. Comprobó mosén Rufino

que Teófilo estaba cortando leña con un hacha y que éste al verlos había cesado su labor y se había metido corriendo en la casa cerrando la puerta tras él. Una vez hubieron llegado todos a las proximidades de la puerta de entrada tan sólo apreciaron la existencia de las numerosas gallinas que picoteaban distraídas por los alrededores ajenas a todo lo que no fuera la búsqueda de comida. Cuando pararon todos de caminar se agolparon junto a la puerta y comenzaron a gritar para que saliera Teófilo Expósito. Éste se encontraba dentro junto con su mujer e hijos muy asustado, pues no sabía quiénes eran los visitantes y qué venían a hacerles. Nada más verlos bajar por el camino cantando canciones religiosas pensó en un primer momento que se trataba de una aparición y, porque era de día, pues de haber sido de noche los habría confundido con la Santa Compañía. Una vez hubo subido a su dormitorio, recogió la escopeta de caza que guardaba encima del armario y la cargó por si las moscas, aunque si eran espíritus pensaba que no habría mucho que hacer. Su mujer lloraba sobrecogida de terror, pues no había visto a nadie, tan sólo había escuchado los cánticos y el estruendo de su bajada por el pequeño valle. Lo que más le había inquietado era ver a su marido correr despavorido diciéndole que recogiera a los pequeños y se escondiera detrás de una pequeñísima alcoba situada dentro del dormitorio.

Después de unos minutos de verdadero pánico oyendo cómo golpeaban la puerta de entrada tuvo el valor de asomarse por la ventana y mirar hacia la aparición que tenía apalancada en las afueras de la vivienda. Acertó a ver algunos conocidos de Monterde y al cura párroco y, poco a poco, se fue tranquilizando aunque seguía extrañado. Ya más calmado le dijo a su mujer que se quedara donde estaba pues iba a bajar a ver qué pasaba. Ella le suplicó que no lo hiciera, temía por su vida y la de su familia, pero él estaba determinado a comprobar que los visitantes no eran más que personas de carne y hueso. Bajó por las escaleras de su casa, todavía temblando por la impresión, y abrió la puerta manteniendo la escopeta en actitud defensiva lista para ser utilizada. En el momento en que los monterdinos lo vieron aparecer retrocedieron unos pasos y mosén Rufino sin asustarse ni moverse un milímetro le miró de arriba abajo y comenzó a recriminarle por su actitud.

—¡Teófilo Expósito, no sólo vives en completo pecado si no que tienes la desvergüenza de pecar también trabajando en domingo!

No sabes que el día de hoy nos lo dio nuestro Señor para que lo dedicáramos a descansar y cantar sus alabanzas.

El hombre tras escuchar aquella reprimenda no pudo aguantar más la tensión del momento y los nervios le traicionaron, cayó de rodillas mientras apartaba la escopeta a un lado y alzando las manos a la cara se la tapaba mientras sollozaba. Por fin había comprendido que se trataba de una comitiva del pueblo que había ido a visitarlo aunque no acababa de comprender qué sentido tenía el alboroto que habían organizado. Había estado años viviendo con el temor de que se supiese que cohabitaba con una mujer sin haberse casado con ella y como pasaba el tiempo pensó que se habían olvidado hasta de que existía. A pesar de su confianza en mantenerse apartado del mundo, intuía que tarde o temprano tendría un final como éste, aunque ese instante, en realidad, uno nunca espera que llegue. En esos momentos de confusión se le acercó el cura y le puso la mano encima de la cabeza mientras le condenaba con dureza su pecaminosa vida.

—¡Cómo te atreves a vivir en pecado apartado de Dios y viviendo como los animales! ¡Hemos venido de Monterde todos tus amigos y conocidos para hacerte saber que por ese camino vas directo hacia el infierno tú y los que viven contigo! —vociferaba mosén Rufino.

Teófilo balbuceaba algunas ininteligibles palabras mientras seguía sollozando. No obstante, poco a poco se fue recomponiendo.

—Lo siento mucho, padre, pero soy una persona pobre y muy ignorante. Vivo apartado del mundo y le juro que siempre quise cumplir con la Iglesia pero tengo el defecto de dejarlo todo para el día siguiente y ese momento nunca llega —atinó a decir.

—Excusas, los que no tenéis voluntad y sois cobardes sólo buscáis excusas para apartaros de camino del bien y no cumplir con las normas establecidas —insistía el párroco monterdino.

—Estoy arrepentido de haber pecado, señor cura, por favor, dígame qué debo hacer para que me perdone —suplicó de nuevo.

—A mí no me tienes que pedir perdón, a quien tienes que pedirselo es a nuestro Señor Jesucristo. Para empezar haz que salgan tu concubina y los hijos ¡ahora mismo! —ordenó.

Teófilo se levantó ante el silencio expectante de la comitiva y subió a la habitación. Abrió la puerta falsa situada detrás de la alcoba y

le dijo a su mujer que no llorara y dejara de preocuparse, ya que se trataba de gente de Monterde que habían venido a amonestarlos por su falta de fe y que el cura tan sólo quería que bajara con los pequeños. La ayudó a salir del minúsculo habitáculo y cogió a sus dos hijos mientras la mujer se encargaba del más pequeño de todos, una preciosa niña de apenas dos meses de vida. Bajaron en silencio por la escalera y al salir fuera de la casa se arrodillaron pidiendo perdón por sus pecados. Mosén Rufino dueño absoluto de la situación siguió con su diatriba conocida.

—Tenéis que venir todos vosotros el domingo que viene al pueblo para que os case y bautice a los chicos. Y tiene que ser ese día sin falta. Espero que os sirva de lección y que seáis unos cristianos decentes de ahora en adelante. Yo me encargaré de los papeles con la parroquia de San Sebastián en Albarracín, de donde es natural la mujer, pero siempre que el tiempo lo permita tenéis que venir a Monterde a oír la santa misa y, sobre todo, no trabajar en los días festivos y santificar los domingos —les reconvinó.

—Lo haremos, padre, se lo juro, a partir de ahora cumpliremos con los preceptos de la Iglesia —se comprometió Teófilo.

—Pues ahora voy a daros mi bendición, pero ya sabéis que no es suficiente. Os esperamos sin falta en Monterde el domingo que viene —volvió a ordenar el cura.

Dicho y hecho. Mosén Rufino extrajo el hisopo de entre la jarra que guardaba con agua bendita y a continuación echó el acuoso líquido sobre las cabezas de los pecadores masoveros y sus desarrapados hijos. Luego, les hizo levantar y, ya más calmado, hizo una señal a dos de sus feligresas más queridas que se acercaron y entregaron a la masovera unos trajecitos gastados de niño pero que todavía podían ser utilizados. Los recibió dando las gracias y el cura se despidió de ellos con estas palabras:

—Hoy se ha producido un milagro y hay que dar las gracias a nuestro señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Arrodillémonos todos juntos y recemos para que este día sea recordado y no nos veamos en otra situación donde sea necesaria la presencia de los discípulos de Dios. En mi caso, por cumplir con mi sagrado ministerio, que es el de guiar por el buen camino a las almas descarriadas, y las mujeres que os han donado esos trajecitos para vuestros pequeños porque se santifican con las limosnas y así se van ganando el cielo.

Rezaron unidos padrenuestros y avemarías y cuando el cura consideró oportuno dio por concluido el acto indicando que volvían a Monterde. Gritaron todos juntos de alegría y dieron vivas a la cristiandad entera, al mosén, y a la madre que lo parió, despidiéndose de los masoveros que se quedaban como pasmados al ver el revuelo que había originado su desapego a las normas establecidas. Total, si eran más pobres que las ratas y apenas tenían para subsistir ¡qué narices tenían que agradecer a nadie divino o terrenal por su miserable existencia! La comitiva inició el camino de regreso con grandes muestras de alegría pues la mayor parte de las personas que la formaban pensaban sinceramente que habían realizado una obra maravillosa. Durante la primera parte del camino cantaban canciones religiosas con muy buen ánimo pero, conforme pasaban los kilómetros, se fue enfriando el ambiente cansados de la larga caminata. Casi habían llegado al alto de la ermita de san Cristóbal y ya se adivinaba el pueblo cuando las nubes que venían largo tiempo amenazando descargar se decidieron a echar lastre por todos sus costados. Fue un aguacero tan intenso y repentino que los excursionistas monterdinos no pudieron guarecerse y acabaron empapados como patos. El resultado del día tuvo en síntesis unos cuantos resfriados y dos agnósticos arrepentidos.

VII

Durante las vísperas de la fiesta de san Juan del año 1913 los miembros de una pandilla de zagales se despedían en la puerta de un pajar medio derruido situado en las afueras de Monterde. Un escueto *Que nadie se duerma*, el cual sonaba a mantener una cierta tensión, fue lo último que se escuchó cuando las sombras de la noche se adueñaban definitivamente del pueblo. Y cada uno de los jóvenes tomó el camino de su casa mientras las brisas nocturnas desparramaban las postreras fragancias de primavera en el ambiente festivo que antecedió a dicha onomástica. Pero no sólo del campo emanaban los aromas que se percibían durante estas fechas. Entre muchas rejas situadas en las ventanas de las casas pendían las *enramadas*, y los olores a flores silvestres y frutas embriagaban el ambiente festivo que se vivía en Monterde. Un prolongado ritual que había comenzado durante la última noche del mes de abril y la primera madrugada del mes siguiente. El mismo comen-

zaba con la rondalla de los mozos a sus novias cantándoles los conocidos *mayos*. Tenía su continuación con la elaboración de las cruces de mayo durante la primera semana del mes que la Iglesia católica dedicaba a la virgen María. Y por último, en las vísperas del día de san Juan, era común que los jóvenes de la Sierra concedieran a las muchachas que cortejaban un precioso regalo, era lo que se conocía como las *enramadas*. Estas consistían en una gran cantidad de ramas de arbustos silvestres enzarzados entre sí y entre ellos se disponían algunos frutos como manzanas, ciruelas o cerezas a modo de ofrenda. Costumbre antiquísima que se perdía en la noche de los tiempos y que la tradición cristiana había asimilado con toda naturalidad. Las novias, a la mañana siguiente, recogían alborozadas la ofrenda floral depositada por sus fervorosos amantes y si aceptaban la ofrenda regalaban a cambio huevos de gallina, además de algún que otro esporádico y clandestino beso.

Algunas horas más tarde las estrellas brillaban con toda intensidad en un cielo profundamente negro. Un grupo de zagales de una de las cuadrillas más inquietas del pueblo se dirigía con sigilo hacia la casa de Patrocinio Ramírez para dar cumplida cuenta del ardid que venían tramando desde días atrás. Esta preciosa jovencita era la hija mayor de un labrador, de agrio carácter, que había tenido sus más y sus menos con un miembro de dicha cuadrilla. Pero no acababan ahí, ni por asomo, los resquemores de los muchachos. El novio de la chica tampoco era del agrado de la pandilla por sus ademanes chulescos y por haberlos reprendido en más de una ocasión cuando hacían alguna de sus acostumbradas trastadas. Se la tenían jurada y, aunque con la joven no mantenían ningún contencioso, lo cierto es que le tenían ganas a su padre y al mencionado novio. Por todo ello, habían urdido un meditado plan y a media noche pretendían llevarlo a cabo.

Un miembro de la cuadrilla conocía la ubicación de varios muladares en el término municipal. Cierta día, en que tenía que acudir a las proximidades de uno de ellos, se había provisto de un saco para poder acarrear los huesos suficientes con la intención de colocarlos en la *enramada* de Patrocinio. De manera que recogió la cabeza de una cabra muerta, recientemente, y que ya había sido convenientemente limpiada por los avispados buitres que poblaban los cielos a la búsqueda del despojo de los ganaderos. Depositó la calavera con sumo cuidado en el saco, junto a los huesos más grandes que encontró, guardándola en el fondo del carro. Y luego, cuando llegó al pueblo, escon-

dió la osamenta en un abandonado pajar donde solían acudir sus amigos a jugar. A la hora indicada durante aquella noche y, con todo el sigilo del mundo, entraron los amigos en el pajar para recoger el macabro trofeo junto a unas pequeñas sogas de esparto. Luego, acudieron sin hacer ruido hacia la casa del furibundo labrador, el cual dormía plácidamente. Para fortuna de los bromistas la casa se encontraba situada casi a las afueras de la localidad, en una calle poco transitada que daba cerca del camino que conducía a los pueblos situados en la parte alta de la Sierra.

Y hubo suerte para la cuadrilla ya que por la calle mayor, a pesar de ser todavía noche cerrada, ya comenzaba a oírse el ruido de los carros más madrugadores cómo iniciaban la jornada. Mientras uno de los zagales estaba ojo avizor, para que no los sorprendieran, los cuatro restantes se disponían a quitar todos los frutos depositados la noche anterior por el novio. Depositaron las viandas en un saco pequeño y ajustaron la calavera del macho cabrío, que mantenía intacta la cornamenta, en medio de la reja sujetándola con las cuerdas. Una vez realizado, recogieron los huesos largos que, a pesar del viaje, todavía se mantenían intactos y los colocaron alrededor a modo de cuadro. Cuando toda la osamenta estuvo colocada en su sitio, salieron corriendo llevándose el trofeo del novio, ahora ya sí plenamente burlado. Y tal como habían quedado, el miembro más pequeño de la cuadrilla se llevó las frutas a su casa para dar cumplida cuenta en una merienda que celebrarían aquella tarde si es que no lograban pillarlos.

Al despuntar el alba salió el padre a su trabajo cotidiano, pero como lo hizo por el corral de la paridera no pudo apreciar la trastada que le había gastado la panda de mocosos e, ignorante de todo ello, acudió a su labor en los campos como si tal cosa. La chica intuía que su novio le había dejado algún regalo durante la noche anterior y estaba ansiosa de levantarse y ver cómo le había quedado la *enramada*. Pero sus ilusiones se vinieron abajo cuando salió de su casa al oír a hablar a algunos vecinos que, en la calle, comentaban algo mientras miraban con cierto regocijo hacia la fachada de la vivienda. Patrocinio no pudo evitar un grito de pasmo ante la visión de su ventana y alzando las manos hacia su cara, que mantenía abierta la boca por el asombro, comenzó a suspirar entrecortadamente y después de un breve vahído se desplomó al suelo como si se tratara de un fardo inerte. La broma le pudo costar cara pero afortunadamente no pasó de un simple desmayo

y el consiguiente coscorrón. Cuando a la tarde volvió su padre y se apercibió de los acontecimientos matutinos montó en cólera como sólo él sabía hacer. Acudió al ayuntamiento para quejarse al alcalde y al juez de paz pues insistía que la broma para él había sido de pésimo gusto y se sentía ultrajado en su honor. Y no digamos del burlado novio ¡menudo cabreo agarró! Tuvieron que retenerlo porque quería acudir a Albarracín para denunciar el hecho a la Guardia Civil. Aunque finalmente no lo hizo y fue gracias a la mediación del Juez de Paz junto al secretario don Ramón Sánchez y mosén Rufino, que insistían una y otra vez en que se trataba simplemente de una chiquillada y lo mejor era no hacer caso. Para calmarlos les indicaron que investigarían por ver si encontraban a los culpables aunque, ciertamente, sus averiguaciones no llegaron a culminarse y poco tiempo después la broma no era más que un recuerdo de las tantas que se realizaban de vez en cuando en el pueblo. Eso sí, al ladino del secretario no se le escapaba ni una y a los pocos días ya sabía quiénes eran los autores del desaguisado pero, como las aguas bajaban calmadas, prefirió echar tierra al asunto y todo quedó en el apercibimiento que hizo a los miembros de la cuadrilla sin que nadie más se enterara.

Para ello los convocó primeramente a su casa y después de amonestarlos debidamente don Ramón Sánchez dejó que los muchachos siguieran su marcha como si tal cosa. Él también había sido joven y hasta cierto punto comprendía que era natural, como la vida misma, actos como el que habían cometido, aunque este último era de un dudoso gusto. Más que nada por estar de por medio la pobre Patrocinio que nada malo había hecho a nadie. Y a través de la ventana de su vivienda veía sonriente cómo se iban calle abajo los miembros de la cuadrilla encabezados por Rafael y Ernesto, secundados por otros tres pájaros de cuidado: Cándido, Florentín y Manuel. Esta era la pandilla que más se destacaba en el pueblo y era además, entre todas las que había, la que gozaba de más independencia sobre todo por el carácter que impregnaban los dos primeros. Rafael el hijo de Cosme era el que más descollaba por sus iniciativas y ocurrencias liderando al grupo de zagales más activo del pueblo. Era un muchacho de carácter abierto, bromista, bonachón y nada temerario. Por el contrario, era de una ingenuidad notable y bastante confiado a pesar de las continuas advertencias de sus mayores. Su vida transcurría entre la escuela y las obligaciones de la casa ayudando a sus progenitores en todo cuanto podía.

Ernesto era el amigo íntimo de Rafael, con el que compartió en su niñez la lactancia de su madre Enriqueta debido a las deficiencias de la suya. Se trataba del hijo de uno de los mayores terratenientes del pueblo; don Romualdo Cavero y disponía por lo tanto de una sólida capacidad económica. Era de carácter bastante similar a Rafael, en todos los aspectos, aunque más introvertido, en realidad, hasta llegaban a parecer algo más que simples hermanos de leche. Como era el que más dinero disponía de toda la cuadrilla solía costear muchas de las actividades de sus amigos. De todo el grupo era el más inteligente y ya desde pequeño gustaba de la lectura especialmente novelas que su padre, conociendo su pasión, regalaba muy a menudo. Prefería estar a la sombra y que fueran otros los que decidieran aunque tenía los fundamentos necesarios como para que siempre siguieran sus criterios sin que se notara en absoluto. De todos era el más reservado aunque solía dar la cara cuando habían problemas. La principal diferencia respecto a su cuadrilla de amigos estribaba en una sólida formación cristiana que cumplía a rajatabla. Se trataba de un zagal católico convencido que gustaba acudir a la iglesia e integrarse en todas las actividades que el párroco local intentaba promover en el pueblo.

VIII

La pandilla de Ernesto y Rafael contaba también con otros miembros que la dotaban de un carácter singular. Cándido era el amigo más joven y travieso de todos y la historia de su vida bien se podía tildar de pintoresca o cuanto menos de estrafalaria. Sus benditos padres, crédulos y bastante inocentes, habían estado buscando un hijo durante muchísimo tiempo. Sin embargo, todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Le rezaron a casi todos los beatos conocidos del santoral, se juramentaron para realizar las mil y una promesas si finalmente Encarnación, que así se llamaba la madre, quedaba encinta, pero todo resultó en vano. Después de años plagados de frustraciones y viendo que por este camino no estaba nada claro conseguir lo que tan ardientemente deseaban, pensaron, como último recurso, pasarse al lado oscuro. Encarnación, que estaba realmente desesperada por el tiempo desperdiciado y las esperanzas perdidas, acabó tomando una difícil resolución que no admitía vuelta atrás; si con sus oraciones a Dios no

habían conseguido nada ya no les importaba a quién encomendarse con tal de quedar embarazada.

Así pues, con todo el cuidado del mundo, se dedicaron a indagar sobre lo que podían hacer procurando no descubrir a los vecinos sus verdaderas intenciones. Realizaron todo tipo de preguntas a sus más íntimas amistades y después de numerosas averiguaciones llegaron a una determinante conclusión: con cualquier pretexto, para que nadie sospechara nada, tenían que viajar al famoso pueblo de las brujas en la Sierra; Jabaloyas. En Monterde de Albarracín vivía Margarita, la mujer de Irineo, que era oriunda de esa localidad. De manera que entablaron amistad con ella y siempre que podían intentaban sonsacarle cualquier dato que les pudiera orientar en aquello que llevaban tramando. Los temas de conversación que realizaban eran muy variados; si en su pueblo había mujeres que hacían ungüentos o pócimas para conseguir determinado fin, sobre los curanderos, sus prácticas y cómo sanaban los males incurables, o dejándolo caer como quien no quiere la cosa, si practicaban ritos diabólicos o cualquier ocurrencia por el estilo. Lo cierto es que se fijaron en Margarita porque además de ser natural de ese pueblo no parecía una mujer muy devota a pesar de ser la cuñada de mosén Rufino. Y el matrimonio, que se estaba introduciendo de lleno en ese tipo de historias, se hacía las mil y una conjeturas sobre los tibios sentimientos religiosos de su vecina. A pesar del recato con que la trataban, Margarita les notaba a la legua cuáles eran sus verdaderas intenciones y consciente de ello les recomendó a una curandera famosa de dicha localidad aunque Encarnación y su marido Juan María se empeñaran en creer que era una bruja que estaba en contacto con el más allá.

Llegado el otoño la pareja tuvo conocimiento de que un familiar suyo vecino de la localidad de Toril y Masegoso se encontraba prostrado, convaleciente de una caída. Con esa excusa lo comunicaron a sus amigos y vecinos de Monterde y se fueron a visitar al enfermo. Después de verle durante unas horas, se despidieron apresuradamente y acudieron con el mayor de los disimulos al pueblo de Jabaloyas distante tan sólo a una hora larga de camino. Una vez allí preguntaron por Rosa Aguirre, la *tía Yervas*, una anciana que vivía con la única compañía de sus gatos en un casucho situado en la plaza, muy cerca de una mansión conocida como la *Casa de la Sirena*. Su vivienda era un centro de peregrinación tolerado a regañadientes por las autoridades locales

y especialmente por el párroco de Jabaloyas, un cura muy beligerante contra todo aquello que se apartaba de lo estrictamente religioso. Sin embargo, había tenido que evitar sus diatribas pastorales contra ella al haberle curado —con una dieta vegetariana— de una gastroenteritis que lo había tenido postrado de dolor, a pesar del bochorno del galeno local en sus denodados intentos por sanarlo. Rosa Aguirre era conocida en los contornos como una curandera que conocía multitud de hierbas y su valor curativo. Sin embargo, Encarnación y su marido se empeñaban en seguir creyendo que era una “hechicera” y los poderes que tenía eran debido a sus prácticas satánicas. Como la *tía Yervas* se encontraba ausente cuando, ya entrada la tarde, llegaron a Jabaloyas, tuvieron que pernoctar en la posada del pueblo, que tenía en sus paisanos *milagreros* una sólida fuente de ganancias, pues era corriente la visita de serranos desesperados por motivos muy diversos. Desde los temas físicos con todo tipo de roturas, esguinces o torceduras hasta las incurables heridas del alma o la razón. Para todo tenían remedio siguiendo la estela de los curanderos tradicionales del lugar desde tiempos inmemoriales. Durante esa primera noche, contrariado el matrimonio por la ausencia de la *bruja*, cenaron en la hospedería y entablaron conversación con el posadero sobre Rosa Aguirre. Éste les indicó que había salido del pueblo el día anterior hacia un *chozo* o cabaña que tenía la anciana mujer en la falda sur del monte Jabalón y siempre que acudía a ese lugar tardaba tres días en volver. Juan María miró a los ojos a Encarnación y comprendió que una vez realizado el viaje no tenía sentido volver a casa con las manos vacías por lo que, si se tenía que esperar, así se haría.

El segundo día de estancia en Jabaloyas se hizo interminable. Las horas transcurrían lentas, de manera que decidieron pasear por el pueblo a pesar del frío y la niebla que se había levantado. Admiraron las casas de una construcción diferente más grandes y antiguas que las de Monterde y con una iglesia ubicada casi en las afueras del casco urbano, que estaba rodeada de un muro almenado medio derruido desde las guerras carlistas, lo cual le confería en un día como en el que andaban por la población un aspecto casi fantasmagórico. Definitivamente, era un pueblo con muchas diferencias respecto a los que ellos conocían. Al tercer día hicieron guardia desde muy temprano esperándola a las puertas de su casa, nerviosos y excitados por el paso que iban a dar. Casi a media mañana apareció la anciana mujer con un pequeño haz

de hierbas en una mano y una cesta con bayas y frutos en la otra. Al momento fue rodeada por los gatos que segundos antes de su llegada habían salido en tropel por las ventanas semiabiertas de la casa y le maullaban rodeándola mientras caminaba con paso lento hacia su hogar. Les preguntó quiénes eran y qué querían y les hizo pasar a su desvencijada vivienda. Cuando supo el motivo real de la visita receló al principio, pero al saber que Margarita los había encaminado hacia ella se tomó en serio el asunto y después de hacerles varias preguntas discretas sobre su vida —comida y dieta—, e indiscretas —sexo—, les recomendó que se tomaran diariamente una infusión con hierbas vigorizantes que extrajo de un cesto y realizaran el coito en determinados días, según estuviesen dispuestas las fases de la luna. Alborozados por el encuentro, le dieron a la curandera un duro de plata y volvieron a Monterde para poner en práctica todos sus consejos.

Pocos meses más tarde Encarnación por fin quedó embarazada. ¿Acertó la curandera o fue fruto del azar? ¡Qué más da! Lo cierto es que su vida cambió, vaya si cambió. Encarnación, que siempre había sido una mujer tranquila y pacífica, se volvió nerviosa, aunque sería más acertado decir tremendamente irritable. Posiblemente no tenía la conciencia muy tranquila por todo lo que había hecho y ellos seguían empeñados en que se habían pasado al lado oscuro coqueteando con los siervos de Satán. Lo cierto es que incluso en estas situaciones hay que tener valor y creer en lo que se hace pero ni lo uno ni lo otro tenía cabida en la mentalidad de la pareja. Fuera por lo que fuese, ella seguía siendo la excelente persona que siempre había sido pero los nervios la traicionaban conforme iban pasando los meses y crecía la vida que llevaba en su interior. Un día no pudo aguantar más y se fue a confesar. Mosén Rufino se escandalizó y como el párroco que era le disgustó que una de las más preclaras devotas se hubiese descarriado como lo había hecho, recriminándole su falta de fe y el engaño al que se había sometido. Y menos mal que Encarnación aún tuvo la cordura de no delatar a Margarita, en ese caso las consecuencias habrían sido terribles para esta última.

Cuando a las pocas semanas dio a luz un varón su alegría se tornó tristeza al comprobar la indiferencia con que la castigaba el cura del pueblo. Solicitó repetidamente a mosén Rufino que la perdonara, aunque éste la ignoraba deliberadamente todavía contrariado por la deserción de su feligresa. De todas formas, como *no hay mal que cien*

años dure, ni cuerpo que lo resista a los dos días del natalicio el párroco acabó conmoviéndose ante las súplicas y las demandas de perdón de Encarnación y finalmente acudió a su casa. La madre sonrió al verle entrar y ésta en un acto de sumisión le indicó que pensaba ponerle a su hijo el nombre que él quisiera. Meditó un momento el cura y le dijo que le pusiera el nombre del santo del día que habló con la bruja de Jabaloyas para que de esta manera intercediera por sus actos. Así pues, después de consultar el santoral que guardaba en la sacristía, le pusieron al pequeño el nombre de Cándido y ahí tuvo su cumplida venganza el santo burlado pues el zagal conforme fue creciendo fue todo menos inocente o candoroso. Los nervios que había pasado su madre cuando estuvo encinta le dejaron una marcada huella a su retoño. Más que nervios, Cándido tenía un tic continuo. No paraba de ninguna manera tanto era así que sus amigos muchas veces le asustaban para que se agitara todavía más riéndose maliciosamente de él. Cuando andaba la pobre criatura parecía un tocinito de cielo en cada paso que daba. En la escuela los niños se quejaban y no querían estar cerca de él, ni siquiera sus amigos, pues no había manera de concentrarse ante las lecciones del maestro. Golpeaba continuamente las patas de la silla, de la mesa, de todo lo que tuviera cerca con sus rodillas y el ruido machacón se tornaba impertinente por repetitivo. Siempre que estaba sentado movía insistentemente los hombros hacia delante y con la mandíbula inferior daba la sensación de masticar un inexistente bocado cuando no hablaba y menos mal que esa era precisamente una de sus escasas virtudes; hablaba poco. Por otra parte, no todo eran defectos pues Cándido era bastante risueño y tenía gracia para contar chascarrillos e inventar historias y, sobre todo, era una criatura que no ponía reparos a que otros le mandaran, aceptando de buen grado ser el *correvedile* de sus amigos.

IX

Otro de los miembros de la cuadrilla era Florentín. Este era un zagal algo inocentón, fuerte, bien parecido y el orgullo de sus padres; aunque tenía dos hermanos mayores que él, sin embargo, les ganaba en soltura y altura. Y no solamente eso, también era el de mayor estatura entre sus compañeros de la misma edad. Durante las últimas se-

manas sus amigos lo habían notado más retraído que de costumbre y cuando le preguntaban que le pasaba él se sonrojaba y cambiaba la conversación. Tenía sus motivos. Era evidente que algo le había ocurrido en las últimas fechas pero en esas edades el juego lo domina todo y pronto los amigos dejaron de molestarlo con sus impertinencias. No obstante, su cambio fue haciéndose cada vez más notorio. Faltaba a misa cada vez más a menudo, excusándose con cualquier pretexto, y además dejó de acudir como monaguillo a las ceremonias religiosas ante la perplejidad y desconcierto del párroco. Pocos años más tarde, durante su adolescencia, fue el primero de la cuadrilla que con su actitud animó a sus compañeros a mirar a las muchachas de otra manera ayudándoles a pasar definitivamente la página de la niñez. Y una noche de fiesta en la que las cazallas y el vino habían sido los principales protagonistas comentó —ante el asombro de su círculo íntimo— que hacía años había tenido su primera experiencia amorosa con una mujer. Fue caballero, nunca dijo qué hizo ni con quién y aunque ese recuerdo le traía muchos sinsabores fue en realidad la primera vez, su estreno en la vida de los adultos.

Cuando Florentín tenía doce años cumplidos era uno de los más aplicados monaguillos de mosén Rufino. Siempre que podía acudía a la sacristía a ordenarla y cuidar que todo estuviera perfecto. Muchas veces coincidía con Purificación, la hermana del cura. Esta era una mujer de unos treinta y tantos años, soltera, algo rolliza y con una cara expresiva. En ella se apreciaban unos labios carnosos y una mirada difícil de describir con unos bellos ojos de color verde que, para desconsuelo de los cánones más puros de la belleza, desentonaban por culpa de la mirada errática del estrabismo. La faz de su cara quedaba enmarcada por el cabello de color negro azabache, denso y ondulado del cual estaba muy contenta y trataba con sumo cuidado lavándolo a menudo. Sus maneras eran las propias de una persona bien educada, gustaba de la lectura y era una gran conversadora, aunque guardaba íntimos secretos que ni tan siquiera su hermano podía imaginar. Y para que esto último fuera siempre así alternaba las confesiones entre el inevitable mosén Rufino y las anónimas realizadas cuando acudía a Tewel a un desconocido párroco de la iglesia de San Julián.

Florentín notaba en los últimos tiempos que Purificación lo trataba muy bien, aunque sería más exacto decir que lo mimaba en exceso. Siempre le sonreía cuando lo saludaba y entablaban conversacio-

nes muy a menudo. Todo ello a pesar de que era un crío, aunque eso sí, estaba bastante crecido y casi aparentaba ser un adolescente. En una ocasión Florentín comprobó que faltaba una sotana en el armario ropero de la sacristía y el cura le dijo que fuera a su casa que su hermana la había recogido para plancharla. Acudió el zagal golpeando el llamador de la puerta y Purificación asomándose a la ventana le dijo que pasara. Al subir Florentín a la salita la vio colocando pequeños restos de brasas dentro del receptáculo de la plancha y encima de una mesa la prenda completamente extendida. Como todavía había que esperar un rato hasta que la plancha estuviera caliente, le pidió que se sentara un momento mientras ella trabajaba. El chico obedeció y estuvieron hablando de cosas intrascendentes mientras la mujer trajinaba por la habitación. Pocos minutos después, Purificación se volvió hacia la mesa mientras se humedecía un dedo con los labios, comprobando luego con el tacto si la plancha estaba en condiciones. Como percibió que ya quemaba, se aseguró que estuviera bien sujeto el cierre metálico de la plancha para evitar que saltara algún rescoldo de su interior y, haciendo un giro algo brusco, se situó en una posición ligeramente encorvada en la otra parte de la mesa de frente al zagal. De esta manera, Florentín veía a Purificación como alargaba el brazo con la plancha hasta llegar al final de la prenda. Entonces se dio cuenta que la mujer tenía un botón desabrochado en su camisa justo por donde se separan los pechos, quiso decírselo y alzó la mano para indicárselo pero en el último instante calló al tiempo que bajaba el brazo. Notó un ligero estremecimiento por su cuerpo y continuó mirando al principio con algo de vergüenza pero luego sin poderlo disimular con cierto regocijo. Más aún cuando la mujer en un escorzo forzado estiró la mano hacia su derecha para depositar la plancha de pie en un extremo de la mesa dejando entrever todavía más la canalilla de sus pechos. Una tímida exclamación salió de la garganta de Florentín aunque lo que realmente le delataba en ese delicado momento eran las convulsiones de su pene abriéndose paso dentro de los calzones y la fijación de sus ojos en el espectáculo que tenía enfrente. Una débil e inoportuna tos del zagal sirvió para arreglar el entuerto que estaba teniendo lugar, logrando que Purificación alzara la vista y al cruzarse sus miradas se diera cuenta de la situación; la de ambos. Apresuradamente volvió a enlazar el ojal con el rebelde botón y mirando al muchacho sonrió entre pícara y maliciosa mientras doblaba rápidamente la sotana y extendiendo los brazos se la entregaba. Florentín completamente ruborizado no atinaba a pro-

nunciar palabra alguna y Purificación dueña por completo de la situación estiró la mano acariciándole la cara al tiempo que le cerraba la boca entreabierta alzándole la mandíbula inferior. Luego, se le acercó todavía más y bajándole lentamente la cabeza le dio un beso en la frente al tiempo que le decía que si tanto le gustaba ver planchar ella le enseñaría a hacerlo otro día pero que ese sería un secreto que tenían que guardar entre los dos. Florentín asintió varias veces con la cabeza mientras la miraba en silencio pues no tenía ni idea de por dónde iban los tiros y aunque presentía que era cosa de mayores para él sólo era un juego. Cuando iba a salir de la habitación, Purificación le volvió a llamar, el crío se giró y la mujer le indicó que a nadie le dijera, ni siquiera a su hermano, que le iba a enseñar a planchar pues la gente mayor no entendía de esas cosas y se burlaban de los chicos que preguntaban sobre el trabajo de las mujeres. Al momento y algo más seria le amonestó.

—¡Júrame que no lo dirás a nadie!

Florentín volvió a asentir con la cabeza mientras le aseguraba haciendo una cruz con los dedos y besándolos.

—¡Te lo juro!

Salió el zagal de la casa y Purificación se asomó a la ventana viéndole marchar diligentemente en dirección a la iglesia donde le esperaba mosén Rufino. Ella completamente ruborizada no dejaba de pensar en lo que acababa de hacer con un *muchicho* que por la edad bien podría ser su hijo. Los remordimientos empezaron enseguida a aflorar y comenzó a sentirse mal reprochándose por su actuación. Una cosa era flirtear o soñar con algún mozo del pueblo —cosa que ya había ocurrido en otras ocasiones— y otra bien distinta acometer, como lo había hecho, a un zagal que, por muy grande que fuera, no dejaba de ser un crío. Esa noche apenas probó bocado y cuando se quedó a solas en su habitación empezó a lloriquear. Reconocía que no había estado bien lo que había hecho y como tantas otras veces, cuando había sentido esos impuros deseos carnales con algún que otro varón del pueblo, decidió que tenía que darse un escarmiento. Abrió el último cajón de la cómoda y al fondo del mismo recogió lo que ella conocía como el *flagelador de las tentaciones*, en realidad, una pequeña fusta casera realizada con varias tiras finas y largas de cuero sujetas a un mango de madera que había realizado en el más absoluto de los se-

cretos años atrás y tenía guardada en una cajita cerrada con llave. Depositó el artefacto encima de la cama y se despojó de toda su ropa de cintura para arriba dejando puestas tan sólo sus enaguas. Luego, arrojándose al pie de la cama, comenzó como tantas otras veces a fustigarse la espalda al tiempo que sollozando pedía perdón a Dios por la debilidad de su carne. Después de unos cuantos azotes las marcas de las hebras de cuero surcaban su dorso y algunos hilillos de sangre se deslizaban hacia el espinazo. Sin embargo, Purificación, aunque seguía avergonzada, notaba cómo su cuerpo gozaba incluso con la penitencia que se había impuesto. Definitivamente no entendía nada. Desde casi tres años atrás, cuando decidió por primera vez imitar la vida de los santos varones cuando combatían las tentaciones del diablo, ya se había flagelado en varias ocasiones. Lo que en un principio calmaba sus ardorosos instintos con el tiempo se había tornado casi en un fervoroso y placentero deseo, por todo ello, en efecto, estaba confusa. Sin embargo, como no conocía otra forma de frenar el apetito carnal que periódicamente la sacudía actuaba siempre de la misma manera.

Al cabo de unas semanas mosén Rufino se tuvo que ausentar del pueblo durante unos días para acudir a unas jornadas religiosas que se iban a celebrar en Zaragoza y Florentín aprovechó esa circunstancia para ir a visitar a Purificación con el pretexto del remiendo de una vieja sotana del cura. En el fondo sentía algo inexplicable desde la última vez que se vieron. Además, en aquella casa y con esa mujer había algo que irremediamente le atraía, aunque no sabía a ciencia cierta qué era. Al oírlo entrar en la casa Purificación se alteró profundamente. ¿Qué hacer en esa situación? Se había jurado no volver a caer en la tentación pero conforme oía los pasos del chico subiendo por la escalera su corazón latía más intensamente al tiempo que iba notando más seca la garganta y se mordía hasta hacerse daño el labio inferior.

—¿Pero qué hace ese chico subiendo a mi casa? No lo dejes, dile que se vaya, acuérdate de lo que pasó la última vez —pensaba en un primer momento. Sin embargo, de su cabeza también surgían otras voces—. ¿Pero qué piensas? La situación es inmejorable. Mi hermano no vendrá hasta dentro de unos días y además no esperas a nadie esta tarde. Aprovéchate y no seas tonta.

Después de unos breves instantes que se le antojaron eternos, la balanza cayó del lado más previsible, como siempre le había ocurrido, y el demonio de la carne ganó definitivamente otro nuevo combate

—¡Dios mío! perdóname por lo que voy a hacer. Yo te prometo que haré la mayor de las penitencias y te juro que esta vez sí que será la última, Dios de mi vida, te lo juro, ¡la última! —aseguraba entre dientes la hermana del cura.

Cuando estuvieron frente a frente Florentín le preguntó por la sotana. Ella apenas oía sus palabras pues su cabeza le bullía hasta hacerle pensar que le iba a estallar de un momento a otro. Intentó controlarse y aunque temblaba entera como un flan, con sus manos agarró al zagal por los hombros, abrazándolo con fuerza mientras le besaba en la frente y pensaba en cómo convencería al chico para que accediera a sus deseos.

—¿Te has dado cuenta de que tienes la camisa muy arrugada? —le comentó de forma atropellada—. Anda, quítatela, que te la voy a planchar en un momento —ordenó.

El zagal algo azorado por las palabras de Purificación estaba como petrificado y no atinaba a hacer absolutamente nada. Al momento ella tomó la iniciativa y ayudó al chico a descamisarse. Luego, le dijo que entrara en el dormitorio y descansara mientras lo preparaba todo rogándole encarecidamente que no encendiera el quinqué. Florentín la obedeció como un autómatas sin rechistar y entró en la habitación echándose en la cama. Purificación bajó deprisa a la entrada de la casa y cerró la puerta con llave subiendo luego a trompicones por las escaleras y cuando llegó a la salita próxima a su habitación comenzó a desvestirse dejando puesta tan sólo su ropa interior. Entró en la habitación y le preguntó a Florentín qué tal estaba. El zagal algo titubeante le dijo que bien y ella le volvió a preguntar qué tal se llevaba con las chicas del pueblo y si tenía novia. La conversación se fue tornando cada vez más íntima hasta que Purificación le dijo que si quería le enseñaría cómo debería de tratar a una chica cuando fuera su novia. Florentín indeciso no decía palabra no sabía que pensar pero tal y como ocurrió la vez anterior no podía controlar sus más primarios instintos y su pene autónomamente comenzaba a dar signos de vida.

—Menos mal que está a oscuras —pensaba mientras su pulso se iba alterando progresivamente.

Ella comenzó a acariciarle el pecho y rozó con su antebrazo el pene del chico notando su dureza. Le preguntó si había visto a alguna mujer desnuda y él le contestó que no. Entonces Purificación le dijo

abiertamente y sin rodeos que le enseñaría a hacer el amor con una mujer y que hiciera lo que ella le ordenara. Florentín seguía como ausente, inmóvil, sin atreverse a protestar pero en el fondo empezaba a notar unas sensaciones que le gustaban. Ella le cogió la mano y le dijo que la acariciara abriéndose los botones del corpiño y desatando la cinta que sujetaba las enaguas. Él lo hizo despacio, aunque torpemente, y fue recorriendo su cuerpo desde los pechos hacia el ombligo y la cintura. Purificación le decía jadeando que lo estaba haciendo muy bien y que continuara más abajo buscando su sexo. Le hizo caso Florentín alcanzando las zonas más sensibles de la mujer. Entonces con sus dedos llegó al pubis, lo palpó y se detuvo, movió insistentemente la mano como buscando algo y al momento la levantó como si le hubiera mordido una serpiente. Se alzó de la cama rápidamente y exclamó gritando:

—¡¡¡Pelos!!! ¡Estás llena de pelos!

Esta situación paralizó también a Purificación y en un momento de lucidez en aquella torva situación pudo por fin controlarse. Se levantó y acercándose a la cómoda tanteó el quinqué encendiéndolo para comprobar a continuación la cara despavorida que tenía el chico con los brazos levantados y los ojos abiertos como dos soles mientras gritaba totalmente desconsolado.

—¡Tiene pelos, tu chichi tiene pelos! —insistía una y otra vez.

Pasado el primer momento de estupor y reaccionando con firmeza, la hermana del cura se vistió rápidamente y le entregó la camisa a Florentín para que también lo hiciera. Una vez estuvieron vestidos los dos y, ya tranquilizados tras la experiencia vivida, la mujer con lágrimas en los ojos le suplicó que nunca contara a nadie lo ocurrido.

—Escúchame, Florentín, no hables nunca con nadie de lo que hemos hecho. Si lo haces, estarás en pecado mortal y si te mueres irás de cabeza al infierno. Has tenido tu primera experiencia con una mujer, si hablas de ello no volverás a tener ninguna más con nadie —concluyó entre sollozos.

A continuación bajaron deprisa las escaleras y una vez en el descansillo de la entrada le abrió la puerta de la calle, lo despidió de su casa después de percatarse que no había nadie afuera. Esa noche tampoco cenó Purificación y cuando fue a acostarse sacó nuevamente la fusta dedicándose en esta ocasión una doble ración de tormento. Por

su parte, Florentín bien fuese por miedo a las amenazas vertidas o por el motivo que fuera lo cierto es que nunca habló con nadie de lo sucedido esa tarde y cuando ya de mayor conoció el amor verdadero con una mujer de su misma edad comprendió realmente lo acontecido. Su relación personal con Purificación ya nunca volvió a ser la misma. Y lo peor de todo, la hermana del cura envejeció soltera y con el tiempo su carácter se volvió más huraño e introvertido. Acabó convirtiendo su morada en un convento de clausura, en toda regla, pues apenas se la veía por la calle, alternando los últimos años de su vida entre su casa y la iglesia donde era común verla rezando arrodillada en la capilla de Santa Rita, patrona de los imposibles.

X

Manuel era otro de los componentes de la pandilla. Este mozalbete de la misma edad que Ernesto y Rafael era el único que no había nacido en Monterde ya que su madre le tuvo mientras vivieron en la población de Cella, aunque su familia era originaria de Gea de Albarracín. Cuando tenía doce años era un zagal que destacaba por su laboriosidad, trabajador como pocos, desde muy tierna edad había ayudado en su casa con el ganado. Tenía un físico algo achaparrado, cara ancha y una cabeza de grandes proporciones, que solía cubrirse con una vieja boina siempre que se iba a trabajar con su padre. Cuando estaba con sus amigos era muy laminero, sentimental y agradecido, aunque, eso sí, había que tener cuidado con él si se le indicaba cualquier cosa porque aborrecía los mandatos de toda aquella persona que no fuera miembro de su familia. Por eso, había que ir con mucho tiento cuando se le encargaba algo por nimio que fuera ya que si la orden era intempestiva, directamente la ignoraba o bien hacía precisamente lo contrario. En su trato cotidiano gustaba de la palabra, el roce y los abrazos que profusamente realizaba aunque sin ningún tipo de afectación. Con esa afectuosa relación daba la impresión que pretendía trascender los valores de su propia familia. Éstos hacían precisamente todo lo contrario, es decir, eran poco habladores, bastante secos en el trato e, incluso en muchas ocasiones, hasta se les podía tildar de huraños. Se había pasado su infancia echando de menos todo tipo de carantoñas tal como veía realizar a otras madres con sus hijos en el

pueblo pero que, en el caso de sus padres, le habían proporcionado a cuentagotas. Por eso, añoraba como nadie los tiernos instantes que apenas tuvo y procuraba corresponder a sus amigos de la mejor manera posible. Así pues cuando alguno de sus compañeros se lastimaba o estaba disgustado por cualquier motivo acudía siempre raudo a consolarlo y sus amigos de la pandilla sabían que podían contar con él cuando lo necesitaban.

A pesar de la sequedad del trato y la excesiva seriedad de sus progenitores en su casa se daba una circunstancia bastante parecida a un mal chiste. Su familia paterna tenía una costumbre ciertamente insólita que movía desde fuera a solapada crítica cuando no burla mordaz. Desde muchas generaciones los primogénitos solían llamarse de la misma manera y en estos momentos convivían en la misma casa Manuel (abuelo), Manuel (padre) y Manuel (hijo). Y como este último no tenía más hermanos todos los varones de la casa se llamaban de idéntica manera. Esta coincidencia llevaba a la guasa en muchas conversaciones en Monterde de la misma manera que lo había sido en su pueblo de origen. Ese era el motivo por el que a su familia los apodaban los *Manolos*.

De su estancia en Cella apenas tenía recuerdos y sus padres, callados como eran, tampoco aliviaban las preguntas del zagal cambiando de tercio —con más o menos disimulo— cuando Manuel (hijo) preguntaba algo relacionado con dicho pueblo. Y el silencio era todavía más tenso cuando les preguntaba sobre la vida que habían llevado en la localidad de Gea incluso en este caso su padre mostraba un patente malestar. Por eso, al pequeño Manuel le daba la impresión que toda la vida de su familia había transcurrido en Monterde al ser el único lugar de donde podían hablar de recuerdos sin ningún tipo de tapujos ni cortapisas.

Su progenitor y el abuelo mantenían la cabrada comunal de Monterde desde que se instalaron en el pueblo, cuando él tenía unos cinco años de edad. La guardaban en la alta sierra del término, especialmente en dos zonas conocidas como *Peñalamajada* y la *Majada de las cabras*. Por estos parajes pastaba durante el buen tiempo el ganado cabrío del pueblo, compuesto por casi cuatrocientas cabezas que además juntaban con algunas ovejas de su propiedad. La época del estío era la que más le gustaba a Manuel por un doble motivo. Por una parte, el día resultaba más largo y él adoraba la luz del sol. Y por otra,

estaba siempre ocupado ya que muchas tardes acudía al monte a llevar la comida a su familia. Por todo ello, en ambos momentos se sentía en toda su plenitud como una persona auténticamente libre en medio de la naturaleza. Los domingos por la mañana regresaban los pastores a la localidad y era un auténtico espectáculo ver a la cabrada descender desde los altos del *Collado*. Una vez en la plaza los vecinos acudían a llevarse su ganado, aunque bastantes cabras conocían el camino e iban solas a las parideras o corrales acomodadas para ellas. Ese instinto de los animales estaba motivado porque en dichas estancias los dueños situaban varias piedras de gran tamaño y encima de ellas puñados de sal gorda que el ganado cabrío comía con gran deleitación, cebándose en ellas cuando volvían. Allí en las parideras las mantenían hasta las seis de la tarde cuando Manuel (padre) tocaba con la caracola la llamada de reunión y los dueños las soltaban para que acudieran y se juntaran en la plaza. Una vez en ella los *Manolos* las guiaban de nuevo al monte ayudados por los tres perros pastores que las mantenían a raya. Volvían durante el verano a los pastos de la sierra del término y allí se quedaban durante toda la semana aunque, en alguna ocasión, solía bajar alguno de los pastores ante cualquier incidencia que afectara a la cabrada. Manuel (hijo) también colaboraba y les llevaba cada cierto tiempo un zurrón con comida contándoles las novedades más importantes que se iban produciendo en el pueblo. Los contratos de la cabrada se cerraban de año en año siempre para san Miguel y los *Manolos* venían repitiendo su custodia desde hacía un lustro. Este era el trabajo de su familia tal y como había sido en Gea de Albarracín y el joven intuía que también sería el suyo el día de mañana.

Mientras tanto, los juegos eran la parte más visible en la crónica diaria de Manuel. Pero todo en la vida tiene su final y dos meses más tarde de la travesura de la *enramada* su existencia dio un vuelco inesperado. Cierta día, durante ese verano, el zagal acudió una tarde como tantas veces a llevar la comida a los cabreros. Desde el día anterior el término había sido sacudido por una fuerte tormenta eléctrica. En el momento que escampó el tiempo su madre le mandó que subiera a la sierra a llevar los alimentos a los pastores, pues, por culpa de las lluvias, llevaba un día de retraso y le estarían esperando con ganas. El joven se cargó el zurrón con las vituallas y subió hacia la sierra por un camino todavía algo embarrado. Cuando llegó a una zona conocida como el *Lavadero* torció hacia su izquierda por una pequeña senda en dirección a *Valdemonterde*. Se introdujo por el bosque subiendo por una ladera

plagada de pinos en cuyo alto se situaba un pequeño prado donde estaban dispuestos dos pequeños *chozos* utilizados como estancia por los pastores.

Conforme se iba acercando le extrañó ver a los animales sueltos por el contorno, comiendo solos sin la presencia de alguno de los perros que los custodiaban. Y al acortar el camino trepando por un terraplén, comprobó estupefacto que varias reses estaban tumbadas en el suelo, muertas con las tripas hinchadas. También divisó que muchas más pastaban como si tal cosa esparcidas a lo largo y ancho del prado. Oyó los ladridos de un perro cercano al *chozo* donde se guarnecían los pastores y corrió hacia allí como alma que persigue el diablo. Al girar sobre una gran roca que sobresalía en el prado se detuvo en seco y se llevó las manos a la boca lanzando un gemido ante el espectáculo que tenía enfrente. Entre la casamata y los pinos próximos yacían inmóviles varias cabras y dos perros. Comenzó a temblar de miedo y llamó a gritos a su padre y abuelo, pero nadie contestó. Continuó andando en la dirección de los ladridos del can y al mirar detenidamente a la puerta del *chozo* comprobó que sobresalían en la entrada las piernas extendidas de un adulto. Tiritando de puro miedo se fue acercando hacia la construcción notando un fuerte olor, que no sabía describir, junto a los ladridos lastimeros del perro pastor que se mantenía junto a los hombres tendidos en el suelo. Siguió acercándose y acabó viendo tumbados a su padre y abuelo con la ropa y las facciones de la cara chamuscadas. Se aproximó a la primera persona, que resultó ser su abuelo, se agachó y aterrorizado comprobó que no respiraba aunque mantenía los ojos abiertos y una mueca con un marcado rictus de terror en la cara. Le puso la mano cerca de la boca y no notó su aliento, luego tragando saliva y dándose ánimos acercó la cabeza hacia su pecho colocando el oído lo más próximo a su corazón, pero tampoco notaba el menor signo de vida. Se levantó con brusquedad y miró totalmente impactado a su abuelo mientras se descolgaba el zurrón y lo echaba al suelo sin contemplaciones. Al lado mismo, pero algo más adentro del *chozo*, estaba también otra figura inmóvil; era su padre, cuyas facciones estaban asimismo ennegrecidas. Se acercó hacia él temiendo lo peor y directamente colocó la cabeza encima de su pecho. Oía latir su corazón y fue un momento de enorme emoción después de la macabra experiencia que acababa de sufrir. ¡Su padre estaba vivo! Pasado el primer momento de estupor comenzó a gritar mientras le cogía por su chaqueta y zarandeándolo le gritaba una y otra vez:

—Padre, dígame algo, ¡por Dios!... Padre, despierte... ¿Qué ha pasado? Dígame algo por lo que más quiera...

Estaba intentando reanimar a su padre cuando en un movimiento brusco, mientras le tiraba de la solapa de la chaqueta, se percibió que caía una cartera de su bolsillo interior. Al rebotar en el suelo ésta quedó abierta y alcanzó a ver la parte superior de una fotografía en la que reconocía las facciones de su progenitor. Él no era ni mucho menos un fisgón y jamás se había aventurado a espiar las cosas de los mayores en su casa, pero le pudo la excitación del momento y recogió la cartera abierta del suelo. La volvió a abrir y sacó la fotografía. Entonces los músculos de su cara se dilataron por el asombro al comprobar su contenido, y la tiró inmediatamente al suelo como si le hubiera mordido una serpiente. Se alzó al instante y durante unos segundos quedó petrificado sin atreverse tan siquiera a moverse lo más mínimo. Luego se armó de valor y queriendo asegurar la visión que acababa de tener en aquella fotografía volvió a agacharse y la recogió nuevamente. Ésta había caído al revés y tan sólo se podían advertir unas letras escritas en su reverso. Cuando se la acercó a la cara pudo leer el texto escrito: *Mi querido hijo Manuel 1898.*

Pero ¿cómo era posible que pusiera ese año? Si él había nacido en 1901 había alguna equivocación que no atinaba a comprender. La fecha tenía que ser un error. Su padre, que apenas sabía leer ni escribir, con toda seguridad se había equivocado. Quiso salir de dudas y comenzó a dar la vuelta a la fotografía decidido como estaba en solucionar ese embrollo. Tan absorto e hipnotizado se encontraba con lo que acababa de ver que la lamentable situación de su padre había pasado incluso a un segundo plano. La fascinación ante un misterio insondable y una creciente desazón por lo desconocido superaban cualquier atisbo de coherencia en un momento como ese. De tal manera que, lentamente, fue girando la fotografía en medio de un innegable temor ante la visión que acababa de tener unos segundos atrás. No podía ser cierta la estampa que recordaba, no quería creer lo que habían visto sus ojos. Pero cuando la tuvo vuelta del todo un grito lleno de espanto salió de sus infantiles labios y sus ojos se abrieron todavía más sin dar crédito a lo que estaba viendo. En dicha instantánea su padre estaba de pie y sujetaba entre sus brazos a un niño que era su fiel imagen con los brazos caídos y los ojos entreabiertos, era... un niño muerto...se le parecía una barbaridad... y se llamaba Manuel... Por segunda vez

tiró la fotografía al suelo y echó a correr lo más deprisa que pudo totalmente despavorido. Anduvo sin rumbo fijo mientras gritaba y gritaba hasta quedarse ronco de tanto esforzar su voz. Cuando quiso darse cuenta estaba en el camino de *Valdemonterde* y se detuvo por unos instantes. No podía pensar con claridad y además el cansancio por los momentos vividos le atenazaba tanto que cayó de rodillas mientras respiraba entrecortadamente. Después de breves instantes en los que las ideas se le fueron clarificando poco a poco, comenzó a entender el terrible suceso que había tenido lugar y echó a todo correr en dirección al pueblo buscando ayuda para su familia.

Al día siguiente enterraron a su abuelo en el cementerio municipal. La desgracia se había cebado sobre su familia. Un rayo de la tormenta eléctrica que había caído en las vísperas había matado a su abuelo junto a dos de los perros pastores y casi una veintena de las cabras que cuidaban. Su padre también salió malparado y, aunque con muchos cuidados pudo rehacer finalmente su vida. Eso sí, le quedó alguna secuela como una leve cojera y una paulatina pérdida de audición que, dos años después, devino en una completa sordera. Como consecuencia del suceso el Concejo del ayuntamiento tuvo que buscar otros pastores que cuidaran la cabrada hasta el próximo san Miguel ya que resultaba imperativo volver cuanto antes a la normalidad. Sin embargo, para Manuel ya nada volvió a ser igual. A todas las características personales que habían marcado su niñez hubo que añadir otra y es que se fue volviendo cada vez más introvertido. Conociendo el carácter de sus padres los amigos le colmaban de todas las atenciones posibles que él, necesitado de ellas más que nunca, las agradecía como nadie. Pero algo le había sucedido que lo atormentaba continuamente y necesitaba una explicación cuando antes mejor.

Un día no pudo aguantar más y mientras su padre estaba todavía convaleciente subió a la habitación pidiéndole que le comentara el contenido de la fotografía que había descubierto en su cartera. Esta demanda pilló desprevenido al progenitor pues no sabía que su hijo había descubierto esa instantánea que, por cierto, era uno de los recuerdos más dolorosos que tenía de su vida. Aunque ciertamente existían otros que lo atormentaban todavía más aunque él los mantenía en el más absoluto secreto. Misterio del que era partícipe un pastor geano con el que trabajó en la cabrada de dicho pueblo y algunos íntimos amigos de aquella localidad. La verdad, no esperaba que su

hijo descubriera nunca la vida que habían tenido durante su estancia en Gea de Albarracín. Pero también tenía en cuenta que el chico había demostrado una cierta madurez y, puesto que las cosas habían devenido de esa manera, lo mejor sería contárselo y alejar de una vez por todas los fantasmas del pasado. Sin embargo, tras unos instantes de indecisión el padre, ya más sereno, volvía a pensar que no podía contárselo todo. La realidad era bastante compleja y él persistía en su vacilación pero aunque estaba hecho un lío decidió comenzar a hablarle:

—Hijo mío, te voy a contar una parte de mi vida que nunca pensé que lo haría tan pronto —le dijo mientras se acomodaba en la cama doblando la almohada y reincorporándose ligeramente—. ¿Dime, está tu madre en casa? —inquirió.

—No. Se ha ido a la iglesia —respondió el zagal extrañado por la pregunta de su padre.

—Hazme un favor, baja a la puerta de la calle y ciérrala. Lo que tengo que decirte es un secreto que tenemos que mantener solamente tú y yo.

El muchacho bajó las escaleras con cierta precipitación y cerró la puerta de la casa mientras aumentaba su extrañeza ante la insólita demanda de su padre. No atinaba a entender por qué tanto secretismo con su madre, pero estaba dispuesto a todo con tal de saber a qué se debía tanto misterio. Una vez de nuevo en la habitación, miró a su progenitor y le preguntó sin más dilación:

—Padre ¿quién es el niño de la fotografía?

—Era tu hermano, el que murió cuando tenía siete años —respondió el padre en medio de un prolongado suspiro.

Había comenzado a hablar pero tenía que ir con tiento. Siguió unos instantes de silencio tras el cual el joven le volvió a preguntar atropelladamente:

—¿Por qué murió? ¿Cómo pasó?

—Tu hermano estaba enfermo. Un día tu madre tenía que ir a limpiar una casa del pueblo, como venía haciendo desde unos años atrás, y cuando regresó el pequeño había muerto —expuso en medio de una enorme tristeza.

—¿Y por qué le hiciste una fotografía? —demandó de nuevo el zagal.

—Porque en ese momento había un fotógrafo en el pueblo que había ido a realizar un reportaje sobre los monasterios de Gea de Albarracín. Era la única manera que tenía de guardar un recuerdo de mi pequeño ya que esa tarde lo enterrábamos.

—Pero... ¿el niño se llamaba también Manuel como yo? —insistió en su interrogatorio.

—Como sabes a todos los hijos mayores de nuestra familia les ponemos el nombre de Manuel y debido a que él murió te lo pusimos a ti cuando naciste. No te hemos dicho nada hasta hoy porque sigues siendo joven aunque es cierto que pensábamos decírtelo cuando fueras mayor pero las circunstancias mandan y, ya que te has enterado por culpa del accidente, lo mejor es que lo sepas todo —respondió el padre sobreponiéndose a los dolorosos recuerdos.

Se hizo un breve silencio que pareció mucho más largo por la intensidad de lo que estaban tratando. El muchacho ya tenía claro el tema de la fotografía pero puestos en la labor se habían abierto otros interrogantes en la conversación que necesitaba aclarar, por ello se decidió a hablar después de un breve titubeo y volvió a preguntarle:

—Padre... ¿Por qué nunca quieres hablarme de cosas de Gea? ¿Es porque allí murió mi hermano?

Su padre palideció al oír esa pregunta. La temía más que a nada y en el fondo tenía la convicción que la conversación que iba a mantener con su hijo devendría en ese sentido. En este caso había acertado plenamente ya que ese había sido el motivo por el que le había pedido que cerrara la puerta de la casa. Durante unos instantes se quedó pensativo pues, a pesar de todo, no tenía nada claro comentarle los sucesos que habían acontecido cuando vivieron en Gea. Le miró detenidamente y comprobó que todavía era muy joven para comprender ciertas cuestiones. Aún era pronto y resultaba evidente que no estaba preparado del todo. Entonces se dio cuenta que se estaba enmarañando la conversación que mantenían y no le interesaba que trascurriera por esos derroteros. Por eso le dijo a su hijo mirándole fijamente a la cara.

—Manuel, cuando eres pequeño no tienes conocimiento de la vida de los adultos. Hay cosas que no las entenderías. Hazme caso, deja que pasen unos años y cuando te hagas mayor te contaré todo lo que quieras. Lo que sí te pido es que tengas confianza conmigo. Nunca hemos hablado largo y tendido de nuestra estancia en Gea porque siento vergüenza de una parte de mi vida. Hablaremos un día de todo esto te lo prometo, pero hasta entonces te pido encarecidamente que me obedezcas y no me hagas más preguntas. Y ahora escúchame bien lo que te voy a decir y no lo olvides nunca. En primer lugar, no hables con tu madre de nuestra conversación. En segundo lugar, quiero que disfrutes de la vida lo mejor que puedas, pero eso sí, cuídate mucho de enamorarte de la persona equivocada. Y por último, no te fíes de nadie relacionado con la Iglesia. Como ves en la familia, salvo tu madre, nadie va a misa. Ni tu abuelo cuando vivía ni yo creemos en Dios pero mucho menos en los hombres que dicen seguir sus palabras y luego se portan como lo que son; personas de carne y hueso con todas sus virtudes y defectos. Y te insisto en que no te fíes de nadie que tenga que ver con la religión ya sean curas, frailes o sacristanes, incluso de los que más se santiguan en la iglesia. Ya verás como la vida te enseñará a desconfiar de todos ellos —le comentó controlando las palabras todo lo que pudo. Una vez más el silencio se adueñó de la estancia y el padre ya más tranquilo decidió dar por terminada la conversación.

—Y ahora vuelve a abrir la puerta de la calle, que no quiero que tu madre sospeche para nada de lo que hemos estado hablando —concluyó.

Las palabras de su progenitor le habían dejado inmerso en una gran perplejidad. No obstante, el pequeño Manuel era mucho más listo de lo que su padre creía y había atisbado a comprender que existían otros interrogantes además de los del personaje de la fotografía. Esas medias palabras y el rechazo a la religión habían multiplicado las incógnitas sobre la vida que habían tenido sus progenitores en la villa de Gea de Albarracín. Si por una parte resultaba lógico los acontecimientos que habían procedido a realizar la famosa fotografía, por otra las esquivas respuestas de su padre escondían alguna terrible situación cuya comprensión se le escapaba. Lástima que hubiese por medio un suceso tan macabro como el que había vivido recientemente pero gracias a él había mantenido con su padre una conversación como no recordaba haberla realizado jamás. Se prometió que acabaría

descubriendo el significado de las misteriosas palabras de su progenitor costara el tiempo que costara. Mientras tanto, obedecería sus recomendaciones y, si bien hasta ese momento acudía como cualquier zagal del pueblo a los ritos de la Iglesia, se cuidaría mucho de hacerlo en adelante. Algo le decía en su interior que su padre no había sido una persona tan seria y reservada como era en la actualidad sino que en otro tiempo pudo ser diferente. Y además que durante la etapa que su familia habitó en el pueblo de Gea pudieron haber sido tan felices como cualquier otra. Algún terrible suceso tuvo que ocurrir a su padre como para moldearlo con el carácter hosco y solitario que exhibía en la actualidad. Fuese como fuese al final lo descubriría.

Manuel guardó esos secretos durante toda su vida pero su padre no pudo cumplir la palabra dada porque murió cuatro años más tarde de forma inesperada sin haber tenido con su hijo la tan deseada conversación. Varias semanas después del fallecimiento coincidió que unos famosos feriantes de carlancas y cencerros se encontraban en Gea para exponer sus productos y Manuel tuvo conocimiento de ello por un tratante de ganado que pasó por Monterde. Ni corto ni perezoso acudió a dicho pueblo para hacerse con algunas piezas que necesitaba para su ganado y el de su amo, ya que realizaba la trashumancia desde hacía dos años con los rebaños de don Jesús Oquendo.

Estaba en un puesto de la feria observando los pinchos de unas carlancas y ante la pregunta del feriante le dijo que eran para los mastines que guardaban un ganado de Monterde. Como quiera que el vendedor conociera a mucha gente de dicho pueblo le preguntó de qué familia era:

—Soy el hijo de los *Manolos* —respondió.

—No conozco a esa familia, pero dime ¿caso sois de Monterde? —volvió a interrogar.

—Yo he vivido casi toda mi vida allí, pero mis antepasados eran de Gea de Albarracín —concluyó.

El feriante asintió con la cabeza las explicaciones del joven y dio por concluida la conversación pasando a atender a otros clientes. Manuel estaba ahora inspeccionando los sonidos de los cencerros cuando notó una mano sobre su hombro. Instintivamente se giró y vio a un hombre mayor que le sonreía.

—Has dicho que eres de los *Manolos* y tu familia era de Gea —preguntó—. ¿No será por casualidad unos que tenían la cabrada de este pueblo hace bastantes años?

—Así es. ¿Los conocía usted? —respondió extrañado Manuel.

—Pues sí. De manera que tú debes de ser el pequeño Manuel que nació en Cella y os fuisteis a Monterde cuando eras sólo un crío —confirmó con una sonrisa mientras le escudriñaba de arriba abajo.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Manuel cada vez más asombrado.

—Yo conocía a tus padres. Éramos íntimos amigos, pues trabajé con él en la cabrada de Gea. Pero dime ¿cómo está? —preguntó con deferencia.

—Mi padre hace algo más de un mes que faltó... Según el médico, fue por un fallo cardíaco —confesó bajando la cabeza.

—Vaya, hombre, cuánto lo siento... no lo sabía —se disculpó sinceramente. Y después de un breve silencio le puso las manos encima de los hombros y mirándole a los ojos le preguntó:

—Ahora tengo que hacer pero voy a estar en el pueblo todo el día y me gustaría hablar contigo para que me contaras cosas de tu familia ¿supongo que te quedarás a comer en Gea? —le inquirió el desconocido.

—Tengo que realizar algunas compras, cuando acabe podré estar con usted.

—Pues no se hable más, quedamos así. Te espero en la posada a las tres de la tarde y comeremos —confirmó satisfecho por la inesperada coincidencia.

El encuentro con el desconocido había activado los recuerdos de Manuel y los comentarios que le hizo su padre durante aquel inolvidable día cuando postrado en su cama, se sinceraron por primera vez.

—¿Quién sería ese misterioso amigo? ¿Sabría algo de la vida de sus padres en Gea? —se preguntaba continuamente.

Estos interrogantes le persiguieron durante el resto de la mañana y le costaba concentrarse en la compra que tenía que realizar. Los nervios se le apoderaban a cada minuto que pasaba y le afectaban a la boca del estómago con la indomable gastritis que padecía desde hacía

varios años. Había seguido a pies juntillas los deseos de su padre pero su muerte le había dejado sin respuestas para varias preguntas realizadas durante aquel famoso día. Las horas se le hicieron eternas y cuando por fin llegó el momento de ir a comer recogió el petate donde llevaba la compra realizada y se fue directo a la posada del pueblo. La comida era lo de menos lo que realmente ansiaba era conocer la resolución de aquel misterio que su padre había prometido que le contaría algún día. La fatalidad del destino se había llevado por delante esos deseos pero la diosa de la fortuna se había puesto por una vez de su lado gracias a la conversación mantenida con el feriante. El desenlace estaba cerca. Lo intuía.

Cuando se vieron en la posada, el desconocido se presentó como Antonio Terol, un veterano pastor natural de un pueblo de la comarca valenciana de Los Serranos que, por circunstancias de la vida, había acabado sirviendo en la sierra de Albarracín. Hechas las presentaciones se sentaron en una apartada mesa esperando que les sirvieran. La comida fue rápida pero no frugal. Se trataba de dos personas que disponían de un buen arranque y no escatimaban ganas en las pitanzas que participaban. Además, guardaban otras similitudes ya que los dos eran poco habladores como suelen ser la mayoría de los pastores acostumbrados como están a pasar días enteros en la soledad del campo con la única compañía del ganado y los inevitables perros. Eso sí, por más que obedezcan las órdenes del amo no dan conversación aunque se empeñen los pastores y les hablen. En realidad no son más que monólogos estériles que solo sirven para oír su propia voz y ellos lo saben. Sin mucho entusiasmo Manuel le respondía mientras comían aquellas preguntas del amigo de su padre sobre la vida que llevaban en Monterde. El tiempo pasaba y el joven no veía llegado el momento de interrogarle sobre las cuestiones que le martilleaban el cerebro desde esa mañana. Una vez acabaron de comer encendieron sendos cigarrillos y demandaron dos copitas de aguardiente. Manuel ya no podía aguantar más y le espetó directamente después de tomar el primer sorbo de la cazalla.

—Me dijo usted que había conocido a mis padres y que incluso era íntimo amigo de ellos. Entonces ¿qué me puede decir de su vida en este pueblo? Hace años que mi padre me comentó algunas cosas y me prometió que las más delicadas me las contaría cuando fuese mayor, pero al morir repentinamente me he quedado sin saber qué

quería decirme. Además no me atrevo a preguntarle nada a mi madre porque tuvo que ser algo muy delicado e importante...

—¿Sabes que tuviste un hermano? —le preguntó casi de sopetón.

—Sí. Eso me lo contó un día.

Por toda respuesta Antonio Terol quedó pensativo por unos instantes. Si el zagal ya sabía esa parte de la historia tan sólo le quedaba conocer el resto, que no era poco. Creyó a pies juntillas el comentario que le había hecho Manuel sobre su padre y pensó que aunque fuese un tema delicado lo mejor sería comentárselo de primera mano. El diablo siempre anda suelto y pudiera darse el caso que alguien de los que estuvieron al tanto de los sucesos que acontecieron en el pueblo de Gea durante aquellos años se lo hiciera saber de otra manera. Era imperativo decírselo. Por su antigua amistad era algo que se lo debía a su compadre Manuel.

—Te voy a contar lo que con toda seguridad quiso hacer tu padre cuando hubieses sido mayor —dijo después de pensárselo detenidamente—. Es una larga historia pero tienes todo el derecho a saberla. Y, por favor, quiero que recapacites sobre todo lo que te voy a decir y espero que no hagas ninguna locura de ahora en adelante. Prométeme que no harás nada impulsivo ni te meterás en líos.

El muchacho suspiró profundamente y miró los ojos de su interlocutor esperando con cierto temor escuchar una historia que presentía iba a dar un vuelco a su vida.

—Le doy mi palabra que así será. Por favor, cuénteme lo que sepa —suplicó nervioso.

Antonio Terol mantuvo fija la mirada y comentó sin más dilación:

—Hace muchos años, cuando vivía tu familia en Gea, tu padre y abuelo trabajaron conmigo llevando la cabrada del pueblo. Eran felices, te lo puedo asegurar, a pesar de que eran tan pobres como casi todos. Tu padre era una persona abierta que se hacía con la gente por su simpatía pero también era algo inocentón. En la casa habitaba además su madre y a pesar de la pobreza en la que se vivía todos salíamos adelante. Pero tu abuela se puso mala y tu padre se tuvo que gastar en la enfermedad los escasos dineros que tenía ahorrados. Y lo que es peor,

a pesar de sus denodados esfuerzos la anciana señora no tardó en morir. Al poco de fallecer la abuela, tu hermano comenzó a sentirse indispuesto cada vez con más frecuencia. Dadas las penurias por las que pasaba tu familia se optó porque tu madre se pusiera a trabajar como ama de llaves en la casa del cura del pueblo. Allí iba la buena mujer a limpiar y cocinar. Como nosotros estábamos en el monte durante varios días apenas había faena con los hombres de su casa y tan sólo tenía que ocuparse del pequeño Manuel. Al poco tiempo, tu padre me comentaba que cada vez notaba más esquivada y callada a tu madre y él supuso que era por el excesivo trabajo al que estaba sometida. Pero no era esa la razón. Un día me dijo un primo mío que había escuchado una conversación entre el sacristán de la iglesia y unos fervorosos meapilas donde se jactaban de lo bien que se lo estaba pasando el cura con su nueva criada.

El rostro de Manuel se crispó por momentos y las venas afloraron por sus brazos hinchados mientras cerraba los puños con fuerza y golpeaba la mesa.

—Pero... ¿Qué dices? —gritó con furia sin darse cuenta que varios parroquianos se giraban al oírlo.

—Me has prometido calma. Tengo una historia que contarte, pero si no tienes agallas para oírla dímelo y acabamos ya —respondió tenso el relator. Y una vez se hubo calmado, Manuel volvió a preguntar—. ¿Continúo?

—Si... perdona, no volveré a interrumpirte —se disculpó titubeando el joven.

Entonces el antiguo compañero de su padre continuó con el relato:

—Yo me resistí a creerle y, por supuesto, no le dije a tu padre nada sobre la conversación que había escuchado mi pariente. Pero él no era tonto y como ya empezaba a sospechar me lo hizo saber. Entonces no tuve más remedio que contarle lo que sabía y el buen hombre cayó en un estado lamentable. No se lo podía creer pero todos los indicios iban en la misma dirección. En esas estaba cuando tu hermano se puso peor y tu padre tenía que comenzar la semana de cabrada. Le dijo a tu madre que lo atendiera de la mejor manera posible y que si fuera necesario dejara de ir a trabajar para cuidarlo. La mujer asintió y se despidió de su marido. Tres días más tarde vinieron unos vecinos

al monte a decirnos que el *muchicho* había fallecido. Tu padre loco de dolor volvió al pueblo y nos daba una infinita pena a todos sus amigos verle en el estado que estaba. Abrazaba continuamente al pequeño y no había manera de quitárselo de encima cuando sufría los accesos de llanto. Mientras tanto, tu madre no lloraba, estaba quieta encima de una silla, parecía ausente mirando abstraída al suelo y moviéndose como si tuviera un tic nervioso de atrás adelante sin parar. Un amigo vino a decirnos que había un fotógrafo en el pueblo realizando un reportaje y que él había oído decir que algunos padres fotografiaban a sus hijos fallecidos para tener un recuerdo de ellos. Se lo dijimos a tu padre y se hizo la instantánea esa misma mañana.

Antonio Terol volvió a detener el relato por un momento dando la impresión de ir reordenando los recuerdos. Luego, lanzando un prolongado suspiro, continuó con la historia.

—Cuando enterramos al pequeño tu padre era un mar de lágrimas mientras que tu madre parecía estar en otro mundo pues ni hablaba ni lloraba ni nada, estaba como perdida y comenzábamos a preocuparnos por ella. Después del entierro acudimos todos a su casa para acompañarles en tan delicada situación y tu padre, viendo cómo seguía tu madre, no pudo aguantar más la tensión del momento y le preguntó delante de todos los presentes que comentara donde estaba ella mientras su hijo se estaba muriendo. Nosotros nos mirábamos en silencio alarmados por el camino que discurrían los hechos. Se lo volvió a preguntar otra vez gritando como un poseído y ante el persistente silencio de la mujer lo hizo por tercera vez mientras le tiraba a la cara uno de los trajecitos del crío. Al sentir la ropa en la cara tu madre por fin reaccionó y cogiendo la camisa de su hijo la estrujó entre sus brazos rompiendo a llorar por primera vez. A todos nos dio la impresión que era en ese preciso momento cuando se acababa de dar cuenta que su único hijo había fallecido. Chillaba y lloraba con tanta intensidad que los presentes nos emocionamos. De pronto hizo algo que nadie esperaba y mientras gritaba el nombre de su hijo entre vivas muestras de dolor penetró en la habitación y cogiendo el crucifijo de la cabecera de la cama lo tiró al suelo rompiéndolo en pedazos. Luego, acudió a las otras habitaciones de la casa y repitió la misma operación con todos los objetos religiosos que encontró. Los presentes nos mirábamos con verdadero pasmo, pues la situación era un auténtico escándalo. Tu padre permanecía callado y no se atrevía a hacer nada mientras tu

madre fuera de sí comenzó a pedir perdón a su hijo fallecido. Cuando se hubo serenado algo se acercó hacia tu padre y le dijo delante de todos que el día que falleció su hijo ella se encontraba en casa del cura haciendo lo que él quería. Todos los presentes entendimos el significado. Tu padre, mi primo y yo, porque lo sabíamos, y el resto porque lo veía evidente y más conociendo las aptitudes y la fama del párroco local. Tu madre estaba lanzada y siguió hablando a grito pelado mientras tu padre intentaba taponarle la boca para que no siguiera inculpándose y diciendo todas aquellas barbaridades. Fue de esta manera como los presentes nos enteramos que el cura la tenía chantajeada para que accediera a sus bajos deseos. Y que si se negaba le amenazaba con arruinarle la vida, pues insistía en que tenía el suficiente poder en el ayuntamiento para invalidar el contrato de la cabrada, con lo que dejaría a tu padre en la miseria. Además, nos enteramos que el día que murió el pequeño la había obligado a acudir a su casa a pesar del delicado estado de salud en que se encontraba el pequeño. Tu madre insistía entre llantos que jamás en su vida olvidaría que su hijo murió sólo mientras ella pecaba con un cura lascivo.

Los ojos de Manuel se habían ensanchado todo lo que la cavidad ocular permitía. ¿Qué locura era esa? ¿Cómo podía haber ocurrido aquello? ¿Se podía permitir que un sacerdote hiciera actos como el que había realizado? Al ver al joven con el semblante tan decaído Antonio le dio una palmadita en la espalda y, cogiendo el vaso de aguardiente, se lo puso entre su mano y le invitó a apurarlo.

—Bebe —dijo— y acaba la copa. Tomaremos otra, pues aún queda el final del relato. Me preguntaste por la historia de tus padres y cómo puedes ver te la estoy contando. Yo creo que a pesar de tu edad y de que sigas siendo barbilampiño ya eres todo un hombre y tienes los suficientes bemoles para saber la verdad... ¿Sigo?

—¡Haz el favor!

—Cuando por fin se calló la mujer, tu padre la estrechó con fuerza entre sus brazos mientras lloraban dominados por una infinita amargura. Ninguno de los presentes quisimos irnos de allí y la mayoría también lloraba. Nos daba a todos mucho miedo la reacción que podía tener tu padre, de manera que permanecemos con ellos durante toda la noche. A la madrugada siguiente, mientras dábamos cabezadas acobardados por el cansancio, nos dimos cuenta que tu padre había des-

aparecido y nos asustamos. Fuimos directamente a casa del cura y como oímos gritos desde la calle nos temíamos lo peor. Subimos a la casa y allí estaban tendidos en el suelo en medio de un charco de sangre el sacristán y el párroco. Y sentado en una silla totalmente abatido y magullado tu padre. Corrimos hacia los heridos y comprobamos que seguían vivos tan sólo habían recibido una tremenda paliza, tenían cortes y golpes por todo el cuerpo pero lo más escandaloso es que sangraban abundantemente. Fuimos a casa del alcalde y del médico y les hicimos levantar de la cama llevándolos a la vivienda del cura para ver qué solución tomábamos. Por el camino tuvimos que explicarles todo lo que había acontecido y no se lo acababan de creer aunque conociendo la reputación del párroco todo era posible según decía el médico que sabía su fama de mujeriego. Una vez en la casa del sacerdote y mientras le sanaba el galeno, el alcalde le preguntó si dábamos parte a la guardia civil. El sacristán era partidario de denunciarlo porque se lo había llevado con engaños a casa del cura e insistía que no tenía nada que ver con las perversiones del párroco. Sin embargo, prevaleció la autoridad del ministro de la Iglesia que indicó que prefería no denunciar. Y en efecto, al final no lo acusaron. Pero todo lo ocurrido tenía un precio y éste fue que desterraron del pueblo a tu familia y encima les hacían un favor, no creas, pues de haber denuncia por medio a tu padre le hubieran caído algunos años de cárcel. Por eso se fueron a vivir a Cella primeramente y a los pocos años de nacer tú se asentaron en Monterde.

Acabó de relatar los sucesos que había vivido la familia de Manuel y sobrevino un tenso silencio y quietud que Antonio rompió llevándose la nueva copa de cazalla a la boca y apurando hasta la última gota de un solo trago. Una vez bajó el vaso a la mesa suspiró profundamente con la tranquilidad del deber cumplido que da el haber contado una historia como esa a la persona que más necesitaba escucharla. Y todo ello aunque el relato hubiera dejado un poso de amargura en el joven que seguía mirando ensimismado el vasito de licor mientras lo sujetaba con fuerza entre los dedos y lo giraba continuamente. Todavía estuvieron varias horas hablando de cosas de la familia cuando vivían en Gea. De esta manera intentaba el viejo narrador dar un sentido no tan marcadamente negativo a la vida de sus amigos como se podía percibir con la historia recién contada. Empresa ardua y ciertamente difícil pero que a pesar de sus esfuerzos no caló en el ánimo de Manuel. El daño causado por el conocimiento de unos hechos que

ocurrieron años atrás ya estaba hecho pero resultaba inevitable. Y ante las disculpas de Antonio Terol por si había herido sus sentimientos con el relato Manuel respondió que todo lo contrario. El favor se lo había hecho a él y que no existía mayor herida que la ignorancia sobre las causas y los hechos que nos afectan de una manera u otra en nuestra vida. Había conocido la triste historia de sus padres y ya estaba tranquilo, el resto, sólo el tiempo lo diría.

La vida de Manuel ya no volvió a ser la misma. Si bien continuó siendo el mejor amigo de los miembros de su cuadrilla, su carácter se hizo más bronco y pronto quedó en el olvido el niño que había sido hasta hacía bien poco. Un rencor infinito hacia todo lo que sonaba a religioso le persiguió durante el resto de su vida sobre todo cuando se enteró que el culpable de los tristes sucesos que afectaron a su familia siguió como si tal cosa en el pueblo y que su fama de mujeriego incluso fue aumentando con el paso de los años. Además, pensaba que el sacristán también tenía su parte de culpa pues conociendo de primera mano las actividades del párroco no se atrevió a denunciarlas y por el contrario sí quería hacerlo con su padre por haberse tomado la justicia por su mano.

—¡Pero vaya mierda de mundo que nos tocaba vivir! —pensaba. Ahora comprendía el abatimiento de sus padres y la desazón que les daba cuando él, en su ignorancia, les pedía noticias sobre su vida en Gea.

Su madre ya era mayor y vivía con él. A partir de ese día y hasta que murió varios años más tarde la tuvo en un pedestal sin hacerle partícipe de las nuevas que había conocido con el antiguo cabrero de Gea de Albarracín.

—Pobre mujer, con todo lo que había pasado en su azarosa vida y todavía seguía creyendo en la bondad de Dios —rumiaba su hijo.

Manuel había dejado de ir a la iglesia desde que tuvo la conversación con su padre a pesar de que entonces era solo un crío. Ahora, con el relato escuchado en la posada de Gea ya no se consideraba ni tan siquiera una persona escéptica, más aún, le había dado otra vuelta de tuerca a su creciente ateísmo. El conocimiento de todo lo sucedido resultó trascendental en su vida futura y desde ese momento abrazó las ideas más profundamente anticlericales. Se convirtió en un agitador nato, radical e irreflexivo, en contra de todo lo que olía a religioso en el pueblo de Monterde.

XI

Durante un caluroso día del verano de 1917 el secretario del ayuntamiento de Monterde de Albarracín don Ramón Sánchez esperaba ansioso la llegada del cartero, que se demoraba en exceso. Los envíos del correo eran de una lentitud casi exasperante. El ferrocarril dejaba la saca destinada al pueblo de Monterde en la estación de Santa Eulalia y de allí un peatón la llevaba junto a la de otros pueblos próximos al municipio de Pozondón. Por último, desde esta población la correspondencia era trasladada a Monterde recogiendo al mismo tiempo la de dicha localidad. Si la climatología acompañaba una carta originaria desde Zaragoza podía llegar a su destino en Monterde de Albarracín casi cinco días más tarde, aunque en las épocas de lluvia o nieve este espacio de tiempo incluso se podría duplicar. En esos momentos todavía se soportaban las consecuencias de las pasadas lluvias y el camino estaba bastante pesado, por ello el cartero arribó a Monterde casi al medio día. El hombre hizo su reparto y cuando llegó al ayuntamiento el secretario estaba de un humor de mil diablos. Recogió la correspondencia oficial que estaba aguardando con tanta ansiedad y despidió al cartero con cierta brusquedad como era su costumbre cuando las cosas no salían como él quería.

Ya tenía la documentación oficial que precisaba y que con tanto interés había esperando, pero estaba harto de la tardanza del correo y no dejaba de pensar sobre la necesidad de encontrar alguna solución. Continuó examinando el resto de la correspondencia y entre toda la documentación recibida encontró dos cartas que le llamaron la atención. Una de ellas era del ayuntamiento de Albarracín que trataba sobre una reunión a celebrar en la capital de la Sierra en el mes de julio. Y otra de las misivas era una invitación firmada por dos de los personajes más ilustres de la comarca: José María Valdemoro Barrio y Manuel Mora Gaudó. En ella se instaba al consistorio de Monterde para que acudiera al acto sobre las nuevas propuestas del correo en la Sierra a celebrar en la ciudad de Albarracín. Una vez conocido el interés generalizado que existía sobre este tema, el secretario don Ramón Sánchez habló con el alcalde del pueblo comentándole la necesidad de realizar urgentemente un pleno municipal. Durante los últimos meses el consistorio monterdino había recibido numerosas cartas de otros pueblos de la comarca que ponían de manifiesto el descontento de los ayunta-

mientos por el asunto del correo. Se trataba ciertamente de un tema peliagudo que en los últimos tiempos había ocasionado muchos quebraderos de cabeza a los habitantes de la Sierra.

Desde que se tenía constancia un sencillo carro tirado por dos caballos había llevado la correspondencia de Teruel a la estafeta de Albarracín y de allí se había distribuido por medio de peatones a la mayor parte de los pueblos colindantes. Ahora bien, tres años atrás, concretamente en el año 1914, se había conseguido un servicio de automóvil que llevaba el correo a Albarracín, con lo que se había ganado tiempo en la distribución. Sin embargo, como la subasta para la conducción de la correspondencia durante el año anterior acabó desierta no había quedado más remedio que volver al mencionado carro desde Teruel. Esta situación resultaba ciertamente anacrónica y fuera de lugar incluso en la España de esos momentos. Todo ello había colmado la paciencia de los serranos y los políticos también estaban dispuestos a echar el resto para cambiar la situación. En este sentido se había planificado un nuevo proyecto por parte del catedrático don Manuel Mora Gaudó, del cual Monterde de Albarracín salía enormemente favorecido. Y ello porque el peatón que acudía a la localidad de Monterde ya no saldría de Santa Eulalia sino que lo haría desde la propia Albarracín y de esta manera se ganaría como mínimo un día en la distribución del correo.

De manera que las autoridades políticas y el ayuntamiento albarracinense estaban interesados en realizar una asamblea en las Escuelas Pías de esta última población para solucionar, de una vez para siempre, dicha situación. En dicha reunión se pretendía conformar una Comisión Gestora que iniciara los trámites para la reinstauración del auto del correo y la nueva distribución más ágil y moderna de los peatones. Ello se conseguiría creando a tal efecto una sociedad por acciones en la que los ayuntamientos y políticos comarcales tendrían una parte destacada. Durante el pleno convocado con urgencia en el consistorio de Monterde de Albarracín se hizo saber las nuevas de la correspondencia y se votó que acudieran al evento como comisionados el señor alcalde y el secretario. Al tener la necesidad de ir con alguien para que cuidara el carro y los animales mientras durara la asamblea, don Ramón Sánchez ofreció a Cosme ir de carretero. Sin embargo, éste se encontraba bastante atareado con la siega y declinó el ofrecimiento proponiendo a su hijo Rafael para que los condujera. Así pues,

en la mañana del domingo 15 de julio de 1917 acudieron los tres monterdinos a la Asamblea sobre los autos de Albarracín.

Tras varias horas de viaje llegaron a la capital de la Sierra y los gerifaltes monterdinos acudieron sin demora a las Escuelas Pías donde se estaban acomodando el resto de los mandamases comarcales. Por su parte, Rafael reconoció nada más llegar al alguacil de Pozondón y juntos acudieron a una explanada pequeña junto al río Guadalaviar para poder almorzar junto a otros paisanos que habían acudido como él a acompañar a sus respectivos munícipes a la Asamblea. Ésta era bastante tumultuosa y el alcalde junto al secretario de Monterde estaban a sus anchas compartiendo mesa y mantel con los políticos más sobresalientes de la comarca. La comida fue opípara y degustaron un menú de primera, pues la ocasión lo merecía, además lo mejor de todo es que era gratis y por eso no se lo podían perder. Los dos de Monterde radiaban felicidad por los cuatro costados especialmente el alcalde; un tripudo de ademanes cavernícolas que era uno de los mayores tragan-tones del pueblo. Verlo en acción era un espectáculo insuperable con sus chispeantes ojos saliéndosele de las órbitas mientras sonreía agradecido cada vez que se incorporaban nuevas viandas. El buen señor no sabía dónde acudir entre tantos manjares y comía a dos carrillos con un apetito insaciable. Ya era gordo de por sí, pero al ver lo que engullía daba la impresión que compartía alimentos con una legión de solitarias porque en caso contrario su físico habría sido lo más parecido a un orondo tonel. Pero no era solamente el edil monterdino el que destacaba rebañando los platos, muchos de sus correligionarios de la Sierra también se aplicaban en dicha labor. Daba la impresión que llevaban horas, incluso días, sin probar bocado esperando la dicha del convite para dar cumplida cuenta de su glotonería. Por otra parte, el secretario también estaba más que contento porque alternaba de igual a igual con los personajes más destacados de la comarca e incluso de la provincia. Y eso para alguien que le gustaba figurar, como era su caso, colmaba con creces todas sus expectativas.

Una vez llegado a los postres y repartidas las brevas de importación —cubanas para ser más exactos— tocaba lidiar con la más fea. O dicho de otra manera, aportar dineros entre todos para poner en marcha la Sociedad de los Autos de Albarracín que posibilitaría la mejora de la distribución del correo, ya que no conviene olvidar que ese era el origen de la asamblea. Pero... ¡Ay, amigos, con la Iglesia había-

mos topado! ¿Acciones? ¿Dinero? ¡No nos hagan reír! Con la tripa llena, hinchados de manjares y licores no se puede hablar de cosas serias. De nada valieron los ruegos del ilustre don Manuel Mora Gaudó que insistía una y otra vez en la necesidad de dar un paso adelante en el desarrollo de la Sierra. Al acabar la Asamblea no se había suscrito ¡ni una sola acción! Todos escurrieron el bulto como bellacos de la más baja estirpe y, por supuesto, a nadie se le ocurrió preguntar si se debía algo. Eran los invitados de la Asamblea y les habían dado de comer, pues gastos pagados. Dadas las circunstancias, los miembros de la comisión gestora provisional declamaron a los presentes que comentarán el proyecto en sus respectivos ayuntamientos y notificaran lo más rápidamente posible los acuerdos adoptados.

Se levantó la Asamblea y todos los alcaldes y sus séquitos volvieron a sus rediles respectivos con el deber, perdón, la comida debidamente apalancada. Aún estuvo don Ramón Sánchez departiendo con su amigo el secretario de Albarracín don Rafael Pavía de Castilla y Portugal durante unos minutos. Sin embargo y, con un mohín de disgusto, tuvo que dejar la tertulia a medio acabar ante la demanda de auxilio de Rafael para que acudiera a recoger al alcalde. Éste junto a otros que andaban —aunque decir esto último es un eufemismo— medio pedos, habían bajado cerca del río y empezaban a jugar a la *morra* a grito pelado y tras el desastre de la reunión no parecía ni mucho menos lo más adecuado. De manera que una vez reconvenido el zampabollos del alcalde lo subieron como pudieron al carromato e iniciaron nuevamente los tres el regreso al pueblo. Aunque a medio camino Rafael tuvo que hacer un alto para que el munícipe monterdino soltara lastre por su boca de todo aquello que su estómago no había podido digerir, que no era poco.

Ni que decir tiene que el ayuntamiento de Monterde de Albarracín denegó la solicitud de la Asamblea así como el resto de las localidades de la Sierra. Y los pueblos siguieron durante los siguientes años con el transporte del correo a cargo de peatones y del famoso carro de dos caballos para desgracia del desarrollo de las comunicaciones en la aislada comarca. Daba la impresión que la misma estaba abocada al más obcecado subdesarrollo por la impericia de sus gobernantes. Los denodados esfuerzos del diputado del distrito, el barón de Velasco y de otras autoridades como don Manuel Mora Gaudó acabaron en sendos fracasos como fueron los casos de los proyectos de caminos y ca-

rrerteras del año 1911 y el de los autos de Albarracín de 1917. La comarca de Albarracín se abría paso hacia ninguna parte con la ignominiosa complacencia de las autoridades locales más preocupadas en aislarse en sus feudos con sus propias miserias a sangre y fuego que en procurar el beneficio de sus conciudadanos. Eso sí, nadie se quiso hacer cargo de los costes de la famosa comida y fue objeto durante los siguientes meses de un sinfín de negociaciones para ver quién o cómo se pagaba a los Padres Escolapios la ya de por sí onerosa pitanza. Y como bien dijo varios meses después de la fallida Asamblea don Manuel Mora y Gaudó, el mal de la Sierra estaba en la dejación de sus propios dirigentes y no había que buscar más allá. Si sus moradores mantenían un conformismo pasivo de características tradicionales, desde fuera resultaba cuanto menos imposible enmendar el entuerto. En la propia penitencia se llevaba escrita la pena causada. ¡Qué lástima de Sierra!

XII

En la primavera del año 1921 Rafael cumplía veinte años y se sentía la persona más feliz del mundo. Acababa de volver del periplo migratorio a Andalucía donde había trabajado como molinero en ese invierno y llevaba contento a su casa los dineros obtenidos que buena falta hacían. El trabajo en Úbeda había sido considerable, pero había merecido la pena. Y qué decir de su padre Cosme, que también había vuelto a su casa unos días antes dando por finalizada la emigración estacional que repetía desde hacía varios años al municipio de Martos, también en la provincia jienense. En su casa habían quedado durante ese invierno su madre y sus dos hermanos Faustino con diecisiete años y la pequeña María con trece. El retorno había satisfecho especialmente a su madre, pues era la primera vez que se encontraba tan sola en esa época del año y aunque la faena en la casa no era muy abundante echaba de menos la presencia del marido y su hijo mayor.

Al poco de su regreso, Cosme tuvo que decidir sobre un asunto que si salía bien le iba a permitir a su familia consolidar el trabajo del que tan necesitados estaban. Dicha cuestión entraba de lleno en su permanente búsqueda de una estabilidad económica que hasta enton-

ces había sido una auténtica quimera en su vida. En el pueblo tenía un amigo algo mayor que él llamado Guzmán Ramírez que le había propuesto asociarse en un trabajo que había venido realizando en solitario durante los dos años anteriores. Esta persona era como Cosme muy activa, siempre estaba buscando alternativas a las pesadas e informales labores del campo y había encontrado en la extracción de la gayuba el remedio adecuado. También tenían en común los vanos intentos durante su juventud para emigrar definitivamente del pueblo, aunque, como en el caso de Cosme, al final todo quedó en agua de borrajas.

Guzmán Ramírez más conocido con el apodo del *tío Sabio* tenía acordado desde dos años atrás un trabajo con una destilería ubicada en la población de Alcantarilla, en la provincia de Murcia, que consistía en servirle las hojas de una planta abundante en el término municipal: la gayuba. Durante ese bienio de intensa labor tuvo oportunidad de comprobar que en la misma podía trabajar alguna persona más y por ello quiso formar cuanto antes una cuadrilla de trabajo. Esa ocupación sería más llevadera entre varias personas y podrían aumentar la producción que era lo que incesantemente demandaban los amos de la destilería. El trabajo —eso sí— era considerable y se alargaba durante las estaciones de la primavera y verano, pero al mismo tiempo permitía laborar las haciendas de cada casa y las ganancias eran notables. Cosme no estaba totalmente convencido e inmerso en esa disyuntiva, le pareció que sería más indicado que lo intentara su hijo Rafael. Sus reparos venían como consecuencia de tener una ocupación laboral bastante más estable que su primogénito, ya que los jornales con don Romualdo Cavero apenas le faltaban desde el nacimiento de sus respectivos hijos. El mayor ya se había hecho todo un hombre y ahora estaba en la edad de buscar un trabajo que le permitiera contribuir a la casa más de lo que había hecho hasta entonces. En realidad, el oficio de jornalero en el pueblo era escasamente remunerado, con el agravante que apenas se daban jornales teniendo éstos un marcado cariz estacional. Y ello, junto a la falta de trabajo en el invierno, era la principal causa por la que numerosos monterdinos acudían de molineros a Andalucía durante esa época del año. De manera que el último domingo del mes de marzo comentó esas intenciones a su familia y les indicó que contaba para dicha ocupación con Rafael e incluso podía participar su otro hijo Faustino. Eso sí, irían de prueba durante ese

año por ver si dicha labor les compensaba con lo que venían realizando hasta entonces. De esta manera, dejarían de lado el empleo ocasional que venían ejerciendo en el pueblo, aunque quedaba claro que durante los inviernos seguirían yéndose a ganar jornales a Andalucía. Además, las matas de gayuba detenían su ciclo de crecimiento en la estación invernal y convenía aprovechar el tiempo en la medida de lo posible antes de que florecieran en la primavera.

Así que finalmente apalabraron el acuerdo y Rafael se asoció con el *tío Sabio*. Irían a medias con todo y podrían incluir también a su hermano menor Faustino e incluso se comprometió Cosme que él mismo ayudaría en todo lo posible. Comenzaron pidiendo el pertinente permiso al ayuntamiento para la extracción de estos arbustos y una vez concedido se pusieron manos a la obra. Durante los últimos días del mes de marzo acudieron a la sierra del pueblo para buscar las mejores matas de gayuba. Esta planta crecía a raudales por esos contornos y era fácil de distinguir entre la poblada vegetación del monte plagada de pinos y junto a las estepas. Las matas eran de un color verde intenso y las numerosas ramas estaban abigarradas de hojas pequeñas y carnosas extendiéndose por el suelo y abarcando cada matojo varios metros cuadrados de superficie. Durante los primeros días de primavera fueron a recogerlas antes de que la planta moviera e iniciara su crecimiento. Rafael y Guzmán acudían con carros a los que habían incorporado las *pugas* y de esta manera ampliaban considerablemente su capacidad de almacenaje. Los dejaban en el valle y ellos sacaban enteras las matas levantándolas desde la raíz con una azada para cargarlas luego en los carromatos. A continuación, las acarreaban e iban a depositarlas en un campo abierto que utilizaban como almacén, situado justo detrás de la ermita de san Roque. Extendían las matas a modo de parva y al poco tiempo le daban la vuelta para quitar las impurezas. Entonces Faustino y su hermano Rafael se dedicaban durante algún día a almacenar una cama de *chasca* o leña seca y encima colocaban el *tresnal* compuesto por varias capas de gayuba. En esta posición las dejaron unos tres meses hasta la llegada del verano. Y cuando ya estaba en las precisas condiciones de secado las iban sacando del *tresnal* y sacudían las ramas para que soltaran las hojas. Luego, comenzaron a cribarlas para quitar todas las impurezas que tenían y una vez limpias las volcaron en varias talegas recogiendo con las palas. Tenían que tener cuidado en no mezclar las hojas de distinto color por eso las colocaban

en sacos diferentes. Las más oscuras, casi negras, iban aparte porque eran utilizadas como uno de los ingredientes para realizar una bebida muy de moda en aquellos momentos. Mientras que las de color verde servían para hacer pinturas y otras aplicaciones, que los dueños de la destilería guardaban en secreto. Cada saca solía pesar unos veinticinco kilos y eran almacenadas en una paridera. Luego, al tiempo convenido, se transportaban en carros hacia Cella, donde un camión se las llevaba finalmente a Alcantarilla.

Debido a que en ese año llevaban adelantado la recogida de la gayuba, los dueños de la destilería escribieron a Guzmán y le plantearon que probara también a proporcionarles algunos sacos de espigas de un arbusto denominado lavanda, con el que en dicha localidad murciana elaboraban esencia de perfume. El término municipal de Monterde estaba plagado de espliego —nombre como era conocida dicha planta en la Sierra— y los socios se comprometieron a mandar algunas muestras para ver si merecía la pena aumentar la producción en años posteriores. El trabajo también era arduo, pero no tan pesado como el de la gayuba. Cortaban las espigas y las metían en sacos para luego acarrearlas a la era. Allí las amontonaban, y cada mañana Faustino las esparcía para poder trillarlas. Una vez desmenuzadas las iban introduciendo en unas talegas listas para transportar a Cella a la espera que el camión de la empresa pasara a recogerlas. El mayor problema que les deparó el trabajo con el espliego fue la concesión del permiso por parte del ayuntamiento. En el pueblo existían unos cuantos apicultores y las abejas tenían en la flor de la lavanda una de las fuentes de alimentación más destacadas. Tuvieron que llegar a un acuerdo acordando una zona para cada actividad.

Un día Rafael y el *tío Sabio* acudieron a un paraje conocido como el barranco del *Rancho* para segar el numeroso espliego que poblaba sus laderas. Este lugar formaba una pequeña depresión situada a no mucha distancia del pueblo y tenía una fácil entrada por un ramal del camino que llevaba a la sierra del término. Al comienzo del mismo había una gran explanada donde crecía la hierba de un pequeño prado y luego se iba volviendo cada vez más angosto hasta cerrarse en medio de una tupida vegetación. Lo original del barranco era la disposición de los árboles en ambas laderas, sabinas a lo largo de la solana, mientras que los pinos poblaban la zona de umbría. Además, existía una diminuta fuente de agua que manaba entre los orificios de un roquedal y

tras hacer un pequeño remanso al pie mismo de su nacimiento se iba perdiendo entre varios sumideros. Éstos impedían durante el tiempo del estío que el agua llegara al cauce generalmente seco del arroyo y que tenía su origen en la parte alta de la sierra local. Esa mañana, mientras estaban faenando, Rafael le preguntó a Guzmán con cierta curiosidad el por qué del nombre de esa zona, pues le resultaba ciertamente llamativo. El *tío Sabio* detuvo durante un breve momento la siega del espliego y le comentó una historia que le habían contado cuando era pequeño.

—Mira, Rafael, el origen del nombre es antiquísimo, si lo que me contaron es cierto, nada menos que de la época de las guerras carlistas. En aquel entonces pasaron tantas calamidades en el pueblo que el ayuntamiento no tenía fondos para hacer frente a sus necesidades y ansiaban con urgencia una elevada cantidad de dinero por el próximo vencimiento de unas deudas. El tiempo se echaba encima y la situación empeoraba hasta que el bisabuelo de la mujer del *tío Chalecos* doña Merceditas, que por aquel entonces era el más rico del pueblo, se ofreció al ayuntamiento para pagar la deuda contraída. Puso como condición que se le devolviera lo prestado con algún interés en el plazo de diez años. En principio llegaron a un acuerdo pero entonces este señor estipuló indispensable que el ayuntamiento dejara como garantía del préstamo unas tierras comunales que aquí conocemos como los *Cinco Prados*.

—Pero esas tierras creo que las conozco yo ¿no son las que están junto a las navas de la sierra? —intervino Rafael.

—En efecto, son esas que ahora son propiedad de sus descendientes y habrás visto que cuando se habla de ello en el pueblo la gente mayor se pone nerviosa y tuerce el gesto. Eso es porque todavía duele lo que ocurrió a nuestros abuelos —y resoplando por la interrupción del joven le increpó con cierta aspereza—, déjame que siga y haz el favor de no interrumpirme.

Respiró hondo el *tío Sabio* y, como vio que la conversación iba para largo, buscó una losa de piedra donde pudiera acomodarse mejor, encontrando la adecuada bajo la sombra próxima de un árbol. Además, un breve descanso con el sofoco del calor a medianos de junio era muy gratificante y el buen señor era muy trabajador pero nunca desdeñaba la ocasión de parar de vez en cuando y descansar. Luego, muy en su

papel de contador de historias como era conocido —de ahí su apodo— y mientras se secaba el sudor de la frente, continuó evocando sus recuerdos.

—Se discutió acaloradamente en el consistorio municipal, porque el valor de las tierras sobrepasaba con creces el del préstamo. Aunque, por otra parte, los vecinos estaban convencidos que en pocos años podrían recoger mediante imposiciones el dinero prestado y devolverlo. Era imperativo el retorno porque esas tierras eran fundamentales para que pastaran los ganados del pueblo. Así que finalmente acordaron firmar lo estipulado y se comprometieron a tener liquidada la deuda el primer día de septiembre de ese año que no recuerdo exactamente cuál era... mil ochocientos treinta y tantos. Bueno... pues como habían previsto fueron recogiendo el dinero y aunque entre todos los años que transcurrieron hubo alguno de mala cosecha lo cierto es que cumplieron con lo pactado y en ese verano ya tenían atesorado el total de la deuda. Se pusieron en contacto con el prestamista y éste, que por entonces viajaba mucho a Teruel, encargó a su administrador que concertara una comida el día estipulado del cobro en este pequeño prado que daba cabida a toda la gente del pueblo y además tenía agua. Todo ello para celebrar que la situación había funcionado de maravilla pues los vecinos habían recogido el dinero, el ayuntamiento pagaría sus deudas y él iba a cobrar.

De manera que el administrador del hacendado terrateniente y los concejales elegidos fueron preparando la fiesta prevista en este sitio, se mataron varios carneros para festejarlo y trajeron grandes cazuelas para hacer el rancho. Pero mientras estaban prácticamente todos los vecinos aquí esperando a que llegara el prestamista, sus abogados y un notario estaban en el pueblo. Y a las doce en punto del mediodía, tal como estaba estipulado, se encontraban en la puerta del ayuntamiento para cobrar la deuda. Mandaron a un hombre que diera el pregón por todo el pueblo diciendo que el tal señor les esperaba para cobrar pero como los vecinos estaban en el barranco esperándolo nadie acudió. Tan sólo un viejo enfermo atinó a escuchar el bando y creyó adivinar los acontecimientos que estaba organizando el rico usurero. Se levantó de la cama y a pesar de no encontrarse en condiciones se vistió rápidamente yendo hacia el lugar donde estaban los confiados monterdinos poniéndoles sobre aviso. Mientras tanto, el administrador del espabilado terrateniente había hecho que el notario diera fe que a

esa hora no había recibido el dinero prestado con lo que él se quedaba con la garantía del préstamo: los *Cinco Prados*. Y así fue como el antepasado de la mujer del *tío Chalecos* se hizo con esas tierras y la burlada gente del pueblo desde ese momento denominó a este infausto lugar como el barranco del *Rancho*. Esa fue la causa para que años después se constituyera una Sociedad de Montes con el objetivo de asegurar para siempre que los animales pudieran pastar por el resto del término, pues las tierras requisadas eran excelentes prados que se las quedó para sí el infame prestamista.

Rafael se quedó pensativo bajo la atenta mirada del *tío Sabio* y no se atrevió a seguir preguntando. El resultado final de la historia lo conocía de sobra ya que el marido de una descendiente del prestamista conocido en el pueblo como el *tío Chalecos* era el actual dueño de esas tierras. No entendía cómo era posible que se hubieran dejado engañar de esa manera los confiados monterdinos. Pero por otra parte, vaya mala uva que tenía el terrateniente ese. Se levantó de la piedra donde él también se había ido a refugiar huyendo del tórrido calor y como un autómatas se dirigió hacia el tajo del espliego. A los pocos minutos ya estaban en plena actividad los dos socios pero, al contrario que en los días anteriores, apenas hablaron hasta el descanso del mediodía.

—Qué injusta es la vida —pensaba mientras segaba las espigas—. Siempre hay gente dispuesta a aprovecharse de sus semejantes sin importarle las consecuencias. En nombre de la riqueza todo vale, pero no debería ser así. Y lo peor del caso es que los pobres no pueden hacer nada —seguía con sus cavilaciones.

Esa reflexión le martilleó a lo largo de los siguientes días. Más aun con la experiencia vivida en su marcha a Andalucía durante el invierno pasado y los comentarios realizados por Cipriano en la rambla de san Hermenegildo sobre la política y los poderosos. En los últimos meses tan sólo había coincidido en un par de ocasiones con Cipriano y habían quedado en ir un día a Cella para que conociera su casino republicano y comprobara de primera mano las diferentes concepciones de la vida que existían allende Monterde de Albarracín. Con todo lo que había escuchado hasta ese momento había diferenciado claramente dos tipos de personas; por una parte, los que se valían de la buena fe de los demás y tenían los recursos del poder de su parte como era la gente rica y muchos de los que aspiraban a serlo y por otra, los desheredados de la fortuna donde se podía incluir a la mayor parte de los

jornaleros que conocía, muchos de ellos analfabetos, en realidad, un atajo de famélicos haraposos con una actitud rayana en el conformismo pasivo siempre inducido por los poderosos. Y en su permanente reflexión no hacía más que preguntarse en cuál de los dos grupos se acabaría ubicando.

Rafael tenía iniciativa para el trabajo y, por supuesto, aspiraba a mucho más de lo que la vida le había deparado hasta esos momentos. Para él resultaba fundamental saber desde dónde iba a desarrollarse como una persona respetable que tuviera en la decencia y la superación personal su meta en esta vida. Estuvo meditando durante un buen rato y concluyó que sin duda alguna sería en el segundo grupo, pues ni tenía agallas ni intención de aprovecharse de los campesinos pobres. Y pensó además que tendría que dedicar sus esfuerzos a ayudar a los necesitados, porque en definitiva pertenecían a su misma escala social. Si hasta ese momento había sabido que existían ricos y pobres y esa diferencia la percibía con toda naturalidad, a partir de entonces iba a añadir de forma natural la adscripción de cada uno de los grupos a una clase social determinada. Y ello porque éstas actuaban ante la vida de forma claramente diferenciada. No se trataba de problemas individuales motivados por las actitudes de algún individuo en concreto... ¿O quizás sí? Porque él conocía a personas como Ernesto que, a pesar de pertenecer a familias distinguidas, su actitud ante la vida era diferente a los de su clase social. Pero con la salvedad de algunas excepciones lo cierto es que cada uno de esos dos grupos formaba parte de un colectivo diferente era algo así como una manera de ser, su impronta, el sello único y diferenciador frente al resto. En definitiva, cada uno actuaba de diferente manera y poseía unos principios notoriamente definidos. Rafael lo desconocía, pero se había dado de bruces con un mundo que por aquel entonces se hallaba sumido entre tradición y revolución con todas sus variables. Una nueva visión de la vida se abría ante sus ojos y él la iría desbrozando paso a paso.

Para empezar, en el pueblo de Monterde existía una persona que podía situarse en el grupo social que Rafael situaba en las antípodas del comportamiento humano ético y decente: don Belarmino Fuentes, más conocido como el *tío Chalecos*. Rafael lo tenía meridianamente claro; esta persona era el auténtico y genuino cacique local con todo el sentido peyorativo que dicho concepto representa. Era natural de un pueblo de la Sierra llamado Royuela y contaba con treinta y cinco

años de edad. Su apodo venía como consecuencia de su desmesurada pasión sobre dicha prenda, la cual coleccionaba sin tiento y gustaba de cambiar cada día de la semana. Lo habían casado sus padres muchos años atrás con Merceditas Serra, la única heredera de la familia con más rancio abolengo de Monterde de Albarraçín y, por supuesto, la más rica del pueblo. Fue como tantos otros un matrimonio de conveniencia y contra lo que pudiera parecer el paso de los años no hizo sino unir más a la pareja, sobre todo con el nacimiento de sus cuatro hijas. Esta persona tenía un carácter muy fuerte y determinado. Huía de las medias tintas y se enfrentaba con quien hiciera falta, hasta el Papa de Roma si fuera necesario. Sobre todo, era un aventajado terrateniente que buscaba siempre lo mejor para incrementar su ya de por sí enorme hacienda. Poseía asimismo numerosas cabezas de ganado que realizaban, como tantos otros en el pueblo, la trashumancia cada año a unas tierras que su familia poseía en la provincia de Alicante. Era de carácter rudo tirando a arrogante y se preciaba mucho de no tener amigos. Siempre quiso que los monterdinos confundiesen el miedo con el respeto hacia su persona y prefería que la gente del pueblo le tuviera pavor a cualquier signo de confraternidad. Gustaba de vestir bien, sobre todo con trajes de pana y un sombrero que raramente se quitaba, actuando siempre de manera que daba la impresión de ser el auténtico amo del pueblo. Como era rico y poderoso, hacía lo que quería y trataba con desdén al resto de la población. Los criados de su casa le temían como el que más y temblaban cuando las cosas no salían como él quería y se ponía hecho un basilisco. No muy alto, de tez morena, poseía unos ojos acerados y fríos que taladraban cuando escudriñaba con quien hablaba y gozaba como nadie intimidando al personal con su mirada. En los últimos tiempos se había dejado un poblado bigote que le confería un aspecto señorial y confundía a su interlocutor cuando éste no le conocía. Su mujer le adoraba y le cedía con gusto el mando de la casa de sus padres como si fuera él la persona que había heredado la hacienda. Dirigía con mano de hierro sus asuntos caseros y no le temblaba el pulso si tenía que despachar a algún criado respondón o que no hacía lo que le ordenaba. Incluso cuando negociaba la venta de sus excedentes había que ir con tiento con él, pues era de ideas fijas y muy pocas veces transigía con los compradores a los que acusaba de usureros cuando no se avenían a sus exigencias. En el pueblo hacía y deshacía a su antojo y si alguien osaba enfrentársele ya podía ir preparándose para lo que le iba a caer encima. No dudaba en coger la escopeta para ami-

lanar al que fuera y le traía al paio pegar un tiro si hiciera falta utilizando en ocasiones incluso a los criados de su hacienda. Últimamente había puesto los ojos en la alcaldía del pueblo y estaba claro que en el momento que realmente quisiera sería elegido alcalde. Hasta que llegara ese instante le bastaba con amedrentar al que fuera de turno, utilizando regalos o amenazas, daba igual, porque al final siempre conseguía lo que quería.

Pues sí, en esta ocasión había acertado plenamente Rafael, ya que este personaje era la viva muestra de todo lo contrario a la ética, la decencia y la razón que, según pensaba, debía guiar el comportamiento de las personas. De haber conocido sus pensamientos el propio Belarmino Fuentes habría reído con ganas e incluso le habría dado unas palmaditas en la espalda. Se jactaba de ser así y de esa manera quería que lo describieran, ni más ni menos. A partir del conocimiento de los sucesos del barranco del *Rancho* Rafael supo que el *tío Chalecos* se iba a convertir en el personaje clave en el pueblo si quería que revirtiese a los monterdinos las tierras usurpadas de los *Cinco Prados* por la familia de su mujer. E intuyó desde un principio que no sería una empresa fácil. Sin embargo, no desmayó en su empeño y se prometió que tarde o temprano lo conseguiría.

XIII

Hay ocasiones en que las decisiones que toman las personas les afectan positivamente, aunque en esos momentos uno no acierte a saber qué cariz tendrá el futuro. En el año 1921 Cosme había decidido buscar alternativas al trabajo de jornalero que su hijo había venido realizando en el pueblo desde que podía valerse, y había acertado plenamente. Si bien es cierto que el trabajo con la gayuba y el espliego era muy duro —especialmente el primero—, también es cierto que el mismo ofreció la oportunidad de mejorar considerablemente la economía familiar. En términos generales, la de Monterde seguía anclada en el pasado, centrada en la agricultura de secano y en la ganadería. También era un trabajo muy duro y, lo que es peor, estaba al albur de las inclemencias del tiempo, le afectaban las sequías, el exceso de lluvias o el frío. Para que la cosecha fuera excelente resultaba indispensable

una climatología precisa en cada momento, porque en caso contrario, los resultados se reducían de una forma drástica. Y precisamente durante ese año, con la cosecha bastante retrasada por culpa del mal tiempo, tuvo lugar a últimos de julio una infernal granizada. Afectó a la mayor parte del término municipal, cuando la mies estaba a punto de cosecharse, por lo que dio al traste con el trabajo de los labradores. La catástrofe sumió en la amargura a los campesinos que no tenían otro tipo de ingresos y practicaban muchos de ellos una economía de auténtica subsistencia. Comenzó el temporal dos días después de que Rafael, su hermano Faustino y el *tío Sabio* hubiesen acarreado las hojas de gayuba hasta Cella y almacenado en un camión que las iba a trasladar a Murcia. El pedrisco afectó tan sólo a parte de la cosecha de espliego que tenían que trillar y estaba al aire libre en la era, pero como se trataba del primer año, y solo una prueba para ver cómo resultaba su recogida, la pérdida tan sólo fue parcial. Eso sí, los pocos campos de cereal que poseía su padre y los de Guzmán quedaron arrasados, como los del resto de los vecinos de Monterde. Por ello, si tenían algún reparo con su nuevo trabajo pronto lo desecharon y Cosme decidió que a partir de ese momento Rafael se asociaría definitivamente con Guzmán Ramírez y la empresa murciana. Mientras tanto Faustino retornaría a su empleo como jornalero y al trabajo en la pequeña hacienda familiar.

La tormenta de pedrisco que había caído en el pueblo durante ese verano fue un acicate para que mosén Rufino redoblara sus esfuerzos por culminar la obra que estaba trabajando desde unos años atrás. De ese otoño no debía de pasar, ya era hora que Monterde de Albarracín contase con un sindicato católico y agrario. Cuatro años antes ya había tenido lugar una primera reunión para ver si lograba crear la agrupación, pero acabó en un sonoro fracaso. Y eso que el cura del pueblo recibió la visita de varios propagandistas turolenses que acudieron a su llamada para ayudarle en su labor. Sin embargo, ahora estaba totalmente decidido a no perder esta nueva oportunidad. A finales de agosto se puso en contacto con la asociación de propagandistas de la recientemente creada federación provincial que acudían por los pueblos para que los labradores se asociaran en sindicatos declaradamente católicos. Desde diez años antes era frecuente ver en marcha algunas asociaciones en la sierra de Albarracín y ahora ya tenían una considerable experiencia que permitía agrupar a los agricultores y jornaleros

en beneficio común. Como desde la Federación turolense de sindicatos agrícolas católicos estaban ansiosos de acaparar la sindicación provincial le escribieron encantados para que acudiera a Teruel y conociera de primera mano los pormenores de la ingente obra acometida. Mosén Rufino acudió en compañía de Anselmo a la capital de la provincia y allí estuvo hospedado durante dos días para conocer de primera mano los pasos a seguir para la creación del Sindicato de Monterde.

A primeros del mes de octubre de 1921 acudió al pueblo don Casiano Garzón, conocido apologista social católico que había colaborado en la creación de numerosas agrupaciones en la provincia de Teruel. Se hospedó en la casa de mosén Rufino y, desde el primer momento, comenzó su apostolado sindical en el municipio. Lo primero que hizo al día siguiente de su llegada fue acudir a casa del alcalde para hacerle ver la importancia de su labor. Él insistía en que únicamente perseguía favorecer a la agricultura y ayudar a crear instituciones que pudieran paliar la crisis de momentos como el que se vivía debido al pedrisco caído durante el pasado verano. También le habló sobre la necesidad de hacer llegar dicho proyecto a todos los monterdinos para que tuvieran cumplida noticia de lo que se pretendía realizar. Por ello, el alcalde ordenó al pregonero que leyera un bando todos los días convocando a la gente a la asamblea fundacional del Sindicato que se celebraría en la iglesia parroquial el segundo domingo del mes de octubre.

Asimismo, mosén Rufino mantuvo una actividad febril durante todos esos días. Por indicaciones del propagandista nombró un delegado para cada uno de los barrios del pueblo con la labor de ir tanteando e intentar convencer a sus vecinos para que acudieran a la iglesia el mencionado día. Y cuando estaba ya todo el pueblo alborotado y al tanto de lo que se pretendía, don Casiano Garzón organizó una reunión especial en la víspera de la asamblea general. Esta nueva convocatoria se celebraría en el salón de actos de la casa consistorial y tendría como invitados especiales a los mayores terratenientes de la localidad. A todos ellos los tuvo que convencer, pues eran bastante avisados y no dejaban de temerse alguna encerrona. Además, acudiría una representación del resto de los labradores del pueblo, es decir, pequeños e ínfimos propietarios en su mayoría, con la condición de que fueran de los más fervientes católicos del lugar y elegidos por los delegados de barrio nombrados por el párroco.

El viernes día 7 de octubre llegaron tres propagandistas social católicos de la federación provincial para participar en el evento hospedándose en las casas de varios piadosos vecinos. Se trataba de los conocidos Luís Alonso, Juan Jiménez y Alberto Roger que se encontraban dando un periplo de conferencias por los pueblos de la Sierra y estaban a la sazón en Orihuela del Tremedal. Eran viejos conocidos de don Casiano Garzón con el que ya habían coincidido en la creación de otras organizaciones. Desde el primer momento de su llegada se pasaron el día comentando con él algunas cuestiones de forma extremadamente reservada, sin dejar que interviniera en ellas el propio mosén Rufino, lo cual tenía al párroco sumido en un cierto malestar. Se juntaban en el atrio de la iglesia y dialogaban sin descanso sobre la manera de enfocar la creación de la agrupación local ya que cada pueblo tenía sus características y convenía conocerlas para encauzar adecuadamente dicho proceso.

El párroco del pueblo estaba tenso debido a los comentarios que atisbaba a escuchar, porque le daba la impresión que la necesidad de crear el Sindicato caminaba por cauces distintos. Por ello, para poder clarificar cuanto antes las posiciones y juntos emprender la magna obra en la que se habían embarcado, les invitó esa noche a un refrigerio en su casa. Mientras cenaban, mosén Rufino expuso a los presentes los principios que le habían llevado a querer unir a los labradores locales en un sindicato católico agrario. Su objetivo se ceñía en la necesidad de mejorar la vida de sus convecinos, al conseguir gracias a la agrupación, abonos y material agrícola a mejor precio, por lo que podrían enfrentarse con mayores garantías a situaciones de crisis como la padecida recientemente. Durante el ágape veía muy contentos a los cuatro forasteros y pensaba que las cosas empezaban a funcionar correctamente. Sin embargo, todavía mantenían ciertas reservas y junto a algún que otro silencio cuando él quiso inmiscuirse en alguna conversación le hicieron ver que algo se seguía cociendo a sus espaldas y eso lo sacaba de sus tonsuradas casillas ¡bueno era mosén Rufino como para guardarle secretitos en su pueblo o, lo que es peor, en su propia casa! Él, que se pavoneaba de ser una persona perspicaz como nadie y el mayor tozudo del contorno. Casi nada. Estaban llegando al final de la cena de ese viernes cuando les escuchó susurrar a dos de los invitados algo como ... *que (ellos) se habían adelantado...* y *que los otros ya no tenían nada que hacer*. Extrañado por esas palabras insistió en que se explicaran mejor y, mirándose los apologistas algo tensos por haberlos

pillado en falso, se decidió finalmente don Casiano Garzón a clarificarle el significado de la conversación que el curioso cicerón había atisbado oír sólo a medias.

—Nuestro apostolado sigue los designios de la Santa Madre Iglesia —comenzó diciendo el propagandista—. Y debemos congratularnos por ello —finalizó su breve exposición. Luego, volvió a mirar a sus compañeros de la Federación y tras un chirriante silencio en medio de las miradas cómplices se decidió a continuar:

—Siguiendo las directrices del Santo Padre estamos aquí para que los labradores no caigan bajo las garras de los enemigos de la religión... Mira, Rufino, por todas partes van proliferando sindicatos anarquistas o socialistas y donde ellos se imponen triunfan los enemigos de la religión y la propiedad. Y tienes que saber que en las ciudades el ambiente se ha tornado casi irrespirable porque se han desarrollado en demasía haciéndonos la vida imposible. Por eso tenemos que adelantarnos a sus movimientos pues está demostrado que en aquellos lugares donde somos los primeros en sindicarse a los obreros o los campesinos ellos lo tienen muy difícil para desarrollar sus infernales métodos. Y el campo español es un espacio inmaculado donde la gente sigue siendo cristiana por naturaleza y si nosotros somos inteligentes y prácticos seguirán bajo la batuta de la Iglesia.

—Parece que existen diferentes maneras de cumplir con la voluntad de Dios por lo que estoy oyendo —señaló un asombrado mosén Rufino. Y después de un prolongado suspiro continuó—: Yo creo que debemos crear el Sindicato para dar seguridad a los labradores pues, si bien es cierto que los revolucionarios nos crean problemas, no debemos caer únicamente en la tentación de enfrentarnos a ellos. La misión que tenemos es la de ayudar a los campesinos a mejorar su infame vida con nuestra dedicación y al mismo tiempo acrecentar su cristianismo gracias a nuestro apostolado. Si los enrolamos en nuestra obra sindical los revolucionarios lo tendrán imposible para asentarse en el pueblo. Aquí tenemos que son muy pocas familias las que tienen lo suficiente para poder vivir decentemente. La gran mayoría de los habitantes de Monterde tienen lo justo para ir pasando incluso hay algunos a los que tenemos que proporcionar alimentos porque no tienen bocado que llevarse a la boca. En el Sindicato van a tener todos; ricos y pobres la necesaria protección para salir adelante y prosperar...

—No decimos lo contrario —interrumpió elevando ligeramente la voz uno de los propagandistas social católicos—. Con nuestros sindicatos tienen garantizado eso y mucho más. Pero lo realmente importante es que con su fundación impedimos que se hagan fuertes los revolucionarios. No te puedes ni imaginar cómo es la vida para un párroco en un pueblo rural donde existe un sindicato de éstos —insistió en el tema nuevamente el propagandista.

—Yo lo que veo es que ellos se hacen fuertes en aquellos lugares donde la miseria campa a sus anchas. ¿No sería mejor combatir la pobreza y de esta manera el infame sindicalismo que los atrae y descristianiza no tendría nada que hacer? —expuso su tesis con naturalidad el párroco local.

—No te equivoques, mosén Rufino —insistió nuevamente don Casiano Garzón—. Si existen ricos y pobres en este mundo es porque así lo quiere Dios. En su divina sabiduría ha dispuesto medios extraordinarios de orden natural y sobrenatural para suplir la miseria y la enfermedad que acompaña a los desheredados de la fortuna como es la caridad y la beneficencia pública. Y por ello es sabido que los miserables son necesarios en una economía de gracia pues los ricos se pueden santificar gracias a las limosnas efectuadas a los pobres —dijo todo esto con la voz entonadamente grave, como dando a su discurso la nota oficial y exclusiva de la Iglesia.

—Esta discusión no tiene sentido, pues coincidimos en lo básico, que es ayudar a crear el Sindicato —trató mosén Rufino de rebajar el tono de la discusión buscando un evidente punto de encuentro—. Los motivos para hacerlo es lo que nos diferencia, pero en definitiva, lo importante es realizar nuestra labor de la mejor manera posible y siempre con la ayuda de nuestro Señor.

—En efecto y para que tenga lugar, como comentas, la Iglesia ha dispuesto que un consiliario forme parte de las directivas de los sindicatos para que éstos sigan por el camino adecuado y no se desvíen de sus fines originales. No nos conviene que olviden que es la Iglesia quien les proporciona el manto protector gracias al cual han sido creados. Por eso queremos que seas tú el consiliario del Sindicato de Monterde si finalmente y como esperamos, los labradores de este pueblo acuerdan crearlo —acabó confirmando en medio de una amplia sonrisa.

—Para mí sería un honor —respondió el cura local.

—Pues que así sea —dijeron al unísono los propagandistas.

—¡Amén! —concluyó el párroco. Y a continuación rogó a los presentes que realizaran una oración para pedir a Dios ayuda en la tarea que se habían embarcado. Así lo hicieron y una vez terminada se fueron todos a descansar pues al día siguiente les esperaba una ardua tarea.

Ese sábado estaba programada por la tarde la reunión previa a la asamblea que había convocado don Casiano Garzón. A la hora fijada, el local del ayuntamiento de Monterde se encontraba abarrotado y la expectación era máxima, tanto que incluso había gente apelotonada fuera de la casa consistorial. Dentro, los conferenciantes social católicos, el párroco del pueblo y el alcalde, estaban sentados alrededor de una mesa presidiendo el acto. Y sobre todos ellos basculaba don Casiano, que se movía inquieto y algo excitado, aunque al mismo tiempo demostraba controlar la situación. Seguía las pautas marcadas por el presidente de la confederación nacional, don Antonio Monedero, y manifestaba la experiencia acumulada después de varios años de ayudar a la creación de las agrupaciones católicas. Durante los días previos a este encuentro ya había tenido oportunidad de conocer a los mayores terratenientes del pueblo y, como era un observador aventajado, le permitía dirigir la situación hacia sus intereses. Comenzó su intervención de pie, moviéndose de un lado para otro y dando una somera explicación de lo que era el Sindicato desde el punto de vista formal y las positivas expectativas que se abrían con su creación. Después de casi una hora de disertación sobre las posibilidades del Sindicato, se apercibió de que había llegado el momento de llegar al punto clave de la reunión: el capital social que debía sustentarlo y a partir del cual se podía empezar a creer en su creación. Miró detenidamente a los hacendados que estaban sentados en las primeras filas y les comentó:

—Para empezar a andar hace falta que las personas más acaudaladas del pueblo suscriban la cantidad de dinero que estimen más conveniente.

Entonces el silencio se apoderó de la sala y todos miraban al propagandista sin atreverse tan siquiera a pestañear. Siempre se repetía este ritual, pues era hablar de poner dineros y se escaqueaban como si

no fuera con ellos. Después de un lapso de tiempo, que se antojó eterno, empezó a nombrar a los mayores propietarios y se detuvo glosando la figura de don Romualdo Cavero, su ancestral linaje y el sinfín de retahílas que sabía iba a dar sus frutos.

—¡Quiero participar con cien pesetas! —concretó el interfecto mientras levantaba el mentón envalentonado por ser el que daba el primer paso.

Segundos después fue el mayor terrateniente del pueblo, el *tío Chalecos*, el que elevó la cifra a ciento cincuenta pesetas, cantidad que igualó el *tío Celipe*, un ferviente católico y acaudalado hacendado. Y por no ser menos, segundos después hizo lo mismo don Hilario Pedraza, otro insigne ricachón. Eso es lo que esperaba don Casiano, que alguien de los presentes comenzara con las donaciones. En realidad, éstas eran una puja en toda regla, ya que a muchos terratenientes locales no les movía su proselitismo sino más bien un acrecentado narcisismo. Y no digamos los que estaban un peldaño más abajo en la escala social del pueblo y envidiaban la posición de aquellos. Saltaban como resortes para no ser menos aunque les costara un ojo de la cara sumarse al oneroso envite. Al momento, don Jesús Soriano no quiso dejar de lado la ocasión y también se ofreció a participar con una suma nada despreciable. Y así lo hicieron cada uno de los terratenientes presentes. Picados por su orgullo se tragaban el anzuelo lanzado por el pilluelo del apologista social cristiano y cada uno de ellos sobrepasaba al anterior a ver quien podía más. Aunque también había quien contribuía con cantidades más modestas, pero lo realmente importante era que lo hicieran con el dinero que fuera.

Los presentes comenzaron a murmurar y se miraban entre ellos ciertamente perplejos mientras don Casiano sonreía plácidamente. Lo había logrado de nuevo. Sabía manejar los hilos como nadie para conseguir sus fines. Se había dado cuenta que el tal don Romualdo se las daba de hidalgo con raíces y cuando se le presionaba pecaba de presuntuoso. ¡Quién mejor que él a quien ofrendar las mejores dedicatorias de la reunión! Estaba claro que saltaría el primero, sólo había que echarle el cebo y esperar. Solventado el tema de la suscripción se pasó a concretar las cuotas de los socios y quiénes formarían parte de la directiva. En este punto también supo moverse con la delicadeza que requería la ocasión e indicó que, al ser una agrupación de carácter católico, estaba claro que mosén Rufino sería el consiliario. Y oído esto

se pusieron de pie los presentes dedicando una sonora ovación al aludido que agradecido saludaba a todos embriagado por una sincera emoción. Pero qué cuco había demostrado ser don Casiano, lo había conseguido una vez más. Había movido los hilos con la maestría de un titiritero y las marionetas sin enterarse de nada y encima creyéndose los dueños de sus actos. No obstante, faltaba todavía lo básico, que era la asamblea general del día siguiente, pero estaba plenamente convencido de que refrendarían todo lo acordado como, por otra parte, solía ocurrir.

El día 9 de octubre, una hora después de la misa, tuvo lugar la reunión prevista para la confirmación del Sindicato. A la misma sí acudía todo el pueblo, entre ellos Rafael y alguno de sus amigos, pero no Cipriano ni Manuel, que no querían saber nada que oliera a la Iglesia. También faltaron bastantes de los presentes de la reunión celebrada en la sala de actos del ayuntamiento. Unos por no mezclarse con el vulgo y otros todavía con el miedo en el cuerpo, no fuera que les volvieran a hacer temblar sus bolsillos. Fueron pasando por todos los temas formales que debía regir la administración del Sindicato. Sin embargo, al final de la asamblea, la gente era reacia a afiliarse en la medida que habían previsto los propagandistas. Existía algún inconveniente desconocido que se les escapaba e impedía llegar al número exigible para su normal funcionamiento. Extrañado por todo ello, don Casiano Garzón comentó a los presentes intentando convencerles:

—Hijos míos, esta obra tiene que ser firme y sólo puede realizarse con la ayuda de todos vosotros. En nuestros sindicatos tienen cabida todas las personas de buena fe que quieran afiliarse. Cada una de estas agrupaciones es una viva muestra de la población de un pueblo en toda su extensión. Hay labradores pero también se admiten jornaleros, la única condición es que estén relacionados con el campo y que sean buenos cristianos.

—Pero cada persona tiene unos problemas que son distintos a los demás. ¿Cómo podemos estar juntos los ricos y los pobres de este pueblo en el mismo Sindicato si cada uno de nosotros tiene unas necesidades? —apuntó uno de los monterdinos presentes.

—¡Sí se puede! Lo importante es estar unidos y trabajar codo con codo en beneficio de los agricultores de Monterde —respondió algo contrariado don Casiano Garzón.

—Pues no sé cómo lo van a hacer. ¿Cómo va a actuar el Sindicato ante el problema de la falta de tierras que tenemos en este pueblo? —preguntó también alterado otro vecino.

A pesar de que ya conocía esta circunstancia, no se esperaba el apologista social cristiano escuchar tantas objeciones como las que estaban realizando algunos de los presentes. Toda la preparación del día anterior con los terratenientes y ahora a los únicos que se les oía era a los miserables jornaleros del pueblo. ¿Por qué no salían en defensa de la creación del Sindicato aquellos que repetían claustro con la pasada reunión? De seguir así iban a arruinar sus denodados intentos de crear el Sindicato. Los miraba con el ceño fruncido y le daba la impresión que no eran más que carne de revolucionarios. No podía permitir bajo ningún concepto que se saliesen con la suya, so pena de dejarlos en bandeja a sus odiados enemigos. No iba a consentir que este pueblo perdido en la Sierra y apartado del mundo hiciera de pica de Flandes para los enemigos de la religión y la propiedad. Observaba detenidamente a un grupo sentado en los bancos de la derecha que, por su forma de vestir, aparentaban no padecer excesivas necesidades, pero estos callaban. Más aún, alguno de ellos asentía con la cabeza las demandas de sus paisanos. Entonces, como vio que la asamblea comenzaba a tomar un rumbo que podía escapársele de las manos, se defendió como buenamente pudo utilizando también sus excelentes dotes de demagogo.

—Si falta trabajo, hablaremos con los terratenientes para ver qué podemos hacer.

Sin embargo, el tiro le salió por la culata y uno de los monterdinos, precisamente del grupo que él esperaba le podía ayudar, comentó directamente sin ningún tipo de rodeo ni medias tintas:

—Es que la mayor parte de los que estamos aquí lo que queremos son tierras para poderlas laborar y de esta manera igual no tendremos que emigrar en el invierno.

A estas palabras siguió un murmullo de aprobación. Sin embargo, el propagandista continuó con su cantinela.

—No os preocupéis por ello, que los hacendados de este pueblo son excelentes personas y accederán a dar ocupación a aquellos que lo necesiten. Este mismo problema ocurrió en Royuela y allí la agrupación local está pensando en hacerse cargo de los campos de una masía

y repartirlos entre los socios. También en Gea y allí se quiere hacer un reparto de varias tierras de la princesa de Pignatelly.

—Pues aquí nosotros nos conformaríamos con que el *tío Chalecos* devolviera al pueblo los *Cinco Prados* que en mala hora nos robó la familia de su mujer —gritó con tono de rabia Rafael desde uno de los bancos del fondo de la iglesia.

Entonces la mayor parte de los presentes comenzaron a hablar al mismo tiempo insistiendo en el alegato efectuado por su paisano. El barullo comenzaba a ser notable, tanto que los propagandistas se miraban atónitos. Entonces, el más nervioso de ellos, se levantó y dándose la vuelta se dirigió hacia las bancadas donde eran más visibles las protestas e intentando calmar al personal les indicó:

—¡Pues yo digo que todo se andará y si queréis hacer algo tendrá que ser dentro del Sindicato! Sólo de esta manera podréis conseguir vuestros deseos.

Un susurro de voces se extendió por toda la iglesia y muchos de los presentes comenzaron a alzar la voz discutiendo sobre lo que debía hacer el Sindicato y si esto era posible. Tuvo que ponerse serio mosén Rufino y con un tono de enfado censuró abiertamente a los que estaban alborotando sin percatarse del sitio donde estaban. Don Casiano Garzón comprendió que ese tema se iba yendo cada vez más por unos derroteros que no le interesaban en absoluto. Y como estaba decidido a finalizar con lo que había venido a hacer, optó por levantar las manos intentando aplacar al personal y comprometerse en algo aunque ciertamente ignoraba como lo conseguiría.

—Si ese es el mayor problema que tenéis en Monterde, yo os digo que haré todo lo posible para resolverlo, sólo necesito que nombréis a un delegado para hablar con el dueño de las tierras. Pero tenéis que tener paciencia, pues requiere de mucho tacto y persuasión. Lo que está claro es que tan sólo se podrá resolver desde dentro del Sindicato y será fruto de un acuerdo entre todas las partes —resopló intentando por enésima vez que se comprometieran a formalizarlo definitivamente.

Esta vez la firmeza de sus palabras obtuvo el éxito esperado y los protestantes monterdinos presentes en la muy católica iglesia de Nuestra Señora de la Asunción callaron durante breves segundos, los suficientes para que don Casiano, dándose cuenta del efecto conse-

guido, quisiera poner la guinda al pastel. Y casi sin darles tiempo a pensar de nuevo persistió en su mensaje:

—Y ahora os vuelvo a repetir que personalmente hablaré con su propietario para hacerle ver vuestras demandas e intentar que se resuelva este asunto de una vez por todas. Iré con la persona que elijáis como representante. Os aseguro que entre todos nosotros lo conseguiremos.

Como continuó el silencio expectante de aquellos hombres, dio por terminada la cuestión y, dueño de la situación, se dirigió a los presentes demandando socios para formalizar el Sindicato. Alguno de ellos seguían conversando a viva voz sobre el tema de las tierras y cada vez eran más los que creían que igual tendría razón el propagandista y dentro del Sindicato resultaría más fácil convencer al *tío Chalecos* que la mejor solución para todos era un pacto sobre los *Cinco Prados*. Varias manos se levantaron asintiendo su afiliación y don Casiano Garzón respiró plenamente satisfecho de la labor conseguida. El Sindicato por fin era una realidad, pero respecto a lo que se había comprometido ¿quién de los presentes se atrevería a ir con él para hablar con el *tío Chalecos*? O dicho de otra manera ¿quién tendría el suficiente valor para ponerle el cascabel a un gato salvaje como don Belarmino Fuentes?

XIV

La burocracia engorrosa seguía su curso y el ayuntamiento de Monterde de Albarracín examinaba la idoneidad de los aspirantes a soldado para el ejército español. Durante la primavera del año 1922 se iban a realizar las pruebas pertinentes para saber si los seis mozos llamados a filas no padecían ningún impedimento que les hiciera evadir el servicio militar. Los jóvenes eran llamados a la alcaldía por el secretario del ayuntamiento y, junto al médico, comprobaban fehacientemente si superaban las pruebas físicas exigidas, fundamentalmente la talla, o si padecían alguna enfermedad. Luego, otra objeción plausible era el ser hijo único de padres ancianos, estar casado y ser padre de familia o cualquier inconveniente habido o por haber que, por muy peregrino que fuera, les eximiera de acudir al ejército. En todos los reemplazos existía un número de jóvenes que se libraban de

alistarse por tales motivos, lo cual era celebrado con enorme alegría pues eso de irse fuera del terruño no agradaba a nadie. Aunque ciertamente el motivo para no querer ir a engrosar el ejército español era obvio durante esta época: la guerra de Marruecos. Sin embargo, los seis valientes reclutas que proporcionaba el pueblo de Monterde durante ese año no adujeron ninguna minusvalía ni impedimento alguno y fueron proclamados útiles para el servicio militar durante la primavera de ese año. Todos juntos, sí, pero no revueltos.

Don Romualdo Cavero llevaba varios meses dándole a la cabeza sobre la manera de poder evitar a su hijo Ernesto la arriesgada aventura africana. Durante el verano del año anterior había tenido lugar una de las mayores derrotas del ejército español en el Rif marroquí. El llamado desastre de Annual y la carnicería del monte Arruit habían ocasionado miles de muertos a las tropas españolas, muchos de ellos fueron pasados a cuchillo por los rifeños alzados en armas contra el protectorado español. Entre los que murieron en dichos combates había tres mozos serranos y, uno de ellos era natural del cercano pueblo de Torres de Albarracín. Durante casi todos los años de la guerra se tenía noticia del fallecimiento de algún paisano o las heridas de tantos otros y eso llenaba de una amarga incertidumbre a los padres de la soldadesca. Por todo ello, el rico hacendado no estaba dispuesto a que su primogénito fuera carne de cañón, haría todo lo posible e imposible para sustraerlo del riesgo que suponía ir a la guerra.

Durante su estancia en Teruel a finales del año anterior había entrado en contacto con un prestigioso abogado que le habló sobre la existencia de diversas fórmulas para evitar que se fuera a África. Con anterioridad, otros miembros de la burguesía serrana que conocía le habían indicado asimismo la mencionada posibilidad, pero nunca se interesó a fondo por el tema hasta que su hijo estuvo a punto de cumplir la edad del servicio militar. Y como el hacendado monterdino estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de librarle del ejército, se encaminó a la capital provincial en el momento que las nieves dejaban paso al buen tiempo y podía transitar por los caminos del pueblo. Así pues, a primeros de febrero de 1922, acudió en su lujoso carromato a la cita que tenía concertada con el eminente letrado.

El bufete que regentaba en Teruel el licenciado don Mateo Lahuerta era el más concurrido de la provincia por la burguesía turolense. Y todo hay que decirlo, tenía bastante trabajo, especialmente desde

que el gobierno de turno aprobara en el año 1912 un reglamento que permitía eludir los peligros de la guerra a los hijos de las familias pudientes, bajo la equívoca fórmula del pago de una determinada cantidad de dinero. Don Romualdo Cavero entró en la antesala del despacho, y al cabo de unos minutos, acudió a recibirlo el abogado en cuestión. Después de los saludos de rigor, penetraron en una recargada biblioteca que tenía acondicionada para las reuniones. Se sentaron en dos lujosas butacas y sin más preámbulo, aunque con ciertas dosis de ansiedad, preguntó el hacendado monterdino:

—¿Qué hay de aquello que me comentó usted sobre la posibilidad de que mi hijo pudiera librarse de ir a la guerra de África? Vengo dispuesto a escucharle y haré todo lo posible para que así sea —mencionó de carrerilla, casi sin pausa.

—Mire, don Romualdo, le voy a hacer una pequeña introducción para que sepa cómo están las cosas en estos momentos —dijo el abogado mientras lanzaba un suspiro sobreactuando—. Las personas de nuestra posición social siempre hemos tenido la oportunidad de eludir determinados sacrificios. Desde hace muchos años la ley nos daba la posibilidad de que nuestros hijos al ser llamados para el ejército pudieran ser sustituidos por otros jóvenes, lo importante era que ese puesto se cubriera, pagábamos a quien lo hiciera y santas pascuas. O también en otros tiempos se contribuía al Estado con una determinada cantidad de dinero y se eximía a nuestros retoños de ir al ejército. Pero todo eso pasó y la culpa la tienen los menesterosos de la vida que no contentos con servir a la patria, a base de algaradas y revueltas, han obligado al ejecutivo para que haga leyes en nuestro perjuicio. Eso fue lo ocurrido en Barcelona durante el episodio que se conoce como la “Semana trágica”. ¡Qué barbaridad! Nuestros políticos se bajaron los pantalones y aquí los tiene hoy en día haciendo decretos y leyes para igualarnos a todos cuando sabemos usted y yo que eso es imposible, siempre ha habido clases y las seguirá habiendo, digan lo que digan. De manera que en el año 1912 se publicó un reglamento por el que todos los españoles en edad de servir a la patria estaban obligados a alistarse cuando los llamaran. Sin embargo, gracias a la insistencia de nuestros amigos, se logró que se introdujera un apartado por el cual si se contribuía con una cantidad determinada de pesetas el soldado elegiría el cuartel donde quisiera ir a realizar el servicio militar y además éste se reducía y ya no serían los tres años sino de unos cuatro o seis

meses durante el primer año de servicio y los mismos en el segundo. Todo dependiendo de la cantidad de pesetas que se aportara.

—Sin embargo, el problema de la guerra de Marruecos está ahí y se los pueden llevar a África en cualquier momento ¿o no? —interrogó don Romualdo.

—En ese punto es precisamente donde entramos nosotros —saltó con inusitada rapidez el señor abogado. Y tal como esperaba comentó la parte más jugosa de la entrevista—. Le garantizo que por una cantidad de dinero su hijo no pisará jamás el suelo africano y además, legalmente. Mire, nosotros somos en Teruel los representantes de la antigua Oficina General de Sustituciones. Es una empresa que se creó en el año 1914, una vez conocidas las posibilidades que nos deparaba la nueva ley por el ilustre don Pascual Ulzurru de Lena. Nosotros nos encargamos de todo, usted sólo tiene que pagar lo legalmente estipulado que puede ser mil o dos mil pesetas, depende el tiempo que quiera que esté su hijo en el servicio militar. Eso sí, su hijo elegirá el destino que quiera en la península y se tendrá que pagar la manutención y el alojamiento pero se habrá librado de acudir a guerrear con el moro que mire como están las cosas últimamente. Y por supuesto, nuestra agencia le cobrará la comisión correspondiente pero nada más. Como puede ver con dinero las personas de nuestra posición no tienen porqué sufrir más de la cuenta. Para algo nos debe servir nuestros ahorros ganados con tanto esfuerzo y dedicación.

Y mientras decía esto último se deleitaba sabiendo de antemano que escuchar dicho razonamiento era un requisito imprescindible para que los ricos de pueblo o hidalgos trasnochados como el que tenía enfrente aceptaran complacidos este tipo de propuestas.

—Pues sabe lo que le digo, que tiene usted toda la razón del mundo —respondió sacando pecho el hacendado monterdino—. Y es bien cierto que todos los españoles contribuimos según nuestras posibilidades. Unos van al ejército y otros lo hacemos con nuestro dinero para mantener a las tropas en perfecto estado. Estoy totalmente de acuerdo con su propuesta y pienso contribuir con las dos mil pesetas para librar a Ernesto de los peligros de la guerra contra la morisma. Prepáreme los papeles y cuando los tenga listos avíseme para volver y pagar lo convenido —zanjó la entrevista plenamente convencido de lo que hacía.

Don Romualdo se levantó satisfecho por el resultado de la reunión y, estrechando la mano del ilustre letrado don Mateo Lahuerta, retornó a Monterde de Albarracín. Cuando llegó de nuevo a su casa le comentó a su mujer doña Milagros el acuerdo al que había llegado con el abogado de la Agencia de Quintas. Su esposa recibió la noticia con enorme alegría, el peligro para su hijo había acabado. Ya no correría el riesgo de formar parte de la interminable lista de bajas que periódicamente publicaban los diarios en sus crónicas sobre la guerra del Rif. Ahora llegaba la otra parte del problema: ¿cómo se lo tomaría Ernesto? Su primogénito estaba muy unido a Rafael que también había sido llamado a filas, como varios de sus amigos del pueblo, pero... ¿Cómo le sentaría cuando supiera que todos ellos tendrían que ir a guerrear a África mientras que él se quedaba plácidamente en la península? Y Romualdo conociendo el carácter de su hijo mayor estaba plenamente convencido que tendría que persuadirlo de la elección que había hecho por él.

En las vísperas de la celebración de la fiesta de los quintos del pueblo el ambiente estaba muy animado con los inseparables Ernesto y Rafael dirigiendo el cotarro. Pero el *tío Señorito* tenía otros planes y convenció a su hijo para que se fuera con él a Zaragoza en un viaje de negocios precisamente durante esos días. No le pareció bien al primogénito, pero no quiso contrariar a su padre y finalmente decidió irse con él. Estuvieron ambos observando las evoluciones de las nuevas maquinarias agrícolas en una exposición sobre agricultura que periódicamente se celebraba en la capital aragonesa. Y también acudieron a visitar algunos cuarteles y cierta fonda recomendada por sus amistades. Todo ello sin despertar sospecha alguna en Ernesto, que seguía las indicaciones del padre aunque éstas le parecían algo extrañas. Romualdo Cavero no veía el momento de contárselo, pero al tercer día de su estancia por fin se decidió a hablar y le comentó la determinación que había tomado. Además, le indicó que ya no regresaría a Monterde y que había decidido por él todo lo concerniente a su paso por el ejército. Tan sólo le daba la opción de elegir el cuartel que prefería en Zaragoza y la fonda donde iba a vivir durante su estancia en el servicio militar. De nada valieron las protestas de Ernesto, la decisión estaba tomada.

El joven quedó ciertamente contrariado tal y como suponían sus padres, no pareciéndole bien el contexto que se daba, era como si traicionara a sus amigos de Monterde y especialmente a Rafael. Pero

qué situación tan enrevesada y cruel. Habían nacido los dos casi al mismo tiempo y se habían criado juntos. Siempre estuvieron unidos para todo y ahora, por una cuestión de cuna, Rafael corría riesgo de muerte en una maldita guerra, mientras que Ernesto, por ese mismo argumento, quedaba exento de los peligros de la contienda. Cómo era la vida de injusta aunque sería más correcto decir, cuánta indecencia había en los hombres que dirigían sus vidas. Los pobres no se escapaban de ir a la guerra. Y los ricos en sus casas leyendo tranquilamente los periódicos mientras sorbían algún refresco y se compadecían del triste balance de muertos diarios en la guerra del Rif. ¡Pero qué país, cuánta impúdica desvergüenza!

XV

En las postrimerías de la primavera del año 1922 el *tío Chalecos* irradiaba felicidad por todos sus costados, era el auténtico dueño del pueblo y él lo sabía. Su momento había llegado y pretendía rentabilizarlo de la mejor manera posible favoreciendo sin tapujos y a las bravas sus intereses. Había decidido por fin presentar su candidatura a alcalde porque la situación social en el pueblo estaba cada vez más tensa y le era especialmente lesiva desde la creación del Sindicato. Algunos vecinos encabezados por Rafael habían ido detrás de él con el tema de los *Cinco Prados*. Y decidieron desde dentro de la agrupación forzar un acuerdo que, de llegar a buen fin, solucionaría muchos problemas del pueblo, aunque a él, lo cierto, es que acabarían perjudicándole. Las propiedades de su mujer, que eran las suyas propias, eran sagradas y no iba a permitir, bajo ningún concepto, menguarlas por más que así lo quisieran los desarrapados del pueblo. Por eso, no quiso dejar al albur la posibilidad de salir elegido alcalde, ya que disponer con dicho cargo era mucho más importante que forzar con dádivas o amenazas a quien lo detentase. Definitivamente, iba a coger las riendas del mismo para evitar que a través de la alcaldía se pudiera poner en jaque la enorme hacienda que había heredado su mujer y que él había colaborado a incrementar desde que se casaron. Belarmino Fuentes tenía claro que saldría elegido alcalde porque poseía un cierto carisma y muchas personas del pueblo le debían favores que se pensaba cobrar. Pero, por si no bastaba con ello, en estas elecciones fue convenciendo a los

vecinos más reticentes o pasivos con el premio añadido de media fanega de trigo si lo votaban. Y, existiendo un número considerable de familias con escasos recursos, su elección fue pan comido y la mayor parte de los electores así lo hicieron durante la primavera del año 1922. De esta manera, fue como consiguió por primera vez llegar a la alcaldía de Monterde aunque, vistos los métodos utilizados, no era ninguna novedad, pues en las elecciones a diputados los aspirantes también solían comprar los votos. Según la costumbre imperante en esos momentos, existía un buen número de personas sin conciencia cívica que no veían más allá de sus narices y encima agradecían los óbolos como si el favor se lo hicieran a ellos y no al contrario. La política en mayúsculas era ninguneada por los eternos vividores, ya fueran terratenientes, aristócratas, personas adineradas o profesionales varios que, obviando sus escrúpulos, se aprovechaban con vileza de la necesidad e ignorancia del común de los electores.

El primer paso ya lo había dado Belarmino Fuentes y ahora quedaba hacerse fuerte en el Sindicato para ir ninguneando las demandas sociales de los vecinos de Monterde de Albarracín. Como además era un ferviente cristiano —mantenía incluso una de las capillas de la iglesia sufragada por los antepasados de su mujer— se puso en contacto con los dirigentes católico agrarios provinciales para celebrar un acto en esta localidad durante el primer domingo del mes de junio del año 1922. Pretendía hacerse con el control del Sindicato y para ello quiso regalar al mismo una bandera con la enseña del pueblo y colocar de presidente a un protegido suyo. En esa fecha iba además a convidar a un ágape a los socios del Sindicato y a los invitados que vendrían de Teruel. Para ello no había escatimado gastos, pues se lo podía permitir y según sus íntimos pensamientos, *el fin siempre justificaba los medios*. Así pues, el día 4 de junio salieron los mencionados propagandistas en un automóvil desde la capital de la provincia dirigiéndose a Monterde con la intención de llegar a media mañana y poder acudir a la misa dominical en cuyas postrimerías se quería bendecir la bandera. La visita la realizaban dos de los más importantes apologistas social católicos de la provincia que, además, ayudaron a crear el Sindicato de Monterde el año anterior. Se trataba del secretario de la Federación turolense, Luís Alonso, y del director de política social y propaganda, Alberto Roger. Pero estas personas no contaban con el hecho de que no existía carretera para llegar a Monterde de Albarracín, tan sólo era posible desde los pueblos de alrededor mediante caminos de herradura. Ellos

siguieron las indicaciones que les dieron algunos labradores del cercano pueblo de Cella, pero llegó un momento que no tenían ni pajolera idea por donde continuar el viaje. De manera que, totalmente perdidos, optaron por salir del coche y se dirigieron andando por el camino que intuían les acercaría a su destino. Uno de los propagandistas portaba la bandera del Sindicato de Monterde a modo de señal por si los veía algún campesino de esta localidad.

Mientras tanto, en el pueblo pasaba el tiempo y comenzaban a preocuparse por la tardanza de los invitados. Mosén Rufino estaba hecho un flan y no hacía más que asomarse por la puerta de la sacristía cada vez que oía algún murmullo en la iglesia y tras comprobar que todavía no eran ellos volvía a entrar y aumentaba su nerviosismo sobre qué podía haber ocurrido. El comienzo de la misa la fue postergando todo lo que pudo, esperando verlos aparecer de un momento a otro, pero como el tiempo pasaba y los propagandistas no llegaban, mosén Rufino optó por iniciarla. Al finalizar el acto religioso todavía no tenían noticias de los viajeros y tanto el cura como los miembros del Sindicato comenzaron a preocuparse seriamente. El párroco intuyó aquello que podía haber ocurrido, es decir, que lo más probable es que se hubiesen perdido ante la carencia de una carretera en condiciones. Por ello, hizo llegar el recado a las cocineras que estaban elaborando la comida que se iba a celebrar al medio día en el Sindicato para que ralentizaran su elaboración, por ver si llegaban los invitados. Luego habló con los socios y les indicó que lo mejor sería que partieran por las sendas que llevaban a Cella para ver si los encontraban.

Entonces, la gente se distribuyó por varios caminos. Cada uno de los grupos portaba un cuerno que utilizaban para llamar al ganado y, de esta manera, aquella partida que lo viera primero avisaría a los demás que los habían encontrado. Por la vieja ruta que transitaba hacia Cella iba el grupo más numeroso de monterdinos. Mientras caminaban mantenían un acalorado debate sobre lo acontecido con el *tío Chalecos*, el tema de los *Cinco Prados* y la labor del Sindicato. La mayor parte del grupo de amigos de Rafael se habían hecho socios del Sindicato, pero últimamente estaban bastante disgustados de los derroteros por los que estaba discurriendo su actividad, muy lejos de las previsiones que pensaron cuando se creó la agrupación. Las familias adineradas eran las que menos le afectaban la enrocada situación, debido a que una de las actividades del Sindicato era la compra de bienes agrícolas

que resultaban más económicos que desde fuera del mismo. En el otro lado, estaba el grupo de jornaleros del pueblo que se habían hecho socios. Una gran mayoría lo fueron para ver si podían ayudar a revertir al pueblo los *Cinco Prados*, tal y como había asegurado don Casiano Garzón cuando se fundó la agrupación católico agraria.

Sin embargo, habían pasado los meses y la situación estaba peor que al principio porque al apercibirse de las demandas del vecindario el *tío Chalecos* se había cerrado en banda y no había manera de negociar absolutamente nada. Más aún, en la entrevista que tuvo lugar para dar a conocer la necesidad de las tierras por parte de los vecinos acabó casi en una pelea ante el cerrajón de don Belarmino y el escaso interés del apologista Casiano Garzón. El dueño de las tierras los echó a todos de su casa con cajas destempladas y muy malos modos, especialmente a la persona delegada por el Sindicato; un jornalero con mucha labia y que prometía, llamado Cristóbal Sacristán que, ni haciendo honor a su apellido, pudo conmover el pétreo corazón del *tío Chalecos*. Y lo peor para el desventurado delegado estaba por venir, porque comenzaron a faltarle desde ese día los jornales que antaño le permitían dar de comer a su familia y dos años más tarde emigró al Puerto de Sagunto aborrecido por tanta injusticia. Y detrás de toda esa inquina estaba, sin duda alguna, el largo brazo del nuevo cacique del pueblo, obstinado y rencoroso como nadie. Pero no sólo tuvo esta persona la desgracia de caer bajo su despiadado carácter, aquellos que habían instigado sobre los *Cinco Prados*, especialmente Rafael, tuvieron que ir con tiento a partir de ese momento y, de vez en cuando, les caía algún sobresalto cuyo origen llevaba el tufo inconfundible del *tío Chalecos*.

Todo lo acontecido dejaba meridianamente claro que desde el Sindicato apenas se hacía nada en beneficio de los pobres y jornaleros de Monterde y aquello que dijeron los propagandistas el día de su creación no resultó ser más que palabras huecas sin contenido alguno. Cipriano, el compañero de Rafael en su primer viaje como molinero a Andalucía, se tomaba a guasa todo lo que escuchaba a sus amigos del Sindicato sobre las correrías de los mandamases sindicales de Monterde. A tenor de lo acontecido Cipriano insistía en que los curas y la Iglesia sólo iban con los ricos y si los pobres y jornaleros querían sacar algún provecho lo que tendrían que hacer era montar un sindicato socialista y enfrentarse a los poderosos. En esta labor contaba desde un principio con el apoyo sin fisuras de Manuel, especialmente desde que

le dio por leer libros de orientación extremista que, aunque ponían el dedo en la llaga, eran de difícil realización en pueblos como Monterde por su acentuada utopía. Ciertamente no había que echar más leña al fuego porque la mayor parte de los socios del Sindicato estaban desorientados por la sucesión de los acontecimientos. Últimamente había cundido el desánimo entre buena parte de la población pues veían con creciente recelo cómo el tiempo transcurría y no pasaba absolutamente nada. Y especialmente cariacontecidos estaban los pequeños e ínfimos propietarios campesinos que junto a los jornaleros conformaban prácticamente la masa social del pueblo. La euforia de los primeros momentos se había tornado en una solapada tristeza y no sabían qué hacer ni a quién encomendarse para conseguir sus fines.

Habían caminado algo más de una hora cuando oyeron la señal convenida y el sonido del cuerno de los pastores les indicó que otro grupo los había encontrado. Éstos a su vez llamaron a los que transitaban por caminos contiguos y acudieron prestos hacia donde habían dado la señal. Dos de los zagales más jóvenes corrieron hacia el pueblo para dar la nueva del encuentro y avisar a mosén Rufino de la próxima llegada de los propagandistas. La rondalla del Sindicato les estaba esperando, cuando por fin llegaron a Monterde, les dedicaron un bonito pasodoble que, a decir de los entendidos, sonó muy bien sin apenas desafinar. Excelente faena la de los *Pepines* y más si tenemos en cuenta que sólo tocaban de oído. Luego, entre aplausos y vítores a la religión, los santos mártires, el Sindicato católico y a la federación turolense, se dirigieron a la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción y allí el cura bendijo por fin la bandera dando una somera explicación del significado de dicha enseña.

A continuación, acudieron todos juntos a la escuela municipal donde les esperaban impacientes los socios junto a otros invitados y el maestro nacional hizo la presentación de los apologistas social cristianos. Se había hecho tarde, pero aún tuvieron tiempo de acudir al Sindicato y degustar la comida que tan generosamente había sufragado el alcalde del pueblo, don Belarmino Fuentes. Los postres fueron aprovechados por éste para ir promoviendo un cambio en la dirección del Sindicato que encontró la aprobación de los propagandistas pero el recelo de mosén Rufino, que era gato viejo y se olía la jugarreta que estaba preparando el *tío Chalecos*. El alcalde del pueblo también se las tenía de malicioso y después de ensalzar convenientemente al párroco

le comentó que había observado cómo la sacristía se encontraba en penosas condiciones por culpa de las humedades y además las goteras estaban provocando su ruina. Se comprometió a sufragar los costes de la reparación. No obstante mientras hablaba, ya estaba pensando la fórmula para solucionar el problema desde la alcaldía aunque tuviera que lidiar con el metomentodo del secretario. De manera que las reticencias del cura fueron menguando, si bien mantuvo el ceño fruncido durante el resto de la velada. Eso no era lo que había soñado para su querido Sindicato pero la Iglesia estaba por encima de los intereses de este mundo y si tenía que elegir entre lo divino y lo terrenal desde luego no había opción.

Así pues, Belarmino Fuentes, más conocido como el *tío Chalecos*, se había hecho con la alcaldía del pueblo y meses más tarde consiguió imponer como presidente del Sindicato a un protegido suyo, un pelele llamado Adelín Ramos, que seguía todas sus órdenes al pie de la letra. Y de esta manera se hizo con el control absoluto del pueblo. Era la persona más rica y tenía todos los resortes del poder en sus manos. Los pobres jornaleros e ínfimos propietarios de Monterde de Albarraçín no tenían nada que hacer. Y para ello seguía siempre una máxima: el que no estuviera de acuerdo, que se aguantara, el que solicitaba algo, si se terciaba limosna, pero siempre acompañada de reverencias y besamanos. Y para el que protestara, palos. Durante esas fechas el cacique del pueblo decía siempre que podía a viva voz un viejo refrán acuñado por su familia *contra el vicio de pedir, la virtud de no dar* y como recochineo culminaba y *al que pida pan le daré tortas*, en medio de fuertes risotadas.

XVI

A comienzos del mes de abril del año 1923 el ambiente social en el pueblo se encontraba ciertamente crispado por culpa de las crecientes necesidades económicas de una población que no dejaba de crecer. Y para colmo, tuvo lugar la enésima campaña electoral prevista para las elecciones legislativas a celebrar el día 29 de ese mismo mes. Los amigos de Rafael añoraban su ausencia y llevaban tiempo meditando sobre cómo actuar en estas elecciones. Tenían meridianamente claro

que sin escuchar las propuestas de los contendientes no acudirían a las urnas. Los miembros de la cuadrilla de amigos bajo la tutela de Cipriano que los había llevado en alguna ocasión al casino republicano de Cella se habían comprometido a no caer en la tentación del soborno y tenían la sana intención de hacerse notar en las vísperas electorales. Pero no se trataba tan sólo de este reducido grupo. Se había ido gestando un estado de opinión —aunque fuese minoritario— que era contrario a las conocidas artimañas y artificialidad de los partidos institucionales.

Casi una veintena de entusiastas jornaleros se reunían de vez en cuando en una pequeña paridera situada a las afueras del pueblo, cerca de la ermita del Carmen. Debido a las connotaciones políticas de sus miembros denominaron al grupo: la Sociedad Obrera, aunque nunca se formalizó como tal sindicato. Allí solían hablar de política o leían diarios que otros compañeros traían de Teruel cuando bajaban a la capital por cualquier cuestión. Entre todos habían creado una incipiente biblioteca que, aunque no contaba con muchos libros, era el centro de reunión donde campaban a sus anchas nuevas y revolucionarias ideas sobre la justicia social y la política. Se estaba gestando un nuevo pensamiento creado sobre la base de los conocimientos adquiridos por los miembros de otras cuadrillas de molineros que acudían a Andalucía durante el invierno. Pero también sobre varios monterdinos que habían emigrado al Puerto de Sagunto o a Valencia y habían conectado con otras realidades impensables en la cerrada y tradicional sociedad local. La toma de contacto de los primeros había sido con los sindicatos socialistas presentes en los pueblos andaluces. Y además estaban los que habían emigrado a Valencia o a Sagunto y habían conocido los entresijos del movimiento anarquista afiliándose alguno de ellos a la CNT. Este último grupo era bastante activo y luchador, siendo además el más temido por las autodenominadas *fuerzas vivas* de la localidad. Gracias al proselitismo de estas personas el grupo de contestatarios locales había ido ampliando su número, pero además existían otras más a las cuales sus comentarios les habían hecho, por lo menos, cuestionarse ciertos inalienables principios. Y como hablar de estos temas estaba mal visto entre los vecinos tenían que ir con tiento, no fuera alguien a tacharles de revolucionarios o algún exaltado los denunciara a la Guardia Civil. Este era el motivo por el que las conversaciones sobre estas cuestiones se realizaran especialmente entre sus propios amigos y, por supuesto, con sus familias.

Tal situación estaba en estos momentos bastante generalizada y el estado de opinión en muchos pueblos era radicalmente diferente al de las pasadas elecciones. Por todo ello, se presentía que esta convocatoria electoral no iba a ser como las anteriores y ahora los candidatos se iban a tener que mojar si querían sacar tajada en sus distritos. Situación que se repetía con mayor o menor intensidad en todos los pueblos de la Sierra que contaban con emigrantes. Sin embargo, llegado el momento nada de esto aconteció. El famoso artículo 29 de la ley electoral de Maura hacía posible que, si en cada circunscripción electoral se presentaba el mismo número de candidatos de los que tenían que salir elegidos, las elecciones no se celebraban y éstos eran nombrados automáticamente diputados. El Barón de Velasco hizo valer la importancia de su candidatura y, con las negociaciones consiguientes llevadas a cabo entre los partidos dinásticos en Madrid, logró que le *encasillaran* y sus contrincantes no presentaran ningún otro candidato para el distrito de Albarracín. Y tal y como sucedió en las elecciones de 1914 resultó elegido diputado sin la necesidad del dispendio económico que representaba someterse a una campaña electoral. Aunque eso sí, el aristócrata diputado sabía que favores con favores se pagan y algo tendría que realizar en pro de sus contrincantes políticos —que no ideológicos— por el trato deferente que había recibido. De manera que el grupo reducido de monterdinos que estaban tomando conciencia de la política en mayúsculas vio cómo se esfumaba la oportunidad de ampliar su número buscando las contradicciones de los partidos dinásticos de la monarquía. Pero ese estado de opinión ya se había gestado y de una manera u otra lo darían a conocer en años sucesivos.

XVII

Algunos meses más tarde tuvo lugar un suceso trascendental en los anales de Monterde de Albarracín. En el mes de agosto de 1923 se instalaba la red telefónica en el pueblo con dos abonados; uno el ayuntamiento y el otro, que era de servicio público, en casa del señor alcalde don Belarmino Fuentes. Ciertamente el progreso llegaba a la Sierra con bastante retraso respecto al resto del país, pero merecía la pena aunque fuese de esa manera. La compañía telefónica instaló el novedoso aparato en la amplia sala de la entrada de su casa y como la

dueña, doña Merceditas Serra, no estimaba oportuno su manejo encomendó a una de sus criadas para que tomase cumplida cuenta de su funcionamiento. La designada para este trabajo fue Rosita Martínez, una dicharachera señora que llevaba toda la vida sirviendo en su casa. Era una mujer soltera, menuda y ciertamente poco agraciada, de unos cuarenta años de edad. De facciones afiladas, su mundo había estado siempre relacionado con la servidumbre de la familia de su ama. La habían recogido del orfelinato de Teruel cuando era sólo una niña y le dieron una somera educación para que fuera la perfecta dama de compañía de doña Merceditas en el futuro. Por ello, se había dedicado en cuerpo y alma a satisfacer los caprichos y las demandas de la dueña de la casa, que a su vez le mantenía un trato deferente respecto al resto de las criadas. La señora gustaba conocer todos los chascarrillos que se contaban en el pueblo pero, como por su posición social no podía rebajarse a cotillear con otras mujeres, utilizaba a Rosita para tal cometido. Y esta le fue cogiendo tanto gusto a ser la *correveidile* de su ama que con el tiempo era la persona que estaba mejor informada de todos los comentarios, sucesos y rumores que se cocían en el pueblo. Es decir, era la cotilla por antonomasia que existía en la localidad y como premio a sus aptitudes a partir de ese verano además controlaría las llamadas del teléfono público realizadas desde la casa del *tío Chalecos*. Casi nada. Fiel a su carácter entrometido se sentaba en una silla después de conectar el teléfono y estaba al tanto de lo que se hablaba. Por supuesto, al momento acudía presta a comentárselo a su ama y de esta manera las dos estaban al corriente de todo lo que se decía. Se la veía más contenta que un crío con zapatos nuevos y su descaro era tal que no hacía movimiento alguno para irse de la sala del teléfono salvo que el interlocutor se lo exigiera. Algo que no solía ocurrir al principio, pues ante la novedad del teléfono aquellas personas que lo utilizaban no sabían cómo actuar y ella allí, jugueteando con las clavijas y los auriculares, siempre conseguía sus propósitos.

Una de las primeras personas en utilizarlo fue Faustino, el hermano de Rafael, al que los patronos de Alcantarilla llamaron a finales del mes de agosto por la ausencia de éste último, que estaba sirviendo a la patria en tierras africanas. Rosita acudió a su casa a comentarle que había recibido el recado para que acudiera a las seis de la tarde y les llamara porque querían hablar urgentemente con él. A la hora en punto se encontraba en la casa del señor alcalde esperando no encon-

trárselo, pues la relación que mantenían con don Belarmino Fuentes se había ido enfriando desde el empeño de Rafael revertir al pueblo los famosos prados. Rosita le puso en contacto con el patrón murciano y éste le pidió que les hiciera llegar una carga de ramitas de ginesta a finales del verano por ver si eran aprovechables sus frutos en la elaboración de un licor. Además, le solicitaron varias muestras de manzanilla que también necesitaban para elaborar alguno de sus productos y, en el caso de ser rentable, aumentarían los pedidos para el año siguiente. De todo ello se fue enterando la impenitente alcahueta y cuando finalizó la llamada le pidió que pagara el servicio realizado tal como lo había estipulado el ayuntamiento: diez céntimos por el recado y cuarenta por la llamada ¡un dineral! vamos que por utilizar el teléfono también iba a hacer negocio el ladino del Belarmino Fuentes.

—¡Lo que faltaba! —pensaba Faustino—. Es preferible escribir cartas que llamar por teléfono por muy moderno que sea —y el joven seguía dándole vueltas a la cabeza—: este artilugio no es para los pobres. Si el salario diario de un jornalero es de tres pesetas no te puedes gastar cuarenta céntimos en una llamada ¿a dónde vamos a parar con semejantes abusos?

En definitiva, el pardillo de Faustino pecaba de una ingenuidad asombrosa. El joven ignoraba que el mundo estaba hecho para los esquilados y aquellos que antepusieron los beneficios y sus intereses a cualquier otra consideración. Aunque pudiera parecer mentira, este imberbe monterdino todavía no se había dado cuenta de cómo se trajinaba por la vida. La madurez le iría llegando a fuerza de golpes en el futuro y, aunque lo ignoraba, se iba a dar de bruces con la realidad de la vida mucho antes de lo que se figuraba. Y ello lo haría cambiar aunque en el fondo seguiría siendo la excelente persona que era a sus diez y nueve años. Eso sí, el inmisericorde tiempo corría en su contra.

XVIII

A finales del mes de agosto de 1923 el trabajo en la hacienda del *tío Celipe* estaba en todo su apogeo. Para el terrateniente monterdino trabajaban un numeroso grupo de jornaleros, entre ellos Telesforo Sancho, al cual tenía en gran estima. Se trataba de un hombre de unos

cuarenta años de edad, de mediana estatura, muy delgado, casi esmirriado, con una nariz prominente y abombada que, junto a unas orejas con los lóbulos más grandes de todo el contorno, dotaba de personalidad a su escuálida cabeza. Aunque, para ser sinceros, las facciones de su cara habrían pasado desapercibidas con las de muchos lugareños de no ser por la presencia de unos ojos saltones e inquietos que escudriñaban constantemente todo a su alrededor y que daban la impresión de querer salirse de sus órbitas de un momento a otro. Por otra parte, este hombre era bastante laborioso y siempre solía estar enfrascado en cualquier actividad, algo bastante común entre los jornaleros serranos. Éstos daban la impresión que llevaban en sus genes el amor al trabajo como si de ello les dependiera la vida, independientemente que así fuera.

Pero Telesforo Sancho también era conocido por otras cuestiones. Por un lado, era un avezado creyente. No osaba maldecir ni blasfemar aunque nunca se supo si era consecuencia de su fe o simple prevención supersticiosa para que Dios no se lo hiciera pagar caro. ¡*Cáspita!* ¡*Jolines!* y sobre todo un ¡*Músicas celestiales!* que solía gritar a viva voz al tiempo que cruzaba los brazos con ímpetu, era lo más fuerte que le habían escuchado decir sus paisanos en los raros momentos en que se enfadaba o sufría algún golpe imprevisto. Según las malas lenguas del lugar, esos tacos tenían su origen en una multa onerosa que sufrió Telesforo por culpa de una blasfemia realizada en el lugar menos apropiado y que él juró que nunca le volvería a pasar. Fuese por lo que fuese y aunque con todo ello pudiera parecer un meapilas, en realidad, no pasaba por ser más que un beato de los del montón. Ahora bien, en la otra cara de la moneda se exhibía un personaje convencido de las prácticas ocultas y del poder de los curanderos, sanadores y demás batiburrillo de charlatanes que pululaban por casi todos los pueblos de la Sierra. Aborrecía de los médicos capitalinos que acudían a los pueblos con artilugios del averno —según decía— y leían continuamente como si en los libros se explicara la causa de los males que les afligían. Sensación, por otra parte, en la que coincidían muchos de los habitantes de la comarca —fueran buenos cristianos o no— que seguían a pies juntillas las atávicas prácticas de sus ancestros. Por ello, la superstición hacía mella en una población atrasada y mayoritariamente analfabeta, perfecto caldo de cultivo para que la ignorancia se expandiera a sus anchas.

Cierto día, mientras Telesforo Sancho estaba segando en uno de los piazos del *tío Celipe*, tuvo la desgracia, cuando acarreaba haces de cereal de que una caña de trigo se le clavara en el ojo izquierdo. Este accidente le ocasionó un gran dolor al tiempo que le hizo sangrar ligeramente. Pero duro de pelar, como se las daba, no hizo el menor caso y siguió con la rutina de su trabajo. Al llegar la noche, viéndole su amo quejarse con amargura por los punzantes dolores que constantemente padecía, le conminó a que acudiera a ver al médico de Albarracín. Por supuesto, su jornalero no le hizo el menor caso, contestándole que lo mejor sería visitar a un curandero. El *tío Celipe* puso el grito en el cielo por la manifiesta cabezonería de su criado y no hacía sino increparle sobre el error de tales prácticas. Y realmente estaba en lo cierto.

Hasta hacía pocos años todas las localidades de la Sierra habían estado prácticamente aisladas del mundo exterior y sus pobladores se las tenían que ingeniar para salir adelante. La vida cotidiana se ceñía al duro trabajo y a la familia. Pero para solventar los acuciantes problemas del alma, la razón y las enfermedades ya estaban la Iglesia y algún que otro místico ermitaño que solía vivir en lo más profundo del monte. Aunque también y, debido al aislamiento de los pueblos, proliferaban los ancestrales curanderos que sanaban golpes, torceduras, esguinces o simples resfriados y que tenían remedios curativos basados en la cultura popular para aliviar muchas enfermedades. Por regla general, muchas de las personas que se dedicaban ocasionalmente a dichas prácticas no demandaban más que la voluntad a sus pacientes o en todo caso una pequeña aportación económica que los sufridos serranos pagaban con gusto. Pero también, junto a estos *sanadores* o *saludadores*, tal y como eran conocidos, existía una caterva de pícaros redomados, vividores y embaucadores desvergonzados que se aprovechaban de la ignorancia de sus paisanos para vaciarles las alforjas. Y en este caso, Telesforo Sancho era carne de cañón en esta incruenta pero onerosa batalla. A su edad ya había acudido en varias ocasiones a visitarlos allá donde estuviera el más cercano y según el mal que se tratara.

Por eso, una mañana, cuando no podía aguantar más el dolor, le solicitó a su amo permiso para ir a Pozondón a ver a una famosa *saludadora* que tenía fama de curar arañazos infectados y otros males por el estilo. Se puso su traje del domingo para causar buena impresión y subido a su mula se encaminó hacia dicha población. Allí llegó casi al medio día cuando estaba a punto de sonar el ángelus en las

campanas de la torre almenada de su preciosa iglesia parroquial. Algo apartado de ese lugar, ya casi en el extrarradio, vivía la mencionada *sanadora*; una vieja viuda que a pesar de sus poderes no había podido evitar la muerte de su segundo marido por culpa de un cólico miserere. De nada valieron los brebajes con los que embutió al pobre hombre para rebajarle los dolores que le producía su atribulado abdomen. En la casa habitaba con sus dos fornidos hijos, que hacían las veces de ayudantes para confeccionar las pócimas curativas que según ella podían con todo. De ello vivían los tres embaucadores; de sus brebajes y de los bobalicones ignorantes que osaban visitarla. Llevaban varios días sin que apareciera ningún incauto por su casa y oyeron que llamaban a su puerta con cierta insistencia. Cuando vieron al jornalero monterdino lo escrudiñaron de arriba abajo, eso sí, tenían buen ojo para reconocer a un buen incauto y descubrieron en el desconocido a uno al que podía sacársele los cuartos y desplumarle en un santiamén.

Una vez dentro de la casa la *sanadora* le preguntó por sus dolencias y el buen hombre le explicó que días atrás había padecido el percance de la caña y desde entonces el dolor en el ojo era cada vez más persistente. La mujer le dijo que iba a realizarle un conjuro, pero que antes de empezar quería saber si había llevado el dinero suficiente para pagar la visita. Le comentó el montante y, aunque le pareció excesivo al sufrido jornalero, el continuo padecimiento de su dolorido ojo le dio el ánimo necesario para seguir adelante y pagar a la anciana. Una vez recibido el óbolo, ésta le indicó que se sentara en una silla que tenía dispuesta en una sala llena de estampas, crucifijos y diversos cachivaches y que ella realizaría la oración con el conjuro pertinente. Así lo hizo Telesforo Sancho y sentado escuchaba la impronunciable y machacona letanía que a media voz, como en un susurro, predicaba la anciana *sanadora*. Cuando hubo terminado de pronunciar el anodino sortilegio, se le aproximó a la cara, tanto que el monterdino percibía el pérfido aroma que exhalaba su desdentada boca. Al momento le conminó a que cerrara los ojos y se dejara llevar. Entonces la *saludadora* le escupió en tres ocasiones en el maltrecho ojo al tiempo que entre salivazo y salivazo susurraba frases inconexas. Luego, con los dedos de la mano extendió por el resto de la cavidad ocular el espumarajo pringoso que había quedado esparcido en ese lado de la cara.

—Ya está. En pocos días estarás totalmente sano.

Dijo esto y la mujer desapareció por una puerta que daba al interior de la casa entrando por la misma sus dos hijos que levantaron a Telesforo Sancho del asiento y lo condujeron con determinación fuera de la casa. La visita había concluido. Una vez en la calle el monterdino estaba la mar de satisfecho, incluso ya creía encontrarse mejor aunque todavía continuaba teniendo molestias en su ojo. Cuando llegó de nuevo a su pueblo acudió directamente a su casa para ver cómo continuaba su esposa ya que Magdalena López, que así se llamaba, estaba enferma y ya llevaba muchos días postrada en su lecho, quizás demasiados. Esta era una mujer de treinta y tantos años, algo rechoncha, de pechos voluminosos después de haber sacado adelante a cuatro retoños de los cuales tan sólo le vivían dos. Cuando al día siguiente le preguntó el *tío Celipe* cómo le había ido, recibió como respuesta una amplia sonrisa de su jornalero. Pero en la misma conversación también acabó enterándose de que su mujer estaba enferma. Otra vez volvía a regañarlo para que llamara de una vez por todas al médico de Albarra-cín y la visitara, pero no contaba con el cerrajón de su jornalero que no quería ni oír hablar de los galenos y más desde su exitosa visita a la *saludadora* de Pozondón. Sin embargo, a pesar de su rechazo y con artimañas más o menos comedidas su amo se las agenció para que el médico la revisara aprovechando su estancia en Monterde, aunque él declinó que le examinara su amoratado ojo. Éste después de hacerle el consabido examen a la señora le dio como respuesta que padecía una neurastenia y que necesitaba de un tratamiento para poderla sanar adecuadamente. No se conformó con las explicaciones científicas del médico que se sonaban a las chirigotas propias de un boticario y además ya tenía decidido acudir otra vez donde vivía la *saludadora* que había conocido y comentarle el asunto de su esposa.

Así que ni corto ni perezoso, otra mañana, pidió permiso de nuevo a su amo para ir al pueblo de Pozondón. Una vez allí, el buen hombre le comentó sobre la enfermedad de su mujer y cuáles eran los síntomas que padecía, continuos mareos, cambios de carácter y periodos largos de cansancio. También le hizo hincapié en que debido a su estado no se podía desplazar del pueblo. Después de escuchar al atribulado monterdino le hizo arrodillarse solicitándole antes de que pagara el acostumbrado sablazo que aquél hizo sin rechistar. Entonces, en un acto a medio camino entre el circo y el sainete, encendió varias velas mientras rezaba una oración en baja voz y algo más de media hora de aquella patética escena la *sanadora* dio por concluido el espec-

táculo. Y una vez hubo finalizado el montaje, ésta le comunicó que era necesario para que el sortilegio que había efectuado tuviera buen fin que volviera otro día y le llevara un mechón del cabello de su mujer. De esta manera, no haría falta que su esposa se desplazara, pues con los pelos de la enferma tendría suficiente para dar su veredicto y curarla para siempre del mal que la aquejaba. Eso sí, tendría que volver a pagarle porque las visitas se abonaban cada vez que se realizaban y sólo valían para un caso en concreto. Y por supuesto, si quería que le volviera a echar el sortilegio para sanarle el ojo tendría que volver a dejarse los cuartos, aunque como ya no llevaba bastante dinero encima, el con fiado Telesforo declinó sus atenciones.

Volvió el incauto monterdino a su pueblo y fue a ver a su mujer para comprobar si había alguna novedad en su delicado estado de salud, pero esta seguía con los mismos síntomas que padecía. Por su parte, la *sanadora* había tomado cartas en el asunto y observaba complacida los buenos dineros que ya se había ganado con el ingenuo visitante. Pero no estaba plenamente satisfecha y pensaba que podía exprimirle todavía bastantes más hasta dejarlo como su madre lo trajo a este mundo. De manera que le dijo a uno de sus hijos que acudiera a Monterde y comprobara cómo era la mencionada señora. La vieja embaucadora creía saber la causa de las dolencias de la enferma por las indicaciones que le dio su marido. Aunque estaba convencida de que cuando más supiera de ella mejor podría manipular al ingenuo del monterdino, en realidad, era una oportunidad que no se podía desaprovechar. Al día siguiente, acudió como un buen mandado el servicial infante y preguntando por la casa de Telesforo acertó a ver a su esposa en la puerta barriando la entrada. No se quiso acercar más para no levantar sospechas y desde lejos la observó detenidamente viendo que se trataba de una mujer algo entrada en carnes que al momento penetraba corriendo en su casa con la mano tapándose la boca como presa de una arcada. Ya creyó tener bastante, por lo que se volvió a Pozondón para dar cuenta a su madre de todo lo que había observado.

Entretanto el *tío Celipe* se llevaba las manos a la cabeza al escuchar a Telesforo Sancho todo lo que le había acontecido con la *saludadora* de Pozondón. El hacendado monterdino era uno de los más ricos del pueblo, siendo muy apreciado entre los jornaleros que trabajaban para él y por muchos campesinos de la localidad. El motivo es que era una buena persona, algo bastante impropio para su condición

social dado el talante del resto de los terratenientes locales. De hecho, gracias a él habían podido sobrevivir a diversas calamidades más de un agricultor que, padeciendo años de malas cosechas, le había solicitado ayuda y el buen hombre se las había concedido sin dudar, bien con trabajo o con el dinero que hiciera falta. Si alguna persona se encontraba en una situación difícil ahí estaba el *tío Celipe* para ayudarlo, si buenamente podía, siguiendo al pie de la letra los criterios de su fe. Era un católico convencido y tan piadoso que disponía de una pequeña capilla en su casa con una minúscula hornacina donde tenía una imagen de San Juan Bautista, por el cual sentía una intensa devoción.

Dos días más tarde, Telesforo Sancho le volvió a pedir permiso a su amo para acudir a Pozondón y poder llevarle el mechón del cabello de su mujer a la *sanadora*. Escandalizado como estaba el *tío Celipe* no dudó en llamar a don Ramón Sánchez y a mosén Rufino para que le ayudaran a hacer entrar en razón al supersticioso jornalero. El cura se alegró mucho del envite, pues libraba por su cuenta y riesgo una auténtica cruzada contra las brujas, hechiceros y curanderos de todo tipo desde que uno de ellos se entrometió años atrás en la vida de una feligresa para que se pudiera quedar preñada. Les tenía ganas a ellos y hacía todo lo posible para desenmascararlos ante sus parroquianos. Durante la noche anterior al enésimo viaje a Pozondón el *tío Celipe* hizo llamar también a Telesforo Sancho. De esta manera se encontraron reunidos en un inusual conciliábulo nuestro ingenuo jornalero, el rico terrateniente, el párroco del pueblo y el secretario del ayuntamiento. En el momento que se juntaron los cuatro comenzaron a dialogar sin más dilación sobre el asunto que les había llevado allí. Estuvieron un buen rato intentando convencer al crédulo vecino y no paraban de darle consejos tanto que en algún momento pensaron que acabaría cediendo. La situación no era para menos, pues se trataba del no va más de la intelectualidad monterdina, nada menos que el secretario, el cura y uno de los mayores hacendados del pueblo. Pero en última instancia pudo más la superstición del interfecto que las razones y la lógica de los cada vez más exasperados críticos de aquellas prácticas sin sentido.

—De modo que finalmente estás decidido a acudir a ver a esa charlatana —comentó en tono de resignación el dueño de la casa.

—Sí, con su permiso iré mañana mismo —respondió Telesforo.

—Pero ¿cómo puedes ser tan inocente? —entró en la disputa mosén Rufino—. No ves que lo único que quiere esa mujer es sacarte los cuartos. Mira cómo sigues teniendo el ojo... ¿Tú crees que es normal que te lo pueda curar de esa forma? Y sobre todo ¿cómo puede sanar encima a tu esposa, a distancia, sin verla ni observarla detenidamente como haría un médico?

—A ella no le hace falta, tiene poderes y ha curado a muchas personas —se defendió el acorralado jornalero como pudo— yo mismo casi estoy curado. Además, ya tengo el mechón del cabello de mi mujer que me pidió la *saludadora*, con ello tendrá suficiente para saber cuáles son sus males y que vuelva a estar como antes.

—No sé cómo te podemos hacer entender que tienes que llevar a tu mujer al médico y dejarte de las tonterías esas de la *sanadora* de las narices —con su tono de siempre ahí estaba el señor secretario—. Pero ¿por qué no te crees lo que te estamos diciendo?

—¿Saben cuándo les creería? —respondió exasperado el jornalero al verse acorralado—. ¡En el momento que les creciera pelo a las ranas!

El resto de los presentes levantaron las manos haciendo aspavientos por la persistente tozudez del supersticioso Telesforo. Pero también en ese momento una maravillosa idea le sobrevino al dueño de la casa. Cuando lo vieron callado, pensativo como si tuviera su mente en otro lugar, se miraron extrañados y le preguntaron qué le pasaba. El *tío Celipe* les comentó que había tenido una ocurrencia y que, en efecto, si el bueno del Telesforo ponía como condición que a las ranas les salieran pelo para poderles creer le tomaba la palabra.

—Como veo que sigues en tus trece no quiero atosigarte más —dijo el amo de la casa mientras sus ojos brillaban como un destello por la idea que había tenido— pero para que nunca jamás vuelva yo ni nadie a importunarte tienes que pasar por una prueba. Si con lo que quedemos esta noche resulta que todo sale como tú dices nunca más te criticaremos cuando hables de la *sanadora* y tendrás todos mis parabienes. Pero escucha bien lo que te digo, si nosotros tenemos razón mandarás al carajo a esa pandilla de rufianes y nos harás caso de ahora en adelante. ¿Estás de acuerdo?

—¿Qué se trae entre manos? —preguntó el jornalero arqueando las cejas mientras sus desorbitados ojos pugnaban por salirse de las órbitas.

—Es muy sencillo, ven a la capilla y te lo mostraré.

A la mañana siguiente salió Telesforo Sancho de Monterde de Albarracín rumbo al pueblo de Pozondón para la reunión con la *saludadora*. El monterdino es cierto que era supersticioso como nadie pero había llegado a un acuerdo con los amigos del *tío Celipe* y estaba dispuesto a cumplirlo. En una rara muestra de lucidez, o porque no le quedaba más remedio ante la machacona letanía de aquellas personas, había accedido a sus demandas y, por supuesto, no tenía nada que perder. Lo que le había propuesto su amo era sensato y él podría ser todo lo tozudo que se quisiera pero también pensaba que quizás pudieran tener razón aquella gente tan ilustrada aunque se le antojaba bastante improbable. Lo cierto es que no perdía nada con el envite por lo que estaba decidido a llegar hasta el final y así lo hizo. Una vez llegó al pueblo acudió directamente a casa de la *sanadora* y después de darle el mechón del cabello de su mujer y el óbolo acostumbrado esperó pacientemente a que descubriera sus males. La anciana realizó con sus consabidos aspavientos los sortilegios que acostumbraba. Y cuando pasados varios minutos colocó el mechón en una bandeja de metal le tiró un brebaje caliente lleno de potingues y un ligero humo comenzó a salir del recipiente. Ella acercó su cabeza y con ambas manos recogía el vapor que surgía de aquel plato exhalando insistentemente su aroma.

—Ya sé de los males que sufre tu mujer —relinchó como una posesa. Entonces, estirando los brazos hacia el techo todo lo que pudo, gritó con determinación—: ¡Está embarazada! Todo aquello que le aqueja cesará en el momento que dé a luz.

—¡Músicas celestiales! Pero ¿qué dice usted? ¿Mi mujer embarazada? —preguntó en medio de una inenarrable sorpresa Telesforo Sancho.

—¡Sí! El mechón del cabello de tu mujer que me has traído así me lo confirma —certificó con toda la determinación del mundo la *saludadora* de Pozondón.

Mientras tanto, ésta se reconcomía por dentro de gusto al comprobar que el iluso del monterdino estaba ajeno a sus tretas. Cuando acudió la pasada vez, los síntomas que le mencionó de la enfermedad de su esposa eran los típicos de una mujer preñada, por lo menos aparentemente. Además, su hijo había ido a conocerla y comprobó cómo era la señora y encima le dio una arcada, algo también

normal en ese estado. Por todo ello, y por la candidez que mostraba el incauto que tenía enfrente, sonreía al comprobar que todo se estaba desarrollando como estaba previsto. Este cliente era para ella sumamente valioso. Por lo pronto había acudido tres veces en los últimos días a visitarla y ya veía la forma de atarlo a sus engañifas y hechicerías el mayor tiempo posible. Por su parte, Telesforo Sancho no daba crédito a lo que estaba escuchando. La noticia lo dejó sin habla y así se mantuvo durante unos instantes tras los cuales se recompuso y con los ojos saliéndose casi de sus órbitas aumentando el persistente dolor que todavía sentía en uno de ellos no se pudo contener y comenzó a gritar como un poseído.

—¡Bellaca! ¡Malandrina! ¡Pero qué tunante es usted! ¿Me está diciendo que la imagen de san Juan que tiene mi amo en su capilla está embarazada?

Ahora la que se quedó sin habla fue la charlatana *saludadora*. Sus diminutos e inexpresivos ojos se abrieron de par en par mientras escuchaba los continuos gritos del atolondrado monterdino. Al instante salieron los dos hijos de la anciana sorprendidos por la inusual situación. Su madre, sin habla, seguía con los brazos levantados y miraba sin comprender al ya no tan pacífico jornalero vociferar improprios cada vez más groseros y amenazantes.

—¡Devuélvame el dinero que le he dado, so tía ladrona! —seguía gritando. Mientras tanto, levantaba el garrote que llevaba y golpeaba con furia sobre la mesa donde estaban colocadas estampas y varias velas encendidas.

Pero no pudo hacer más cuando uno de los hijos de la mujer le sujetó fuertemente por los brazos y el otro le propinó un puñetazo en el estómago que le hizo encogerse de dolor. Un segundo golpe fue a parar a su maltrecho ojo izquierdo y el monterdino cayó de bruces al suelo. Momentos después, los dos infantes que ejercían también de matones y guardaespaldas de su madre levantaron del suelo al vejado jornalero como si de una pluma se tratara. Y agarrándolo cada uno de un brazo y la pierna lo echaron a la calle sin contemplaciones. Todavía tardó algún que otro minuto en sobreponerse a la paliza recibida pero, aunque con dificultades, logró alzarse y tras espolsarse como buena mente pudo desenganchó la mula de la argolla donde estaba sujeta e inició el retorno a Monterde de Albarracín.

Por el camino de vuelta tuvo tiempo de sobra para pensar en todo lo ocurrido. Y eso es lo que hizo a pesar del insistente dolor que le aquejaba por todo su cuerpo y especialmente en su ojo izquierdo. Desde luego, había tenido bemoles el *tío Celipe* con la treta urdida. ¿A quién en su sano juicio se le hubiera ocurrido cambiar el mechón de mi mujer por otro del santo de su capilla? La verdad es que el amo y sus amigos se habían salido con la suya y la apuesta la tenían ganada. Y además, como él era un hombre de palabra, tendría que cumplir con lo prometido y dejar de lado de una vez y para siempre las tonterías de los curanderos, hechiceros y toda la plaga de los de su especie.

Así lo hizo en adelante el burlado jornalero y con el soporte financiero de su amo, pues casi se había quedado sin blanca por culpa de la dichosa embaucadora, permitió que el médico tratara a su mujer. Ésta mejoró con el paso de los días, pero el pobre hombre no tuvo tanta suerte y a pesar de cambiar de bando su redención llegó tarde y mal. Al poco tiempo, le quedó una triste secuela para el resto de su vida perdiendo la visión de su maltrecho ojo izquierdo. Y de esa manera se le conoció por los mentideros de la Sierra a partir de entonces: Telesforo Sancho, el *tío Tuerto*.

XIX

No había pasado todavía un mes desde la inauguración del teléfono en Monterde de Albarracín cuando un suceso hizo temblar los tradicionales cimientos de la vida local. El día 13 de septiembre del año 1923 el general Primo de Rivera realizaba un pronunciamiento militar que ponía fin al régimen constitucional. Dicha asonada militar era como una de las tantas que habían tenido lugar en España durante el siglo anterior. La relativa paz de los cuarteles había durado algo más de cuarenta años pero el elemento militar estaba últimamente bastante nervioso. Esta inquietud se había originado por las noticias que provenían de la eterna e insufrible guerra de Marruecos mientras que el triunfo de los liberales en las elecciones de abril de 1923 aceleró los acontecimientos. En este contexto, el punto de efervescencia en la vida social y política del país sobrevino a partir de las propuestas del nuevo gobierno sobre las responsabilidades de la guerra y el desastre

de Annual. Para el estamento militar el tiempo apremiaba, no cabía esperar más.

En las vísperas del levantamiento militar la política nacional persistía en su alejamiento de la realidad y cada día era más patente una sensación de hastío generalizado. Y ello a pesar de que por primera vez el nuevo gobierno liberal se había tomado en serio la adopción de medidas para salir del marasmo institucional en que estaba sumido el país desde hacía bastantes años. A pesar de todo ello, lo cierto es que el escepticismo ante las iniciativas políticas estaba muy extendido entre la población por razones obvias. En anteriores legislaturas siempre había dado la impresión que los gobiernos sucesivos ponían en marcha serias reformas institucionales aunque al final todo quedaba en agua de borrajas. Eso sí, en ningún momento se había propuesto nada que afectara a los militares o, por lo menos, con la intensidad de las nuevas propuestas. Y ahora, justo en el momento en que los planteamientos gubernamentales parecían ir en serio e iban a meter mano por fin al cerrado y elitista mundo militar, éstos dijeron ¡basta!

Por otra parte, la población también estaba sumida en una cierta apatía ante la inutilidad de la política de ese periodo caracterizado por la corrupción y el caciquismo y vio en el pronunciamiento militar el comienzo de una nueva era. Y qué decir de los habitantes de la sierra de Albarracín. En su gran mayoría abrazaron esta nueva situación con desmedido entusiasmo. Incluso hubo ayuntamientos como el de Albarracín cuyos concejales alabaron los atributos varoniles de los militares por haberse rebelado. Ni más ni menos que como un *movimiento salvador que restablece la masculinidad de España...* fue denominado el levantamiento militar en un pleno del consistorio de la ciudad de Albarracín celebrado el día 18 de septiembre. En la localidad de Monterde, como en muchas de la Sierra, la confusión de los primeros momentos era absoluta. El secretario del ayuntamiento, don Ramón Sánchez, no daba a basto. Entre el trabajo administrativo y atendiendo el teléfono con las indicaciones del Gobierno Militar de Teruel ya tenía bastante. Asimismo, el alguacil Irineo no paraba de llevar recados al alcalde, a los concejales, a su hermano mosén Rufino y a todo aquel que le indicaba el secretario. Además siempre respondía con las novedades que se iban produciendo a los numerosos vecinos que se encontraba por la calle y lo interrogaban al respecto. Todo el mundo estaba ansioso de noticias. Daba la impresión de que la plácida

y monótona vida local había llegado a su fin y esta asonada militar los había despertado a todos del profundo sopor en que estaban sumidos.

Cuando Cipriano se enteró de las nuevas noticias se juntó con sus amigos en el local de la *Umbria* que utilizaban para sus reuniones y comentar las noticias que llegaban al pueblo de vez en cuando. Pero lo cierto es que en estos momentos echaban de menos la presencia de Rafael y no estaban preparados para afrontar una situación como la que se estaba produciendo. No sabían cómo enfocar los acontecimientos por lo que decidieron esperar noticias y ponerse cuanto antes en contacto con sus correligionarios de Cella. Especialmente inquieto estaba Cipriano, por él y por Manuel, pues intuía que los militares acabarían con todos los desafectos a la monarquía y ellos eran los que más destacaban en el pueblo. Además, era bien sabido que tenían conocimiento de sus andanzas los prebostes del municipio, como el *tío Chalecos* y algún personaje más, que encima les tenían ganas desde hacía tiempo. Ciertamente, no podían ocultar sus íntimos temores por el devenir de los acontecimientos futuros.

Sin embargo, en esta ocasión fracasaron los augurios tenebrosos que intuían y mira por donde la persona que más empezó a temer los resultados del pronunciamiento militar fue el mismísimo alcalde y cacique del pueblo don Belarmino Fuentes. Después de unos días de inquietud, el secretario del consistorio recibió una llamada telefónica que vino a confirmar los rumores que se habían extendido por los pueblos serranos después del golpe de estado. En ella le hacían partícipe de la intención de las autoridades militares en cambiar los concejales de todos los ayuntamientos. Don Ramón Sánchez no cabía en sí de puro gozo por la noticia. Desde el primer momento no había llevado nada bien la ascensión del *tío Chalecos* a la alcaldía de Monterde. Hasta su irrupción en el ayuntamiento el verdadero poder del pueblo había sido siempre él mismo y ello a pesar de los diferentes alcaldes que se habían sucedido en el tiempo. Pero la determinación de Belarmino Fuentes por dirigir personalmente el consistorio, además con el talante caciquil del que hacía gala, le había ocasionado un serio disgusto y algún que otro tímido enfrentamiento. Resultaba evidente que el señor secretario ya no era la cabeza visible del poder local, como hasta entonces, y esa falta de protagonismo le había sumido en una posición incómoda. Hasta el día del golpe de estado siempre había mirado a los militares con cierto soslayo, pero a raíz de los acontecimientos que

se sucedieron la vida del secretario don Ramón Sánchez dio un vuelco inesperado. Todo ello hizo que fuera uno de los defensores más acérrimos de los nuevos gobernantes, por lo menos, durante los primeros años de la Dictadura.

El día 1 de octubre fue publicado en el Boletín Oficial de la provincia de Teruel el Real Decreto por el que se suspendían los ayuntamientos y se nombrarían otros constituidos con personas *no contaminadas* por la política del antiguo régimen. A partir de esa fecha todo eran rumores sobre cuándo acudirían los militares al pueblo para hacer efectiva la orden gubernamental. El *tío Chalecos* maldecía una y otra vez la ocurrencia del nuevo gobierno ;con lo que a él le había costado acceder a la alcaldía! Y los miembros de la Sociedad Obrera se persigaban ante la sucesión de los acontecimientos. En sus conversaciones se hacían partícipes totalmente impresionados de que fuera mediante una dictadura militar cómo se iba a poner por fin el orden necesario en una política como la española, que andaba dando tumbos desde hacía muchos años. Si alguien lo hubiera comentado semanas atrás lo habrían tachado de borracho o desequilibrado. Más aún al saber que el principal perjudicado en el pueblo por la asonada castrense de Primo de Rivera iba a ser el cacique, nada menos. Ciertamente, salvo en el caso de Cipriano, que recelaba de todo lo que oliera a militar, el resto de los integrantes de la Sociedad Obrera estaban expectantes ante los acontecimientos que se iban produciendo. Y si bien es cierto que al principio estaban alarmados mantenían una tímida esperanza de que todo se arreglase por el bien de la patria.

Y así, en medio de una expectación fuera de lo común, el día 4 de octubre, tres semanas después de producirse el golpe de estado, varios números de la Guardia Civil del puesto de Albarracín entraron en el pueblo. Su llegada tenía como único y principal motivo convocar al ayuntamiento para proceder legalmente a su destitución y el nombramiento de uno nuevo. Esa tarde el salón de plenos estaba abarrotado de monterdinos, curiosos unos y risueños otros por ver la cara del *tío Chalecos* cuando devolviera la vara de mando. Por supuesto, no faltaron a la cita los miembros de la utópica Sociedad Obrera pues era un momento sumamente importante y no querían perderselo por nada del mundo. Y una vez realizada la primera parte de la sesión con la destitución de los ediles y el alcalde se entró de lleno a nombrar los nuevos concejales. En este caso, tal y como sospechaban los escépticos

encabezados por Cipriano, había truco. Si bien era cierto que no podían ser designados concejales aquellos individuos que ya lo hubiesen sido en un loable intento de las autoridades militares de acabar con el corrupto caciquismo rural, lo cierto es que no podía ser nombrado cualquier persona. Para serlo, además de no haber participado en la política anterior, era imprescindible ser de los mayores contribuyentes del pueblo o, en su defecto, tener un trabajo profesional.

Así pues, de un plumazo, se cargaban a los jornaleros y a la mayor parte de los propietarios campesinos (ínfimos, pequeños y medianos) es decir, la mayor parte del pueblo. De manera que, a pesar de sus tímidas protestas, resultó elegido alcalde don Felipe Ramírez, uno de los mayores terratenientes de la localidad, también conocido como el *tío Celipe*. Don Romualdo Cavero que era después del *tío Chalecos* el mayor hacendado del pueblo, no pudo serlo a pesar de sus denodados intentos. Él ya había salido elegido concejal hacía varios años en la rotación bienal que periódicamente se celebraba para completar los consistorios y, por lo tanto, quedaba fuera de la terna. Los miembros de la Sociedad Obrera no estaban disgustados, ni mucho menos, pues el nuevo alcalde a pesar de ser uno de los ricachones del municipio era una buena persona y destacaba, sobre todo, por su sensatez e inusual camaradería. Pero lo cierto es que muchos se habían escamado porque no pudo participar el común de los campesinos de Monterde y sólo se permitió acceder a los que tenían una cierta posición social. También resultaron designados concejales el *tío Conejos*, el herrero del pueblo, el practicante y otros dos grandes propietarios. En definitiva, se empezaban a realizar una serie de cambios y todos tenían que amoldarse a la nueva situación.

No obstante, durante la semana siguiente, otra nueva disposición del directorio militar sí que hizo mella en el ánimo de los componentes de la Sociedad Obrera: El Somatén. Este grupo civil y armado se estaba creando a marcha forzada en la mayor parte del territorio como apoyo a la Dictadura. Para formar parte del mismo era imprescindible no tener antecedentes penales y ser amante del orden público. Como todavía existía un ambiente excitado y favorable al programa que estaba desarrollando el nuevo gobierno, los eternos adulares del poder se hicieron rápidamente de notar. Enseguida entraron a formar parte del somatén de Monterde los guardias que custodiaban los montes del pueblo, los guardas privados y las personas que creían

a pie juntillas la proclama de los militares y anteponían el orden público a la defensa de las libertades.

El grupo que se creó en Monterde no era del agrado de los jornaleros de la localidad, más que nada, porque se trataba de personas muy dadas al disparo fácil y a la bravuconería. Los que no eran guardas eran cazadores o sencillamente gente que aspiraba formar parte del nuevo estatus social que se estaba formando en defensa de la Dictadura y eso les confería una peligrósidad añadida. Y así, entre expectantes y mosqueados, los miembros de la autodenominada Sociedad Obrera del pueblo decidieron darse un margen de tiempo y dejar las periódicas reuniones sociales para mejores tiempos. Hasta que éstas llegaran se comprometieron a reunirse clandestinamente en casa de alguno de los miembros por la actitud vigilante que Irineo, el alguacil, y los elementos del Somatén realizaban sobre el conjunto de la población local.

XX

El sonido grave y profundo de la sirena de los barcos daba la bienvenida al buque de la armada española cuando entraba con marcada parsimonia en el puerto de Valencia. Era una tarde húmeda y gris de primeros de octubre del año 1924. En el interior del barco numerosos militares españoles volvían a su patria después de haber estado luchando en el Rif marroquí contra las kábilas insurgentes del Raisuni. Los soldados que regresaban estaban eufóricos y no era para menos, pues habían peleado en África y todavía vivían para poder contarlo. La matanza en la guerra marroquí había sido impresionante y sus efectos entre la población española tardarían muchos años en curarse. Y esta nave era la viva muestra de los desastres de la guerra al llevar en sus entrañas varias decenas de compatriotas heridos que eran transportados a la península para procurar un rápido restablecimiento. Junto a las víctimas y mutilados se encontraban también varios cientos de militares recientemente licenciados que ofrecían en conjunto un contraste ciertamente brutal. Y así, junto a la retahíla machacona de los quejidos lastimeros y gritos de dolor emitidos por los heridos, se escuchaban de vez en cuando el estruendo alborozado de la soldadesca recientemente relevada. Pero no todos los militares licenciados estaban

contentos y participaban de aquellos momentos bulliciosos y festivos. A proa del barco mientras apoyaba los codos encima de una barandilla y apuraba el enésimo cigarrillo estaba Rafael que percibía ensimismado como la bocana del puerto se veía cada vez próxima. Atrás dejaba el infierno, pero las heridas del alma las llevaba consigo a modo de infame penitencia.

Cuando el barco atracó, fueron bajando por la pasarela los soldados saludando con el ánimo apenas contenido a los familiares que habían acudido a recibirlos. Las escenas emotivas se sucedían por doquier aunque un buen número de militares andaban solitarios buscando lo imposible entre las ajenas comitivas de amigos y parientes. Rafael se unió a cuatro aragoneses con los que había compartido parte del viaje de regreso. Como no había venido nadie a recibirlos, hicieron un breve corrillo y resolvieron que lo mejor sería pernoctar en alguna posada de las proximidades y al día siguiente continuarían el viaje hacia sus respectivas casas. Entre todos ellos era Rafael el que más desentonaba por el rictus grave y serio que trasmitía su semblante pues apenas hablaba y parecía un autómatas dejándose llevar, aunque de muy mala gana. De manera que abriéndose paso entre el innumerable gentío decidieron trasladarse hacia una barriada próxima al Grao de Valencia ante la insistencia de uno de ellos. Se trataba de un maño parlanchín, muy echado para delante y algo pendenciero que aseguraba conocer al dedillo aquellos aldeaños. Con los petates al hombro cruzaron cerca de las atarazanas sorteando algunos carromatos y varios coches allí estacionados y, por fin, alcanzaron las pequeñas casas que indicaba su paisano.

El barrio era ciertamente deplorable. La suciedad, los malos olores y los gritos formaban parte de un escenario muy poco aconsejable, pero la hora que era y el cansancio por el largo viaje acabaron por socavar los escrúpulos más exigentes. Afortunadamente, el dicharachero baturro reconoció entre las sombras del atardecer la susodicha posada y en la misma entraron sus cansados paisanos hartos de dar vueltas por aquella inmundicia de barrio. Pudo más el agotamiento que los prejuicios pero si había buena cama y la comida era decente no era cuestión de poner pega alguna. Además, si la retentiva no les fallaba sabían que no mucho tiempo atrás habían estado en sitios peores. Un ejercicio sincero de memoria les habría recordado cómo en más de una ocasión mientras comían se habían tenido que quitar los

piojos a manotazos. O también, en otros casos, cuando estaban rodeados de despojos humanos y, entre tanto, ellos se alimentaban absortos e impasibles ante la brutalidad de la guerra. Y precisamente ahora que ya estaban en la reserva no iban a ser más quisquillosos que nadie. En realidad, si lo pensaban bien ese lugar era casi el paraíso comparándolo con lo que habían conocido y padecido. De manera que decidieron aceptar el envite del paisano fanfarrón y penetraron en la estancia. Al momento, le vieron entablando conversación con el posadero el cual les indicó que todavía tenía desocupadas varias habitaciones y que en la parte posterior a la entrada también disponía de una cantina donde podía darles de cenar.

De manera que el quinteto de licenciados se acomodó para descansar en sus respectivas habitaciones y a la hora indicada bajaron con la intención de dar buena cuenta del más que merecido sustento. Aunque conviene indicar que, ciertamente, estaban algo mosqueados pues el antro se las traía y si las apariencias no engañaban temían acabar pasando más hambre que un maestro de escuela. Escrúpulos aparte se sentaron alrededor de una destartada mesa y solicitaron una botella de aguardiente mientras les preparaban el refrigerio. El monterdino seguía tan poco hablador y serio como desde que arribaron al puerto de Valencia y daba la impresión de ser el que estaba más dispuesto de todos a empinar el codo lo antes posible. Tanto era así que sus compañeros se miraron preguntándose con gestos qué podía ocurrirle para que actuara de esa manera y, después de alguna que otra vacilación, dejaron esos interrogantes para una mejor ocasión. Lo cierto es que el grupo presentía que la noche iba a ser larga y estaban ansiosos de beber e intentar olvidar los últimos meses de sus perras y ajetreadas vidas. Y eso precisamente era lo que necesitaba Rafael que fue el primero en servirse y apurar el trago recordando a su padre cuando en alguna de sus celebradas parrandas solía decir:

—No el que más bebe es el mayor borrachín sino el que peor hígado tiene para aguantar la bebida.

La primera sorpresa de la noche vino con la cena. ¡Qué maravilla! ¡Quién lo iba a decir! ¡Cómo engañan las apariencias! El posadero —que era natural de un pueblo conocido como El Palmar— les sirvió una de las comidas típicas de la Albufera: *all i pebre*. Además acompañó el guiso con unos platos de pescaditos fritos, que eran una delicia, y otros secos como pulpitos y los famosos *capellanets*. Rafael no era muy

comedor y, en todo caso, prefería las carnes, pero la excelente pitanza de esa noche le estaba haciendo cambiar de parecer. Hasta no hacía mucho tiempo el pescado lo había comido muy de vez en cuando, alguna sardina salada o en lata que transportaban a Monterde los *campilleros* y hacían trueque con los productos locales, pero nada más. De pescado fresco apenas había probado bocado hasta que se fue a servir al ejército y pudo acudir en alguna ocasión a las casas de comida que, situadas en las proximidades de los cuarteles, calmaban los atormentados estómagos de los soldados. El grupo de maños se chupaban los dedos, tanto, que cuando el alcohol comenzaba a sentirse con fuerza insinuaban que había que nombrar a Valencia la cuarta provincia aragonesa. A la cena siguieron los brindis por sus pueblos, familias, novias y todo aquello que les pasaba por la imaginación, cualquier ocurrencia era buena, ni más ni menos que la excusa perfecta para brindar y seguir bebiendo. Hasta Rafael parecía haberse sustraído por fin a la pesadumbre que le atenazaba desde que salió de África. En el momento en que se acabó la cena, el cabecilla de la reunión se levantó para pedir otra botella de aguardiente al posadero aunque una vez juntos en la barra le susurró cierta cuestión al oído. Cuando éste volvió sobre sus pasos y los paisanos que seguían sentados vieron su pícara sonrisa entendieron perfectamente por dónde iban a ir los próximos derroteros.

Esta era la segunda sorpresa que les tenía deparada la noche. A los pocos minutos, aparecieron en el local un grupito de mujeres con vestidos chillones y aparatosamente maquilladas. Sin terciar más palabras que los saludos de rigor recogieron algunas sillas y se sentaron a la vera de los comensales, que las miraban boquiabiertos ante la complaciente sonrisa del posadero y su conocido aragonés. Junto a Rafael se colocó una mujer de edad indeterminada aunque aparentaba ser mayor que él y algo entrada en carnes. Inmediatamente le pasó el brazo por encima de su hombro y acercándosele a la cara le dio un sonoro beso dejándole la impronta de sus labios perfectamente marcados. La perplejidad del monterdino no tenía límites pero se dejó llevar. El alcohol estaba haciendo valer su controvertida capacidad terapéutica y resultaba perceptible en momentos como éste.

La situación se fue tornando cada vez más picante con besos furtivos y carantoñas más o menos obscenas en medio de risitas comedidas. Poco a poco los baturros comenzaron a ausentarse de la mesa subiendo a sus respectivas habitaciones con la compañía de aquellas

pelanduscas. El monterdino, a pesar del acopio etílico y las maniobras de su meretriz, no lograba o no quería acceder a sus lujuriosos deseos. Y cuando por fin pudo más la insistencia de la mujer que su tozuda indiferencia se levantó como buenamente pudo y ayudado por la señora subió por la escalera sujetándose entre la barandilla y el hombro de la fulana. Luego, al pie de la habitación tuvo que darle finalmente la llave para que abriera la estancia pues a él le fue imposible a pesar de su insistencia. Una vez llegó a la cama se tumbó encima de ella y la buena samaritana le ayudó a quitarse la ropa hasta dejarlo casi desnudo. Se sentó a su lado y comenzó también a desvestirse.

A la mañana siguiente un fuerte dolor de cabeza hizo de improvisado despertador y Rafael se levantó de la cama tras un aparatoso bostezo mientras intentaba quitarse las legañas. Al incorporarse comprobó atónito que el dormitorio estaba revuelto y la cama hecha un lío con las sábanas y las mantas al pie del lecho todo completamente desorganizado. Vio con espanto que su cartera estaba abierta encima de la mesita de noche y se temió lo peor. Al acercarse precipitadamente para comprobar su contenido tropezó con una de las patas de la cama y se hizo daño en los dedos del pie soltando toda serie de improperios mientras se deslizaba como podía a pata coja hacia la susodicha mesita. Abrió la cartera y comprobó que aún tenía su dinero pero al contarlo detenidamente apreció que le faltaban diez pesetas. Sujetando la cartera con fuerza se dejó caer en la cabecera de la cama sentándose mientras intentaba pensar en medio de un impresionante dolor de cabeza qué podía haber ocurrido. Poco a poco se fue calmando y mientras se masajeaba los dedos del pie atinó a recordar los excesos de la pasada noche. Y cayó en la cuenta que no le habían robado, tan sólo aquella mujer había cobrado sus servicios.

Al momento, fue hacia su pantalón que estaba tirado de cualquier manera encima de una silla y buscó con determinación el reloj de bolsillo que le regalara su padre. Comprobó la hora y vio que eran algo más de las siete de la mañana. Tenía que darse prisa, el tren para Zaragoza salía en unas dos horas. De manera que se vistió lo más rápidamente que pudo y, metiendo todo en el petate, lo cerró y salió de la habitación para llamar a sus paisanos. Fue abriendo todas las puertas mientras intentaba despertarlos a gritos, pero los efectos de la juerga en la pasada noche estaban todavía muy presentes y resultaba una misión más complicada que conquistar el Rif sin pegar un tiro. El maño

con dotes de celestino sí pudo levantarse aunque le resultó difícil a Rafael penetrar al fondo de la estancia por el fuerte olor a vómitos que salía de su interior. Como buenamente pudo habló con él y le comunicó sus intenciones de marcharse de aquel lugar cuanto antes para continuar el viaje. Éste le dijo que se lo pensara mejor, lo habían pasado de maravilla y ya tendrían tiempo de sobra para aburrirse en sus respectivos pueblos.

Rafael no estaba para bromas y lo tenía muy claro, no necesitaba la compañía de nadie y si tenía que volver sólo a Teruel lo haría sin dudarle ni un instante. De manera que se despidió del paisano cantamañanas y quedaron en verse algún día. Bajó por las escaleras y al llegar a la entrada de la posada buscó a su dueño para liquidar las cuentas pendientes. Una vez pagado lo debido salió a la calle y observó cómo los tugurios de esa zona escondían además las miserias de las damas de moral distraída. Muchas de ellas estaban sentadas a las puertas de las cantinas, en alguna tahona o en posadas similares a la que se había hospedado durante la noche anterior. También apreció cómo varios marineros rondaban a las meretrices allí situadas. Además, le pareció ver alguna de sus compañeras de juerga y entre ellas la que estuvo con él a pesar de lo temprano del día. Ahora estaba casi irreconocible sin los abalorios y la vestimenta de la noche anterior pero, sobre todo, sin el exceso de pinturas y coloretes con el que se presentó durante la cena. Estuvo tentado por un momento de ir hacia ella y hablar pues no recordaba prácticamente nada de lo que había ocurrido en la pasada noche. Durante esa mañana apenas había tenido tiempo de pensar por culpa del maldito dolor de cabeza y además la resaca le había dejado un cuerpo de mil demonios.

—Pero... ¡Qué diablos! —pensó— ¿Cómo pude hacer nada anoche de la manera en que estaba? ¿O sí?

En última instancia decidió acudir donde estaba la fulana que hablaba con un malcarado marinero mientras le echaba de vez en cuando a Rafael miradas esquivas. Y cuando estaba caminando hacia ella con la sana intención de saludarla y pedirle explicaciones por lo que pudo o no pudo haber ocurrido, la buena mujer cogió del brazo al lobo de mar que le estaba tirando los tejos y penetró con celeridad tras una puerta abierta. Rafael se paró en seco con un punto de mala leche y, tras pensarlo detenidamente, decidió que no merecía la pena buscarse más complicaciones pues la vida te las da con creces sin ne-

cesidad de ir a buscarlas. Dejaba lo ocurrido al albur de los interrogantes que cada ser humano mantiene sobre alguna parte de su vida. Si había ocurrido algo pues bien. Y si no, también.

—Aquí paz y después gloria —musitó como decían a menudo mosén Rufino o el secretario don Ramón Sánchez cuando no querían entrar a fondo en algún tema escabroso y pretendían dejar las cosas como estaban.

Suspiró profundamente y, acomodándose el petate lo mejor que pudo, comenzó a andar por una gran avenida permanentemente transitada por carromatos y algún que otro coche tal y como le había indicado el posadero. Hacia el final de la misma estaba la estación que con tanto ahínco buscaba. La avenida era la calle más larga que había visto en su vida, aunque Rafael no podía vislumbrar mucho más allá de un centenar de metros por culpa de la incipiente niebla que se estaba apoderando del ambiente. La misma, junto a la excesiva humedad del aire, provocó que el monterdino estornudara y no llegó a más porque se abotonó completamente la camisa protegiéndose del incipiente frío.

Llevaba andado un buen trecho y se extrañaba de no haber llegado al final de la calle. El posadero le había dicho que era muy larga pero no podía imaginar cuánto. Inquieto preguntó a unas personas que caminaban cruzando la avenida en dirección a los campos que se adivinaban al otro lado de los edificios próximos. En un principio le inspiraron confianza pues parecían labradores vestidos con unas blusas negras ligeramente apaisadas. Además, alguno de ellos portaba sendos capazos de esparto y el que aparentaba ser de mayor edad llevaba una azada colgada al hombro. A este último se le acercó y sin más preámbulo le preguntó:

—Por favor ¿está lejos la estación de Aragón?

—Aún le queda un poco —le respondió el interrogado—, siga todo recto y al final de la avenida a la derecha encontrará la estación *churra*.

—No, no... Si yo le pregunto por la estación de Aragón —insistió nuevamente Rafael.

El grupo de huertanos se echó a reír de forma ruidosa y le señalaron con el brazo hacia el final de la calle mientras se daban palma-

ditas en la espalda y se alejaban haciendo comentarios en su lengua vernácula. Rafael se quedó un momento parado sin saber cómo reaccionar, pues no comprendía a qué demonios venía aquella chufla sin sentido. Una persona había sido testigo de los comentarios y viendo el azoramiento del forastero se le acercó y comenzó a hablarle:

—Escuche, joven, la estación por la que usted pregunta está al final de la avenida como le han dicho. Pero no haga caso al comentario burlón que le han hecho esos pobres infelices. Aquí en Valencia hay gente que conoce a esa estación con ese nombre porque es como despectivamente se conoce a los habitantes de Aragón y más concretamente a los turolenses. Yo creo que es una falta de respeto porque al fin y al cabo todos somos españoles, aunque bien es cierto que donde quieras que estés siempre encuentras personas a las que no les gustan los forasteros.

—Muchas gracias... señor —tartamudeó un agradecido Rafael.

Una vez recompuerto del incidente, el monterdino volvió a acoplarse el petate y continuó la marcha aligerando el paso todo lo que pudo. No dejaba de pensar en las palabras que le habían dicho aquellos labradores y entonces cayó en la cuenta de otros comentarios efectuados por soldados de la compañía con la que sirvió en África. Había convivido con algunos catalanes que comentaban el desprecio que padecían por algunos naturales del país llamándolos *charnegos* y supuso que en todas partes los pobres emigrantes tenían que padecer insultos parecidos. ¡Joder! Sólo le faltaba esa bronca para empeorar el malestar que padecía por la juerga de la pasada noche. Su ánimo volvió a decaer pues estaba realmente *tocado* por todo lo que había vivido en la guerra de la que acababa de salir. Pensó en las gentes de su pueblo y en su familia intentando sobreponerse a las adversidades y continuó caminando todavía con más celeridad. Mientras tanto, el tiempo inestable acabó asociándose con los sarcásticos huertanos y una lluvia fina pero insistente comenzó a caer.

—Sólo faltaba esto —comentó para sí totalmente compungido.

Y de esta manera arreciando el paso y mirando constantemente al suelo bajo la impenitente lluvia que continuaba cayendo seguía caminando hacia donde le habían indicado que se encontraba la estación de Aragón, también conocida como *churra*. Estaba totalmente decidido y dispuesto a poner tierra de por medio cuanto antes y poder lle-

gar lo más pronto posible a su anhelada patria chica. Tenía razón el buen samaritano que reprendió los comentarios soeces de aquellos individuos, porque unos minutos más tarde llegó a una explanada grande y, mirando el trasiego de la gente, comprobó que a su derecha estaba la tan anhelada estación.

—¡Por fin! —exclamó.

Entró en el edificio y observó varias filas de personas que hacían cola en las taquillas del vestíbulo para sacar el billete. Comprobó dónde tenía que comprar el pasaje para Teruel y se dispuso a guardar el riguroso turno. Cuando llegó y preguntó por los precios le parecieron elevados y después del dispendio de la pasada noche no le quedaba más remedio que sacar un billete de tercera clase. Iría el vagón, seguramente, apelotonado de personas, pero no quería gastarse más dinero del necesario. Lo que ansiaba con todas sus fuerzas era llegar cuanto antes a su casa, echarse a dormir durante una semana entera y poder recuperar cuanto antes la vida que siempre había llevado. Una vez tuvo el billete en sus manos se dispuso a subir al tren y encontrar el mejor acomodo posible. El viaje era largo y tedioso y todavía le quedaban bastantes horas hasta llegar a Cella. Penetró en los vagones de tercera bastante cochambrosos y con un punto de suciedad y, encontrando un banco medio vacío, preguntó a un viajero si el resto estaba ocupado. Como le respondió negativamente colocó el petate en el altillo y se sentó encendiendo un cigarrillo mientras estiraba los brazos por el cansancio acumulado e intentaba sobreponerse con alguna que otra cabezadita. Afuera, en la calle, la lluvia había cesado, pero el día seguía siendo tan gris como sus pensamientos.

Media hora más tarde, el pitido del tren le sobresaltó haciéndole despertar del profundo sueño en el que se había sumido durante unos pocos minutos. El convoy se ponía en marcha lentamente e iniciaba el recorrido que unas veinte horas más tarde —si no existían contratiempos— le haría llegar a su destino en la capital aragonesa: Zaragoza. Cuando Rafael abrió los ojos comprobó que los asientos del compartimiento se encontraban completos y la algarabía era más que notable. El pasado dolor de cabeza ya era solo un recuerdo y aunque él suspiraba realmente por la soledad y el recogimiento, lo cierto es que era algo sumamente difícil debido al lugar donde se encontraba. Por lo menos no habían niños por los bancos de alrededor, eso ya era un consuelo, pero los pasajeros también hablaban de sus cosas y el

ruido de fondo le molestaba. Además, una señora de mediana edad llevaba una cesta de la que sobresalían unas aves de corral y de vez en cuando cloqueaban con el consiguiente alboroto. Más callado aparecía un señor de edad avanzada, sentado junto a la ventana de espaldas a la marcha del tren que con un traje limpio pero algo ajado sujetaba un bastón de madera con una empuñadura de plata. Ello y el sombrero de bombín que cubría su cabeza indicaba su pertenencia a una posición social impropia para donde había acoplado sus reales posaderas. En silencio y acariciando a menudo sus poblados y puntiagudos bigotes miraba a través de la ventana el paisaje valenciano. ¿Qué hacía un hombre como ese en un vagón de tercera? Ni lo sabía ni lo quería saber. Rafael sólo pensaba en sus cosas y, tras un breve repaso a sus compañeros de viaje, siguió con sus cavilaciones totalmente ensimismado.

Muy poco tiempo después de haber partido vino la primera parada en la estación del *Cabañal*, situada entre unas pequeñas casas de pescadores y la huerta. Daba la impresión de que el tren no acababa de despegar del todo pues el trasiego propio de la capital todavía estaba muy presente. Al salir de allí el campo parecía abrirse primero por la feraz huerta de Benimaçlet que rodeaba su cementerio y luego, a través de Alboraya al cruzar por el barranco de *Carraixet*. A partir de este punto sintió que el tren aumentaba su velocidad, pero las paradas en los pueblos principales seguían siendo numerosas y una extraña sensación comenzó a adueñarse de Rafael.

Las circunstancias que él había vivido durante su estancia en África volvían a su mente, en realidad, nunca se habían ido del todo. Tan sólo en los momentos que bebía lograba olvidarse pero ese no era el camino pues cuando recobraba la sensatez volvían las terribles imágenes y los acontecimientos que padeció durante su estancia en el Rif. Pensó que no podía estar así durante el resto de su vida y que había que poner fin a aquella locura. Se removía inquieto en el banco e intentaba buscar una salida para su atormentado espíritu pero no conseguía encontrar el bálsamo que lo aliviara. El tren proseguía su marcha y, en un momento determinado, apareció el revisor solicitando los billetes a las personas sentadas en el compartimiento. Uno a uno fue pidiendo los pasajes mientras los miraba detenidamente para luego taladrar los billetes. Cuando llegó el turno del misterioso viajero de los bigotes erizados el revisor le miró a los ojos y con un gesto de afecta-

ción se quitó la gorra mientras lo saludaba sin demandarle el billete como al resto de los pasajeros.

—Buenos días, señor ¿está usted bien?

—Sí, gracias —fue toda su respuesta.

Luego, el reservado compañero de viaje volvió a quedarse como estaba impertérrito mirando como si tal cosa a través de la ventana. El resto de los viajeros se miraron extrañados y casi salió una exclamación de sus gargantas. Un *ohhhhh* sordo, telepático, totalmente inapreciable para el oído humano surcó el aire de la estancia. Sin embargo, al no escudriñar directamente a la cara del personaje en cuestión nadie pudo apreciar que el rictus serio que aparentaba no era más que pura fachada y una tímida mueca entre irónica y sarcástica se deslizó suave e imperceptiblemente entre sus labios. ¡Había gato encerrado! Cuando salió el revisor de la estancia, sobrevino un prolongado silencio apenas roto por el murmullo exterior y alguna que otra inoportuna tos. Todos los pasajeros parecían ensimismados mirándose con disimulo y sin pronunciar palabra alguna, tanto, que aún tardaron algunos minutos en volver en sí. Y de esta manera, en medio de las constantes cavilaciones de todos los compañeros de viaje, el tren llegó a Sagunto. Entró en su estación y paró durante varios minutos que la mayor parte de los viajeros aprovecharon para estirar las piernas y no pocos fueron los que bajaron del tren a la cantina de la estación a tomar algún refrigerio.

—Me parece que este viaje va a ser eterno —rumió Rafael.

Al tiempo que seguía meditando, el tren se puso de nuevo en marcha después de un largo pitido de aviso. Pero algo extraño estaba teniendo lugar, el convoy comenzaba a circular en sentido contrario. Si antes él estaba situado en el sentido de la marcha, ahora era de espaldas.

—¿Qué ocurre? —interrogó el monterdino a sus compañeros de viaje— ¿Por qué vamos hacia atrás?

—Eso mismo piensan los que realizan este viaje por primera vez —respondió uno de ellos—. El tren entra en esta estación pero no sigue adelante y tiene que volver para enlazar nuevamente con la vía. Como no puede dar la vuelta el convoy entero, la máquina se desengancha y la pasan por una vía paralela para ponerse a la cabeza que era la cola cuando llegamos aquí. Vuelve por el camino realizado desan-

dando parte del trecho recorrido para luego desviarse en un cambio de agujas y seguir viaje hacia Zaragoza, ahora ya directamente. Está claro... ¿No?

—Sí, sí... muchas gracias por su explicación —atinó a decir un aturdido Rafael.

Y mientras el tren comenzaba a coger velocidad para seguir hasta la próxima parada en el siguiente pueblo, el monterdino ahora sentado a contracorriente según la dirección de la marcha, comenzó a recordar nuevamente los penosos momentos vividos en África. Sin embargo, la asociación del tren con la marcha atrás y su extraño recorrido le volvía a la mente cada vez más a menudo. Era una agrupación de ideas ciertamente extraña e inconcebible como si su mente estuviera fabricando por su cuenta una extraña pócima que posibilitara curarle el mal de espíritu que le acongojaba. Y de pronto tuvo una idea, una maravillosa idea. Sí, la llevaría a cabo, sería el modo perfecto de dejar atrás para siempre las pesadillas que le aquejaban. Se levantó de sopetón de su asiento y acudió raudo al pasillo abriendo una de las ventanas para apoyar sus antebrazos en el borde de cristal y, asomando la cabeza, mirar el horizonte hacia donde se abría paso el tren. La extraña pero lógica maniobra de la máquina le había dado la solución. Era como volver atrás para darse impulso hacia delante y eso es lo que tenía que aplicar en la resolución de sus problemas. Es decir, tenía que repasar mentalmente uno a uno todos los aciagos momentos que había vivido como en un acto de desagravio y una vez rememorados dar carpetazo a sus recuerdos. No tenía que luchar para olvidar, lo que tenía que hacer era volver atrás y evocarlos con toda naturalidad para luego comprometerse interiormente a empezar de nuevo en la otra dirección, justo hacia delante, hacia lo que podía ser su vida futura. Tenía que pasar página de una vez por todas ya que resultaba muy difícil olvidar aunque era necesario y vital, tanto como tener asumidos los objetivos del día de mañana. Es la mejor manera de plantear nuestro futuro y no dejarlo al albur de la incertidumbre ni la melancolía que nos puede corromper la visión de nuestra vida. En caso contrario, los recuerdos nos atenazan de tal manera que nos impiden ver la realidad que vivimos en nuestro presente por lo que nuestra existencia queda sumida en un auténtico caos. Y, por supuesto, aunque aparentemente no tenía nada que ver, esa era la sensación que le había transmitido la inusual maniobra del convoy a su paso por Sagunto.

Y Rafael comenzó a recordar cada una de sus ingratas experiencias vividas. Tiempo tenía más que de sobra con la marcha del tren hasta que llegara a su destino en la localidad de Cella. Y por su mente comenzaron a pasar en forma de instantáneas los buenos momentos de la instrucción en la península donde se dio de bruces con la realidad sospechada desde su salida de Monterde. Todos los reclutas pertenecían como él a las capas sociales más bajas e incluso había muchos que no sabían leer ni escribir. El caso de Ernesto no era único, ni mucho menos, la gente adinerada o con ciertos posibles, hacía lo indecible para que sus hijos no fueran a África, eso quedaba reservado para los desheredados de la vida y la fortuna. Aún con todo, esos eran los mejores recuerdos que tenía de su paso por el ejército.

Luego, a los pocos días de su llegada a África, tuvo que ir a luchar por las tierras del Rif entre barrancos y montañas contra un enemigo agazapado que llevaba a raya a los soldados españoles. Y esto era así porque luchaban con bravura por su país contra unas fuerzas de ocupación que iban a llevar —según decían los mandos militares— la riqueza, los conocimientos, la cultura y, en definitiva, la civilización a unos atrasados rifeños. Pero cuando Rafael miraba a su alrededor no veía más que una masa de miserables analfabetos, mal vestidos, mal comidos, mal preparados para el combate, con la moral por los suelos y deseando escapar de aquel pozo sin fondo que era la guerra. Y sobre todos ellos una elite de militares de la misma clase social de los que pagaban por no ir de soldados, que los trataban como si fueran carne de cañón. Bebían, comían y vestían de manera diferente y el trato con la soldadesca era, salvo raras excepciones, bronco, chulesco y prepotente. Allí estaban para combatir al moro para la mayor gloria de España y ganar el ascenso lo más rápidamente posible.

La corrupción era absoluta y los pobres soldados eran los peones de una mortal partida de ajedrez. Años atrás, durante el verano de 1921, el desastre de Annual dejó conmocionada a la opinión pública española y, cuando los poderes políticos del país se dieron cuenta que el dinero que se destinaba al mantenimiento del ejército apenas llegaba al escalafón más bajo, se organizó una comisión de investigación. El general Picasso apenas pudo cumplir su cometido porque los militares africanistas y el propio general Primo de Rivera no se lo permitieron. Esa fue la principal causa del golpe de Estado que pilló al monterdino en tierras africanas. Rafael había llegado a Melilla en plena resaca de

la derrota cuando el estamento militar todavía estaba digiriendo el desastre ocurrido y además, el expediente Picasso reconocía un sinfín de las arbitrariedades cometidas. Pero el pronunciamiento del trece de septiembre de 1923 impidió seguir adelante, había triunfado la facción de los militares empeñada en acabar con la guerra a sangre y fuego y a Rafael le cogió en pleno servicio militar.

Cuando meses atrás llegó a Melilla, escuchó decir a algunos soldados la horrorosa impresión que les había causado mientras recorrían el monte Arruit y se topaban con la carnicería realizada por los guerrilleros del Raisuni. Miles de cuerpos de sus compatriotas yacían degollados e insepultos ya que, después de haber pactado su rendición con los vencedores, fueron asesinados a sangre fría. Luego, llegó su actividad en labores de acondicionamiento de aeródromos, construyendo carreteras para facilitar el paso de los vehículos militares, en fortificaciones diversas y, sobre todo, con los temibles *blocaos*. La realización de estos puestos avanzados era lo más peligroso que realizaban cuando no iban de patrulla por los infernales barrancos. Solían construirse en lo alto de alguna montaña bajo la constante balacera de los rifeños que los abatían como conejos. ¡Cuántas veces las balas silbaron cerca de él y cuántos soldados cayeron a su lado heridos mortalmente por los francotiradores! Luego, después de tanta carnicería, el cuerpo se rebelaba y uno si lo pensaba detenidamente llegaba a creer que se había convertido en un monstruo. Igual te ponías a comer junto a varios cadáveres por una cuestión pura de supervivencia, que te jugabas la vida por un simple sorbo de agua. O, lo que es muchísimo peor, cuando en una refriega quedaban varios compañeros heridos si no podían ser trasladados la orden era rematarlos para que los moros no los cogieran con vida pues los torturaban y les daban un fin canallesco, si es que existe alguna muerte en la guerra que no lo sea. Y Rafael se acordaba que tuvo que ejercer de matarife de un amigo mortalmente herido pero que todavía mantenía un hilo de vida, él tuvo que cargar con el *favor* de acabar con su existencia antes de que cayera en manos enemigas. Nunca podría olvidarlo.

Sin embargo, cuando los españoles comenzaron la ofensiva sus métodos no quedaron atrás, la guerra tiene todos los condicionantes que uno quiera pero no aparece por ningún lado el de la humanidad. El ejército gaseaba todo lo que olía a insurrecto, ya daba igual que fueran campos de cultivo o lugares de reunión, zocos o morabitos, la cues-

tión era arrasar la retaguardia enemiga. Vitoreaban los soldados a los aviones cuando escuchaban rugir sus motores y acudían al poco tiempo prestos a rematar el ataque. El monterdino seguía recordando las primeras veces que llegaba a un poblado y comprobaba la magnitud de los destrozos de los aviones; los temibles *Goliath*. Éstos lanzaban bombas químicas para combatir a los rifeños de Abd el-Krim pero también contra una población civil e indefensa. Y cómo podía olvidar el día en que penetró en un pueblo de chabolas que había recibido días atrás la mortal visita del gas mostaza. El hedor era insoportable y cuando entró en una vieja casucha se encontró una familia entera muerta y un rifeño llorando junto a los pequeños con un fusil máuser entre las manos. En el momento que vio al soldado español le gritó *Arrhash... Arrhash* y cogiendo el viejo fusil se abalanzó sobre él. Rafael pudo esquivarlo, pero cuando se giró y estuvieron frente a frente en la pelea que siguió el monterdino le ensartó con la bayoneta calada. Luego, dejándolo tendido en el suelo con el resto de su familia, no pudo reprimir un ahogo de profundo pesar por lo que había ocurrido.

Conocido es que la guerra embrutece a los hombres y después de la tristeza de las imágenes que los soldados fabrican día a día viene el recuerdo de la pérdida de sus camaradas y la piedad se disuelve como el azucarillo en una taza de café. Y vuelta a empezar, una vez y otra, y así hasta que los soldados se liberan de prejuicios y se convierten en lo que los mandos militares desean: máquinas de matar, en esa tesitura los remordimientos no existen. Casi sin apenas descanso los *Goliath* volvían a dejar su carga mortífera de iberita y ellos iban de nuevo a comprobar los resultados. Cuando quiso darse cuenta había pasado más de un año desde su estancia en tierra de infieles y en esa efemérides cayó herido en los enfrentamientos habidos en Cobba Darsa sin que este enclave pudiera ser tomado. En esta ocasión la suerte estuvo de su lado y pudo ser transportado por los camilleros y luego repatriado hasta Melilla donde pasó una lenta convalecencia hasta que fue dado de alta y otra vez vuelta a empezar.

Al llegarle la licencia casi no se lo creía. Había resultado herido de consideración en cierta ocasión y magullado en otras tantas, también cayó enfermo un par de veces por causa de una pobre alimentación y los parásitos locales pero, en definitiva, había acabado vivo, que no era poco. La alegría de su recién cobrada libertad se frenaba como consecuencia de los remordimientos que padecía últimamente.

Los niños gaseados, los combates cuerpo a cuerpo y en ellos ves la cara de tu enemigo que en realidad es una persona igual que tú. Sin embargo, el resultado de esa refriega es diferente para los dos combatientes pues tú acabas matándolo y su rostro te persigue durante toda la vida. O el triste adiós a un compañero al que tienes que rematar para impedir que las últimas horas de su existencia no sean una cruel pesadilla. Y sobre todo ello, el rencor a los mandos insensibles ante la locura del combate y prestos a ordenar cualquier atrocidad exponiéndote incluso a la muerte para conseguir ellos el tan anhelado ascenso.

No se escapaba de este rechazo la actitud del capitán capellán que conoció, el cual parecía más un gladiador que un servidor de Dios. El agnosticismo de Rafael fue creciendo conforme su espíritu no encontraba consuelo en la Iglesia ante las atrocidades de la guerra. En los últimos tiempos de su estancia en Monterde ya se había dado de bruces con la realidad social del Sindicato católico agrario, que una cosa era lo que se predicaba de ir todos juntos y luego eran los ricos del pueblo quiénes hacían y deshacían a su antojo, ante el silencio cómplice de mosén Rufino. La gota que colmó el vaso fue la guerra de Marruecos y Rafael se encontraba vacío, sin ánimo para seguir adelante, pues sus anteriores referentes sobre la ética se habían difuminado. Al principio sólo el recuerdo de su tierra y sus gentes le servía de consuelo, animándole para seguir adelante. Pero pasados unos meses ya casi se había olvidado de su patria chica, sobrevivir se había convertido en su única meta. Y eso estaba haciendo, precisamente ahora, intentar seguir adelante, recobrar el ánimo y la vida que nunca tenía que haber dejado atrás. Los más de dos años que habían transcurrido desde su marcha a África tenía que arrinconarlos en sus recuerdos como en un mal sueño aunque éste tuviera tintes de la peor pesadilla. Había que continuar adelante, por su familia, por él mismo.

Algunas horas más tarde pasaban por la localidad de Jérica y el tren nuevamente se detenía durante algunos minutos. Rafael reaccionó de su ensimismamiento y observó la estampa que ofrecía la parada del tren. En dicha estación vio cómo varias mujeres y niños llevaban cestas con viandas para ofrecerlas a los viajeros. Sus tripas se hallaban en un constante tintineo y comenzaba a dolerle la boca del estómago por lo que decidió que ya era hora de comer algo. De manera que compró a un zagal varias piezas de fruta y a una mujer un cantero de pan con

longaniza, todo ello sería suficiente para mantenerse en pie durante algunas horas. Después de la enésima bajada a estirar las piernas por parte de los viajeros, el tren enfilaba con ciertas dificultades la subida por el puerto del *Ragudo*. Cuando estaba a mitad de camino el convoy se detuvo en medio de un prado de grandes dimensiones. Entonces, el misterioso viajero que se había mantenido todo el viaje en completo silencio se levantó de su asiento y, acercándose hacia el pasillo donde estaba Rafael, le indicó:

—Yo de usted aprovecharía esta parada que será casi de una hora para bajar al campo a estirar las piernas. En todo el viaje no he bajado ninguna vez, pero siempre que hago este recorrido aquí es el lugar donde realmente me apetece apearme y no en la cantina de cualquier estación.

—Pero ¿por qué piensa usted que estará tanto tiempo detenido?

—Es muy sencillo. Porque tiene que venir otra máquina desde *Escandón* para ayudarla a subir el puerto del *Ragudo* —respondió.

Rafael le hizo caso y comprobó además que buena parte de los viajeros hacían lo mismo. Al momento el prado estaba lleno de gente y daba la impresión que estaban todos de fiesta. Los niños correteaban bajo la atenta mirada de sus progenitores y los adultos hablaban, fumaban algún pitillo o simplemente paseaban. De esta manera, estuvieron durante más de media hora. Incluso hubo familias que desplegaron en el campo algunas mantas para tumbarse o sentarse en el suelo. El monterdino lo aprovechó para fumarse un cigarrillo y dar una vuelta entre los pasajeros. Comprobó que cerca de la cabecera del tren estaba el revisor junto a dos empleados del ferrocarril y quiso acercarse hacia allí para preguntar por la situación del convoy detenido. Como se dio cuenta que ellos estaban manteniendo una conversación, no quiso interrumpirles y decidió esperar a que la finalizaran. Eso sí, fue un testigo involuntario de sus comentarios.

—¡Qué suerte has tenido, ladrón! —comentaba en tono jocoso uno de los del corro—. De manera que don Valentín ha vuelto otra vez a hacer el viaje a Zaragoza.

—Pues sí, he vuelto a ganar una buena propina —dijo el revisor con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y siempre hace lo mismo? —inquirió el otro ferroviario por lo visto desconocedor de sus andanzas.

—Siempre —confirmó el revisor. Luego, quitándose la gorra ferroviaria y agitándola a modo de abanico, miró a su alrededor y como no descubrió al interfecto continuó, aunque bajando el tono de voz.

—Lo cierto es que me parece que las cosas no le van tan bien últimamente pues nunca hasta ahora había viajado en un vagón de tercera clase. Si te digo la verdad no entiendo el ansia que tiene en pagarme dos veces el valor del billete sin que nadie lo vea con la condición de que no se lo pida delante de los viajeros del compartimiento y lo salude como si fuera un ministro. Yo creo que don Valentín está enfermo por la necesidad que tiene de darse el postín delante de la gente. Ahora bien, los de estos vagones, como son pobres, igual se creen que es todo un personaje y lo miran con asombro. Pero cuando antaño viajaba en los reservados de primera las personas que estaban con él fruncían el ceño con una envidia que no veas. Yo creo que si más de uno hubiera sabido la verdad lo habrían imitado. Hay personas que cuanto más tienen más desean aparentar —finalizó con una amplia sonrisa al tiempo que introducía la mano en su bolsillo y tintineaba las monedas.

Los tres ferroviarios rieron con ganas y entonces cayeron en la cuenta que una persona les estaba observando a poca distancia. Era Rafael que viendo finalizada la conversación dio dos pasos adelante y dirigiéndose al interventor le preguntó con un ligero tartamudeo y todavía estupefacto por todo lo escuchado:

—Por favor, quiere decirme cuánto tiempo tardará todavía en ponerse en marcha el tren.

El revisor extrajo su reloj de bolsillo y abriéndolo comprobó la hora que era. Lo volvió a guardar con sumo cuidado y le espetó.

—Pronto. Pero a usted aún le dará tiempo de fumarse un par de cigarros. Eso sí, no se vaya muy lejos que el tren no espera. Cuando hayamos acoplado la máquina, se hará sonar el silbato y si no anda ligero aquí se quedará —concluyó serio y con cierta formalidad. Y luego, con un tono socarrón mientras guiñaba el ojo a sus compañeros, le dijo mirándolo detenidamente:

—Yo de usted antes de bajarme del tren cuando llegue a su destino pasaría por el lavabo a refrescarme —y todos los presentes volvieron a reír con ganas ante el asombro del viajero.

Unos minutos más tarde se escuchó el silbato de otra máquina y el revisor comenzó a llamar a gritos a los pasajeros para que subieran nuevamente al tren. Todos lo hicieron con cierta celeridad y al cabo de un rato ya estaban nuevamente acomodados dentro de los vagones. Luego, se escucharon nuevamente varios silbatos y el tren muy lentamente comenzó a subir por el puerto del *Ragudo*. Una vez en marcha Rafael sintió deseos de acudir al aseo y ya dentro de él, algo mosqueado por las últimas indicaciones del revisor, acertó a mirarse en el espejo. Estaba sucio, sin afeitarse, y parecía ciertamente un pordiosero. Se palpó la cara y un tizne negruzco quedó pegado entre sus dedos. Era la carbonilla que soltaba a chorros la máquina del tren en su marcha y como había estado asomado a la ventana desde que salieran de Sagunto se había llenado de ella.

—¡Qué bochorno! —asumió— ¿Qué habrán pensado de mí los pasajeros que me hayan visto de esta guisa? Ahora comprendo por qué se reían los ferroviarios —concluyó mientras se encogía de hombros.

Y fiel a su anterior decisión, una vez convenientemente aseado, volvió a encaramarse a la ventana abierta para seguir evocando y darle el finiquito definitivo a todos los aciagos recuerdos de su etapa militar.

Casi diez horas más tarde de haber iniciado su viaje llegaba el tren a la estación de Teruel. Todavía estuvo parado el convoy algo más de media hora y cuando por fin retomó la marcha, Rafael no podía disimular el cansancio acumulado. Ya quedaba poco para llegar a Cella, su fin de trayecto. Y así fue. Una media hora más tarde arribó por fin a su destino y el monterdino se bajó del tren después de despedirse de los compañeros de viaje que todavía seguían en él. También de don Valentín, que continuaba impassible escudriñando el campo turolense a través de la ventana. El desventurado personaje seguía sentado, estático y con aires de trasnochada hidalguía. Presentaba una estampa que quedaba perfectamente ensamblada junto al ocaso de ese día. Ahora que Rafael conocía su secreto no pudo reprimir al despedirse de él una extraña sensación de patética condescendencia.

La estación de Cella estaba a poco más de un kilómetro de la población y ya era de noche, pero no le preocupaba en absoluto. De manera que volvió a recoger su petate y cargándose lo al hombro se encaminó por la senda que lo llevaría hasta dicha localidad asentada en la cuna del río Jiloca. Atravesó la antigua zona pantanosa que desde el pueblo de Villarquemado llegaba al pozo artesiano de Cella por la zona norte. Tuvo que luchar contra multitud de mosquitos, los incómodos habitantes de esos campos, que habían sido su hábitat natural hasta no muchos años atrás cuando desecaron los humedales pantanosos que existían como desagadero del nacimiento del Jiloca. Eso sí, los impertinentes insectos no le impedían ver con nitidez el cielo estrellado tan puro y limpio como era el que se podía contemplar desde estas tierras. Estaba ensimismado mirando el espectáculo que se le ofrecía y se relamía de pensar en la sorpresa que le iba a dar a sus amigos y a su familia al día siguiente. Y por fin, las primeras casas de la población se advertían cuando estaba a punto de perder la paciencia con los molestos mosquitos. Tal como tenía pensado acudió a una posada de la localidad para poder cenar y pernoctar, que buena falta le hacía. Estaba ansioso de llegar a su pueblo, pero ya quedaba poco y la paciencia no era una de sus virtudes. No cenó mucho aquella noche. Los nervios le hicieron perder el apetito y se acostó pronto, al día siguiente tenía que ir andando hasta su añorado Monterde.

La mañana había amanecido clara pero algo fría. Rafael recogió el petate con sus pertenencias y enfiló el último tramo que le quedaba de su eterno viaje. Tenía que pasar revista en el cuartel de Teruel pero había pensado que lo mejor sería acudir la semana siguiente y lo que ansiaba con todas sus fuerzas era ver a su gente, cuanto antes mejor ¡cómo echaba de menos a su familia y amigos! Estaba bastante animado, pues el recuerdo de los sucesos de su estancia en África se estaban difuminando como la niebla matinal. Siguió caminando cada vez más alegre y cuando llegó a la paridera del *Meadero* hizo un alto en el camino y extrajo alguna de las piezas de fruta que compró en Jérica para poder almorzar. Una vez recompuesto el ánimo y las fuerzas continuó el viaje al que todavía le quedaba la mitad del camino, es decir, casi otras dos horas. Más adelante, la senda se bifurcaba hacia Pozondón y observó que por ella andaban dos guardias civiles. Cuando éstos lo vieron retrocedieron por el camino y se dirigieron con cierta premura hacia Rafael. Bajaron las escopetas que llevaban descansando sobre los hombros y se las colocaron en actitud preventiva. Se pararon

unos metros delante del viajante y uno de ellos le hizo el alto con un tono brusco y seco.

—¡Alto ahí, no se mueva!

Rafael hizo caso a la advertencia y bajó el petate a tierra parándose al instante.

—¿Quién es usted y a dónde va?

—Me llamo Rafael, soy de Monterde y allí me dirijo.

—Enséñeme las manos. Vamos a ver ¿extienda las palmas de las manos hacia delante y deje que las veamos!

La cara del monterdino reflejó una mueca de extrañeza pero obedeció las indicaciones. El guardia que estaba más cercano le cogió por los antebrazos con cierta violencia y comenzó a examinarle detenidamente los dedos y las palmas de las manos.

—Tiene usted una piel demasiado fina para ser labrador. ¿No será por casualidad un vagabundo?

—Yo no soy ni labrador ni vagabundo. Acabo de hacer el servicio militar en África y me dirijo a mi pueblo porque me han licenciado.

—¡Enséñame la documentación!

Entonces Rafael abrió el petate bajo la atenta vigilancia de los dos guardias civiles y sacó de una pequeña carpeta la cartilla militar que enseñó a uno de los guardias. Éste, tras comprobar la exactitud de lo que decía el interrogado, se la devolvió al tiempo que le preguntaba el por qué no había pasado por Teruel para sellarla.

—Porque tengo muchas ganas de ver a mi familia y amigos —respondió—. Me han dado quince días para hacer el trámite de la reserva y aún tengo tiempo. Ya iré la semana que viene para formalizar los papeles.

Los guardias civiles se relajaron algo al comprobar los datos presentados y se volvieron a colocar las escopetas al hombro. Le hicieron el saludo militar y se despidieron de él tomando nuevamente el camino que llevaba a Pozondón. Rafael continuó su marcha algo turbado por el comportamiento de los civiles. Nunca había tenido problemas con la benemérita, pero esa actitud tan brusca e intimidatoria

le había dejado ciertamente perplejo. Al poco de reiniciar el camino vio a un carro que se dirigía hacia donde él estaba y le pudo la emoción del momento pues era el primer vecino de su pueblo que veía desde hacía mucho, mucho tiempo. Paró nuevamente su camino y saludó al labrador que le habló largo y tendido sobre las novedades que se habían producido en Monterde. También le preguntó a Rafael si había visto a los guardias civiles que continuamente patrullaban por los pueblos de los alrededores. Como quiera que éste le refiriera el suceso que acababa de ocurrir y la extrañeza por su comportamiento, el labrador le indicó que últimamente merodeaban muchos vagabundos por los campos buscando faena. Pero como también se habían producido robos por los contornos, algunos miembros de la benemérita tenían la costumbre de mirar las manos de aquellas personas que encontraban y decían ser jornaleros buscando trabajo. Las comprobaban y si no las veían agrietadas o encalladas como las de los labradores les propinaban algún que otro guantazo o incluso se los llevaban detenidos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Rafael— ¡Cómo está el patio de revuelto!

Luego, tras conocer las nuevas, se despidió y continuó caminando. En un momento dado tuvo que elegir entre las dos sendas que existían para poder llegar a Monterde decidiendo ir por la corta que transcurría a la vera del riachuelo que atravesaba la población. Cuando por fin enfiló las curvas del barranco de *La Hoz* su corazón le latía con tanta fuerza que casi sentía sus latidos a flor de piel. Vio a otros paisanos que acudían a sus labores y los saludó con enorme alegría. Éstos pararon también la marcha del carro para preguntarle y a Rafael no le llegaba el momento de partir de una vez por todas y seguir su camino, ya casi estaba en casa.

Cuando por fin logró despedirse de los labradores continuó su marcha mientras observaba los pequeños huertos que a la vera del río proporcionaban toda clase de legumbres y verduras a los lugareños. Pasó por la última revuelta y cuando vio las primeras casas un nudo de emoción se le puso en la garganta. Después de todas sus incontables peripecias había llegado por fin a Monterde, su casa. Allí sus gentes, familia y amigos le aguardaban. ¡Qué felicidad! Su cara comenzaba a ser un poema que reflejaba una inmensa alegría. Cuando pasó por las primeras casas vio cómo dos mujeres bajaban con las canastillas de los *vajillos* para limpiarlos en el río. Cuánto había esperado este momento,

nadie se lo podía imaginar. Saludó a las dos con deferencia y después de unas breves palabras las dejó con su marcha hacia el río como hacían las féminas del pueblo después de comer ya que recogían todos los cubiertos y la loza empleada y allí acudían para limpiarlas con unas tiras de jabón casero. Llegó hasta la plaza y al subir hacia su casa vio un grupo de muchachas que andaban con sus ocupaciones. Las saludó con el brazo y se quedó mirándolas fijamente para ver si las recordaba, pues de las cinco que había dos no acababa de reconocerlas y, por cierto, eran muy hermosas.

La excitación le podía y cuando finalmente vio su casa no pudo sustraerse al emotivo encuentro y tuvo que reprimirse para no ponerse a llorar como un petimetre. Abrió el portón del corral y soltó el petate en el suelo alborotando a las gallinas que descansaban a la sombra del cobertizo. Se dirigió hacia la puerta de la casa y despacio con cuidado la fue abriendo muy lentamente para ver si había alguien en su interior. Vio a su abuela y le gritó emocionado acudiendo como un cohete a abrazarla. Cuando la estaba estrechando entre sus brazos notó algo extraño en su comportamiento pues no respondía a sus abrazos y sencillamente se dejaba estrujar por Rafael. Además, lo que más le sorprendió es que no dijera ninguna palabra. Después del emotivo momento se separó y le miró a la cara contemplando cómo la anciana mujer le miraba a los ojos con una mueca extraña como si no lo reconociera.

—Abuela, soy yo, Rafael ¿será posible que no me reconozcas?

La anciana seguía de pie con las manos bajadas y mirándole fijamente a la cara pero sin emitir palabra alguna.

—Pero... ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me dices nada?

Seguía incrédulo mirando a la anciana cuando escuchó unos ruidos provenientes del piso superior. Al momento bajaron por la escalera su hermana María y Enriqueta, la madre, totalmente alborozadas con los brazos alzados y voceando su nombre a grito pelado. Se le lanzaron como dos posesas y comenzaron a abrazarle y besarle sin tiento alguno.

Cuando por fin se calmaron un poco se separaron de Rafael y su madre sacó un pañuelo del delantal secándose las lágrimas. No paraban sus lloros ni un momento, pero eran lágrimas llenas de felicidad porque su primogénito había vuelto a casa. Mientras se secaba sus humedecidos ojos le escudriñó de arriba abajo.

—¡Qué delgado estás, hijo mío! —exclamó Enriqueta.

Luego, ya más tranquila, volvió a abrazarlo, esta vez quedamente, con sentimiento. Rafael, que conocía todos los gestos de su madre, comprendió que algo le había pasado. Por su parte, María había recogido a la abuela del brazo y la había ayudado a sentarse en su vieja silla de anea junto a la chimenea.

—¡Ay! ¡Qué alegría más grande, hijo mío! —dijo Enriqueta entrecortadamente—. Estábamos tu hermana y yo en el masador preparando la masa del pan en la artesa cuando hemos oído voces y pensábamos que la abuela se había escapado otra vez y alguien la estaba entrando en la casa. Pero esa voz era muy familiar y me ha dado un pálpito el corazón ¡sabía que eras tú, hijo mío!

Madre e hijo se fundieron nuevamente en un interminable abrazo mientras la buena mujer seguía llorando a lágrima viva. Rafael no pudo reprimirse por más tiempo y las lágrimas comenzaron a surcar su rostro. Lloró y lloró fue como una liberación por tanta tensión acumulada y gracias a ello se fue relajando paulatinamente. Las lágrimas eran el perfecto bálsamo que endulzaba el momento que estaba viviendo. También la pequeña María no pudo sustraerse al emotivo reencuentro familiar. Sentada en otra silla junto a la abuela sollozaba satisfecha al ver a su madre y hermano que también lloraban henchidos de felicidad y satisfacción por estar al fin todos juntos, otra vez.

Cuando por fin se calmaron todos sonrieron abiertamente y ya relajados Rafael buscó dos sillas sentándose en una y ofreciéndole la otra a su madre. Y allí en la cocina, mientras cada uno se secaba las mejillas limpiándose las rebeldes lágrimas que de vez en cuando todavía se escapaban, la sonrisa comenzó a adueñarse de sus caras. Sus ojos abandonaban paulatinamente el tono cristalino y una chispeante luz se iba abriendo paso entre vivas muestras de alegría. Enriqueta suspiró profundamente y manifestó su satisfacción por enésima vez.

—¡Que alegría, hijo mío, qué alegría!

Rafael ya más sereno le preguntó por su padre y hermano.

—Están bien. Se han ido esta mañana a sembrar los piazos de *Cañalquerque*. Hasta la noche no estarán de vuelta.

—Pues bien, cuéntame cosas, dime todo lo que ha ocurrido desde la última carta que me enviaste. Pero, primero, ¿qué le pasa a la abuela que la encuentro tan rara?

—No sabemos exactamente qué le ocurre —dijo la madre—. El médico nos ha dicho que son cosas de la edad... senilidad, creo que nos comentó. Hace algunos meses que viene haciendo cosas raras. Primero, se levantaba por las noches para hacernos la comida o se iba al horno de madrugada para hacer pan, creíamos que se había vuelto loca pero no es eso no, es que está... como desorientada. Poco a poco dejó de hablar, con lo charlatana que siempre había sido, y lleva unos cuatro meses que no ha dicho ni una palabra. Yo siempre la tengo pegada a mis faldas pero, de vez en cuando, le da por salir de casa para escaparse y tenemos que ir a buscarla. ¡Pobrecica! Con lo que ha sido ella y cómo se ve ahora. Y si no te dijimos nada fue para que no te preocuparas, bastante tenías tú con la maldita guerra como para importunarte con nuestros problemas.

Rafael negó con la cabeza mientras se levantaba y acercándose hacia su abuela le cogió la mano con exquisita ternura y comenzó a acariciarla. La anciana mujer le miraba con ojos carentes de expresividad y al joven le seguía pareciendo que no le reconocía. Viendo que la situación se había estabilizado, Enriqueta decidió subir nuevamente al masador acompañada de María para acabar de apañar la masa del pan que tenía en la artesa no fuera que se echara a perder. Entre ambas la acabaron de preparar, colocándola después en una cesta de mimbre y cubriéndola con una manta para que fermentara la masa. De esta manera la tendrían preparada para ser cocida en el horno comunal del pueblo al día siguiente. El resto de la tarde estuvieron los tres hablando de sus cosas y Rafael poniéndose al día de todas las novedades, chascarrillos y cotilleos que le faltaban por saber. Cuando a la noche volvieron su padre y hermano de labrar sus pequeñas parcelas la alegría reinó en la casa de Cosme y Enriqueta. Todos juntos de nuevo. ¡Qué felicidad!

XXI

Durante los siguientes días Rafael anduvo ocioso por el pueblo sin tener mucho que hacer excepto las consabidas visitas a los amigos y a la familia. Ayudó a su padre con la siembra del otoño y a dar la primera pasada con el arado a los campos que dejaban en barbecho para el año siguiente. El trabajo para la destilería de Alcantarilla que realizaba en sociedad con Guzmán Ramírez, el *tío Sabio*, había sido fundamental para la economía familiar durante los años anteriores. En su ausencia lo había sustituido su hermano Faustino y su padre en algunas ocasiones, pero ahora que había regresado de la milicia retomaba nuevamente a su empleo. Sin embargo, durante estas fechas ya no había apenas ocupación, pues la recogida de la gayuba y las otras especies aromáticas tenía lugar durante la primavera y el verano. Por eso, durante esos días, su trabajo consistió en adecentar la era utilizada para la limpieza de los matojos del gayubazo asentando las losas que periódicamente se soltaban. También tuvieron que reparar el techado de cañizo del pajar que les servía de almacén, en definitiva, el trabajo de mantenimiento que realizaban durante todos los años en estas fechas. Una vez acabada la escasa labor que seguía al fin de la cosecha, siguió con la rutina de los anteriores otoños, que era ayudar en la casa con la siembra y la labranza. Y, como durante los pasados inviernos había acudido como molinero a Andalucía, intentó continuar con esa práctica migratoria. Esa había sido su forma de vida antes de la llamada del ejército y estaba como loco por continuarla desde el preciso instante de su regreso.

Una vez se hubo puesto al día con la gayuba y su socio, pretendió volver cuanto antes a la actividad social y política que había llevado con anterioridad, pero esto era otro cantar. Respecto a sus compañeros de la cuadrilla pronto se normalizaron las relaciones aunque en el caso de Ernesto la situación era especial. Este íntimo amigo recelaba de Rafael desde que regresó y daba la impresión de que le evitaba, más aún, en su mirada se percibía una actitud esquiva que denotaba vergüenza y un cierto abatimiento. Aún con todo, Rafael pretendía hablar largo y tendido con él sobre todo lo acontecido durante su estancia en Marruecos. Tiempo de sobra tendrían, aunque tal y como pasaban los días parecía que ese momento no iba a llegar nunca. No olvidaba las injusticias sociales que había visto y padecido

en el ejército y que permitían a los ricos escaparse de los sufrimientos de la guerra. Ello era algo que ambos amigos habían experimentado en sus propias carnes, precisamente en los dos lados opuestos. Uno fue directo a la guerra y el otro pudo eximir su ingreso pagando sus buenos dineros. Sabía que Ernesto no tenía la culpa de nada pero quería hacerle ver la inmoralidad de tales medidas y preguntar cuál era su opinión. Por otra parte, las circunstancias políticas ya no eran las que había dejado tras de sí cuando lo llamaron a filas. Con los amigos de la Sociedad Obrera ya no pudo concurrir al local donde celebraban las reuniones, por el ambiente hostil que imperaba en el pueblo hacia todo aquello que se alejara de los postulados ideológicos de la Dictadura. Por eso, mantuvo los contactos con todo el secreto del mundo y se realizaban en casa de alguno de los íntimos como Manuel, Cipriano, Cándido o Florentín.

Una mañana se encontró por la calle a Ernesto y le preguntó si podía hablar con él aceptando éste la invitación. El hijo de don Romualdo Cavero temía ese día pero sabía que tarde o temprano llegaría de manera que, cuando antes sucediera, mejor para todos. Había que dar el carpetazo definitivo a su signatura pendiente. Así que aceptó el invite y los dos viejos camaradas se fueron andando por una senda que desde el pueblo se dirigía hacia la sierra del término. Tan sólo se habían visto una vez desde que Rafael volvió del servicio militar. En dicha ocasión se saludaron dándose un fuerte abrazo, como corresponde a dos viejos amigos, pero ese gesto llevaba implícita una carga emotiva difícil de superar por los hechos acontecidos y quedaron para hablar más adelante. El momento por fin había llegado y si querían seguir manteniendo su amistad lo mejor era dejar las cosas claras desde el principio.

—¿Qué tal fue tu paso por el ejército? —preguntó Ernesto con cierta incomodidad.

—Tuve de todo, pero he vuelto entero, no me puedo quejar —respondió Rafael.

—Sé qué piensas que estoy contento por no haber ido a la guerra con vosotros, pero aunque no te lo creas lo he pasado muy mal —se excusó el hijo del hacendado.

—¡Venga ya! —cortó la disculpa de su amigo. Y luego con cierto aire de sorna le señaló—: ¿De soldado de cuota en un cuartel

de Zaragoza mientras otros morían en África? Ernesto eso que dices es impropio de ti.

—Te repito que, aunque fue como dices, lo he pasado fatal y es por lo que quiero pedirte perdón —volvió a disculparse el amigo—. No fui capaz de enfrentarme a mi padre e irme con vosotros a pasar las calamidades que habéis padecido. Mi relación con mis padres ya no es la misma. Reconozco que fui un cobarde, pero los acontecimientos me superaron.

—Ernesto, nosotros nos hemos llevado siempre de maravilla y deseo que siga siendo así pero antes quiero que sepas de primera mano cómo ha sido mi vida durante estos últimos años. Me gustaría que conocieras a fondo la otra cara de la moneda.

Y Rafael le comentó los sucesos más importantes que había vivido durante su estancia en Marruecos. Cuando acabó de relatarlos Ernesto estaba cabizbajo y callado, no tenía valor para cuestionarle ninguno de sus argumentos y estaba de acuerdo en todas sus apreciaciones.

—Este puñetero país siempre será igual —reaccionó Ernesto con rabia—. Estoy contigo en que las leyes tienen que cambiar para que las personas que lo habitan puedan disfrutar por igual de todos sus derechos y luchar codo con codo en las adversidades. Pero creo en que nosotros solos poco o nada podemos hacer al respecto. Yo he salido bien librado en esta historia, pero te aseguro que he tenido tiempo de sobra para darme cuenta de las iniquidades del sistema. Lo hecho, hecho está y no podemos remediarlo aunque he llegado a la conclusión que hay que acabar cuanto antes con el Estado corrupto que existe en España. Tenemos que aportar nuestro granito de arena para que la justicia sea igual para todos y no la disfrute tan sólo el grupo de los poderosos. Me gustaría que me creyeses y perdonaras, te lo digo de corazón.

Y Rafael tendió su mano a Ernesto y sellaron con un apretón una reconciliación largamente buscada. Siempre habían sido íntimos amigos y su amistad no iba a irse al traste ante circunstancias como la padecida. Además, el soldado de cuota estaba de acuerdo con las reivindicaciones del que estuvo bregando en África. Aquél era sincero y Rafael lo sabía de sobra, todo estaba claro, no había más que tratar.

Una semana más tarde de su retorno acudió a Teruel a sellar su cartilla militar y entregar la documentación de su pase a la reserva en

la secretaría del municipio de Monterde. Pero con todo, la sensación más importante que sentía Rafael era la de encontrarse como si fuera un extraño viviendo en su propio pueblo. Además, cuando regresó a la población comprobó que muchas cosas ya no estaban como antes al haberse dado un cambio político en el Estado el año anterior. Para una persona que no había asistido en la localidad a los acontecimientos que siguieron a la proclamación de Primo de Rivera esta circunstancia le dejaba en una situación diferente respecto a los vecinos. Le daba la impresión de estar fuera de lugar y con una actitud excesivamente torpe para seguir los acontecimientos diarios. Su reentrada en Monterde durante los primeros días fue penosa y discurría como a cámara lenta, aunque a las pocas semanas ya estaba al mismo nivel que sus paisanos, casi sin darse cuenta. Poco a poco se fue acomodando a los nuevos modos políticos y personalmente también se amoldó a las circunstancias de la vida local. De todas formas sí notó un cambio radical en el pueblo. La política de la Dictadura era muy absorbente y en una localidad pequeña como Monterde hasta las piedras escuchaban y toda precaución era poca. En el pueblo existía el Somatén que vigilaba sobre todo las cuestiones de orden público, pero además estaba el secretario y el alguacil, especialmente este último, muy en su papel de nuevo inquisidor general y por ello toda precaución era poca.

Aunque para ser sinceros no todo fue negativo y ello porque desde que volvió al pueblo una adorable mujercita le tenía cada vez más engatusado. Rafael solía evocar con agrado su entrada en Monterde después del periplo por tierras africanas. Recordaba cómo vio a un grupito de muchachas que acudían juntas a sus labores y que cuando las saludó no acertó a conocer a dos de ellas que, por cierto, lo miraban con indisimulado descaro. Se quedó prendado al instante de las jóvenes desconocidas, las cuales le parecieron ciertamente bellas. Se trataba de las dos hijas de Margarita e Irineo que durante el tiempo que había estado ausente habían dejado de ser niñas y se habían transformado en dos preciosas mujeres. A Rafael el estómago le hacía cosquillas cada vez que su mirada se cruzaba con la pequeña Violeta, que ahora contaba con dieciocho años de edad. Y de esta manera, tan sensual y pausada, su vida se fue acomodando paulatinamente a la nueva situación en Monterde hasta llegar a ser como uno de los tantos mozos que vivían en esta tierra. A veces, incluso, llegaba a pensar que los dos últimos años de su vida no habían sido más que un prolongado sueño, cuando en realidad fue una auténtica pesadilla.

Como el trabajo en la recogida de la gayuba no llegaba hasta la primavera del año siguiente, acudió a hablar con el *tío Matías* para ver si durante ese invierno podía contar con él para continuar con la emigración temporal que había realizado a tierras andaluzas desde que tenía veinte años. Sin embargo, el maestro molinero ya tenía conformada la cuadrilla y no pudo acogerlo de nuevo, por lo que tuvo que buscar acomodo en la del *tío Roque* que también acudía a la localidad de Úbeda, a un molino de otro hacendado andaluz. Y una vez apalabrado el trabajo descansó con la tranquilidad de quien ha normalizado por fin su vida después de un trasiego incómodo como el que había padecido. Con su nuevo maestro había quedado en partir para la localidad jienense al día siguiente de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Sin embargo, como dice el refrán por estas tierras “El hombre propone, Dios dispone y el tiempo descompone”.

El día 23 de noviembre de 1924 se grabó en los anales de la sierra de Albarracín por la copiosísima nevada que cayó en toda la comarca. Fue tan imponente como el frío que vino a continuación y que llegó a dejar helada una tierra ya de por sí tremendamente fría. Y lo que es peor, después de estas nieves vinieron otras sin que las primeras se hubieran derretido. En Monterde la situación era desesperante debido a que los ganados casi no tenían qué comer. Pero en la parte alta de la Sierra la situación era todavía peor y un par de nevadas bastante copiosas que vinieron a continuación complicaron la situación de tal manera que muchos animales perecieron por falta de alimentos. La mayor parte de los pueblos quedaron aislados y muchas casas incomunicadas ya que resultaba imposible salir de ellas por las continuas tormentas. Incluso se derrumbaron algunos tejados por la abundancia de la nieve y el excesivo peso que tenían que soportar. Por todo ello, las cuadrillas de molineros monterdinos tuvieron que decidir entre acudir a Andalucía en un interminable viaje de tren o realizar el trayecto a pie con bastantes días de antelación para evitar complicaciones. Los dos grupos que desde Monterde acudían a Úbeda decidieron que la mejor alternativa sería la de realizar el trayecto en el ferrocarril aunque tardasen más de dos días en llegar a su destino. Todo ello antes que enfrentarse con los peligros de una naturaleza que imposibilitaba claramente realizarlo a pie, como siempre se había hecho.

Tras el nuevo periplo ferroviario y una vez en el molino andaluz, Rafael escribía muy a menudo a su familia demandando noticias

sobre la situación en el pueblo; sin embargo las cartas llegaban con muchísimo retraso por culpa del tiempo inestable. En una de ellas tuvo conocimiento el monterdino sobre otra imponente nevada que comenzó a caer el 9 de enero de 1925 y prácticamente no cesó el temporal hasta el día 16 por la mañana. Su madre Enriqueta le contaba que se habían llegado a medir en algunos lugares hasta dos metros de nieve y que en el pueblo durante muchos días no pudieron salir de las casas teniendo que abrir zanjas para poderse trasladar de un sitio a otro. Este riguroso invierno fue uno de los más fríos y de los que más nieve cayó, tanto que ni tan siquiera recordaban otro igual los más viejos del lugar. Su memoria se mantuvo en años posteriores y las penalidades que pasó la población fueron evocadas en sucesivas generaciones. Rafael trabajó en el molino jienense con las dificultades acostumbradas contribuyendo con su esfuerzo a la economía familiar. En Úbeda estuvo hasta el mes de marzo, como era lo habitual y, una vez terminada la labor, volvieron esta vez a pie durante ocho jornadas por el camino ya conocido que llevaba a Monterde. Sin embargo, las desgracias no dejaron de lado a los habitantes de la sierra de Albarracín ya que en muchos lugares resultó imposible la siembra de los tardíos y el hambre junto al empobrecimiento de la población alcanzó cotas elevadas.

XXII

Una vez de nuevo en Monterde Rafael ayudó a su padre a cultivar los escasos campos que, situados en zonas más bajas o mejor protegidas, habían quedado a salvo de las tremendas heladas del invierno. Además, en ese año se quedaba a solas con sus padres y hermana pues su hermano menor Faustino tenía que acudir al servicio militar, motivo por el cual el trabajo se multiplicaba en la casa. En el pueblo la vida seguía su curso de siempre y durante los postreros días del invierno un acontecimiento se estaba preparando con toda solemnidad desde el año anterior: la Fiesta del Árbol. Se trataba de una festividad con una notable antigüedad que los mentores ideológicos de la Dictadura habían recuperado de su ostracismo y decadencia durante los últimos años y se habían empeñado en situarla de nuevo en el candelero.

En esta tesitura tuvo una capital importancia la nueva autoridad gubernamental de la zona que en estos momentos era el Delegado gubernativo de Albarracín nombrado por la Dictadura. Para dicho puesto había sido elegido el capitán de artillería Luís Polo de Bernabé, que tuvo un paso efímero por la comarca al fallecer a finales del año 1924. Sin embargo, durante el poco tiempo que estuvo en su cargo su labor fue constante respecto a una serie de medidas para profundizar en aquellas cuestiones que el estamento militar entendía que afectaban especialmente a la moral pública. De esta manera se sucedieron circulares sobre las conferencias municipales, la educación infantil, la lucha contra la blasfemia y la Fiesta del Árbol. Ya en febrero de 1924 el ayuntamiento de Monterde recibió una circular insistiendo en la realización de esta fiesta y los miembros del consistorio acordaron retomar su celebración a partir de ese mismo año. La muerte de este delegado no truncó esa disposición ya que su sucesor Francisco Zurita se aplicó también en dicha labor, incluso de forma todavía más entusiasta.

De esta manera, durante la primavera de 1925 se recibieron en Monterde varios plantones de árboles que tenían que ser sembrados por los jóvenes del pueblo. Los alrededores de la derruida ermita de San Cristóbal fue el lugar escogido para la ocasión, que se celebró durante la soleada mañana del día 15 de marzo de 1925. El programa festivo de ese día comenzaba —cómo no— en la iglesia parroquial. El templo estaba abarrotado y los niños y niñas de Monterde formaron juntos delante del altar con banderitas y cantando composiciones con el árbol como tema central. Una vez finalizadas, todos los infantes recibieron la bendición de mosén Rufino, que estaba la mar de contento durante los últimos meses por la cada vez más numerosa afluencia de feligreses. Después de celebrada la misa acudieron al terreno escogido para la siembra un nutrido grupo de personalidades locales encabezados por el maestro don Filiberto, el cura párroco y las autoridades municipales. Participaban además en el evento un numeroso grupo de personas junto a la mayor parte de los niños del pueblo. Entre todos los presentes fueron cavando los hoyos donde se colocarían los plantones, trabajo que tan sólo fue interrumpido para realizar una comida campestre.

Una vez terminado el ágape, continuaron plantando los árboles y cuando casi estaban finalizando Rafael se dio cuenta que cuatro esquejes habían sido desechados por su forma excéntrica y manifiesta debilidad. Pensó que merecían una oportunidad y si tenían cuidado

con ellos y buenas atenciones podían sobrevivir sin problema alguno. De manera que, ni corto ni perezoso, convenció a sus amigos —que por cierto, eran bastante reticentes— para seguir sus intenciones y que cada uno hiciera un agujero plantándolo como los demás. Esta era una actitud muy suya y siempre que tenía la menor ocasión pretendía demostrar que las apariencias eran malas compañeras y todo ser vivo merecía idéntico trato, independientemente de su aspecto. Era como trasladar a la botánica las enseñanzas que había ido aprendiendo a lo largo de su vida en la que las desigualdades sociales eran el pan nuestro de cada día. De manera que comenzó a cavar con fuerza en aquel terreno y solicitó que le trajeran uno de los esquejes. Seguía excavando las últimas paladas bajo el sol de media tarde cuando alguien se interpuso entre él y los rayos de luz proporcionándole una tenue sombra. Rafael se dio cuenta al instante de que le habían traído el plantón y se giró para recogerlo. Sin embargo, en un primer momento, al darse la vuelta para agarrarlo, no pudo saber quién lo llevaba, ya que el portador tenía al sol situado sobre sus espaldas y el resplandor le cegaba. Cuando alzó la mano para proteger sus ojos pudo comprobar que era la hija de Margarita, Violeta, la persona que le daba el retoño y al ir a recogerlo sus manos se rozaron lo suficiente como para sentir un latigazo eléctrico que le convulsionó entero.

—¡...Muchas gracias! —atinó a decir con leve tartamudeo un turbado Rafael.

—De nada —respondió la muchacha. Luego, mientras le sonreía, se puso de rodillas y apostilló—: mi madre siempre dice que toda semilla tiene derecho a crecer. Y yo creo que si este plantón lo cuidamos con esmero igual se hace el árbol más bonito del contorno. Todo depende de nosotros.

Era la primera vez que hablaban desde que volvió de Marruecos. Ya no quedaba nada de aquella niña que había conocido y con la que apenas había cruzado palabras antes de marcharse al ejército. Tan sólo, en alguna que otra ocasión, cuando dialogaba con su madre Margarita había tenido oportunidad de realizar algún comentario intrascendente con la pequeña. Pero ahora todo era diferente. Había sido un brevísimo encuentro pero para Rafael sus palabras tuvieron un profundo significado. En realidad, un antes y un después para el resto de su existencia. Ese timbre de voz, esa firmeza de ideas, su desenvoltura, a pesar de sus dieciocho años, y su impagable estampa le tenía encan-

dilado cada vez más. Además —para qué engañarnos— Violeta era sencillamente preciosa. Una mujercita de mediana estatura, delgada, con el pelo castaño y las facciones de la cara ligeramente alargadas. Sobresalía en la misma dos grandes ojos con el iris de color azul verdoso, una nariz fina ligeramente respingona y unos labios carnosos que enmarcaban una boca expresiva. Y por encima de todo, destacaba su piel blanquecina surcada por innumerables pecas que le otorgaba un aire desenfadado y un aspecto juvenil. En la manera de ser había salido a su abuelo materno; el maestro Filiberto y era como Ernesto una gran lectora, aunque en ocasiones pecaba de compulsiva. Igual trasteaba con libros de aventuras que releía con avidez las escasas obras de la naturaleza que disponía y guardaba amontonadas en un rincón de su armario porque su padre Irineo las detestaba. Esa era Violeta, la muchacha que tenía atribulado a Rafael, y éste supo desde ese instante que sería la mujer de su vida y que haría todo lo posible para cumplir su íntimo deseo. Entre los dos plantaron el proyecto de árbol que por un azar del destino había caído entre sus manos. Tras unos instantes de silencio mientras trabajaban comenzaron de pronto a hablar sin pausa ni tiento como para reconocerse mejor. Se gustaban y ese era, no cabe duda, el mejor de los principios.

Cuando estuvo finalizada la plantación de todos los retoños enviados por la Diputación Provincial, el maestro don Filiberto dio una conferencia explicando la importancia de la Fiesta del Árbol y la necesidad de que su cultura formara parte de nuestra vida. También varios niños y niñas realizaron sendos discursos sobre la importancia y beneficios que nos reportaba el mundo forestal siendo muy aplaudidos por todos los presentes. La comitiva bajó de nuevo al pueblo entre risas, cánticos y los inevitables juegos, y pasaron el resto de la tarde de ese maravilloso domingo gozando de la fiesta de la que eran protagonistas los vecinos de Monterde y la misma naturaleza, nada menos.

XXIII

El último día del mes de abril de 1925 en el comedor de la abacería del *tío Conejos* reinaba una algarabía más que notable. La parte que el abacero dedicaba como cantina estaba abarrotada de jóvenes monterdinos. Y no era para menos. En esa fecha se iban a sortear las

mayas y el ambiente denotaba un gran nerviosismo. Después de una copiosa merienda-cena comenzaron con cierta tensión los prolegómenos del sorteo. Se comentó a viva voz si alguien estaba interesado en alguna de las chicas para pujar por ella. Surgieron varios nombres y cada uno de los jóvenes pagó para tener el incontestable derecho de ser su *mayo*.

Rafael, mientras tanto, estaba pensativo por causa de la subasta y no se atrevía a decir nada aunque sólo la visión de otra persona rondando a su querida Violeta le exasperaba. Por eso, tras unos instantes de indecisión, se decidió a hablar reclamando para sí a la chica de sus sueños. Sorprendió esta decisión especialmente a sus amigos, pues había mantenido en el más absoluto secreto sus recientes sentimientos. Pero el común de los allí reunidos no tenía un interés especial en la muchacha, la verdad es que era guapa pero no tenía muy buena prensa por varios motivos.

En primer lugar, por haber dado calabazas al *mayo* que le tocó en el sorteo del año anterior, que era uno de los jóvenes más destacados del pueblo, y en segundo lugar, porque sus padres eran ciertamente especiales. Una madre muy rara que apenas iba a la iglesia y un padre al que le estaban cogiendo cada día más ojeriza por su actitud represora como alguacil del ayuntamiento. Y de todos era sabido que la voluntad de los progenitores resultaba fundamental para que no existieran problemas entre las *mayas* y los *mayos*. De manera que dejaron paso libre a Rafael y éste pagó catorce pesetas para la juerga que se avecinaba. A cambio tendría la oportunidad de ser el *mayo* de Violeta con lo que eso representaba.

Una vez anotadas las *mayas* que habían sido compradas escribieron varios jóvenes en sendos papeles los nombres del resto de las muchachas del pueblo. Otros hicieron lo mismo con los hombres solteros. Luego, colocaron los papeles enrollados en dos peroles vacíos. Uno de ellos contenía el de las mujeres y el otro el de los hombres. Entonces, comenzaron a extraer todos los nombres para poderlos emparejar.

El *mayo* tenía una serie de obligaciones respecto a la *maya* que le había caído en suerte. Era el encargado de sacarla a dar el primer baile cuando lo hubiera, tenía que ser condescendiente con ella y rondarla, por lo menos, una vez antes de san Juan. Si al final la *maya* lo

aceptaba todo iría miel sobre hojuelas pero en caso contrario el rechino entre los mozos era constante, por lo menos, hasta el verano.

Y esa noche, como en todas las fiestas de los *mayos*, la rondalla de los *Pepines* se dispuso a rasgar sus guitarras y bandurrias. Acudían a rondarles a las casas del pueblo donde vivían las mozas y junto con los *mayos* que les había tocado en suerte les cantaban las canciones propias y únicas de esa noche. Cuando acudieron a la casa de Margarita e Irineo, comenzó a escucharse el tañido de las guitarras con su conocida melodía:

*Ya estamos a treinta
del abril cumplido
alegraos damas
que mayo ha venido...*

Según seguían escuchándose los acordes que describían el cuerpo de las mujeres, crecía el nerviosismo en Rafael. Estaba convencido de que Violeta estaría contenta con su suerte pero no las tenía todas consigo cuando pensaba en su padre Irineo. Con Margarita, su madre, no habría problemas pues mantenían una cordial relación pero no podía asegurar lo mismo del padre ya que estaba convencido de que no lo vería con buenos ojos. De todas formas, no tardaría mucho en salir de dudas pues la canción se estaba acabando y enseguida iban a nombrarle como su *mayo*. Si no se encendían las luces de la habitación, sería buena señal: indicaría que aceptaba de buen grado ser su *mayo*.

*...Si quieres saber Violeta
el mayo que te ha caído
Rafael tiene de nombre
y Pérez de apellido.*

Las luces de la habitación continuaron apagadas y Rafael más contento que unas pascuas seguía acompañando a los *Pepines* y al resto de los jóvenes en la ronda que daban esa noche a las mozas para indicarles su suerte. Mientras tanto, Violeta estaba loca de alegría y se abrazaba a su hermana Hortensia. Ésta por su parte no aparentaba estar tan feliz e insistía en que no había tenido tanta suerte con la persona que le había tocado. Se trataba de Cándido otro miembro de la cuadrilla de Rafael pero como era muy gracioso y, en el fondo tampoco le

desagradaba, estaba decidida a darle una oportunidad. Las muchachas del pueblo tendrían unas horas para decidir si aceptaban al *mayo* que la suerte les había deparado. En caso contrario, lo hacían saber bien encendiendo las luces durante la ronda, bien al día siguiente cuando iban a misa y se colocaban el manto o la toca del revés.

Durante la fiesta del primero de mayo Rafael siguió a pies juntillas la tradición y sacó a bailar a Violeta en el baile organizado por los mozos del pueblo. No tuvo objeciones de la muchacha ni de sus padres y para él la felicidad era palpable. Sin embargo, el ambiente festivo acababa ese día y a partir del siguiente, como era ya laborable, tuvo que seguir con su rutina cotidiana en esta ocasión acudiendo a la sierra del municipio para recoger la cosecha de gayuba. Durante los siguientes domingos los dos jóvenes se vieron y departieron como si se conocieran de toda la vida. Iban todos juntos con el grupo de amigos e incluso se trasladaron en una ocasión a la ermita de san Cristóbal para ver cómo evolucionaban los plantones con especial atención al que ellos realizaron. Una nueva etapa se iniciaba para Rafael y comenzó a dejar algo de lado a sus antiguos compañeros e incluso también faltó a alguna que otra de aquellas reuniones pseudo-políticas que los miembros de la Sociedad Obrera realizaban en la clandestinidad. Su relación con Violeta era cada vez más profunda y absorbente por lo que se iban conociendo cada día más y mejor.

En cierta ocasión, a punto de entrar en la estación del verano, Rafael se encontraba extrayendo la gayuba en la sierra cuando vio a lo lejos cómo un grupo de mujeres acudía al *Lavadero* con varias canastas de ropa para lavar. Esta situación se daba sobre todo en los días soleados y las mujeres del pueblo tenían costumbre de ir a ese lugar para lavar la ropa. Al no existir un lavadero público en Monterde se tenían que desplazar algo más de dos horas de camino hasta donde el arroyo que bajaba de la sierra se estancaba en un pequeño remanso. El agua allí acumulada permitía lavar todo tipo de ropa y para ello utilizaban a modo de fregadero tres grandes losas de piedra dispuestas a ambos lados del mismo. Allí enjabonaban las prendas con unas tiras de jabón caseras realizadas con sosa, que obtenían de los *campilleros*, y aceite usado. Luego, se soleaban extendiéndolas por el prado para que las prendas blanquearan y más tarde las tendían encima de las estepas o las chaparras para ventearlas y quedaran suficientemente secas. Entre una cosa y otra las mujeres tenían ocupado la zona del *Lavadero* prác-

ticamente todo el día. A Rafael le había parecido que entre las muchachas que subían durante esa mañana se encontraba su querida Violeta y mientras extraía las raíces de los arbustos no dejaba de pensar en la chica de sus sueños.

Así que ni corto ni perezoso, al llegar el mediodía, se encaminó hacia el lugar para ver si la joven era una de ellas. Tuvo suerte y allí se encontraba Violeta sentada en el prado junto a tres paisanas de mediana edad. Estaban comiendo y reían con picardía los relatos que la más guasona de ellas contaba empalmando las anécdotas una tras otra sin apenas pausa. De vez en cuando se giraban para ojear las numerosas prendas y sábanas extendidas sobre la hierba y sujetas al suelo por cantos de piedra para que el aire no se las llevara. Al llegar Rafael allí las mujeres se sobresaltaron ya que no esperaban a nadie y miraron a Violeta que enrojecía al verle acercarse y les juraba que no estaba al corriente del por qué de su presencia. Una vez estuvo junto a ellas le convidaron a comer pero él declinó la invitación y tan sólo decidió pararse para poder hablar con su *maya*. Estaba loco de contento por el encuentro y hacía cábalas sobre la manera de quedarse a solas con la joven pero eso bien lo sabía era algo imposible. Las otras mujeres eran mayores que Violeta y no iban a permitir que se marchara sola con un hombre fuera de su ángulo de visión. La moral puritana y pusilánime imperaba a sus anchas en aquella época pero además, la joven no quería ser el centro de atención de los chismorreos del pueblo. De manera que a la pretensión de Rafael de alejarse de donde estaban sentadas para poder hablar con tranquilidad, Violeta respondió que tan sólo irían unos metros más arriba, se negaba a ser la comidilla de nadie. Rafael estaba impaciente por estrechar a Violeta entre sus brazos pero al mismo tiempo la quería tanto como la respetaba y si la chica decía que no, pues era que no ¡qué remedio! Aunque por dentro le hervía la sangre. Así que le hizo caso y se trasladaron hacia arriba del prado justo donde éste finalizaba y comenzaba un extenso seto de estepas previo al bosque de pinos. Se sentaron sobre la hierba y estuvieron hablando durante un buen rato bajo la disimulada visión de las comadres lavanderas. Éstas llevaban una buena juerga por su parte ya que no paraban de mirarles y reírse de vez en cuando. Con todo el cuidado del mundo para que en la distancia no pudieran apreciarlo Rafael intentaba cogerle la mano a Violeta y ese contacto le hacía sentirse vivo burlándose a su modo de la vigilancia que ejercía aquel grupo de chismosas inquisidoras. A la muchacha tampoco le desagradaban los inocentes tocamientos

aunque en su coquetería femenina procuraba evitarlos. Y si bien no lo demostraba abiertamente lo cierto es que estaba perdidamente enamorada de Rafael. Aunque sólo se trataba de un juego el vello se le erizaba con el simple contacto de las manos del joven.

Allí estuvieron sentados un buen rato hablando de cosas intrascendentes, con el muchacho intentando decir algo que daba la impresión de ser importante pero callándose en el último instante preso de una apocada timidez. Tal como pasaban los minutos, el ambiente entre los dos jóvenes se iba animando por momentos. El lugar donde se encontraban era sencillamente precioso; con todo el prado verde rodeado de pinos y un persistente olor a las hierbas aromáticas primaverales. Y, por si fuera poco, estaba más claro que el agua que ellos se querían ¡qué más se podía pedir! Sin embargo, todo tiene su fin y allí no estaban ciertamente para *pelar la pava* por más que así lo quisiera la pareja. Si bien los requiebros galantes de Rafael habían hecho olvidar a Violeta a qué había acudido a dicho lugar, la vozarrona de una de las lavanderas le hizo salir de su enseñoramiento. Por ello, se tuvo que despedir con toda la pena del mundo de su enamorado galán que daba la impresión de seguir queriendo decirle algo importante pero no se animaba. Rafael estaba cortado por la presencia cercana de las mujeres, era algo que no lo podía remediar. Y cuando éstas alentaron nuevamente a la pareja para que se despidieran de una vez por todas y poder seguir con el trabajo que allí les había llevado, se levantó del suelo ayudando a su vez a Violeta. Una vez de pie seguían cogidos de la mano, pero un chismorreó a viva voz de otra de las comadres les hizo soltarse como si les hubieran picado un enjambre de avispas.

Cuando comenzaron a bajar del prado iban la mar de contentos por el tiempo que había transcurrido conversando juntos. Sin embargo, estas mujeres no eran tan fieras como aparentaban y mira por donde ahora las tres caminaban juntas, hablando ensimismadas. Mientras bajaban todos hacia el *Lavadero* las buenas señoras dejaron a los tortolitos durante unos instantes sin el control de sus miradas. Entonces, Rafael no pudo aguantar más y se decidió por fin a decirle a Violeta aquello que llevaba largo tiempo rumiando, la paró con el brazo y mirándole a la cara le dijo por primera vez en su vida que la quería. La chica le miró enternecidamente a los ojos al tiempo que se le acercaba a la cara tanto que Rafael acabó decidiéndose y le dio un beso en los labios ¡el primer beso de amor que se daban! Duró unos segundos pero

fueron los suficientes para que ambos sintieran abrirse las puertas del cielo y estallar sus corazones. Un tierno abrazo selló luego sin pronunciar palabra alguna un compromiso que adquirirían desde ese momento para el resto de sus vidas. Se separaron sonriendo y bajaron a todo correr como dos críos hasta donde estaban las mujeres que con su premeditada omisión de vigilancia habían posibilitado que, por fin, el muchacho diera el paso decisivo. Rafael estaba doblemente contento. Por una parte, creía haber burlado el escrupuloso celo de aquellas liosas enredadoras cuando la realidad era que ellas se lo habían permitido a conciencia. Y por otra, se había decidido por fin a declarar su amor a Violeta y ésta le había correspondido tal y como anhelaba. Por su parte, la joven había cumplido también con sus sueños y el hombre de su vida se le había declarado. En definitiva, durante ese precioso día del mes de junio en el término municipal de un pequeño pueblo de la sierra de Albarracín había nacido una nueva pareja bajo la buena estrella del signo zodiacal de Géminis. Cupido había triunfado por enésima vez ¡no se podía pedir más!

Al sábado siguiente de su declaración de amor Rafael, quedó con los *Pepines* para ir a rondar a Violeta y cantarle nuevamente bajo su ventana. La muchacha se asomó y sonreía complacida los esfuerzos de su amante por cantar, sin apenas desentonar, una conocida melodía. Más importante que el resultado era la intención y en ello se afanaban los jóvenes *mayos* de Monterde pues ésta era la costumbre para con sus *mayas*: rondarlas por lo menos una vez antes de san Juan. Unos días más tarde iba a tener lugar el último acto de los rituales entre los jóvenes del pueblo iniciados el 30 de abril con la fiesta de los *mayos*. El postrer acontecimiento tenía lugar la noche del 23 al 24 de junio y se conocía como la *Enramada*. Rafael estaba bastante ilusionado de cómo le iban las cosas últimamente, ya casi ni se acordaba de todos los padecimientos cuando estuvo en África. Era feliz y eso lo notaban especialmente sus padres debido a que últimamente se había hecho bastante hogareño y apenas salía de fiesta con los amigos, sólo tenía ojos y ganas para Violeta. Incluso, en algunas ocasiones, se quedaba ensimismado mirando un punto fijo y si acertaba a verlo su padre reía con ganas procurando que su hijo no lo advirtiera. Como su primogénito no le comentaba nada de lo que le sucedía él prudentemente callaba pero cuando lo veía en ese estado y si estaba cerca su esposa le hacía señales indicándole hacia Rafael y ambos sonreían en silencio haciendo mohines de aprobación.

De todas formas, el joven sí que necesitaba sincerarse con alguien y quién mejor que Ernesto, su medio hermano e íntimo amigo de toda la vida, a pesar del pequeño distanciamiento —ya superado— de la etapa militar. Tuvo una extraña sensación cuando habló con él y le contó lo sucedido en el *Lavadero*. Ello, porque si bien se alegró del espléndido momento que atravesaba Rafael, también aparentaba estar algo receloso. Aún con todo, le animó a seguir con ella aunque le puso la pega de su extrema juventud y que finalmente la chica se acabara cansando precisamente por la edad que tenía. Y un momento clave para saber cómo se lo tomarían los padres de Violeta estaba precisamente con la *Enramada*. Si todo salía bien, pues adelante y en caso contrario no se acababa el mundo —insistía Ernesto— los amigos estamos para las ocasiones.

Durante el domingo previo a esta fiesta, Rafael anduvo por el monte y los huertos comprobando cómo estaban de floreados los árboles frutales y el campo. Y a la mañana del domingo siguiente, mientras casi todo el pueblo estaba en misa, él acudió al campo para hacerse con todo lo necesario y lograr la *enramada* más bonita de ese año. Con un hacha pequeña acudió a los huertos del barranco del *Molino* y al *Borrocal* para recoger algunas ramitas de árboles frutales, transportándolas con sumo cuidado para que no le viera nadie faenando. Especialmente Irineo que, además de ser el padre de Violeta, era un denostado alguacil que se había acabado convirtiendo en un fisgón inquisitorial. Su figura se había hecho impopular, siempre al acecho de los infortunados monterdinos con la libreta de las multas en la mano.

Pero tuvo suerte el joven enamorado y su malcarado proyecto de suegro no le tuvo bajo su punto de mira durante esa mañana. Así pues, al día siguiente, cuando llegó la tarde y acabó la recogida diaria de gayuba, Rafael se puso manos a la obra como el resto de los enamorados del pueblo. Cogió las ramas más largas que había almacenado durante las vísperas y las fue engarzando hasta formar una tupida red de varas floreadas en la que sobresalía todo tipo de brotes, todavía en flor, de árboles como manzanos o ciruelos e incluso arbustos como los majuelos y otros silvestres. Además, había comprado su madre al *campillero* que periódicamente acudía al pueblo, las primeras cerezas recogidas en los pueblos apostados a lo largo del río Jiloca y, con sumo cuidado, fue colocando algunas bien sujetas entre las ramas. Una vez casi confeccionada la *enramada*, acudió ya entrada la noche a la casa

de Violeta para acabarla de enjaezar en la ventana de su cuarto. Acabó su proceso y la ató lo mejor que pudo. Orgulloso del resultado, hizo una breve guardia para evitar que los críos le gastaran una mala pasada como solía ocurrir en ocasiones.

Esa noche había bastante trasiego en el pueblo y los jóvenes enamorados tenían por costumbre hacer una vigilia en las afueras de las casas velando sus *enramadas* hasta que el sueño o el cansancio les vencían. A la mañana siguiente, las muchachas nerviosas salían a comprobar las *enramadas* de sus enamorados y era costumbre regalar a éstos *moqueros*, huevos o manjares diversos para agradecer las atenciones recibidas. Precisamente un pañuelo baturro de trazo azul y muy suave al tacto fue lo que recibió como regalo Rafael cuando, antes del mediodía, acudió a casa de Violeta junto a Cándido para irse con las chicas a pasear. No tardaron en separarse las dos parejas que iban hablando entre sí de sus cosas. En realidad Hortensia y Cándido estaban haciendo el papel de carabinas ya que no estaba bien visto juntarse a solas por el pueblo y mucho menos ir cogidos de la mano. Violeta y Rafael iban por delante y se contaban las novedades. El joven quería comentarle a la chica que había pensado en hablar con sus padres para formalizar las relaciones, única manera de tener algo más de libertad como pareja, pero sin pasarse a los ojos vista.

—Quiero decirle a tus padres que me gustaría ser tu novio y por ello he pensado ir a tu casa el domingo que viene y hablar con ellos si a ti te parece bien.

La joven se llevó las manos a la cara y lanzó una exclamación aceptando de buen grado las intenciones de Rafael.

—Me parece bien. ¡Qué ilusión me hace! —respondió una radiante Violeta—. Así tendré tiempo de ir tanteando el terreno y hablaré con mi madre primero. Mi padre, ya sabemos todos cómo es. Seguro que le costará más aceptarlo pero para eso mi madre es especial. Si la convenzo todo estará hecho.

Contentos como estaban se pararon abrazándose y, ante la reprobación en tono de broma de las carabinas que andaban detrás de ellos, se soltaron rápidamente. Además, no era cuestión de ir llamando la atención ya que si llegaba a oídos del alguacil seguramente acabarían teniendo problemas y el mismo Irineo anotaría a Rafael en la libreta de las multas por producirse en la calle de forma deshonesta. El her-

mano del cura era capaz de eso, y mucho más. Otro hueso duro de roer era Carlos, el hermanastro de Violeta, que había sido nombrado recientemente párroco de una localidad turolense en el bajo Aragón siguiendo la estela de su tío mosén Rufino, que fue quien le animó para estudiar en el Seminario. Cuando se enterara, su opinión también tendría mucho peso ya que su padre Irineo siempre se supeditaba a sus decisiones.

Durante el resto de la semana Violeta habló con su madre de las intenciones de Rafael y de que ella se consideraba la mujer más afortunada del mundo. Le comentó sus temores acerca de su padre y del hermanastro para ver la manera de poder contar con su aprobación. Y viéndola de esa guisa tan exultante y decidida su madre Margarita hasta llegaba a emocionarse:

—Qué pronto nos hacéis envejecer a los adultos —le dijo acariciándole la cara—. Hace dos días eras tan sólo una niña y ahora me da la impresión que han pasado un montón de años. De lo que conozco de Rafael todo me parece bien y si estás segura de lo que dices, que venga a hablar con nosotros y yo me encargaré de tu padre y hermano, no te preocupes. Y si todo queda claro hablaremos luego con sus padres.

Desde que Violeta era una niña su madre le había ido introduciendo en sus creencias naturalistas. Se llevaban muy bien las tres mujeres de la casa y existía una gran comunicación entre ellas, muy al contrario de lo que ocurría en la mayor parte de las familias del pueblo. En casi todas las casas las jovencitas eran utilizadas para realizar labores caseras e incluso muchas de ellas no fueron nunca a la escuela. Éste, sin embargo, no era el caso de las hijas de Margarita que además les regalaba periódicamente libros de la naturaleza o de cualquier tipo de lectura para perfeccionarlas en el mundo de la cultura. Todo el saber y las creencias de la madre y el abuelo materno iban siendo absorbidos por las hijas durante su adolescencia. Por ello, las muchachas tomaron conciencia de los inescrutables misterios de la vida muy pronto y ello les otorgaba un plus diferencial y, en cierta medida, elitista respecto del resto de las jóvenes del pueblo. Y así, sus intenciones de futuro diferían en gran manera al de las mujeres monterdinas. La gran mayoría de ellas pensaba en el matrimonio como única meta de la vida y sus placeres cotidianos no pasaban de una cierta banalidad. Sin embargo, en las dos hermanas primaba la búsqueda de algo más intangible o in-

cluso místico y tenían en la lectura y la observación de la naturaleza sus horizontes más naturales. Además su círculo de amistades era bastante reducido y se ceñía a las personas que descollaban o percibían un interés especial sobre el mundo que les rodeaba y Rafael era un buen ejemplo de ello. Todas estas sensaciones eran parte de los motivos que hacían casi insalvables las diferencias entre las jóvenes de la casa respecto a su padre y el hijo de éste. Y aunque a pesar de todo querían a su progenitor como tal, también es cierto que en cierta medida le temían. A su medio hermano ya no tanto, debido a que su carácter bonachón era más parecido al de su tío mosén Rufino, con el que además compartía idéntica devoción y había sido consagrado sacerdote recientemente.

Por ello tenía toda la razón del mundo Violeta cuando pensaba que los únicos problemas en su relación con Rafael los iba a tener con su padre. En efecto, Irineo, fiel a su idea materialista de la vida, no le agradaba la idea al considerar que era todavía muy joven para comprometerse. Sin embargo, su madre sabía cómo tratarlo y unas cuantas carantoñas junto a la constante zalamería de las hijas hicieron que finalmente diera su brazo a torcer. Cuando al domingo siguiente acudió Rafael al encuentro, Irineo lo acribilló a preguntas sobre su capacidad económica y las intenciones de futuro que llevaba. Las respuestas del joven enamorado no dieron opción a la duda y ante la alegría de los otros miembros de la casa acabó dando sus bendiciones a la pareja. Eso sí, Irineo le largó antes una sarta de prohibiciones y recomendaciones que para eso tenía el mando de la casa y era el padre de la chica. Todo ello ante la sonrisa comprensiva de Margarita que guiñaba el ojo continuamente a los jóvenes y sonreía abiertamente exonerando los exabruptos del hermano del cura. Y esta fue la manera como quedó conformada una nueva pareja de novios en el pueblo; a la manera tradicional y con todo el recato y honor intacto del susodicho Irineo. Además, en la siguiente semana llegó la carta de su hijo en la que se hacía partícipe de las buenas noticias y daba la bendición a la pareja. Así pues, Violeta y Rafael contaban con el beneplácito de todo lo divino y terrenal. El futuro era suyo, no podían dejar pasar esta maravillosa oportunidad.

XXIV

Durante estos años de la dictadura de Primo de Rivera en Monterde de Albarracín la vida seguía su curso de manera muy parecida a la de años anteriores. El trabajo con la ganadería y la agricultura, la emigración estacional, todo continuaba según las pautas marcadas desde mucho tiempo atrás. La vida cotidiana mantenía su ritmo habitual tan sólo alterado por la continua actividad de las obras de la Dictadura. Y había para todo —como en botica— para bien y para mal. Si algo sobresalió durante este periodo de la historia de España fue la gran cantidad de obras públicas que se llevaron a cabo, de las que también se benefició la población de Monterde. Todo comenzó el primero de noviembre del año 1926 cuando fue inaugurada la red de abastecimiento de aguas al pueblo en la que tuvo un papel destacado el presidente de la Diputación provincial, José María Valdemoro, natural del pueblo vecino de Torres. La obra fue la construcción de una fuente y abrevadero donde podían acudir los monterdinos para recoger el agua sin necesidad de salir del casco urbano. Continuaba como alcalde el *tío Celipe* y en la mencionada ocasión invitó a las más altas autoridades provinciales y comarcales de la Dictadura. Pero nadie acudió al envite, y mucho menos para perderse en un pequeño pueblo perdido en plena sierra de Albarracín. En fin, como los invitados no acudieron a la fiesta ésta tuvo un tufillo local, pero bastante agradable, y los viejos del lugar desempolvaban antiguos refranes para consuelo y regocijo general:

—Quien no viene no se tiene que marchar —repetían constantemente en los corrillos.

El acontecimiento tuvo lugar a pesar de estas ausencias con música y pasodobles entonadas por los irrepitibles *Pepines* y hasta una comida a la que asistió el pueblo en su gran mayoría. A finales del año siguiente, otro tanto aconteció por la inauguración del alumbrado público, y vuelta a repetir las consabidas invitaciones y, por supuesto, las ausencias gubernamentales. Y también en esta ocasión no faltaron los chascarrillos mofándose de aquellos funcionarios que denostaban acudir a los actos programados por el ayuntamiento. La fiesta que se organizó en el pueblo tuvo menos participantes de la localidad porque, como todos los años durante esas fechas, el municipio se vaciaba a causa de la emigración temporal. Y, según cuentan las crónicas, los que se quedaron se lo pasaron tan bien como en la del año anterior.

En dos años el pueblo había dado un salto cualitativo y a la gente se la veía feliz por el devenir de los acontecimientos. Ya sólo quedaba la construcción de una carretera que enlazara Monterde de Albarracín con los pueblos de su entorno. Y no era una cuestión baladí, pues esta obra representaba unos problemas de logística bastante considerables. En el año 1928 se había empezado a construir la carretera de Albarracín a Cella pasando por la masada de *Toyuela*, y el *tío Celipe*, como alcalde, junto a muchos otros hacendados estaban muy interesados en la utilidad del proyecto. Sobre todo, porque al ser los únicos que poseían excedentes de cereal veían de esta manera facilitado su traslado hacia las estaciones de Cella o Santa Eulalia. Pero, para ello, era necesario realizar una nueva carretera que enlazara este punto desde el *Meadero* hasta Bronchales que pasaría —obviamente— por el pueblo de Monterde. En aquella localidad de la alta sierra se acababa de inaugurar recientemente un hotel que necesitaba unas vías de comunicación adecuadas y ello también representaba una baza de presión importante. Además, estaban interesados otros paisanos de Monterde como Rafael y el *tío Sabio*. A éstos la carretera les favorecería por el traslado de la gayuba, el espliego y las otras hierbas aromáticas que tenían que transportar en carros hasta Cella; de allí los camiones se la llevaban a la población murciana de Alcantarilla.

Durante el otoño de ese año el ingeniero y jefe de la sección de vías y obras provinciales, don Juan José Gómez Cordobés, estuvo en Monterde comprobando la viabilidad del proyecto. Y aquí los monterdinos hicieron de la suyas al invitar y tratar con una actitud empalagosa y servil al mencionado ingeniero para que aprobara la construcción de la carretera. A esta labor se avinieron todos los vecinos sin distinción, hasta Rafael contribuyó a su manera entregando unas piñas de espliego para la señora del técnico de las vías públicas turo-lenses. Toda la labor rastrera de los paisanos era necesaria si por fin conseguían sus logros y el buen hombre no sabía cómo decir que no a tanto agasajo malintencionado. Cada vez que le veían por la calle la pregunta era irremediable para el señor Cordobés:

—¿Qué le parece? ¿Vendrá pronto la carretera?

—¡Vendrá! —contestaba positivamente el buen hombre.

Y en medio de tanto pelotillero mezquino se llegó a la fiesta del Pilar de ese año con el señor ingeniero y su señora esposa paseando

por el pueblo. Tal y como tenían previsto las altas autoridades de Monterde se hicieron los encontradizos con el *Cordobés*, cuyo segundo apellido le servía de apodo a los monterdinos. Pero mira por donde —qué casualidad— coincidieron en las proximidades del encuentro los *Pe-pines* que “espontáneamente” comenzaron a cantarle una jota en agradecimiento a sus desvelos y atenciones.

*Comprendan que la rondalla
Que aquí se atreve a cantar
Otra cosa no pretende
Que a Cordobés saludar*

*Por fin llegó ese día
De marcar la carretera
Así que el pueblo a una voz
Desea que pronto venga*

*Y todos con alegría
A Cordobés y demás
Les damos miles de gracias
Por su gran actividad*

*Y me dispensen las faltas
Cordobés y los demás
Por cantar con regocijo
Soy digno de dispensar*

*Y esta va por despedida
Al estilo baturrico:
¡Buenas noches, Cordobés!
La carretera, prontico.*

Una vez acabada la serenata de la rondalla los aplausos se hicieron de notar entre la nutrida muchedumbre que rodeaba al ingeniero junto a las demás autoridades y a continuación les insistieron que bajaran a la plaza donde iba a comenzar el baile. Hizo esto el atribulado ingeniero y bajó entre constantes muestras de halago para presidir el comienzo de la fiesta. El buen ambiente y la alegría reinaron entre los presentes durando los festejos hasta las doce de la noche, ni un minuto más, tal y como mandaban las ordenanzas municipales. Y por cierto, allí estaba el diligente alguacil para dar fe de ello.

Sin embargo, les salió el tiro por la culata a los interesados monterdinos. Bien fuera por el exceso laminero que realizaron durante su estancia y acabó espantando al funcionario o porque la carretera no resultaba viable, lo cierto es que la obra quedó paralizada antes de comenzar. Y donde en un principio todo eran loas y parabienes para el señor ingeniero ahora se trataba de la más encendida desaprobación a sus aptitudes por su manifiesta terquedad. Fue un auténtico mazazo, pero a pesar de todo el recuerdo de esa decepción sirvió de espoleta en la lucha por su construcción, durante los años posteriores. Monterde de Albarracín seguía aislado por carretera, pero eso mismo ocurría a otras muchas poblaciones de la Sierra y ello, aunque pudiera parecer pueril, aliviaba las desgracias de sus habitantes. En definitiva, seguían el refrán de sus mayores al pie de la letra: *El que no se consuela es porque no quiere*. Pero también podía serles aplicable este otro: *Mal de muchos consuelo de todos* (los tontos).

XXV

Por otro lado, durante estos años también se vivían en Monterde de Albarracín nuevas situaciones a la que los consternados vecinos no acababan de amoldarse y tenía dos protagonistas destacados, el Delegado gubernativo Francisco Zurita y el alguacil Irineo García. El primero de ellos realizaba desde el día de su nombramiento una constante intromisión en la actividad de los ayuntamientos serranos. Frecuentemente enviaba circulares que tenían que ser obligatoriamente leídas y aprobadas en los plenos municipales. Cuando no era una solicitud de ayuda para el ferrocarril Teruel-Caspe, eran los damnificados de la isla de Cuba a causa de un huracán, o aportaciones para la ciudad universitaria de Madrid y un largo etcétera. A todo se tenía que contribuir por muy peregrino que fuera, so pena de caer en desgracia con lo que eso suponía.

Una de las cuestiones que más expectación causó fue el intento de disolución de la antiquísima Comunidad de Albarracín y el reparto de sus bienes entre todos los pueblos que la componían. Para llevarla a buen fin se comprometió el mismísimo Delegado gubernativo en hacer las gestiones pertinentes en Madrid, aunque finalmente todo quedó en suspenso y la Comunidad afortunadamente intacta.

Otra disposición que levantó ampollas fue el intento de agrupar ciertos ayuntamientos para hacer más llevadero el estado de sus cuentas. A cada uno de los pueblos de la Sierra quisieron agruparlos con los más próximos y en el caso de Monterde la unión era con Pozondón. Las poblaciones de ambos municipios se levantaron contra lo que consideraban una arbitrariedad y las manifestaciones en las dos localidades se hicieron notar. Fue la primera y sonora queja que se hizo llegar a los dirigentes provinciales de la Dictadura. En este asunto colaboraban todos los vecinos ya que la independencia municipal era un bien sagrado y lo que tenían meridianamente claro es que no iban a permitir que dichos cambios lo impusieran por decreto. Al final no se llevó a cabo la pretendida unión y sus habitantes pudieron respirar tranquilos. Aún con todo la crispación seguía latente, incluso aumentaba día a día, por la constante intromisión en los asuntos municipales del que se creían soberana la población de dichos pueblos. Pero también es cierto que al vivir en una dictadura muchas de las cuestiones que planteó el Delegado gubernativo tuvieron que salir de una manera u otra ante la creciente irritación del vecindario. Y uno de los que más despotricaban —por lo bajo— era el secretario don Ramón Sánchez.

Este funcionario estaba notoriamente feliz desde que en una de las primeras medidas adoptadas por la Dictadura fuese cesado como alcalde el *tío Chalecos*. Como mandamás que había sido del pueblo hasta el nombramiento de este último, había hecho y deshecho a su antojo durante muchos años y era uno de los máximos responsables de las cacicadas que tuvieron lugar a veces por su dejación pero también por su manifiesta parcialidad. Las continuas ausencias del nuevo alcalde, el *tío Celipe*, le volvieron a otorgar *de facto* el control de la alcaldía regresando nuevamente a las andadas y la gestión de las subvenciones por el pedrisco caído en el verano de 1928 fue una buena muestra de ello. Y de esta manera, volvió a sentirse uno de los tipos más felices del pueblo pues seguía haciendo lo que le daba la real gana aunque la injerencia del Delegado gubernativo le sacaba de sus casillas. La programación excesiva de los plenos municipales, como consecuencia de las intromisiones de éste último, le ocasionaba más trabajo que nunca y él no aceptaba de buen grado tener a alguien controlándole por encima del cogote. Por todo ello, poco a poco se fue haciendo un desafecto más a la causa de la Dictadura, sobre todo, cuando pasados algunos años notaba su estancamiento y percibía que ésta tenía las horas contadas. ¡Cómo añoraba los buenos tiempos donde la política

corrupta permitía políticos deshonestos y permisivos! Y él, como uno de tantos gerifaltes, alternando con tirios y troyanos en olor de multitud. Cuando años más tarde el movimiento republicano comenzó a extenderse fue uno de los primeros que vio las posibilidades que se abrían y, listo como era, no tardó en formar parte de la caterva de neófitos o nuevos conversos que contó alguna de sus formaciones.

El otro gran protagonista de estos años en Monterde de Albarracín fue, sin duda alguna, su alguacil Irineo García. Se trataba del hermano del cura, mosén Rufino, que había enviudado de su primera mujer y con su hijo llegó al pueblo en el año 1904 para casarse con Margarita Aparicio. Carlos, el hijo de Irineo, estuvo poco tiempo viviendo en Monterde ya que su padre, siguiendo los consejos del párroco, le mandó interno al colegio de los padres Escolapios de Albarracín y años más tarde ingresó en el Seminario de Teruel para ordenarse sacerdote como su tío mosén Rufino. Irineo era un hombre poco agraciado delgado, nariz torcida y una alopecia galopante que se le desarrolló al comienzo de la Dictadura. Ésta le dejó la cabeza como una bola de billar que él prudente y muy coquetamente disimulaba con la gorra de alguacil y tan sólo se la quitaba cuando iba a dormir. Cojitranco en las formas de andar, renqueaba de su pierna derecha a causa de la caída cuando trabajó en una obra durante su juventud. Otro de los aspectos que más destacaban cuando se le observaba detenidamente era la mirada huidiza, tan propia de las personas tímidas que creen ser poco o nada importantes. En realidad, ese era el aspecto donde más sobresalía Irineo durante los primeros años de su vida en el pueblo como alguacil; su insignificancia y mediocre personalidad.

Así pues, durante la etapa que transcurrió desde su llegada al pueblo para contraer matrimonio hasta la proclamación de la dictadura de Primo de Rivera no era más que el hermano del cura o el marido de Margarita, es decir, el segundón de su familia. La importancia del párroco le restaba entidad. Y no digamos de Margarita, que era sobradamente conocida en el pueblo —para bien y para mal— y además su padre era el maestro nacional don Filiberto. Así pues, Irineo se sintió siempre como el patito feo de su familia, el segundón que nadie recuerda o que casi nunca sale en la foto y en sus momentos de debilidad incluso se decía a sí mismo que era un don nadie y jamás haría nada importante en su gris existencia. Y su vida fue de esa guisa

durante todos estos años. Además, le faltaba el apoyo necesario de algún familiar íntimo como su querido hijo que estaba estudiando fuera del pueblo y al que veía sólo en contadas ocasiones o durante las vacaciones. El nacimiento de sus hijas apenas varió esta situación pues eran mujeres y la madre siempre tuvo una relación especial con ellas sustrayéndolas de su atención. Pero lo cierto es que no era una mala persona tan sólo recta, beata y, como consecuencia de su cargo, excesivamente legalista.

Sin embargo, al poco de la proclamación de la Dictadura las nuevas disposiciones de ésta comenzaron a hacerse sentir en el pueblo por obra y gracia del Delegado gubernativo, todo cambió. Fue como la historia del doctor Jekyll y mister Hyde, entonces apareció el verdadero rostro de Irineo. Él que se vio embutido de poder para castigar todas las infracciones que se cometían tomó conciencia del dominio que podía tener sobre sus paisanos y ni corto ni perezoso se puso manos a la obra. En la primera visita que realizó el señor Delegado gubernativo ya le hizo saber que contaba con su participación para moldear las malas costumbres de los monterdinos. La Dictadura pretendía de forma paternalista hacer una sociedad decente, sana, apolítica, limpia e inmaculada, mediante el *ordeno y mando*, como en los cuarteles, y para ello era necesario corregir o, mejor dicho, cercenar las desviaciones que tuvieran lugar. Y si el personal no atendía a razones, pues a base de multas seguro que las entendería. Por las buenas o por las malas. De todas las circulares enviadas al ayuntamiento tomó buena nota su denostado alguacil y a partir de entonces su nombre comenzó a sonar con fuerza en el pueblo. Gracias a la Dictadura había conseguido sustraerse al dominio de su mujer y el hermano. Ahora, ellos eran sus parientes y no al contrario. Irineo era el nombre que antepoñían a su relación de parentesco. O dicho de otra manera, desde ese momento era Margarita su mujer y mosén Rufino su hermano. ¡Pero qué importancia da el poder que hace crecer de esa manera hasta los seres más insignificantes!

A partir de ese momento Irineo se dedicó con toda su alma a llevar por el camino recto a sus paisanos. En los años 1920 y 1921 tan sólo había puesto dos multas en cada uno de ellos. Sin embargo, en 1924 ya eran treinta y una y un año más tarde habían ascendido a cincuenta y seis. En el año 1926 bajó su techo condicionado por los asuntos amorosos de su hija hasta las veinticuatro multas pero, una vez

repuesto al año siguiente, volvió a realizar un total de cincuenta. Sin embargo, poco a poco fue menguando su actitud por los achaques de la edad y las súplicas de su mujer e hijas para que depusiera su forma de ser que le estaba costando la enemistad de sus paisanos.

Durante los años centrales de la década de los veinte a todo el que se desmadraba le daba candela. Se levantaba temprano con la indumentaria a punto, traje, gorra, vara y por supuesto, no le faltaba la libreta con el lápiz para levantar acta de las infracciones. Con el tiempo fue tanta su pericia que intuía hasta donde iban a ocurrir. Así pues, en las noches de juerga solía rondar para que nadie se desmadrara y si no cerraba en su hora la cantina o alguien blasfemaba por los efectos del alcohol, pues multa. Los domingos eran días festivos y como tales se tenía que descansar, ahora bien, si veía a alguien trabajar, multa. Cuando después de un invierno frío en el que se había consumido el lote de leña algún vecino osaba ir a realizar alguna pequeña tala o a recoger leña suelta por el monte ya sabía que si lo pillaba, multa. Y así con un sinfín de asuntos, como tirar aguas menores, pastorear abusivamente, dejar estacionado el carro en la calle y un largo etcétera. Los monterdinos comenzaron a odiarlo y temerlo al mismo tiempo y su figura era objeto de sarcástica burla escupiéndole todos los motes e insultos que podían, pero al mismo tiempo, cuidándose mucho dar la cara por si acaso.

El pueblo durante estos años contó con la vigilancia represora del infatigable Irineo García, los miembros del Somatén local y los afiliados a la Unión Patriótica creada para sustentar a la Dictadura. Si bien en un principio la población se amoldó como pudo a la nueva situación, lo cierto es que se acabó asfixiando con el control exhaustivo que sobre los habitantes ejercían aquellos que se autoproclamaban únicos sustentadores de la moral, la decencia y el orden público. El ocaso de la Dictadura estaba cercano y la democracia, la gran perdedora de estos años, fue ganado terreno entre una población cada vez más descontenta y menos predispuesta a perder su gran y preciado tesoro: la Libertad, algo que nadie echaba en falta hasta el momento en que la perdía.

XXVI

En esta etapa tuvo lugar un suceso que hizo temblar por su trulencia los pilares de la vida social del pueblo. Isaías Carrasco era un joven labrador que llevaba casado tres años con una hermosa mujer llamada Angelina Martínez. Vivían en una casa situada casi a las afueras del pueblo, en dirección al camino de Bronchales, que se distinguía de las demás por tener una fachada totalmente blanqueada donde sobresalía el portón de entrada al corral pintado de un color verde bastante llamativo. El matrimonio no tenía hijos y vivía con cierta holgura ya que poseían un buen número de tierras de labor. El marido era muy trabajador y siempre que podía estaba en el campo controlando sus propiedades y viendo la manera de cómo mejorar sus cosechas.

Una mañana, en el otoño de 1927, como tantas otras, Isaías se despidió de su mujer y enfiló subido al carro por el camino viejo de Albarracín para ir a labrar algunos campos. Se le había hecho algo tarde y el hombre andaba apurado y fustigaba sin pausa a las caballerías para llegar cuanto antes a su destino. Por el camino de las eras a Albarracín el trasiego de carros era constante y él subía el último de aquella informal caravana espoleando a sus acémilas por la tardanza de la hora, algo más de las nueve de la mañana. Forzó tanto la velocidad del carromato que al llegar a lo más alto del camino notó como el eje de una rueda estaba a punto de griparse. Paró el carro y después de quitar todos los aparejos de labranza que le ocasionaban un considerable sobrepeso se dispuso a arreglar el problema que le había surgido.

Entonces, vio a lo lejos del camino a un hombre subido a una mula que caminaba hacia donde él estaba. Al cabo de un rato, mientras maniobraba sobre el rebelde eje, el viajero se detuvo y después de saludarlo se ofreció a ayudarlo. Se trataba de un monje franciscano que en el pueblo conocían como el *tío Pedigüeño*, el cual partía del monasterio que su orden tenía en Teruel hacia los pueblos de la sierra de Albarracín para pedir limosna con la que ayudar a los miembros de su congregación. Al municipio de Monterde solía acudir dos veces al año y era muy conocido por todos, un hombre que aparentaba bastante más de los cincuenta años de edad que en realidad tenía. Era de mediana estatura, algo entrado en carnes, con las facciones de la cara anchas, de un color cetrino, donde resaltaba una larga y poblada barba

con tonalidades entre grises y blancas. Una boca de mediano tamaño guardaba una dentadura estropeada en la que se echaban a faltar varias piezas dentales. Las manos eran huesudas, de grandes proporciones, en las que destacaban unos poderosos dedos que finalizaban en uñas inusualmente largas y negruzcas a causa de la suciedad acumulada. Su ropaje de monje franciscano estaba viejo, algo roído por los bordes y la mugre proporcionaba la impresión de una cierta dejadez. Y sobre toda esta humanidad se respiraba el fuerte olor de la inexistente limpieza personal, que era suficiente para echar atrás al más pintado.

—Buenos días hermano, ¿va todo bien? —saludó el fraile.

—Buenos días sean. Aunque como ve, tengo problemas con el eje y la rueda —respondió ciertamente apurado Isaías Carrasco.

—Ahora bajo y le ayudo.

Y el monje se apeó dispuesto a ayudar a quien lo necesitaba, como había hecho a lo largo de su vida. Cuando ya habían acabado de sujetar convenientemente la rueda e Isaías engrasaba la parte visible del eje, éste le comentó:

—Le agradezco su ayuda, no se qué habría hecho de no ser por usted, padre.

—De nada hijo mío —respondió con sinceridad el fraile. Y ya puestos a lo que le llevaba por esos contornos continuó diciendo—: en este mundo estamos para ayudarnos los unos a los otros. Pero mira, ya sabes que me dedico a pedir para mis hermanos que se quedan en el convento rezando por todos nosotros. No tendrías por casualidad alguna limosna para darme.

—Como verá no llevo nada conmigo salvo la comida de este día que muy gustosamente compartiré con usted aunque... si lo prefiere acérquese por mi casa y dele en prueba a mi mujer este mechero que apenas gasto, pero ella conoce. Dígale que me ha ayudado y que mi propósito es que le haga un buen regalo para compensarle —respondió agradecido el labrador.

—Pues muchas gracias, hijo mío. Pero a quien y dónde debo acudir —preguntó solícito el fraile pedigüeño.

—Mi mujer se llama Angelina y mi casa no tiene pérdida ya que la he encalado recientemente y está situada a la salida del pueblo

mirando hacia *La Jara*. La reconocerá sin dificultad, porque tiene un gran portón pintado de color verde —expuso con total satisfacción Isaías Carrasco.

—¡Ah! Tu casa la recuerdo y a ti creo que también... Vamos a ver... el año pasado no fuiste por ventura tú quien me regaló una gallina. Sabes, son muchas las personas que me gratifican con sus limosnas y es normal que yo no me acuerde de sus caras pero, sin embargo ¿cómo puedo olvidar a la persona que estaba dentro de la casa del portón verde con su mujer y me donó la mayor limosna del pueblo? —comentó en tono distendido. Al mismo tiempo que hablaba, el monje franciscano se rascaba la barba con fruición, intensamente, como si allí tuviera escondida alguna minúscula criatura de Dios e intentara sacarla a flote.

Isaías no quiso contradecirle, pues este fraile tenía fama de cabezota y algo chiflado. Él tenía mucho que hacer todavía durante esa mañana y más, después del retraso que llevaba por culpa del maldito eje de la rueda. Además, la cercanía del franciscano le estaba mareando y sus olores corporales se sobreponían a los del propio campo, que ya es decir. Por todo ello, se despidió apresuradamente y reinició su marcha viendo cómo el fraile hacía lo propio subiéndose a la mula y tomando el camino que llegaba hasta el pueblo. Minutos más tarde, cuando el labrador llevaba un buen trecho recorrido hacia sus campos, todavía seguía dando vueltas al comentario del monje.

—Pero ¿cómo era posible que dijera que le había regalado una gallina el año anterior? De ser así lo recordaría sin duda alguna —insistía en sus pensamientos.

Aunque por más que lo intentaba no lograba poner paz a su cada vez más confuso espíritu. Y después de numerosas cavilaciones sobre el error del fraile convino que le preguntaría a su mujer por si recordaba el hecho que le había narrado. De pronto, una inquietante duda asomó por su mente.

—¿Y si el fraile dice la verdad? ¡No puede ser cierto! ¡No es posible! Definitivamente este fraile sucio y triperero no se entera de nada. Pero... ¿Cómo puede ser que diga eso si el año pasado no recuerdo haberlo visto? Yo creo que estaba labrando cuando me dijeron que había aparecido por el pueblo. Luego... entonces mi mujer estaba sola en casa. ¿Cómo puede decir que yo estaba con ella...? Y si no era yo ¿de quién narices se trataba?

El demonio de los celos hizo su aparición, así, de sopetón, y por su cabeza comenzaron a pasar todas las conjeturas posibles que una mente torturada puede imaginar. Hasta ese momento había considerado que su matrimonio era perfecto. Su mujer le amaba, de eso estaba seguro, y no le había dado muestras de ninguna sospecha a lo largo de los años. En el preciso instante que estaba realizando esta consideración nuestro conocido demonio volvió de nuevo a incordiarlo y las sospechas empezaron a surgir en su memoria como las setas en el otoño.

—Ya has olvidado que Angelina se pasa sola en casa siempre que te vas al campo a trabajar. ¡Puede hacer lo que quiera! Acuérdate de que tuvo varios novios hasta que fue tuya. ¿Y esa amabilidad que demuestra siempre con todas las personas? ¿No será que las incita a pecar con ella?

De tanto pensar en las posibles infidelidades de su mujer le dolía la cabeza una barbaridad. Hasta tal punto que no se dio cuenta que se pasaba del desvío para ir a sus tierras y tuvo que dar la vuelta en un claro más adelante del camino. Definitivamente estaba hecho un lío ¡maldita sea! Durante el resto de la mañana estuvo labrando los campos sin dejar de pensar, ni por un instante, cómo podía clarificar aquel engorroso entuerto. Convino después de arduas cabilaciones que lo mejor sería no aparentar sospecha alguna y seguir su vida como si tal cosa. Y así lo hizo Isaías Carrasco; decidió ir tanteando el camino para ver si pillaba en falso a su esposa.

Mientras tanto, en el pueblo, Angelina Martínez recogía el mechero que le entregaba el fraile y haciendo caso del recado de su marido le regalaba una docena de huevos envueltos en una canastilla llena de paja. Contento por su primera adquisición, el monje franciscano se despidió de ella sin acordarse de hacer mención al tema de la gallina del año anterior. Y feliz como estaba continuó con su peregrinaje por el resto de las casas recordando algunas como la de la *tía Rompa*, que siempre renegaba de su presencia pero solía darle dos bollos de pan, también la *tía Teresa* tenía por costumbre regalarle algunos *tortos* caseiros o la *tía Pacha*, que hacía lo mismo con las manzanas de su huerto. En casi todas las viviendas de la localidad recibía alguna limosna que el monje agradecido respondía con una breve oración. Aunque también hay que decirlo, no todos sus habitantes respondían de la misma manera. Muchas personas se negaban a regalarle absolutamente nada

y en el momento que lo veían aparecer se corría la voz ante el temor que inspiraba su figura. Era frecuente ver cómo las ventanas y puertas de muchas casas se cerraban a cal y canto cuando sus moradores advertían la presencia del *tío Pedigüeño* por el pueblo. Algunos moner-dinos eran más pobres que las ratas y no estaban dispuestos a compartir sus escasas pertenencias con ningún fraile, por mucho que rezara por sus almas. Además, el *tío Pedigüeño* tenía su propia y peculiar forma de actuar. Él solamente se dedicaba a pedir, aunque eso sí, con tenaz insistencia, pero si finalmente le negaban la limosna daba media vuelta y farfullando algún improperio a baja voz seguía su camino como si tal cosa. Y así estuvo durante el resto de la mañana, en un ir y venir buscando la compasión de los moner-dinos. A la media tarde, cuando tuvo llenas las alforjas, las colocó con sumo cuidado encima del baste de la mula y enfiló andando el camino de regreso al monasterio. No se había dado mal ese otoño. Volvería por la primavera a probar nuevamente suerte en el pueblo.

Durante la siguiente semana, Isaías Carrasco siguió con su rutina habitual, pero intentando ver la manera de sonsacar los íntimos secretos de su esposa, aunque pasaba el tiempo y la situación continuaba de la misma manera. O bien todo era una equivocación o disimulaba como una artera. Cuando más convencido estaba de que podía tratarse de un craso error, cierto inusitado acontecimiento vino a enturbiar la paz de su espíritu. Una noche, al ir a acostarse, comprobó que la sábana del lado de la cama donde dormía estaba algo sucia con algunas manchas que no recordaba haberlas visto el día anterior. Con lo extremadamente limpia que era su mujer ¿cómo era posible semejante descuido? Y otra vez vuelta a empezar con el demonio de los celos. Durante esa jornada no hizo otra cosa más que pensar cómo se podía haber ensuciado si él no lo había hecho. Entonces, mientras cenaban, se le ocurrió una estratagema para pillar a su mujer *in fraganti* en el caso de que tuviera una aventura.

—Angelina, pasado mañana me iré a labrar cerca de *Monteagudo* —comentó como quien no quiere la cosa.

—¡Pero esas tierras están muy lejos! —protestó sin mucho ánimo la mujer—. ¿Te irás para todo el día?

—¡Qué remedio! —respondió Isaías con un mohín de disgusto—. Me iré muy temprano y ya veremos a la hora que estoy de vuelta.

La noche del día siguiente apenas durmió, inquieto y nervioso de pensar en lo que estaba planeando. Y cuando llegó la madrugada se levantó más pronto que ningún día dejándola dormida en la cama. Después de arreglar las caballerías y uncirlas al carro, salió de la casa tras subir nuevamente a la habitación y despedirse de su mujer. Bajó a un cuarto donde guardaba la escopeta y la cogió junto a varios cartuchos, introdujo todo en un saco escondiéndolo luego entre los aparejos del carro. Luego, volvió a subir por el camino viejo de Albarracín y dando la vuelta al final de la cuesta escondió el carro a la vera de la ermita de san Cristóbal, entre los plantones de la Fiesta del Árbol realizada años atrás y unos grandes carrascales. Esperó a que amaneciera y cuando el sol comenzaba a aparecer tímidamente por el horizonte recogió el saco con la escopeta y bajó con celeridad entre la cuesta de los pajares y *Cerro la horca*. Atravesó por las eras y entró en las primeras casas del pueblo al tiempo que se cruzaba con los carros de algunos labradores que miraban a Isaías con cierto asombro al verlo tan decidido encaminarse hacia su casa.

—He olvidado la comida y como no vuelvo hasta la noche...
—comentaba a modo de peregrina excusa cuando le preguntaban.

Y de esta manera fue acercándose a su morada. Una vez en las proximidades anduvo con total sigilo para que nadie se percatara de su presencia. Llegó a la vivienda y se acercó a un pajar próximo donde había escondido el día anterior una escalera de madera. Gracias a ella pudo saltar al corral y con todo el cuidado del mundo penetró en la casa sin hacer ningún ruido. Subió por las escaleras hacia la habitación y cuando estaba a punto de llegar al descansillo del primer piso, escuchó algunos gemidos de su mujer. Sus peores temores se habían confirmado ¡no estaba sola! Sacó la escopeta del saco y la cargó con dos cartuchos de postas para caza mayor. Estaba enfurecido. No podía dejar que aquella zorra que tenía por esposa le engañara como lo estaba haciendo. Había decidido en cuestión de segundos darle un buen escarmiento. Sudaba y temblaba al mismo tiempo y la sequedad de su boca no auguraba buenas sensaciones ni mucho menos. Abrió la puerta del dormitorio con violencia y descubrió a Angelina con un hombre retozando en la cama como si fueran animales en celo. Su mujer al verlo gritó con fuerza y el amante escondió su cara tapándose con la sábana.

—¡De manera que estaba en lo cierto! Me estás engañando con otro hombre ¡y en mi propia casa! —gritó con enorme irritación.

—Isaías deja que te explique yo... —trató de excusarse Angelina.

—No hay nada que explicar, todo está muy claro —le cortó de forma tajante—. ¡A ver tú, baja la sábana que vea quién eres! —le dijo a su lascivo compañero mientras le apuntaba con la escopeta.

Isaías apreciaba en esos momentos cómo los ojos del desconocido se abrían de par en par por las amenazas vertidas presa de un irresistible pánico. El amante no tenía la intención de quitarse el embozado, pero un nuevo requerimiento de Isaías cuando ponía el percutor en situación hizo que finalmente cediera y bajó totalmente la sábana dejando ver su rostro.

—¡Tú...! ¡Eres tú! —dijo totalmente asombrado el burlado marido— pero... ¿Cómo es posible?

Y tras una breve vacilación en la que bajó el arma totalmente anonadado por la impresión continuó:

—De todos los hombres de este pueblo nunca pensé que podías ser tú... mi propio hermano, poniéndome los cuernos en la alcoba de mi casa.

Los ojos del infractor resplandecían de puro miedo por lo que pudiera pasar y no se atrevía a abrir la boca pese a las constantes indicaciones de su hermano para que lo hiciera. Entonces, en un arrebato lleno de irracional locura le descerrajó un tiro en el pecho que lo tiró para atrás al tiempo que la sangre le fluía a borbotones. Esta detonación retumbó en la habitación y le siguió un penetrante silencio roto tan sólo por los continuos gemidos de la mujer. Instantes después Angelina se llevó las manos a la cara llorando desconsoladamente. Luego, temblando todavía por lo ocurrido, se abrazó al cuerpo inerte de su amante intentando reanimarlo pero era inútil el daño ya estaba hecho y su cuñado yacía sin vida, la tormenta no había hecho más que comenzar. Isaías apuntó con la escopeta a aquella pérfida mujer que le había estado engañando sin recato alguno y sin dudarle un instante disparó de nuevo matándola al instante. La nueva descarga resonó como la primera y un silencio espectral se apoderó de la estancia. Isaías tiró la escopeta al suelo y se acercó hacia los amantes con cierta aprensión. Allí tenía a los dos culpables de haber mancillado su honor pero no se sentía liberado ni mucho menos por haberlos matado. Comenzó a sentir una fuerte presión en el tórax notando la hinchazón de sus

venas y los latidos de su roto corazón acelerándose a mil por hora. De pronto, se dio cuenta de lo que había ocurrido y gritando como un poseído recogió con sumo cuidado a su mujer cuyo pecho sangraba abundantemente.

—Dios mío ¿pero qué he hecho? —gritaba sin poder contener los sollozos.

Y entonces, la dejó caer como si fuera un fardo y salió corriendo de la habitación. Daba la impresión que lo perseguía el mismísimo diablo y acabó trastabillándose con las sillas y los muebles de la casa en su atropellada huída. Salió del pueblo corriendo y tan sólo paró cuando llegó a las eras. Se detuvo por un instante y, tras recobrar el aliento, continuó su huída hasta las ruinas de la ermita de san Cristóbal. Una vez en lo alto se plantó nuevamente y girándose miró hacia su casa, cuya inconfundible silueta podía apreciarse incluso en la lejanía, allá donde se iniciaba el camino de Bronchales. Desde la cima de la montaña divisaba a los diminutos habitantes de Monterde correr presas de una gran excitación por los aledaños de su vivienda. El cielo estaba encapotado y una tenue lluvia comenzó a caer sacándole de su ensimismamiento. Exhausto se dejó caer de rodillas mientras la lluvia arreciaba y el agua se confundía entre las numerosas lágrimas que impotentes se escurrían sin freno por sus mejillas.

—¡Dios mío, qué he hecho! —repetía una y otra vez—. Luego, tras recobrar el aliento y algo de compostura se levantó de nuevo y acudió donde había dejado el carro.

En el pueblo se había montado un gran alboroto. Los disparos de la escopeta habían sido escuchados por algunos vecinos que se alarmaron cuando vieron salir de la casa corriendo a Isaías Carrasco. Unos minutos más tarde, desde fuera de la vivienda alguna comadre llamaba a gritos a la dueña de la casa pero nadie respondía. Al cabo de un rato y ante el persistente silencio a las demandas de atención, dos amigos de la finada se atrevieron a penetrar en la casa. Al entrar les extrañó no oír ningún ruido y levantaron alguna silla tirada al suelo por el dueño de la vivienda en su precipitada huída. Como seguían sin escuchar a nadie en la casa se miraron entre sí y armándose de valor decidieron subir por la escalera buscando a la dueña.

Los gritos se sucedieron cuando entraron en la habitación y comprobaron horrorizadas a Angelina y su amante tumbados en la

cama con las sábanas manchadas de sangre. Bajaron corriendo por las escaleras gritando como almas en pena y de manera atropellada comentaron a los allí reunidos el espectáculo que acababan de ver. Entonces se decidieron a subir varias personas acudiendo otras a buscar al párroco, al juez de paz, y a quien hiciera falta para dar a conocer cuanto antes el luctuoso suceso. La noticia corrió como la pólvora y en pocos minutos ya estaban todos allí, salvo el alcalde, que había acudido con sus jornaleros a labrar unas parcelas y allí tuvieron que ir a buscarlo. Inmediatamente se puso en acción el secretario don Ramón Sánchez y, sobre todo, los miembros del Somatén a la espera que la llamada efectuada al cuartel de la Guardia Civil de Albarracín diera sus frutos y varios miembros se desplazaran al pueblo para abrir las diligencias.

A media mañana comenzó una batida para ver si encontraban al marido de la finada; principal sospechoso de aquel tenebroso suceso, pero no lo encontraron. Tan sólo siguiendo las indicaciones de quienes le habían visto salir a todo correr pudieron dar con el carro en las proximidades de la ermita de san Cristóbal, pero nada más. Lo escabroso de lo acontecido fue el principal comentario de las tertulias durante los siguientes días. La mayor parte de los hombres estaban de acuerdo con la reacción de Isaías y consideraban natural que la mujer de uno le fuera fiel porque, en caso contrario, el honor mancillado sólo tenía una forma de ser limpiado. En las mujeres los sentimientos afloraban de forma diferente. Había quien, a pesar de la pena que suponía la cruel muerte de Angelina, insistía en el hecho que con sus actos se lo había buscado. Otras en cambio —las menos— estaban más que hartas de la brutalidad masculina que las consideraba como meros sujetos pasivos al arbitrio de sus maridos. Si algo tenían claro es que para muchos de los hombres ellas no eran más que objetos sexuales, madres de sus hijos y esclavas del hogar. Esta situación condenaba al más puro ostracismo de por vida a las féminas monterdinas e incluso de la misma sierra de Albarracín. Ya desde la tierna infancia el sistema educativo las marginaba porque su vida no tenía sentido más allá de las cuatro paredes de sus casas. Con ello, conseguían educar a las mujeres según el modelo clásico de la época, sumisas y buena parte de ellas analfabetas. Además, la Iglesia tampoco daba un duro por ellas y las imprecaciones ante la maldad femenina hacían mella en una población crédula, mayoritariamente cristiana y muy tradicional.

La Guardia Civil y los somatenes de Monterde de Albarracín dieron varias batidas por el término buscando al sospechoso y como no lo encontraban los ánimos se fueron enfriando poco a poco. Sin embargo, en ese mismo otoño, mientras unos cazadores estaban siguiendo el rastro de una pieza, el lebrél que llevaban se puso a ladrar insistentemente como si hubiera descubierto al animal herido. Entró uno de los cazadores hacia lo que parecía un pequeño claro entre varias sabinas dispuestas alrededor de un roquedal y se dio de bruces con una persona ahorcada. Allí estaba Isaías Carrasco, que se suicidó la misma mañana del luctuoso suceso firmemente arrepentido de haber puesto fin a la vida de su amada esposa, aunque no tanto por lo que había hecho con su hermano. Suya era toda la culpa —había pensado Isaías intentando excusarse— ya que existían otras mujeres en el pueblo para echarles el guante, cualquiera antes que a su propia cuñada. Lástima de vidas rotas en un instante de furor machista que la propia sociedad admitía como atenuante al haber encontrado el burlado marido a su mujer y al querido en plena vorágine amorosa. Descanse en paz Isaías Carrasco. Descansen en paz los temerarios amantes.

XXVII

Recién finalizados los mayos del año 1928, el ánimo de los labradores estaba bastante decaído en Monterde de Albarracín. El primer trabajo, todas las mañanas después de levantarse, era asomarse por las ventanas para ver el tiempo que hacía. Oteaban insistentemente el horizonte para ver si aparecía alguna nube, aunque fuera despistada, pero ni por esas, el color azul era el amo absoluto del cielo. Además, los más viejos del lugar —expertos conocedores de los vaivenes de las estaciones y las temperaturas—, incidían en el hecho —para ellos probado— de las fases de la luna junto a la extrema sequedad del ambiente, para insistir en que el presente año iba a ser recordado por la escasez de lluvias. Y en medio de estas perspectivas tan poco halagüeñas el jueves día 3 de mayo se celebró, como todos los años, una solemne fiesta religiosa. La misma se realizaba en honor del santísimo Cristo de las Lluvias, cuya imagen se veneraba con toda solemnidad en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción. Pero ni por esas. La meteorología seguía siendo el principal tema de conversación

en las tertulias del pueblo y el vaticinio de los más agoreros se estaba cumpliendo a rajatabla. No había caído una gota de agua desde hacía semanas y, lo que es peor, tal y como estaba el tiempo ni se las preveía para las próximas.

En las misas celebradas durante todos los domingos de ese mes de mayo mosén Rufino despotricaba desde el púlpito contra los innumerables pecados de los vecinos del pueblo. Insistía una y otra vez en que los excesos y la inmoralidad eran la causa del castigo divino que estaban padeciendo en forma de pertinaz sequía. La acusación hizo mella en muchas personas y las actitudes se volvieron más comedidas durante los siguientes días. Muchos buenos creyentes se sentían observados por la divinidad y no querían ser la causa de los males que aquejaban al pueblo. Hubo quien intentó moldear su carácter y trató de ser más contenido en sus actos cotidianos. Otros se plantearon muy seriamente realizar alguna promesa si finalmente Dios accedía a sus deseos y permitía descargar la tan esperada lluvia. Los más, intentaron resolver el problema aumentando significativamente sus preces al altísimo. Pero el gran perdedor de la brutal sequía fue el amor o mejor dicho los escauceos amorosos y el deseo carnal que quedaron relegados al ostracismo en una época ya de por sí bastante comedida. Bien fuera porque no habían ganas para solazarse debidamente por tener la cabeza en otros pensamientos, o bien como penitencia auto-impuesta, lo cierto es que la continencia de la carne fue la nota predominante entre los matrimonios de la población. Durante una temporada Cupido apenas tuvo trabajo y ni los dardos más certeros hacían mella en los pétreos corazones de los monterdinos. Hasta muchos jóvenes imberbes se hicieron eco de la necesidad de abstinencia y dejaron de lado los vicios de Onán e incluso más de uno pensó suspender cuestiones tan pueriles como las *enramadas* a sus enamoradas. Hartos de esta situación, una vez terminada la octava del Corpus del día 14 de junio, numerosos vecinos solicitaron a mosén Rufino la realización de un triduo al Santísimo Cristo de las Lluvias. También el señor alcalde el *tío Celipe* —católico convencido— estaba de acuerdo y, por supuesto, la totalidad de los concejales y las *fuerzas vivas* del pueblo. Y tan ardientes deseos de comenzar el triduo tenía la población que se acordó celebrarlo los días 15, 16 y 17 de junio a las nueve de la noche. En el mismo se rezaría el santo rosario, las cinco llagas y las oraciones propias del caso.

El último día de los actos, el domingo 17 de junio, el templo estaba abarrotado de fieles. A las nueve de la noche no cabía ni un alfiler en la iglesia, tanto es así que incluso los había desperdigados por el atrio y sus alrededores. La religiosidad y los lamentos invadían el ambiente como en una estampa fantasmal que recordaba tiempos pretéritos. Cuando terminó el santo rosario se organizó una procesión por todo el pueblo sacándose la imagen del Cristo de las Lluvias que era portado a hombros por Pedro, el hijo de Anselmo; José María, el vástago pequeño de don Romualdo; Serafín el hijo del alcalde y otro joven acólito. En las calles no había ningún alma debido a que las personas poco creyentes tenían por costumbre no merodear por el pueblo cuando se realizaba alguna procesión y prácticamente se quitaban del medio. Con antorchas y velas en las manos fueron recorriendo el pueblo rezando himnos al Todopoderoso para que se aplacara de las necesidades de los vecinos y permitiera que la lluvia cayera desde sus dominios celestiales. En casa de Cosme y Enriqueta todos habían acudido al triduo, salvo Rafael, descreído como nunca desde que volvió del ejército y por supuesto la abuela que seguía callada y ausente desde hacía varios años. En el silencio de la noche resultaban emotivas las paces al altísimo que resonaban con fuerza debido al absoluto silencio que imperaba por las calles. Cuando empezaron a salir los fieles en procesión el impacto visual de la comitiva era notable pues, además de los cánticos, aquella iba serpenteando por las calles del pueblo. Y, por si fuera poco, la proliferación de velas y antorchas le otorgaba a la marcha una impronta casi fantasmal. El espectáculo era ciertamente estremecedor y más si tenemos en cuenta los dos milagros que al parecer acontecieron durante las siguientes horas.

El primero de ellos precisamente tuvo lugar en la casa de Cosme. Rafael estaba entretenido leyendo uno de los libros que le entregara Cipriano de la biblioteca de Cella, mientras la abuela se encontraba levantada junto a la puerta de la casa. Como quiera que la hoja superior del portón de entrada estaba entreabierta se escuchaba con bastante nitidez las canciones religiosas que provenían de la procesión que pasaba cerca de la vivienda. Y en un momento dado, sin saber bien porqué, la anciana mujer comenzó a cantar también. Rafael al principio no se había dado cuenta, pues lo hacía a media voz, pero al cabo de un rato reconoció que una de las voces que escuchaba era la de ella. Entonces se levantó como un resorte de la silla y en dos pasos

estaba al lado de la mujer oyendo su timbre de voz totalmente emocionado. No hablaba la anciana con asiduidad desde hacía más de cinco años, salvo alguna palabra suelta e inconexa, y el muchacho se había acostumbrado a sus silencios por eso al escucharla ahora, su emoción era indescriptible. Volvía a oír su tono de voz que casi había olvidado cómo era. Eso sí, la buena mujer seguía igual; con la misma mirada ausente como no reconociendo nada de su entorno, pero hablaba, mejor dicho, cantaba. Mientras pasaba la procesión por las calles próximas e iban escuchando las canciones religiosas, la abuela de Rafael seguía entonando las plegarias de pie en la entrada de su casa. Todo ello realizado en perfecta armonía con los cánticos que se oían puertas afuera, como si fuera una de tantas voces de ese inusual coro. Cuando por fin acabaron los rezos, el joven intentó que le respondiera algunas preguntas pero la abuela retornó a su estado anterior y permaneció callada como hasta entonces.

—¡Que extraño! —musitó Rafael— canta las tonadillas pero no me dice nada más.

Tuvo una ocurrencia y volvió a entonar una de las canciones que habían escuchado de la procesión e incrédulo comprobó cómo la anciana seguía al dedillo su ritmo y melodía. ¡No se lo podía creer! Cuando acabó de cantarla comenzó con otro tema también religioso y la mujer al poco le acompañó nuevamente tarareando la letra como si tal cosa. Luego, continuó con otras coplas que conocía y que solían cantar las jovencitas del pueblo. El joven cada vez más asombrado escuchó como la anciana también las cantaba. Rafael estaba anonadado por el reciente comportamiento de su abuela. ¿Pero qué misterio era ese? ¿Qué tipo de increíble enfermedad padecía la anciana mujer que la impedía relacionarse con sus semejantes y olvidarse de todo pero, sin embargo, recordaba las canciones y cuanto más antiguas eran mejor las evocaba? Estaba en plenas disquisiciones sobre los extraños síntomas de su abuela cuando entraron en la casa sus padres y hermanos que volvían del triduo. Rafael les llamó la atención y les pidió que se sentaran en las sillas de la cocina que iba a enseñarles algo asombroso. Intrigados todos obedecieron como autómatas al joven y se sentaron a esperar qué sorpresa les había deparado. Entonces Rafael pidió absoluto silencio y se colocó al lado de su abuela. Comenzó a cantar a baja voz una de las canciones religiosas que mejor conocía la buena mujer:

*Por allí viene Jesús
por allí viene su madre
que hace que no se han visto
desde el jueves por la tarde...*

Y al momento, ante el asombro de todos los presentes, la abuela empezó a cantar como había hecho durante toda su vida hasta que se le presentó la maldita enfermedad. Enriqueta se llevó las manos a la boca totalmente fascinada por lo que estaba oyendo, ni más ni menos que la voz de su madre, que no escuchaba desde hacía mucho tiempo. La emoción le pudo y comenzó a llorar incrédula ante el insólito hecho. Todos se levantaron al instante y rodearon a la anciana que seguía dando todo un concierto de canciones. Quisieron ir a decírselo rápidamente a mosén Rufino pero Rafael les detuvo y les comentó que prefería hablar primero con el médico del pueblo, pues seguro que todo tenía una explicación aunque él no acertaba a entenderla. Y así ocurrió al día siguiente. El galeno les comentó que según había estudiado la anciana tenía una enfermedad que le hacía olvidar todos los sucesos recientes pero que esos pacientes recordaban con precisión los más antiguos. Por supuesto, el tema de las canciones también podía relacionarse con el mal que padecía pues algunas partes del cerebro con sus aptitudes y desarrollo todavía eran desconocidas. Y por supuesto, cuando se enteró mosén Rufino para él no cabía la menor duda: había sido un milagro. Fuese lo que fuese lo cierto es que a partir de ese momento y aunque fuera de esa forma pudieron escuchar en casa de Cosme y Enriqueta el timbre de voz casi olvidado de la abuela hasta que un día, algunos meses más tarde, falleció la buena mujer. Qué tendrá la música de celestial que hasta en las más aberrantes enfermedades nos hace sentir a los simples mortales como si fuéramos el mismísimo Apolo tañendo las notas de nuestra lira en el Olimpo de los dioses.

Y el otro milagro tuvo lugar al día siguiente de celebrado el triduo. Pudo ser por intercesión divina. O también porque pasó un frente húmedo por la zona combinándose adecuadamente con la sequedad, el calor del suelo y el frío en las alturas. Pero lo cierto es que a las once de la mañana de ese lunes comenzó a llover tan copiosamente que las campanas no dejaron de sonar durante varias horas en acción de gracias al Todopoderoso. Y así estuvo lloviendo durante todo el resto del día, hasta bien entrada la noche. Los vecinos se reunieron nuevamente en

la iglesia y un exultante mosén Rufino entonó el *Te Deum* dando gracias a Dios por haber acabado con la sequía que amenazaba la cosecha de los buenos vecinos de Monterde de Albarracín.

Sin embargo, los acontecimientos climatológicos no acabaron ahí ni mucho menos. Bien fuera por el exceso de rogativas, bien porque no fueron tantas como debían, o porque se trataba de una borrasca bastante potente, lo cierto es que un imponente pedrisco cayó durante la primera semana del mes de julio de 1928. Fue tan brutal la tormenta acaecida que arrasó buena parte de las cosechas ya delicadas por los avatares del inestable clima que habían vivido durante los meses anteriores. Todo ello fue recogido con profundo sentimiento por la población afectada que no sabía a qué se debía tanto castigo del cielo. Y no digamos nada de mosén Rufino que, después del logro divino con el triduo, tuvo que volver a las andadas en sus pastorales dominicales. Desde el púlpito acusaba a sus feligreses de volver a dar la espalda a Dios, justo después del milagro de la lluvia ocurrido en el mes de junio.

Dentro de la desgracia acontecida la socarronería de algunos jornaleros se hizo pronto de notar. Existían un grupo declaradamente ateo que si bien perdieron días de trabajo por la granizada los recuperaron en parte yendo de segadores a otros pueblos. Mientras estuvieron en Monterde no dejaban pasar la ocasión para mofarse de las procesiones que se llevaron a cabo, especialmente por el consabido final. Por ello, los enfrentamientos con los católicos monterdinos fueron frecuentes durante una temporada. Todo esto le ocasionó más trabajo que de costumbre al inefable Irineo que castigó todas las blasfemias de las que fue testigo con las multas acostumbradas. Lo cierto es que la desesperación se adueñó de muchos agricultores cansados de los vaivenes del tiempo. No había manera de luchar contra el clima ya fuera con procesiones o mirando al cielo para adelantarse a los elementos, estaban vendidos al azar y sólo la suerte permitía salir adelante en medio de la más absoluta incertidumbre. Pobres agricultores que ni Dios podía echarles una mano y en ocasiones cuando la echaba, daba la impresión que le faltaba tacto para no pasarse apretando.

XXVIII

—¡Siete! ¡Cinco! ¡Ocho! ¡Todas! ¡Treeees!

Había ganado otra vez a la *morra*. En este pueblo no había quien pudiera con él. Por algo a Tertuliano Sánchez se le conocía en Monterde de Albarracín y en toda la Sierra como el *tío Morras*. Ufano de haber derrotado por enésima vez a los amigos con los que estaba jugando apuró el vaso de aguardiente y le pidió a su mujer, que se encontraba sirviendo en la barra, que pusiera otra ronda, que ya la pagaría el perdedor. La señora miró de reojo con rencor mal disimulado a su marido. Cada vez resultaban más evidentes sus menosprecios por mucho que le hablara con cierta condescendencia delante de la gente. Ella se sentía desplazada y en su fuero interno estaba más que harta de sus continuas juergas y manera de ser. ¡Cuánto había cambiado desde su enlace matrimonial en el año 1922! Tertuliano ya había estado casado pero su primera mujer falleció en la primavera de 1919 como consecuencia de la epidemia de gripe. Estaba profundamente enamorado de ella y este golpe le afectó enormemente. Eso sí, la soledad le duró poco y tres años más tarde contrajo nuevas nupcias con la hermana mayor de su difunta esposa. Aunque ella también tenía más edad que Tertuliano, poseía un carácter muy dispuesto y entregado. Por eso se fijó en su cuñada al pensar que podría utilizarla para cumplir su máspreciado proyecto: montar la primera cantina de Monterde. Las circunstancias de la fatídica pandemia hicieron posible un nuevo matrimonio de conveniencia en el pueblo del que, con el tiempo, salió perjudicado su eslabón más débil: la mujer.

Ahora, en el año 1928, Tertuliano contaba con treinta y nueve años de edad. Era una persona algo gruesa, de semblante tosco y piel cetrina. El paso del tiempo había hinchado las facciones de su cara como consecuencia de su insana afición al alcohol y al tabaco. Sobresalían en su rostro dos grandes verrugas; una en la frente, cerca de su ceja derecha, y otra debajo de la barbilla. Ello y los grandes poros abiertos de su cara le conferían un aspecto rudo, el cual quedaba complementado con su vozarrona grave y el cigarrillo que siempre se le solía apagar en la comisura de los labios y él mantenía hasta que se desmochaba de tanto lamerlo. Aunque gozaba de una buena posición económica y vestía como tal, tenía por costumbre colocarse una faja al

modo tradicional de los labradores serranos. Además, durante sus viajes a Valencia para ver a una de sus hermanas que trabajaba en una masía cercana a *La Malvarrosa*, había adquirido la costumbre de los huertanos de esa comarca. Y como ellos, gustaba llevar un canuto de caña tapado en su abertura con un pequeño trapillo, que hacía las veces de monedero e introducía con sumo cuidado entre la faja.

Tenía un carácter fuerte y era lo más parecido a un gallo de pelea siempre dispuesto a que nadie le hiciera ni la más mínima sombra. Por supuesto, procuraba mantener a raya a los mozos con toda suerte de artimañas jactándose de ser el tipo más sobresaliente del pueblo. Viajaba a menudo a Albarracín y Teruel a recoger bebidas y cubas de vino para su cantina y la bodega almacén que regentaba, desde donde surtía a los monterdinos con los placeres del dios Baco. Y en sus frecuentes correrías acostumbraba a bajar a Teruel con su carro, aprovechando normalmente la ocasión, para quedarse algún día. Eso sí, siempre que podía utilizaba dicho asueto para recorrer los pocos tugurios que había en la pacata capital provinciana y soltarse las canas con alguna pelandusca del tres al cuarto. Era un mujeriego empedernido y conocía al dedillo las damas de moral descuidada que vivían por los municipios del contorno, a las cuales visitaba siempre que podía con algún que otro pretexto. En el pueblo de Monterde las mujeres decentes solían temerle y le evitaban siempre que podían como si fuera un apestado. Era temible, pues a muchas de ellas las desnudaba con la mirada, y las hacía avergonzar con requiebros nada galantes que soltaba cuando había empinado el codo y se volvía lo más parecido a una cabra desbocada.

También era frecuente verlo inmiscuido en peleas por cuestiones nimias. Y aunque nunca se le oyó discutir por política fue uno de los mayores defensores que hubo en el pueblo para la formación del Somatén a comienzos de la dictadura de Primo de Rivera. Borracho y pendenciero como nadie en Monterde, pero el orden público era el orden público, aunque él en realidad se pasara las reglas de la urbanidad por el arco del triunfo. En más de una ocasión tuvo que acudir la Guardia Civil, que en lo tocante a la represión no solía andarse con medias tintas ni contemplaciones, aunque curiosamente él salía siempre ileso en el reparto de palos. En el pueblo se hacían cruces al verle tan bien parado en los numerosos líos que se metía pero, aunque los vecinos no lo sabían, sus buenas propinas le costaba. Era íntimo amigo del cabo

de la Guardia Civil de Cella y tenía buenas migas con el de Orihuela del Tremedal, a los que solía invitar en alguna de sus correrías. Y sobre todo, se preciaba de su relación con el comandante del puesto de Albarracín, al cual también convidaba a menudo y regalaba todo tipo de productos locales, como quesos, *somarro* y algún pernil que otro.

Su esposa estaba al tanto de todo, o casi todo, y se moría de vergüenza cada vez que alguna vecina iba a quejarse por las barbaridades que salían de su pestilente boca. De las broncas de los primeros años había pasado a la indiferencia más absoluta y eso decía mucho de las relaciones entre la pareja. Alfonsina Cortés era la bendita y paciente mujer que padecía la actitud de Tertuliano Sánchez. Contaba con cuarenta y cuatro años de edad, aunque el trabajo y los disgustos continuos le hacían parecer bastante mayor de lo que en realidad era. De mediana estatura tenía la cara redonda y un pelo castaño que cuidaba con esmero y llevaba recogido a modo de rodete sujetándolo con peinetas de concha que cambiaba muy a menudo. Esta era su auténtica pasión y cuando acudía a Teruel siempre iba a las tiendas a comprarse las últimas novedades del mercado. Su marido conocedor de esta debilidad, solía aprovechar sus frecuentes viajes para regalarle aderezos y complementos, logrando calmar de esta manera sus merecidos reproches.

Cuando murió su hermana sufrió mucho la pérdida durante una larga temporada, se le notaba sumamente afligida y muy desorientada al haber estado siempre muy unidas. El acercamiento a Tertuliano vino al poco tiempo debido a que él pretendía cortejarla conociendo su manera de ser y la trataba con sumo afecto como la cuñada que había sido. Fruto de su insistencia Alfonsina convino que era el mejor partido que podía esperar a sus treinta y pico años, soltera como estaba y cuidando a sus ancianos padres. Quizás en el fondo, algo enamorada, pero sobre todo por una cuestión meramente práctica de la vida, acabó cediendo al acoso de su cuñado y se casaron en el año 1922. La forma de ser de su marido la encandiló durante los primeros meses pero, poco a poco, comprobó cómo se alejaba más de ella hasta darse cuenta que quizás se había equivocado al contraer matrimonio.

Tertuliano nunca la quiso realmente y sólo su miedo a la soledad y la búsqueda del mejor partido para sus espurios intereses le indujo volver a casarse. El verdadero amor del *tío Morras* fue su primera mujer, cuya pérdida nunca llegó a superar. Posiblemente, por ello, vivió siempre al límite y mantuvo respecto al sexo femenino una torva acti-

tud. Buscaba en ellas cualquier parecido que le recordara a su añorado amor, pero como ello no era posible descargaba en las mujeres toda su ira y desesperación. Al año de casarse montó la primera taberna del pueblo acondicionando para ello la planta baja de su casa que estaba situada en plena calle Mayor. Tuvo un éxito notable, aunque los problemas de la pareja se incrementaron también a partir de ese momento.

A los escasos meses de la inauguración del negocio su impenitente amor al juego, que ya era sobradamente conocido en el pueblo, se hizo todavía más evidente. Fruto de ello sus convecinos comenzaron a llamarle *tío Morras* por el empeño que demostraba en ese pasatiempo. Apodo por otra parte que no le disgustaba en absoluto, aunque prefería que se le dirigiesen por su nombre de pila. Así pasaron los primeros años, su mujer dedicada por entero a la cantina, pues su madre falleció al año de la inauguración y su padre pocos meses después, y él holgando cada día más como un auténtico calavera. Su vida la tenía perfectamente reglamentada. Por las mañanas preparaba la cantina y todas las tardes tenía su partida de cartas al guiñote. La noche era su momento preferido de gloria ya que podía realizar algunas partidas de *morra* y entonces prefería situarse al otro lado de la barra con el consiguiente enfado de su mujer. Pero los buenos tiempos, además de cortos, suelen llegar a su fin cuando uno menos se lo espera.

Últimamente había aparecido otro gallo por el corral de las pependencias y poco a poco le iba comiendo el terreno. Se trataba de José María Cavero, el hijo pequeño de don Romualdo y doña Milagros. Malcriado personaje que le iba superando paulatinamente en todo, lo cual volvía loco de celos al *tío Morras*. Era más joven y guapo y tenía bastante más dinero que él. Llevaba también a cuestras la fama de mujeriego empedernido y mantenía como Tertuliano una actitud ante la vida bastante chulesca y prepotente. Es decir, era una copia perfecta del *tío Morras* pero con la mitad de años y más acaudalado. Al principio todo fue relativamente bien en la relación entre los dos gallitos pues, como bien dice el refrán: *Dios los cría y ellos se juntan*. Siempre que tenían oportunidad acudían a Teruel donde la pareja de balas perdidas se solazaban como sólo ellos sabían. Por supuesto en los últimos meses no podía faltar la visita a una conocida pensión situada en las proximidades de la plaza del Torico, que estaba regentada por cierta *madame* que proporcionaba carne fresca a los turolenses más libertinos. Esta señora disponía en su local de un pequeño elenco de mujeres de

mala nota, entre ellas una conocida como doña Clotilde que ejercía de barragana del *tío Morras* en sus viajes a la capital. Por otro lado, en el pueblo de Monterde de Albarracín era frecuente ver a José María con sus íntimas amistades departiendo en su cantina. Y a última hora de la noche, cuando el alcohol empezaba a hacer estragos y quedaban unos pocos parroquianos, les oían contar sus aventuras sin saberse nunca donde se decía la verdad y cuando empezaban las fantasías.

Tertuliano escuchaba con creciente aprensión las fantochadas que su amigo de correrías comentaba sobre las mujeres. Todo ello le irritaba cada vez más, aunque conviene aclarar que, respecto a lo que ocurría en Teruel, el mutismo era absoluto pues ambos tenían mucho que ocultar. José María a pesar de aborrecer juegos como la *morra* —al que tachaba de soez y propio de gente baja— no dudaba, sin embargo, en jugar cuando el efecto del alcohol ganaba enteros y estaban solos sus amigos con el tabernero. Incluso una noche se atrevió a ganar una *morra* en toda regla al propio Tertuliano. Era demasiado, su endeble amistad fundamentada cada vez más en la desconfianza mutua pendía de un hilo y éste comenzó a romperse.

Un día Tertuliano Sánchez tenía que bajar a una posada de Cella a entregar varios perniles. Le dijo a José María si le quería acompañar y ya de paso acudían a ver a una famosa viuda que con sus dos sobrinas mantenían una pequeña fonda y una fama de fulanas de aquí te espero. José María no se lo pensó dos veces y se subió al carro con él. A mitad de camino llegaron a la paridera del *Meadero*, punto intermedio del trayecto, y aprovecharon para aligerar sus vejigas. El *tío Morras* miró con cierto disimulo a su compañero cuando estaba en pleno desahogo y lo que vio le llenó de espanto. Ya no sólo le ganaba en los juegos y contaba más y mejores batallitas, además su miembro viril era más voluminoso. Esto era demasiado. El resto del camino estuvo poco hablador, pues rumiaba que sus tiempos de campeón barriobajero de Monterde estaban tocando a su fin. De manera que estuvo fumando casi sin parar, empalmando sus cigarrillos de petaca sin dejar que se apagaran en sus labios, como solía hacer normalmente. Y todo ello ante la extrañeza de su compañero de viaje que lo miraba de soslayo sin atisbar a comprender su inexplicable actitud.

Cuando llegaron a Cella acudió a entregar el encargo y, tal como habían quedado, se fueron a matar el hambre a la fonda de la susodicha viuda. Comieron y humedecieron el gañote sin recato como

sólo ellos sabían hacer y una vez ahítos subieron con las dos sobrinas a un cuarto que utilizaban como reservado llevando consigo una botella de aguardiente para seguir la juerga. Y bebieron y bebieron hasta que las palabras apenas se entendían ante el pasmo de las fulanas que observaban atónitas cómo la pareja de monterdinos preferían el alcohol al solaz esparcimiento con sus cuerpos. En plena vorágine etílica sus indecentes bocas seguían brindando por las ocurrencias más soeces y atrevidas que se les ocurrían. Y cuando ya habían acabado con casi todas las patochadas del abecedario José María entre gracioso y mordaz quiso realizar el penúltimo brindis y levantando el vaso dijo:

—Quiero brindar por el tío más cojonudo de Monterde... por el hacedor de los cuernos de muchos hombres del pueblo... por el tío más guapo y agradable que han parido madres. No hay ningún otro hombre en la Sierra que lo iguale ¡por José María el hijo de Romualdo!

Las dos mujeres bebieron y apuraron las copas mientras reían la ocurrencia del joven y se lo comían a besos. Por su parte el *tío Morras* quedó consternado ante lo que acababa de oír, al sonarle todo a rechineo y lo tomaba como una burla personal. A pesar de lo bebido que estaba los gestos de su cara apenas podían disimular su creciente malestar y más desde la maldita parada del *Meadero*. Se llevó el vaso a la boca pero no bebió. Lo inclinó como si fuera a apurar el trago bajando nuevamente la copa mientras pensaba —en medio de su cogerza— la manera de responder la fantasmada de su paisano provocándolo de paso. Entonces, volvió a coger la botella llenando los vasos de las achispadas compañeras de juerga y de su cada vez más aborrecido paisano proponiendo un nuevo brindis:

—Yo también quiero brindar... pero por el único hombre que hay en el pueblo de Monterde... que no tiene que dar cuentas a nadie y que siempre hace lo que quiere y le da la gana con todas las mujeres, casadas y solteras, pobres y ricas —mientras remarcaba la última palabra miraba fijamente a los ojos de su paisano.

Ante la sonrisa burlona de Tertuliano le preguntó José María con la voz entrecortada por los efectos del aguardiente.

—¿A quién te refieres cuando hablas de las ricas? ¿No será por casualidad mi hermana?

—Tú lo has dicho, no yo —respondió el *tío Morras*.

—¿Cómo te atreves borrachuzo de mierda? —dijo José María tirando el vaso al suelo y levantándose de la silla.

—Yo puedo decir lo que me da la real gana y más de Monterde y sus gentes... Sin mí el pueblo no sería más que una puñetera mierda... Hago lo que quiero y si hay fiesta en el pueblo más aburrido de la Sierra es porque yo...

No pudo finalizar la frase por el puñetazo que le dio José María. Cuando cayó al suelo Tertuliano se llevó la mano a la boca y comprobó que sangraba profusamente. Cabreado, se levantó a trompicones y cogió una silla que tiró a su paisano rompiéndosela en pedazos ante los pasmados ojos de las sobrinas de la viuda. Éstas veían impotentes cómo se enzarzaban sus dos atolondrados amantes en una riña feroz donde valía de todo; desde patadas y puñetazos a mordiscos y empujones. Así estuvieron un rato hasta que subieron a separarlos la dueña de la fonda y unos viajeros que allí estaban hospedados. Se interpusieron entre ellos como buenamente pudieron mientras los contendientes se retaban a gritos y amenazaban de muerte. Una vez algo más sosegados el *tío Morras* miró fijamente a los ojos de su paisano y señalándole con el dedo le gritó como si descargara en su timbre de voz toda la rabia acumulada durante los últimos días.

—Tú y yo hemos acabado. No te acerques nunca a mí ni a la cantina porque como te cruces en mi camino te juro por mis muertos que te arrepentirás. ¡Ándate con cuidado!

Y en medio de aquella bronca, José María le respondía:

—¡Tú no sabes con quién te la estás jugando! ¡Esto no ha acabado aquí!

Entonces el cantinero monterdino apartó de un manotazo dos sillas que se interponían en la puerta y salió de la habitación tambaleándose. Bajó por las escaleras y saliendo a la calle como buenamente pudo se subió con muchas dificultades al carro, dirigiéndose hacia el camino de Monterde mientras seguía sangrando por toda su abultada cara. Por su parte, José María estuvo el resto de la tarde acostado en una habitación hasta que acudió el médico a visitarlo. Fue el peor parado de la riña, pues el galeno le diagnosticó una costilla lastimada, grandes hematomas en el antebrazo y magulladuras por todo el cuerpo que hacía necesario un tiempo de reposo. Tertuliano sufrió un corte

en la ceja además de perder un diente y su cara parecía un esperpento por tanta sangre y arañazos como la surcaban.

Cuando el *tío Morras* llegó a Monterde era casi de noche y se fue directamente a su casa dejando el carro en la calle sin guardar siquiera los animales en la paridera. Su mujer le sanó los daños causados en la riña y ella, acostumbrada como estaba a apariciones semejantes, no se atrevió a preguntarle cómo se lo había hecho. Tertuliano parecía un cromo, pero no se quejaba mientras Alfonsina le limpiaba las heridas. Eso sí, de vez en cuando se volvía una auténtica furia y en un ataque de ira despotricaba sin parar sobre su antiguo compadre pero sin dar muchos detalles sobre lo ocurrido. Y cuando ya en plena noche fue a verle don Romualdo Cavero, extrañado por la tardanza de su hijo, no quiso recibirlo y mandó a su mujer a decirle que José María había decidido quedarse en Cella y volvería al día siguiente.

Como no podía ser de otro modo, al poco tiempo se tuvo conocimiento en Monterde de la pelea mantenida y ello fue objeto de numerosos comentarios sobre sus causas aunque nunca supo nadie realmente el contexto real del suceso. Tan sólo que hubo una fea disputa en la fonda después de comer, sin entrar en detalles escabrosos. Días después, todavía la gente seguía discutiendo sobre el caso, según fuese partidaria de uno u otro tarambana. Ya no se dirigieron la palabra nunca más y desde ese momento se juraron odio eterno. Ambos se dedicaron a partir de ese día a intercambiarse la detestable afición hispánica de la calumnia siempre que alguno tenía la menor ocasión.

En la primavera del año siguiente las cosas parecían que se habían calmado algo entre los antiguos gallitos de Monterde. Era como si después de la tempestad sobreviniera una tensa calma a la espera de nuevas manejadas entre los dos botarates. Cada uno de ellos llevaba su vida lo mejor que buenamente podía. El *tío Morras* seguía con su patética misoginia y la persistente mala leche. Mientras que José María, aconsejado por su padre, últimamente se había volcado en la política formando parte de la Unión Patriótica local y cada día que pasaba destacaba más por su carácter pretencioso y artera. Sin embargo, el destino todavía les tenía deparado una sorpresa y ésta no tardaría en llegar.

XXIX

Los personajes más sobresalientes de Albarracín acostumbraban a celebrar cuando llegaba el buen tiempo algunas tertulias en casas de los mayores hacendados donde solían invitar expresamente a las mozas casaderas de la gente importante de la Sierra. A dichas reuniones acudían, por supuesto, los hijos de las familias pudientes y era un punto de encuentro para que se conocieran los jóvenes. En algunas ocasiones se celebraban comidas y todo lo tenían perfectamente organizado. En una mesa se sentaban los padres y los familiares mientras que en las otras dos lo eran exclusivamente para los solteros y solteras. Antes de la comida se servía un aperitivo y era el primer momento del encuentro donde los jóvenes eran presentados. Después de comer solían escuchar música moderna en algún gramófono y algo más distendidos conversaban sobre diferentes asuntos. Todo ello servía para ir conociéndose mejor, eso sí, bajo el estricto control de los padres y la atenta vigilancia de las madres o tías que hacían de *carabinas*. De estas fiestas ya había salido algún que otro noviazgo, aunque para ello era necesario el consentimiento del padre de familia. Años atrás los matrimonios eran concertados por los padres entre aquellas familias de la misma posición social, incluso en más de una boda, los novios se conocieron en las vísperas de la ceremonia religiosa. Ahora, las novedades estaban llegando, incluso a lugares tan tradicionales como Albarracín y la fórmula de las tertulias estaba en boga pues además de funcionar meridianamente bien estaba mejor vista entre los jóvenes. Aunque conviene indicar que el acuerdo de los enlaces matrimoniales no era una costumbre exclusiva de las clases altas pues en todas las escalas sociales —siempre que fueran propietarios y daba igual la cantidad de tierras que poseyeran— era frecuente que sus padres los concertaran entre las familias de su misma posición.

De manera que el domingo día 26 de mayo del año 1929 por el pueblo de Monterde fueron invitados don Romualdo Cavero y su hijo José María a la comida que se iba a celebrar en la casa de uno de los mayores hacendados de la Sierra, don Pancracio Navarro. A media mañana ensillaron sus dos caballos y salieron por el camino viejo de Albarracín. Una vez que llegaron a la capital serrana bajaron de las monturas y subieron a pie por la Cuesta de Teruel en dirección a la plaza Mayor. Ataron los tiros de los animales cerca de los soportales

del ayuntamiento y acudieron al casino “La Amistad” para tomarse un refrigerio y adcentarse antes de llegar a su destino. Una vez reposaron y se asearon continuaron el trayecto hacia el portal de Molina, adentrándose más adelante por la calle de los Palacios, en dirección a la casa del terrateniente, punto y final del viaje.

Ese mismo domingo el *tío Morras* había quedado con un viejo amigo suyo llamado Marcelino Jarque, que tenía arrendada las tierras y la masía de Monteagudo precisamente al tal Pancraccio Navarro. El masovero había acudido a verle a Monterde unas semanas atrás y quedaron en que tenía que llevarle un barril de vino para el consumo de su casa y el *somarro* de dos cabras y varios quesos tiernos que le había encargado el dueño de la hacienda precisamente para recogerlas ese día. Tertuliano, de buena mañana, preparó el carro y los aparejos de la mula atrancando convenientemente en el fondo de la carreta la tina que había elegido su amigo entre las que tenía almacenadas en la bodega. También preparó un paquete y una cesta de mimbre donde colocó el *somarro* y los quesos mientras recordaba la excelente persona que era su amigo Marcelino y cuánto habían disfrutado el día que acudió a Monterde para hacerle el encargo. En esa fecha su amigo se quedó a comer en su casa y ambos se dieron, como tenían costumbre, un auténtico festín del divino zumo de la uva envejecido en unas añejas y curadas botas de vino que multiplicaba su sabor. Contándose batallitas como siempre hacían cuando se juntaban, pasaron la tarde y cuando se despidió el masovero de Monteagudo iba con un chispa de no te menees. El hombre, que era bastante guasón, todo se lo tomaba a broma en cuanto bebía, incluso hacía chistes con su propio nombre. Al encontrarse con sus amigos o cuando se despedía siempre cantaba el mismo estribillo:

*El mejor amante del buen vino soy yo Marcelino.
Y si por quererlo tanto me muero, será que es mi destino.*

Después de casi dos horas de viaje llegaron Tertuliano y su preciado cargamento a la masía de su amigo. Dos perros mastines le dieron la bienvenida, pues la presencia de extraños no era bien recibida en aquella casa en mitad de una pequeña hoyo donde las visitas eran tan escasas. Apareció Marcelino con dos de sus hijos y ayudaron a Tertuliano a bajar el tonel y llevarlo a la bodega. Más tarde, mientras daban cuenta del almuerzo donde no faltó por supuesto una pequeña

cata de la bota de vino, el arrendatario le comentó que tenía que bajar a Albarracín para hacerle entrega a don Pancracio de los quesos y el *somarro*. Le insistió en que le acompañara, pues tenía interés el amo de las tierras de hablar de negocios con Tertuliano. El hacendado llevaba tiempo detrás del arrendatario intentando convencerle para que le sirviera periódicamente piezas de *somarro*. Iba como un pobre desesperado desde que probó el de Monterde y decía que no había catado ninguno igual en toda su vida.

—Puedes hacer negocio con el amo —le comentaba Marcelino—. Entre nosotros, tengo que decirte que es un insaciable tragal-dabas y eso que, de vez en cuando, tiene ataques de gota. A mí siempre me está dando la murga para que le lleve chacina de casa y quesos. Precisamente ahora tengo que llevarle lo que me has traído junto a una cesta de huevos y unos capones que me hace criar todos los años. Vamos, ánimo —le insistía—, antes de que se haga de noche ya verás como estarás de vuelta en Monterde.

—La verdad es que en el pueblo ya está todo hecho y si tu amo quiere hacer negocios conmigo lo menos que puedo hacer es ir a hablar con él —concluyó Tertuliano.

Cargaron el carro del masovero con todos los encargos y, después de cursar las órdenes sobre el trabajo del día a los hijos que allí se quedaban, se dirigieron hacia Albarracín. Casi al medio día llegaron a la mansión que don Pancracio tenía en la calle de los Palacios. Esta destacaba sobre las demás casas del contorno por su bello portal con arco de piedra blasonado aunque el edificio desde afuera parecía no ser muy elevado. Una errónea impresión pues la casa tenía dos plantas más aunque desde la calle no se veían y ello porque el entresuelo estaba situado siguiendo el contorno descendente de la ladera de la montaña. En la planta baja estaba la cocina, un salón comedor, que se utilizaba en los meses de más frío, con una imponente chimenea, el despacho del dueño, una coqueta salita con un precioso piano raramente utilizado y, por último, los lavabos. La primera planta eran las alcobas de la familia mientras que el ático y el primer entresuelo se disponían para uso del servicio. Había otra cocina que se utilizaba durante el estío por estar muy bien situada, aunque resultaba ciertamente incómoda al tener que bajar unas escaleras hacia el segundo entresuelo y disponía de una amplísima terraza con unas vistas magníficas, que daba a la parte posterior de Albarracín.

Don Pancraccio no los podía atender, estaba muy ocupado con otros asuntos, así que les rogó a través de un criado que esperaran en la cocina de verano y, que en el momento que pudiera, les atendería. Allí se quedaron los amigos con las cestas y la caja mientras las cocineras y los criados ultimaban los aperitivos del medio día y guisaban la excelsa comida que iba a tener lugar a continuación. Tertuliano ya conocía el tema de las tertulias y no prestó mucha atención aunque sus ojos se abrieron desorbitados y su corazón le dio un palpito cuando le dijeron que entre los invitados se encontraban unas personas de Monterde; nada menos que José María Cavero y su padre. Frunció el ceño y ya no deseaba conocer tanto al dueño de la casa como salir de allí cuando antes pues no le apetecía para nada encontrarse con su antiguo camarada. Y con tales amistades estaba claro que cuando se enterara don Pancraccio no desearía hacer tratos con él. No sabía cómo iba a responder si los veía y en un acto de rara lucidez pensaba que lo mejor era que este encuentro no se produjera, por lo que pudiera pasar.

La terraza se iba llenando conforme pasaban los minutos y Tertuliano Sánchez observaba a través de la ventana entreabierta de la cocina a un numeroso grupo de jovencitas, bellamente ataviadas, cómo conversaban al fondo de la galería donde un muro de piedra de un metro aproximado de altura las separaba del precipicio y hacía de bello mirador. Desde allí se divisaban los restos del castillo visigodo, la catedral y el palacio episcopal visto desde el noroeste. También se apreciaban los meandros del río Guadalaviar encajonándose entre las montañas y, además, unos pequeños huertos proporcionaban al entorno un bello color verdoso de diferentes tonalidades. La parte de la terraza próxima a la cocina estaba cubierta por un largo parasol de cañizo. Allí se protegían los familiares de las jovencitas sin perderles el ojo, aunque eso sí, lo suficientemente lejos como para no poder escuchar los comentarios que realizaban, además, en baja voz.

Por la puerta que daba a la terraza hacia un lateral entraban los invitados continuamente y el trajín era incesante. Tertuliano se fijó en uno de los grupitos que destacaba, sobre todo, por su indumentaria a la última moda, como había visto en algunas mujeres de Teruel. Estaba compuesto por cinco jovencitas que vestían unos trajes cortos y dejaban ver los tobillos a pesar de estar ceñidos con unas medias. Había tres de esas señoritas que estaban de espaldas a él y portaban sendas pamelas de ala corta. Tenían un refresco entre las manos mientras man-

tenían una conversación con otras dos chicas que estaban sentadas, aunque él no podía apreciar bien sus facciones ya que las que estaban de pie se lo impedían. Absorto en la contemplación, comprobó con una mueca de rabia y asco cómo don Romualdo traspasaba la puerta de entrada en esos momentos y, al instante, su hijo. El padre, tras levantarse el sombrero y saludar a unas señoras que estaban sentadas alrededor de una mesa, se acercó para estrechar la mano de unos conocidos suyos que dialogaban en grupo mientras fumaban unos pitillos. Torció hacia su izquierda pasando por delante de la ventana donde miraba el *tío Morras* al que la intromisión de sus paisanos había despistado la visión de las jovencitas y estaba más pendiente de los pasos que daban que de las piernas de aquellas. Por su parte, a José María se le notaba algo incómodo ya que no conocía a casi nadie de los allí reunidos y miraba a su alrededor los diferentes grupos de jóvenes para ver dónde podía acudir a presentarse. En el momento en que lo vieron entrar se acercó hacia donde él estaba el hijo de don Pancracio. Ambos mantenían una reciente relación al haber coincidido en Teruel con la delegación de Unión Patriótica del partido de Albarracín, cuando visitó la capital el mismísimo Primo de Rivera durante el verano de 1927. Después de saludarse comenzó a hacer las presentaciones con los allí presentes.

En estas estaba cuando Tertuliano pudo contemplar por fin los rostros de las dos jovencitas que estaban sentadas junto al muro que rodeaba la terraza justo enfrente de la ventana de la cocina. Una de ellas iba vestida muy moderna y destacaba sobremanera respecto a las demás chicas de la reunión. Llevaba un vestido con la falda corta que le llegaba hasta los tobillos cubiertos por unas medias de color blanco. Se los podía apreciar perfectamente, pues tenía las piernas cruzadas y estaba inclinada ligeramente hacia delante con los antebrazos apoyados en la rodilla mientras sujetaba un vaso con limonada. Un suéter fino de tono claro cubría su pecho y sobre el mismo sobresalía las facciones de un rostro como no había visto otro en su vida. Tenía el pelo corto como de un chico y la tez extremadamente pálida donde resaltaban unos labios finísimos coloreados de un rojo intenso y los ojos pintados con sombras oscuras que, si bien no eran muy grandes, sobresalían por la palidez de su piel. Al momento, el semblante de la cara de la chica cambió por completo al mirar fijamente al muchacho que acababa de entrar y estaban presentando a los allí reunidos.

Tertuliano apreció el cambio producido en la expresión de la jovencita. Las facciones del rostro de la chica se tornaron afiladas cuando se reincorporó ligeramente y, elevando el mentón, miró al recién llegado haciendo caso omiso a los comentarios de sus compañeras. Sacó la lengua y se humedeció el labio superior con suavidad, lentamente, como saboreando un bocado imaginario que acabaría consumiendo. Pasaron sólo unos breves segundos, pero a Tertuliano le parecieron eternos y en ellos comprobaba alucinado como la transformación de la chica era cada vez más completa. Aquella vampiresa que estaba sentada en la terraza minutos atrás se había convertido en la más pura representación de una serpiente a punto de devorar a su presa. El *tío Morras* era muy ducho en el conocimiento de las mujeres y sonrió con lo que estaba viendo al comprobar que el destinatario de las atenciones de la muchacha era la persona que más abominaba en el mundo. Por su parte, José María no se enteraba de nada y despistado seguía estrechando manos a los presentes en la terraza.

La sonrisa de Tertuliano ante lo que estaba contemplando se tornó sumamente placentera, tanto, que las facciones de su cara se relajaron como si se hubiera bebido varios vasos de vino de golpe después del estrés que había padecido cuando vio a Romualdo y su hijo. La laxitud de su rostro estaba acompañada por un regocijo interno, un gusanillo que desde el estómago se distribuía por todo el cuerpo llenándolo de placer hasta culminar en un éxtasis de felicidad. Esa víbora de lengua viperina era lo mejor que le podía pasar a su odiado José María para acabar de joderle su condenada existencia. Había conocido a muchas mujeres en su vida y sabía de algunos gestos y miradas y los de esa muchacha lo decían todo. Iba a por él, no cabía la menor duda, y en su perfilado rostro podía entrever que acabaría haciendo de su paisano un mero pelele por lo que tendría más fácil recuperar el cetro perdido en Monterde. ¡Vaya maravilloso día y qué vuelco más inesperado acababa de ocurrir! Por fin iba a tener José María el castigo que se merecía. Y eso seguro, pues esta clase de víboras cuando tienen a su presa no las dejan escapar. Inmerso en sus pensamientos apenas escuchó las presentaciones de los jóvenes.

—José María, quiero que conozcas a María Rosario, la hija del ingeniero alemán afincado en Teruel, Otto Schilemann —presentó el hijo del cicerón. El chico alzando la delicada mano de la muchacha la besó mientras le daba el consabido saludo de bienvenida y

los ojos de los jóvenes entrelazaban sus miradas completamente hipnotizados.

Ahí seguía todavía embelesado cuando una mano se posó en su hombro y le hizo girar abandonando la extraordinaria visión de la terraza. Su amigo Marcelino le indicaba que el amo los estaba esperando y no convenía hacerle perder el tiempo pues se le volvía un genio de mil demonios. Después de dejar los capones y el resto de los alimentos en la cocina al cuidado de los sirvientes, salieron los dos de la estancia y subieron al despacho. Allí se encontraba don Pancracio fumando uno de sus habanos de importación todavía con su vitola intacta y removiendo unos papeles en una carpeta encima de su escritorio. El hacendado era tal y como se lo había imaginado el *tío Morras*, gordo, de piel blanquecina, escasa estatura y con una poblada pero cuidada barba.

—Buenos días, don Pancracio, quiero presentarle a Tertuliano Sánchez, el cantinero de Monterde de quien tanto le he hablado.

—Buenos serán si vosotros lo decís —habló sin mirarlos.

Luego, cuando encontró lo que tan ansiosamente estaba buscando cerró la carpeta guardándola en el sinfonier y les pidió que se sentaran. Llamó con una campanita a un criado y le entregó los papeles que tenía en la mano al tiempo que le daba una nueva orden.

—Llévale estos documentos al señor notario y dile que los vaya leyendo, que bajo enseguida —dijo esto y se sentó en su butaca detrás de la mesa de su escritorio. Y mirando a Tertuliano le comentó sin dilación sobre el negocio que llevaba tiempo pensando.

—De manera que eres el cantinero de Monterde. Hace tiempo que quería hablar contigo, estoy interesado en que me sirvas unos dos kilos de *somarro* hecho en tu casa durante todos los meses y además me tienes que bajar los quesos que puedas. Si te parece bien ajustas el precio con Marcelino y se lo llevas a él o lo bajas directamente a Albarracín a primeros de mes. Lo que has traído hoy ya lo arreglarás con él mismo.

—Hablaré con el cabrero de Monterde y le mandaré razón lo antes posible —respondió Tertuliano todavía anonadado por los acontecimientos vividos minutos atrás.

—Pues de acuerdo, así quedamos —acabó de hablar mientras se levantaba del sillón y alargaba la mano para saludarlo, al tiempo que

los despedía y le advertía con una última recomendación—. No me falles, que tengo memoria de elefante para recordar los gustos del paladar y no soporto que me den gato por liebre.

—No se preocupe, don Pancracio, que las cabras para el *somarrro* estarán sanas y en que sea siempre así empeño mi palabra —justificó con seriedad el tabernero—. No se arrepentirá —apostilló.

Los dos amigos salieron de la casa e iniciaron el retorno a la masada de Monteagudo mientras sonreían abiertamente por el acuerdo que acababan de realizar con don Pancracio Navarro, nada menos. Durante el viaje de vuelta fueron hablando contentos del negocio que se les presentaba, no tanto por las pesetas que iban a ganar como por el trato que habían realizado con una de las personas más ricas e influyentes de la capital de la Sierra. Y si bien para Marcelino era un punto a su favor por el servicio que prestaba al tragaldabas de su amo, para el *tío Morras* se trataba de un nuevo cliente en su quimérico elenco de amistades. Cuantos más tuviera de esa categoría mejor tendría cubierta las espaldas si algo se torcía en su atolondrada vida. Incluso, aunque perdiera dinero con el envite, merecía la pena arriesgarse. Y qué decir del susodicho José María que había empezado a cavar su tumba ante aquella moza de sibilina mirada. En fin, cada tonto con su tema. Y así entre cánticos y libando del vino de bota que llevaban escondido en el carro llegaron a Monteagudo ¡qué inesperado y fascinante día, no se podía pedir más!

XXX

Un día cualquiera, cerca del ocaso de la primavera en el año 1929, mosén Rufino abrió los ojos completamente desorbitados en el interior del confesionario de la iglesia parroquial. En sus largos años de párroco en Monterde de Albarracín nunca le habían confesado pecados del cariz que estaba escuchando a su interlocutor. Aquello que oía entraba de lleno en lo más tremebundo que se había producido en el pueblo, como algún que otro amorío fuera de lugar, maridos burlados por sus ardientes mujeres o jóvenes prematuramente lascivos. Aún con todo, lo que estaba oyendo sobrepasaba con creces los pensamientos más impuros por su rayana inmoralidad. Pero además, lo que hacía especial a

esta confesión es que la realizaba alguien del que nunca se hubiera imaginado, ni por asomo, tal comportamiento ya que era uno de los ciudadanos más notables que acudían a la iglesia e hijo de un ilustre vecino. Desde que era tan sólo un niño mosén Rufino le había tenido en gran consideración por la posición social de su familia y la ayuda que ésta prestaba al templo de Dios. Además, y daba fe de ello, era un excelente cristiano y fiel cumplidor de los preceptos de la santa madre Iglesia. No podía ser cierto todo lo que decía el arrepentido penitente —pensaba insistentemente el cura— y le interrumpía una y otra vez para que el joven repitiera lo que estaba confesando, no fuera a ser que la incipiente sordera que padecía le estuviera jugando alguna mala pasada:

—Pero, hijo mío ¿cómo es posible que tú siendo de una buena familia y un cristiano de bien tengas tales propósitos en la vida?

El muchacho azorado y avergonzado le insistía asimismo en todo lo comentado.

—Padre, bastante sufrimiento tengo yo por lo que me está pasando. No se puede ni imaginar cómo lucho con todas mis fuerzas para quitar de mi mente tales pensamientos.

—No habrás hecho lo suficiente —le replicaba el párroco—. En este mundo, el demonio de la carne anda suelto e intenta apartar del camino debido a los hijos de Dios para escarnio de los buenos católicos. Hay que ser fuerte y dominar los pensamientos impuros. Porque tú no habrás hecho nada de lo que avergonzarte ¿verdad?

—No, padre. Por ahora me controlo pero lo que me está ocurriendo es terrible, sobre todo, porque va a más cada día que pasa. De seguir así no sé qué ocurrirá en el momento que me encuentre a solas con esa persona.

El asustado sacerdote se santiguaba compulsivamente por aquello que todavía no había ocurrido pero a tenor de lo que decía el joven podía acontecer perfectamente de un momento a otro.

—A lo mejor todo lo que me estás contando carece de importancia y se trata sólo de pensamientos fortuitos que nuestra mente recoge en un momento de debilidad y luego queda en nada. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Yo quisiera equivocarme padre pero así me ocurrió y así debo de contárselo. Una noche tuve un sueño y en él yo me veía desnudo

abrazando a una persona pero no le distinguía la cara con nitidez pues sus rasgos estaban algo borrosos, como pintados con una tinta que se había difuminado por el paso del tiempo. Y no hacíamos nada malo sólo estábamos abrazados aunque cuando me desperté estaba sudoroso y en medio de mi excitación notaba cómo se me había puesto firme el miembro viril. Este sueño se repitió por lo menos en tres ocasiones pero lo que realmente me ha sobresaltado, y es por lo que he decidido venir a confesarme, es por lo que ocurrió con mi novia. Ya se lo he comentado antes padre.

Y Ernesto volvió a repetir la parte de la confesión que realizara minutos atrás a un asombrado e incrédulo párroco:

—Como le he dicho, habíamos estado en el baile mi novia y yo. Lo pasamos muy bien y disfrutamos de lo lindo. Luego, fuimos a dar una vuelta por los alrededores y acabamos en la era del Medio. Nos tumbamos en el suelo besándonos y acariciándonos. En un momento dado me incorporé un poco para quitarme la camisa y cuando me agaché la cara de mi novia se había transformado en aquella que aparece en mis sueños. Volví a ver ese rostro que me persigue en una constante pesadilla. Pero esta vez sus rasgos no estaban tan difuminados y tal como me acercaba a su inescrutable cara ésta se transformaba con nitidez en el rostro de Rafael e instintivamente le besé en los labios. Mi novia me devolvió el beso, que yo siempre creí que era de él y, al incorporarme nuevamente algo aturdido por lo que estaba haciendo, comprobé que besaba a mi novia pero pensaba en Rafael.

Mosén Rufino le interrumpió intentando dar un sentido diferente a lo que estaba escuchando, al tiempo que se santiguaba reiteradamente, igual que hizo la primera vez que oyó esta parte de la confesión:

—Escúchame, hijo, eso bien pudo haber ocurrido porque tus sueños, que no los puedes controlar, se adueñaron de ti atizados por el demonio que, como te he dicho, siempre está al corriente de nuestras debilidades para llevarnos por el mal camino.

—No, padre, y sabe por qué, pues porque en el momento que vi claramente su cara me complació descubrir que se trataba de él —se explicó entre una mezcla de abatimiento y complacencia—. Fue entonces donde comprendí la excitación que sentía cuando en mis pesadillas me despertaba y notaba una satisfacción interna difícil de

describir. Yo amo a ese ser humano no a un hombre cualquiera. Quiero a esa persona aunque me puedan acusar de sodomita e indecente. Y también sé que no soy ningún desviado y mucho menos un golfo. Sin embargo, no puedo engañarme ni sustraerme a mí mismo y lo que tengo que hacer es enfrentarme a mis demonios, que como bien dice usted, están siempre al acecho. ¿Qué puedo hacer mosén Rufino? —imploró de nuevo el joven solicitando ayuda.

El cura permaneció callado durante unos instantes. Hizo un esfuerzo mental para intentar recordar casos parecidos en el martirologio cristiano pero no atinaba a encontrar la cura demandada por el joven con tanta insistencia. Y no sabiendo qué camino tomar finalmente se decidió por la senda del medio, es decir penitencia, oración, recogimiento y negación de la realidad:

—Hijo mío, ruega a Dios para que te de fuerzas en la lucha contra el mal. Durante dos meses tienes que rezar diez padrenuestros y diez avemarías cada día es la penitencia que te impongo. Cuando tengas pensamientos impuros lucha contra ellos y acuérdate del diablo y las tentaciones de la carne que sufrió Nuestro Señor Jesucristo y otros próceres de la Iglesia. Y como último recurso, cuando te veas débil de voluntad, enfría tus ánimos con agua, refresca tu ardor promiscuo para estabilizar tu mente. Ahora te daré una botellita con agua bendita para que pongas alguna gota en la jofaina de tu lavabo. Ya sabes que una sola gota de este agua es suficiente para que todo el líquido con el que entre en contacto quede a su vez santificado. Además, sería conveniente que no hablaras de esto con nadie e intentes seguir con la relación que mantienes con tu novia. Continúa con ella, háblale de los libros que lees o de poesía, también de vuestra vida futura y déjate querer limpia y castamente sólo así lograrás vencer a tus infames pesadillas. Y en el momento que estiméis oportuno y estéis preparados acudid a mí para que os una en santo matrimonio —luego, alzando la mano y realizando la señal de la cruz, le absolvió de todos sus pecados.

—Ego te absolbo a peccatis tuis. Ego te absolbo in nomine pater et filii et spiritu sancto.

—¡Amén! —concluyó Ernesto mientras le cogía la mano y la besaba.

Las siguientes semanas fueron un auténtico calvario para Ernesto. Cumplió a rajatabla, como buen cristiano que era, la penitencia

impuesta por el cura del pueblo. Pero el recuerdo de su amigo era constante a lo largo del día. Y por las noches el suplicio de las pesadillas volvía de nuevo y se repetía en modos diferentes aunque con el mismo protagonista: Rafael. Dejó de salir a la calle tan a menudo como antes lo hacía para no verse con su amigo del alma, pero todo era inútil, lo tenía siempre presente en sus pensamientos. Ernesto intentaba evocar a menudo el momento en que por primera vez se sintió atraído de manera diferente por Rafael, pero no atinaba a recordar ese instante. Habían sido amigos desde siempre, por una de esas casualidades de la vida que nos marcan el futuro. Ser hermanos de leche les había proporcionado una unión que, si bien no era de parentesco, se le aproximaba mucho. Especialmente porque nunca estuvo totalmente integrado con los miembros de su familia, si acaso con la hermana, pero con nadie más. Su madre, inconscientemente, le dejaba de lado ya que él le recordaba los sucesos que devinieron con la lactancia de su nodriza y el pervertido de su marido y por eso volcaba todo su cariño en el hijo menor. Su padre se había encariñado también con el pequeño José María dejando algo de lado a Ernesto porque su primogénito prefería las lecturas de los libros antes que interesarse por sus propiedades. Tan sólo encontró consuelo y ayuda en su hermana que también se sentía desplazada en aquella casa entre una madre absorbente y un hermano pequeño que los manipulaba a todos sin que los progenitores se dieran cuenta. Por eso, la relación que mantuvo Ernesto con Rafael, los padres de éste y la vieja criada Margarita siempre fue excelente, porque cubrieron un hueco que su auténtica familia no había sabido llenar. Al estar siempre junto a Rafael, su amistad le proporcionaba la estabilidad emocional que le faltaba en su propia casa. En esta relación el que más descollaba era su amigo por su actitud instintiva, valiente y quijotesca mientras que Ernesto siempre quedaba en un segundo plano, pero por propia voluntad. En realidad, formaban un dúo perfecto que amoldaba formas complementarias de actuar ante la vida. Por una parte, esa actitud decidida y en ocasiones excesivamente crédula de Rafael y por otra, la de Ernesto que se podía calificar de clarividente, intelectual e introvertida. En todos los hechos en los que coincidieron a lo largo de su vida Ernesto había visto a su amigo como el líder que él no era. Lo admiraba por todo lo que hacía y que, por el motivo que fuera, Ernesto no se atrevía a protagonizar.

No obstante, existía un momento clave en la relación entre los camaradas y éste hacía referencia al servicio militar. La sensación de

culpa que tenía Ernesto por haberse librado de ir a la guerra mientras que Rafael tenía que bregar en África le había dejado un profundo sentimiento de culpabilidad. Durante los años del servicio no dejó de pensar en él, pero por un motivo puramente humano, no deseaba que le ocurriera ningún percance para no sentirse más culpable de lo que ya se creía. Cuando por fin hablaron después de la licencia del ejército quedó sumamente tranquilo y las cosas entre ambos se aclararon. Pero a partir de ese momento la confusión de sus relaciones con Rafael fue en aumento hasta devenir en las pesadillas que padecía y de las que le resultaba imposible escapar. Y esta fue la manera de cómo pasó de una cierta admiración platónica durante la primera etapa de su vida a la tensión de la carne con sus escarceos oníricos en los últimos años.

Además de los padrenuestros y avemarías mosén Rufino le había encomendado a Ernesto que reforzase su noviazgo con la bella Laura y también se avino a ello. Pero todo resultaba inútil. Sus amigos le notaban raro y distante aunque, como era una situación que se repetía cada cierto tiempo debido a su carácter reservado e introvertido, no le dieron más importancia. Su novia sí que lo veía cada vez más extraño pero pensaba que era una de las consecuencias de la boda que ya habían comenzado a planear para un futuro próximo. Ernesto estaba hecho un verdadero lío y cada vez más enamorado de Rafael aunque, al mismo tiempo, procurando no interferir en su vida pues se le veía muy feliz junto a la agradable Violeta a la que también apreciaba. ¿Qué podía hacer? Pasaban los días y aumentaba su intranquilidad pues ninguno de los remedios de mosén Rufino había dado resultado. Ni sus oraciones a Dios ni los baños de agua fría cuando sus pensamientos se enturbiaban por el recuerdo de Rafael, nada de nada. Y de esta manera, llegó un día en que ya no podía aguantar más y salió a la calle buscándolo para contarle toda la verdad acerca de sus sentimientos. Preguntó por él a Cosme, su padre, y le indicó que estaba en casa de Manuel. Sin demorar más de lo necesario se encaminó hacia allí plenamente resuelto a dar fin al dislate en que se había convertido su vida. Lo sacaría de la reunión con cualquier excusa y le hablaría de sus íntimos pensamientos:

—¡Qué sea lo que Dios quiera! —pensaba totalmente decidido.

Cuando llegó a casa de Manuel lo encontró allí junto a Cándido y otro amigo de la Sociedad Obrera conversando sentados en la

cocina con un vaso de vino en la mano. Entró en la estancia y se integró en la reunión como uno más, tras recoger una silla y acomodarse en ella. Estaban hablando de ir a ayudar al dueño de la casa que tenía que esquilar su rebaño de ovejas junto a unos profesionales que habían acudido del pueblo de Guadalaviar. El ambiente relajado de la reunión rebajó considerablemente el ánimo exaltado de Ernesto y no se atrevió a interrumpirles y, mucho menos, ultimar los propósitos que le habían llevado a la casa del ganadero. Disimulaba todo lo que podía cada vez que hablaba Rafael, aunque se ruborizaba y apenas podía mirarle a la cara. Les escuchó comentar que querían quedarse a dormir al raso cerca de la paridera donde Manuel guardaba el ganado. Entonces, pensó que sería mejor acudir durante esa noche para cenar con ellos y, una vez allí, con cualquier pretexto se alejaría con Rafael por el sabinar y le contaría todo.

Al finalizar la reunión salieron de la casa y se fueron hacia la cantina del *tío Conejos* a echar algún trago, aunque Ernesto declinó finalmente la invitación. Eso sí, les indicó que si todo le salía bien al día siguiente acudiría a la partida de *Escoboso* para cenar con ellos. Cuando se quedaron solos los amigos de Rafael, éste les preguntó si habían encontrado raro a Ernesto y todos le respondieron negativamente. Sin embargo, él si lo había visto mantener una actitud extraña cuando hablaba, en un par de ocasiones sus miradas se habían cruzado y le había notado un rictus embelesado mirándole fijamente a los ojos.

—Serán imaginaciones mías —pensó. Y sin darle más importancia pasó a otros asuntos.

Esa noche Ernesto apenas pudo dormir despertándose varias veces entre jadeos y sudorosos espasmos, pero estaba decidido y no había marcha atrás. Al día siguiente, en la dehesa del sabinar de *Escoboso*, hablaría con Rafael y que él decidiera si esa relación era posible. También pensaba que en caso de aceptar sus propuestas tendrían pocas posibilidades de seguir viviendo en el pueblo y la solución que pensaba era la de irse con él a una ciudad donde nadie les conociera para empezar una nueva vida. Pero no estaba seguro de nada, se sentía culpable cada vez que se acordaba de sus respectivas novias, Laura y Violeta. Menuda jugada les estaba preparando, todo ello le reconcomía el estómago haciéndole sentir muy mal. Especialmente dolorosa le resultaba la situación en la que iba a quedar su novia Laura, una preciosa dama que se merecía todo lo mejor, entre otras cosas, porque era una

mujer sensible y además no tenía culpa de nada. Situación en la que asimismo se encontraba Violeta. Sin embargo, luego pensaba en Rafael y sus aprensiones se disipaban rápidamente con una actitud ingrata y soberbia impropia de su carácter. Había llegado hasta el extremo que el amor que sentía por él estaba transformando su personalidad volviéndolo casi irreconocible. Como apenas pudo dormir durante la noche, el sueño le venció recién llegada la madrugada y logró sustraerse a sus demonios en un profundo sopor que le apalancó en la cama hasta casi el mediodía. Con mejor humor, pero bastante serio, se levantó cuando le llamaron para comer pero apenas ingirió bocado. Seguía estando algo nervioso por lo que iba a hacer y las horas se le hacían eternas. Subió a su habitación y no salió de ella durante el resto de la tarde. No podía ni con la lectura por lo que estuvo dando vueltas y más vueltas dentro de su cuarto pensando en las consecuencias que iban a tener sus actos. Cuando la luz del sol comenzaba a perder claridad bajó a la cuadra y ensilló el caballo de la casa despidiéndose de su familia hasta el día siguiente. Finalmente salía decidido, subido en el sillín a los lomos de la acémila con las ideas claras y totalmente dispuesto a poner fin a sus asuntos. Esa noche acabaría todo y al día siguiente su vida sería totalmente diferente, para bien o para mal, de eso estaba seguro.

Alrededor de una hora más tarde llegó a la paridera de *Escoboso* con los últimos rayos de luz despidiéndose del día y dejando ver en el horizonte unas nubes que no aventuraban nada bueno. Llegó a una pequeña dehesa situada entre la paridera y los campos de labor y se bajó del caballo encaminándose hacia una fogata que se veía en el centro de la misma. Allí estaban todos reunidos alrededor del fuego, Manuel, los esquiladores de Guadalaviar y sus amigos Cándido y Rafael que hacían de improvisados cocineros. El primero había separado algunas brasas de la lumbre y colocado varias patatas para que se asaran dándoles vueltas con un palo al tiempo que las tanteaba. Rafael por su parte había recogido una parrilla y estaba salando la carne que iban a consumir en aquella cena campestre. Ernesto los saludó a todos y preguntó por la faena. Manuel le respondió que casi la tenían acabada, faltaban pocas ovejas para esquilar. Además las lanas ya las tenían dentro de la paridera, apiladas y listas para llevarlas a la cooperativa en los carros que tenían que venir de Albarracín al día siguiente. Luego se dirigió a Rafael brindándose para preparar la cena pero éste rechazó su ofrecimiento con el argumento de la ropa y cómo se le iba a quedar

si trajinaba cocinando. Entonces Ernesto se sentó en el suelo bajo la atenta mirada de su amigo que atónito comprobaba lo extraño que estaba últimamente y cómo había cambiado el rictus de su mirada. Media hora más tarde de su llegada comenzaba la cena sin que Ernesto hubiera visto el momento apropiado para hablar a solas con Rafael. Comían, bebían y reían los allí reunidos bajo una noche estrellada y el buen humor entre los compañeros de fatigas reinaba en toda su plenitud. Sin embargo, conforme iban acabando la cena las estrellas empezaron a desaparecer y las nubes que había visto Ernesto cuando estaba llegando a *Escoboso* comenzaban a adueñarse del cielo.

—¡Mal presagio! —rumió Ernesto mientras miraba a lo alto.

Por si fuera poco los efectos del vino ya empezaban a hacerse sentir y siguieron algunos cánticos y chirigotas en los que no participaba el atribulado monterdino. Su seriedad le impedía acoplarse a sus compañeros y seguía dando vueltas a la manera de hablar con Rafael sin despertar sospechas entre el resto de los presentes. Se sentía como fuera de lugar en medio de los allí reunidos. En un momento dado, con cierto disimulo, se situó al lado de su amigo y quiso comentarle algún intrascendente chascarrillo para ir abriendo camino pero en el momento en que quiso hablar se escuchó el sonido de un trueno en la lejanía.

—¡No fastidies que empieza a tronar! —clamó Rafael.

—¡Espero que no llueva, menuda faena! —protestó uno de los esquiladores.

—No creo que caiga ni una gota de agua, las nubes que aparecían por la tarde eran planas y éstas no llevan agua, solo retumban. Además el ruido se ha escuchado por la parte alta de la Sierra y el aire va hacia el norte. No pasará nada. Ya sabes lo que dice el refrán, *mucho ruido y pocas nueces* —sentenció Cándido.

Manuel por su parte no estaba tan seguro y temía como nadie las tormentas eléctricas desde que su abuelo falleciera alcanzado por un rayo y su padre quedara malparado. Por si acaso, recogió su manta y se dirigió hacia la paridera al tiempo que preguntaba si alguien quería acompañarlo a dormir dentro del recinto. Tan sólo un precavido esquilador siguió sus recomendaciones y le acompañó para acostarse, pues a la mañana siguiente tenían que completar la faena que les habían encargado.

—Prefiero agarrar una mala pulga que un buen resfriado —apuntó riéndose el de Guadalaviar.

Todos los demás decidieron quedarse a dormir al raso junto a los rescoldos de la lumbre y envueltos en las mantas que habían traído. Ernesto se había visto cortado por la intromisión de aquel maldito trueno y, como estaba decidido a hablar con Rafael de la manera que fuera, le imitó decidiendo quedarse a la intemperie. De todas formas si la situación del tiempo empeoraba la cabaña la tenían cerca y no se mojarían.

—Yo prefiero quedarme al raso que meterme dentro de la paridera y llenarme entero de pulgas —comentó Cándido riendo—. Necesitaría bañarme varias veces para quitármelas todas.

El resto asintió con risas el comentario del joven y se fueron acoplando en las mantas alrededor de los restos del fuego. Luego, echaron algunos leños para alimentarlo y, después de darse las buenas noches, se acurrucaron en los improvisados lechos e intentaron dormir. Ernesto se había visto maldecido por los hados y había visto truncada la primera ocasión que tuvo para dialogar con Rafael, pero tal y como se estaban sucediendo los acontecimientos lo mejor era acostarse y esperar el momento adecuado. Pensó que al día siguiente se le ocurriría algo mejor y concluyó que sería apropiado dormir como todos en esa negada noche. Sin embargo, no podía conciliar el sueño revolviéndose una y otra vez entre la manta y sobre todo cuando a los pocos minutos el silencio era roto por los ronquidos de alguno de sus compañeros. Era imposible conciliar el sueño entre los inclasificables ruidos y el recuerdo de los deseos que le habían llevado a ese lugar. No obstante, poco a poco se fue acomodando entre los brazos de Morfeo y acabó durmiéndose durante algunas horas. Pero estaba visto que no podía sustraerse a sus pesadillas y en plena noche tuvo otro de sus accesos despertándose bruscamente sobresaltado y sudoroso. Se reincorporó y miró a su alrededor observando a los durmientes con sus facciones alumbradas por las débiles flamas de la hoguera. A su lado tenía a Rafael, cuyo rostro se veía chispeado por los reflejos anaranjados de la lumbre. La estampa era magnífica tanto que se levantó quedándose en cuclillas y tras comprobar el profundo sopor que padecían el resto de los presentes se le acercó con precaución observándole detenidamente los rasgos de la cara.

—¡Qué hermoso eres! —suspiró para sí— ¡cuánta verdad hay cuando dicen que el rostro es el espejo del alma!

Entonces, se dio cuenta de que un mechón de su cabello se movía revoltoso por la frente entre los embates de una tenue brisa que comenzaba a soplar e hizo intención de recogerlo para impedir que se despertara. En el preciso instante que estaba junto a él tan cerca que casi notaba su aliento y con los dedos tenía asido la rebelde mata de pelo un potente estruendo sacudió la noche cerrada. Todos los presentes se despertaron sobresaltados alzándose al instante. También se despertó su querido Rafael y, con los ojos abiertos a más no poder, miraba asustado la cara de Ernesto a poco más de un palmo de sus narices. A pesar de todo el trasiego a su alrededor éste seguía sosteniendo entre sus dedos el rebelde mechón y continuaba mirándolo con los ojos extasiados como si estuviera en pleno trance místico. Tras el primer instante de aturdimiento e inmóviles como quedaron comenzó a volver en sí y recobró la movilidad poco a poco. Seguían mirándose a la cara los dos íntimos amigos mientras el resto de los presentes recogían apresuradamente las mantas para dirigirse a todo correr hacia la infecta paridera sin percatarse de la escabrosa situación que se estaba viviendo entre los dos amigos. Un segundo trueno aceleró la decisión de los huidizos esquiladores que se tornó ya precipitada. Decididamente habían elegido las pulgas en lugar de los resfriados pero estaba claro que no había opción. Por su parte, Ernesto y Rafael permanecían inertes sin pronunciar palabra, pero tras el primer momento de estupor aquél sin dejar de mirarle a los ojos ni por un instante y con la mirada totalmente arrebatada intentó comenzar un torvo diálogo.

—...Rafael, yo...

El hijo de Cosme abrió todavía más los ojos percatándose de la incómoda situación y por un momento le pareció entender las últimas acciones de su amigo. Y así, en silencio, cerró los ojos y bajando la mirada ladeó la cabeza de un lado a otro como negando en silencio aquello que acababa de intuir. Otro potente trueno resonó en la noche y los paralizó por un instante, sobre todo a Ernesto, más aún con la negativa de su platónico amor. Se alzó apresuradamente y tras recobrar la compostura comenzó a caminar por la senda que llevaba al viejo sabinar haciendo caso omiso a las advertencias de sus amigos y a las constantes llamadas de Rafael.

—Ernesto, ¿qué haces? Vuelve y hablaremos. Está tronando y se va a poner a llover de un momento a otro... Vuelve por lo que más quieras... no tenemos por qué terminar de esta manera. Vuelve, por favor...

Nadie de los que habían estado durmiendo a las afueras de la paridera se enteró de lo que realmente aconteció en aquella tormentosa noche entre los dos íntimos amigos. Por su parte, Ernesto no caminaba hacia el recinto para protegerse, al contrario, andaba como un poseído por la senda que conducía al sabinar. Era noche cerrada, pero los persistentes rayos iluminaban el camino por donde iba el despechado amante. En un momento dado comenzó a correr sin pausa adentrándose en lo profundo del bosque. Iba sin rumbo fijo porque ansiaba escapar de la maldita realidad que le había deparado la noche. Llegado un momento se perdió entre los árboles y, tras un grito mitad rabia mitad lamento, comenzó a llorar como nunca lo había hecho. Y corría y corría mientras las lágrimas surcaban sus mejillas por un alumbrado camino gracias a los relámpagos que disparaban sin cesar aquellas nubes. Los truenos también seguían con precisión matemática segundos después de cada uno de los rayos emitidos desde el cielo, aumentando cada vez más su desconcierto. Dios esa noche estaba tronante y muy lejos de ayudarle.

Tras perderse corriendo por el medio del sabinar llegó a una zona que conocían en el pueblo como el *Bosque de las pesadillas*. ¡Qué paradoja! El efecto de sus propias alucinaciones le había llevado a ese lugar conocido por las formas fantasmales de los árboles que lo poblaban. Sabinas milenarias que se habían salvado de la tala indiscriminada años atrás cuando centenares de ellas fueron cortadas para servir de traviesas a las vías del tren. Habían dejado tan sólo aquellas que no podían ser utilizadas debido a su excentricidad y deforme compostura. Era un bosque maravillosamente diabólico con árboles de troncos retorcidos como si hubieran sido creados tras incesantes tormentos en medio de la agonía. Cuando estaba pronto a desfallecer, el enésimo relámpago iluminó su figura junto a la de una sabina cuyo interior se había consumido, quemado muy lentamente por un rayo, y había dejado tan solo la corteza y las ramas con el color de la ceniza. Si los árboles pudieran tener un esqueleto éste sería uno de ellos o, si tuvieran alma, así serían sus espectros. Ernesto se asustó ante la visión pero estaba decidido a no volver y quería un último milagro del Dios al que

le había profesado su fe durante toda la vida. De la misma manera que los viejos del lugar asustaban a los niños diciéndoles que los árboles de ese bosque tenían esa forma porque eran el reflejo de las atormentadas almas de los condenados, él quería transformarse en una de esas sabinas y morar en ese lugar para toda la eternidad. Cuando más retorcido fuese y, a ser posible como un ánima en pena, mucho mejor, así de paso sería ignorado por los leñadores aunque, ciertamente, su final le traía al paio. Y mientras seguía corriendo, faltándole el aliento, comenzó a llover de forma torrencial, casi de sopetón. No pudo más y a los pies de una imponente y retorcida sabina que por un azar del destino había salido indemne a los avatares del ferrocarril se arrodilló exhausto totalmente empapado y se estiró a lo largo del suelo.

—¡Dios! Si verdaderamente tienes piedad de mí, haz que me convierta en una sabina como las que existen en este bosque —suplicó lloroso.

Y con sus manos intentaba horadar la húmeda tierra para ver si sus dedos se convertían en raíces y el milagro tomaba cuerpo. Pero nada de eso ocurría. La lluvia seguía cayendo y los truenos y relámpagos eran constantes, aunque Ernesto ya no se enteraba de nada pues deliraba, lloraba y reía al mismo tiempo. No se había convertido en árbol y en cambio la locura se había apoderado de él. Cruel e inmerecido castigo para una persona sensible y sentimental como en realidad era. Casi dos horas más tarde lo encontraron sus compañeros completamente calado y tiritando de frío. Había dejado de llover y las primeras luces del alba hacían su aparición por el horizonte en el lejano levante. Lo taparon con una manta y después de buscar un carro lo llevaron al pueblo.

—Pero ¿qué le habrá pasado para hacer lo que ha hecho? —preguntó un esquilador.

—Tuvo que asustarse por los rayos, sin duda alguna —respondió otra voz.

—Seguramente... —concluyó Rafael.

A primera hora de la mañana llegó el carromato a Monterde y Rafael lo dirigió directamente a casa de don Romualdo. Despertaron a sus padres y junto con los criados subieron a Ernesto a su habitación metiéndolo directamente a la cama. Su madre; doña Milagros se

quedó con él mientras José María acudía a la mansión del *tío Chalecos* para llamar por teléfono al médico de Albarracín y de paso acercarse por la casa de su hermana para darle la noticia y ver si podía cuidarlo. También llamó por teléfono a la novia de su hermano que vivía en Orihuela del Tremedal. Ella quiso acudir enseguida a ver al enfermo pero no la dejaron sus padres. Quedaron con su hermano que cuando estuviera en condiciones acudirían todos a Monterde para visitarlo y, mientras tanto, se comprometieron a llamar todos los días para saber la evolución del muchacho. Por su parte, Ernesto seguía inconsciente y con la fiebre altísima. Con paños húmedos y fríos y algo de medicina pudieron controlársela hasta que acudió el médico que le diagnosticó una severa pulmonía para la que recetaba medicina y mucho reposo.

Ante las preguntas del padre sobre lo que había ocurrido durante la pasada noche no había respuestas porque los que allí estuvieron las desconocían y Rafael guardaba un incómodo silencio. Todos en su casa se entregaron a cuidarlo con esmero y él, de vez en cuando, sufría algún arrebato y agitado pugnaba por despertarse pero no hablaba nada coherente y deliraba con frases inconexas y fuera de lugar. Su hermana fue la persona que más tiempo estuvo con el enfermo y en uno de los ataques delirantes del paciente acertó a escuchar una inusual confesión. En ella llamaba insistentemente a Rafael y le declaraba su amor. Adelaida no hizo caso a sus comentarios propios de una mente todavía calenturienta y desvaída pero, cuando horas más tarde volvió a repetir palabras similares, torció el gesto y no dudó en que un criado acudiera a por Rafael.

El hijo de Cosme se había entregado durante los dos días que transcurrieron desde el suceso de Ernesto a recuperar el tiempo perdido en su trabajo con la gayuba. No salía apenas de su casa y la cabeza le martilleaba como nunca llegando a pensar que le iba a explotar de un momento a otro por culpa de sus preocupaciones. No lograba quitarse de su mente lo acontecido durante la maldita noche. Pero ¿cómo era posible? ¿Por qué no se había dado cuenta antes de las intenciones de Ernesto? ¡Y menos mal que nadie más que él se había enterado pues en caso contrario el escándalo habría sido mayúsculo! No sabía qué hacer ni a quién acudir. Y en estas estaba cuando uno de los criados de la casa de don Romualdo le había ido a buscar y le demandaba que acudiera con urgencia a la llamada de la hermana de Ernesto. Se temió

lo peor y dejando de lado el trabajo acudió a la casa de su amigo. Una vez en ella subió a la habitación de Ernesto al que no había vuelto a ver desde que se lo llevara a sus padres dos días atrás pues los *Señoritos* no admitían la presencia de nadie. En el dormitorio tan sólo estaban los dos hermanos y después de saludar a la mujer se acercó a la cabecera de la cama y mirando al paciente preguntó a su hermana por la situación en que se encontraba.

—Va mejorando por momentos, aunque delira constantemente. Te nombra muy a menudo ¿sabes?

—Nos tenemos como los mejores amigos —dijo con naturalidad Rafael.

—No es como un amigo como te nombra —respondió Adelaida con una pizca de mala leche.

Rafael palideció por un instante. Si se descubrían los motivos que habían llevado a ese estado las consecuencias iban a ser tremendas. Pero tampoco tenía derecho a ser quien hablara pues a fin de cuentas había sido un actor pasivo en esta truculenta historia, de manera que le respondió con toda la serenidad que pudo:

—No hables con nadie de lo que diga tu hermano, por favor, y cuando se despierte deja que él te lo explique. Yo también espero que me cuente todo lo que le ocurre.

—Pero ¿es que tú no lo sabes? —preguntó una asombrada Adelaida.

—Te doy mi palabra que no, aunque la intuyo y deseo tanto como tú llegar al final de este asunto. Pero por lo que creo no nos va a gustar. Por favor, te repito encarecidamente que nadie se entere —volvió a suplicar Rafael.

La perplejidad de Adelaida no tenía límites pero conociendo a Rafael sabía que podía confiar en él. Así pues, se despidió del amigo de su hermano después de reconvenirle éste nuevamente que le avisara cuando se despertara.

Al día siguiente Ernesto abrió los ojos y, con la fiebre ya controlada, vio a su hermana que cabeceaba sentada en una silla rendida de cansancio por su permanente vigilia. Quiso levantarse pero como todavía estaba muy débil no pudo hacerlo y volvió a tumbarse mo-

mento en que se despertó Adelaida acudiendo rápidamente a la cabecera de la cama para acariciarle la frente.

—Menos mal que has despertado. Voy a llamar a los padres...

—Espera un momento —dijo con la voz entrecortada Ernesto—. ¿Cuánto tiempo he estado en la cama? —preguntó con cierta prevención.

—Llevas cuatro días postrado con una pulmonía —respondió la hermana—. ¿Qué te ocurrió la noche de la tormenta? No me creo lo que me dijeron tus amigos, eso de que te habías desorientado por los relámpagos y los truenos. ¿Desde cuándo te dan miedo las tormentas? Hay algo que no encaja en esta historia. ¿Y qué es eso que en tus delirios hablabas de Rafael...?

El torrente de preguntas de la hermana ocasionó unos instantes de silencio en los que Ernesto intentó reordenar sus pensamientos y volver cuanto antes a la realidad. Pensó detenidamente si lo mejor era sincerarse con Adelaida y alzando ligeramente la mano le suplicó:

—De eso precisamente quiero hablarte, por favor, no los llares todavía y baja la voz para que no te oigan.

Luego, pidió a su hermana que le colocara otra almohada en la cabecera y ligeramente incorporado comenzó a pedirle explicaciones.

—¿Qué he dicho de Rafael?

—Tú lo sabes bien —dijo ella dando a entender perfectamente la respuesta.

—¿Y qué piensas al respecto? —volvió a inquirir.

—No sé qué pensar, mejor dímelo tú. De primera mano y serena puedo escucharte y luego te daré mi opinión —expuso una expectante Adelaida.

Ernesto le narró, entre alguna que otra rebelde tos, sus atribuladas vivencias de los últimos meses. No escatimó en detalles porque la conocía muy bien y sabía que podía confiar en ella. Se alegró profundamente al saber que nadie más estaba al corriente de los sucesos reales de aquella noche. Su hermana lo miraba entre triste y sorprendida pero le cogía de la mano dándole ánimos y calmándolo cuando algún recuerdo llegaba a provocarle sentimientos de tristeza. Una vez

relatados los hechos de los últimos meses le pidió encarecidamente que le diera su opinión.

—Hermano, sabes que te quiero y que deseo lo mejor para ti. La historia que me cuentas es bella, sinceramente hermosa, pero irremediablemente acabará mal. Tienes una novia que te quiere y os ibais a casar. Por otra parte, Rafael también tiene su vida hecha y si él no piensa como tú lo tienes difícil. Si sigues por ese camino lo harás un desgraciado y además romperás otra familia. Ya no te digo nada del escándalo que se montaría en el pueblo aunque estoy segura que eso te da igual... como a mí. La gente de Monterde es como es y no la vamos a cambiar. Yo en mi huída de esta casa tuve bastante con casarme e irme a vivir con mi marido aunque fuese en este mismo pueblo. Mi fuga no podía dar para más. Sin embargo, tú lo tienes peor porque ¿en qué situación te vas a quedar? ¿Te casarías con una mujer sabiendo que quieres a otra persona? Yo creo que no. Eres demasiado noble para hacer daño a la gente que te quiere. Si te quedas aquí puede que al final se sepa todo... ¡Imagínate lo que puede ocurrir! Los hechos sólo te empujan en una dirección pero tienes que ser tú y solamente tú quien elija qué hacer con tu vida. Quiero que sepas que decidas lo que decidas cuentas con mi total apoyo. Y estate tranquilo, nadie sabrá nunca nada de lo ocurrido, salvo que tú quieras que lo sepan.

Y dicho todo esto se acercó a su hermano y dándole un beso en la frente le conminó a dormirse de nuevo para recuperar cuando antes las fuerzas perdidas. Además el galeno había recomendado reposo y no era cuestión de contradecirlo. Durante la semana siguiente Ernesto estuvo meditando sobre aquello que tenía que hacer. Tenía razón su hermana, su vida en el pueblo ya no tenía sentido y era necesario poner punto y final. Su carácter le había cambiado y un rictus serio con posos de amargura le acompañó desde el momento que se despertó. Tras pensarlo detenidamente decidió que tenía que empezar de nuevo en alguna parte y encontrarse a sí mismo pues en estos momentos estaba totalmente perdido. Sin embargo, nada de lo que hiciera a partir de entonces le iba a resultar fácil. Su primer objetivo era no volver a pisar las calles de Monterde, sabía cómo era la gente y no la soportaba. Siempre se había sentido en su pueblo como un patito feo, incluso había quien le acusaba con burla diciendo que era un intelectual excéntrico hijo de ricos. Especialmente, detestaba ser el centro de atención por su recién conocida inclinación sexual si llegaba a descu-

birse. Estaba hecho un lío, sobre todo, porque desconocía como evolucionaría personalmente. Además, no sabía cómo eran los modelos de homosexualidad que existían en el mundo. En Monterde conocía el caso de un jornalero soltero que movía a risa cada vez que hablaba u otros que vivían por los pueblos del contorno y eran señalados con el dedo para mayor mofa y escarnio. Con esas premisas pensaba que mejor estaría colgado de un árbol que seguir viviendo bajo tales consideraciones.

Y un día, cuando ya no podía soportar más aquella atmósfera viciada que le corroía las entrañas, tomó una de las determinaciones más importantes de su vida. Primeramente durante una mañana hizo venir al pueblo a su novia Laura con la que rompió relaciones ante el disgusto de la pobre muchacha. A pesar de todo, era lo mejor para ella y siendo joven podía rehacer su vida. Pero bastante peor lo llevaron los progenitores. Los padres de la chica se enfadaron, y mucho, pero los de Ernesto le dijeron hasta del mal que tenía que morir. Era una boda pactada a la que habían puesto mucho interés ambas familias. La bronca fue tremenda y eso era precisamente lo que le faltaba para deprimirlo más de lo que ya estaba. Todo ello no hizo sino reforzar la decisión que había tomado e inmediatamente llamó a un conocido de Bronchales para que lo llevara de viaje esa misma noche. La relación con sus padres era imposible y con su hermano José María, inexistente. Más aún, éste veía complacido cómo se iba a quedar de único hijo en la casa si finalmente Ernesto se marchaba como anteriormente lo había hecho Adelaida. Siguiendo con su determinación, por la tarde habló con su hermana largo y tendido sobre todos sus temores y su intención de empezar una vida nueva allende Monterde de Albarracín. Y como punto final le pidió que llamara a Rafael para despedirse de él. Fue Adelaida en persona a casa de Cosme para buscar a su hijo mayor dándole el recado de su hermano.

Acudió Rafael a la casa de su amigo y al acercarse vio a los criados colocando un baúl dentro de un automóvil estacionado en la calle. Al penetrar en la entrada observó el trajín que llevaban en aquella casa con maletas y paquetes y supuso que alguien se iba de viaje. Preguntó por su amigo a una de las criadas y se encaminó hacia su habitación. Allí estaba Ernesto con el semblante grave, sentado en la cama, la cabeza agachada y los brazos cruzados mirando hacia el suelo mientras movía las piernas de atrás adelante en actitud indolente. Después de

los saludos y las consabidas preguntas por la salud de cada uno, Rafael quiso comentarle alguna cuestión pero Ernesto se le adelantó. Con un gesto de la mano llevándosela a los labios le suplicó silencio, aunque todo ello lo hizo sin poder mirarle directamente a los ojos, ya que le era imposible.

—Por favor, Rafael, no hables y escucha lo que voy a decirte. Sobre todo, no comentes nada ni me interrumpas, pues lo que tengo que referir es importante y me gustaría que lo tomaras como mi testamento personal. Antes que nada, quiero que sepas que me voy para siempre de Monterde, nunca jamás volveré a este pueblo. Si quieres saber de mi habla con Adelaida pues será la única persona de mi familia con la que voy a seguir manteniendo relaciones. Por si te interesa me voy a ir con unos familiares que tengo en Barcelona. Pero antes de marcharme quisiera darte algunos consejos —suspiró profundamente y ya totalmente lanzado continuó.

—Aunque no lo creas, ahora comparto tu agnosticismo. Yo no sé si existe Dios, tengo mis dudas, pero de lo que estoy convencido es que los curas no tienen ni idea de lo que ocurre en este mundo, ahí sí te doy toda la razón a los argumentos que siempre has defendido. Pero, por otra parte, tienes que cambiar, Rafael, eres demasiado predecible y muchas personas te utilizan más de lo que crees. Eres un buen hombre y eso precisamente es un gran inconveniente en el mundo en que vivimos. La gente se aprovecha de los individuos como tú y pocas personas son las que merecen la pena ser ayudadas. Cuando menos te lo esperes, todos estos que ahora te dan la palmadita y loan tus aptitudes te apuñalarán por la espalda o te dejarán morir, que para el caso es lo mismo. En cuanto a nosotros no sé qué decirte sobre el amor que siento por ti, supongo que se parece bastante al que os profesáis Violeta y tú. Te puedo asegurar que ha sido tan limpio y honesto como el vuestro. Siempre te he tenido idealizado y en esa relación tan estrecha que hemos gozado a lo largo de nuestra vida casi resultaba inevitable que tuviera el fin que ha tenido. Deseo que seas feliz porque todavía te quiero y por eso me voy de aquí porque en este pueblo me resulta imposible continuar viviendo después de todo lo que ha pasado. El ambiente me resulta asfixiante y cada vez más retrógrado desde que se instauró la Dictadura. Me voy, Rafael, pero antes de salir para siempre de este lugar quiero pedirte un último favor.

—Pídeme lo que quieras.

—Un beso, sólo te pido un beso. Es lo único que quiero llevarme de este pueblo, lo único que merece la pena. Su recuerdo me acompañará a lo largo de mi vida y será el nexo de unión que tuve con la persona que más he querido en este mundo. Sólo te pido un beso..., por favor.

Rafael titubeó durante unos instantes pero finalmente cedió mientras alzaba la cabeza cerrando los ojos y ofreciendo sus labios para complacer a su amigo. Ernesto se acercó a su cara y muy lentamente aproximó sus labios a los suyos uniendo sus bocas durante unos segundos, los suficientes como para hacer valer ese instante por toda una eternidad. Luego se apartó de su amigo y dando un paso atrás se giró mientras recogía el sombrero de un perchero y la chaqueta que estaba doblada encima de la cama. Sus ojos se estaban tornando cristalinos y la boca se le secaba rápidamente pero con toda decisión lanzó su postera despedida sin mirarle tan siquiera a la cara.

—Hasta siempre, Rafael.

Y salió decidido hacia la puerta de su casa mientras Rafael quedaba impávido y de pie en la habitación de su amigo pensando en todo lo ocurrido. Ernesto subió al vehículo que lo estaba esperando en la calle y, aunque era noche cerrada, salía del pueblo en dirección a Bronchales y posteriormente a Barcelona. Desde que subió al coche la seriedad fue la nota dominante y no hizo comentario alguno al chofer, que ya sabía de sobra su cometido. Con todo el aplomo del mundo a pesar de lo acontecido y sin volver ni una sola vez la vista atrás salió de Monterde de Albarracín el día 17 de junio de 1929, Ernesto Cavero, el hijo mayor de los *Señoritos*. Excelente persona, intelectual, escritor en ciernes y amante no correspondido de su mejor amigo. Todo un lujo para los tiempos que corrían, aunque para desgracia suya había nacido en una época equivocada.

Cuando al día siguiente mosén Rufino se enteró de la partida de Ernesto le dolió profundamente no haberse podido despedir de él. Apenas había vuelto a tener relación desde el día que le confesó sus pecados. Al enterarse de que estaba bastante mal y convaleciente de una pulmonía acudió raudo a visitarlo aunque lo encontró dormido y no le pudo hablar. Nunca supo nada de lo que le aconteció realmente a Ernesto en aquella fatídica noche a pesar de que tenía motivos más que suficientes para poderse lo imaginar. Pero en su infinita bondad

siempre creyó que Ernesto se enfrentaría a sus demonios y les ganaría la batalla con la ayuda de Dios. Su feligrés no lo sabía pero desde el día de la confesión mosén Rufino había rezado todos los días por la salvación de su alma. Aunque para desgracia suya o Dios no lo escuchó o estaba muy ocupado en otros asuntos. Eso sí, el buen cura de Monterde podría ser todo lo mojigato que se quisiera, pero era más decente que nadie y el secreto de la confesión estaba a buen recaudo entre sus labios. Sin embargo, la sordera que había comenzado a padecer era el principio del fin de su apostolado en el pueblo. Al poco tiempo otros órganos de su rechoncho y envejecido cuerpo comenzaron a debilitarse. Y un día gris, a comienzos del otoño de ese año, abandonó para siempre este mundo en medio del desconsuelo de sus feligreses. Si preguntan por él les diremos que seguramente estará en el cielo acompañando a los justos y santos varones que hacen el bien en la tierra con sus semejantes, aunque para eso sea requisito imprescindible creer en Dios. Y, como en uno de los ciclos que tan acostumbrados nos tiene la vida, al poco tiempo tomó posesión de su cargo el nuevo cura párroco del pueblo: mosén Pascual. Este personaje era justo la otra cara de la moneda y no tenía más parecido con mosén Rufino en que ambos eran sacerdotes pero... ¿del mismo Dios?

XXXI

A finales de septiembre del año 1930 Rafael daba los últimos coletazos a su trabajo con la gayuba. De manera que se avino a realizar un viaje que tenía previsto desde hacía tiempo al pueblo de Gea de Albarracín. El motivo era la compra de unos recipientes y cántaros que había encargado su madre Enriqueta a los afamados alfareros de esa población. Y como en el pueblo al final todo se acaba sabiendo, cuando algunas vecinas se enteraron de esa visita aprovecharon para hacerle varios encargos. Además pensaba aprovechar el viaje para resolver algunos asuntos que últimamente le estaban ocupando con bastante intensidad. Entre otras cuestiones tenía que acudir al casino republicano de Cella para informarse de las nuevas que la actividad política en unos tiempos de cambio iba deparando. Así pues, el último viernes de septiembre aparejó convenientemente a la mula y la ciñó al carro para el viaje que por fin iba a realizar.

Salió del pueblo a buena mañana y en la parada obligada de la paridera del *Meadero* para dar suelta a sus íntimas necesidades se cruzó con un paisano que venía por el camino de Albarracín a través de la masada de *Toyuela*. La casualidad hizo que se reconocieran como antiguos camaradas, ya que habían coincidido en el casino de Cella en alguna que otra ocasión. Se saludaron y comentaron las novedades de la política de esos momentos y cómo estaba repercutiendo en la capital de la Sierra. Le comentó que el ambiente sindical se estaba moviendo cada vez más y que empezaban a proliferar los elementos anarquistas. Muchos jornaleros de Albarracín ya entroncaban con dicho ideario y estaba gestándose un grupo organizado a pesar de la presión a la que se veían sometidos. Después de algunos minutos de conversación, el albarracinense continuó su viaje hasta Orihuela del Tremedal y Rafael reinició nuevamente la ruta hacia la cuna del río Jiloca. Una hora y media más tarde llegaba a Cella y se dirigió sin más demora hacia el casino para ver si encontraba algún conocido con el que tratar las nuevas de la política ocurridas durante las últimas semanas.

Apenas había personal en el local, pero entre ellas encontró a un viejo combatiente republicano al que todos tenían en gran consideración y conocían como el *tío Castelar*. Se trataba de un personaje único que vivió durante su juventud la experiencia de la primera república española y ahora en sus ratos libres actuaba como conserje, bibliotecario o lo que hiciera falta en el casino republicano. Ese edificio y el anciano estaban indisolublemente ligados al tratarse de uno de los promotores de su construcción que incluso ayudó a realizar con sus propias manos. Pero sobre todo, era un gran comunicador siendo frecuente escucharle relatos, más o menos verídicos, sobre épocas pasadas y que encandilaban a los más jóvenes del pueblo. Se preciaba sobre todas las cosas de haber conocido en Madrid durante el servicio militar al mismísimo presidente de la República don Emilio Castelar, de ahí el mote con el que era conocido en la localidad. Regentaba en Cella un pequeño almacén de materiales de obra al que dedicaba muy poco tiempo ante la desesperación de sus hijos que, por cierto, eran los más afamados albañiles del contorno. Últimamente andaba algo pasado de revoluciones pero a pesar de todo su acertado criterio era tomado muy en serio por sus correligionarios políticos. Ahora, en el declive de su vida, había recobrado una segunda o tercera juventud y clamaba contra viento y marea que una nueva república estaba a punto de caer.

Cuando lo vio Rafael sentado en una vieja silla a la entrada del casino republicano no pudo más que sonreír y se acercó para saludarlo.

—¡Salud y República, *tío Castelar*! ¿Cómo le va la vida?

—¡Salud, hijo! —respondió el anciano—. Cada día lo veo mejor, aunque me gustaría tener menos años y achaques para gozar en toda su plenitud los gloriosos momentos que estamos viviendo.

—¿Qué novedades tenemos? —preguntó Rafael—. No nos hemos visto desde hace meses y ha llovido mucho desde entonces.

—¡Sí! Pero la lluvia era de tormenta y granizaba a raudales —comentó con sorna el viejo republicano.

—Venga pues, cuénteme —le animó el monterdino.

—Fíjate que en unos meses han pasado más cosas que desde la guerra de Cuba —y cogiendo aire para empezar lo que se suponía una larga disertación continuó—. Creo que el régimen tiene las horas contadas y comenzó su fin cuando a primeros de año dimitió Primo de Rivera. Para mí estaba claro que a partir de ese momento se iniciaba un camino sin retorno hacia ninguna parte. Y eso que lo sustituyó otro general, el Dámaso Berenguer, que no se le ocurre otra cosa que intentar volver a la política parlamentaria como si nada hubiera pasado. Pero ¿qué se han creído los militares? ¿Que nos chupamos el dedo! Nos quieren vender esa milonga abriendo ligeramente el puño y permitiéndonos una miaja de libertad. ¡Bah! Ahí está su perdición.

—Yo no estaría tan seguro, *tío Castelar*, aún lo controlan todo —dijo Rafael expresando ciertas dudas.

—No lo creas —insistió de nuevo el cellano—. Están desesperados porque saben que tienen las horas contadas y además no olvidamos los desmanes que han hecho durante todos estos infaustos años. Pero a pesar de todo tenemos que disfrutar del momento. No sé si te dije cuando te vi la última vez que me iba a ir a la conmemoración que se hizo en Teruel de la proclamación de la primera república en el mes de febrero, pues sí, me llevaron mis hijos y no sabes cómo la gocé ese día. Éramos una verdadera multitud. Pero lo mejor de todo vino después, había tanto ambiente revolucionario que a los pocos días se creó una Junta Republicana para reunir a todos los seguidores de la provincia y cada vez somos más, Rafael. Y no sólo nosotros también vienen juntos los socialistas. Venga, ánimo, que el mes que viene van

a dar un mitin en Teruel al que pienso asistir con otros republicanos de Cella. Vente con nosotros y también tus amigos de Monterde. Os llamaremos.

El monterdino no dejaba de sonreír ni un instante. El brío del anciano era contagioso y cuando se enganchaba no paraba de hablar excepto para liarse un cigarrillo de petaca. Lo mejor de todo es que sus predicciones casi siempre se cumplían y si en esta ocasión también estaba en lo cierto el futuro político que se les presentaba era bastante halagüeño. En unos pocos minutos, le había comentado todas las novedades que se habían producido en el ámbito de la política. En el pueblo de Cella estaban mejor informados que en Monterde por varios motivos. Por una parte, gracias a la cercanía de la capital y por otra, porque tenían una de las agrupaciones más numerosas de republicanos de toda la zona. ¡Qué envidia le daba! Después de fumarse ambos el postrer pitillo se despidió del *tío Castelar* y continuó su viaje.

—Que vaya todo bien. Ya nos concretarán algo sobre el mitin de Teruel. Seguro que iremos algunos de Monterde y a mí particularmente me apetece tanto que si es preciso acudiré solo —se despidió el monterdino.

—Cuenta con ello y adiós, Rafael. ¡Salud y República!

—Hasta siempre, *tío Castelar*. ¡Salud y República!

Rafael se subió al carro y continuó su camino hacia la población de Gea para cumplir con el encargo que le habían hecho algunos vecinos del pueblo. Lo hizo con cierta celeridad pues, entre unas cosas y otras, se había demorado en exceso. Una vez hubo enlazado con la carretera que llevaba desde Teruel hasta Albarracín pasó junto a la *Venta del Ratón* e hizo un alto en el camino para cambiar impresiones con los dueños, antiguos conocidos suyos. Esta posada estaba situada al borde mismo de la carretera y era famosa en el contorno porque era el inicio de una cañada de trashumancia. Dicha vereda conocida como la *Cañada de la Venta*, recogía los ganados de la parte baja de la Sierra y de la cabecera del Jiloca y discurría a través del término de Gea hacia Jabaloyas para adentrarse más abajo en la provincia de Valencia. No era de las rutas más transitadas de la comarca pero Rafael conocía también a varios pastores que por esas fechas se reunían en la Venta y comentaban las expectativas de la trashumancia de cada año. Y don Hilario, uno de los mayores ganaderos de Monterde, le había pedido

el favor de que si pasaba por allí preguntara a un veterano pastor, que había sido mayoral de sus ganados años atrás, sobre una cuestión de los pastos de verano en el *Reino*. Habló con su amigo, el dueño de la Venta, y comprobó que la reunión todavía no había tenido lugar y lo sería algunos días más tarde. Entonces, continuó su marcha hasta Gea de Albarracín dirigiéndose sin más preámbulos a la alfarería de los hermanos Gómez, su destino final en la tarea de ese día. Una vez allí, le atendió la mujer del alfarero mayor y cumplimentó el pedido. Sin embargo, no disponían de algunos cántaros con las medidas que llevaba anotadas Rafael y quedaron en que pasaría unos días más tarde para recogerlas. Mientras la dueña estaba sacando las cuentas comenzó a oírse las campanas que tocaban a muerto, paró durante un instante y estremeciéndose levemente exclamó mientras se santiguaba:

—Pobre Segismundo ¡cuántas pruebas nos hace pasar Dios en este valle de lágrimas!

—¿Has dicho Segismundo? —respondió Rafael—. ¿No será por casualidad el marido de Concepción, la familia que vive en la masada de *la Golleta*?

—Sí ¿es que acaso los conoces? —inquirió la mujer.

Y, tras unos segundos de silencio, cayó en la cuenta que su interlocutor también era originario de Monterde, como el difunto. Rafael quedó como petrificado durante unos instantes al oír el nombre del fallecido pues conocía perfectamente a esa familia y guardaba muy buena relación con ellos. Y especialmente con Concepción que, además de amistad, le unía un lejano parentesco. El monterdino preguntó tartamudeando todavía por la impresión:

—¿Cuando falleció?

—Ayer por la mañana temprano. Lo van a enterrar esta tarde —concluyó la mujer del alfarero.

Entonces Rafael, apesadumbrado, le comentó que le gustaría acudir a la masía para acompañar a la viuda en tan doloroso trance y que si no tenía inconveniente dejaría el carro en su corral y subiría a lomos de la mula. Ensilló al animal con los aparejos que le prestaron en la alfarería y se dirigió sin demora a la masada. Cuando casi una hora más tarde el monterdino llegó a *la Golleta*, el panorama que vio era desolador. En la entrada a la casa había un nutrido grupo de perso-

nas que comentaban con sentimiento el fatal desenlace del pobre Segismundo. Se trataba de alguno de sus hermanos que vivían en Albaracín a los que había ido a llamar José, el hijo mayor. El resto eran unos vecinos de Gea que conocían al matrimonio y varios arrendatarios de las masadas próximas. Alguno de esos hombres estaba de pie conversando con un vaso de licor en las manos y otros sentados cariacontecidos a lo largo de la entrada de la vivienda. Encima de una mesa había dos botellas de aguardiente y además una bandeja con dulces caseros. Rafael los saludó y uno de los presentes le ofreció un vaso de licor que el monterdino declinó con deferencia. Escuchó algunas lamentaciones y girándose comprobó que procedían de un cuarto próximo. Se asomó a la habitación y vio al difunto encima de la cama rodeado de varias mujeres que sentadas a su alrededor sollozaban continuamente y otras hablaban con aire lastimero. Observó además que dos de ellas llevaban sendos rosarios entre sus manos mientras rezaban en baja voz. Entre todas las personas del recinto comprobó que no se encontraba Concepción y preguntó por ella a las presentes. Le dijeron que había subido a la habitación para mudar a los hijos pequeños y que no tardaría mucho en volver. Apenas había oído el comentario cuando escuchó que le llamaban por detrás. Era la viuda que acababa de bajar y como no podía controlar la emoción del momento lloraba amargamente.

—¡Has venido, Rafael! —exclamó Concepción.

Iba vestida de riguroso luto con un pañuelo anudado al cuello. Al tiempo que lo saludaba se secaba las lágrimas que copiosamente surcaban un rostro ya de por sí notablemente envejecido por la lucha continua de tantos años y el dolor de las últimas horas.

—Para esto están la familia y los amigos —respondió con total convicción—. Me he enterado en Gea y he venido lo más rápidamente posible. Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo ha sido? —dijo esto mientras se acercaba a la mujer y la abrazaba dándole el pésame.

—Vayámonos fuera, necesito que me dé un poco de aire —indicó Concepción.

Una vez salieron de la casa la viuda, que no dejaba de sollozar, le comentó:

—Mi marido últimamente estaba muy mal. Ya sabes que se le había producido una infección al poco tiempo de cocearlo la maldita

mula el año pasado. Conocíamos a un curandero que le dio unas hierbas y unos potingues, pero se ve que no fue bastante y la mandíbula de vez en cuando le avisaba que no estaba curado. Y llegó un día en que la fiebre no se le bajaba cambiándole hasta el color de la cara, entonces nos dimos cuenta que ya era demasiado tarde para ir a buscar la ayuda de los médicos.

Y la pobre mujer seguía llorando desconsoladamente mientras maldecía la mala suerte que había tenido su marido, ahora precisamente, cuando les iban tan bien las cosas después de los terribles años que habían pasado en Monterde. Al momento en un acceso de amargura comenzó a gritar e instantes después gemía con enorme tristeza.

—Y ahora ¿qué será de mi familia? —decía esto y se golpeaba la cara con las manos abiertas, repitiendo una y otra vez completamente obsesionada, mientras gritaba y lloraba al mismo tiempo—. ¿Qué será de nosotros... qué será de mi familia?

Rafael intentó tranquilizar a la pobre mujer y le paró las manos para que no siguiera castigándose el rostro con tanta saña, luego, la cogió por los hombros mientras le daba unas palmadas intentando animarla.

—No pensé que estaba tan mal Segismundo. De haberlo sabido habría venido antes y os habría convencido para que viniera a visitaros un médico —intentó excusarse como si se reprochaba por no haber intervenido tiempo atrás—. La última vez que lo vi fue a mediados de diciembre en Teruel. Entré a una tienda en la plaza del Torico y allí estaba comprando dulces. Le pregunté cómo estaba y me dijo que bien. Lo vi con buen ánimo y me comentó que les iba a llevar un regalo a sus hijos y que también iría a ver a Eleuterio, pues pensaba llevárselo de nuevo a la masía sacándolo del reformatorio.

Cuando oyó Concepción el comentario sobre su difunto marido rompió nuevamente a llorar. La emoción y los recuerdos la embargaban otra vez.

—¡Pero qué buena persona era! —dijo intentando reponerse—. El año pasado tuvimos una gran cosecha y las cosas nos fueron de maravilla. Él, a pesar de sus dolores, se empeñó en ir a Teruel y cuando vino trajo un enorme paquete que abrió en la mesa para todos sus hijos. Estaba realmente emocionado y mientras extraía su

interior les decía que cogieran y comieran hasta saciarse pues era unos dulces valencianos realizados con miel y almendras que llamaban turrón y se lo comían las familias ricas. Segismundo no se cansaba de repetir a todos sus conocidos que sus hijos era el mayor tesoro que tenía en el mundo. Los críos abrieron los envoltorios boquiabiertos y asombrados pues no conocían esos dulces, era la primera vez que los comían, como yo. Esas navidades fueron las mejores de nuestra vida.

—Y hablando de tus hijos ¿dónde están que no los he visto? —preguntó.

—He mudado a los pequeños y los tengo todos juntos en la sala de arriba. No quiero que les afecte más de lo necesario la muerte de su padre. Así que cuando menos estén con el barullo del entierro mucho mejor. Los mayores lo acompañarán a Gea.

Rafael conocía las circunstancias del matrimonio de Concepción y Segismundo e intuía que la muerte del padre iba a trastocar a la familia de una forma radical. Se trataba de dos personas que se habían casado después de haber enviudado años atrás pues sus respectivos cónyuges —que además eran hermanos— murieron por la epidemia de gripe que asoló Monterde en la primavera del año 1919. Cada uno de los cuñados aportaba varios retoños de su anterior matrimonio y además, tuvieron otros tantos. La criatura más pequeña de todas tenía ahora cinco años y la mayor veinte. En estos momentos, eran en total once hijos aunque en realidad solo diez seguían en la masía ya que una niña se encontraba viviendo en Monterde con unos tíos suyos. Los hijos del matrimonio tenían en realidad tres orígenes diferentes. Rafael preveía problemas pues uno de los grupos, el más numeroso, compuesto por los cinco hijos del primer matrimonio de Segismundo se había quedado sin sus dos progenitores. La muerte del padre había sido la espoleta del final de la familia, ya de por sí problemática por el origen de cada uno de ellos, pero, sobre todo, por la carencia de bienes materiales con los que afrontar el día a día. En realidad, la vida que habían tenido en la masada había sido un auténtico oasis en el desierto de su pobre y —en demasiadas ocasiones— miserable existencia.

Seguía hablando con Concepción cuando divisaron a lo lejos un grupo de gente que se aproximaba a la masada y Rafael apreció que, entre los visitantes, figuraba un cura y dos monaguillos, uno portaba la cruz y el otro hacía sonar una campanita de vez en cuando. Se vol-

vieron hacia la casa y comprobaron que los niños bajaban por la escalera corriendo para abrazarse a su madre. Ella reprobó a los mayores que los hubieran dejado marchar de la habitación pero se disculparon con la excusa que no los habían podido retener por más tiempo, nerviosos como estaban. Entonces, mientras Concepción se quedaba afuera esperando la llegada del cura y los visitantes, Rafael se dirigió hacia la casa. Al ir a entrar en ella comprobó que la ruptura de la familia comenzaba a ser ya un hecho consumado y los veía divididos en tres grupos.

Por una parte, los dos hijos de Concepción y su primer marido, que ya eran unos adolescentes, susurraban entre ellos en baja voz caminando hacia fuera del recinto de la masada. El otro grupo mayoritario compuesto por los cuatro hijos que vivían con Segismundo y eran de su primera esposa —también adolescentes— lloraban desconsolados en el patio de entrada a la casa. Rafael atinaba a escuchar entre sus comentarios el nombre de su otra hermana ausente y la echaban de menos. Por último; los cuatro más pequeños, que eran los hijos propios que habían tenido Concepción y Segismundo con edades comprendidas entre los cinco y los nueve años andaban como perdidos entre las personas que pululaban por la vivienda.

Entonces Rafael vio que una mujer comenzaba a llamar a los más pequeños y los llevaba a regañadientes de la mano hacia el interior de la casa. Se acercó y comprobó atónito cómo empujaba a los chicos hacia la habitación donde descansaba el cuerpo inerte de Segismundo. Aceleró la marcha para ver qué pasaba pero prudente como era no se atrevió a protestar para no interferir en los temas internos de la familia. Entonces, aquella señora vestida también de escrupuloso luto le indicó a cada uno de los pequeños que se acercaran hacia su padre y lo besaran. Los cuatro lloraban y pateaban por el miedo que les daba aquella persona a la que no reconocían como su padre pues la transformación sufrida desde su muerte el día anterior le hacía prácticamente irreconocible para sus infantiles ojos. Segismundo estaba tendido sobre la cama como si estuviera plácidamente dormido pero su tez se había vuelto extremadamente blanca y el pañuelo que le recogía el mentón lo tenía anudado encima de la cabeza, lo cual le confería un aspecto inquietante. Además, una gran mancha se percibía entre la mandíbula derecha y el oído en la que se podía apreciar perfectamente las consecuencias del proceso ulceroso que había acabado con su vida. Y por si

todo esto fuera poco, los humores del difunto impregnaban la habitación, a pesar de las velas y las ramitas aromáticas que se habían colocado. Ello y el murmullo de las mujeres que hacían de plañideras sobrecogía todavía más el ambiente. Uno a uno los pequeños acudieron a este macabro ritual entre sollozos, con algún breve amago en salir de estampida y, después de besarlo, se escaparon como una exhalación de la vivienda. Se fueron con inusitada rapidez a refugiarse al cobertizo abrazados con la hermana mayor y única mujer entre el grupo de hermanitos que parecía la más entera de todos. El resto de los hijos fueron acudiendo por grupos a dar el último adiós a Segismundo y cuando salieron de la habitación siguieron manteniéndose separados cada uno del resto.

Mientras tanto, el cura llegaba donde estaba Concepción y le daba el pésame pidiéndole resignación ante los designios del Todopoderoso y que redoblara su amor a Dios pues nos ponía a todos a prueba en cada acto de nuestra vida. Cuando escuchó esas palabras la viuda no pudo reprimir tanta amargura y le increpó al cura que no tenía que agradecer nada a Dios pues se había llevado a sus dos maridos y había destrozado a su familia. Como Rafael conocía la vena de Concepción se acercó al oírle hablar de una manera tan poco convencional para los momentos que se estaba viviendo. Se había formado un corrillo entre los recién llegados con el párroco y la viuda en el centro del mismo. Apartó a las personas que le cerraban el paso recogiendo por los hombros a su pariente y amiga e intentando calmarla. Lo consiguió a duras penas aunque seguía protestando y la acompañó hacia la casa mientras el cura les seguía con la vista, inmóvil y sorprendido por la actitud de la mujer.

Al acercarse a la vivienda vio cómo uno de los visitantes que acababan de acudir se dirigía hacia el grupo mayoritario de los hijos de Segismundo y rodeaba con sus brazos a la hija mayor. Ésta lloraba como una magdalena y abrazaba al varón con profundo sentimiento. Concepción le dijo a Rafael que hiciera el favor de cuidar a sus hijos mientras el dichoso cura realizaba su tarea. Estaba decidida a no darles más disgustos ni iba a permitir que vieran de nuevo a su padre pues ya habían tenido bastante por ese día. Le hizo caso y, como vio que los dos hijos mayores de Concepción acudían al cobertizo donde se habían refugiado los pequeños, se fue a saludar a los hijos de Segismundo y al recién llegado. Les dio el pésame uno a uno, pero comprobó al mismo

tiempo que estaban completamente anonadados por los acontecimientos. Sus edades oscilaban entre los trece y los veinte años y realmente el futuro que se les presentaba era de lo malo lo peor.

La muerte de su padre había representado el fin de la unidad familiar y entre ellos estaban hablando de lo que iban a hacer en adelante y lo que tenían claro era que no pensaban volver a Monterde. Los más jóvenes comentaban que querían irse a trabajar de pastores a Cella. El mayor de todos sí quería volver al pueblo pero se iría a vivir con unos parientes suyos donde ya tenía a una hermana acogida desde hacía cierto tiempo. Y la única mujer del grupo que tenía veinte años estaba sopesando la propuesta del mozo que la había visitado —su novio— de formalizar el compromiso y casarse. Todo menos volver a Monterde donde, como insistían una y otra vez, ya no tenían nada que hacer. A Rafael en un principio no le pareció bien la idea de la chica, tachándola de precipitada, pero tal y como hablaba con el joven cambió completamente de opinión. Éste era algunos años mayor que ella pero su manera de expresarse y sus ademanes le hacían parecer una persona cabal, sensata, con una madurez casi impropia para su juventud. Congeniaron los dos desde el primer momento y, ciertamente, no se equivocó en su apreciación. Al poco de las presentaciones, los hermanos le comentaron al novio de su hermana que siempre se habían llevado de maravilla con Rafael y debido al ascendiente que éste tenía con Concepción era la persona indicada para hablar con ella en el caso de que pudiera poner pegos a su pretendida unión. Rafael se dedicó a hacerle varias preguntas sobre su vida y la de su familia y si disponían de tierras para poder llevar adelante una casa. El descubrimiento del mozo y lo que podía representar en la vida de la hija de Segismundo fue lo mejor que apreció en aquel terrible día. Cuando finalmente la pareja le pidió el favor de interceder por ellos a Concepción, Rafael se comprometió sin dudarle aunque le comentó que en una semana tenía que volver a Gea y le gustaría hablar con los padres del mozo. Ambos sellaron el acuerdo con un sincero apretón de manos y Rafael supo desde ese instante que no se equivocaba y que, en la desgracia vivida por la chica, al final del túnel se percibía una esperanzadora salida. Los dejó a todos juntos hablando de sus planes para el futuro y acudió al cobertizo donde se habían refugiado todos los hijos de Concepción.

Cuando estaba llegando salieron los dos mayores; una chica y un chico de diecisiete y dieciséis años respectivamente, les saludó dán-

doles también el pésame. Les preguntó qué pensaban hacer y le respondieron que por ahora querían acudir a Monterde con su madre, pero que según fueran las cosas verían lo que harían en adelante. Los cuatro más pequeños se encontraban ya más calmados, después del susto que habían pasado cuando les obligaron a dar el último beso a su padre. Estaba Rafael hablando con los pequeños cuando oyó un murmullo de voces y comprobó que comenzaba a salir una comitiva de la casa con el cura y los monaguillos a la cabeza. Entre cuatro personas llevaban a hombros el cuerpo de Segismundo dentro del ataúd, le seguían la viuda y a continuación los parientes más próximos del difunto. Concepción hizo una señal a los hijos de su marido y acudieron todos a incorporarse a la comitiva. Por otra parte, los hijos mayores de Concepción y los más pequeños se quedaban en la masada tal y como había programado la mujer horas antes. Y Rafael cerraba el grupo caminando pensativo mientras llevaba el tiro de la acémila cogido por la mano. El silencio de la marcha tan sólo era interrumpido por el sonido de las campanillas que hacía sonar el monaguillo y algún que otro quejido lastimero que salía de la garganta de la pobre viuda.

Mientras los dos hijos mayores penetraban en la casa los cuatro pequeños acudieron en tropel hacia una gran roca que, en forma de atalaya, dominaba el camino que enlazaba la masada y Gea de Albaracín. Desde allí se divisaba la comitiva que caminaba en una formación de hilera e iba serpenteando por la senda que conducía hacia el pueblo. Los pequeños se habían quedado solos y volvían a llorar desconsoladamente mientras la hermana mayor los abrazaba e intentaba sin éxito que se calmaran. Ella, que contaba con nueve años y el hermano que le seguía con ocho, tenían cierta conciencia de lo que estaba ocurriendo. Pero los más pequeños de seis y cinco estaban tremendamente asustados y no comprendían prácticamente nada. Especialmente el más pequeño que se encanaba llorando por el disgusto que llevaba y sorbía los mocos continuamente en medio de un prolongado ataque de hipo. En otros momentos, se agarraba con firmeza a la falda de su hermana y cuando veía a ésta llorar o poseída por un sentimiento de enorme tristeza nuevamente volvía a encanarse el pobre mocososo. Al momento, el aire comenzó a soplar recién iniciada la tarde y movía a los pequeños que se agarraban entre ellos intentando anclarse en la piedra como si formaran parte de un grupo escultórico tallado en la misma roca. La brisa constante movía sus cabellos y secaba sus lágrimas dejando surcos impresos a modo de caminos que poblaban sus mejillas.

Seguían con la mirada fija en la comitiva, quizás esperando el postrer milagro que nunca acababa de llegar. Que su madre diera media vuelta y volviera a recogerlos en su regazo. O que su padre despertara definitivamente del profundo sueño que lo tenía postrado para jugar con ellos. Y todos juntos, alrededor de la mesa, devorando una fuente repleta de los sabrosos turrone, como en las pasadas navidades.

Pero nada de eso ocurría. Los hermanos pequeños seguían encima de la imponente roca, con la mirada fija en aquella comitiva que, a modo de fúnebre procesión avanzaba lentamente a través de la senda. Y mientras iban pasando los minutos, ellos seguían llorando apretujados y temblorosos, observando cómo el ataúd de su querido padre se iba perdiendo poco a poco en la lejanía del horizonte. El viento persistía y golpeaba sus afligidos ojos cada vez con más insistencia, como si intentara borrar de su mirada la patética escena que estaba teniendo lugar. Continuaban con sus sollozos al pie mismo de la atalaya cuando los componentes de aquella tétrica romería dejaron de verse entre las sombras de los árboles próximos al río Guadalaviar. Entonces, se decidieron a bajar dirigiéndose a la casa en busca de los dos hijos mayores de Concepción que se habían quedado al cuidado de la hacienda. El ambiente en el interior de la vivienda seguía siendo de enorme tristeza y no se atrevían a hablar, ni tan siquiera los más pequeños. Todos ayudaban en lo que buenamente podían adecentando las habitaciones a la espera que volviera su madre y ver qué les deparaba el incierto destino. Sus incipientes vidas habían sufrido un quebranto emocional del que sólo el paso de los años ayudaría a superar.

Una semana más tarde, volvió Rafael a Gea de Albarracín para recoger los restos del pedido realizado a los alfareros del pueblo. Igual que la vez anterior, a su paso por la *Venta del Ratón*, habló con su amigo el posadero y esta vez sí pudo contactar con el pastor trashumante que tenía allí hospedado. Le preguntó por los asuntos que le había encargado el ganadero de su pueblo y, conocidas las respuestas, volvió con cierta prisa hacia Gea. Tenía mucho interés en visitar a su medio pariente y amiga Concepción y conocer las nuevas que le habían deparado. Recogió en casa de los alfareros las piezas que le faltaban y, volviendo a dejar el carro en el corral, partió a lomos de la mula hacia la masada de *la Golleta*.

Antes de salir del pueblo se dirigió primeramente a la casa del novio de la hija de Segismundo, como le había prometido una semana

antes. Entró en la vivienda y estuvo un buen rato hablando con su padre, ya que el muchacho se encontraba ausente trabajando en unos banales próximos al río. Cambió impresiones con sus progenitores y comprobó que la primera y excelente impresión que tuvo del joven cuando lo conoció era aplicable a sus padres. Éstos le dieron toda clase de explicaciones sobre lo que pensaban de la boda y le aseguraron que además estarían pendientes de los jóvenes para que no les faltara de nada y, aunque no eran ricos, poseían las tierras suficientes como para poder vivir sin problemas. Todo lo que vio y escuchó Rafael le pareció de maravilla y, aunque apenas hablaron de Concepción, comprobó que respecto a la joven las cosas se estaban haciendo correctamente. De manera que les dijo que por su parte hablaría con la viuda y, llegado el caso, intercedería por la unión. Se despidió del matrimonio y volvió a coger el camino de la masía. Casi una hora más tarde llegó a la vivienda y se extrañó de ver poca actividad por los alrededores. Ató el tiro de la mula en una argolla de la fachada y penetró en la casa que tenía la puerta entreabierta llamando a Concepción. Instantes después bajaba la mujer que estaba trajinando en los pisos superiores seguida de los hijos pequeños. La viuda estaba seria y su rostro era la viva muestra de los intensos momentos vividos desde hacía varios días. Se abrazaron dándose un par de besos y Rafael le preguntó cómo le iban las cosas.

—¡Mal! —respondió. Y tras dar un profundo respiro continuó—. Si te digo la verdad estoy muy cansada de luchar y si sigo adelante es únicamente por mis hijos.

—Pero... ¿Ha pasado algo? —preguntó expectante.

—Muchas cosas, Rafael, muchas, y a cuál de ellas peor —respondió.

Luego mandó a sus hijos que se fueran a jugar al cobertizo y a la hija mayor que los vigilara pues tenía que hablar con su paisano. Le pidió que la siguiera y se sentaron en el poyo de piedra que tenían adosado en la fachada de la casa a ambos lados de la puerta. Una vez allí Concepción resignada y abatida comenzó a darle las noticias que le demandaba el visitante.

—Mi familia se ha hecho añicos, Rafael. Los hijos de Segismundo se han ido a Cella buscando trabajo, aunque el mayor quiere irse a vivir con su hermana pequeña y unos tíos suyos que, como sabes,

viven en Monterde. La hija mayor de mi difunto marido quiere casarse con un mozo de Gea y, por lo que yo sé, es una buena persona y pertenece a una excelente familia. Por mí, ya está todo dicho... Además, se ha quedado en la masada para ayudarme en lo que pueda y eso es de agradecer. La tengo arriba en las habitaciones recogiendo los bártulos.

Decía esto Concepción y se le notaba cierta amargura. Rafael le comentó entonces que había acudido a conocer a la familia del novio y le habían parecido buenas personas por lo que en ese aspecto podía quedarse tranquila.

—¿Y qué vais a hacer tú y tus hijos? —volvió a inquirir su paisano.

—Pues mira, no nos queda otro remedio que volver a Monterde —dijo mientras suspiraba resignada con enorme decepción—. De todas formas, no lo haremos todos pues a mi hija mayor se la quieren llevar a Nules con otra chica del pueblo de Gea para servir de criada en la casa de unos señoritos. Lo más seguro es que la llamen en cualquier momento. Y el mayor de mis hijos pequeños, aunque sólo tiene ocho años, se lo quiere llevar la familia del novio de la hija de Segismundo. Me dicen que mientras crezca estará con ellos y por lo menos podrá alimentarse y vivir tranquilo pues si me lo llevo al pueblo no sé cómo podré hacerlo. Así es que como puedes ver me vuelvo a Monterde con cinco de mis hijos... ¡Qué le voy a hacer! Las circunstancias mandan y yo no puedo ir contra ellas. Ya nada nos retiene en *la Golleta*.

—Vamos a ver, yo puedo entender que no podéis seguir en la masada, ya que falta el padre de familia, pero aquí habéis hecho un capital y aunque no han sido muchos años algo será. Si vuelves a Monterde no será con las manos vacías —intentó animarla.

Cuando escuchó el comentario de Rafael la viuda no se pudo contener y sacándose un pañuelo del bolsillo comenzó a secarse las lágrimas que tanto rato había estado aguantando. Y, sentada como estaba en el poyo, comenzó a balancearse adelante y atrás mientras seguía llorando quedamente, sin fuerzas ya como para poder reprimir tanto llanto. El monterdino mantenía un respetuoso silencio esperando que la mujer se calmara y le comentara aquello que había provocado el disgusto. Instantes después, la mujer le dijo:

—No tengo nada, el amo se lo queda todo...

—¿Qué dices? —preguntó incrédulo Rafael. Después de un hondo suspiro Concepción le comentó la conversación mantenida con el dueño de la masada.

—Dos días después de enterrar a mi marido fui a ver al amo de la hacienda para sacar las cuentas con él. Nosotros cuando vinimos del pueblo trajimos la mula y un pequeño rebaño de ovejas y cabras. Durante los años que hemos estado viviendo en *la Golleta* le hemos pagado un tercio de lo obtenido en tierras y animales por san Miguel... Y ahora me dice el amo que me tengo que llevar lo que traje aquí y nada más, que si he criado a mis hijos ya he tenido bastante y me puedo dar por pagada...

—¡Pero eso no puede ser! ¿Cómo te puede decir semejante barbaridad? ¿Así es que él se queda con todo lo que habéis producido? Pero... ¿Cómo es posible? Concepción enséñame el contrato que hicisteis pues lo que te ha dicho no está nada claro. ¡Será sinvergüenza el terrateniente ese de las narices! —manifestó fuera de sí Rafael.

—No tenemos ningún contrato firmado. Ni Segismundo ni yo sabíamos leer ni escribir. Todo lo hicimos de palabra pensando que las personas cumplen sus compromisos y no engañan a sus semejantes. Así es que nos ha dado unos días para que nos marchemos con la condición que nos llevemos únicamente los animales que trajimos y ni uno más... Si hasta llegó a amenazarme con mandarme a los civiles si me propasaba. No me esperaba esto, la verdad. Sabía que muerto mi marido no nos quedaba otro remedio que marcharnos, pero de esta manera... Antes lo intuía pero ahora tengo el convencimiento que ninguna persona se hace rica trabajando, sólo robando y aprovechándose de las miserias de los demás.

Y la buena mujer no pudo aguantar más y continuó llorando desconsoladamente como sólo saben hacer aquellas personas que han sufrido en sus carnes los sinsabores del destino y, mucho más, si afectan tan negativamente a su propia familia. Y en todo esto la iletrada Concepción era una auténtica catedrática. Rafael se levantó del poyo y cruzando por delante de la puerta se sentó a su lado, le pasó el brazo por su hombro e intentó consolarla, como buenamente pudo. Cuando oyeron a su madre llorar acudieron sus hijos y la rodearon abrazándola al tiempo que le dedicaban palabras de consuelo y ánimo que oídas de sus infantiles labios llegaron incluso a acongojar a un todavía incrédulo Rafael.

—Ánimo, Concepción, tienes amigos en Monterde y tú lo sabes. Te ayudaremos en lo que podamos, te lo prometo. Ahora tengo que volver al pueblo pero pasado mañana vendré de nuevo con algún vecino y te ayudaremos a hacer el traslado. Y te doy mi palabra que en Monterde haré lo que pueda por todos vosotros.

Rafael cumplió lo prometido y dos días más tarde acudió junto a Cipriano, Manuel y Florentín en dos carros para ayudar a la pobre viuda a recoger sus escasas pertenencias y volver a su pueblo. La noticia cayó como una bomba en Monterde y muchos de sus habitantes se comprometieron en amparar a la pobre viuda en todo lo que pudieran. Cuando a última hora de la tarde entraron de nuevo en su pueblo les estaban esperando varios vecinos que le ayudaron a descargar los bártulos. Al día siguiente, algunos familiares se acercaron para colaborar con ella adecentando su casa al tiempo que otros paisanos le donaban ciertos alimentos. Un primo suyo y Anselmo le llevaron sendas cestas de manzanas. Sus vecinos del barrio le aportaron unos pucheros con comida e incluso hubo quien le regaló alguna gallina para que la mujer pudiera empezar a tener una granja doméstica en condiciones. Las familias más pobres del pueblo supieron comprender que todavía existía alguien con más necesidades que ellos y se volcaron con la viuda y sus hijos. Otra cosa fueron los ricos de Monterde que, bien por desdén o por el carácter contestatario de la mujer, hicieron como si no existiera. Salvo el *tío Celipe* que, junto a media fanega de trigo, le donó veinte pesetas rogándole que no hiciera comentario a nadie de su acción. En fin, casi todo el pueblo hizo algo en el primer momento por socorrerla y, pasados unos días, estaba instalada de nuevo en su casa, como si nunca se hubiera marchado.

Pero ya nada fue igual, había sufrido mucho, aunque su ánimo lejos de decaer se fue haciendo cada vez más fuerte. Por sus hijos todo esfuerzo merecía la pena. Casi un mes más tarde recibió la carta que estaba esperando desde Nules y su primogénita se fue para servir de criada en esa población. De manera que se quedó en el pueblo con su hijo adolescente y los tres pequeños que le quedaban, sabiendo que cuando su hija pequeña cumpliera algunos años más también emigraría huyendo de sus miserias. Todos los sucesos que habían tenido lugar le abrieron los ojos a una nueva perspectiva de la vida y su figura se hizo frecuente en las tertulias sobre política que mantenían algunas personas del municipio abrazando con fuerza la ideología republicana

y socialista. Fue la mujer del pueblo que más se destacó en los ambientes contestatarios de la localidad. Aunque quizás lo más comentado en Monterde de Albarracín a partir de su vuelta fue su negativa a acudir a la iglesia. Desde la muerte de su segundo marido su rechazo a la religión fue total y con el tiempo se fue conformando en una ideología rayana en el anticlericalismo más visceral.

XXXII

La tarde del sábado 25 de octubre de 1930 un carro tirado por dos mulas salía del pueblo de Monterde de Albarracín rumbo a la localidad de Cella. En su interior iban varios miembros de la antigua Sociedad Obrera local; Rafael, Cipriano, Manuel y Florentín, mientras que en el asiento se encontraba Cándido y llevando las riendas el joven Rubén, el hijo de Concepción. El ambiente del grupo era extraordinario. Una auténtica explosión de júbilo había acompañado su salida del casco urbano, para ellos en realidad, se trataba de algo más que una excursión festiva. Lo cierto es que habían tenido sus más y sus menos con las respectivas parejas por el viaje que iban a realizar. Todos, excepto Rafael, que si bien continuaba soltero su novia Violeta no sólo no le recriminó por irse sino más bien al contrario, le animó a ello tanto como su madre Margarita. El que menos problemas tenía de todos era, sin duda alguna, Rubén aunque, dada su juventud, no estaba del todo claro que los acompañara más allá de Cella, al día siguiente lo decidirían.

Todo había comenzado un mes atrás cuando Rafael tuvo conocimiento gracias al *tío Castelar* de una importante conferencia republicana y socialista que se estaba gestando en Teruel para finales del mes de octubre. Una vez conocieron la fecha exacta lo comentaron entre ellos y al final decidieron unirse a sus correligionarios de Cella, ya que se trataba del primer gran mitin que se celebraba en la capital provincial por las fuerzas contrarias al sistema. Y acudían la mar de contentos porque las cosas últimamente les estaba yendo de perlas. En el pueblo, cada vez eran más los partidarios de acabar con el orden establecido en 1923 por el general Primo de Rivera. Además, desde la renuncia a su cargo ocurrida a primeros del presente año, el sosteni-

miento de dicho régimen era cada vez más precario. Y de ello se aprovechaban sus contrincantes para ir minando paulatinamente la credibilidad del estado dictatorial que ahora ya no denominaban como tal y, en un tono de burla desde el nombramiento del general Dámaso Berenguer, tildaban de *Dictablanda*.

En resumidas cuentas, estaban reorganizándose los cada vez más numerosos partidarios de acabar con el actual régimen, lo llamaran con el apelativo que quisieran. Para ello, era necesario potenciar el movimiento republicano y los socialistas también entraban a trapo en la lucha, después de un cierto posibilismo con la Dictadura durante los primeros años. Y, entre esa población harta de tanta pantomima, se encontraban los antiguos compañeros de la utópica Sociedad Obrera, esa que nunca se llegó a crear en Monterde a pesar de sus denodados intentos y de que siguieran nombrándola como tal. Por si fuera poco, una de las últimas disposiciones del régimen había sido sustituir a los alcaldes y colocar en su puesto a otros elegidos entre los antiguos concejales de la monarquía parlamentaria. Por todo ello, algunos caciques y otros miembros de las oligarquías terratenientes locales habían tomado el control de muchos ayuntamientos. De manera que, decididos a colaborar para que el cambio político se hiciera cuanto antes, el grupo de monterdinos más decididos se conjuró para asistir al mitin que se presumía iba a proporcionar nuevos bríos a su lucha.

Cuando llevaban recorrido casi un tercio del camino ya estaban más tranquilos después de las serenatas del comienzo de la marcha y tan sólo se animaron cuando atravesaban el puente del *Mochuelo*, ya muy cerca de Cella. Era de noche cuando, por fin, penetraron en el pueblo y acudieron a depositar el carro y las mulas en el cobertizo de un conocido de Manuel. Bajaron todos y, tras estirar convenientemente sus cansadas piernas por la quietud y el traqueteo del viaje, se encaminaron sin más demora al casino republicano para ir entrando en calor lo más pronto posible. En dicho local había un jolgorio notable que aumentó cuando los visitantes penetraron en su interior saludando a diestro y siniestro. Bebieron aguardiente en la cantina del casino y comentaron las circunstancias del viaje y el recorrido que realizarían por la mañana. Después, el grupo de los monterdinos se distribuyó entre las casas de sus camaradas para descansar y recobrar fuerzas para el día siguiente.

Una vez amaneció el domingo día 26 de octubre acudieron junto a los cellanos a la estación del ferrocarril, distante a poco más de un kilómetro, para coger el tren que venía de Zaragoza y llegaba a Teruel con tiempo de sobra para acudir a la cita. Pero el convoy empezaba a demorarse más de la cuenta y entre la cuarentena aproximada de personas que lo esperaban comenzó a cundir un cierto nerviosismo. Los minutos pasaban exasperadamente lentos y, además, en el horizonte no aparecía la silueta del tren ni se escuchaba ningún pitido. El ánimo se iba caldeando por momentos y muchos hasta llegaban a pensar que era una maniobra de la Dictadura para impedirles acudir al mitin. Especialmente nervioso estaba el *tío Castelar* y el presidente del comité republicano de Cella, que formaba parte de las autoridades locales invitadas expresamente al acto. Al cabo de más de una hora de retraso, por fin, una tenue silueta comenzó a aparecer por la lejanía de las vías del tren y tras escuchar un remoto pitido comenzaron a gritar de júbilo los allí presentes. Era el ferrocarril que hacía acto de presencia en el último instante, cuando ya se estaban barajando otras alternativas, aunque como dice el refrán; “nunca es tarde si la dicha es buena”.

Eso sí, llegó con el tiempo justo a Teruel pero arribaron, que era lo importante. El ambiente en la calle de la capital era bastante movido y las personas que transitaban lo hacían para dirigirse a los eventos importantes que se daban esa mañana. Un gran número acudía a las diferentes iglesias de la capital para cumplir con sus ritos y varios centenares se encaminaban hacia el teatro Marín donde iba a tener lugar el comentado mitin republicano y socialista. El grupo de monterdinos iban juntos, sin perder de vista al benjamín Rubén en su primera visita a la capital y que, definitivamente, se había apuntado al evento. Las ansias por lo novedoso y su amor a la aventura era todo un acicate para el joven que contaba tan sólo con dieciséis años. Además —pensaba Rafael— su madre Concepción lo entendería. Una vez dentro del teatro fueron acomodándose como pudieron en la parte central del mismo. El local estaba abarrotado de personas, más de mil dijeron las crónicas de los siguientes días. En el centro del escenario habían dispuesto una mesa alargada con varias sillas para acomodar a las personas que iban a presidir el acto; entre ellas el presidente de la agrupación republicana de Cella y de otros pueblos de relativa importancia. El murmullo era ensordecedor por la gran cantidad de comentarios entre los allí presentes. Pero todos callaron alzándose en pie cuando comenzaron a aparecer los diferentes representantes políticos

y el público les dedicó una atronadora ovación entre constantes vivas a la República y a la libertad. Para Rafael y sus amigos todo esto era demasiado importante; estaban realmente alucinados por el ambiente y constantemente se miraban sin dar crédito a lo que estaban viviendo.

Uno a uno los oradores comenzaron a desgranar los motivos por los que se había realizado el mitin y las continuas trabas impuestas por la Dictadura para que no se celebrara. Entre dichas trabas seguro que no estaba la tardanza del convoy aunque algún cellano malpensado así lo aseguraba. Sin embargo, lo del tren ciertamente era algo crónico en la red ferroviaria española y lo raro es que fuera puntual. Comenzó el mitin el catedrático Pedro Díez Pérez que se centró, como era de esperar, en temas de cultura y educación como los ingredientes necesarios para crear una juventud con esperanza ante la vida. Le siguió el valenciano Pascual Tomás, que se centró en temas de actualidad y por ello fue bastante certero en las apreciaciones del día a día de la Dictadura. Y cerró el acto Juan Sapiña, que hizo una loa al sentimiento republicano y socialista. Todos los oradores fueron muy aplaudidos entre cánticos republicanos y los asistentes salieron del acto de modo pacífico y en perfecto orden.

Al acabar el evento el grupo de los monterdinos seguía en estado de trance. Hasta ese día, lo más cercano que habían estado en un acto similar era en el casino de Cella pero no solían pasar de varias decenas de personas. Nunca antes habían asistido a un mitin de las características del teatro Marín y vieron en él algo más que un espectáculo emotivo y visual. Se dieron cuenta que formaban parte de un movimiento ideológico mucho más amplio y su entusiasmo cobró nuevos bríos. Las palabras de los oradores les cautivaron a todos pero, especialmente, a Rafael que suspiraba por encontrar muchas veces los criterios exactos para hacerse valer cuando exponía sus reivindicaciones y no encontraba el vocabulario adecuado. En él todo era tenacidad y voluntad, pero poco más. Envidiaba la facilidad de palabra que tenían aquellas personas y pensaba que si algún día podía emularles, la vida de la gente humilde en Monterde iba a cambiar si le acompañaban en su lucha. Ahora más que nunca estaba dispuesto a seguir por el camino que se había embarcado hace años y que tuvo el inicio con su terrible experiencia en el ejército. Sin embargo, la coletilla de Ernesto en su amarga despedida no tenía sentido para Rafael, ya que estaba plenamente convencido de que los vecinos del pueblo lo querían y no se

imaginaba, ni por asomo, que en algún momento de su vida lo pudieran traicionar.

Ahora que se estaban dando los últimos coletazos de la Dictadura era el momento de intentar crear algo en Monterde, formalizar de una vez por todas la Sociedad Obrera y luchar por el bienestar de los trabajadores. Aunque el principal problema lo tenía en el nuevo alcalde que era íntimo amigo del *tío Chalecos*, pero si los vecinos actuaban en conciencia impedirían a los terratenientes locales ejercer su sacrosanta voluntad. También el nuevo cura mosén Pascual no era de su agrado, su actividad pastoral tenía una carga política parcial y bastante evidente, muy al contrario del añorado mosén Rufino que centraba su interés en los criterios de la religión y la fe. En fin, ya podían existir todos los impedimentos que se quisiera —pensaba el impetuoso monterdino— pero lo cierto es que allí estaba él, Rafael Pérez para deshacer entuertos y enfrentarse a quien hiciera falta, y si no, al tiempo.

El entusiasmo del grupo era evidente a la salida del teatro Marín y con tanto ajeteo se les había abierto el apetito. Se quedaron a comer en una fonda de la capital y esperaron a la tarde para irse hacia Cella junto a las personas de esa población. Volvieron en el tren que hacía el trayecto de Valencia a Zaragoza y que, por supuesto, también acudió a su cita en la capital provincial con el consabido retraso. El grupo de monterdinos estaban muy animados y conversaban con los cellanos sobre la forma de organizarse en Monterde de manera similar a ellos. Durmieron nuevamente en las casas de sus camaradas y a la madrugada siguiente emprendieron el retorno hacia el pueblo. El camino durante la primera parte estaba relativamente bien acondicionado, ya que la carretera de Albarracín a Cella se encontraba muy adelantada. Pero desde la paridera del *Meadero* se volvía a un terreno que conocían de sobra y el traqueteo del carro se hizo tan insoportable que bajaron durante un buen trecho para seguir parte del trayecto caminando. Al pasar por las proximidades de *Escoboso*, Rafael no pudo disimular una mirada hacia el sabinar que tan malos recuerdos le traía. Los comentarios de sus compañeros le sacaron de sus pensamientos volviendo rápidamente al excitante momento que estaban viviendo. Por su parte, ellos seguían dando vueltas a la manera de cómo realizar sus sueños de la organización republicana y sindical pero, aunque como proyecto ya lo tenían adelantado, llevarlo a la práctica en esos instantes resultaba poco menos que una quimera.

La vida en Monterde durante los siguientes meses siguió las pautas conocidas de antaño. La camarilla del *tío Chalecos* volvía a las andadas, caciqueaban a su antojo y perseguían con saña todo atisbo de movilización en contra de sus intereses. Por supuesto el minoritario grupo de simpatizantes de la Dictadura tenía el incomparable apoyo del alguacil Irineo, que era sus ojos y oídos entre la marabunta local. Otra cosa fue la actitud del secretario don Ramón Sánchez, que no perdonaba ni olvidaba las continuas injerencias sufridas en la administración municipal y coqueteaba con los republicanos aunque fuera por motivos estrictamente personales. Los miembros de la antigua Sociedad Obrera intentaban organizarse en vano pues el ojo vigilante del alguacil junto al acoso del alcalde y sus amigos se lo impedían una y otra vez. No obstante, había que seguir teniendo paciencia y amoldarse a la nueva situación porque el grupo cada vez más amplio de inconformistas demandaba alguna satisfacción por nimia que fuera. Estaban a la espera y su oportunidad —creían— no tardaría en llegar.

La sublevación republicana de Jaca en diciembre de 1930 tuvo lugar sin que nadie en el pueblo se lo esperara, pero era un aviso de que algo se estaba cociendo en la sociedad española. Luego, el gobierno de la nación programó unas descafeinadas elecciones legislativas para febrero de 1931 que no se llegaron a realizar ante la más que previsible numerosa abstención electoral. Y eso que los antiguos diputados monárquicos celebraron entusiasmados dicha posibilidad, incluso nombraron a José Rogerio Sánchez para representar al distrito de Albarracín. Se sucedió un nuevo gabinete con Sánchez Guerra y a éste le sustituyó el almirante Aznar, que convocó elecciones municipales para el día 12 de abril de ese mismo año. Esta convocatoria daba la impresión de ser la definitiva y tanto Rafael como los miembros de la Sociedad Obrera pusieron toda la carne en el asador. Tenían que hacerse con el control de la alcaldía y revertir el favor entre los habitantes más necesitados de Monterde de Albarracín. El fin parecía cercano y un halo de esperanza iluminaba los corazones de los amigos de Rafael.

—Esta vez sí, esta vez lo vamos a conseguir —se decían insuflándose ánimos.

Y en el pueblo ¿qué pensaba la gente? Pues había comentarios para todos los gustos. Si bien es cierto que cada vez eran más los descontentos con el sistema, lo cierto es que distaban mucho de ser la gran mayoría. Uno de los focos de poder más importantes era la Iglesia

y el nuevo párroco hacía todo lo posible para favorecer los poderes locales. No hay que olvidar que en estos momentos la alcaldía estaba en manos de un representante del grupo de los hacendados y ellos eran los principales beneficiados de la política municipal. Además, la población de Monterde era mayoritariamente católica y muy practicante, siguiendo los ritos cristianos al pie de la letra aunque en estos momentos ya más de un feligrés o feligresa se estaba yendo por peteneras. Y una de las personas que más empezaba a dar que hablar era Margarita; la mujer de Irineo se mostraba cada vez más protestona y reservada y, a pesar de las amonestaciones de mosén Pascual al alguacil, no lograba éste llevarla por el buen camino. En los momentos previos a la misa, cuando se juntaban en el atrio las beatas locales, siempre había un corrillo de criticonas esperando ver al alguacil qué excusa daba esta vez por la ausencia de su mujer.

Pero nadie en Monterde llegó a sospechar, ni por asomo, los pensamientos reales de Margarita y asumían su escasa presencia en los actos religiosos a la excesiva dedicación a sus hijas y al trabajo. Estos pretextos, por otra parte, no la libraban del reproche malintencionado de algunas devotas locales, profesionales arpías del cotilleo más ruin, siempre predisuestas al boato falso de las engañosas apariencias. Mujeres que gozaban exhibiéndose como pavos reales cuando acudían a la iglesia con sus vestidos nuevos e impolutos haciendo alarde de los colgantes y aderezos que embellecían sus figuras pero dejaban al desnudo su egolatría. Se juntaban en grupitos de tres o cuatro personas lanzándose miradas de soslayo y criticando todo aquello que la estrechez de sus miras impedía valorar en su justa medida. Luego, en el momento oportuno, acudían raudas a colocarse en las primeras filas evidenciando con su actitud que utilizaban la religión solamente como un escaparate de su enfermizo narcisismo.

Margarita, como era bien conocido, no gustaba de las apariciones en los rituales cristianos. Cuando acudía a cualquier acontecimiento religioso siempre lo hacía de forma discreta por razones que sólo ella conocía, de la misma manera que otras mujeres del pueblo lo hacían por el convencimiento íntimo de sus creencias religiosas. Incluso cuando iba a misa siempre se colocaba en las últimas filas, muy al contrario que su marido Irineo que, además de ser un creyente convencido, se sentía en la obligación de hacer demostraciones de fe por su familiaridad con el difunto párroco. En los dos primeros bancos si-

tuados a la izquierda del altar la cosa estaba clara pues se situaban las mujeres de las familias pudientes de Monterde y tenían ese lugar reservado por reglas no escritas pero que la sociedad local admitía sin mediar protesta alguna. Sin embargo, para las bancadas siguientes había codazos entre algunos grupitos de pretenciosas beatas locales ansiosas por ocupar el resto de los asientos de honor. De manera que si queríamos ver a las personas que profesaban la más pura religiosidad del pueblo habría que mirar las bancadas del medio pues allí se colocaban las mujeres que sentían un cristianismo más sincero y cuando acudían a la iglesia lo hacían únicamente por el fervor de sus convicciones.

Y los ritos se cumplían a rajatabla. Los hombres se sentaban en la bancada de la derecha mientras que las mujeres lo hacían en la izquierda, según se miraba desde el altar. Y también se repetían los consabidos lugares que pertenecían a cada una de las capas sociales del pueblo. Los ricos delante, los creyentes más sinceros en el centro y el resto al fondo. Existía un buen número de jornaleros, muchos de los cuales seguían acudiendo a los actos religiosos por miedo a los terratenientes que les daban trabajo. Otros, sin embargo, eran creyentes convencidos y por supuesto también se sentaban en las últimas bancadas, tanto los hombres como sus mujeres. Pero además existía una minoría descreída a la que le importaban un bledo las apariencias y directamente se negaba a participar en los ritos dominicales. Resultaba frecuente que al acabarse la ceremonia religiosa se quedara algún que otro grupo de beatos varios minutos conversando en el atrio o a las afueras de la iglesia. Incluso ciertos conocidos meapilas esperaban al párroco para pavonear su fe besándole la mano cuando salía de la iglesia con todo tipo de reverencias. Después, el señor cura se iba a comer con la familia que le había invitado para la ocasión, que era por regla general alguna de las más exquisitas del pueblo. El resto de los creyentes enfilaba el camino de las cantinas locales para tomar un trago y hablar del tiempo, las cosechas o el ganado, pero de política apenas se hacía ningún comentario y cuando hablaban siempre llevaban las de ganar los más conservadores o tradicionales.

Lo cierto es que se puede pensar que en el pueblo había muchas familias pudientes a tenor de los parciales comentarios que se realizaban sobre la política pero eso era una de las tantas apariencias engañosas que se daban. Tan sólo seis u ocho familias se podían considerar

auténticamente ricas, luego otras quince o veinte tenían lo suficiente para poder vivir decentemente y el resto eran pequeños e ínfimos propietarios que apenas les alcanzaba para sobrevivir. El número de jornaleros, sin ser considerable, llegaba a casi la cuarentena de personas. Pero el sentimiento de propiedad estaba tan arraigado entre la sociedad monterdina e incluso la serrana que poseer algunas tierras, aunque die-ran apenas para sobrevivir, era suficiente como para sentirse partícipes del mundo de los poderosos. Y para estos ínfimos propietarios era un signo de distinción imitar las actuaciones e ideología que profesaban los mayores terratenientes. Como todo se miraba con lupa había mu-chísimas capas sociales en el pueblo, tantas como campos o riqueza ganadera se tuviera. Los hombres solían juntarse con sus iguales y los matrimonios se concertaban también entre los hijos de propietarios con una capacidad económica similar.

Además se daban otras circunstancias que servían para com-prender mejor las características de la población monterdina durante esas fechas. Existieron muchos noviazgos que se fueron al traste pasa-dos varios años justo antes de casarse los novios, al descubrir los padres de uno de los contrayentes que poseían más riqueza que el contrario. Y una mujer después, de tanto tiempo saliendo con su novio, aunque fuera con todo el recato del mundo si no se celebraba la boda quedaba marcada para siempre en el pueblo. Se dieron casos de varias muchachas que padecieron estos hechos y más de una se tuvo que quedar para los restos vistiendo santos. Ese era el pueblo de Rafael y esa era la mayor parte de la gente a la que tenía que convencer de sus revolucio-narias ideas políticas, casi nada.

XXXIII

Tres candidaturas independientes se presentaron a los comicios municipales del 12 de abril de 1931. El secretario don Ramón Sánchez no daba crédito a tanta movilización; jamás desde que estaba en el pue-blo —y ya llevaba años— los pretendientes a la alcaldía habían sido tan numerosos. Una candidatura la encabezaba el *tío Chalecos*, que se había rodeado de gente de su total confianza y se podía decir que abar-caba los poderes fácticos del pueblo, vamos, las *fuerzas vivas* de toda la

vida como se solía decir erróneamente. Otra llevaba como máximo exponente al herrero y sus componentes eran otros propietarios y profesionales varios de la localidad entre los que destacaba el *tío Conejos*. Y por último, estaba la candidatura obrera en la que sobresalía Rafael Pérez y algunos de sus más fervientes camaradas.

El periodo electoral en esa época, en un pueblo pequeño como era el caso de Monterde, no tenía nada que ver con el de los municipios más poblados. Aquí se votaba a la persona, independientemente del partido por el que se presentara, si es que lo hacía por alguno. Y dadas las características de la población, los partidos políticos no habían dejado buen recuerdo durante la anterior etapa parlamentaria, ni por supuesto, tampoco habían salido bien parados del periodo de la Dictadura; siempre en el ojo del huracán. Era tanto su desprestigio que, incluso los partidos nuevos como los republicanos, la gente en Monterde los asociaba al común de los existentes con anterioridad a pesar del denodado esfuerzo de Rafael y sus amigos por negar tal hecho. Esa era una de las principales razones por las que los tres grupos que se presentaron lo hicieron como independientes a pesar de percibirse con total claridad su eminente relación con agrupaciones políticas mayoritarias.

En definitiva, estaba claro que cada una de las tres candidaturas defendía los intereses de grupos determinados y al final de la contienda se sabría quién de todos contaba con más apoyo. Hay que tener en cuenta que no se celebraban mítines en la población ni nada parecido. Se trataba de algo más cotidiano y primario como el boca a boca. Estos comentarios realizados dentro de la familia y con la clientela suponían en realidad la auténtica campaña electoral. Los familiares le votaban a uno salvo que tuviera una enemistad manifiesta. En corrillos se comentaban sobre la idoneidad de los candidatos y algún que otro paisano acababa convencido. Y la clientela era fundamental como resultado final de la cadena de favores que siempre tenía un objetivo fácil de identificar: el favor con favor se paga. Pero todo ello no era una ciencia exacta y luego las cuentas casi nunca salían como uno las esperaba.

La persona que se las prometía más felices durante los días previos a la contienda era el *tío Chalecos*. Tenía experiencia en eso de las elecciones municipales y optó por continuar con las prácticas de antaño. De manera que personalmente acudió a las casas donde conocía

sus necesidades y ofrecía media fanega de trigo por el voto, aunque tampoco desechara otorgar diferentes prebendas. Los pobres de Monterde aplaudían tal dispendio e incluso llegaban a considerarle como una buena persona ante el regocijo interno del personaje en cuestión que, sin hacer encuestas, se relamía de gusto al tantear las voluntades que compraba.

Pero en un momento dado le dio por pensar que igual las cuentas no salían como esperaba y dio una vuelta de tuerca a su actuación. Cuando observó que Rafael hablaba sin parar en algún que otro corrillo de lo que pensaba hacer desde la alcaldía si lo votaba la gente, se le ocurrió que también podía prometer lo que fuera para ganar más voluntades. Como el tema de la carretera escocía al común de los habitantes del pueblo, comentó a sus aliados que hicieran correr la voz de que él lo iba a solucionar y empalmaría la carretera desde el *Meadero* hasta *Colinas* para enlazar con Bronchales. Y no solo eso, sino que su ancho excedería en un metro al resto de la carretera. Y la gente lo creyó. Belarmino Fuentes se sentía a gusto entre tanto crédulo indulgente y, lo que es mejor, había descubierto una nueva forma de hacer política: prometer y prometer, aunque fuese la luna... ¿Y por qué no?

La candidatura del herrero se centró, además de las familias de sus componentes, en los clientes que acudían a los establecimientos o utilizaban sus servicios y el asunto que más les importaba era la bajada de impuestos municipales. No había copa en las cantinas del *tío Morras* y del *tío Conejos* que no se acompañara con un recital de consejos sobre lo que iban a hacer en la alcaldía si los votaban. O cuando algún despistado monterdino acudía a la abacería de Ceferina siempre, entre peso y peso, caía alguna recomendación sobre las elecciones. Por supuesto, el veterinario junto a las cataplasmas e inyecciones recetaba los remedios que él pondría en marcha desde el ayuntamiento. Tampoco se quedaba manco el señor herrero, cabeza de lista que mientras colocaba las herraduras a las acémilas, tardando por supuesto más de la cuenta, aprovechaba para insistir a sus clientes sobre la validez de su candidatura. Todos estos buenos profesionales también tenían su clientela, alguna de ella morosa, cuyos pagos podían esperar si las cosas salían como debían. Y en un pueblo con tantos pequeños labradores y jornaleros las deudas atrasadas estaban a la orden del día.

Por último, Rafael y sus camaradas lo cifraban todo en la buena voluntad y las palabras, ya que no podían ofrecer más que promesas

sobre su actuación si ganaban las elecciones. Pretendían realizar una bolsa de trabajo para que todos en el pueblo tuvieran la misma oportunidad de sacarse jornales del ayuntamiento y no sólo los amigos, como siempre había tenido lugar. Pero el tema principal era el reparto de tierras entre los más pobres y la búsqueda de una solución para que el *tío Chalecos* y su mujer se avinieran a un pacto sobre los tan cacareados *Cinco Prados*. Cuando hablaba con algún campesino sobre dicho tema notaba cómo se le abrían los ojos y el aspirante a político pensaba que iba por el camino adecuado. En el pueblo existía una gran necesidad de nuevas tierras porque la población había aumentado y con las que se labraban todavía muchas familias no escapaban de la miseria y el hambre. Casi apenas comentaba Rafael —salvo a las íntimas amistades— que además pensaban crear una organización republicana y obrera para canalizar todas las demandas que tuviera la población. Y ello porque no quería espantar a unas gentes todavía escocidas por la inoperancia de los partidos políticos del régimen anterior y que aún no entendían la diferencia que existía entre todas las agrupaciones políticas, excelente herencia de la etapa de la Dictadura.

De todas formas, a Rafael casi no le salían las cuentas, aunque pensaba que en el mejor de los casos estaría muy cerca de ganar a su acérrimo enemigo don Belarmino Fuentes. Recordaba al grupo de incondicionales que tenía en la Sociedad Obrera y no eran más que una veintena de personas a los que se podía añadir otros diez o veinte más que acudieron al local cuando estaba activo. A estas personas se les podría sumar algunos familiares suponiendo que a éstos los convencieran aunque en realidad esos pensamientos eran como el cuento de la lechera. El resto de sus posibles votantes serían los ínfimos y pequeños propietarios a los que había encandilado con la promesa del reparto de nuevas tierras. Por eso pensaba que podía sobrepasar los ochenta votos y entonces quizás sería el ganador, aunque estaría muy reñido con el *tío Chalecos*.

Todas las conjeturas se dispararon finalmente el día 12 de abril de 1931. De los ciento treinta y siete electores votaron ciento doce y veinticinco se abstuvieron. Cada uno de los votantes —todos hombres y mayores de edad— podía otorgar hasta cuatro votos a diferentes candidatos. Y según el escrutinio, el ganador fue por aplastante mayoría la candidatura de don Belarmino Fuentes, que obtuvo cinco concejales, mientras que los dos restantes fueron el herrero y el *tío Conejos*, la de

los profesionales del pueblo. Por su parte, Rafael y otro miembro de su candidatura se quedaron a tan sólo dos votos de haber salido concejales.

En definitiva, habían ganado los ricos, como siempre, con una media de setenta votos para cada concejal, siendo alrededor de los cuarenta restantes repartidos entre las otras dos candidaturas aunque al menos para Rafael y sus amigos. ¡Qué desilusión! Otra vez estaban los mismos en el ayuntamiento y en esta ocasión bajo el paraguas democrático. Ese domingo por la noche su desconuelo no tenía límites y no había manera de apaciguar ni los ánimos exultantes de los caciques ganadores ni el pesimismo de los republicanos derrotados.

Al día siguiente, Rafael se levantó temprano para acudir a su faena con la gayuba en la sierra del pueblo. Se fue malhumorado y cabizbajo sin ganas de hablar con nadie y rumiando cómo era posible que tan sólo lo hubieran votado cuarenta personas cuando a él le habían apalabrado su voto bastantes más. No tenía ni pizca de ganas de trabajar pero había que comer y lo primero no admitía demora. El *tío Sabio* hacía honor a su apodo y prefirió no comentarle nada del fracaso padecido dejándole que reflexionara y superara el doloroso trance. Volvió a la noche a su casa, cansado y todavía apesadumbrado por todo lo vivido. No quiso salir a la calle ni ver a nadie y durante los dos días siguientes volvió a repetir la misma faena. Poco a poco se fue animando y así llegó el jueves, cuatro días más tarde de las elecciones. Con la rutina de todos los días se fue en su carro a cortar las matas de gayubazo. Al mediodía, paró a comer en la fuente de los *Civiles*, junto a Guzmán Ramírez. Ya con el ánimo más resuelto le comentaba que saldría de ésta y no iba a dejar de lado sus propósitos políticos por muchos caciques que le hicieran la vida imposible. Después de la comida subió a la ladera donde estaba extrayendo las matas de gayuba. Llevaba un buen rato trabajando cuando escuchó a lo lejos como el eco reproducía algunas voces entre el silencio de la tarde. Oteó su horizonte más cercano hacia el prado que tenía en la falda de la montaña y le pareció ver a Manuel y Cipriano gritando su nombre y agitando los brazos con fuerza para llamarle la atención. Se asustó al verlos y pensó que algo grave había ocurrido cuando habían ido a buscarlo y lo llamaban con tanta insistencia. Bajó todo lo deprisa que pudo arañándose al atravesar las estepas que separaban el monte de los campos de labor y cuando llegó donde estaban sus amigos también descubrió allí al *tío*

Sabio. Se tranquilizó al verlos a todos tan sonrientes. Especialmente a sus amigos que respiraban de forma entrecortada y todavía exhaustos debido a la larga caminata que habían realizado para darle una inesperada noticia.

—Rafael ¡se ha proclamado la República! —le dijo Cipriano de sopetón.

—¿...Qué?

—¡Se ha proclamado la República! Te lo juro Rafael ¡¡¡España es una República!!! —repitió un excitado Manuel.

—Pero, ¿cómo ha sido?...

Y sus amigos comenzaron a desgranarle los sucesos que habían ocurrido en Madrid y en otras ciudades españolas desde el día de las elecciones. En Monterde no existía ninguna radio y era el cartero quien solía adelantar las noticias. Lo que en un principio comenzó como un rumor se hizo realidad cuando leyeron el Boletín Oficial de la provincia y comprobaron la veracidad de todo lo escuchado. Un exultante secretario había dado la noticia por todo el pueblo llamando a la gente a personarse en el ayuntamiento cuando se celebrara el primer pleno para dar a conocer la nueva situación política. El ánimo de Rafael subió como la espuma, su fracaso en las elecciones municipales quedaba en un segundo plano. Hay que ver, la de vueltas da la vida y cómo los acontecimientos nos hacen pasar de la más absoluta depresión al alboroto sin límites. ¡Qué maravilla! ¡España es una República! Y mientras se abrazaba con sus amigos se acordaba del *tío Castelar*. ¡Había acertado de nuevo el viejo republicano! Tan sólo en un momento su ánimo decayó tornándose con una seriedad de la que no tenía acostumbrados a sus amigos. Éstos se dieron cuenta al instante que algo le pasaba y le preguntaron el por qué de esa taciturna actitud.

—¡Cuánto me acuerdo de Ernesto! ¡Qué daría yo para que estuviera aquí y abrazarlo como a todos vosotros!

—Donde quiera que esté también estará disfrutando de este histórico día —le replicó Manuel— pero ahora no es el momento de estar triste, Rafael, se ha proclamado la República y hay que celebrarlo. Vale de trabajar esta tarde y vayámonos al pueblo. Hoy no tiene cojones el *tío Chalecos* ni ninguno de sus compinches para impedirnos que

nos juntemos en la casa de nuestra antigua sociedad —concluyó con otro de sus acostumbrados exabruptos.

—Por hoy ya es bastante, Guzmán, mañana será otro día —sugirió Rafael dirigiéndose a su compañero de fatigas.

—Tú lo has dicho, Rafael, por mucho que hoy lo festejes y ya seamos republicanos si no trabajamos mañana no comeremos —aprobó la idea su socio.

—Así se hará, tienes toda la razón del mundo, pero hoy no existe Dios que me impida disfrutar por primera vez de algo verdaderamente importante. ¡Venga, vayámonos ya! —confirmó un exultante Rafael.

Todos los presentes se subieron al carro y enfilaron el camino de vuelta. Y cantaban continuamente canciones llenas de alegría y todas las republicanas que conocían. Hasta el *tío Sabio* se contagió del ambiente, si bien a él la política le traía al paio, el entusiasmo de los jóvenes era realmente contagioso y también se sumó a la fiesta. Una vez que llegaron a Monterde, Rafael se encaminó hacia la casa de su novia. Se cruzó con algunas personas que andaban excitadas por el suceso acontecido, algunas satisfechas y otras cariacontecidas, pero todas presintiendo la importancia de ese día. Cuando llegó a la casa de su amada se abrazó a Violeta y a Hortensia, que también festejaban el acontecimiento, y asimismo a su madre Margarita; menos mal que no estaba Irineo por los alrededores. Luego, decidió bajar hacia su casa para ver a sus padres y hermanos con los cuales también se solazó debidamente. Volvieron a salir los jóvenes a la calle y se dio de bruces con Rubén y Concepción que llevaba una bandera republicana cosida durante esa misma tarde.

No todo el mundo en Monterde gozaba con el devenir de los acontecimientos, pero los que estaban contentos suplían con creces las carencias del resto de la población. Entre tanto, muchos vecinos se acababan de enterar y mientras algunos gozaban dando vivas entre excelsas muestras de alegría, otros hacían como que no iba con ellos. El grupo de Rafael llegó a la plaza y junto a varios habitantes del pueblo decidieron acudir al local de la Sociedad Obrera para celebrar el bendito día. El vino y el aguardiente corrió durante todo el resto de la tarde y por la noche ya cansados de tanto trajín se fueron a sus casas porque al día siguiente había que trabajar y no era cuestión de hacer el canelo

más de la cuenta. La República por fin había llegado y los nuevos tiempos que se avecinaban tenían que ser los más prósperos que jamás se hubieran dado, comentaban los allí reunidos.

—Ahora el poder está en manos del pueblo. Nos corresponde a nosotros cambiar el rumbo de la historia. Y yo me comprometo a poner mi granito de arena. ¡Te lo juro por mi vida! —se conjuró un exultante Rafael ante Violeta, mientras todos los jóvenes presentes cantaban por enésima vez el himno republicano. Y cuando acabó la música, el grito atronador y emotivo de ¡Viva la República! resonó en todo Monterde.

XXXIV

Una mañana soleada, durante el verano de 1931, cierto automóvil recorría el polvoriento camino que desde la localidad de Cella se dirigía hasta la ciudad de Albarracín. Pasó junto al tajo de varios operarios que trabajaban acondicionándolo para poderlo revertir en una carretera perfectamente transitable. El barullo de los barrenadores y picapedreros en varios tramos era más que notable. Por ello tenía que disminuir considerablemente la velocidad, para no golpear con los bajos del coche en cualquiera de los numerosos baches del camino. Y cuando por fin llegó a la paridera del *Meadero*, se detuvo por un instante, pues la dirección hacia Monterde seguía en línea recta, mientras que el proyecto de carretera que comenzaba en Cella se desviaba a esa altura por su izquierda hacia la masada de *Toyuela* y luego hasta Albarracín. El conductor observó cómo el camino que se dirigía hacia Monterde se encontraba en buenas condiciones, por lo que decidió continuar más adelante hasta donde ya le resultara imposible circular.

Había recorrido casi dos kilómetros cuando llegó a un cruce de caminos, a la derecha se iba a Pozondón, mientras que todo recto continuaba en dirección a Monterde. Pero en este punto el firme resultaba impracticable para un coche, los carros no tendrían problemas, pero un automóvil corría serio peligro. El chofer detuvo el motor y salieron sus dos ocupantes. Al momento uno de ellos abrió la puerta trasera y sacó de su interior una maleta y un pequeño paquete envuelto con papel de estraza que estaba liado con varias vueltas de cuerda.

—Bueno, Salvador, hasta aquí podemos llegar con el coche. No tienes pérdida, sigue este camino y no hagas caso a los cruces que encuentres, al final llegarás a Monterde, que está en esa dirección —dijo el conductor mientras estiraba el brazo hacia el oeste y con el dedo señalaba un punto determinado en el horizonte.

—Muchas gracias por haberme traído.

—De nada, Salvador, pero sigo pensando que te has equivocado al empeñarte en venir a este pueblo. Como ves no hay ni carretera, está en plena Sierra y la gente es muy cerrada, ya tendrás oportunidad de conocerla.

—Nada es como parece. Si observas todo lo que te rodea con detenimiento siempre surge otra realidad imperceptible para los ojos.

—Tú y tu filosofía. Bueno, ya te lo he advertido. Que te vaya bien y ya sabes donde vivo en Cella por si me necesitas.

—¡Adiós amigo y te vuelvo a dar las gracias!

El aventurero viajero se puso a andar por el camino con cierto brío, a pesar del inconveniente de los bártulos que acarreaba, mientras el coche que le había llevado hasta ese punto volvía a ponerse en marcha para volver al pueblo de Cella. El caminante era un hombre joven de algo más de treinta años de edad, con modales exquisitos, robusto de complexión y estatura elevada. Tenía el pelo castaño y en las remarcadas facciones de su cara sobresalía una prominente nariz y un bigote que le confería un aspecto distinguido. Más aún si tenemos en cuenta las gafas redondas de moldura metálica con las que protegía sus enfermizos ojos del acoso del sol. Al ir caminando observaba el trabajo de los segadores en el campo y algunos carros abarrotados de cereal que transportaban la mies hacia las eras del pueblo para trillarla. Como el sol brillaba con fuerza, el viajero sudaba cada vez más, por ello se detuvo un instante y recogió su pañuelo anudándoselo encima de la cabeza de modo que le protegiera de los rayos del sol. Llevaba un buen trecho recorrido y no dejaba de pensar en los motivos que le habían llevado a este rincón olvidado del mundo.

Quería empezar de nuevo una vida que había quedado hecha añicos tras una ruptura sentimental. Durante toda su existencia había vivido en el pueblo de Alboraya, localidad situada muy cerca de Valencia. Después de varios años de noviazgo, la pareja había decidido

romper las relaciones al darse cuenta de que no estaban hechos el uno para el otro. Dicho de esta manera no parece gran cosa pero lo cierto es que lo pasaron realmente mal, sobre todo, la joven. El hastío al que habían llegado los novios estaba condicionado por una relación larga y tediosa que, si bien tenía encandilada a la muchacha, a él no le acababa de enganchar del todo. Hubo un momento donde comenzó a darse cuenta que esperaba algo más de la vida y con su novia, a la que conocía desde que eran niños, le era imposible alcanzar la felicidad soñada. Antes de engañarse y engañarla a ella tomó la drástica solución de romper su compromiso ante el chasco de las respectivas familias que no se lo esperaban. A pesar de todo no había quedado mal la situación personal entre los antiguos novios y seguían siendo amigos. Pero Salvador había decidido poner tierra de por medio y a la primera oportunidad que tuvo optó por salir de Valencia e irse a este pueblo que, por un azar del destino, era una de las posibles salidas que encontró.

Este caminante era un enamorado del campo, tal como podía apreciarse siempre que se paraba. No lo hacía para descansar de la larga caminata sino para observar la belleza que encerraba aquellas tierras tan hermosas y diferentes a las de la huerta de Alboraya, su tierra natal. Después de mucho andar coincidió con el curso de un riachuelo con escasa presencia de agua. Caminaba por una senda estrecha que serpenteaba por la vera del arroyo y, de vez en cuando, se introducía entre las laderas de las abruptas montañas donde se encajonaba la efímera corriente. Más adelante, la barrancada se abría y comenzó a ser común la presencia de seres humanos en sus quehaceres diarios atrayendo su figura algunas curiosas miradas que el viajero respondía con tímidos saludos. Por fin, las primeras casas aparecieron tras la última revuelta y se detuvo durante un instante bajo la sombra de unos árboles, con la idea de limpiar su ropa del polvo del camino y refrescarse. Entonces, algo le llamó la atención; un olor penetrante y diferente al que nunca había tenido oportunidad de sentir que provenía de alguna de las construcciones situadas hacia el medio de la ladera. Al mirar para arriba comprobó que se trataba de los haces de cereal, que extendidos sobre las eras estaban siendo trillados y al romperse los tallos exhalaban una fragancia muy particular. Sus papilas olfativas le habían llevado a encontrar un nuevo perfume con el que enriquecer su catálogo de olores y un sentido que tenía tan desarrollado como era el olfato guardó en su interior una nueva muestra. Cuando se hubo adecentado y quitado el pañuelo de la cabeza, continuó la marcha y preguntó a la primera

persona que vio dónde podría encontrar alguna fonda o cantina en el pueblo. Le indicaron la más cercana, que era la del *tío Conejos*, y el joven se encaminó hacia allí para poder asearse y recomponer fuerzas después del agotador viaje realizado.

Comió en el cuarto de la abacería, que hacía las veces de improvisado comedor, y al acabar encendió todo un señor habano recostado distraídamente en una robusta silla de anea. Esa era su inveterada costumbre desde hacía varios años; fumarse un puro después de las comidas y relajarse después del esfuerzo matinal. Por el pasillo de la cantina había un continuo ir y venir de los parroquianos, y del propio dueño de la abacería, que lo miraba de reojo sin comprender qué pintaba un tipo como ese en un lugar como Monterde. El pueblo no contaba con la presencia de muchos forasteros y al verlo allí bien vestido, aunque todavía algo polvoriento, los paisanos que entraban no hacían más que preguntar al abacero de quién se trataba. Y éste seguía impertérrito su camino después de encogerse de hombros sin hacer más caso a sus comentarios.

Una vez dio las primeras caladas al puro extrajo de su maleta un viejo libro y abriéndolo por la página separada comenzó a leer con total deleitación. Al cabo de una hora larga de interesante lectura y dos cafés de puchero, o algo parecido, el forastero cerró el libro y pidió la cuenta al abacero. Le preguntó por el ayuntamiento y hacia allí se dirigió sin más demora. No hacía mucho rato que había sido abierto y al penetrar en su interior se encontró con un hombretón fornido e intuyó que al no haber nadie más debería de ser el secretario, la persona a quien buscaba.

—¿Es usted don Ramón Sánchez, el secretario del ayuntamiento? —preguntó el desconocido.

—Lo soy ¿Y usted será don Salvador Boro, el nuevo maestro? —inquirió a su vez el funcionario monterdino.

—Así es, pero a medias —detalló el forastero ante el asombro de su interlocutor.

—¿Qué quiere decir usted? —replicó el señor secretario incómodo por la respuesta del recién llegado.

—Porque en efecto soy el nuevo maestro, pero mi apellido no es Boro sino Sanchís. Lo de Boro es el apelativo como se conoce en

Valencia a los que se llaman Salvador y es así como me llamaban en el colegio donde impartía las clases hasta este verano. Seguramente de ahí viene el error.

—¿Y cómo quiere usted que le llame? —dijo algo contrariado y con sorna no disimulada el ilustre secretario. ¡Bueno era él como para pillarle en falso!

—Lo dejo a su elección —respondió con naturalidad.

—Pues mire, yo como que prefiero llamarle por su nombre y además con la coletilla de “don”, que me parece a mí resulta más importante que cualquier apelativo o apodo, por muy de su tierra que sea, entiéndame. En este pueblo el maestro es todo un personaje y yo creo que con ese apodo es como si le rebajáramos de categoría.

—Lo entiendo y le comprendo perfectamente, no se preocupe usted, llámeme como desee.

Y ambos funcionarios se estrecharon la mano con toda formalidad a pesar del primer contratiempo que habían tenido. Entonces, don Ramón Sánchez le indicó que si lo deseaba le enseñaría el pueblo y mientras que dejara sus bártulos en la secretaría hasta que volviera el alguacil y su mujer que estaban acabando de acondicionar la vivienda que tenían para el maestro. Hizo lo que le aconsejó el funcionario del ayuntamiento y el recién llegado abrió su maleta para buscar un lápiz junto a una cuartilla de papel guardándosela doblada en el bolsillo de la camisa. No pudo dejar de mirar don Ramón su interior mientras el joven buscaba con ahínco el perdido lápiz y entonces observó la presencia de varios libros sobre filosofía griega.

—¿No me diga que a usted le gustan los filósofos clásicos? —preguntó con cierta admiración.

—Pues sí, es una de mis debilidades.

—Vaya por Dios. Esto sí que es una casualidad, como a mí —proclamó un entusiasmado secretario.

Este acontecimiento varió inmediatamente la opinión que tenía don Ramón Sánchez acerca del nuevo maestro. Desde sus tiempos de estudiante precisamente en Valencia no había tenido la oportunidad de hablar o discutir con nadie —y mucho menos en el pueblo— cuestiones relacionadas con la filosofía griega, especialmente

Platón y Aristóteles; sus grandes debilidades. En su biblioteca se podían encontrar multitud de obras relacionadas con los clásicos entre los que destacaba varios tomos de la Odisea; obra de Homero, el inmortal aedo. Pero mira por donde acababa de llegar un maestro que era partícipe como él del amor a los filósofos, padres de la cultura occidental.

—Como éste es un tema que requiere de un cierto sosiego y relajación me gustaría invitarle, cuando ya esté asentado en el pueblo, a alguna tertulia, aunque seamos solamente usted y yo —invitó un contento y sorprendido secretario.

—Me encantaría que así fuera, sólo quisiera pedirle un favor —solicitó el maestro.

—Usted dirá.

—Pues precisamente eso ¿podríamos tutearnos?

—Me parece perfecto, pero si te es igual cuando estemos en alguna reunión o con otras personas, si no te importa, seguiré tratándote de usted. Las formas hay que mantenerlas, y más en esta Sierra, con el trasfondo tan tradicional que tienen sus habitantes ya te irás dando cuenta de todo ello, ya —y tras un breve paréntesis exclamó— ¡Quién me lo iba a decir, vaya casualidad! Fíjate que aquí estuvo como maestro durante muchos años un señor inteligente y muy capaz llamado don Filiberto que sabía mucho de naturaleza, pero de literatura andaba algo justo. Y cuando éste falleció en 1926 entró otro maestro que era un apasionado de las ciencias, pero de los clásicos sólo entendía los de la música que escuchaba en su gramófono. No sabes lo que me alegró que quisiera irse a impartir el magisterio a su pueblo natal, eso te dio la oportunidad de venir aquí. ¡Por fin alguien con quien poder hablar de algo serio! Ya estoy más que hartos de las cosechas, el tiempo, el ganado y el resto de las zarandajas que te puedas imaginar —y concluyó exhalando un profundo suspiro mientras meneaba la cabeza acompañando el comentario de su última reflexión.

La pareja de apasionados de los clásicos griegos salió de la secretaría del ayuntamiento y luego, don Ramón Sánchez echó el cerrojo a la puerta de entrada. Le fue enseñando todos los rincones del pueblo al nuevo maestro que estaba también la mar de encantado por haber encontrado un filósofo en ciernes donde menos se lo hubiera esperado. Bajaron primeramente a la iglesia y le presentó a mosén Pascual que

lo examinó de arriba abajo como si fuera el médico del pueblo y el visitante un paciente al que tratar. Luego dieron una vuelta por las calles de la *Umbría* y los receptores nasales de Boro volvieron a darse un festín con el aroma que provenía de las eras. Le enseñó la ermita del Carmen y señaló a lo lejos la ermita de san Roque con el cementerio anexo. Mientras tanto, el valenciano no hacía más que tomar notas en el papel que el secretario no pudo descifrar al desconocer el lenguaje de esa escritura. Cruzaron nuevamente el puente e iniciaron la subida hacia el *Barrialto*, pasando por el abrevadero recientemente construido. Tal como iban caminando por las calles del pueblo se cruzaban con vecinos a los que saludaban y don Ramón Sánchez aprovechaba para presentarles al nuevo maestro. Siguiendo el itinerario continuaron por la calle del Horno y dieron la vuelta al final entrando por la calle Mayor hasta llegar nuevamente al edificio consistorial; su punto de partida. Entonces, el secretario le abrió la puerta de la escuela de las niñas, situada en los bajos del edificio, subiendo después a la de los niños donde el recién llegado impartiría sus clases y que lindaba con la secretaría. Comprobó el docente la dotación de la escuela y, tras anotar varios apuntes en la hoja de papel, salió bastante satisfecho de los materiales didácticos que disponía. Pero cuando iban a entrar de nuevo a la secretaría escucharon una voz que les llamaba. Era la propietaria de la vivienda que tenían enfrente; Engracia Lahuerta también conocida como la *tía Rompa*, que rodeada de varios niños llamaba insistentemente al secretario.

—Don Ramón y compañía ¡por favor! vengan a ayudarme un momento.

Cuando llegaron donde estaba la mujer la notaron muy apurada con dos niños detrás de ella mientras llevaba en sus brazos a un bebé que no hacía más que patallar.

—¿Qué te ocurre, Engracia? ¿Dónde están tu marido y el pequeño Fausto?

—Vicente está acarreado el trigo desde la *Cañada del Pozuelo* y mi hijo Fausto en la era, trillando con el abuelo Joaquín.

—¿Y te has quedado con los más pequeños en casa?

—Ya ve usted, con el trabajo que tenemos durante estos días y yo tengo que cuidar de mi Ramona, el Joaquín y Ángeles. Menos mal que el mayor ya puede ayudar algo, mi Fausto vale mucho.

—Pues tú dirás en qué te podemos ayudar.

—Hágame el favor, don Ramón, y venga a la cocina que no puedo abrir la cajonera y tengo allí toda la cuchillería. Lo he intentado de todas las formas, pero hace falta para abrirlo la fuerza que yo no tengo y además los *muchichos* no me dejan parar ni un momento.

—Ya voy a echarle un vistazo. Engracia, este señor que ves es el nuevo maestro, don Salvador.

—Encantada de conocerlo, señor.

Entraron en el corral de la casa los dos buenos samaritanos y don Salvador se quedó olisqueando —nunca mejor dicho— desde el muro exterior. Esta vivienda era una de las típicas que existían en el pueblo y el educador no perdía detalle. La fachada hasta el primer piso era de piedra y a partir de ahí el resto estaba lucido con cal. Sobresalían varias ventanas de pequeño tamaño y, como la mayor parte de las del pueblo que había visto, tenían los vanos y espacios interiores pintados de azulete. En la calle había un portón grande que estaba entreabierto y cuando penetraron en el corral asustaron a las gallinas que al ver la puerta medio abierta ya estaban cotilleando por sus aledaños. Se fueron atemorizadas y escandalosas hacia un cobertizo cubierto de ramas situado a la derecha del corral y, ya más tranquilas, comenzaron a picotear distraídamente sobre el ciemo que cubría el suelo. Entonces, un multicolor y robusto gallo comenzó a piar con fuerza en un rincón al fondo del corral llamando la atención como si hubiera encontrado la mismísima guarida de los gusanos. Al momento, se vio rodeado de sus plumíferas consortes que corrieron batiendo las alas y picaban sumisas en el suelo buscando una imposible comida. El viejo gallo, que parecía saber latín, acabó anotándose el tanto de la vuelta al redil de sus congéneres y seguía mirando retador y altanero a los intrusos. Tras el paréntesis de las aves, los dos adultos penetraron en la casa empujando la parte inferior de la puerta que daba a una entrada de pequeño tamaño con el techado abovedado por vigas de madera de sabinas. Este habitáculo era una pequeña y alargada habitación que finalizaba en la puerta de la cuadra donde tenían cobijo los animales de labor de la casa: la mula y una burra. Y mientras el secretario junto a la mujer entraban en la cocina a través de otra puerta situada también en el interior de la entrada, el maestro observó que una de las vigas tenía incrustadas dos argollas en el centro. Sin pensarlo dos veces alargó los

brazos y quiso colgarse de ellas tanteando su resistencia mientras los críos reían la inusual ocurrencia del mayor.

—Es para colgar los cochinos —dijo Ramona la niña de más edad.

Entonces, don Salvador dejó de columpiarse en los aros al tiempo que sonreía mirando a los *muchichos*. Al momento, se escuchó un golpe seco y oyó al secretario maldecir por lo bajo el esfuerzo que le había dado la dichosa cajonera atascada. Instantes después, mientras el maestro seguía escudriñando a su alrededor, comenzó a sentir nuevamente que sus papilas olfativas empezaban a ponerse en funcionamiento ante un nuevo aroma que estaba impregnando toda la casa. Este nuevo olor no tenía nada que ver con ninguno de sus registros almacenados a pesar del esfuerzo de su cerebro por recordar alguno parecido. No era un perfume fuerte pero sí lo suficientemente intenso y especial como para que levantara la cabeza a modo de un lebrél rastreador y buscara a través de los efluvios aéreos su lugar de procedencia. Luego, oyó otro golpe seco proveniente asimismo de la cocina y poco a poco ese aroma celestial se iba disipando lentamente. Al momento, la *tía Rompa* con la niña en brazos y el secretario aparecieron por la puerta de la cocina. Don Salvador se dirigió a ellos y sin más dilación les preguntó:

—Ese olor... ¿Qué habéis hecho ahí dentro que ha dejado un aroma en el ambiente como nunca en mi vida he sentido?

—Nada más que abrir el cajón —respondieron al unísono.

Y el buen hombre solicitó a la dueña entrar a comprobar la dichosa mesa y el rebelde cajón. Ésta asombrada no daba crédito a tanto interés como mostraba el señor maestro, pero le dejó entrar en la cocina. La habitación era de reducido tamaño con una chimenea al fondo de la misma, varias sillas a su alrededor y una mesa con cajonera de madera maciza a la izquierda. Se situó enfrente del mueble abriendo un cajón que ahora se deslizaba suavemente, el cual debía de guardar con toda seguridad, arcanas maravillas. Lo abrió muy despacio y tal como lo hacía emanaba de su interior nuevamente los gloriosos aromas que un instante atrás había percibido. Sin embargo, allí no había nada más que cubiertos y un cantero grande de pan. Hizo intención de cogerlo pero antes miró a la dueña que se percibió del insólito deseo asintiendo con la cabeza para que así lo hiciera. Y eso fue lo que realizó

ante la extrañeza de los adultos que no se podían imaginar semejante interés por una simple hogaza de pan. La cogió con sus manos y alzándola hasta la nariz comenzó a presionarla y, segundos después, a aflojarla repitiendo la operación unas cuantas veces. Esa maravilla de olor volvía nuevamente a impregnar la habitación ¡era el pan!

—¡Claro! —exclamó extasiado al haber descubierto el secreto—. Es el pan que al estar en un cajón cerrado guarda su aroma impidiendo que éste se evapore y cada vez que se abre su esencia escapa de la prisión a que se ve sometido. ¡Qué maravilla de olor! —y luego, pizcando en él extrajo un pequeño trozo que llevó a su boca inmediatamente—. ¡Pero qué bueno está este pan! —señaló complacido cerrando los ojos para sentir con más intensidad los gustos de su paladar.

La *tía Rompa* y el ilustre secretario se miraron a los ojos pensando que el nuevo maestro estaba loco de atar. Pero ahí no acababa la cosa, don Salvador había descubierto un mundo nuevo y estaba empeñado en continuar investigando. Salió de la cocina escudriñándolo todo a su alrededor con prudente silencio mientras el secretario y la mujer comentaban diferentes cuestiones sobre la cosecha del año. Anduvieron los tres un breve trecho deteniéndose más adelante entre el espacio de la puerta de la casa y el portón del corral. Miró don Salvador a su izquierda y apreció un edificio de una planta ubicado en dicho recinto que estaba separado por unos dos metros de la pared de la vivienda. En dicho receptáculo al aire libre comprobó la existencia de varias piedras de gran tamaño dispuestas en solitario a lo largo de la pared y, mirando a la dueña, le preguntó qué eran aquellas losas tan grandes y por qué estaban separadas.

—Porque colocamos la sal para nuestras cabras del rebaño comunal. Les echamos sal gorda y ellas, cebadas por el instinto, vienen a comerlo todos los domingos cuando vuelve la cabrada al pueblo.

—¿Y esa casa de ahí al lado es el gallinero? —volvió a preguntar.

—No sólo eso, es la paridera y ahí guardamos los animales de la casa.

Y el maestro ya lanzado en su investigación solicitó mirarla con más detenimiento. La *tía Rompa* seguía sonriente las indicaciones de don Salvador, pero el secretario ya empezaba a sentirse incómodo ante

su persistente tozudez, empezando a creer que en lugar de un serio docente había llegado al pueblo un bicho bastante raro. No obstante, los siguió también y de nuevo, con el permiso del gallo, penetraron en la estancia ya que previamente el plumífero emperador del corral se había llevado las gallinas hacia otro rincón haciéndolas perseguir volátiles promesas de comida. Nuevos olores entremezclados surgieron del interior de la paridera y el álbum aromático del valenciano continuó enriqueciéndose con nuevas e inéditas aportaciones.

—¡Cómo huele! ¡Qué fuerte es este olor! —refirió llevándose en un principio las manos a la nariz.

—Son las gorrineras —comentó la mujer señalando a la izquierda del interior de la paridera.

La incomodidad de don Ramón Sánchez se estaba tornando en un ligero cabreo por los caprichos de don Salvador y todavía fue a más cuando, a pesar de la pestilencia del lugar, el nuevo docente se empeñó en entrar, hipnotizado como estaba, por todos sus constantes descubrimientos. Las gorrineras eran dos y en una de ellas estaba el puerco que alimentaban para sacrificar a finales de año y en la otra una cerda con sus cuatro crías. Cuando los animales escucharon los ruidos de los humanos comenzaron a gruñir desesperadamente. Era casi la hora en la que todos los días les echaban la comida en los gamellones y en el pueblo ese momento resultaba ciertamente espectacular y estrepitoso. Casi todas las casas disponían de algún marrano que, una vez sacrificado en el invierno, servía de alimento debidamente condicionado para todo el año siguiente. El infernal sonido de todos los gorrinos del pueblo a la hora de su comida se hacía tan impertinente como una sinfonía grotesca de ruidos asonantes y no cesaba hasta que sus amos les echaban la pastura en los comederos o *gamellones*. Tan sólo dejaban de oírse sus molestos gruñidos cuando, atiborrados de comida, se tumbaban solazados entre sus propias inmundicias con algún que otro ronquido en agradecimiento a la manduca regalada. Don Salvador miró al fondo, de frente según entraba, y observó dos grandes canastas de mimbre colgadas de la pared en cuyo fondo se adivinaban restos de paja. Se acercó con cuidado para no pisar más excrementos de gallina, como ya había hecho, y observó la presencia de varios huevos encima del cereal. Le extrañó la forma de alguno de ellos y cogiéndolos se dio cuenta que junto a los auténticos existían otros de madera pintados de blanco.

—Son los ponederos para que las gallinas echen los huevos allí y no los vayan dejando por toda la paridera —dijo la señora Engracia antes de la más que previsible pregunta. Y luego continuó—: les colocamos unos huevos de yeso u otros de madera pintados para que las gallinas se ceben en ponerlos siempre en el mismo sitio.

Una vez comprobados esos lugares, su examen continuó por la derecha de la paridera, donde comprobó la existencia de otra estancia separada por un murete de un metro de altura a la que se entraba a través de una pequeña puerta sujeta con un picaporte. En ese lugar se apreciaban unos comederos alargados por toda la pared donde sobresalía algo de hierba seca y no había duda de qué animales encerraba, ya que la presencia de cuatro corderos señalaba al ganado ovino. Por supuesto, aunque el olor de todos los animales estaba entremezclado, podía distinguir perfectamente los que provenían de cada uno de los rincones y el que venía de ese lugar era algo diferente, no tan fuerte como el primero que había encontrado a la entrada de la paridera. Aún así, estuvo un buen rato levantando la mirada y oliendo con fuerza por los rincones del lugar, obteniendo con todo ello un excelente resultado que sumó a los que su cerebro tenía almacenado. Después de tanta excitación, tuvo un momento de lucidez y el nuevo maestro se percató de ser el centro de atención y de que quizás había obrado con excesiva familiaridad. De manera que detuvo sus ansias de seguir investigando y prefirió detenerse para dar una somera explicación sobre su extravagante actitud.

—Seguramente, les parecerá excéntrico todo mi interés en los olores —mencionó en un primer momento mirando a la mujer— pero es algo que no lo puedo remediar. Afortunadamente, tengo una extraordinaria capacidad para distinguirlos y con un poco de práctica puedo llegar a conocer a qué mundo pertenece cada uno de ellos. Cuando vivía en Alboraya todos los días sabía la comida que había preparado mi madre tan sólo al abrir la puerta de entrada a la casa. Y de pequeño, mi padre me llevaba al campo de mis tíos y yo gozaba como nadie oliendo todo tipo de aromas. Tenía especial predilección por el del tomate pero también distinguía el de las frutas y verduras. Además, Valencia, que es de donde provengo, es conocida como la tierra de las flores y con ellas los aromas más diversos y exquisitos. Durante la primavera es la época del azahar y durante el verano las barracas y masías huelen a jazmín. Como pueden ver, los olores forman parte de mi vida —concluyó ensimismado por sus recuerdos.

Luego, se recompuso después de toda la experiencia recientemente vivida y salió de la paridera despidiéndose muy afectuosamente de la *tía Rompa*. Por fin, el secretario lograba que se fueran de aquel apestoso antro y suspiró aliviado. Nuevamente en el corral los pequeños comenzaron a alborotar en sus juegos, tanto que don Ramón Sánchez no sabía dónde estaría peor, si oliendo a los gorrinos o aguantando a los *muchichos*. Ocasiones como ésta le servía de patético consuelo por no haberse casado nunca y no digamos nada de los animales que sólo los miraba con buenos ojos cuando debidamente sazonados para su consumo se disponía a hincarles el diente. Y mientras caminaban hacia el ayuntamiento, no dejaba de pensar en si el alguacil y su esposa habían acabado con la ocupación que les había llevado a la casa de los maestros desde primeras horas de la mañana.

Como tardaba en volver el matrimonio, decidieron ir a buscarlos, llevándose de paso la maleta y el pequeño paquete. Iban por la calle Mayor cuando vieron a Irineo y Margarita caminar en dirección hacia donde ellos se encontraban. Se saludaron, haciendo el secretario las presentaciones de rigor, e Irineo les comentó que prácticamente habían acabado la limpieza y que se había quedado su hija ultimándolo todo. Luego, se despidieron continuando su camino y cuando estaban por la mitad de la calle, doblaron por una esquina hacia su izquierda. Unos metros más abajo se toparon con la muchacha, que ya estaba cerrando la puerta. Llegaron a su lado cuando sacaba la vetusta llave de la vieja cancela y al girarse se dio de bruces con don Salvador. La sorpresa fue de órdago y ambos se quedaron sin palabras mirándose fijamente a los ojos sin apenas escuchar las presentaciones que estaba realizando el secretario. Ella, sonriente, estiró el brazo dándole la llave de su nueva casa, pero sin hacer comentario alguno. Él seguía con los ojos iluminados y la recogió con sumo cuidado prendado de la belleza de la joven. Tras el primer instante de anonadamiento volvió en sí mientras escuchaba a don Ramón Sánchez solicitarle que le diera la llave de la casa para poderse la enseñar. En un primer momento siguió sin hacerle caso, mientras la muchacha subía la cuesta después de despedirse, y aún estuvo persiguiéndola con la mirada hasta que la perdió de vista al torcer por la calle Mayor.

—¿...me está escuchando?... deme la llave, ¡haga el favor!

—Perdone estaba distraído... ¿Quién es esa chica?

—Pero qué despistado eres, te la acabo de presentar y ya no te acuerdas. Es Hortensia, la hija del matrimonio que hemos visto antes.

—¡Ah sí, ya recuerdo! Discúlpame que hoy he tenido un día muy ajetreado.

Entraron en la casa y el señor secretario le enseñó las habitaciones, aunque el maestro apenas prestaba atención. La imagen de Hortensia le seguía por todos los rincones y, aunque no creía haber escuchado su voz, sin embargo su presencia la notaba tanto como la ropa que llevaba encima. Boro —para los íntimos— no creía en las casualidades y si el destino le había llevado a este pueblo sería por una buena razón y tenía en la visión de la joven el argumento más poderoso que atinaba a encontrar. Ahora intuía el por qué de su presencia en Monterde de Albarracín. Había salido de su tierra huyendo de una relación imposible y en una localidad perdida en la montaña acababa de descubrir la verdadera razón de su existencia. Si su corazón no le engañaba, creía haber dado por fin con su destino y, si estaba en lo cierto, el paso del tiempo lo confirmaría. Como así fue.

XXXV

Las fiestas del pueblo durante el mes de septiembre de 1931 prometían ser las más felices, como jamás las habían disfrutado Rafael y Violeta. El joven estaba exultante, si bien no había salido elegido concejal, se había proclamado la República y una época de auténtica libertad comenzaba su singladura. Además, había hablado con su padre sobre la intención de casarse con Violeta lo más pronto posible. Por todo ello, Cosme no tardó en comprar un pajar medio derruido y abandonado cerca de la *casa del Rentó* y pensaba que, con la ayuda de los albañiles locales, podía proporcionar a su hijo una vivienda digna para su nueva familia. Durante ese otoño comenzarían las obras y con suerte al año siguiente estarían finalizadas, por lo menos, eso prometía la cuadrilla de Maximiliano, el alarife local.

Lo cierto es que desde la proclamación de la República la vida de Rafael se había revolucionado considerablemente. La puntual efervescencia de los primeros momentos había dejado paso a una constante

actividad y tenía como principal objetivo buscar los apoyos necesarios para fundar una agrupación obrera y republicana en el pueblo. Enviaba, como nadie se podía imaginar, lo sucedido en otros municipios de la Sierra que a las primeras de cambio habían logrado organizar un sindicato socialista y campesino. Sobre todo, en las poblaciones cercanas de Bronchales y Orihuela del Tremedal donde un buen número de jornaleros de todas las ideologías revolucionarias, tanto socialistas como anarquistas, se unieron para concebir un único sindicato local que los englobara a todos. En ambos pueblos el proceso fue similar; se juntaron la totalidad de los simpatizantes locales y decidieron crear una agrupación que llevaría las siglas de lo que eligiera la mayoría, aunque cada persona o grupo interno mantendría su inclinación ideológica. Lo importante —decían— era estar unidos en defensa de los derechos de la clase trabajadora y enfrentarse con mayores garantías a los poderosos que controlaban la vida económica de sus municipios. Eso era precisamente por lo que suspiraba Rafael; que en Monterde se dieran las mismas condiciones y poder unir a todos los jornaleros y pequeños propietarios en una sociedad obrera de idénticas características. Aunque en este caso el pueblo donde vivía contaba con un impedimento de primer orden como era el alcalde don Belarmino Fuentes que hacía y deshacía a su antojo y su caciqueo constante impedía la actividad de sus adversarios. Además existía un número considerable de propietarios campesinos que, aunque no disponían de muchas tierras, temían como nadie las ansias colectivizadoras y comunales por las que suspiraban los que nada o casi nada poseían. Rafael apenas notaba la sensación de unidad que, por el contrario, sí observaba cuando viajaba a Orihuela del Tremedal o Bronchales probablemente porque en estos pueblos eran muy numerosos los jornaleros, al contrario que en Monterde. En este último pueblo había mucho por hacer, sobre todo, porque el núcleo de gente dispuesta a movilizarse, si bien era entusiasta, no dejaba de ser exiguo.

Sin embargo, lo primero era lo primero y el trabajo con la gayuba y el espliego le llevó todo el verano aunque durante los escasos momentos de descanso que disponía se tenía que dividir entre la actividad política y su relación con Violeta. La sociedad local también había cambiado en cierto sentido y donde más se notaba era en la vida cotidiana. El día 29 de junio había tenido lugar las primeras elecciones democráticas de la II República española. En Monterde el candidato

más votado fue el independiente José Torán, mientras que el antiguo Barón de Velasco, ahora bajo su nombre de Fernando Prieto, apenas obtuvo apoyo electoral. Después de aquél, los aspirantes más votados fueron los socialistas Pedro Díez y Pedro Pueyo junto a Gregorio Vitelata y Vicente Iranzo, que se presentaban por la candidatura Republicana Popular. Esto era así porque se votaba en listas abiertas y cada elector varón y mayor de veintitrés años podía votar hasta cuatro candidatos del partido que quisiera. Los amigos de Rafael se movilizaron a favor de estos últimos políticos y se vieron recompensados por los resultados obtenidos. Además, el grupo de compañeros de la Sociedad Obrera contaba con un nuevo simpatizante —que no miembro— desde ese verano, ni más ni menos que el maestro del pueblo, don Salvador Sanchís, Boro para los amigos.

El nuevo docente había desembarcado en el pueblo a mediados del mes de julio y desde el primer momento no dudó en significarse en la vida social de la localidad. Era un hombre sincero, inteligente, enamorado y un ateo convencido. Nada más llegar a Monterde se topó con la mujer de sus sueños, fue como un flechazo y, cautivado como estaba, no paró hasta conseguir sus objetivos ante la complacencia de Hortensia, que se perdía por sus huesos desde el día que lo conoció. También su madre Margarita estaba la mar de contenta pues el pretendiente de su hija mayor, además de ser maestro como lo fue su padre, tenía en común buena parte de su ideología y cierta manera de ser. Con el secretario don Ramón Sánchez su relación era correcta aunque con bastantes altibajos dependiendo casi siempre de la discusión filosófica que estuvieran llevando a cabo. Así, mientras a uno le entusiasmaba la dualidad del mundo de Platón y la lógica de Aristóteles, el otro se encendía hablando de Epicuro y si era necesario se pasaba horas disertando sobre la vida de Diógenes “el cínico”. Con el alcalde don Belarmino Fuentes durante las primeras semanas no se llevaba ni bien ni mal, sencillamente porque apenas se trataron, todo lo contrario que con el párroco del pueblo, donde era evidente una manifiesta hostilidad por ambos lados. Mosén Pascual le afeó cierto día en plena calle delante de varias personas que no acudiera a la iglesia y don Salvador le increpó que era libre de hacer lo que le diera la gana y no había encontrado a lo largo de su vida ningún motivo para creer en el Dios de los cristianos ni en ningún otro. Esta discusión tuvo mucha repercusión en el pueblo porque, aunque sus predecesores en la escuela no pasaron por ser buenos creyentes o incluso hubo alguno que se declaró

agnóstico como don Filiberto, lo cierto es que sí se les veía en ocasiones puntuales. Sin embargo, el nuevo maestro lo dejó meridianamente claro desde el primer momento y mucho más al albur de la política de libertad religiosa que se había implantado con la República. Ello le permitía hacer lo que quisiera con total libertad y eso es precisamente lo que hizo pues declaró abiertamente su ateísmo. Y todo ante la continua y manifiesta hostilidad del párroco con sus diatribas pastorales de los domingos sobre la decencia cristiana en los cargos públicos.

Pero no todo en la vida es lucha social y política, las fiestas patronales sirven, entre otras cosas, para liberar las tensiones acumuladas durante el año y las del presente 1931 las había tenido a raudales. No obstante, durante las vísperas festivas ya se empezaba a notar en el pueblo que éstas no iban a ser como las de épocas pasadas. El personal se había movilizado en cierta manera y se empezaba a vislumbrar la existencia de grupos sociales que comenzaban a diferenciarse, hasta en las mismísimas fiestas. Días antes de su comienzo quedó perfectamente claro que los jóvenes, y no tan jóvenes, del pueblo habían llevado el tema político hasta límites insospechados. Acudiría toda la población a los programas festivos pero, de ninguna manera, irían revueltos como antaño. El pueblo se dividió en dos partes. Una estaba participada por los ricos, aunque también acudían aquellos que aparentaban serlo, junto a los propietarios campesinos, fuese cual fuese su hacienda, pero que entendían a la propiedad como el estatus básico que les permitía diferenciarse socialmente del resto de la población. En el otro conglomerado se aglutinaban básicamente los pobres ya fuesen jornaleros o propietarios con pocas tierras pero que tenían asumida su pertenencia a una clase social determinada. Los primeros se buscaron un local para frecuentar y se decantaron mayoritariamente por el del *tío Morras* aunque también acudían al del *tío Conejos*. Mientras que los segundos, como no tenían donde caerse muertos, montaron el suyo en la planta baja del *tío Pacheco*, cerca del local de la Sociedad Obrera. Y no solamente eso, sino que empezaron a organizar bailes donde acudían únicamente sus simpatizantes. Esta situación que comenzó en las vísperas de las fiestas patronales de 1931 no finalizó con su conclusión sino que fue un signo de distinción para cada uno de los grupos durante el resto de la República. Hubo un núcleo sólido de personas que sólo acudía a sus locales y bailaba en sus fiestas mientras que los no significados políticamente iban de un lado a otro según les convenía. Esta fue la primera partición de la sociedad local en Monterde de Albarracín.

XXXVI

Por fin había llegado el tercer domingo de septiembre y las fiestas patronales de ese año tenían que ser las mejores, como siempre se piensa antes de empezarlas. Los mozos y solteros del pueblo eran los que más ganas tenían que comenzaran, pero todo debía de hacerse con arreglo al orden que habían mantenido durante muchos años y a principios del mes de septiembre se pusieron manos a la obra. Hay que tener en cuenta que el ayuntamiento no pagaba las fiestas o, en todo caso, su aportación era mínima, pues para ello estaban los vecinos del pueblo. Se creaba una comisión de las fiestas compuesta por el alcalde o el concejal en que aquél delegara y cuatro capitanes que correspondían a tantos grupos de la localidad. En el año 1931 el alcalde don Belarmino Fuentes se eximió de participar en ellas y prefirió que fuese el edil más joven del ayuntamiento quien formara parte de la comisión. Ello fue recogido con el natural alborozo entre los amigos de Rafael, pues las relaciones que mantenían con el *tío Chalecos* eran todo menos amistosas. El grupo más dinámico de los que existían y nombraban capitán era el de los solteros y, de entre sus miembros, eligieron a Florentín, uno de los amigos íntimos de Rafael. Los otros tres capitanes eran los elegidos por el grupo de los casados, por los mozos que todavía no habían cumplido con el servicio militar y por último el designado por los clavarios del pueblo. Una semana antes del comienzo de las fiestas se reunieron en el ayuntamiento para concertar todos los juegos que se iban a realizar y la cuantía de los pagos. Además, debían de confirmar con los vaqueros de la ganadería que pastaba en el puerto de Bronchales el día que traerían el novillo para torearlo. Todos los capitanes servían de intermediarios con el ayuntamiento respecto a sus cuadrillas y se prorrateaban los costes de las fiestas entre los diferentes grupos del pueblo. Además, en agradecimiento a su proclamación, los capitanes convidaban a los miembros de su cuadrilla a vino y tortas de cañamones que ellos mismos o sus familias elaboraban.

El buenazo de Florentín estaba, como el resto de los amigos de Rafael y los jóvenes solteros de la Sociedad Obrera, ansioso de los festejos de ese año y a ello se dedicó este hombretón consiguiendo que se celebraran la mayor parte de los juegos que conocían desde los últimos años. Este no era un problema, en realidad, ya que el coste era mínimo y tan sólo necesitaba de una buena planificación y él, que llevaba mu-

chos asuntos de la Sociedad, tenía la necesaria experiencia para poder realizar su cometido. El punto más importante era el de la música y el novillo que se torearía por las calles del pueblo. Respecto a la orquesta habían contratado a la Banda Provincial que ya había participado en alguna que otra fiesta y sería la encargada de amenizar los bailes en la plaza. Además, ese año se contrató a la Rondalla Aragonesa para que cultivara los oídos de la población local con su repertorio de jotas y canciones populares. Por otra parte, en las cantinas frecuentadas por los ricos un acordeonista animaba a los que allí se juntaban y en el local que frecuentaban los pobres, la sala propiedad del *tío Pacheco*, eran los dulzaineros de Tramacastilla quienes amenizaban los momentos de ocio. Eso sí, a estos dos últimos les pagaban las personas que los contrataban ya que eran unos festejos particulares aunque estaban inmersos en las fiestas del pueblo.

Como era la costumbre, las fiestas se iniciaban con misa y rosario dirigido por un inquieto mosén Pascual, a quien los últimos acontecimientos políticos habían puesto algo más que nervioso y eso se notaba a la legua siempre que tenía la menor ocasión, como por ejemplo, en las homilías. Pero lo cierto es que independientemente el párroco que existiera la mayor parte de los monterdinos eran creyentes practicantes y participaron en todos los actos religiosos de las fiestas patronales con especial incidencia en las procesiones. En el aspecto más nítidamente lúdico durante todos los días se realizaron partidas del *guiñote* y de la *morra* que, al ser una competición larga y con muchos participantes, abarcó todo el periodo de las fiestas. Y en lo puramente deportivo se realizaron numerosos juegos que tuvieron su comienzo con el lanzamiento de la *Barra aragonesa*, deporte del que fue ganador durante muchos años Cosme, el padre de Rafael. Este pasatiempo tan sólo tenía lugar durante las fiestas patronales y requería bastante más destreza de la que en principio podría parecer. Se trataba de lanzar una barra de hierro de unos ochenta centímetros de largo con un peso aproximado de siete kilos y que cayera en punta. Ganaba quien la tirara más lejos siguiendo las prolijas normas del juego. Este año el lanzamiento se le atragantó a Cosme y el ganador fue un fornido jornalero llamado Sebastián Garrido, que logró arrojarla hasta casi trece metros de distancia.

Otro día también jugaron a las *calvas* y en este caso la pericia de los concursantes era fundamental para lograr el triunfo. El juego

consistía en colocar un tronco grande de carrasca inclinado y sujeto tan sólo por un pequeño palo. Los participantes, a una distancia de doce pasos, tenían que lanzar piedras del tamaño de un pequeño puño cerrado en dirección al palo con la intención de darle directamente sin que rebotaran en el suelo. Ganaba quien lograba acertar siete veces, y en las fiestas de 1931 el ganador fue Marcelino Ponce, un cabrero experimentado que solía entrenarse mientras vigilaba el rebaño de su amo don Jesús Oquendo. Aunque la victoria casi le salió cara porque el ganadero quiso reconocer en varias de sus ovejas lastimadas o cojitrancas el efecto de los ensayos que realizaba su pastor, que las utilizaba como dianas. Aún con todas las protestas de inocencia por parte de su jornalero, lo cierto es que el mosqueo le duró una buena temporada.

Una vez que finalizó este juego se continuó con el del *garrote*. En esta ocasión se sentaban dos personas en el suelo y agarraban ambas un palo empujando cada una hacia sí o lateralmente y ganaba el que lograba desplazar o levantar del suelo a su contrincante. También éste era un deporte de destreza y maña donde no valía la fuerza bruta y venció, después de mucha bronca y enfado por parte de algunos participantes, José Gutiérrez, un jornalero nervudo. Su pericia para este desafío venía como consecuencia de su trabajo como aserrador durante largas temporadas en el Puerto de Bronchales. Aunque, desde luego, si ganó fue gracias a sus amigos, que le impidieron beber lo más mínimo hasta finalizar el juego, ya que todo lo que tenía de fortachón lo perdía cuando ingería alcohol y su cuerpo fibroso se desvanecía como por arte de magia. En la Sierra era sobradamente conocido José Gutiérrez y si se preveía bronca sus contrincantes solían invitarle a beber para de esta manera anularlo antes de la pelea, pues en caso contrario era un excelente boxeador que dejó fuera de combate a más de un contrincante.

Durante las fiestas patronales de 1931 se incluyó un juego que rara vez se realizaba, el *estornijo*, un pasatiempo que había llevado al pueblo años atrás un monterdino que estuvo sirviendo varios años en el municipio de Toril y Masegoso. El mismo consistía en una rama fina de madera con aproximadamente veinte centímetros de largura que tenía punta en una parte. Se tiraba al suelo con fuerza por ese lado precisamente y al rebotar se le golpeaba lo más fuerte posible con un garrote. La pieza era volteada lejos y una mujer, que hacía de compañera del participante, tenía que recoger el palo lanzado con su saya o

el delantal que se colocaba para tal fin. Ganaba quien más lejos la golpeaba en tres intentos y además era recogida sin que tocara el suelo. En este juego, que venció merecidamente Florentín y su acompañante Fernanda Villar, fue donde tuvo lugar uno de los encontronazos típicos que suelen ocurrir en todas las fiestas.

Al pueblo de Monterde habían acudido, como muchos años, otros grupos de jóvenes de los pueblos de alrededor y este año los de Bronchales estaban algo más aguerridos que de costumbre. Quizás porque el año anterior había habido bulla en su pueblo, precisamente con un grupo que acudió desde Monterde de Albarracín con ganas de gresca. O puede que fuera por el exceso de alcohol que habían ingerido esa tarde, lo cierto es que importunaban constantemente al buenazo de Florentín y no dejaban de meterse con su compañera. La pareja de concursantes era muy popular en el pueblo. Él por ser buena persona; un tipo grandullón que había sido elegido capitán de los solteros en ese año y, además, uno de los que más destacaban socialmente en la localidad, siempre metido en todos los fregados de la Sociedad Obrera. Y ella era una persona sensible y muy especial. Fue, en realidad, la protagonista circunstancial de los acontecimientos que se sucedieron.

Fernanda Villar era el contrapunto visual del muchacho. Si éste era bastante alto con su metro ochenta y pico de altura, muchísimo para la época, ella no llegaba al metro y medio, por otra parte, bastante normal en aquellos tiempos. En principio, verlos juntos podría mover a cierta hilaridad como consecuencia de la diferencia de estatura, pero ese era prácticamente el único contraste ostensible entre la pareja. Los dos eran, como queda dicho, excelentes personas, pero en Fernanda había algo especial. Ella era una luchadora nata, su pequeño cuerpecillo guardaba las armas de una mujer con todas las de la ley. Morena de pelo ensortijado y cara ancha, sus facciones se definían por unos ojos rasgados más bien pequeños y un buen número de pecas que se expandían por toda su cara. Quizás, para los cánones de la belleza en esa época, no fuese el modelo por el que aspiraban los amantes de lo superfluo. Sin embargo, para aquellos que buscaran el inescrutable tema de la belleza interior que sólo está al alcance de ciertos privilegiados o privilegiadas ella llevaba todas las de ganar. Su forma de hablar, su inteligencia, su querencia, su saber estar, todas estas cuestiones las llevaba de forma tan natural que formaba un todo con su persona. Era sencillamente excepcional y por ello su amistad convertía a los que la rode-

aban en mejores personas. Se podía asegurar que era la amiga perfecta, siempre con una sonrisa en los labios, siempre agradable, incluso cuando pasaba momentos que no lo eran en absoluto. La persona que uno cuando la conoce quisiera gozar de su amistad por los siglos de los siglos. Esa era Fernanda Villar.

Sin embargo, en periodo de fiestas estas características apenas cuentan entre la socorrida banalidad de los que tan sólo buscan juerga, alcohol y todos los excesos que se puedan permitir. Y en este caso, los vecinos de Bronchales, que llegaron durante el segundo día de las fiestas, tenían muchas ganas de divertirse a costa de lo que fuera y, con la excusa de las viejas cuentas pendientes por lo sucedido en su pueblo el año anterior, vieron en las diferencias de altura de Florentín y su compañera un punto perfecto para burlarse y buscar camorra. De manera que en el juego del *estornijo*, donde ambos hacían pareja, no cesaban de burlarse con frases de mal gusto, riéndose a carcajadas cada vez que entraban en el mismo la pareja monterdina. Hubo conato de pelea ya durante la segunda vez que entraron a jugar y en la tercera y definitiva los amigos de Florentín tuvieron que pararlo, pues iba directamente a por todos ellos. Al final de la tanda la inusual pareja monterdina resultó ganadora del juego y fue a recibir el premio merecido.

Cuando el edil del ayuntamiento estaba dándole el sobre con las veinticinco pesetas y la botella de anís, los comentarios soeces del grupo de Bronchales se multiplicaron. Entonces Florentín ya no pudo aguantarse y acercándose al forastero que más estaba alborotando le estrelló la botella en la cabeza, rompiéndola en mil pedazos y abriéndole una brecha cerca de la sien de la que empezó a manar un hilo de sangre. Al momento la riña se convirtió en una multitudinaria pelea con todos los mozos del pueblo enzarzados a golpes, bastonazos y pedradas. Mientras, el herido era atendido rápidamente por el galeno local que, en época de fiestas, siempre estaba de guardia, muy raro era el año en que no acababan a garrotazos con los del pueblo que fuera. Pero, ojo, también les pasaba a los monterdinos cuando se iban a las localidades de alrededor y hacían lo que no debían. Esa era la inveterada costumbre de los forasteros que acudían en épocas festivas a los pueblos de alrededor. Algunas horas caminando por las sendas del monte para ir a bailar y divertirse, aunque en más de una ocasión la fiesta acabara mal. Los mayores tuvieron que intervenir para apaciguar los ánimos y finalmente se calmaron a duras penas, pero hubo dos con-

secuencias de la batalla campal. La primera fue que quedaron interrumpidas las visitas en tiempos festivos entre los vecinos de Bronchales y Monterde hasta tres años más tarde, cuando los mozos de ambos pueblos decidieron hacer borrón y cuenta nueva. Y la segunda, y más importante, es que Florentín dio el paso más importante de su vida y le declaró su amor a Fernanda Villar.

Este acontecimiento pilló a la buena mujer a contrapié, a pesar de que el mozo también era de su agrado, pues pensaba que quizás era producto de la precipitación por todo lo que había ocurrido. La muchacha le pidió que recapitara y se dieron como plazo la fiesta de la Epifanía del año siguiente. Si seguían pensando lo mismo, pues adelante, y en caso contrario, no pasaba absolutamente nada y seguirían siendo excelentes amigos, como lo habían sido hasta entonces.

Pasados los meses de excedencia la conclusión continuaba siendo la misma y los magos de oriente fueron testigos en Monterde de Albarracín de un precioso romance entre el bonachón de Florentín y la maravillosa Fernanda. Les separaban muchos centímetros de altura, quizás demasiados, pero había quedado claro que estaban hechos el uno para el otro. De manera que en esa noche de Reyes una pareja de irreductibles republicanos salieron cogidos de la mano en un deceso del baile celebrado en el salón del *tío Pacheco*. Y sin apenas inmutarse bajo la luz de una tenue farola, mientras el cielo se poblaba de temblorosas bolas de algodón y caían a un suelo cada vez más teñido de blanco, se prometieron un inquebrantable amor para toda la vida. Así, envueltos con una sábana nevada que cubría sus desiguales cuerpos, los encontraron sus amigos a los pocos minutos. Y a pesar de sus deseos de hacerlos entrar cuanto antes en la sala del baile, ellos continuaron allí dándose calor y amándose abrazados sin pronunciar palabra alguna hasta que un inoportuno estornudo de la chica les hizo recapitar. Bien estaba que se quisieran, pero ya no eran críos para jugar con las inclemencias del tiempo. Cuando por fin entraron dentro, y sabedores los allí presentes de todo lo ocurrido, los *Pepines* les dedicaron una bonita canción y sus amigos descorcharon varias botellas de sidra para celebrar el feliz acontecimiento. Este nuevo noviazgo valía un brindis por mucho que su origen hubiera estado en una simple pelea. Bien está lo que bien acaba y todos los presentes se felicitaron por ello.

El punto más sobresaliente de las fiestas patronales en 1931 fue, como todos los años, la suelta del novillo. Esta era una costumbre

muy popular en todos los pueblos de la sierra de Albarracín y, por supuesto, los vecinos de Monterde se entregaban a fondo así como numerosos forasteros venidos de los pueblos de alrededor. El novillo se soltaba por las calles de la localidad durante el último día de las fiestas y la puesta en escena de la corrida requería de la colaboración de la mayoría de la población. Durante la tarde anterior, los mozos cumplían con la tradición de cerrar por medio de carros y tablones las entradas que enlazaban con la calle Mayor. Alrededor de la iglesia se creaba una pequeña plaza que continuaba unos metros más abajo en dirección hacia el puente del río Manzano. Todo ello le otorgaba al lugar del encierro una forma parecida a la letra ele. El comienzo de la calle Mayor en dirección a Bronchales se dejaba abierto para que pasaran los mansos con el novillo. También durante la tarde anterior los vaqueros habían bajado del Puerto con todos los animales y descansaban en una zona próxima al pueblo llamada la *Noguera*. Cuando llegaba la hora indicada, aquéllos, subidos a caballo y con unas varas largas, conducían a los cabestros y al novillo hacia el pueblo.

Los jóvenes, y muchos zagales, tenían por costumbre dormir en los pajares durante esa noche y era frecuente que incluso acudieran a ver dónde acampaba la manada. De madrugada, después de comprobar que todo estaba en condiciones, acudían a las abacerías y cantinas del pueblo a beber sus buenas cazallas y prepararse para el encierro. Ese día había más ganas de fiesta que ningún otro y como sabían que finalizado el mismo se acababa la juerga, desde hacía algunos años realizaban alguna que otra trastada para alargar lo más posible el encierro de los toros. Todo ello revertía un considerable peligro pero se minusvaloraba por el ansia de diversión. De manera que más de un mozo y, confundido con éstos algún que otro mozalbete, se escondía en el callejón de la Talega, que era la segunda calle que enlazaba con la Mayor, y al paso de los mansos con el novillo salían raudos con alguna manta e interponiéndose entre los últimos cabestros los asustaban.

Durante ese año el valeroso e intrépido torero fue un mozalbete llamado Fausto; hijo mayor de la *tía Rompa* que, en un alarde de valentía o quizás sería más justo decir temeridad, asustó a los dos mansos que cerraban la manada a su paso por la mencionada calle haciéndolos retroceder nuevamente hasta el campo abierto ante el cabreo más que considerable de los vaqueros. Y éstos salieron pitando a caballo detrás de los asustados cabestros que corrían por el monte próximo. La gente

celebró con su acostumbrada algarabía este nuevo retraso de la fiesta y vitoreó al inconsciente zagal que levantaba los brazos como si hubiera ganado el mejor trofeo del mundo. Eso sí, no se libró de la reprimenda de sus progenitores aunque todo ello resultaba bastante previsible. Luego, cuando alguna hora después volvían los mansos al encierro, se completaba el mismo. Los más valientes le colocaban al novillo sus pares de banderillas, otros lo recortaban y al final, cansado de tanto trasiego, sujetaban al pobre animal con una soga y los matarifes locales le daban muerte.

Estas fueron las fiestas patronales de Monterde de Albarracín durante el mes de septiembre del año 1931, las primeras que se celebraron en la II República española. Hacía años que los vecinos no celebraban unas fiestas tan participativas y con tanto ambiente como las que tuvieron lugar. A pesar de las divisiones políticas los efectos de la juerga hicieron de común denominador con el ambiente festivo. Si bien es cierto que la sociedad se había empezado a polarizar, no fue óbice para que el común de los monterdinos se entregara a fondo en la causa general, que no era otra más que divertirse y pasarlo bien. Rafael y sus amigos fueron los que más descollaron en las mismas por su juventud y porque se sentían los auténticos dueños de los momentos tan brillantes que estaban viviendo. Para ellos era el comienzo de una nueva época y como tal se comportaron, amigos, novios, nuevas parejas que surgieron al calor de los bailes. Todo el pueblo extrapoló con estas fiestas un sentimiento nuevo del que se sentían los únicos protagonistas. El mundo entero, o mejor dicho, su mundo, les pertenecía por completo y por ello creían a pies juntillas ser los auténticos directores de su destino. Sin embargo, el inmisericorde reloj del tiempo acabaría poniendo a cada uno en el lugar que le correspondía. Éste se ponía en marcha precisamente al día siguiente; una vez finalizadas las fiestas comenzaba de nuevo la inevitable rutina con la vuelta al duro y fatigoso trabajo diario.

XXXVII

Al poco de acabar las fiestas del pueblo en los locales de la Sociedad Obrera recibieron la visita de un conocido anarquista, natural de la ciudad de Albarracín, que animó a los presentes para que acu-

dieran a la capital de la Sierra a una asamblea que se iba a celebrar a finales de octubre con la intención de crear un sindicato anarquista. Rafael y sus amigos congeniaban más con el mundo republicano y socialista pero no así Manuel, que veía en el anarcosindicalismo el futuro perfecto para solventar las necesidades de los jornaleros del pueblo. El joven insistió a los compañeros de la necesidad de acudir en dicha jornada a Albarracín y ver por sus propios ojos si era posible realizar un acto de características similares en Monterde. Estaba especialmente interesado porque además iban como oradores dos conocidos cenetistas turolenses que ya habían padecido cárcel y persecución por sus ideales en defensa de la clase trabajadora. Su interés obtuvo finalmente su fruto y quedaron que una comisión acudiría el día de la asamblea a la capital serrana.

Mientras tanto, en el pueblo, el *tío Chalecos* había vuelto a las andadas. En realidad nunca se había ido del todo, a pesar del parón de las fiestas, y no hacía más que importunar a los miembros más conocidos de la Sociedad Obrera. Todas las peticiones que realizaban al ayuntamiento las denegaba con cualquier excusa y les impedía con todo tipo de pretextos normalizar su actividad social y política. Incluso llegó un día en que personalmente acudió al local y confiscó la radio recién comprada por haberse saltado no se sabe qué artículo de las ordenanzas municipales. A pesar de los denodados esfuerzos de Rafael no consiguió que se la devolviera y, por supuesto, nunca más la volvieron a ver ni oír. Eso de escuchar lo que acontecía sobre la situación del país molestaba mucho a las autoridades locales monterdinas, que preferían una población huérfana de noticias. Especialmente, porque se empezaba a hablar, y mucho, de algo que don Belarmino Fuentes temía casi más que a la muerte: la Reforma Agraria. También en otra ocasión, totalmente enfurecido y fuera de sí, acudió pistola en mano junto a varios de sus criados a buscar a uno de los miembros de la Sociedad Obrera llamado Jerónimo Sánchez para pedirle cuentas por un artículo anónimo aparecido en un diario provincial donde se ponía a caldo las continuas cacicadas del alcalde en cuestión. El *tío Chalecos* estaba convencido de la culpabilidad del simpatizante de la Sociedad que era, por otra parte, uno de los más ilustrados del pueblo y el que solía redactar la mayoría de los informes internos. En realidad, nunca se supo quién era el corresponsal del pueblo que firmó los comentarios que allí aparecieron que, por otra parte, no eran nada del otro mundo

tan sólo testificaban lo ocurrido con las promesas realizadas por don Belarmino Fuentes en las vísperas electorales de abril de 1931 y la compra de votos. Tuvo suerte Jerónimo, que acertó a verlo venir con semejante guisa y, ciertamente acobardado, se escondió debajo de la cama, acción que le libró posiblemente de ser tiroteado en su propia casa. El pueblo de Monterde era el cortijo particular de este señor y no iba a permitir que nadie, allende el término municipal, supiera lo que se cocía en el interior de la localidad.

Todavía escandalizados por los acontecimientos vividos, el domingo 25 de octubre de 1931 salieron al despuntar el alba un pequeño grupo de personas pertenecientes a la Sociedad Obrera de Monterde con destino a Albarracín. La comitiva la formaban Rafael, Cándido, Cipriano, Florentín y Manuel, los cinco inseparables amigos desde que eran tan sólo unos niños. El camino lo realizaron a pie, entre otras cuestiones, porque el día era propicio con una buena temperatura y el sol aparecía radiante sin apenas nubes por el horizonte. Salieron por el camino de las Eras siguiendo la primitiva senda que llevaba a la capital de la Sierra, en la que llegaron después de algo más de dos horas de viaje. Cuando arribaron a su destino comprobaron que el ambiente estaba bastante animado. Se apreciaba un elevado número de personas que en corrillos dispersos por las calles de la población comentaban excitados la cuestión que les había llevado allí: la creación de un sindicato campesino. El grupo de los monterdinos acudió previamente a la consabida cita con el aguardiente para refrescar el gaznate, después de apalancarse sus buenos tragos acudieron al salón espectáculo de don Arturo Almazán situado en la calle Azagra. El gentío era considerable y un número aproximado a las cincuenta personas se encontraban en la calle dispuestos a entrar en cuanto se abrieran las puertas. Pero pasaba el tiempo, crecía el nerviosismo de los presentes y la reunión se iba posponiendo. Desde donde ellos estaban divisaron cómo salían varias personas del interior del local y hablaban acaloradamente con un trajeado personaje que, por sus modos y actitudes, desentonaba con el común de las personas que allí estaban. Desconocían de quién se trataba, aunque por un comentario realizado a viva voz por los jornaleros que tenían al lado descubrieron que se trataba del mismísimo alcalde de la localidad. Momentos después, el grupo que estaba discutiendo se deshizo y el máximo dirigente del ayuntamiento se fue calle arriba con cierta precipitación y el paso ligero. Las personas que

habían salido del local comenzaron a pedir silencio a los presentes, pues tenían que comentar algo importante.

—Compañeros, os pido por favor un momento de silencio —se oyó decir en un par de ocasiones. Luego, cuando por fin cesaron los murmullos comenzó a escucharse con cierta dificultad la voz de uno de los oradores.

—La reunión que teníamos que celebrar aquí se va a suspender porque el alcalde está empeñado en estar presente como representante de la autoridad, siguiendo las órdenes del Gobernador Civil. La maldita ley de Defensa de la República es la causante de toda esta sinrazón. Resulta que para reunirnos a hablar de nuestras cosas tenemos que pedir permiso y nosotros lo pedimos. Y luego nos vienen con la martingala de que tiene que estar presente un representante del Estado opresor para que todo lo que hablemos no se salga un ápice de lo que nos hemos comprometido a tratar. Esa es la manera de cómo cercenan nuestra libertad de acción. Todo es buscar las fórmulas para dirigirnos y que continuemos siendo los peleles que acatan el orden establecido. Le hemos dicho que no queremos que esté presente pues el permiso lo tenemos y con eso pensamos que ya es suficiente. Y ya le ha quedado perfectamente claro que si él está en la sala suspendemos la asamblea. De manera que nos vamos a ir a casa del compañero Pascual Benito Carrero y en su patio que tiene bastante capacidad podremos realizar la reunión sin contar con la presencia inquisidora de ningún cargo político.

Al momento, todos los presentes comenzaron a abandonar la calle dirigiéndose hacia la vivienda que los assembleístas habían comentado. Los monterdinos ignoraban dónde se encontraba situada pero lo tuvieron fácil siguiendo por donde iba la comitiva de los decididos trabajadores del campo. Atravesaron el pueblo en dirección a la calle de los Palacios y por fin dieron con el anfitrión; una persona de unos cincuenta años de edad, jornalero de profesión y un ácrata convencido. Los cuatro de Monterde ya estaban algo inquietos por el devenir de los acontecimientos y comentaban entre ellos que la situación daba la impresión de ir radicalizándose a marchas forzadas, pero la insistencia de Manuel les hizo continuar junto a los demás. Una vez dentro del recinto se acomodaron como pudieron disponiéndose a escuchar las palabras de los dos conocidos anarquistas turolenses.

—Que todo lo ocurrido no os desanime, antes al contrario, nos sirva a todos de acicate para seguir adelante con nuestra lucha —comenzó diciendo el más joven de los oradores, que era natural de Royuela, otro pueblo de la Comunidad de Albarracín.

—Estamos aquí reunidos en la capital de la Sierra, el centro del poder que oprime y explota a los trabajadores, pero además donde santifican a todos los caciques que nos tratan como a borregos —intervino el otro sindicalista que era una persona bastante conocida en el movimiento anarquista turolense—. En Albarracín se concentra todo lo miserable de la Sierra. Por una parte, las mayores fortunas conseguidas gracias al sudor de los jornaleros que trabajan de sol a sol por salarios de miseria. Y además donde los parásitos rinden culto a su propia egolatría y han edificado templos y monasterios para glorificar sus oprobiosos actos. Ahora da la impresión que con la llegada de la República han acabado los problemas y, sin embargo, es todo lo contrario. El capital se reinventa a sí mismo y dentro de poco veréis cómo los caciques de antaño se acogen al nuevo sistema para beneficiarse y vosotros continuaréis siendo los parias del campo. La tierra, esa tierra que trabajáis, tiene que ser vuestra porque sois vosotros quienes con vuestro trabajo la sacáis adelante. Y si no lo es por las buenas que sea por las malas. Si es preciso ocuparlas, que así se haga. Entrad en todas aquellas donde no se trabaje adecuadamente o estén infrautilizadas, como han hecho los compañeros en Andalucía, aunque vengan asesinos a echaros de ellas, porque estar seguros que el gobierno se encargará de tirarnos sus perros de presa. Ahora pretenden con la Reforma Agraria llenar el campo de nuevos propietarios pero será pan para hoy y hambre para mañana. ¿Cuánto tiempo tardará en que éstos caigan en los vicios de los antiguos amos? ¡Muy poco! El campo lo tenemos que gestionar colectivamente y cada uno de nosotros aportar lo que pueda en base a su capacidad profesional e intelectual. Aunque sabed que si estamos todos unidos el futuro será nuestro y para ello lo primero que tenemos que hacer es crear un sindicato de clase, el único que no tiene dirigentes profesionales y que se rige por el principio de la autogestión. Ni Dios, ni Patria, ni Rey, y ahora, aunque haya cambiado la forma del Estado, ni con los nuevos gobernantes.

Y así siguieron, durante bastantes minutos con los sindicalistas cantando las cuarenta a los poderosos bajo la constante y alborozada interrupción de los jornaleros presentes en la reunión. En Albarracín,

como en varios pueblos de la Sierra, existía un colectivo considerable de jornaleros sin ningún tipo de tierras. En estas localidades los sindicatos anarquistas se empezaban a consolidar con una fuerza considerable y, aunque en otras no llegaron a crearse, lo cierto es que siempre hubo un núcleo de activistas que jugó un papel importante en la lucha obrera. Pero no se puede generalizar y la línea divisoria entre los diferentes conceptos de la lucha campesina estaría en aquellos pueblos donde la propiedad de la tierra estaba más repartida. Ese sentimiento de ser propietario, por pequeñas que fuesen las propiedades, era suficiente para que esas personas demandaran el reparto del campo de forma individual antes que solicitarlo para la colectividad. Esta división se advertía asimismo entre el grupo de los monterdinos allí presentes. Así, mientras Manuel se aproximaba a los ideales anarquistas desde la base de su profundo anticlericalismo, el resto de sus amigos preferían ser partícipes de los repartos de tierras que se propugnaban desde la Reforma Agraria.

Cuando acabó la reunión resultaba evidente que había suficiente caudal humano para la creación del Sindicato anarquista en Albarracín, pero también había quedado claro que no era posible realizarlo en el caso de Monterde. Y de todo ello estuvieron hablando largo y tendido durante el camino de vuelta, dos horas largas andando por el monte dan para eso y bastante más. Del mismo modo, y tal como sospechaba Rafael, todas las cuestiones que se habían tratado y el plantón a la autoridad municipal no iban a quedar inmunes para los organizadores. En efecto, al día siguiente el alcalde del pueblo supo de lo tratado en la reunión e inmediatamente realizó la denuncia al cuartel de la Guardia Civil de la población. Mandó asimismo un telegrama al ministro de la Gobernación haciéndole partícipe de los acontecimientos. El resultado fue una considerable multa para el dueño del local donde se había celebrado la reunión clandestina, nada menos que cinco mil pesetas. Además, los dos conocidos anarquistas turolenses participantes en la asamblea, Raimundo Soriano y Pedro Abril Yago, fueron detenidos e ingresaron en la cárcel, no siendo liberados hasta medianos de diciembre de ese año.

Pero también las autoridades republicanas buscaban a su manera la fórmula que posibilitara satisfacer a una población que vivía inmersa en medio de una galopante crisis económica motivada por la falta de trabajo. La candidatura Republicana Popular había sido la

triumfante en las pasadas elecciones legislativas y dos de sus más destacados dirigentes, Gregorio Vilatela y Vicente Iranzo, estaban recorriendo los pueblos turolenses y analizando los problemas de los ciudadanos para trasladarlos a los gobernantes de la nación. Y dentro de esa peregrinación, el primero de noviembre de 1931, una semana después de la fallida convocatoria de Albarracín, acudieron a Monterde para calibrar las necesidades de la población y anotar la problemática del paro local. La reunión que mantuvieron con el alcalde, el *tío Chalecos*, fue algo intempestiva y ciertamente no sacaron nada en claro. Luego, acudieron al local de la Sociedad Obrera donde obtuvieron de primera mano un conocimiento exhaustivo de todas las necesidades de la población local. Tomaron buena nota de todo ello y partieron de nuevo hacia Teruel con un montón de promesas realizadas a los esperanzados monterdinos.

En el pueblo la sensación era de nerviosa excitación y la esperanza ante los nuevos tiempos era la tónica general entre los más desprotegidos de la población. Éstos esperaban que la República atendiera sus problemas y todos tenían mucho que ganar. Por una parte, los nuevos gobernantes obtendrían adeptos sinceros a su causa. Y por otra, los ciudadanos que estaban inmersos en una crisis económica y buscaban esperanzados un alivio sobre sus endémicas necesidades. Se esperaba mucho de los políticos republicanos, quizás demasiado, y lo más peligroso es que era necesario realizar reformas poco a poco pero la población demandaba su implantación con toda celeridad. De todas formas, la ilusión por el cambio todavía perduraba y tan sólo la imperturbable realidad del día a día les hacía apreciar que un mundo distinto era posible aunque tardarían más de lo que pensaban en llegar a él.

XXXVIII

El primer batacazo a los jornaleros de la sierra de Albarracín sobrevino durante el invierno del año 1931. En el pueblo de Monterde tan sólo dos cuadrillas de las que acertaban a realizar la socorrida emigración invernal a tierras andaluzas pudieron realizar su cometido durante el invierno de ese año. Una nueva ley, la de los Términos Municipales, fue el obstáculo insalvable para que durante el mes de

diciembre no pudieran marchar los molineros como antaño. Este decreto establecía como obligatorio el contratar a los vecinos de los términos municipales donde hubiera trabajo en detrimento de los forasteros. Por eso tan sólo se pudieron crear dos cuadrillas y en los mentideros locales se insistía que incluso en años posteriores la situación iría a peor. El paro se generalizó durante ese invierno y un sentimiento de frustración se adueñó de la población serrana. Los molinos andaluces ofrecieron trabajo tan sólo a los avocados en dichos pueblos y aquellos serranos que marcharon al sur a buscarse la vida por su cuenta y riesgo tuvieron que volver con las manos vacías. El primer contratiempo a la frágil República había llegado en la sierra de Albaracín a quiénes podían ser los mayores defensores del nuevo régimen: los jornaleros y los pequeños propietarios campesinos.

Rafael fue uno de los incontables monterdinos que durante ese invierno estuvo ocioso. Apenas tuvo otro trabajo que el de ayudar a los albañiles que bajo el mando del capataz Maximiliano estaban obrando en la vivienda que su padre había comprado para él. Por lo menos, en ese aspecto, el tiempo no acabó perdiéndolo del todo y así en la primavera del año 1932 ya tenía prácticamente finalizada la estructura de la casa donde viviría con su amada Violeta. Debido a que la nueva situación económica de su familia exigía buscar alternativas, su padre Cosme tenía claro que algo tendrían que hacer para que el trabajo no faltara a nadie de su casa. Los dueños de la destilería de Alcantarilla demandaban con insistencia que se les mandara toda la gayuba que se pudiera recolectar. Entonces, el patriarca de la familia tuvo la idea de hacer entrar en la sociedad que tenían el *tío Sabio* y Rafael al benjamín de la familia, Faustino. Con el acuerdo al que llegaron se comprometían a aumentar la recolección y para ello era necesaria la presencia de su hijo menor, aunque en el peor de los casos tuvieran que repartirse los beneficios entre uno más. Ahora bien, ello tampoco representaba un problema insalvable, ya que al ampliar la producción el descenso de las ganancias no sería tan considerable. Rafael se encargaría, sobre todo, de la primera parte del trabajo con la recolección en la primavera de las matas de gayuba y se centraría al final de la misma con el espliego. Mientras que Faustino sería el encargado de la segunda parte con el secado y transporte de la mercancía. De esta manera estarían más libres los dos para buscar trabajo como jornaleros en la localidad durante los meses en que la faena abundaba en el pueblo. Rafael,

durante el verano, podría acudir como segador y Faustino durante la primavera podría labrar campos para alguno de los hacendados locales. Además, el primero tendría más tiempo para dedicarlo al Sindicato que estaba empeñado en crear o, en todo caso, a la Sociedad Obrera del que era el verdadero *alma mater*. Y como la labor del *tío Sabio* seguía siendo la misma, pues todos contentos. Así quedaron.

Aún con todo, en la primavera del año 1932, Rafael tuvo que multiplicarse para realizar todas las faenas que tenía encomendadas. Y el buen mozo alternaba la extracción de la gayuba con la ayuda al alarife Maximiliano cuando éste se lo demandaba. Lo cierto es que estaba sumamente contento de cómo estaba quedando su casa y no digamos de Violeta, que junto a su madre acudía todas las tardes a ver las novedades que deparaba su construcción. Cuando llegó el aniversario de la República acudió la pareja para ver cómo estaba quedando su futuro hogar. La casa se la estaban construyendo en el recinto que ocupaba un viejo pajar aledaño a la denominada *casa del Rentó*. Se trataba de una construcción típica de la época, una vivienda de poco más de cuarenta metros cuadrados de planta y que tenía adosada un corral de unas medidas similares. En este último lugar se disponía un cobertizo con techumbre de *chasca* de carrasca y una pequeña paridera para cerrar a las aves de corral. Encima de la paridera había una pequeña habitación donde se guardaría heno y paja para uso de los animales de la casa. Hasta el primer piso de la vivienda el material empleado había sido la piedra de la cual tan sólo estaban labradas las esquinas. Disponía de un piso más y encima de éste la *cambrá*. El material utilizado en estos dos pisos había sido lajas planas de piedra caliza y ladrillos de adobe que daban una cierta sensación de fragilidad. Todavía no se había revestido la fachada, pero debía de hacerse con yeso rojo, faena que habían dejado para el final coincidiendo con el buen tiempo. El techo daba a una vertiente y estaba culminado por tejas de tipo árabe que habían comprado de segunda mano en el pueblo de Santa Eulalia.

Se entraba en la casa por una puerta de madera con dos hojas que tenía en la parte inferior el orificio circular de la gatera. La entrada era pequeña y a la izquierda se situaba una cuadra que disponía de otra puerta más grande hacia el corral por donde entrarían los animales de carga de la casa. A la derecha de la entrada estaba la cocina, en cuyo frente se hallaba situada una gran chimenea circunvalada por una rehaldá realizada con madera de sabina. Una ventana excelentemente

dispuesta permitía la entrada del sol durante casi todo el día y a su lado habían colocado una alacena de buen tamaño que disponía de asiento para los cántaros de agua. Al fondo de la cocina, hacia el contraterreno, estaba situada una pequeña puerta que daba a una pequeña despensa y junto a ésta se apilaba un pequeño lote de leña para servir a la chimenea. Al final de la entrada una pequeña y retorcida escalera servía para enlazar con el primer piso donde estaban situados dos dormitorios, el del futuro matrimonio y otro más pequeño. El dormitorio principal disponía de un pequeño balcón que habían comprado al propietario de una casa derruida en Monterde. Y junto a esta habitación se encontraba otra para utilizarla como masador y estaban a punto de mandarles desde Orihuela del Tremedal una artesa encargada a los carpinteros locales. Se subía por otra escalera a la *cambra* construida con el techado abuhardillado aunque de pequeña altura, que disponía de dos ventanucos orientados convenientemente. Éste era un espacio diáfano en el que tan sólo sobresalían trojes para guardar el cereal que consumirían los miembros de la casa y los animales de la hacienda.

Esta era la casa tal y como se encontraba a primeros de mayo, tan sólo quedaban los últimos retoques que le acabarían otorgando su definitiva personalidad. Una vez llegó el buen tiempo la cuadrilla de albañiles junto a Rafael acudieron a un aljezar situado en las proximidades de la localidad para extraer piedras de yeso rojo. Las acarrearón al pueblo y en una era en que Maximiliano tenía dispuesto un horno las colocaron para calentarlas. Una vez realizado colocaban las piedras calientes encima de una gran losa de piedra y allí las machacaban con un palo grueso hasta dejarlas casi en polvo. Luego, se amasaba y se le daba una capa a la fachada de la casa desde el primer piso hacia arriba. De manera que al final la vivienda quedaba de piedra hasta casi los tres metros de altura y a partir de allí el tono rojizo tan característico de la zona engalanaba el resto de la casa. Pero aún faltaba por realizar un último trabajo que consistía en colocar azulete o añil mezclado con cal, y con la pasta obtenida se lucían los vanos de las ventanas y el dintel de la puerta de entrada. Todo ello le proporcionaba un tono característico que por la zona denominaban azulete. Si bien es cierto que en la construcción de la casa se impusiera los criterios de Rafael, en este último apartado tuvo mucho que ver la insistencia de Violeta aconsejada por su madre Margarita. Esta forma decorativa tenía un origen morisco, aunque muy posiblemente había que retrotraerse más en el tiempo. Su atávico significado estaba relacionado con el mundo

mágico de la superstición y se suponía que dicho color servía para ahuyentar al demonio y los malos espíritus que constantemente intentaban penetrar en las moradas de los hombres. De esta manera, la casa de Rafael y Violeta quedaba protegida y además estaba casi acabada al comienzo del verano, faltando tan sólo encalar las habitaciones. Una vez lo tuvieran realizado ya podrían vivir en ella. La ilusión que les depa-raba su nueva vida tan sólo estaba empañada por el incierto futuro aunque estaban convencidos de que con su amor todos los problemas quedaban en un segundo plano. Y a ello se iban a dedicar con toda la fuerza de su ser, como dos grandes enamorados.

XXXIX

Un día, a finales del mes de septiembre de 1932, recién finalizadas las fiestas de Monterde, Boro y Rafael estaban devanándose los sesos mientras tomaban un vino en la abacería de Ceferina. El motivo no era para menos, pues el maestro tenía que pagar la *manta* a los solteros del pueblo, como la tradición local ordenaba, ya que en su caso se cumplían los requisitos; él era forastero y su novia una vecina de la localidad. La abacera, fiel a su chismoso carácter, no dejaba de poner sus oídos para saber que estaban tratando con tanto sigilo, pero al estar sentados lejos de la barra, junto al trasiego continuo de los parroquianos, le impedían escuchar como ella quería. Lejos de achantarse no hacía más que arrimar su mantecoso cuerpo por el rincón donde estaban con cualquier excusa pero ni por esas; conociendo su carácter, cuando la veían acercarse, bajaban el tono de voz o simplemente callaban. Rafael intentaba convencer a su cuñado en ciernes que aunque no le gustara tendría que apechugar con el envite general y le reconvenía que en caso contrario los mozos no dudarían incluso en echarlo al pilón por muy maestro que fuera. No sería el primer ni el último forastero que, por no querer sumarse a las costumbres locales, había padecido alguna ingrata barrabasada. A don Salvador Sanchís estas tradiciones le parecían ocurrencias de personajes brutos y cerriles más propias de épocas pasadas que de los tiempos modernos en que vivía. Sin embargo, mantenía un delicado dilema pues si bien no estaba de acuerdo en plegarse a dichas costumbres por muy del pueblo que fueran tampoco quería hacerse notar demasiado. Por ello, después de darle

un montón de vueltas a la cabeza, finalmente estaba dispuesto a claudicar. En este cambio de opinión había entrado de lleno tanto por los consejos de Rafael como por tener conocimiento de cierto caso donde los vecinos de un pueblo próximo se habían empeñado en hacerle las mil y una perrerías a un novio que no había transigido con esas normas no escritas. Y a aquella desdichada pareja no le quedó más remedio que irse por piernas a vivir a la capital harta de que al marido le dieran de lado cuando no le buscaran broncas por cualquier motivo haciéndole la vida imposible. Respecto a su propio caso, bastante revuelo se había armado ya con la publicación del edicto de su boda con Hortensia, expuesto junto al de Rafael y Violeta en el tablón de edictos del ayuntamiento quince días antes de su enlace matrimonial. Existía una notable conmoción en el pueblo porque su boda y la de sus futuros cuñados iban a ser las primeras que se realizarían bajo el paraguas de la nueva ley del matrimonio civil. La principal novedad estribaba en que quedaba a voluntad de los contrayentes acudir también a celebrarlo a la iglesia, algo que, por supuesto, no pensaban hacer. Todo ello era motivo más que suficiente para no querer seguir dando la nota en un lugar donde tenían pensado vivir el resto de su existencia.

En efecto, el comentario más común en los corrillos en Monterde era el de los matrimonios que se iban a celebrar el primer domingo de octubre. Se casaban las dos hijas de Margarita e Irineo. Y la voluntad de las jóvenes, junto a la de sus novios, de realizarla únicamente por lo civil había resquebrajado las relaciones familiares con sus respectivos padres. Los de Rafael intentaron que se casaran por la Iglesia, aunque sólo fuera por seguir con la costumbre, pero a pesar de sus recomendaciones no hubo nada que hacer y finalmente claudicaron. Más problemas tenían en casa de Violeta y Hortensia, donde el aire se había tornado casi irrespirable, porque se cerraron en banda Irineo y su hijo que, como cristianos de pro, abominaban el laicismo de los nuevos tiempos que estaban viviendo. Aquí el disgusto fue notable y tuvo que ser Margarita quien finalmente impusiera su tesis de dejar a los jóvenes hacer lo que buenamente quisieran. Aún con todo, el disgusto del padre y el hermanastro de las muchachas alcanzó cotas elevadas. Por supuesto, de esta disyuntiva no se escapaban los vecinos de Monterde que estaban la mar de excitados y todos tenían algún argumento que plantear en uno u otro sentido. La tradición tiraba lo suyo y así muchos los criticaban porque eran sinceros profesando su religión y seguían a pie juntillas con los ritos cristianos, apostólicos y romanos.

En la tesitura crítica al matrimonio civil ahondaban también otras personas por cuestiones de tradición, las cuales se consideraban contrarias a cualquier cambio que alterara sus antiquísimas costumbres. Y aglutinando a todos ellos estaba la figura de mosén Pascual, que emergía como un poseído cuando alguien cuestionaba la validez de sus predicamentos. Este párroco utilizaba el púlpito a su antojo en cuanto se creía atacado por las fuerzas diabólicas del sistema republicano que para él eran sencillamente todas las leyes emanadas del parlamento. Aunque para su desgracia el germen de la libertad había penetrado en la vida de los monterdinos y ya se empezaba a escuchar cada vez con más fuerza voces discordantes y una nueva forma de entender la vida.

Decididamente ya no había vuelta atrás, como la decisión estaba tomada, Boro se resignó a seguir con la tradición local de la *manta*. El último sábado del mes de septiembre los mozos del pueblo acudieron en tropel a la casa de Margarita e Irineo para cumplir con el rito. Debajo del balcón de su vivienda se colocaron los *Pepines*, que contaron además con la inestimable ayuda de otro músico amateur de los que periódicamente surgían del pueblo. Todos juntos blandieron sus guitarras, bandurrias y hasta un viejo laúd y con ellos rondaron a Hortensia, la prometida del forastero, como era la costumbre. Ésta y su hermana Violeta salieron al balcón y escucharon las impagables canciones que surgían de aquellas manos y voces campesinas. Después de varias tonadas en las que se escuchó alguna que otra jota y ciertos sonos parecidos —o al menos así se intuía— de canciones populares, las jóvenes penetraron de nuevo en la casa despidiéndose de los miembros de la rondalla. Una vez finalizó el concierto sus participantes acudieron a la abacería del *tío Conejos* donde les esperaban Rafael y Boro. El director de aquella orquesta rural se dirigió hacia el valenciano y quitándose el sombrero de la cabeza lo volvió boca abajo. La serenata de los *Pepines*, aderezada por los mozos del pueblo, consiguió una propina de cincuenta pesetas, que el director de aquella orquesta levantó alborozado ante el jolgorio general de los allí presentes. Tenían bebida para toda la noche, la juerga estaba servida. Por su parte, el maestro radiaba felicidad, aunque en el fondo seguía cariacontecido por el devenir de los acontecimientos, pero qué remedio le quedaba. Ya lo sabía el insigne prócer, o había propina..., o al pilón.

La semana previa a los enlaces matrimoniales fue bastante movida para las familias afectadas. Aunque en casa de las novias el am-

biente se había relajado, todavía estaba lejos de ser normal e Irineo mascullaba por lo bajo alguna que otra imprecación ante los hechos que cada vez veía más consumados. ¿Qué pensaría su hermano mosén Rufino desde el cielo al ver cómo se estaban desarrollando los acontecimientos? No era una persona bebedora pero los contratiempos que estaba viviendo le empujaron hacia el fruto de Baco y todas las noches de esa semana dejaba temblando la jarra de vino ante el pasmo y la reprobación de su mujer.

—¡Bonito desconsuelo, Irineo! ¡Pero no te da vergüenza caer tan bajo por no querer admitir los deseos de tus hijas! —escuchaba noche sí y otra también las reprimendas de Margarita.

Y el cojo Irineo, por no escuchar a su mujer, dejaba la bebida momentáneamente, porque en cuanto podía volvía a las andadas y ya fuera a escondidas en su casa o en la abacería del *tío Conejos* empinaba el codo más de la cuenta. Esta situación le duró todavía algunos meses hasta que vio lo erróneo de su actitud al comprobar lo felices que eran sus hijas con la decisión que habían tomado. Por su parte, los padres de Rafael ya se habían persignado y estaban felices e inquietos por el paso que iba a dar su primogénito. Y no era para menos pues él y Violeta iban a realizar la primera boda civil en los anales de Monterde. Los que menos padecieron estos acontecimientos fueron los padres de Boro que acudieron desde su Alboraya natal para darse de bruces con la resolución de su hijo en un perdido pueblo de la sierra de Albarracín. Éstos lo vieron con más naturalidad porque en su población de origen ya se habían dado varios matrimonios de similares características, aunque eso sí, a las novedades de los tiempos ellos, como personas mayores que eran, tardaban en acostumbrarse.

Pasados los prolegómenos de las vísperas, y tal como se acercaba el día señalado para el enlace, las dos parejas de novios estaban la mar de contentas y excitadas. Especialmente Rafael y Violeta, que contaban los días y las horas que les restaban para iniciar una historia en común. Además, estaban en la plenitud de su vida. Rafael tenía en estos momentos treinta y un años de edad, siendo algo mayor para la media de los hombres que contraían matrimonio en Monterde. Su aspecto apenas había variado desde que volvió de su periplo militar en África. Era una persona de mediana altura, robusta sin ser grueso; un cuerpo atlético aunque no tan fibroso como lo fue su padre cuando era joven. Tenía una buena mata de pelo que peinaba hacia atrás según la moda

del momento. De nariz aguileña, sus párpados caídos tenían la marca de su familia paterna y le otorgaban un cierto aire achinado. Sobresalía su mirada: era franca y se percibía a través de ella una buena dosis de inteligencia. Si bien es cierto que poseía esas cualidades, su timidez por el contrario le restaba la fuerza necesaria para ser un auténtico líder, algo por lo que continuamente suspiraba. Su voz mantenía un timbre armonioso aunque cuando se tropezaba con algún contratiempo solía titubear, o incluso tartamudeaba, lo cual le restaba enteros ante su interlocutor. Era una persona buena, quizás demasiado, casi se le podía catalogar como de auténtico quijote y sus molinos de viento eran los ricos hacendados del pueblo a los que profesaba una aversión tan sólo comparable con la que sentía por la religión o más concretamente por la Iglesia. Durante su juventud colaboró con el cura en la creación del Sindicato católico-agrario sin embargo, con el paso de los años, se había convertido en un ateo combatiente especialmente desde la llegada del nuevo párroco del pueblo. Aborrecía de la Iglesia como institución aunque tenía muchos amigos cristianos e incluso alguno que otro de comunión diaria. Para él el peligro no estaba en los creyentes, sino en el estamento eclesiástico, siempre a la sombra del poder y la opresión. No era fácilmente manipulable, aunque en ocasiones pecaba de ingenuo. Se podía aseverar, sin duda que si bien era muy inteligente, también era poco listo ante las circunstancias de la vida, su actividad como político o sindicalista en el pueblo era buena prueba de ello. En realidad, le faltaba un poco de mala leche para poderse enfrentar a los vecinos que lo ninguneaban o incluso llegaban a reírse a su espalda de sus iniciativas. Y eso sí, destacaba por ser una persona activa como lo fue su padre durante su juventud y como él, siempre estaba a la vera de iniciar algún negocio que le ayudara a salir adelante. Desde hacía pocos años llevaba un bigote recortado que cuidaba coquetamente y le otorgaba un cierto aire intelectual. Aunque sus amigos lo apreciaban por lo que era y representaba; nada menos que un hombre de palabra y alguien en quien podían confiar ante cualquier desventura de la vida. Este era Rafael Pérez, el hijo de Cosme y Enriqueta, en estos momentos una de las personas más felices de Monterde de Albarracín.

Violeta era una joven de veinticinco años de edad. Apenas había cambiado su aspecto juvenil, si acaso, las pecas que aunque en menor número todavía persistían como remedo de épocas pasadas. Por lo demás, seguía siendo una chica de mediana estatura y agraciado rostro. Su evolución se notaba en la madurez que demostraba ante dife-

rentes cuestiones de la vida y en la que se notaba la influencia de su madre Margarita. En estos momentos, esa era precisamente la imagen más palpable que transmitía, su intelecto. Era el complemento ideal de Rafael. Estas dos personas formaban una sola, se tenían un íntimo conocimiento, como si hubieran sido pareja durante toda la vida. Y así, mientras su futuro marido pecaba de timidez, ella, aunque lo pudiera parecer, estaba lejos de ser así a pesar de que meditaba mucho las cuestiones que tenía que tratar. Era una lectora empedernida. Cuando sus ocupaciones se lo permitían siempre procuraba leer algún libro de aventuras o sobre la naturaleza. Tenía un carácter bastante desenvuelto e inquisitivo y procuraba llegar al fondo en todo lo que se embarcaba. Instintiva y perspicaz siempre advertía alguna cuestión en los temas que trataba con Rafael que a éste le había pasado desapercibido. Tanto es así, que en ocasiones parecían como una distorsionada versión del hidalgo de La Mancha y ella interpretaba el papel del docto y precavido Sancho Panza. Pero también era una mujer sensible que se preciaba con los placeres de la compañía y gustaba que le dedicaran tanta atención como ella dispensaba.

Durante la semana anterior a su enlace Rafael y Violeta iban recogiendo las donaciones de sus familiares y amigos y su casa comenzaba a tomar la forma de una auténtica vivienda habitable. Todos los invitados a la boda contribuían según sus posibilidades, aunque el dinero apenas formaba parte de los regalos y la mayor parte de los mismos eran en especie. De esta manera, consiguió varias gallinas, un par de pavos y una camada de conejos. Un familiar con posibles les donó un lechón que convenientemente engordado les serviría al año siguiente para hacer la matanza clásica del pueblo. También su amigo Manuel no fue menos e hizo lo propio con una cabra para que tuvieran leche y queso durante todo el año. Incluso Anselmo que oficiaba de Juez de Paz en esos años, a pesar de no haber sido invitado, mantenía buenas relaciones con Rafael y le hizo entrega de un descendiente de su famosa y recordada gata *Pilarica* para que le llevara a raya los futuros roedores de la casa. El minino, que era todavía muy joven, lo soltaron en la vivienda para que fuera habituándose a su nuevo hogar y como desde el primer momento le vieron con actitud de hacerse el rey de la casa le pusieron de nombre *Basilio*. Con todas esas aportaciones el futuro matrimonio ya comenzaba a tener una vivienda y un corral en condiciones. Además, varios de los invitados les hicieron entrega de media fanega de trigo, que fue el regalo más repetido, de manera que

tenían el pan asegurado para bastante tiempo y sementera para los escasos piazos que había heredado Rafael. Otros en cambio se decantaron por el menaje del hogar con alguna que otra manta, sábanas, cubiertos, manteles de bolillo y un sinfín de artículos imprescindibles para vestir una casa como era debido.

El viernes antes de la boda Violeta y Rafael acudieron a su nueva morada para dar los últimos toques. El trasiego de los últimos días les llevaba de cabeza, pero estaban ilusionados y con la decisión necesaria para iniciar una nueva etapa en su vida. Pero, sobre todo, y lo que resulta más importante, se amaban y siempre encontraban momentos donde demostrarlo. Esa mañana, después de estar limpiando y adecentando la casa, llegaron al dormitorio y rendidos de tanto trajar se sentaron exhaustos en la cama para poderse relajar. Durante unos breves momentos no se dirigieron palabra, el cansancio les había abatido. Sin embargo, en un momento dado sus ojos se cruzaron y brillaron con una luz que sólo es posible apreciar en las personas perdidamente enamoradas y cómplices ante cualquier situación por enrevesada que fuera. Rafael recogió el pelo a Violeta que, debido al ajetreo, lo tenía extendido sobre sus hombros al haberse soltado parte del mismo de la cinta que lo sujetaba. Al recogerlo hacia atrás nuevamente dejó al aire su largo cuello, terso y delgado que acarició con sumo cuidado percibiendo la extrema y delicada suavidad que emanaba su piel. Violeta giró la cabeza a un lado y a otro, varias veces, con cierta parsimonia, sintiendo los dedos de su amado cómo surcaban a través de su cuello hasta el comienzo de la mata de pelo y bajaban nuevamente deleitándose con su tacto. Instantes después el joven, presa de un irresistible arrebató se aproximó a la muchacha y cubrió de besos la piel que acariciaba con toda la delicadeza del mundo. Violeta no pudo resistirse y girándose lentamente le miró a los ojos con ternura, alzó los brazos y rodeando su cabeza le empujó hacia la suya hasta que quedaron de frente, muy cerca, tanto que cada uno notaba el entrecortado aliento del otro. Y en un acto de sublime pasión ambos se fundieron en un prolongado beso mientras sus lenguas se retorcían ansiosas y entrelazadas uniendo al momento el platónico amor con el apetito carnal. El deseo se había desatado y luego como en un proceso puramente mecánico las caricias fueron recorriendo sus cuerpos. Hasta que llegó un momento verdaderamente eléctrico donde el placer ya no era tan comedido y sensual y se fue transformando paulatinamente en lujuriosa pasión. Con la misma sobrevino una cierta precipitación

y abocados a culminar el precioso momento que estaban viviendo comenzaron a desvestirse. Ella con cierta reticencia y él decidido aunque algo atolondrado. A los pocos segundos, estaban desnudos tumbados encima de la cama besándose sin pausa ni tregua y palpándose cada centímetro de la piel como si estuvieran reconociéndose por primera vez. En un momento dado, cuando ya creían estar preparados, Rafael se colocó encima de Violeta continuando con toda naturalidad ese mágico momento. Y mientras sonriente la miraba a los ojos, le separó las piernas y a continuación la penetró en medio de un auténtico clímax como sólo saben hacer los hombres que aman a una mujer más que a su propia vida. Un acto sublime en el que se mezclan sin tiento afecto, delicadeza, pasión, ternura, placer, sensibilidad, complicidad y un sinfín de sentimientos que en definitiva otorgan el auténtico significado de la palabra amor. Cuando minutos después, jadeantes y doblemente cansados pero más felices que nunca la pareja se tumbó en la cama con los brazos extendidos, sobrevino un instante de silencio mientras miraban al techo hacia un punto indeterminado suspirando y pensando seguramente de idéntica manera. ¡Qué bello es vivir! ¡Un sólo momento como éste bien merece las penalidades de toda una vida!

Durante la mañana del domingo día dos de octubre en casa de las novias reinaba una gran excitación. Irineo y su hijo se vestían a regañadientes para acudir al enlace matrimonial de las jóvenes de la casa. Otra cosa era Margarita, que no cabía en sí de gozo, pues sus hijas se casaban con dos buenas personas y estaba convencida de que iban a tener más suerte que ella en sus respectivos matrimonios. No porque hubiera sido una desgraciada con su esposo que, aunque en la intimidad tildaba de beato, había sabido sortear los inconvenientes de su agnosticismo a lo largo de los años. Más bien, los recuerdos la retrotraían a las desgraciadas nupcias con su primer marido Ramón, *el Mocos*, y su terrible experiencia padecida hasta después de su muerte. Con Irineo las cosas habían sido diferentes y, si bien en un principio su matrimonio fue puramente de conveniencia, con el paso de los años había encontrado en el mismo algo parecido al amor y el respeto, o al menos así le parecía a ella. Irineo, en realidad, era una buena persona, quizás excesivamente devoto, y por lo tanto bastante contrario a sus pensamientos, pero le dio dos maravillosas hijas y la defendió ante la jauría local por sus prolongadas ausencias en los actos religiosos que ella detestaba. En realidad, su marido estaba perdidamente enamorado de ella desde el primer momento que la vio y en su debilidad le permitía

absolutamente todo. Por su parte, Margarita se mantuvo a lo largo de su estancia en Monterde en el filo de la navaja, pero como también era una buena mujer y hacía feliz a su marido éste la quería y respetaba. Aunque eso sí, la comunicación no era el punto fuerte entre la pareja, y con el tiempo Irineo le fue dedicando más tiempo a su trabajo de alguacil y ella siempre estaba al tanto de la educación de sus hijas cuando no ayudaba en alguna casa del pueblo. Sus únicos problemas residían en las cuestiones religiosas y tras varios enfrentamientos durante los primeros años de matrimonio pactaron dejar el tema de lado para no enturbiar las relaciones entre ambos. Sin embargo, en esta ocasión, los viejos problemas, que se mantenían larvados y no habían desaparecido ni mucho menos, volvieron a salir y se veía a las claras cómo Irineo y su hijo —que para mayor inri era párroco en una localidad del bajo Aragón— estaban sobrepasados por los acontecimientos. Aún con todo, el poder de convicción de Margarita era considerable y como casi siempre se salía con la suya. Por supuesto, esta incidencia tampoco iba a ser una excepción que confirmara la regla y tuvo que poner en marcha todas sus dotes de seducción para solucionar el delicado asunto. Situación bastante difícil pero que, aunque fuera a regañadientes, consiguió llevar adelante. Eso sí, el padre y el hermanastro acompañarían a las jóvenes novias, pero les habían hecho saber que no estaban de acuerdo con sus decisiones.

Fuera como fuese durante esa mañana del domingo se iba a llevar a cabo la boda prevista de las dos parejas de enamorados. De buena mañana llegaron los novios a la casa vestidos con trajes y mudas nuevas que estrenaban orgullosos para la ocasión. Las novias se hicieron esperar, pero finalmente salieron de sus respectivas habitaciones y bajaron radiantes con unos vestidos que su madre había comprado días atrás en Teruel. Iban preciosas. Hortensia llevaba un traje de color ocre que hacía juego con una chaqueta algo más oscura y un bolso marrón. Una vecina con dotes de peluquera le había acondicionado su hermoso cabello, que parecía más poblado y resplandeciente que nunca. Por su parte, Violeta estrenaba otro traje de color gris sujeto con un estrecho cinturón de tono blanquecino y asimismo portaba un bolso de similares proporciones que el de su hermana, aunque era de color negro. Ambos conjuntos eran el regalo de boda de su hermanastro que, aunque no estuviera de acuerdo con su proceder, las quería como la familia que eran. Lo cortés no quitaba lo valiente, en este caso era así de cierto. Cuando bajaron las novias al descansillo de la entrada

a la casa, Boro y Rafael les hicieron entrega de sendos ramos de rosas recogidos esa misma mañana del único rosal que existía en el pueblo, propiedad de Cándido, uno de los mejores amigos de los jóvenes. Las muchachas, con los ramos en la mano, se dispusieron a salir de la vivienda familiar cogidas de los brazos por sus respectivos novios.

En las afueras de la casa reinaba gran alboroto y ya se habían formado varios corrillos de invitados que fumaban o se asomaban a la entrada de la vivienda para beber el primer aguardiente del día. Una vez salieron las dos parejas a la calle, la comitiva se encaminó hacia el ayuntamiento. Las calles estaban vacías, a pesar de ser domingo, cuando en este día de la semana era común la presencia de personas, en su mayoría vestidas con el traje de los días festivos dirigiéndose a las cantinas a humedecerse el gañote. Pero en esta ocasión, todo era silencio al paso de la comitiva nupcial por la vía pública de Monterde. Tal como iban andando, se escuchaba cerrarse alguna que otra ventana y tras las cortinas se adivinaban sombras que figoneaban a los transeúntes. La gente estaba despierta, pero no se atrevía a salir temerosa o reticente de la inusual procesión que transitaba por las calles. Y dentro de las casas sus moradores cuchicheaban sobre los novios y la decisión que habían tomado.

A las nueve de la mañana llegaron al consistorio, donde les esperaba Anselmo, como juez municipal, y el secretario del ayuntamiento, don Ramón Sánchez. Al momento, la secretaría se llenó de personas y los murmullos eran tan persistentes que el propio secretario tuvo que pedir silencio con su clásica vozarrona para poder realizar su labor. Todos callaron y tan sólo se escuchaba la voz de los dos funcionarios siguiendo las indicaciones de los expedientes del matrimonio civil. Primero se celebró el enlace de Violeta y Rafael, firmando los testigos correspondientes. Luego, Hortensia y Boro que hicieron lo propio. Cuando finalizó el acto administrativo, los recién casados se besaron ante el aplauso de los asistentes y salieron del edificio consistorial. En el aspecto formal la ceremonia nupcial se había realizado y ya estaban casados. Una vez en la calle se vieron rodeados de todas las personas invitadas al evento que las gritaban, jaleaban o simplemente aplaudían. Los alrededores del consistorio seguían pareciendo desiertos y las casas del contorno cerradas a cal y canto. Daba la impresión de que los monterdinos habían emigrado del pueblo y tan sólo una cincuentena de personas, que eran las que vitoreaban a los novios, que-

daba en la localidad. Los recién casados y toda la comitiva se encaminaron hacia una era situada en el camino de Albarracín, muy cerca del *peirón* de las *Almas*, donde habían dispuesto las mesas y los bancos para celebrar el convite de las bodas. Y una vez allí les esperaba Margarita, la cual quería dedicarles algunas palabras que fueron escuchándose curiosamente entre el tañido de fondo de las campanas que llamaban a misa.

—Hijas mías, desde hoy vais a formar dos nuevas familias. Os deseo lo mejor de este mundo y seguramente os preguntaréis ¿qué es lo mejor? La respuesta es muy sencilla y la tenéis que buscar en vuestro interior. Los seres humanos son libres por su propia naturaleza y sólo las personas de mala fe hacen que esa libertad se vea coartada por sus propios intereses. Sois lo que sois en principio porque vuestros padres os hemos dado una formación para que os enfrentéis a la vida con plenas garantías y desde lo más profundo de mi corazón espero que así sea. Pero también porque las experiencias que habéis tenido a lo largo de vuestra existencia os han moldeado de esa manera. El equilibrio debe formar parte de vuestra vida de ahora en adelante y esa es una cuestión sumamente importante. Debéis de mantenerlo con todas las personas que os rodean pues las hay de todas las formas y actitudes. Ser vosotras mismas y sin menospreciar a nadie por pensar diferente, estar siempre atentas por todo lo que ocurra a vuestro alrededor. Los mayores amigos que tengáis tienen que ser vuestros respectivos maridos y el respeto hacia ellos ha de ser la piedra angular sobre la que gire vuestra vida de ahora en adelante. Pasaréis por buenos y malos momentos y precisamente en estos últimos es donde debéis de ser consecuentes con la educación que habéis recibido. Y nada en este mundo es absolutamente indisoluble si llegado un momento el amor y el respeto por vuestra pareja se ha perdido, lo mejor es seguir cada uno por su lado buscando nuevos caminos. Eso es libertad y responsabilidad. También hay que tener presente que no somos individuos solitarios y que vivimos en común con otras personas. A vuestros amigos y amigas tenéis que seguir queriéndolos por lo que son, nunca por las creencias políticas, sociales o religiosas que tengan. Ante todo, son personas y debéis de decidir entre respetarles o darles de lado únicamente por los actos que realicen. Ya veréis cómo surgirán nuevas amistades y cómo otros que creéis que son amigos os fallarán, eso forma parte de la vida y os tenéis que amoldar a ella. Pero ser fieles a vuestros principios y pensar que las personas y la naturaleza forman un todo indisoluble. Y

tener hijos, muchos hijos y darles una educación desde la más tierna infancia para que sepan distinguir la bondad de los seres humanos de la masedumbre, el amor a sus semejantes de los que se aprovechan interesadamente, la justicia de la caridad, la libertad intrínseca del ser humano del libertinaje de los sentidos. En definitiva, ser comedidos como la propia naturaleza que da frutos cuando tiene ocasión o se recoge cuando las inclemencias del tiempo hacen imposible su desarrollo. Usar la libertad como un don de la vida, un derecho inalienable que tenéis el deber de transmitir a todos los que os rodean. Nunca seáis conformistas e indagar todo aquello que os resulte extraño. Que siempre exista un horizonte en vuestros corazones y que tengáis la suficiente valentía para llegar a él y traspasarlo buscando otro nuevo. El mundo y la vida está ante vosotras; disfrutarla y hacerla disfrutar a los que os rodean. De todo corazón espero que os améis y seáis muy felices.

Acabó sus palabras Margarita y unas rebeldes lágrimas surcaban su envejecido rostro. Instantes después, se levantó Cosme y comentó otras cuestiones referentes al matrimonio que fueron escuchadas con mucha atención por los recién casados. También se sumaron a los discursos los padres de Boro. Todos los presentes estaban ciertamente asombrados de la manera cómo se estaba desarrollando el acto. Acostumbrados al formato de las bodas realizadas en el pueblo hasta ese momento pensaban que estaban viviendo los albores de una nueva época. Unos jóvenes habían decidido casarse y allí estaban todos sus parientes y amigos para darles la enhorabuena y felicitarles. No existía ningún mandato divino que los colocara encima del bien y del mal, sencillamente porque no creían en ello. Como personas adultas y conscientes de lo que hacían, habían decidido aprovecharse de unas leyes propugnadas por el gobierno republicano y unir sus vidas en un acto formal, lejos de las antiguas y obligadas tradiciones en las que además no creían y tildaban de supercherías. Los cuatro jóvenes eran libres de unirse como les viniera en gana y habían elegido esa opción, pues perfecto, y si hubieran elegido la otra, pues también. En eso precisamente estribaba la palabra libertad que tanto se había escuchado en la informal ceremonia nupcial. Hacer lo que uno quisiera sin perjudicar a nadie por sus actos y si alguien se picaba, pues que no comiera ajos, pero de momento... que se rascara.

Casi una hora después, escucharon algo así como un lejano murmullo que provenía del pueblo. Entonces, comprendieron que la

misa había finalizado y los fieles salían en tropel de la iglesia dirigiéndose a sus respectivas casas o a las cantinas para tomar el consabido vermut. Minutos más tarde vieron como subían a la era algunas personas invitadas a la boda, pero que antes habían ido a cumplir con los preceptos religiosos de su fe. Lo cierto es que llegaron algo serios y cariacontecidos, pero a los pocos minutos ya estaban plenamente incorporados a la fiesta de los recién casados. Entre todos los que subieron y fue motivo de especial alegría venían los *Pepines* con sus guitarras al hombro; la música y la fiesta estaban garantizadas para el resto del día. Nada más llegar el trío musical comenzaron a cantar una jota a los recién casados compuesta por ellos mismos. Después de entonar otras dos canciones decidieron parar y ayudar también a realizar las comidas que se iban a dar en el convite para unas sesenta personas, aproximadamente. En esta ocasión existía un pique amistoso entre varios familiares de Boro y los *cocinillas* más ilustres de Monterde y todos tenían al arroz como el ingrediente principal de la comida. De manera que habían decidido que los valencianos harían un par de paellas y los monterdinos arroz caldoso con conejo y caracoles. A ver quién podía más. Encendieron cuatro fogatas en un extremo de la era y comenzaron a preparar la comida. Mientras tanto, los recién casados hablaban en corrillos con los invitados y les hacían partícipes de sus esperanzas y deseos en su nueva vida. Cuando se estaba terminando de preparar la comida, el ambiente se fue volviendo más festivo y los gritos de ánimo a los recién casados se escuchaban continuamente. Y entonces el pique amistoso que mantenían los cocineros alcanzó su cénit para ver quiénes eran los artifices del plato más sabroso. A decir de los comensales no hubo ganador ni perdedor, pues la comida dejó plenamente satisfechos a todos. Eso sí, tuvo lugar una extraña coincidencia, los valencianos se inclinaron por el arroz caldoso de los monterdinos y éstos se decantaron por las paellas. De manera que empataron en el pantagruélico combate y los grandes beneficiarios fueron los comensales, que disfrutaron de comidas muy sabrosas. Luego, le llegó el turno a los postres, que fueron en su totalidad los típicos de la localidad. Magdalenas, mantecados de hojaldre, tortas dormidas, buñuelos y el clásico montenevado hicieron su aparición entre la algarabía local, que disfrutó del excelente bocado de los dulces para dar punto y final al ágape de los enlaces matrimoniales. La fiesta se fue animando y ya entrada la tarde seguían bailando con las canciones de los *Pepines*. Tan sólo Irineo

y su hijo estaban algo serios pero, como el ambiente era notable, el ponche junto al alcohol comenzaron a hacer estragos y además era la boda que habían querido las mujeres de la casa, dejaron de lado su disgusto y al poco rato se integraron definitivamente a la fiesta.

A la mañana siguiente los recién casados se fueron con unos días de asueto a celebrar sus respectivos matrimonios en algo parecido a un viaje de novios. Rafael y Violeta acudieron a Teruel a pasar una semana en un hotel situado cerca del Óvalo. Por su parte, Boro y Hortensia junto a sus familiares acudieron a la tierra natal del novio para descansar del ajetreo de los últimos días y poder celebrar sus esponsales junto al resto de la familia del joven.

Cuando días más tarde se encontraron nuevamente en Monterde, todo era felicidad en los comentarios de los recién casados. Sin embargo, cierta mañana Rafael Pérez recibió la visita de uno de los invitados que también había acudido a la iglesia y quiso sincerarse con él, pues desde el día de la boda no dejaba de pensar en cierto suceso y tenía que contárselo. Con tono comedido, le habló del por qué de la tardanza en acudir a la era donde se celebró el convite por parte de los amigos que habían escuchado la misa el mismo día de su boda y cómo el párroco del pueblo mosén Pascual arremetió contra todos ellos por haberse casado únicamente por lo civil. Los tachó de inmorales y lascivos y les aseguró un lugar en el infierno por sus impúdicos actos. Todo ello era la antesala del amor libre —decía— y acabarían cohabitando como los animales. Negó validez al acto de matrimonio que acababan de realizar por ser únicamente civil, riéndose de ellos, y dijo a los parroquianos que no les trataran como si fueran esposos porque a los ojos de Dios estaban en pecado por haber renegado de sus enseñanzas y vivir en plena concupiscencia. Y sobre todas las imprecaciones que les lanzó durante la homilía lo que más llamaba la atención era el tono entre burlesco, faltón y lleno de rabia que transmitía cada una de sus palabras. Tanto es así que incluso en varios de sus arrebatos se escuchaba algún que otro murmullo de desaprobación entre los propios feligreses que, si bien no estaban de acuerdo con dichas bodas, cuestionaban el tono inmisericorde del párroco local.

Este era el primer contratiempo que sufrían desde que se casaron y aunque todo lo que había escuchado de los labios de su amigo sobrepasaba lo permisible pensó que lo mejor era ponerlo en conocimiento de su esposa y luego, si ésta estaba de acuerdo, ir a ver a sus

cuñados y ponerles también al corriente. De manera que una tarde los cuatro acudieron a la casa del párroco para pedirle explicaciones, aunque antes de llegar a su casa lo encontraron en la calle cuando se dirigía a la iglesia e intentaron abordarlo allí mismo. Sin embargo, su intento fue en vano, pues el párroco en cuanto los vio venir dio media vuelta y volvió sobre sus pasos mientras aceleraba el trote y se giraba de vez en cuando para ver si le seguían. En un momento dado, cuando ya estaba cerca de su casa y escuchaba cómo le llamaban insistentemente los cuatro recién casados, entró en la vivienda y se encerró con premura.

Los dos matrimonios se plantaron fuera del edificio gritando al párroco para que saliera, pues tan sólo querían hablar con él, pero ese intento fue inútil. La gente pasaba por la calle y observaba los acontecimientos con cierta desidia, porque en realidad los trabajos a los que se dirigían eran más importantes. Eso sí, hubo algunos parroquianos que se quedaron quietos durante unos momentos al escuchar los gritos de los matrimonios, pero finalmente optaron por seguir con su marcha. Este asunto no iba con ellos y así lo entendieron la mayoría, que enseguida creyeron saber por dónde iban los tiros. La mayor parte de los vecinos conocía la homilía del cura —en realidad había sido la comidilla del pueblo durante los últimos días— y entendían que tarde o temprano los recién casados irían a pedirle explicaciones por sus palabras.

Conforme pasaban los minutos y viendo cómo mosén Pascual seguía sin dar señales de vida y además se estaba creando cierto alboroto los dos matrimonios decidieron marcharse después de tildarlo por enésima vez de camorrista cobarde. Lo cierto es que tenían una vida por delante y no iban a dejar que la satisfacción que sentían por haberse casado la enturbiara un fanático, por muy religioso que fuera. Y como no hay mayor desprecio que ignorar al calumniador, prefirieron olvidar el asunto y dedicar toda su atención a las respectivas parejas. Bastante tenían con ello como para violentarse con un personaje que escondía detrás de una sotana los privilegios de la verdad más absoluta de la que se creía el único y verdadero portador.

La felicidad de las dos parejas quedó completa casi dos años más tarde cuando nacieron sus respectivos hijos, una niña en el caso de Violeta y Rafael y un niño en el de Hortensia y Boro. Sus respectivas familias comenzaban su prole con buen pie y unos orgullosos abuelos

multiplicaron por mil sus atenciones, especialmente Margarita que en ocasiones se veía sobrepasada por la faena y ayudaba incondicionalmente al cuidado de los pequeños. Y, aunque para una abuela todos los nietos son iguales, desde un principio mantuvo un trato especial con su nieta. Mientras la acunaba no dejaba de pensar que la ayudaría a salir adelante y sería la prolongación de sus ideales como siempre había sido la norma de su familia. Por lo pronto, hasta el nombre que le habían puesto le llenaba de gozo y, si bien la tradición familiar se había roto en cierta medida, no lo era tanto por el significado de su onomástica. La libertad es el bien más preciado del ser humano y Margarita se enorgullecía de ello por partida doble...

XL

Hay ocasiones en que el calendario presenta ciertas paradojas basadas en la casualidad de determinadas fechas. Esta singularidad ocurrió precisamente en la semana santa del año 1933, durante ésta se dio uno de estos casos tan significativos que mueven a la ironía. Ese año el viernes de pasión coincidía con el segundo aniversario de la República, de manera que mientras unos españoles pasaban el día sumidos en el luto o rezando rosarios otros se solazaban entre el bullicio festivo del feliz aniversario. Esta disparidad de criterios se mostraba como en un escaparate en los pueblos de la sierra de Albarracín. En muchos de ellos así como en otras tantas ciudades españolas se prohibieron las procesiones de Semana Santa al tiempo que ese viernes de pasión o el aniversario de la República —que tanto monta, monta tanto— se celebraron como merecía la ocasión. Así pues, en medio de la indignación de los creyentes y la apatía de más de un incrédulo, muchas procesiones religiosas fueron sustituidas por las cívicas. Y donde en las primeras todo había sido recogimiento, penitencia y oración ahora la música alegre y desenfadada cultivaba el ánimo lúdico y los oídos de los ciudadanos. De esta manera, los festejos recorrieron todos los rincones de la vieja piel de toro y en este contrapuesto maremágnum daba la impresión de que se estaba celebrando incluso la muerte del Dios de los cristianos, o por lo menos algún ateo malintencionado así lo daba a entender.

Sin embargo, éste no fue el caso de Monterde de Albarracín, donde tuvieron lugar, como todos los años, las procesiones y los rosarios acostumbrados, al tiempo que junto a ellos, también se mostraron alborozados el nutrido grupo de republicanos locales. Y siguiendo con esta duplicidad de celebraciones llegó el domingo de resurrección donde estaba prevista la procesión del encuentro de la Virgen y su hijo en la plaza del pueblo, pero además y solapándose a dicha ceremonia, iba a tener lugar un acontecimiento de primer orden en los anales del pueblo. Esta celebración tendría lugar en el centro de la Sociedad Obrera y estaba relacionada con el intento de convertirla en una organización sindical que sirviera de cauce a las demandas de la sociedad local. Por fin, lo había conseguido Rafael Pérez y después de arduas labores y entrevistas había logrado hacer coincidir a los jornaleros y campesinos del pueblo sobre la necesidad de crear un sindicato de clase tal y como había tenido lugar a lo largo de los dos últimos años en la mayoría de los pueblos de la sierra de Albarracín.

Por todo ello, el domingo de resurrección a las cuatro de la tarde el local de la Sociedad Obrera estaba abarrotado de personas, tantas que incluso había quien seguía los acontecimientos desde el corral exterior que daba a la gran sala donde solían realizar las reuniones. Y en ese mismo espacio habían colocado una mesa y tres sillas para las personas que iban a presidir el acto, Rafael, Manuel y un conocido sindicalista llamado Teófilo Almazán, que ya había intervenido en la creación de numerosos sindicatos socialistas a lo largo y ancho de la Sierra. Era tanta la expectación que antes de la hora prevista para el comienzo de la reunión ya estaban presentes la inmensa mayoría de las personas que se esperaban asistieran al acto. Los corrillos eran numerosos y desde las calles próximas se percibía un murmullo lejano que simulaba el zumbido casual de varios enjambres de abejas. Llegada la hora se escuchó una voz en el medio del rumor de la sala solicitando silencio y tras varios intentos consiguió por fin hacerse entender entre la mirada expectante de los presentes:

—Estamos aquí reunidos para ver si somos capaces de crear un sindicato que defienda los intereses de la clase trabajadora de Monterde de Albarracín —comenzó diciendo el sindicalista que presidía la reunión—. Por lo que me ha contado Rafael la mayor parte de vosotros estáis de acuerdo en que sea una Sociedad de Trabajadores de la Tierra afecta a la UGT, aunque también hay quienes piensan de otra manera.

—Yo soy uno de ellos y por mi parte prefiero que el Sindicato resultante no tenga una orientación socialista —replicó Manuel—. Vamos a exponer nuestros argumentos y que sea lo que la gente decida al final. Por mi parte y la de otros compañeros creemos que estaremos mejor representados si nos vamos con la CNT.

—Me parece muy bien todo lo que dices —volvió a intervenir Teófilo Almazán— aunque yo creo que tenemos que seguir las pautas que han realizado otros sindicatos en la Sierra como el de Bronchales y Orihuela del Tremedal. Es decir, hablemos de lo que esperamos en cada una de las propuestas y al final vayamos todos juntos donde diga la mayoría. Lo verdaderamente importante es no perder la conciencia que el enemigo es el capital junto a aquellos amos que tienen un comportamiento de explotadores y caciques. Por supuesto que tenemos que estar juntos para luchar contra ellos, pues en la división tenemos nuestro talón de Aquiles y los terratenientes ganan enteros. Así lo han entendido los compañeros de estos dos pueblos y en ellos ganaron los socialistas, pero el grupo de anarquistas sigue también en el Sindicato creado, ya sea como corriente ideológica o a título individual.

—Pues bien, yo quiero empezar diciendo que con la República no ha llegado la liberación de la clase trabajadora y por supuesto de los campesinos —comenzó Manuel su alocución—. Todos estamos viendo que cada vez la crisis es más nefasta para los jornaleros, hay más falta de trabajo que nunca y ya no podemos emigrar durante el invierno como antaño a buscarnos la vida a Andalucía por culpa de la ley de los Términos Municipales. Y para más inri el Estado no favorece el trabajo en estas tierras. Por todo ello, estamos viendo como cada día que pasa es mayor la pobreza que nos atenaza. Aquí vivimos del campo y los jornales que nos dan los terratenientes, pues todas las promesas que hicieron los políticos con el cambio de régimen han quedado al final en el olvido más absoluto. Se habló del rescate de los bienes comunales y hasta la fecha sólo son palabras. Se prometió una reforma agraria y todavía están inventariando las tierras de los hacendados. Además, si ésta finalmente se lleva a cabo se van a tener que pagar muchas de ellas cuando lo que se tiene que hacer es requisarlas sin más y repartirlas para trabajarlas colectivamente, como han demandado los compañeros de Albarracín y más recientemente los de Toril y Masegoso. Por todo ello yo me inclino a favor de formar un sindicato afecto a la CNT, y no lo digo yo únicamente, somos bastantes más en este pueblo.

Una salva de aplausos interrumpió la alocución de Manuel al tiempo que muchos gritaban consignas a su favor. Por su parte, Teófilo Almazán que hacía las veces de moderador a la vez que presidía el acto, levantaba las manos una y otra vez demandando silencio para que pudiera escucharse al otro protagonista de la asamblea. Logró su propósito, no sin esfuerzo, y acto seguido se escuchó la voz de Rafael.

—Yo pienso de otra manera, Manuel, y creo además que la mayor parte de los presentes opinan lo mismo —comenzó diciendo con el tono parsimonioso como acostumbraba Rafael—. Estoy de acuerdo contigo en que la crisis nos está golpeando con más fuerza que nunca, pero no debemos achacarlo todo a la República. Esperamos demasiado de los poderes públicos pero nosotros tenemos que hacer también algo por nuestra parte. La ley de Términos Municipales ha sido una infamia, pero hay que mirarlo en todas sus vertientes. Nosotros nos íbamos a trabajar a aquellas tierras como molineros por unos salarios de auténtica miseria. Éramos los esquirols de los jornaleros andaluces porque ellos demandaban más jornales y no los conseguían porque nosotros aceptábamos trabajar por menos dinero y los empresarios eran los que más ganaban con nuestra actitud. No podemos achacar todos los males a la República porque se han realizado muchas leyes a nuestro favor como la jornada de ocho horas, arrendamientos, laboreo forzoso, jurados mixtos del trabajo rural o los accidentes de trabajo en la agricultura entre otros muchos. Pero también es cierto que queda todavía mucho por hacer. Los trabajadores somos los beneficiarios del nuevo sistema político. España, como dice su Constitución, es una República de trabajadores de todas clases, pero tenemos que ir con pies de plomo y asentarla definitivamente. Enfrente de nosotros están los que siempre han detentado el poder y nos han explotado. Hoy tenemos más posibilidades que nunca, pero debemos de luchar por ellas y no esperar a que nos vengan solas. Además hace pocos meses han aprobado la ley de Reforma Agraria y de ella nos vamos a beneficiar los más pobres de los pueblos. En Monterde apenas hemos tenido tierras comunales y las que han sido eran de pastoreo hasta que nos robaron los *Cinco Prados*. Aquí no hay recuerdos de ningún movimiento cooperativista y lo que suspiran los jornaleros y pequeños propietarios campesinos de este pueblo es que se realice un reparto de tierras para poder vivir decentemente del campo con el sudor de nuestro trabajo.

Llegado a este punto se produjo un gran alboroto y la gente comenzó a gritar con ímpetu redoblado ante las palabras de Rafael. El tema del reparto de las tierras levantaba los ánimos como si en su esencia fuera el eje de la lucha obrera y campesina por la que suspiraban los empobrecidos monterdinos. Manuel se sabía en inferioridad numérica pero insistía en sus argumentos como los más indicados para sacar a sus paisanos de la miseria. La reunión siguió durante varias horas en las que los dos ponentes rivales ideológicos, pero amigos íntimos, desbrozaban los contenidos de sus argumentos y solicitaban apoyos para sus respectivas causas. También hablaron varios de los presentes dando su opinión sobre la orientación que debía tener el Sindicato porque en eso sí estaban todos de acuerdo. Se tenía que acabar la asamblea con el firme propósito de crear uno para luchar por los derechos de todos los trabajadores campesinos del pueblo y enfrentarse con más garantías a los poderosos terratenientes. En ese punto coincidía la globalidad de los presentes al menos de la misma manera que había ocurrido en otros pueblos de la Sierra. Entre todos los que abogaban por acercarse al sindicato anarquista causaron gran expectación las palabras del maestro local don Salvador Sanchís, que con su verbo fácil y directo expuso su ideología más acorde con los postulados de Manuel que con los de su cuñado Rafael. Ya entrada la noche tuvo lugar una votación para ver la forma nueva que iba a adquirir la caduca Sociedad Obrera. Ganó por una mayoría considerable el criterio seguido por Rafael y quedó conformado en Monterde de Albarracín un sindicato de Trabajadores de la Tierra que días después solicitó su entrada en la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra afín a la UGT. Y tal como había ocurrido en Bronchales y Orihuela del Tremedal los simpatizantes anarquistas bastante minoritarios se incluyeron en la nueva agrupación, aunque manteniendo intactos sus postulados ideológicos.

La noticia de la creación del Sindicato socialista corrió como la pólvora entre la población local, generando cierto desasosiego entre los hacendados terratenientes al ver organizados a sus odiados enemigos. A partir de ese momento los sindicalistas se habían convertido para estos grandes propietarios en algo más que una *china* en sus zapatos, ni más ni menos que la pica de Flandes de los planes del gobierno, con el peligro que eso representaba. Pero quien lo pasó realmente mal no fue otro que el cura del pueblo, mosén Pascual. Lo que tanto temía desde hacía varios años empezaba a tomar carta de

naturaleza. Si bien todavía existía el Sindicato católico-agrario que creara mosén Rufino años atrás, lo cierto es que languidecía desde hacía tiempo y había quedado solamente como reducto de los propietarios de tierras.

Ahora, los revolucionarios habían conseguido hacer el suyo propio y en esta dinámica sabía que tenía todas las de perder. Sobre todo, porque esa era una cuestión que trataba una obra del Deán de Oviedo don Maximiliano Arbolea que llamaba a la lucha abierta contra la sindicación revolucionaria. Y si las pautas que comentaba en su libro sobre la acción del clero en la sindicación agraria seguían su cauce, los tiempos de tranquilidad de su apostolado en el pueblo de Monterde estaban tocando a su fin. Esa noche estuvo releendo el gastado libro y decidió que tenía que seguir al pie de la letra los argumentos de dicho escritor y el de otros muchos apologistas como el jesuita Sisinio Nevarres o incluso Armando Castroviejo. Y como mencionaba el antiguo dirigente de la Confederación Católico-Agraria, don Antonio Monedero, tenía que dirigir una cruzada contra los sindicalistas y ateos. Para ello se requería una pericia especial de la que se creía dotado mediante su trabajo, unas buenas dosis de penitencia y su puesta a punto como monje y guerrero al mismo tiempo. Sólo de esta manera lograría enfrentarse con éxito a los denostados revolucionarios cuya ideología a modo de mantra siniestra había acabado expandiéndose por el pueblo y la veía asentándose con la fuerza de unas vulgares garrapatas.

Por todo ello, al domingo siguiente preparó a conciencia la homilía que tenía que leer en misa. No iba a dejar al albur las novedades producidas últimamente en el pueblo. Pensaba demostrar a todos los feligreses que acudían a la iglesia la realidad del mundo que estaban padeciendo y lo que representaba vivir día a día con la angustia de saber que la espada de Damocles, ahora en poder de revolucionarios y ateos, pendía sobre sus cabezas. En dicha homilía no dejó escapar ningún rescoldo de duda y todo aquello que se apartaba de las directrices de la Iglesia fue demonizado a modo de lúgubre exorcismo. Su principal diatriba recayó sobre la República que había ocasionado la llegada de todos los males que aquejaban a la sociedad. Especialmente duro fue con los matrimonios civiles que ya se habían empezado a realizar en Monterde, también con las crecientes negativas a permitir los cultos religiosos como las procesiones, aunque en Monterde estaba su alcalde don Belarmino Fuentes que, por lo menos, era un excelente cristiano

e impedía que los impíos hicieran lo que les viniera en gana. Luego, le tocó el turno al Sindicato recientemente creado al que tildó de revolucionario y de servir a los masones y ateos del pueblo. Por último, se centró en el tema de la propiedad privada, que tenía un origen divino y por lo tanto no podía establecerse ninguna ley terrenal que lo cuestionara. Fue tanta la insidia y la rabia con la que comentaba la homilfa que incluso atemorizó a muchos fieles que, si bien mantenían reparos con algunas actuaciones republicanas, estaban bastante lejos de seguir las consignas de mosén Pascual. Pero no le salieron gratis los exabruptos anti-republicanos y el Gobernador Civil de la provincia le impuso una multa de trescientas pesetas por sus acendradas críticas a la legalidad republicana.

Una de las primeras actuaciones del Sindicato fue la de solicitar la creación de una Bolsa de Trabajo en el ayuntamiento para evitar que los mandamases del pueblo proporcionaran el escaso empleo municipal existente a sus amigos o los correligionarios políticos. Curiosamente, el alcalde don Belarmino Fuentes aceptó la propuesta, pero colocó al frente de la misma a un servidor suyo, por lo que las expectativas sindicales quedaron en agua de borrajas. Tiempo más tarde, y viendo que todavía el caciquismo imperaba en el pueblo, las presiones del vecindario posibilitaron la realización de un turno riguroso en dicha Bolsa, de manera que todos los habitantes de Monterde tuvieran la oportunidad de ganar algún jornal municipal. Estas fueron las primeras actuaciones sindicales, aunque donde pusieron toda su atención fue en seguir los procedimientos de la Reforma Agraria y conseguir que las tierras que les fueran expropiadas a los terratenientes se repartieran entre los sufridos jornaleros locales. Aunque esto era otro cantar, ¡con la Iglesia habíamos topado!

XLI

Durante la primera semana del mes de mayo de 1933, en la casa de don Romualdo Cavero reinaba una gran actividad con los últimos preparativos de la boda de su hijo José María y su novia María Rosario. En estos momentos, el novio contaba con veintiocho años de edad, mediana estatura, delgado, de tez aceitunada, pelo negro y una

melena ladeada que dejaba entrever una incipiente calvicie. Gustaba del buen vestir y aparentemente demostraba tener excelentes modales, aunque en realidad eran sólo eso, apariencias. Cuando conversaba siempre se creía en posesión absoluta de la razón y lo discutía todo, hasta que los contrarios daban su brazo a torcer más que porque la tuviera para que les dejara en paz. Aunque, ciertamente, no había que obviar en esta resignada actitud de los contertulios la posición social que disfrutaba y de la que él continuamente hacía gala. Su época de calavera en los antros de Teruel y en otros pueblos de la Sierra cuando acompañaba al *tío Morras* finalizó años atrás y en estos momentos era tan sólo un vago recuerdo. Tanto como sus baladronadas en las prolifas juergas de alcohol y *morra* que le acompañaron durante una etapa de su vida. Fue conocer a María Rosario y su existencia cambió de modo radical, dedicándole toda su atención o más bien idolatrando a su amada hasta límites insospechados. Estaba totalmente obnubilado por ella. José María no tenía oficio, pero sí beneficio, ya que en este sentido era un perfecto y auténtico vividor. Al contrario de su padre, que siempre estaba al tanto de sus posesiones viendo la manera de sacar la mejor tajada de ellas, él apenas le dedicaba atención y pensaba que las rentas o venían por sí solas o caían del cielo como el *maná*. Esfuerzos los justos. Eso sí, gustaba de la notoriedad que le proporcionaba su ilustre apellido y le encantaba sentirse el centro de los comentarios del pueblo. Siendo como era el hijo más pequeño de la casa, siempre fue el ojo derecho de su madre y la actitud de ésta le confirió un talante de niño malcriado que detestaba del trato con sus iguales. Se consideraba casi como si fuera el hijo único de sus padres a pesar de tener dos hermanos más, que ya no habitaban en la misma casa. Su hermana Adelaida era la mayor de todos y vivía también en el pueblo de Monterde, estaba casada desde hacía varios años y era madre de dos niños. José María mantenía con ella una relación distante, rayana, incluso con cierta tirantez. Y con su otro hermano, Ernesto, nunca se entendió y sostuvo siempre con él una actitud de desprecio burlón, reprochándole su parca dedicación a los asuntos de la casa y riéndose de su personalidad más propia de un intelectual que la del hijo de un terrateniente. En definitiva, respecto a sus hermanos mantenía una actitud semejante a la de los polluelos del cuco que no cejan hasta echar del nido al resto de las crías para quedarse ellos solos y beneficiarse exclusivamente de las atenciones paternas. Como desde pequeño fue criado con tanto mimo se creía con el derecho de ser el centro de atención de su familia a la que,

a pesar de todo, despreciaba e íntimamente gozó con cada partida de sus hermanos. Ellos se iban y él gobernaría toda la hacienda con permiso de su padre..., o sin él. En la última fase de la Dictadura se involucró en la Unión Patriótica local y fue su entrada en la política que luego continuaría durante la República esta vez en los partidos agrarios y conservadores. Además, conforme avanzaban los años su carácter se fue tornando cada vez más intempestivo y autoritario, formando sociedad con otros caciques o jercas de Monterde, como el *tío Chalecos* o Serafín, otro de los retoños de un rico hacendado local.

María Rosario era más joven que José María y contaba en las vísperas de su matrimonio con veintitrés años de edad. Se trataba de una mujer también de mediana estatura y con las facciones de la cara finas y suaves, dando la errónea impresión de una cierta debilidad. Mantenía un semblante muy expresivo que disimulaba bastante mal las cuestiones que no le agradaban. Cuando esto ocurría, torcía el gesto bajando la cabeza mientras rumiaba la manera de trastocarlas a su antojo y, eso sí, los medios para conseguirlo le importaban bien poco. Su manera de actuar ante la vida era una pose premeditada que utilizaba para engatusar a aquellos que la rodeaban. Sin embargo, cuando éstos habían picado el anzuelo y se daban cuenta de sus verdaderas intenciones ya era tarde para lamentaciones o disculpas pues si la dejaban de lado o no seguían sus indicaciones se tendrían que preparar para lo que les iba a venir encima. O estaban con ella o contra ella, para María Rosario no existía término medio. Mientras los actos de la vida de José María guardaban un parecido razonable con el polluelo del cuco, los de su futura mujer se asemejaban más bien a los de la mantis religiosa. Y al igual que este inquietante insecto, después de haber exprimido todo lo que le interesaba, devoraba a su portador; la hija del ingeniero alemán lo quería todo. En su entorno más próximo estaba obsesionada por la familia, pero únicamente la suya, ya que la de los demás le traía sin cuidado, incluso la de su propio marido. Aunque conviene precisar que lo que ella entendía como su familia eran únicamente los que le unían lazos de sangre y seguían sus criterios al pie de la letra venerándola como la luz que les alumbraba la vida. En este caso tenía especial predilección por aquellos que disponían de alguna que otra fortuna, para éstos sí extremaba su tacto y cierta consideración. También como José María era la menor de los hermanos pero en este caso tan sólo tenía una y, al igual que ocurría con su esposo, apenas mantenía relaciones.

Su padre, Otto Schilemann, era un ingeniero de origen alemán que vino a España a principios de siglo, encontrando acomodo primeramente en la capital aragonesa y después en Teruel, donde conoció a la que sería su esposa. Ésta era una mujer no muy agraciada, gruesa tirando a obesa y de mediana estatura, poseía además un carácter insufrible que le hacía llevar las riendas de su casa con mano firme, rayando a tirana. Aunque también tenía puntos favorables, ya que pertenecía a una conocida familia turolense con varios de sus miembros ocupando altos cargos de la administración provincial, todo ello era suficiente para inclinar la balanza a su favor. Como en el caso de José María, María Rosario fue la mimada de su casa, pero con el paso de los años su ego alcanzó cotas elevadas. Como suele decirse coloquialmente les salió rana a sus progenitores ya que se volvió más despota y marimandona que la propia madre haciendo vivir al pobre ingeniero en un auténtico infierno. Dos criadas, dos hijas y una esposa eran demasiadas mujeres para habitar en la misma vivienda y Otto Schilemann encontró en las frecuentes salidas para controlar sus proyectos un remedio que mitigaba sus frustraciones en la casa donde llegaba a sentirse ninguneado, casi como un auténtico mequetrefe.

Estos eran los novios que estaban a punto de ser casados por el cura del pueblo mosén Pascual. El que dicha boda se fuese a celebrar en la iglesia parroquial de Monterde de Albarracín había sido un empeño particular de don Romualdo Cavero. Entre otras cuestiones porque no le satisfizo en absoluto el enlace de su propia hija con otro joven de la localidad que no era de su total agrado y además pertenecía a una escala social más baja. El amor que se profesaba esta pareja junto a la impertinencia y cabezonería de Adelaida le obligó a ceder a sus pretensiones y el enlace matrimonial fue discreto para su gusto. Por todo ello y después de la marcha de su primogénito Ernesto durante el verano de 1929 tenía necesidad de realizar un acto elitista y multitudinario para callar muchas bocas en el pueblo sobre la situación de su familia. La ceremonia se tenía que haber realizado en realidad en la capital turolense, pero el rico hacendado monterdino estaba ansioso de mostrar a sus paisanos que su familia seguía siendo la de más alta cuna de la localidad. La marcha de Ernesto sólo había sido un accidente y el que ya no volviera al pueblo un mero contratiempo debido al acomodo que encontró su hijo entre los bohemios escritores que pululaban en la capital condal. Esta boda era como un acto de desagravio ante la huida

de éste y don Romualdo Cavero había puesto toda la carne en el asador para dar el lustre que se merecía. Sería un enlace por todo lo alto y para ello no dudó en buscar de lo bueno lo mejor así como invitar a las familias más destacadas de la Sierra a la ceremonia y el ágape que se celebraría en el pueblo. Pero nadie podía ni tan siquiera imaginar en Monterde que los costes de la misma le iban a ocasionar un serio quebranto en su ya delicada economía. Con las rentas de las tierras que poseía podía vivir muy bien pero últimamente los gastos se habían incrementado en demasía y le urgía disponer de dinero más aún que de propiedades. Además, su hijo se quedaría a vivir en la mansión familiar de Monterde y habían habilitado para el joven matrimonio la segunda planta de la casa con mobiliario nuevo, según el gusto de los contrayentes. También les iba a costear el viaje de novios que realizarían a Friburgo; capital de la selva negra alemana de donde eran originarios los antepasados del padre de la chica. Por todo este dispendio, el pretencioso hidalgo monterdino estaba a punto de entrar en números rojos.

De manera que tomó una drástica solución y decidido a poner coto a sus problemas financieros acabó vendiendo una masía con sus tierras que poseía entre los términos de Albarracín y Valdecuena. Esa hacienda, conocida como *La Solana*, era una de las más codiciadas que tenía y era propiedad de su familia desde hacía casi un siglo, cuando un antepasado suyo la compró aprovechando una conocida desamortización llevada a cabo por el gobierno de entonces. Los jornaleros de aquel pueblo llevaban tiempo detrás de don Romualdo Cavero para concertar la venta, pero éste siempre se mostró esquivo a realizarla. Ahora, con la grave crisis de trabajo que atenazaba a los habitantes de muchos pueblos serranos aquellos campesinos habían redoblado sus esfuerzos y el terrateniente monterdino vio el momento apropiado para vender. Aún con todo, surgieron dos inconvenientes de cuidado. El primero era la cantidad de dinero que el hacendado pretendía obtener por las tierras y el segundo, que se trataba de una propiedad de la que su hijo José María estaba encaprichado desde siempre y soñaba con heredarla algún día. Respecto al primer punto, finalmente se llegó a un acuerdo que aunque no llegaba a las pretensiones de don Romualdo le proporcionó el dinero necesario para hacer frente a los gastos que preveía. Y en cuanto al segundo, en el momento en que volviera su hijo del viaje de novios ya vería la forma de contárselo, haciéndole partícipe de las necesidades por las que atravesaba su hacienda.

Aunque en lo más profundo de su ser temía el momento en que se lo comunicara, ahora lo realmente importante era que la boda saliera perfecta. Para empezar le costó una buena propina obtener el permiso eclesiástico que facilitara el traslado del enlace matrimonial a Monterde, pero finalmente lo consiguió gracias a la intermediación de mosén Pascual. Luego, acondicionó una gran sala próxima a su mansión y en ella realizó el convite para agasajar a sus pares serranos. El resto de los comensales, junto a la chusma local que también invitó al acto, lo celebrarían al aire libre en una era de grandes dimensiones que asimismo poseía cerca de su casa. La intendencia de la comida fue encargada a sus criados y a otros lugareños que fueron contratados exclusivamente para la ocasión, así como unos refutados cocineros de Albarracín. Y como proveedora de todos los alimentos que iban a consumir apalabró su gestión con Ceferina, la dueña de una de las dos abacerías que existían en el pueblo. Esto último no lo acababa de tener del todo claro por las singularidades de la señora tendera y recelaba de ella, aunque conociendo al resto de los que podían abastecerle en el pueblo no tenía más remedio que claudicar. El *tío Conejos* era el otro abacero, pero ya estaba pasado de rosca, era muy impredecible y difícil de llevar, con el *tío Morras* que también podía haberlo realizado no se trataba desde la pelea que mantuvo con su hijo años atrás. Por eliminación tan sólo le quedaba Ceferina y, aunque era como elegir entre lo malo y lo peor, acabó decidiéndose por el camino del medio. De manera que llegó a un acuerdo con la susodicha Ceferina y a cambio del compromiso de su más absoluta discreción y de que hiciera *mutis por el foro* le ofreció la posibilidad de ganar un buen montante de dineros con el aprovisionamiento de los víveres.

Don Romualdo Cavero tenía pavor a la actitud de la abacera y sus temores estaban totalmente fundados. Ceferina era una mujer de mediana edad, soltera y propietaria de unos carrillos sonrosados que le conferían un aspecto saludable. Su nombre hacía juego con su figura gruesa, conseguida sin gran esfuerzo gracias a su debilidad por los torreznos o las cortezas de cerdo, y como postre era una apasionada de los dulces con miel. Era la menor y única mujer de cinco hermanos y como solía ocurrir por estas latitudes con los benjamines de las familias (y sobre todo con las mujeres) al final se quedaban en casa cuidando a sus progenitores. El tiempo en su juventud le pasó tan deprisa que cuando se quiso dar cuenta, como se suele decir, “se le había pasado el arroz” y se quedó soltera. Además de cuidar a sus padres en la casa,

atendía la tienda que éstos habían instalado en el pueblo pocos años atrás, la segunda que se creó después de la del *tío Conejos*. Esta abacería contaba con una pequeña cantina a la que acudían los lugareños, ansiosos por degustar el buen vino de su bodega. Aunque lo que verdaderamente tenía fama era las novedades introducidas por su padre en cuanto a la alimentación. Fue el primero de Monterde que llevó a su tienda frutos secos, altramuces y las sardinas enlatadas. Sin embargo, Ceferina destacaba en el pueblo por otras cuestiones no tan banales. Era una cotilla por vocación y junto a la telefonista Rosita Martínez formaban un dúo de impredecibles chismosas por ver quién olisqueaba y conocía mejor el inframundo local. Desde pequeña estuvo sirviendo en la tienda y se había acostumbrado a prestar atención a los comentarios de los parroquianos, por lo que estaba al corriente de todas las novedades del pueblo. Esta afición a escuchar las conversaciones ajenas se había convertido con el paso del tiempo en una perversión desaforada y habían hecho de ella una contumaz alcahueta. Y lo que resulta más grave, llevada por esta afición de entrometida sabelotodo, últimamente se atrevía incluso a meterse en medio de las conversaciones que a ella ni le iban ni le venían. Un impulso cada vez más irrefrenable le inducía a ello. Los monterdinos la temían y cada vez iban menos a su tienda. Ya no es que escuchara lo que no le importaba, es que encima se permitía el lujo de opinar y su manera de hacerlo era lo más aproximado a dar una clase magistral. Sólo valía lo que ella decía y aconsejaba sobre todas las cosas aunque no tuviera ni pajolera idea. La cuestión era meter baza y ser el centro de atención. De todo sabía la señora tendera y a todo daba remedios. Alzaba su vozarrona y no había quien chistara. Sin embargo, a partir de los sucesos que protagonizó —nunca mejor dicho— durante el convite del hijo de don Romualdo el ocaso se cernió sobre la tienda.

Un vecino avisado, al tanto del escándalo que tuvo lugar, decidió abrir una posada un año más tarde y en sus bajos poner una pequeña abacería, que contaba también con una bodega que hacía las veces de cantina. Sus dueños estaban al tanto del funcionamiento de la competencia y, ante la creciente alarma creada en el pueblo por la constante intromisión de la señora tendera, decidieron que lo mejor para el negocio era hacer precisamente lo contrario de lo que ella hacía. Así pues, mantenían muy limpio el local, eran amables con los clientes y, sobre todo, no se inmiscuían jamás en las conversaciones ajenas, ni daban lecciones a nadie. Con ello lograron quitarle poco a poco la

clientela y hacerse un hueco entre los monterdinos junto con la abacería del *tío Conejos* hasta la guerra civil. Y Ceferina, viendo que el negocio iba de mal en peor, puso sus ojos en un *campillero* que trabajaba como vendedor ambulante de tejidos y en un carromato recorría la ruta de la Sierra durante el buen tiempo. Acertó la mujer y se congratuló por ello el pueblo. A partir del verano de 1935 pudo poner en práctica su impenitente verborrea en cada una de las localidades donde iba y su fama de parlanchina vendiendo tejidos recorrió toda la Sierra y así se la conoció desde entonces: Ceferina la charlatana (y alcahueta).

El domingo 7 de mayo la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción se quedaba pequeña para albergar a los numerosos invitados a la boda y los vecinos que acudían a la misa dominical. La expectación era enorme y los monterdinos no habían tenido jamás la oportunidad de ver por las calles del pueblo semejante concentración de autoridades y personajes de la más alta raigambre social de la Sierra. Y como junto a ellos también acudían sus sirvientes o incluso varios chóferes, las calles más céntricas de la población se veían bastante transitadas, daba la impresión de que Monterde era en ese día la capital de la Sierra. Junto a toda esa algarabía de forasteros se podía incluir a un fotógrafo que habían contratado para que retratara el evento e incluso a un periodista turolense que venía a cubrir la información del feliz acontecimiento. Lo dicho, Monterde en ese día soleado de primavera era lo más parecido a un bullicioso y festivo guirigay, aunque no fuese compartido por todos los lugareños.

Los contrayentes no gozaban de la simpatía del común de los habitantes del pueblo. Sobre ella porque no la conocían, aunque crecían los rumores sobre su ladino carácter por parte de los pocos que la habían tratado o como el *tío Morras* que le bastó una mirada el día que se conocieron los contrayentes en Albarracín para saber del pie que cojeaba. Y respecto a José María ya conocían perfectamente cómo era, lo habían padecido en el pueblo durante más de veinte años y, salvo sus escasos amigos, no gozaba de simpatías generales. Incluso había gente, como los miembros del recientemente creado Sindicato de Trabajadores de la Tierra, que no lo podían ver ni en pintura. De todas formas, como ese era el día de los novios, desaparecieron de las calles del pueblo las personas que no compartían sus deseos de felicidad, juntándose para el café o el baile de la tarde en los locales frecuentados por los republicanos y sindicalistas.

Durante esa mañana la iglesia estaba engalanada como en las mejores festividades. Todos los bancos estaban adornados con guirnaldas y abalorios y el altar rebosaba de flores. El novio vestía un impecable frac de color negro mientras que la novia llevaba el traje que las mujeres de su familia materna habían vestido durante dos generaciones y unas afamadas costureras lo habían ajustado a las medidas de su cuerpo. Además, diferentes joyas familiares engalanaban todavía más su esbelta figura y un largo velo de tul que pendía de su cabellera le otorgaba un tono elegante y principesco. También los feligreses que participaban en la ceremonia acompañaban adecuadamente la ocasión luciendo sus mejores galas, independientemente su posición social, que eso ya se notaba en las mudas. Y sobre todos ellos, mosén Pascual, tremendamente feliz de ser uno de los protagonistas del evento que tenía allí reunidos a tantísimos y tan ilustres fieles. Llevaba bien aprendida la lección y durante la homilía se dedicó a glosar la figura de los contrayentes y lo que significaba un matrimonio bendecido por Dios. Todo ello lo contraponía a los que estaba favoreciendo la legislación republicana y que al no estar santificados eran simples mancebías o peor aún arrejuntamientos como si se tratara de animales. El señor cura no dejaba de pasar la ocasión siempre que podía y arremetía con dureza contra todo aquello que se apartaba de los estrictos criterios de los ritos y la fe que él entendía como única y decente forma de vida.

La salida de los novios de la iglesia tuvo lugar bajo un constante repique de campanas y muchos de los presentes tiraban flores a los contrayentes. El atrio y los alrededores estaban abarrotados de personas para ver de cerca a los desposados, acompañándoles hacia su nueva casa entre vítores y aplausos. Tanto José María como María Rosario radiaban felicidad por todos sus costados. El novio porque se había casado con la mujer de sus sueños mientras que la satisfacción de la novia radicaba en haber entroncado con la persona perfecta para conseguir sus planes. Para ambos todo estaba saliendo a pedir de boca. Y hablando de boca, la comida de la boda fue muy recordada en años sucesivos por los comensales y los vecinos de la localidad. Aquí los invitados se dividieron en dos grupos. El primero lo conformaban la familia de ambos contrayentes junto a las autoridades y amigos expresamente invitados al acto que fueron colocados en una gran sala contigua a la vivienda. Mientras que en el segundo lo eran los criados de los invitados y muchos monterdinos de a pie que acabaron apalancados en una gran era propiedad de don Romualdo Cavero. Y de la

misma manera los menús estaban divididos. Para los del primer grupo ciertas fantasías culinarias como el consomé real, los huevos matión o el trufado de pato entre varios platos a elegir. Para los del segundo grupo la comida se basó exclusivamente en gazpachos y caldereta de cordero. Qué más da una comida u otra, si los ingredientes y las manos que la elaboraban eran adecuados, el resultado sería magnífico... ¿O no? Pues como todas las cosas en la vida los matices son importantes y acaban dando la nota definitiva. Y eso precisamente fue lo que aconteció en el convite de la boda.

La cocina donde se preparaban las viandas del banquete echaba humo en la mañana del domingo ya no tanto por los numerosos guisos que allí se estaban preparando como por la diligencia de los cocineros en preparar la comida. Todas las manos seguían siendo pocas por la numerosa faena a la que se estaban aplicando los guisanderos contratados. Ceferina entraba continuamente llevando los productos que le demandaban de su abacería. En un principio no hablaba más que lo justo, según el acuerdo al que había llegado con don Romualdo, pero cada vez estaba más nerviosa por su prolongado silencio y en un par de ocasiones estuvo a punto de quebrantarlo. No podía soportar que los allí presentes estuvieran comentando los pormenores de los guisos y ella impasible como si no fuera con su persona. Por supuesto, Ceferina se las daba de cocinera de primer grado y a la mayor parte de las comidas que se estaban realizando tenía alguna objeción que oponer. En un momento dado, el que hacía las veces de jefe de cocina estaba la mar de atareado y necesitaba que alguien hiciera una mayonesa que serviría para condimentar uno de los platos. Como todos los allí presentes estaban bastante ajetreados Ceferina se ofreció a realizarla porque, según dijo a viva voz, era quien mejor sabía hacerla de todo el pueblo. Y ni corta ni perezosa se lió a cascar los huevos y separar las yemas de las claras dejando cada una en el bol correspondiente. Estaba en estas cuando acertó a pasar el jefe y le preguntó si había limpiado los huevos antes de romperlos. Como la pregunta llevaba implícita una orden la tabernera monterdina se molestó indicándole que las gallinas de su corral estaban sanas y no tenía que ir con zarandajas de ningún tipo. El señor cocinero insistió en que debería de hacerse y Ceferina para quitarse de encima al pesado del rancho rectificó diciéndole que sí lo había hecho, que no se preocupara. Cuando éste volvió a sus quehaceres la mujer lo miró de reojo con disimulado desprecio, se rió por lo bajo y sin hacerle el menor caso continuó con su faena batiendo las claras.

Ya tenían todos los manjares casi a punto cuando los desposados y el personal invitado penetraron en la gran sala donde habían preparado el banquete. En total serían unas sesenta personas las distinguidas por las familias de los contrayentes; era la élite designada para comer en el lugar de honor. Otras cuarenta aproximadamente integradas por los invitados del pueblo, criados y demás sirvientes estaban en la era acabando de preparar los gazpachos y la caldereta de cordero. En este último grupo el ambiente era más desenfadado y festivo con continuos gritos de apoyo a los recién casados que, desde las ventanas de la sala, observaban a los invitados de la era. Y mientras tanto, en la sala primaba la conversación serena y la contención. En general todos los invitados eran amigos o familiares, pero cada uno se portaba de una manera diferente según su posición social.

Al cabo de un momento los cocineros comenzaron a sacar los platos que habían elegido cada uno de los comensales y dispusieron a lo largo de las mesas las diferentes salsas que condimentaban los manjares. Después de que los presentes comieran el primer plato, se pasó a los segundos, que fueron asimismo servidos por los numerosos criados a la orden del cocinero jefe que observaba complacido cómo se desarrollaba la comida. Como estaban acabando con el segundo plato y ya más relajados por los efectos de la bebida, los comensales comenzaron a dialogar entre ellos de mil y una cuestiones con los novios repartiéndoles sonrisas y recibiendo parabienes. Ceferina, mientras tanto, seguía en la cocina ayudando en lo que le indicaban muy en su puesto y seguía mirando de reojo totalmente engreída al jefe de la cocina. Cuando éste comprobó que ya habían acabado de comer hizo una indicación a los sirvientes para que limpiaran las mesas y solicitaran los postres a los invitados. La tabernera estaba ansiosa por entrar en la sala y comprobar de *motu proprio* el ambiente con tanto señorito junto como no había visto en su vida. Después de un breve titubeo se decidió por fin a penetrar en la sala y al ir retirando los platos escuchaba boquiabierta las conversaciones que mantenían aquellas personas. Se fijó especialmente en un señor mayor con el pelo y la barba blanca que mantenía un diálogo intenso con otras dos personas. Cuando pasó por su lado les oyó decir algo sobre los problemas que presentaba la construcción de un viaducto. Y la entrometida señora, armándose de valor, decidió poner coto a su prolongado silencio entrando en la conversación de sopetón como quien no quiere la cosa:

—Yo no sé qué tantos problemas tiene el viaducto ese que dicen ustedes, lo mejor es que hagan un puente y si lo hacen como el de nuestro pueblo les aseguro que no se les caerá —dijo de carrerilla sin pausa alguna.

Los tres personajes se miraron asombrados sin dar crédito a lo que habían oído y cuando el señor de la barba blanca, que era quien llevaba la conversación —y por cierto era el padre de la novia—, quiso decirle algo, Ceferina le interrumpió y sin dejarle hablar le comentó:

—Sé lo que le estoy diciendo. Hace años se derrumbó de viejo nuestro puente y yo les dije cómo tenían que construirlo y miren, miren ustedes lo bien que se conserva ahora.

En la mesa donde estaba el ingeniero se hizo el silencio más absoluto, los allí presentes no sabían si reír o llorar, se miraban atónitos por los comentarios escuchados y no daban crédito a la osada intromisión que estaban oyendo. Y plenamente lanzada la tabernera monterdina comenzó a indicarle al ingeniero la manera de colocar los postes para el viaducto, o lo que quisiera, al tiempo que con una mano sostenía la cesta con los platos sucios. Y mientras hablaba con el sufrido ingeniero diciéndole cómo tenía que construir un puente para que no se cayera, el hombre comenzó a sentir una terrible sensación en sus intestinos. Las tripas se le removían cada vez con más fuerza e instantes después le sobrevino un maremoto interno que culminó con una arcada que no predecía nada bueno. Instintivamente se llevó la mano a la boca impidiendo que se escapara el revuelto que subía por su garganta con la fuerza de un géiser. Aguantó todo lo que pudo y alzándose rápidamente de la silla salió corriendo de la sala buscando el excusado más próximo. Y mientras, Ceferina volvía a entrar en la cocina perseguida por la mirada inquisidora de don Romualdo Cavero, que sin tener idea de lo que había ocurrido sospechaba alguna trastada de la entrometida tabernera. Minutos después, otros seis comensales imitaron los actos del ingeniero y salieron pitando de la sala sujetándose con una mano la boca y con la otra las tripas.

Una decena de los invitados padecieron durante los dos días siguientes una fuerte gastroenteritis que, según las investigaciones del cocinero jefe, tuvo el origen en la salsa mayonesa realizada por la alcahueta tabernera. Lavar la cáscara de los huevos cuyo contenido se iba a tomar en crudo, como el caso de la mencionada salsa, era un meca-

nismo de precaución para prevenir situaciones parecidas. Por eso le insistió a Ceferina que lo hiciera, pero claro ¿quién tenía narices para hacerle la menor indicación a doña sabelotodo? ¡Hasta ahí podíamos llegar! Cuando don Romualdo Cavero se enteró de las indagaciones del cocinero montó en cólera y mantuvo palabras gruesas con la señora que seguía sin darse por enterada. Además, le afeaba la impresentable conducta que mantenía siempre de inmiscuirse en las conversaciones ajenas. El día desde luego lo había bordado aunque ella seguía erre que erre. Los novios también maldijeron a la tabernera y especialmente María Rosario al ser su padre uno de los afectados. De todas formas, quitando este suceso, el convite de la boda los satisfizo plenamente y al día siguiente salieron de Monterde rumbo a Madrid para enlazar a través de varios vuelos con Friburgo, la hermosa y coqueta capital de la Selva negra en Alemania, cuna de los antepasados de la mujer.

A primeros de junio volvieron los recién casados del viaje de novios. Los recogió en la estación de Cella un vecino del pueblo de Bronchales, que ya por aquel entonces se dedicaba a las labores del transporte de viajeros en algo parecido a un taxi. Llegaban cansados del trote del viaje, pero al mismo tiempo con un bagaje de nuevas ideas gracias a la experiencia vivida en Alemania. Especialmente cambiado volvió José María, que había conocido en ese país hasta dónde podía llegar un gobierno con una política firme y sin fisuras como la que estaba desarrollando Adolf Hitler. El cambio en sus formas y actitudes lo notaron primeramente sus amigos y por extensión los criados de su casa junto a los jornaleros que trabajaban sus tierras. Por último, el resto de los habitantes del pueblo y, muy especialmente, los más destacados simpatizantes del Sindicato se hicieron eco de la evolución personal de José María Cavero.

Con sus amigos y conocidos hablaba y no cesaba de cantar los parabienes del primigenio nazismo que había conocido en Alemania y cómo se notaba la mano férrea de su líder en la vida diaria de la población. Les decía que a pesar de tener incontables enemigos el pueblo alemán era tan sabio que habían elegido a la persona que les iba a librar de toda la canalla que les acosaba. En las tertulias del café, apoltronado en la silla, comentaba entusiasmado que los comunistas habían incendiado el parlamento alemán que allí llamaban el Reichstag y Hitler había detenido a la mayoría de los pirómanos. O que para tenerlos encerrados a ellos y a todos los criminales del país se había creado un

campo de concentración en Dachau. Y concluía con la aseveración de que en Alemania tenían muy claro quiénes eran los causantes de los males que aquejaban al estado: los judíos por una parte y los socialdemócratas y comunistas por otra. A unos los estaban encerrando en guetos para que no se relacionaran con los alemanes y a los otros acosándolos sin descanso y confinándolos en campos de concentración. Esa era la manera de cómo se creaba un país fuerte y temido por todos y José María suspiraba para que España siguiera los pasos del salvador de Alemania, su canciller Adolf Hitler.

Y respecto a los sirvientes y jornaleros que vivían bajo el paraguas de su casa, las relaciones también cambiaron drásticamente. Si antes de casarse ya era sobradamente conocido por su actitud arrogante y dura, ahora con los nuevos aires que trajo de su visita a Alemania el trato se volvió todavía más radical. Los menospreciaba a todos y con especial inquina a los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra. Uno de los rasgos que le caracterizaron a partir de este momento fue su excesivo autoritarismo, que llegaba incluso a preocupar a sus progenitores. Comenzó a tener la costumbre de ir a caballo con bastante frecuencia cuando antes tan sólo lo hacía en determinados domingos o festividades. Y además, era normal verlo aparecer con una fusta de verga de toro que le regaló su padre años atrás y que no sólo le servía para castigar a sus monturas, pues la espalda de algún sufrido sirviente padeció sus accesos de ira en más de una ocasión.

A María Rosario, sin embargo, en su actitud y semblante apenas se le notó cambio alguno. El común de la población de Monterde casi no la conocía, pero ella seguía siendo en realidad la misma persona fría y calculadora que siempre había sido. Su meta era hacerse con el control de la familia con la que acababa de entroncar y su marido era el medio a través del cual iba a realizar sus sueños. Cuando entró de nuevo en la mansión de los Cavero su mirada a la casa y su actitud llevaba consigo una nueva dimensión. Ya se había casado y tenía a su esposo rendido a sus pies como un auténtico monigote, ahora convenía pasar página y arrinconar a los padres de éste para hacerse ella la auténtica señora de la casa.

La primera en notar su artero comportamiento fue su suegra doña Milagros, también conocida como la *tía Mandona*. Ya cuando los novios escogieron la decoración de la planta que le habían ofrecido como su vivienda, la madre de José María tuvo que ceder muy a su

pesar en todas sus iniciativas. Y hasta lo que resulta increíble la mujer incluso las aceptó de buen grado, entre otras cosas, porque sería la vivienda de su hijo mimado. En esa planta todo estaba organizado y dirigido por María Rosario que se atrevió a colocar como criada suya a una sirvienta de sus padres y todo con el beneplácito de doña Milagros. Pero ésta comenzó a escamarse cuando un día tras otro encontraba alguna modificación en la decoración del resto de la casa. Cualquier cosa era perceptible de servir de argumento para tensionar las relaciones. Espejos, aparadores o cortinas mudaron su presencia continuamente. Una la quería en un lugar y la otra la colocaba en otro. Una estimaba un color, pues la otra lo detestaba y lo elegía diferente. Ese tira y afloja comenzaba a hacerse cada vez más patente y las relaciones entre la nuera y la suegra comenzaron a enfriarse. Y lo que son las cosas, en ocasiones la *tía Mandona* rememoraba el momento en que ella hizo lo propio con su suegra cuando se casó con don Romualdo Cavero. La historia se repetía y sabía que tenía todas las de perder como le aconteció a la madre de su marido. Poco a poco comenzó a perder protagonismo en las actividades de la casa quedando relegada a un segundo lugar pues los hombres de la misma no tenían sino ojos y oídos para la nueva inquilina. Llegó un momento en que ambas mujeres apenas se dirigían la palabra y el ambiente en la casa se fue volviendo tan tirante que daba la impresión de poder cortarse el aire con un cuchillo. Y cada vez resaltaba más la frialdad en su trato, especialmente cuando se sentaban a la mesa.

Los hombres no se daban o no querían darse cuenta de nada y cada uno continuaba con su vida como si tal cosa. Y cuando la *tía Mandona* hacía algún acto de fuerza respecto a cualquier cuestión de las labores de la casa, María Rosario cogía por banda a su marido y tras calentarle los oídos le recriminaba su pasiva actitud y que no se posicionara a su lado como era su deber. Las consiguientes carantoñas y el sexo ayudaban lo suyo y José María poco a poco se iba sustrayendo del férreo control que había tenido doña Milagros con él para pasar sin percibirlo al de su mujer. Hablaba el hijo con su madre y le recriminaba las cuestiones que le comentaba su esposa y aquella con tal de no perder su cariño cedía cada vez más en sus prerrogativas. Además, el suegro y la nuera se llevaban especialmente bien sobre todo porque esta última sabía mover los hilos con maestría insuperable y el mujeriego del señor de la casa babeaba como un adolescente cuando la veía andar contoneándose de la forma más rastrera.

De esta manera, lentamente pero sin pausa, iba logrando María Rosario sus objetivos. La antigua dueña de la casa comenzó a darse cuenta que la lucha por mantener su estatus era una causa perdida y empezó a entrar en una espiral depresiva que se acrecentaba día a día. Comprobaba horrorizada cómo su hijo estaba cada vez más cegado por su esposa. Cuando estaban en la mesa y comentaban cualquier cuestión, antes de hablar José María miraba con disimulo a María Rosario. Si su gesto era el adecuado continuaba, pero en caso contrario o si bajaba la vista, como si no fuera con ella, callaba y cambiaba de tema. Mantenían intangibles sus señas para seguir adelante o no en las conversaciones. Es más, lo dominaba tan sólo con la mirada y su marido no era capaz de hacer absolutamente nada sin su aprobación. En definitiva, lo había convertido en un auténtico pelele, aunque de puertas a la calle el comportamiento de José María recogía las esencias autoritarias del fascismo que recientemente había conocido.

Como en el caso de doña Milagros, su marido, don Romualdo Cavero, también estaba inquieto, pero por unos motivos diferentes. No encontraba el instante de decirles a los recién casados que antes de su boda había vendido la masía con las tierras de *La Solana* y esperaba el momento oportuno —que por cierto nunca llegaba— para darles la aciaga noticia. Cierta día en que estaban comiendo los cuatro en la casa surgió por azar el tema de sus propiedades más lejanas del término municipal de Monterde. Don Romualdo Cavero se armó de valor y comentó como una posibilidad que quizás lo mejor sería deshacerse de las haciendas más alejadas y comprar en su lugar tierras en zonas más próximas. José María coincidió con su padre en tal apreciación, salvo en el caso de *La Solana*, por la afectividad con dicha propiedad que mantenía desde que era un niño. Como el padre insistió en que tenían que ser todas sin distinción, el hijo alzó nuevamente la voz discrepando de todo lo que estaba oyendo. La discusión fue elevando su tono hasta que don Romualdo después de un breve silencio sacó fuerzas para decir que la finca ya estaba vendida. José María se levantó como un resorte y ciego de ira golpeó insistentemente la mesa con los puños cerrados al tiempo que maldecía de malos modos la ocurrencia paterna. María Rosario se levantó y le puso una mano en el hombro intentando sosegarlo, pero era imposible. Se estaba tornando un basilisco y por su boca salían las imprecaciones más furibundas que nunca jamás se habían escuchado en la casa. El padre se cansó de oír tales

barbaridades y acusó a su hijo de lo que era en realidad, un niño mimado y consentido que apenas trabajaba y siempre actuaba como si todo el patrimonio le perteneciera. Esto último acabó de encolerizar a José María y cogiendo el mantel de la mesa por las manos tiró de él con fuerza cayendo con estrépito al suelo la vajilla de la comida y rompiéndose al instante varios platos y vasos. Salió del comedor hecho una furia con su mujer detrás de él pretendiendo calmarlo sin éxito. Y a toda prisa enfilaron el camino de sus habitaciones para reflexionar sobre lo ocurrido. Mientras subían por las escaleras María Rosario no dejaba de pensar que igual todo lo que había pasado la iba a beneficiar más que perjudicar, pero para ello tenía que ver la forma de revertir los hechos consumados en su provecho. Se había abierto una grieta en los muros que sostenían la casa y ella tenía que consolidar la ruptura antes que soldarla de nuevo.

Una vez en el dormitorio se cerraron con llave mientras José María se sentaba en la cama abatido por todo lo que había escuchado decir a su padre. La venta de *La Solana* seguía escociéndole así como los insultos y desconsideraciones que éste le había dirigido. María Rosario mientras tanto callaba y dejaba que su marido siguiese lamentándose para luego dar ella la puntilla final. De esta manera cuando observó que ya se había tranquilizado algo, aunque todavía seguía despotricando, se arrodilló encima de la cama y se situó a la espalda de José María pasándole los brazos por encima de sus hombros. Mientras tanto le besaba el cuello y le suplicaba que la escuchase.

—No te acalores, José María, con lo hecho ya no hay remedio —comentó a media voz como en un susurro—. Donde sí tienes que tener cuidado es con el resto de las tierras. Ahí es donde tienes que imponer tu voluntad.

—No sé qué decirte. Mi padre es un cabezón y no admite que le contradiga en nada —le respondió con amarga decepción—. Él me dijo en una ocasión que todos somos herederos de las tierras. Pero ¿cómo vamos a ser todos iguales? Mi hermana es una mujer que vive bajo el amparo de su marido, se fue de casa como si la persiguiera el mismo diablo. Y mi hermano de lo único que se preocupaba era de sus libros y no quería saber nada de las tierras.

—Pues por eso mismo —le interrumpió María Rosario al tiempo que le balbuceaba al oído delicada pero firmemente la piedra

angular de su trama—. Si tus hermanos ya no están en esta casa y eres tú quien se tiene que preocupar por salvaguardar vuestro patrimonio, es justo que la mayor parte del mismo o incluso todo te pertenezca, o que seas tú quien lo gestione.

—¿Y si mi padre sigue pensando lo contrario? —José María seguía exponiendo sus dudas.

—Pues haremos que cambie de opinión. De una forma u otra te aseguro que lo conseguiremos —exclamó totalmente decidida. Luego, mientras seguía besuqueándole por el cuello y los lóbulos de las orejas, su mente comenzó a trazar un plan que comenzó a desgranar inmediatamente—. Conviene que sigas enfadado con tu padre, pero no tenses mucho las relaciones no sea que al final riñáis. Ya verás como él te recompensará de alguna manera, le he observado en la comida y me ha dado la impresión de que te tiene miedo. Esa debilidad la tenemos que aprovechar. Poco a poco hay que conseguir que vaya cediendo el control de las tierras y seas tú quien las supervise. Hazle ver que ya es mayor para tanto trote y que lo mejor que puede hacer es que te vaya dejando asumir el mando. Para eso, a partir del día de hoy, te tienes que poner en marcha. Preocúpate de los campos y de controlar todo su trabajo. Manda, dirige a los jornaleros, que tu padre vea que te interesas por las tierras. Mientras pasa el tiempo ya veremos la forma de ir consolidando nuestro patrimonio. Luego, el día de mañana, cuando seas el propietario, deja que otros hagan tu voluntad... ¡Ah! y respecto a tu madre tenemos que conseguir que deje de incordiar y mandar en la casa. Su tiempo pertenece al pasado, somos nosotros los que tenemos que hacernos cargo de todo poco a poco.

Llegados a este punto María Rosario comenzó a desnudar a su marido y a los pocos segundos ya lo había conseguido. Y luego, mientras ella se quitaba la ropa, las manos de José María palpaban nerviosas y excitadas por todo su cuerpo. Al momento los dos jóvenes se encontraron desnudos encima de la cama y gozaron haciendo el amor, alcanzando un clímax que nunca antes habían conseguido. Eran jóvenes, recién casados, y además estaban perdidamente enamorados, aunque el *nirvana* en realidad lo habían conseguido gracias a la excitación de la trama urdida. No obstante, su satisfacción se habría visto incrementada con creces si hubieran conocido la inquietud de sus padres mandando recoger a los sirvientes la cristalería y la loza rota en el suelo del comedor. Éstos estaban seriamente preocupados por la reacción del

hijo pequeño y pensaban que había ido demasiado lejos en las recriminaciones realizadas a su padre. Pero quien veía más claro el devenir de los acontecimientos futuros era doña Milagros y sospechaba que la nuera era algo más que la mosquita muerta que aparentaba ser y con toda seguridad estaba detrás de la reacción de José María. Y los actos que acontecieron durante las siguientes semanas no hicieron sino confirmar sus sospechas, era María Rosario quien movía los hilos del títere de su marido. Los tiempos de gloria de Romualdo Cavero y ella misma estaban tocando a su fin en esa casa. Solo era cuestión de tiempo.

XLII

Era un sábado cualquiera del mes de junio en el año 1933 y don Ramón Sánchez, una vez finalizada la cena, acudía como era su costumbre a recogerse en la cantina del *tío Morras*. La tenue luz de las farolas no le impedía apreciar el hermoso cielo estrellado que había durante esa noche ni tampoco a las personas con las que se cruzaba por la calle. Le saludaron varios vecinos, el contorno de su figura alta, grande y desgarbada, se hacía notar incluso en medio de la penumbra.

Llegó finalmente al bar y observó que la puerta estaba entornada, eso era buena señal, pues indicaba que los dueños ya habían abierto el local. Penetró en el bar y, nada más traspasar la puerta, pisó en falso sobre una baldosa suelta y se medio trastabilló. El primer contratiempo había sido en el mismo lugar de siempre. Quiso protestar, pero finalmente decidió no hacerlo. Estaba cansado de decirle a los dueños que la arreglaran porque un día alguien tendría un tropiezo y habría palabras gruesas, o algo más, y todo por culpa de su indolencia.

Una vez dentro comprobó que apenas había gente y que además no se encontraba entre los presentes su compañero de reunión. En esta ocasión había llegado el primero a la tertulia que realizaba todos los sábados desde hacía casi dos años con el maestro del pueblo don Salvador Sanchís. Solicitó un café y una vez se lo sirvió la dueña del local acudió con él a la mesa que tenían reservada.

Esta cantina estaba situada en plena calle Mayor aprovechando la planta baja de la vivienda familiar y era regentada por el *tío Morras* y su esposa Alfonsina Cortés. Por regla general, se bastaban los dos

para servir en el local aunque en las ocasiones que aumentaba la faena recibían la ayuda de algún que otro familiar.

La casa donde se ubicaba dicha cantina mantenía una fachada de piedra que había sido restaurada un año atrás aunque no existía ningún elemento exterior que indicara la existencia de dicho local. La puerta de entrada también la habían cambiado recientemente; era grande, de estilo castellano, realizada por los excelentes carpinteros de Orihuela del Tremedal. Una vez en su interior se continuaba por un pequeño y estrecho pasillo que daba al final a la derecha con una cocina de grandes dimensiones. Dentro de ella otra puerta comunicaba con una afamada bodega repleta de toneles que albergaban los mejores caldos del pueblo. La cocina servía tanto para preparar los alimentos que consumía el matrimonio, como para aderezar alguno de los platos que degustaban los monterdinos en ocasiones especiales. También realizaban allí un más que digno café de puchero, aunque éste iba perdiendo su aroma y sabor conforme lo iban recalentando según demandaban los clientes. Casi enfrente de la puerta de la habitación donde se encontraba la cocina estaba el bar propiamente dicho, al que se entraba pasando una nueva puerta medio acristalada y normalmente cerrada para poder aislar la vivienda de los ruidos del local. Ladrillos de color marrón oscuro y algo desgastados por su uso tapizaban el suelo de la estancia aunque uno de ellos situado nada más entrar en el bar estaba suelto desde hacía tiempo y eran bastante frecuentes los tropezones entre los clientes. Y a pesar de las continuas protestas de los parroquianos allí estaba todavía por más que el dueño insistiera que lo iba a arreglar de un momento a otro. La barra para servir se encontraba situada nada más entrar en la cantina y detrás de la misma había una estantería realizada con material de construcción que albergaba innumerables botellas de licor. Y de frente a la misma, a lo largo de toda la habitación de forma rectangular, se disponían diferentes mesas de juego y las sillas correspondientes aunque tanto en un caso como en otro los modelos eran de lo más dispar.

Justo al fondo del local, a la derecha, en el vértice situado entre dos paredes, estaba la mesa donde se recogían en señalados días los filósofos del pueblo. En sus alrededores era frecuente observar totalmente ensimismados a la banda de mudos acompañantes que les seguían en sus reuniones. Y esta actitud no era para menos, pues admiraban la sapiencia que demostraban los contertulios, aunque por regla general no

se enteraban de nada. También se disponía cerca de ese lugar un solitario ventanuco que hacía las veces de salida de humos y que casi siempre se encontraba cerrado. En definitiva, esta era la estancia donde tenían lugar las periódicas tertulias de los sábados por la noche.

La costumbre que mantenían era juntarse allí, tomarse el café y luego saborear todas las copas de brandy que sus cuerpos aguantaran mientras se fumaban algún que otro puro, mensualmente sufragados por cada uno de los dos contertulios. Comenzaban hablando de cualquier acontecimiento que se hubiera producido, pero invariablemente acababan transformado aquella conversación en una discusión filosófica en toda regla. Últimamente se les estaban acabando los argumentos y cada vez resultaba más difícil empezar uno nuevo ante la desesperación de sus acólitos —que los tenían— y seguían entusiasmados sus declamaciones.

Cuando empezaron con sus tertulias, casi dos años atrás, el común de los vecinos no les hacía mucho caso, aunque existía una notable expectación pues se trataba del señor secretario del ayuntamiento y el maestro del pueblo, nada menos. Con el tiempo, algunos vecinos comenzaron a interesarse por los comentarios y las discusiones que allí se esgrimían, en las que incluso alguna de ellas llegaron a finalizar con fuertes tonos y más de una bronca. Aunque ellos apenas entendían sus contenidos, seguían impactados las peroratas de la pareja más destacada de la intelectualidad local. Y, escuchándoles, más de uno recordaba al añorado mosén Rufino cuando en alguna de sus homilías pronunciadas desde el púlpito sacaba a relucir los más hondos significados de la lengua cervantina.

En esos momentos, Boro se estaba retrasando en exceso y el secretario miraba compulsivamente su reloj de bolsillo. Cuando ya empezaba a impacientarse, por fin lo vio aparecer por la puerta. Ambos se miraron y se saludaron levantando al unísono la mano. Don Ramón Sánchez no pudo dejar de esgimir una tímida sonrisa cuando el recién llegado hizo un extraño al pisar la insufrible baldosa. Pero mirándolo detenidamente apreció que andaba de una manera extraña. Éste se entretuvo un momento junto a la barra del local y solicitó el consabido café a la cantinera.

Una vez lo tuvo en su poder, se encaminó hacia la mesa ligeramente encorvado y con unos toscos andares, tanto que el secretario

supuso que no se trataba del traspies de la entrada sino posiblemente de algo más serio. Se saludaron nuevamente como siempre hacían y el maestro nacional dispuso su asiento en la silla situada más al fondo del bar que daba de frente a la barra de las bebidas. Ese era el lugar que frecuentaba desde el primer momento que empezaron con las tertulias. A su izquierda, también en su sitio de costumbre, estaba sentado el señor secretario que ya había apurado su café. Don Salvador Sanchís echó en la taza los dos terrones de azúcar que le había colocado Alfonsina en el pequeño plato y procedió a endulzar el negro brebaje. Apenas los hubo disuelto se dispuso a paladear la taza de café. Y sorbió de golpe casi la mitad de su contenido. Pero no hablaba y don Ramón Sánchez observó cómo unas gotas de sudor resbalaban por la frente a su compañero. Y antes de que pudiera realizar cualquier observación, el señor maestro del pueblo se levantó con un impulso irrefrenable de la silla y salió pitando de la cantina en dirección a la calle.

—Ahora vuelvo —fue su único y escueto comentario.

Compuesto y sin novio quedó don Ramón Sánchez, que no acertaba a comprender qué diantres había ocurrido. Hizo amago de levantarse, pero finalmente optó por continuar en su asiento viendo cómo el local comenzaba a llenarse de los asiduos y las voces, murmullos y diferentes ruidos de sillas, mesas o el tintineo de las copas empezaban a enseñorearse de aquel habitáculo. Por fin, cuando habían pasado casi veinte minutos desde la espantada de su compañero de mesa, le vio de nuevo atravesar la puerta de entrada al bar.

En esta ocasión fue más precavido y no hubo traspies en la conocida baldosa. Aún con todo se tuvo que abrir paso y saludar entre las mesas que ya estaban ocupadas por las consabidas partidas de *guiñote*. Pero eso sí, no lo vio andar como si fuera un primate, tal y como había acontecido la primera vez que entró en la cantina; además el semblante que llevaba era distinto. Su cara reflejaba excelsas sensaciones y el anterior sudor había desaparecido como por arte de magia.

—Por fin llega usted, don Salvador ¡ya era hora!

—Lo siento, pero he pasado un día de perros.

—Pero ¿se encuentra usted bien?

—Ahora sí, ahora estoy bien y además me siento inmensamente feliz.

—Pues venga, deléiteme con el motivo de semejante felicidad, que estoy sobre ascuas.

—¿Seguro que quiere que se lo cuente? —preguntó con ironía al tiempo que una leve sonrisa asomaba entre sus labios.

La aprobación del secretario tertuliano vino a continuación, pero antes de seguir solicitó a Alfonsina que les sirviera las copas de brandy acostumbradas y sacó al instante los dos primeros puros comprometidos. Después de romper ligeramente la boquilla para poder exhalar con mayor precisión el humo, los encendieron al unísono. En ese mismo instante, la camarera les dejaba encima de la mesa las dos copas de licor que habían solicitado. Y tal como estaban, tranquilos, relajados y disfrutando de un momento como el presente, Boro —que no había dejado ni un instante de sonreír— se decidió a comenzar su disertación.

—¿Ha escuchado usted alguna vez la expresión valenciana *et vull més qué un bon cagar?* —comentario que hizo que el secretario abriera los ojos de par en par al tiempo que negaba con la cabeza—. Pues eso es lo que me ha ocurrido, amigo mío.

Don Ramón Sánchez frunció el ceño y mirando directamente a la cara de su compañero le conminó a seguir explicándose, aunque ya empezaba a escamarse. El maestro había detenido su oratoria creyendo que su contertulio había tenido bastante con aquella somera explicación. Pero como vio que no era así, se encogió de hombros y continuó comentando aquello que le había acontecido.

—Llevaba cuatro días sin poder acercarme al excusado... lo estaba pasando muy mal —la cara del señor secretario comenzó a descomponerse y le dio por pensar que, conociendo a Boro, nada bueno cabría esperar. Y éste ya decidido continuaba su disertación plenamente complacido, como si tal cosa.

—Había momentos que los retortijones de mi barriga eran tan fuertes que me producían un dolor insoportable. No se puede imaginar la desazón que produce tales dolores y más, si encima tienes que trabajar, como en mi caso, dando las clases a los niños en la escuela, ya sabe usted. Apenas comía para no aumentar el volumen de mis intestinos y todos los remedios que me aplicaba resultaban en vano. Hasta hace un instante, cuando el bendito café de puchero que nos sirven en la cantina ha conseguido lo que ningún potingue de los que me

había tomado hasta ahora había logrado. Los retortijones que he sentido eran una clara demostración de que esta vez sí que iba en serio y no era una falsa alarma. Me dirigí al cobertizo de mi casa y casi no llego entero. Allí mismo, después de haber pasado muchas horas de dolor, pude sacar de mí aquello que me impedía vivir con plena normalidad. Ya sabe usted, en todas las ocasiones por malas que sean se pueden extraer excelentes conclusiones.

Detuvo su alocución durante un instante y viendo la cara que ponía su interlocutor volvió a la carga con cierto desparpajo no exento de fina ironía. Entre otras cuestiones, don Ramón Sánchez se lo había rogado encarecidamente, ahora que apechugara con su petición.

—En ese momento de sublime placer me acordé de mi abuelo, que padecía a menudo de lo mismo y solía decirle a mi abuela eso de *et vull més que un bon cagar*. En castellano podría traducirse literalmente por algo así como te quiero más que a una buena cagada. Y es una de las frases más ciertas del costumbrismo popular valenciano que existe junto a la de *veste n allà on brama la tonyina* que, viene a significar algo así como vete a hacer puñetas. Sólo quien ha pasado por un momento como éste puede apreciar la verdad que encierra. Expulsar semejante turullo y notar cómo se va de ti te deja plenamente satisfecho y henchido, aunque esta vez sea tan sólo de la más absoluta felicidad. Únicamente es comparable al amor que puedes sentir por una persona, de ahí el refrán. Y así me encuentro yo ahora... ¡Si hasta me dan ganas de darle un beso! —una risa queda y comedida acompañó sus últimas palabras.

—¡Ni se le ocurra!... pero, bueno ¿qué se ha creído?

Don Ramón Sánchez no salía de su asombro, pero ¿qué clase de comentarios tan soeces y asquerosos eran esos? Aquello que había escuchado era indecente, incluso hasta de pensarlo. Este valenciano podía ser todo lo filósofo que quisiera pero también es cierto que tenía un vocabulario que se las traía. El señor secretario bufaba y el maestro sonreía abiertamente.

La pareja de filósofos parecía en ocasiones el perro y el gato aunque sólo era pura apariencia. Había momentos en que no se soportaban, de hecho en más de una ocasión habían discutido acaloradamente, pero tampoco podían vivir el uno sin el otro. También la diferencia de edad hacía lo suyo, ya que el secretario se acercaba a los

sesenta años mientras que el maestro apenas había pasado de los treinta. Y de esta acalorada guisa estuvieron durante unos momentos hasta que se calmaron los ánimos, quizás demasiado. A los pocos minutos la situación ya se había normalizado totalmente y ellos fumando sus puros y bebiendo el brandy observaban al resto de las personas cómo disfrutaban del juego y de la noche. De vez en cuando surgía algún comentario, aunque no duraba mucho, últimamente estaban perdiendo facultades y ya no era como en las primeras semanas de las reuniones, cuando a la mínima ya tenían tema de discusión. También sus seguidores miraban de vez en cuando hacia la mesa de las tertulias para ver si los encontraban en medio de una y poder acercarse, pero ni por asomo. Mal pintaban las cosas.

Pasaban los minutos y Boro seguía comentándole chascarrillos intrascendentes al secretario. El resto de esa noche daba la impresión de que iba a ser de las más aburridas que había pasado durante los últimos sábados. En un momento dado, alzó la cabeza al escuchar abrirse la puerta del local y vio cómo penetraba en el bar la figura de un joven algo despistado, tanto que tropezó con la consabida loseta suelta de la entrada. Por sus ademanes juveniles se podía asegurar que todavía no había cumplido la veintena de años. Pero tenía prestancia el mozo, buena presencia, delgado, de tez blanquecina y todavía barbilampiño, a pesar de una incipiente pelusilla encima de su labio superior. No obstante el traspié, segundos después ya estaba en la barra esperando con cierta impaciencia junto a otras personas a que Alfonsina Cortés acudiera para ver qué deseaba. Boro seguía observando al recién llegado. Al momento creyó reconocerlo y así se lo hizo saber a su compañero de mesa.

—Mire aquél joven de allí que acaba de entrar ¿no es Carlos, el hijo de Enrique *el Canastero*? —preguntó al no estar plenamente convencido.

Don Ramón Sánchez levantó la vista de la copa de brandy que estaba sujetando con sus manos y arqueando las cejas miró hacia la barra donde se agolpaban unos cuantos paisanos. Durante unos instantes estuvo inmóvil, casi sin pestañear, intentando apreciar con la mayor nitidez posible las facciones de aquel rostro en medio del persistente humo que impregnaba el local y llegaba a simular una brumosa mañana de otoño. Unos segundos más tarde, cuando el joven había realizado ya varios movimientos y acabó girándose hacia las mesas donde jugaba la gente, creyó reconocerlo.

—Sí, creo que sí —respondió el señor secretario. Sin embargo, como también le dio la impresión de que el recién llegado presentaba una imagen de cierta turbación, así se lo hizo saber a Boro—. Aunque fíjese bien, parece algo angustiado.

Apenas le había echado un primer vistazo don Ramón Sánchez y ya estaba dando su primer veredicto. Se removió inquieto en su asiento y una tenue sonrisa se dibujó entre sus labios. Algo tan simple como había sido la entrada en la cantina de un nuevo cliente había dado al traste con la monotonía de los últimos minutos. Además, su avezado instinto no solía fallarle nunca y algo en su interior le decía que el aburrimiento se había acabado para esa noche. Entonces, el señor secretario se decidió a levantar su brazo para llamar la atención al mencionado joven. Lo movió insistentemente y al comprobar que no se daba cuenta alzó su vozarrona. Ésta retumbó por encima del griterío de las partidas de *guiñote* que se estaban jugando en la mayor parte de las mesas del local.

-¡Carlos, ven a sentarte con nosotros!

Ahora el muchacho sí se dio cuenta de la llamada y lo saludó con la mano abierta indicándole que en un momento acudiría con ellos. Instantes después ya estaba allí mismo con una taza de café entre sus manos. La depositó encima de la mesa y después de acercar una silla se sentó en ella.

—¿Qué tal os va? —dijo a modo de saludo.

—Nosotros aquí, en lugar de salvar el mundo salvando nuestras mentes —respondió el señor secretario intuyendo que ya tenían materia para comenzar algún peregrino diálogo.

La noche hasta entonces había sido muy, pero que muy decepcionante, tanto que había tenido que aguantarse algún que otro impertinente bostezo. El sopor se estaba haciendo cada vez más evidente después del asunto de los intestinos del maestro local. De manera que algo más animado siguió adelante con sus preguntas.

—Y tú ¿qué tal estás? Se te ve preocupado por algo.

Y mientras el recién llegado hacía girar insistentemente la cucharilla dentro de la taza con el ánimo de disolver el azúcar que acababa de echar, los contertulios taladraban con su mirada los gestos del joven. Instantes después ya se habían dado cuenta de que tenían carnaza a la

vista. Y sin que mediara palabra entre los adultos comenzaron a comportarse como un dúo perfectamente acoplado. Sus miradas continuaron expectantes hacia el muchacho. Además, los tertulianos mantenían un silencio atronador que incitaba al recién llegado a realizar cualquier comentario. Y éste, ya predispuesto ante la incómoda situación y además con cierta inclinación a confesarse, cayó en la trampa como el ingenuo que era.

—Pues la verdad es que últimamente sí que estoy algo intranquilo —comentó después de sorber el primer trago del café. Luego, en medio del persistente silencio de los presentes junto a sus miradas inquisidoras, que no hacía más que abrumarlo, se vio inducido de nuevo a seguir con su alocución—. Siempre me ha gustado la hija de Eusebio, pero resulta que cada vez que me acerco ella me rehúye. No sé qué hacer, creo que debería olvidarme de ella.

—Yo opino que nunca la conseguirás —soltó rápidamente y no sin cierta brusquedad don Ramón Sánchez. Había comenzado su disertación de la manera más parecida a un exabrupto. Todo a sabiendas de que era lo primero que se llevaba a la boca durante esa noche por lo que puestos ya a la labor se lanzó a tumba abierta—. Y no me refiero a ella como persona, sino a ella como idea, puesto que las ideas son la única realidad, la única luz, y el resto sólo sombras en la pared de la caverna. Así que, en realidad, ella da igual. Ella sólo participa de la idea.

El muchacho se quedó de una pieza por lo que acababa de oír y con la mano sujetaba la taza de café a medio camino entre dejarla encima de la mesa y seguir deleitándose con su sabor. Pero antes de que pudiera contestar al señor secretario, otra voz se escuchó en el rincón donde estaban. Giró la cabeza y miró con determinación a don Salvador Sanchís.

—¿Pero cómo es posible que pienses así? —comentó el maestro del pueblo—. Eso no tiene ni pies ni cabeza, y lo peor de todo, ni vísceras. Me quieres decir que antes de tu idea ¿no existe una previa sensación? Son las cosas, las personas, lo que te rodea, lo que te hace sentir por primera vez, y luego, quizás su idea, pero lo importante es que lo puedas coger y sentir fuera de ti. Lo realmente sano es no desear, no tener ideas y poder disfrutar del placer de lo efímero y diminuto que permanece eterno por su eterna transformación en todo lo que te

rodea. Cuanto más pienses dónde tienes que llegar, menos te perderás por los maravillosos senderos de las sensaciones. Y la vida es sólo eso, ni más ni menos.

El resto de los presentes oyeron algo así como que comenzaba la acostumbrada tertulia, y desde las mesas próximas varios mirones de las partidas de *guiñote* que se estaban celebrando pasaron de su atención a las cartas a escuchar el comienzo de las declamaciones de los tertulianos. Alguno de ellos giró la silla en la que estaba sentado para acomodarla mejor a la visión de aquella mesa e incluso hubo quien directamente se levantó y se acercó allí sentándose de nuevo para poder oír mejor. Y Carlos, mientras tanto, escuchaba atónito las aportaciones que los dos señores presentes comentaban sobre sus devaneos amorosos, con la taza de café todavía a medio camino entre la mesa y su boca.

—No me extraña que pienses así —se defendió don Ramón Sánchez—. Alguien que persigue las enseñanzas de la secta de los cínicos, es decir, la secta del perro, entiendo que piense de esa manera. Es como en la fábula del banquete: todos sentados, personas ilustres de la antigua Grecia, filósofos matemáticos... y a tu querido Diógenes no se le ocurre otra cosa que, mientras todos comían, dirigirse a cuatro patas hacia uno de los invitados y levantando una de las traseras, como lo haría un perro malnacido, orinarle. ¿Acaso te parece esa conducta digna de admiración?

Llegados a este punto quedaba perfectamente claro que el otro contertulio tendría que responderle. Entonces, las miradas de todos los presentes, incluida la de Carlos, se dirigieron al unísono hacia el maestro del pueblo esperando su contestación.

—No hay mejor respuesta que un acto, y puesto que ese invitado en concreto trataba a Diógenes como un perro, él se comportó como tal. No veo nada incongruente, es más, me parece perfecto —expuso don Salvador Sanchís con toda naturalidad—. Aquellos que viven en el mundo hermético de las ideas es fácil que no lo entiendan. Es más, resulta normal que de los pensamientos de tu tan añorado Platón se cimentaran las bases de la posterior moral judeo-cristiana-católica. No os dais cuenta, pero puesto que negáis neciamente aquello que sois, por boca de quien nada es, estáis más próximos de ser lo que no queréis que lo que deberíais.

Detuvo su alocución por un momento sintiendo las miradas de todos los allí reunidos. El silencio de las personas que rodeaban aquella especie de ágora pueblerina era patente. Tanto como los gritos del resto de las mesas con jugadores cantando las cuarenta o echando una bronca de mil demonios al compañero de partida por no haberse dado cuenta de una jugada. A pesar de todo ello, las personas que rodeaban aquella mesa parecían estar inmersos en una enorme burbuja que los aislaba del entorno. Segundos después, el maestro continuó plenamente decidido con su intervención.

—Y si tengo que pertenecer a alguna secta, por supuesto prefiero pertenecer a la del perro más que a la católica. Prefiero seguir mis sensaciones que una idea de la que resulta que todo lo que la rodea es una proyección imperfecta. Es aberrante y antinatural. Y lo peor de todo es que la gente que la sigue, la mayoría, acaba comportándose de manera opuesta a los valores morales buenos que pudiera tener.

—Bueno, mejor seguir cualquier valor que el orinarle al de al lado —replicó con sorna don Ramón Sánchez. Y a la vez que todos los presentes fijaban su vista en él sonreían por el sentido escatológico que, incluso para la gente adulta, representaba la meada tal y como la acababan de escuchar.

—Mira que eres duro de mollera —contraatacó de nuevo el maestro llevándose al mismo tiempo la mano a la cabeza mientras se la golpeaba con los nudillos.

Nuevamente las miradas de los reunidos se centraban en su persona aunque del anterior rictus burlón de los mirones tan sólo quedó una ligera mueca, los ojos muy abiertos y más de uno con la boca a medio cerrar. A continuación, don Salvador Sanchís apostilló intentando justificar sus argumentos.

—Si él se comportó así fue porque a él lo trataban así. No veo nada raro, además Diógenes fue una persona que hasta al magnánimo Alejandro Magno cautivó. Éste le ofreció lo que quisiera, mientras que mi querido Diógenes sólo quería que se echara a un lado, ya que le tapaba el sol ¿no crees que eso encierra mucha sabiduría?

—Pues no —respondió rápida y directamente el señor secretario—. Te recuerdo que el sabio al que tanto vanaglorias fue desterrado de su polis, esto es, la condena más fuerte que se le podía hacer

a un ciudadano griego, por algo tan grave como falsificar monedas —y mientras hablaba, levantaba su mano moviendo insistentemente el dedo índice con la intención de subrayar su tesis. Movimiento que era seguido nuevamente por las miradas de todos los presentes.

—Sí, es cierto —aceptó don Salvador Sanchís—. Pero eso fue una lección a la gente para que no se agarrara a lo material. ¿O acaso el dinero no es una de las fuentes de problemas más importantes que tenemos? Además, respecto a lo que fue desterrado, luego corrió mayor suerte debido a su talento y saber, ya que fue primero esclavo de una familia importante, pero tras darse cuenta ésta de todo el conocimiento que poseía, pasó a ser el maestro de sus hijos. Pasó de esclavo a maestro, no está mal para un desterrado ¿no? —interrogó a su contertulio y al mismo tiempo le cedió la atención de los silenciosos y boquiabiertos acompañantes.

—No me convence —replicó el secretario sacando el pecho—, alguien que tiene como máxima en ejercitar en fracasar, como cuando pedía dinero a una estatua, no merece sino mi repulsa. Es autodestructivo.

En estos momentos, Carlos, que mantenía todavía la taza de café entre sus manos desde el primer sorbo que le diera al principio de la conversación, apuró su contenido dejándola nuevamente sobre la mesa. No pudo reprimir una mueca de fastidio.

—Bueno, bueno, no me he enterado ni de la mitad de lo que habéis dicho aunque lo que menos entiendo es que los dos si sabéis tanto ¿por qué no pensáis igual? Eso es que en verdad sólo sabéis hablar, pero no solucionarme nada.

—Sabes, lo más práctico que te puedo decir es que no sigas a una mujer porque ésta participa del concepto de belleza y ese sólo vive en ti. Y esa idea nunca la encontrarás ni en ella ni en ninguna otra. Si en este mundo existe algo puro eso es la idea —expuso su tesis don Ramón Sánchez.

—No, no. Lo que no tiene sentido es que siguiendo a algo o a alguien pierdas las sensaciones del resto de las cosas y personas. Así que disfruta de todo lo que te rodea que es puro en sí mismo. En este mundo siempre hay que buscar la felicidad en todo lo cotidiano —dijo la suya el maestro del pueblo.

—Creo... que me iré a perseguir los consejos de la abuela caza, que habla más mi idioma —concluyó Carlos.

Y el joven se levantó de la mesa despidiéndose de los dos tertulianos que lo miraban con ojos comprensivos. Al momento, el resto de los participantes silenciosos en dicha reunión hizo lo propio, quedando la pareja de filósofos nuevamente solos en aquella su mesa. Se miraron a la cara y recogiendo las copas de brandy las alzaron hasta hacerlas chocar en un brindis ritual apurando luego su contenido. Una vez de nuevo en la mesa y sin mediar más palabras, Boro sacó del bolsillo de su chaqueta dos nuevos puros, dándole uno a su compañero.

—¿Tú crees que habrá entendido lo que le hemos comentado?

—Salvo lo de la meada, no creo.

—Bueno, pues nosotros a lo nuestro.

—Alfonsina ¡dos copas de brandy!

XLIII

Las fiestas del año 1933 iban a comenzar en el pueblo y el *tío Morras* andaba muy inquieto por su bodega mirando las existencias de bebida. Había traído suficiente en su último viaje a Teruel, pero las circunstancias en Monterde eran diferentes a las del año anterior al haber aparecido un serio competidor en la persona de Crescencio Pérez. Este individuo había decidido abrir un pequeñísimo bar durante ese verano y aprovechar el buen ambiente del estío para sacarse algunas perras vendiendo licores. Tertuliano le tenía bastante ojeriza y hacía algunos años que no se dirigían la palabra. Esta animadversión se había inflamado últimamente porque el *tío Morras* veía en esa persona no sólo a un competidor sino más bien a un intrigante de lo más aborrecido. De manera que en las fiestas del pueblo de ese año le sabía a rayos tener que disputarse la clientela con su odiado paisano. A principios del mes de septiembre por regla general ya empezaba a tener un aumento considerable de ventas, pero ese año, aunque existía el ambiente festivo previo a la celebración, la caja del dinero estaba medio vacía. Muy mosqueado por la ausencia de parroquianos en su taberna y después de pensárselo detenidamente, adoptó una decisión sorprendente y ciertamente teme-

raría. Vio que pasaba por la calle Mayor el pequeño Rodolfo, hijo de uno de sus mejores amigos y le llamó para hacerle un encargo.

—Mira, pequeño —le dijo mientras le acariciaba la cabeza— quiero que me hagas un favor y te regalaré algunas golosinas. Acércate al bar que ha abierto Crescencio y pregúntale cuánto cuesta una cerveza. Sobre todo, no le digas a nadie que yo te lo he mandado —obedeció el *muchicho* y a los quince minutos estaba de vuelta en la taberna.

—¡Cada cerveza cuesta un real! —comentó el pequeño jadeando por haber vuelto corriendo mientras pensaba en el premio de las golosinas prometidas.

—¿Estás seguro, zagal, de no haberte equivocado?

—Sí señor, le he preguntado al dueño y me ha dicho que a un real. ¿Me da los caramelos?

El *tío Morras* se quedó perplejo por la cifra que le comentaba el hijo de su amigo y, tras darle lo prometido, se quedó pensativo. Así pues, tenían razón los vecinos que le habían informado que el susodicho entrometido vendía las bebidas muy baratas. Aún con todo, no acababa de dar crédito a la cifra que acababa de oír. ¿Pero cómo era posible que las vendiera casi a precio de coste?.. ¡Pues claro!

—De esta manera me quitará la clientela y como se las da de listo subirá los precios otro año —pensaba.

—Desde luego, el Crescencio de las narices es un tío borde y no sabe con quién se la está jugando. Para chuleta nadie mejor que el *tío Morras*. ¡Pero que se ha creído el filibustero ese, que va a poder conmigo! ¡Entonces es que no sabe quién soy yo! —seguía con sus cavilaciones.

—¡Chico, corre, ven aquí que vas a hacerme otro favor! —reclamó de nuevo al pequeño—. Llama al pregonero y dile que quiero hablar con él ¡date prisa!

El crío acudió a su casa realizando el encargo que le había hecho el *tío Morras* y media hora más tarde ya estaba conversando con el dueño de la taberna. El pregonero no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—A ver, repíteme el bando —decía incrédulo mientras se rasaba la cabeza y movía la boina de atrás adelante—. ¿Quieres que pre-

gone por el pueblo que regalas las botellas de cerveza durante las fiestas a todos los que vengan a beber a tu taberna hasta que se acaben las existencias?

—Sí, has entendido bien. ¡Hazlo ya! —respondió con rabiosa firmeza.

Para chulos el *tío Morras*. Si la competencia había declarado la guerra, a él le sobraban redaños para lo que acababa de hacer y mucho más. El zascandil del tabernero pensaba que aunque perdiera el dinero de las cervezas no se arruinaba y al que ponía en un verdadero aprieto era al entrometido del Crescencio. Lo que daría por ver la cara que iba a poner cuando se enterara de su jugarreta. Además, si los monterdinos volvían a su bar, aparte de las cervezas también tomarían otras bebidas y, aunque en los días de fiesta no sacara los beneficios que acostumbraba, le daba en todos los morros a su osado rival. Y así ocurrió. La noticia corrió como la pólvora y al poco de comenzar las fiestas patronales ya se habían acabado todas las cajas de cerveza almacenadas en su bodega. Por todo ello, los monterdinos fueron los mejor parados, pero seguramente no tanto como el *tío Morras*, genio y figura hasta la sepultura.

Un mes más tarde Tertuliano Sánchez sacó cuentas de las ganancias obtenidas durante la festividad del pueblo y loco de contento comprobó que apenas había notado los efectos del disparate de las cervezas. Todavía había obtenido algún dinero, pero a él le daba igual. Lo verdaderamente importante es que su competidor había tenido que cerrar y pensó que lo mejor era celebrarlo con una juerga para todos sus incondicionales amigos. De manera que hizo un llamamiento y los íntimos acudieron una tarde a su taberna para festejar la jugada magistral del artista número uno del pueblo. Empezaron a beber a última hora de la tarde y a echar de paso algunas *morras* que, con el efecto causado por el vino, desde fuera del bar parecía que estaban matando gorrinos. Cuando anocheció, el *tío Morras* le dijo a su mujer que se fuera a dormir, que la fiesta la iban a acabar juntos todos sus amigos y ella no pintaba nada.

En estas estaban cuando acertó a pasar por la calle el pequeño Alonso Pérez, un zagal escuálido de unos siete años de edad, hijo de una de las familias más pobres y necesitadas de Monterde. Borrachos como estaban llamaron al crío y le hicieron pasar al bar diciéndole las

tonterías propias que surgen de las mentes cegadas por el exceso de alcohol y las ganas de parranda. El chico no hizo mención de retirarse, porque vio en una mesa restos de la merienda que había finalizado minutos atrás y con el hambre que el pobre pasaba se lanzó como un poseído a dar cumplida cuenta de las sobras. Entonces, el *tío Morras* tuvo otra de sus insensatas ocurrencias. Le mencionó al *muchicho* que se quedara a cenar con ellos y el pequeño aprobó con reiterados gestos de la cabeza mientras mordía con excitada pasión un sencillo trozo de pan. A continuación, Tertuliano Sánchez fue a por una hogaza, que colocó encima de otra mesa junto a una ristra de chorizos y algunas longanizas de la matanza. Luego, mirando al pequeño Alonso, que seguía hipnotizado por las viandas expuestas, le comentó:

—Esta noche vas a cenar como un hombre, pero quiero que a cambio te desnudes encima del mostrador y estate tranquilo, que no te vamos a hacer nada.

El zagal titubeó un instante, pero los retortijones de su estómago pudieron más que cualquier recelo y empezó a quitarse la ropa hasta quedarse completamente desnudo. Luego, mientras todos reían, el pequeño se acercó a la mesa donde habían colocado las viandas. Cuando iba a coger un chorizo el *tío Morras* detuvo su mano y le dijo que cenaría todo lo que quisiera, pero antes se tenía que subir al mostrador y hacer lo que él le dijera. Subió Alonso tapándose con las dos manos sus partes íntimas y seguía mirando la comida como si le fuera la vida en ello. El dueño del bar se situó detrás de él subido a una silla y le encomendó que no se moviera mientras le cogía los brazos y le conminaba a separarlos de su diminuto cuerpo dejando al descubierto sus partes nobles. Al momento comenzó a echarle vino encima del pecho y el líquido se escurría por su vientre y una parte se desparramaba entre las piernas. También fluía a través de su barriga para acabar en el pene de la inocente criatura y gotear incesantemente hacia el borde de la tabla. Entonces la caterva de borrachos se iba colocando a la otra parte de la barra, agachados con la cabeza vuelta para arriba justo debajo de la entrepierna del pequeño, bebiendo el vino que fluía como si fuera un surtidor de su minúsculo pene. Y así, entre risas y bromas, pasaron unos minutos con el crío inmóvil pensando en su recompensa y el grupo de calaveras riendo la chanza en medio de su patética embriaguez.

Seguían con la mofa ante la estampa que ofrecía la criatura cuando entró en la estancia su padre acompañado de Rafael. Éste se

dirigió raudo donde estaba el *tío Morras* y le afeó su comportamiento. En lugar de avergonzarse Tertuliano Sánchez todavía tenía arrestos para envalentonarse y había cogido una botella de una mesa encaminándose hacia Rafael con actitud amenazadora. Cuando llegó a su lado la levantó con la intención de agredirle, pero aquél fue más rápido y le propinó un puñetazo. El golpe le hizo tambalearse y con el agravante de su embriaguez se acabó desequilibrando y rompió dos sillas en el trayecto hasta el suelo en medio de un imponente estruendo. Bebido como estaba el *tío Morras* no podía levantarse y acudieron a ayudarle sus compinches más enteros. Entretanto el padre había vestido a su hijo y juntos se encaminaban hacia la puerta increpando con todo tipo de insultos a los allí presentes. Y el pobre zagal no dejaba de mirar los efímeros manjares y no se atrevía a abrir la boca, pues en su inocencia no atinaba a comprender el sesgo de las vejaciones que se habían producido. Por su parte Rafael también se desahogaba a su manera con los impenitentes borrachos.

—A ver qué pensáis mañana cuando estéis serenos... pero ¿cómo podéis hacer eso con un crío? Si no nos lo llega a decir un vecino ¿hasta dónde habrías llegado, atajo de cafres? Y menos mal que yo también me he enterado, pues su padre iba a venir con el bastón y os habría puesto a caldo. Aprovecharse así de las necesidades de un crío es propio de sinvergüenzas y me quedo corto en lo que os digo, porque vuestras madres no tienen la culpa. Guardaros la borrachera para vosotros y tened la decencia de no involucrar a nadie más —señaló indignado mientras salía del bar.

Por su parte, el *tío Morras* intentó que lo sucedido no afectara lo más mínimo a la juerga que estaban teniendo, sobre todo, porque a pesar de su cogorza intuía que no se encontraba en condiciones para retarlo nuevamente. Se fue hacia el mostrador, cogió dos de las mejores botellas de licor que había en el bar y las acercó a la mesa donde se apiñaban los amigos. Éstos se habían quedado como petrificados sin saber qué hacer por los acontecimientos vividos minutos atrás y por ello los invitó a abrirlas y que continuaran con la fiesta. Las ganas de juerga pudieron más y todos juntos siguieron bebiendo y cantando conforme avanzaba la noche, como si nada hubiera pasado. En un momento dado Tertuliano salió hacia su cobertizo para orinar mientras sus amigos seguían al son de los cánticos y los brindis sin apenas respiro. Llevaba casi media hora el dueño de la taberna

ausente de la bacanal y comenzaron a echarle en falta. Uno de ellos salió al corral para ver donde estaba y lo encontró tirado en el suelo con las manos sujetando todavía su miembro viril en medio de un gran charco de vómitos. Se acercó a él y comprobó estupefacto que no se movía ni respiraba. Asustado, volvió dando trompicones y una vez dentro del bar dio la voz de alarma. Los amigos rieron la gracia y pensaron que se trataba de una de las bromas a las que era tan dado el *tío Morras*, pero se equivocaban de pleno. Tertuliano Sánchez había muerto en olor a santidad, como añoran los mártires de su fe y ello es, según los acólitos del dios Baco, libando las esencias divinas que permiten a los hombres gozar como bestias. Y en efecto, como una bestia murió.

El día del entierro del *tío Morras* todo eran comentarios en el pueblo sobre su aciaga muerte. Los chascarrillos eran continuos y malintencionados, atizados por quienes como José María o Crescencio eran sus acérrimos enemigos. De todas formas, se trataba de sus vecinos y casi todos acudieron con la viuda hasta el cementerio para darle ánimo y acompañarla en tan nefastas circunstancias. Alfonsina, de todas formas, aparentaba el desconsuelo propio de quien ha perdido a la persona con la que ha convivido durante los últimos años. Aunque todo ello era en realidad pura apariencia, porque las relaciones entre los esposos no eran nada afectuosas casi desde que se casaron. Más que nada la mujer tenía miedo a verse sola y eso la tenía atenazada, en realidad estaba bastante harta de aquel carcamal que había tenido por esposo. Después del entierro estuvo una semana sin abrir el local y por fin un día apareció de nuevo por el bar para alegría de los vecinos que la apreciaban, ya que en el fondo era una buena mujer. Los primeros días pasaron rápidamente y poco a poco se fue acostumbrando a la nueva situación, sobre todo, porque contrató a la hija de una prima suya para que la ayudara de vez en cuando en las tareas del bar.

Sin embargo, los hados no eran favorables a la reciente viuda y aproximadamente un mes después del fallecimiento de su marido tuvo una desagradable sorpresa. Estaba una mañana barriendo el bar cuando un hombre entró por la puerta y preguntó por ella.

—¿Es usted Alfonsina Cortés? —oyó que decía un desconocido.

—Sí, soy yo ¿qué desea?

—Pues hablar con usted. Soy Jacobo Bolín Sánchez —se presentó el recién llegado.

La mujer se quedó por un momento paralizada intentando hacer memoria, ya que su nombre no le era completamente desconocido, aunque no atinaba a recordar exactamente de quién se trataba. Segundos después palideció y más cuando vio unas maletas detrás del personaje en cuestión. Intuyó al momento que algo gordo se estaba cociendo y que el golfo de su marido —que en el infierno se pudriera— estaba detrás de ello. Y en efecto, tenía toda la razón, pues era la postrera sorpresa que le tenía guardada, la traca final que llevaba —cómo no— la firma del *tío Morras*. Tal como sospechaba, el individuo entró en el local despacio, mirando a su alrededor con cierta complacencia y a ella como si fuera un objeto más de los existentes en el local.

—Así que este es el bar que me ha dejado en herencia mi tío Tertuliano —mencionó sonriendo con un tono de sarcástico desprecio. Alfonsina supo desde ese instante que su vida comenzaba a ser testigo de un serio revés.

—Pero ¿qué dice usted?... —atinó a mascullar.

El hombre extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un papel doblado y alisándolo se lo enseñó a la mujer que palidecía todavía más a cada momento que pasaba.

—Esta es la copia del testamento de mi tío que me entregó un notario de Valencia hace unos días. Soy el nuevo propietario de este local —comentó con voz firme pero al mismo tiempo con irónica condescendencia.

Se intuía en los gestos del intruso la malicia y deleitación que suponía dar la noticia a alguien que no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo ni de lo que le iba a pasar en un futuro. La seriedad de su rostro no almacenaba ningún signo de empatía, antes al contrario, le traía al paio ser el portador de semejante noticia. Alfonsina recogió el papel y leyó la última broma macabra de su marido, el postrer estertor de un sujeto que la había despreciado siempre y que había dejado en sus últimas voluntades la verdadera cara de su infamia. En uno de sus viajes a Valencia para ver a su hermana, que trabajaba en una masía cercana a la *Malvarrosa*, optó por seguir sus consejos y había declarado

ante un notario a su sobrino como único heredero de sus bienes, dejando a su mujer en la más absoluta de las miserias. Tenía más familia, pero lo eligió a él, además de por demandárselo su hermana más querida, para ver si con ello encauzaba su vida, por el hecho de conocer en ese hombre cierta similitud con su manera de ser.

Alfonsina se vio perdida y sin saber cómo reaccionar, estrujó el papel con sus manos tirándolo al suelo y tapándose la cara salió del bar corriendo mientras unas incipientes lágrimas comenzaban a surcar su ajado rostro. Al salir a la calle se tropezó con algunos vecinos que se extrañaron al verla de esa manera y le preguntaron qué le ocurría. Ella no decía nada mientras corría desfavorida por la calle Mayor sin rumbo fijo y acordándose de mala manera del último muerto enterrado en el cementerio. Cuando se cansó de tanto correr, se dio cuenta de que estaba en las afueras del pueblo, en una era situada en la parte alta del barranco de *La Hoz*. Se sentó en una losa grande de piedra y procuró pensar en aquello que acababa de escuchar, pero por más que lo intentaba, no se llegaba a concentrar, su mente seguía confundida y miraba totalmente absorta el horizonte más lejano. Estaba sola y desorientada y no sabía qué hacer ni a quién acudir.

—No puede ser cierto. No me puede ocurrir esto a mí —se repetía una y otra vez—. ¿Qué hago ahora...?

De pronto, se le ocurrió que podría tratarse de una broma o un malentendido, y decidió para salir de dudas ir a ver a su viejo amigo, el secretario don Ramón Sánchez. Se secó las lágrimas y volvió al pueblo con rapidez mientras el corazón le latía cada vez con más fuerza. Entró en el Ayuntamiento y se encaminó directamente a la secretaría. Una vez allí no le salían las palabras por lo que el secretario la hizo sentar en una silla para que se calmara y bebiera un vaso de agua. Pero ella se había puesto nuevamente a llorar y de su boca no salía ningún comentario coherente. Por fin, después de algunos minutos, pudo serenarse y contar al funcionario qué le había ocurrido. Don Ramón, asombrado, no sabía que contestar, pues, aunque con el *tío Morras* todo era posible, lo que estaba escuchando sobrepasaba con creces los pensamientos de una mente perturbada y maliciosamente retorcida.

—Alfonsina, serénate y vayamos a ver al Jacobo ese para ver qué demonios quiere —dijo intentando calmarla.

Salieron los dos juntos de la estancia y se dirigieron de nuevo al bar donde seguía el sobrino observando la estantería plagada de licores situada detrás del mostrador.

—Oiga, señor ¿me puede decir que hace usted aquí? —comentó con tono impetuoso como acostumbraba el señor secretario.

—¿Y tú, quién te crees que eres para hablarme así en mi local? —respondió aquél también con cierta brusquedad.

—¿Quién dice que es su local? Que yo sepa su propietaria es Alfonsina Cortés —retó don Ramón.

—Era, señor mío, era. Este local me lo ha dejado en herencia mi tío —indicó mientras miraba impasible y altanero a su interrogador.

—Demuéstrémelo —inquirió éste de nuevo.

Jacobo entregó el papel que había enseñado minutos atrás a la viuda después de alisarlo nuevamente tras sacarlo de su bolsillo.

—¿Le importa a usted que yo haga mis averiguaciones? —volvió a preguntar el secretario.

—Haz lo que quieras. Si quieres llévate el papel, que es sólo una copia, pero que quede claro que yo soy el propietario —contestó con suficiencia el sobrino del finado.

—Ya veremos —exclamó don Ramón mientras salía con brío del bar llevando el papel en la mano y seguido de Alfonsina que cada vez mostraba más pérdida la mirada.

Acudieron los dos al Ayuntamiento y nuevamente en la secretaría volvió a pedirle a la viuda que se sentara y se calmara, que iba a realizar algunas llamadas a un conocido suyo de la capital del Turia. Llamó por teléfono a un abogado amigo y le puso en antecedentes sobre el caso. Éste, a su vez, le dijo que esperara a que realizara algunas averiguaciones y le llamaría cuando supiera algo concreto. Después de una interminable espera de algo más de una hora, en la cual el nerviosismo de Alfonsina era cada vez más patente, sonó el teléfono. La cara de don Ramón iba tornándose cada vez más seria y Alfonsina intuía que las noticias no eran favorables. Cuando colgó el auricular se produjo un tenso silencio roto por los sollozos de la mujer, que le pidió encarecidamente que le comentara aquello que le había dicho el abogado.

—Malas noticias, Alfonsina. Mi amigo ha llamado al notario que figura en el membrete de la copia y le ha dicho que todo está en regla. Lo siento mucho, pero ese hombre es el nuevo dueño. Vamos a ver, mujer ¿pero es que tú no sabías que todo lo tenía registrado a su nombre el bestia de tu marido? —comentó compungido el secretario.

—Yo qué iba a saber... Teníamos nuestros problemas, pero de ahí a esto... —dijo sollozando.

—Pues mira, te repito que lo siento mucho, pero le ha dejado a su sobrino la casa donde vives y el local que está dentro de ella. Además, como las tierras que tenía todavía estaban mancomunadas con sus hermanas son también de ellas. Pero tú tienes la casa de tus padres con sus tierras y, aunque no son muchas, todavía puedes sacar buen provecho de ellas... —intentó reconfortar a la viuda.

—¿Y yo qué voy a hacer si no conozco nada del campo? ¿De qué voy a vivir...?

—Pues no lo sé, Alfonsina, ahora mismo no tengo ni idea, pero algo saldrá, no te preocupes, que algo se me ocurrirá... —comentó pensativo.

La buena mujer no tenía ni idea de qué hacer, estaba confusa y por su mente fluían las ideas más inverosímiles. ¿Pero qué vida le esperaba a sus cincuenta y tantos años? La desesperación se apoderó de ella. No sabía cómo podría enfrentarse a esa nueva realidad. No tenía a nadie, excepto algunos parientes, que bastante padecían en sacar adelante a sus familias y no estaban ni mucho menos para aguantar a una vieja que además se había quedado en la calle. La intensa amargura le estaba creando una sensación de inseguridad que no auguraba nada bueno.

Al momento le sobrevino una luz, una idea descabellada, eso sí, pero suficiente para acabar de forma drástica con su incierto porvenir. Salió de la secretaría sin despedirse de don Ramón, ni tan siquiera escuchaba las palabras de éste sobre el posible futuro que le estaba preparando. Se encaminó rápidamente hacia la casa de sus padres y entró en la paridera por la puerta falsa que daba a un callejón: Iba decidida a poner coto a su aciaga suerte. No se vería como una pobre vieja desarrapada viviendo de la limosna y de la compasión de sus vecinos, eso lo tenía muy claro. Buscó entre la leñera y sacó una cepa grande que colocó en mitad de la paridera mientras las aves de corral presas del

pánico por sus incesantes movimientos revoloteaban asustadas de un lado para otro. Luego, rebuscó entre los aparejos que guardaban en un pequeño cuarto y encontró una soga, le hizo un nudo y, tras varios intentos, pasó la cuerda por la viga madre atando la otra punta en un saliente de los pesebres. Acercó el tronco a donde pendía la soga anudada y se subió en él. Seguía llorando cuando colocó el nudo corredizo sobre su cuello, lo tensó y dando un movimiento brusco a la cepa la apartó de sus pies quedando colgada. Alfonsina Cortés después de unos minutos de lenta agonía dejó este mundo para siempre. Y lo que son las ironías de la vida, ella y su marido, que nunca se pudieron contar entre los esposos amantes y felices, murieron con poco tiempo de diferencia y sus restos fueron depositados en nichos continuos en el cementerio de Monterde, juntos para toda la eternidad. Aunque para ello, el secretario y algunos fervorosos creyentes de Monterde tuvieron que lidiar con mosén Pascual para que la permitiera descansar en el cementerio cristiano, ya que al haberse suicidado estaba empeñado en impedirlo. Les costó mucho trabajo convencerlo y el fruto de una buena colecta que contó con la ayuda *desinteresada* del sobrino valenciano de la finada.

De esta manera, recién llegado a Monterde de Albarracín, Jacobo Bolín se hizo cargo del bar que su tío le había dejado en herencia. En realidad, era una oportunidad de la vida que no podía desaprovechar, sobre todo si tenemos en cuenta que en Valencia había tenido muchos problemas. Se trataba de una persona de unos treinta y cinco años, gruesa, alta con la cara redonda y una barba corta que gustaba llevar excesivamente perfilada. No era muy hablador y cuando procedía solía hacerlo en voz baja aunque siempre con los argumentos necesarios como para dar la impresión, de que sabía lo que decía aunque no tuviera ni idea. Su vida hasta entonces había sido un completo dislate.

Estuvo sirviendo en la Legión y le quedó como recuerdo de su paso por la milicia un amor apasionado a la grifa, que era la marihuana marroquí degustada por los legionarios durante su estancia en el Rif. De vuelta a Valencia siguió con su contumaz pasión por la droga, que llegaba a obnubilarlo de tal manera que hasta llegó a delinquir para conseguir dinero fácil con el que dotarse del *opio del moro*. Nunca le arrestó la policía, aunque estuvo a punto de ser detenido en más de una ocasión. En el puerto de Valencia tenía una caterva de amigos que traficaban con los marineros de los barcos que transitaban desde

el norte de África y ellos pagaban la mercancía con lo obtenido en pequeños hurtos cometidos en los alledaños del barrio del Grao. Cuando su madre logró echarle el guante le puso firmes y le obligó a trabajar, pero nunca duraba mucho tiempo en aquellos que le encontraba. Lo mejor que hizo fue llevárselo a su casa, ya que de esta manera le evitó las compañías maliciosas que le estaban envenenando con la maldita grifa. Finalmente, ante las súplicas y la ayuda de la madre, logró desprenderse de su continuo consumo. Eso sí, de vez en cuando acudía al barrio de sus antiguos camaradas para hacerse con algo de droga y, aunque al poco tiempo ya no era el consumidor insaciable de antaño, lo cierto es que había remitido su consumo y tan sólo la fumaba de vez en cuando.

En el año 1930 logró colocar a su hijo en una imprenta como mozo de almacén y pensó que lo estaba encauzando por el buen camino, más aun al entablar amistad en dicha empresa con una joven limpiadora de la que se enamoró perdidamente y al año siguiente se casaron. También conoció, por aquel entonces, los entresijos de la lucha obrera y estuvo muy relacionado con algunos miembros de la UGT, que le introdujeron en la ideología socialista, o al menos lo intentaron. Él, que era muy listo, vio la oportunidad que representaba dicho pensamiento reivindicativo para lucrarse personalmente engañando al personal con el pretexto de la camaradería. El lema preferido e íntimo en su socialismo utópico era *hay que repartir los bienes de todos los ricos pero a mí que no me toquen ni un pelo, que no lo soy*. Si bien es cierto que aparentaba ser una persona amable y relativamente sociable lo cierto es que todo lo hacía por su propio interés. Se le fue poco a poco conformando un carácter déspota y lo acabó pagando con su mujer a la que menospreciaba continuamente haciéndola sentir poco menos que un guiñapo. También la agredió en numerosas ocasiones y, cuando ésta ya no pudo aguantar más las continuas palizas, lo abandonó profundizándose todavía más su aviesa personalidad. En estas estaba cuando conoció a su tío turolense e hicieron migas desde el primer momento, ya que en realidad eran tal para cual. Y Tertuliano Sánchez, más conocido como el *tío Morras*, totalmente encandilado por la personalidad banal y sin escrúpulos de su sobrino, decidió hacerle heredero universal de todos sus bienes. Ello a sabiendas de que actuando de esa manera perjudicaba a su abnegada mujer y la obsequiaba con su postrera trastada en el caso de fallecer antes que ella.

Una nueva vida en la cantina de Monterde se iniciaba para Jacobo y le trajo completamente sin cuidado que la misma comenzara con el suicidio de la antigua dueña, su tía. Para celebrar su entrada en el pueblo esa noche se dispuso a darse un festín devorando una copiosa cena como si fuera un auténtico cerdo y cogiendo una borrachera de campeonato con el aguardiente del bar y algo de grifa que había llevado consigo. A la mañana siguiente contactó con la sobrina de su tía, que le había ayudado en el local rogándole encarecidamente que continuara en su puesto mientras él se ponía al día con su nueva propiedad. Esa misma mañana paseó por todo el pueblo con la intención de conocer a los vecinos antes de acudir al entierro de su pariente. Les demostraba su pesar porque su visita había ocasionado el terrible fin de la viuda cuando él —aseguraba una y otra vez— no tenía ninguna mala intención con Alfonsina. Y tan grande parecía ser su dolor y lo bien que disimulaba por sus hechuras de actor que incluso muchos le creyeron. Después del recorrido quedó plenamente complacido con aquello que había observado.

—Vaya pueblo de catetos y palurdos. Me voy a hacer de oro —pensó.

Y desde el primer día puso en marcha su manera de hacer las cosas. A todos decía lo que querían oír regalándoles los oídos y se aprovechaba de ello como sólo él sabía hacer. Con el cura hablaba de Dios y le llegaba a hacer creer que era el hombre más cristiano del universo. A los campesinos propietarios les hacía saber que la propiedad era lo más sagrado del mundo y que el comunismo era la aberración de la humanidad. Cuando hablaba con los jornaleros sacaba a relucir su antigua relación con el sindicalismo socialista en Valencia y la necesidad de la lucha obrera para conseguir los fines del proletariado. Y conforme tenía a todos engatusados, muy ladinamente, pretendía obtener beneficios de toda índole para su lucro personal. Que si él se merecía el mejor lote de leña por el servicio municipal que prestaba, que si la concesión de un terreno público para ampliar su bodega, o que le dieran licencia para abrir el local siempre que quisiera, etcétera, etcétera. Es decir, todos los derechos del mundo habido y por haber gracias a su labia y cara bonita. Y si algún monterdino le ponía pegas a sus exigencias no dudaba en amenazarlo con leyes que tergiversaba en su contenido, adecuándolas a sus espurios intereses. En definitiva, su actuación en Monterde guardaba enormes similitudes con la de un

elefante entrando en una cacharrería. Pero no pudo con todos. Rafael y Florentín se dieron cuenta rápidamente, ya que le pillaron en algunas flagrantes contradicciones y vieron enseguida del pie que cojeaba. También el secretario don Ramón Sánchez, que era un perro viejo, le había visto las orejas al lobo, pues estuvo presente en los actos de su entrada a Monterde y supo por lo tanto del sufrimiento de Alfonsina Cortés. Cada uno de ellos se conjuró a su modo y prometió que lo acabaría desenmascarándolo a los ojos del pueblo. Tiempo al tiempo.

XLIV

Dos años y medio habían pasado desde la proclamación de la República y ya comenzaba a generarse entre una parte considerable de la población serrana una cierta decepción por los escasos logros conseguidos. La prometida Reforma Agraria no acababa de llegar, ni tan siquiera a pesar de haberse aprobado la ley que la implantaba un año atrás. Los mecanismos para su aplicación eran tremendamente lentos y por si fuera poco provincias como Teruel estaban a la cola en su desarrollo. También el Rescate de los Bienes Comunes seguía un ritmo parecido y, a pesar de que la población de Monterde se veía favorecida por el caso de los *Cinco Prados*, apenas se vislumbraba el momento de llevarlas a cabo. Debido a todas esas carencias la población más desesperada de muchos pueblos de la sierra de Albarracín se había echado al monte en el sentido literal de la palabra. Desde finales de 1932 se habían multiplicado las ocupaciones de fincas desalojadas de forma violenta por efectivos de la Guardia Civil. Así ocurrió en la finca de *La Jara* entre Bronchales y Monterde, pero también tuvieron lugar en Calomarde, Moscardón y en Toril y Masegoso. Si se llegaba a este extremo es porque en la política no funcionaba del todo bien.

En otro orden de cosas sí se habían producido cambios en el ámbito social y en el pueblo como en tantos otros de la Sierra muchas cuestiones comenzaban a formar parte de la cotidianidad. Cada vez había más matrimonios civiles, así como nacimientos y defunciones que no pasaban por el tamiz religioso. Hasta los cementerios se habían dividido en dos zonas; la religiosa y la no creyente. El proceso de secularización estaba cada vez más presente en la sociedad y en muchos

pueblos ya se empezaba a notar. También los curas habían dejado de tener la exclusiva en la enseñanza. España estaba cambiando, aunque en muchos pueblos como Monterde tales cambios no se notaban tanto y los más necesitados seguían esperando que desde el gobierno se legislara de manera que se pudiera escapar de todas las penurias. Y en este pueblo serrano el apartado económico llevaba de cabeza a buena parte de su población. La crisis seguía presente desde varios años atrás enseñoreándose entre los pequeños propietarios campesinos y los jornaleros. Y precisamente éste fue el tema que hizo decantarse a los electores hacia una postura política determinada.

En las elecciones del 19 de noviembre de 1933 se presentaron tres candidaturas. La Republicana de Izquierdas, en la que destacaban los socialistas y los radical-socialistas, fue la que contó con el apoyo de los miembros del Sindicato y de la agrupación republicana. Esta candidatura era la continuadora de la política reformadora de los primeros gobiernos republicanos. La segunda en liza era la Republicana Popular, de orientación centrista, en la que destacaba el cellano y buen conocedor de la Sierra, Vicente Iranzo, estando sustentada en el pueblo gracias a diferentes profesionales encabezados por el herrero. Y por último, la Unión de Derechas, que contaba entre sus filas a un candidato natural de Ródenas llamado José María Julián Gil, cuya candidatura era defendida por los propietarios campesinos y la Iglesia. Estas elecciones contaron además con la presencia por vez primera del voto femenino.

Monterde de Albarracín fue de los pueblos en los que más gente fue a votar de toda la Sierra y ello era una prueba de la intensa actividad que realizaron los partidos políticos y sus simpatizantes en la localidad. La abacería del *tío Conejos* fue el escenario de numerosas charlas del alcalde don Belarmino Fuentes y algunos concejales o amigos que se sumaban a la candidatura de las derechas. El herrero del pueblo y otros comerciantes y profesionales solicitaban el voto para la candidatura de Vicente Iranzo y, aunque no tenían lugar de reunión, eran los que más practicaban el boca a boca como fórmula de propaganda política. Y por último, los republicanos y sindicalistas realizaron más de una asamblea en sus locales dando a conocer la postura de la candidatura de izquierdas, centrándose en el tema de la Reforma Agraria.

Estas elecciones no dieron un ganador en Monterde. Sacaron idénticos votos las candidaturas del centro y la de derecha, mientras que el batacazo de las izquierdas fue mayúsculo. Hasta los dos políticos

más votados lo fueron con idéntico resultado y José María Julián Gil junto a Vicente Iranzo lograron el mismo número de papeletas: 258. La desilusión por todo lo prometido y que no se había llevado a cabo fue determinante para el triunfo final del centro-derecha tanto en Monterde como en España. Además, en pueblos que contaban con personas que emigraban estacionalmente —y en toda la Sierra solían irse a Andalucía— los efectos del decreto-ley de Términos Municipales fue un factor de primer orden que decantó muchos votos. Los miembros del Sindicato estaban más desilusionados que nunca y no había logrado arrastrar votos aparte de los propios socios. Seguramente, algo deberían de estar haciendo mal cuando el resultado había sido tan negativo. Así pues, mientras Rafael cayó en una depresión momentánea, la euforia era la nota dominante en el *tío Chalecos*, José María Cavero, Serafín y tantos otros propietarios de Monterde.

XLV

Un domingo por la mañana, durante el mes de mayo del año 1934, Rafael buscaba ansioso con una canastilla de mimbre los huevos que las gallinas de su corral habían puesto en los nidales. Llevaba algo más de la media docena y todavía le quedaban otros tantos para reunir el total que necesitaba con urgencia. Buscó por otras recónditas oquedades en su pequeña paridera y para suerte suya los fue encontrando dispersos en los lugares más extraños. Alguno apareció escondido entre el lote de leña y la *chasca*, otros, perdidos por algún rincón del suelo, pero, por fin, dispuso de la docena que tan ansiosamente esperaba sumar. Una vez los tuvo recogidos, acudió a la despensa de su casa situada en un cuarto interior de la cocina, que aprovechaba la frescura del contraterreno, y recogió la otra docena que tenía acumulada desde la semana anterior. Había conseguido las dos docenas que aspiraba obtener y se dio por satisfecho, sus aves de corral se estaban portando bastante bien últimamente y los huevos no faltaban ni en la dieta casera ni para utilizarlos como trueque en la abacería del pueblo. Ya algo más animado, después de los sinsabores de los últimos días, se encaminó hacia el pequeño estanco del pueblo ubicado en la planta baja de una vivienda particular. Antes de salir acudió a la habitación y besó con

ternura a su hija pequeña, Libertad, que dormía plácidamente en su pequeña cunita de madera, y se despidió también de Violeta hasta la hora de la comida. Su mujer —algo impropio de ella tan risueña como era— llevaba algunos días algo seria o más bien cariacontecida y no quiso replicarle el por qué de su marcha aquel domingo por la mañana. Pero sabía que había pasado por malos momentos y que su marido necesitaba meditar sobre ciertas cuestiones que en los últimos días habían afectado a las relaciones de la pareja.

Rafael recogió la gorra, se puso el chaleco de la muda de los domingos y salió con la canastilla que almacenaba en su interior los huevos de las gallinas ponedoras. Se dirigió directamente al estanco del *tío Perdigón* y, una vez dio con el dueño, le pidió un cuarterón de tabaco picado y papel de fumar. El buen hombre lo miró extrañado, no dando crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Para quién es este tabaco? —preguntó.

—Para mí —respondió Rafael.

—¿Pero tú no habías dejado de fumar cuando te casaste? —volvió a preguntar el estanquero.

—Sí —certificó el comprador— pero ha pasado mucho tiempo y ahora lo necesito tanto como el aire que respiro.

—Pues eso está bien, muy bien. Eso es tener lo que yo llamo voluntad...

—Déjese de bromas, que no estoy para vainas *tío Perdigón* —dijo con una punta de mala leche, algo que por otra parte no era muy usual en Rafael.

—No, si no me burlo de ti, precisamente todo lo contrario —se defendió el estanquero—, lo que quiero decirte es que ya formas parte del grupo de voluntariosos del pueblo que siempre están dejando de fumar para al poco tiempo volver a reincidir.

—Usted siempre con sus guasas.

—No hijo no, lo cierto es que tienes voluntad de seguir con el vicio y eso es bueno para mi negocio. Realmente lo que haces tú y otros en Monterde es digno de alabar. La verdad es que resulta muy fácil dejar de fumar, fíjate si es que yo lo he dejado de hacer un montón de veces.

Las risas comedidas del estanquero no sacaron a Rafael del punto crispado en que se encontraba, antes al contrario, le sentaron como un tiro. Hoy, por lo visto, estaba bastante espeso, no era su día. A cambio del cuarterón de tabaco y el papel de fumar le dejó las dos docenas de huevos preguntándole si era algo más. El *tío Perdigón* le dijo que estaba bien y quedaron que ya pasaría a recoger la canastilla otro día. Entonces, Rafael salió del estanco y puso rumbo al alto de san Cristóbal; el lugar donde pensaba pasar en soledad el resto de la mañana para ver si por fin ponía orden y comprendía el porqué de los últimos acontecimientos que le habían sucedido. No quiso atravesar el pueblo para evitar encontrarse con alguno de sus impertinentes paisanos, ese día no se encontraba con ánimo para mantener conversación con nadie. Por ello, decidió dar un rodeo a través del río y dirigirse desde las eras del camino de Albarracín a las ruinas de la ermita de san Cristóbal, su destino final.

Una vez llegó a lo alto de la montaña, buscó un sitio donde descansar entre las rocas de la parte superior de la cima. Primeramente pasó por un lugar muy querido por Rafael; era la zona donde años atrás colocaron los plantones durante la Fiesta del Árbol y tuvo su primer contacto con Violeta, sin embargo, debido a su estado de ánimo apenas le prestó atención. No obstante, lo cierto es que allí mismo se divisaba un paisaje sencillamente espectacular, con un horizonte extenso que abarcaba todos los puntos cardinales, aunque él no estaba en condiciones de admirarlo por su más que evidente malhumor.

La vista por el norte empezaba con las parameras de Pozondón y la conocida silueta del cerro de san Ginés en Ródenas. Conforme se iba girando hacia el oeste se veía al fondo la masía de *la Jara*. En ese punto cardinal propiamente dicho se situaba el altozano de *la Muela* y más a la izquierda era perceptible la parte alta de la Sierra con su bosque de pinos. Siguiendo el recorrido por el sur, aparecían las altas lomas del *Campillo*, a su izquierda la frondosidad del sabinar próximo a la masada de *Monteagudo* y más al fondo la sierra de Gea, que permitía apreciar a lo lejos las cimas del Javalambre. Por último, hacia el este se desparramaba en línea descendente un cúmulo de montañas con una abigarrada vegetación. Entre la misma se apreciaban carrascas, sabinas y rebollos, sobresaliendo entre la tupida naturaleza pequeños campos de labor que se extendían por el fondo hasta los llanos de Caudé y

Cella con la sierra Palomera como último frontal. Y, por supuesto, Monterde de Albarracín aparecía a sus pies.

Desde la distancia Rafael contemplaba el casco urbano con el trajín de sus habitantes yendo de un lugar para otro. En los días soleados la visibilidad era casi infinita y en esos momentos el persistente aire había limpiado la atmósfera de la brumosa calima. Ese mismo viento seguía impetuoso y constante, tanto que le hacía entrecerrar los ojos y sujetarse la gorra por el peligro que saliera volando de un momento a otro. Donde se encontraba en ese instante podía apreciar los restos de la ermita de san Cristóbal de la que tan sólo se mantenían en pie apenas cuatro paredes y los vestigios de un muro que circunvalaba el perímetro exterior de las ruinas. Era todo lo que quedaba de una hermosa construcción derruida hacía algo más de un siglo por los invasores franceses durante la guerra de la Independencia. Este lugar era el sitio donde Rafael se refugiaba cuando necesitaba encontrarse a sí mismo, para meditar o también en los momentos en que alguna cuestión le atormentaba, como ocurría en ese día.

Buscó un punto donde cobijarse y acomodó su asiento descendiendo un poco por la montaña entre unas rocas de gran tamaño que hacían el efecto de un poyo algo tosco pero, dadas las circunstancias, era lo más parecido a un cómodo sillón. Se sentó entre ellas y ya recogido del insistente aire de Levante se dispuso a abrir el cuarterón y liarse un cigarrillo. A pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que lio un pitillo, apenas había perdido la pericia de su elaboración, era algo como subir en bicicleta —decían los entendidos—, en el momento que aprendes a hacerlo ya no lo olvidas nunca. Extrajo del pequeño bolsillo de su chaleco el mechero de piedra y después de varias fricciones hizo saltar la chispa que prendió la mecha. Una vez conseguido la aproximó al cigarro encendiéndolo mientras absorbía profundamente un soplo de humo transportándolo hasta sus pulmones. Y después de un instante, sumamente placentero, recreándose en cada segundo que pasaba, lo expulsó con suavidad relajándose al tiempo que entrecerraba sus ojos. Recogió el cigarrillo con sus dedos mientras miraba absorto el pueblo y segundos después volvió a repetir la metódica operación, aunque en esta ocasión sus orificios nasales hicieron de ocasional chimenea.

A pesar de que el campo abierto disipaba el humo del pitillo, sus sentidos seguían percibiendo el aroma del tabaco. Con las primeras

bocanadas intentaba recobrar el tiempo perdido, recordaba su ya casi olvidado sabor y ello le causaba un innegable bienestar. A Rafael le calmaba fumar y, por supuesto, le ayudaba a superar los malos momentos, como cuando estuvo en el servicio militar en África. Ese era el valor terapéutico que le otorgaba a la nicotina, independientemente de que cuando dejó de fumar durante una temporada su salud se lo agradeció más que nadie. Todo ello forma parte de los grandes contrastes de la vida, hay cosas que te matan lentamente pero a cambio te producen un inmenso placer ¡jodida contrariedad! Quién le iba a decir cuando el día de su boda se comprometió a dejar de fumar que acabaría cayendo de nuevo ¡sí! seguramente tendría toda la razón del mundo el *tío Perdigón* y esa era la promesa más fácil de cumplir que existía; dejar de fumar tantas veces como uno quisiera. Por lo pronto él ya lo había dejado una vez, ahora bien ¿sería la última?

Seguía relajado observando el mundo a su alrededor y comenzó a sentirse mejor conforme pasaban los minutos, el entorno y su fragancia ayudaba lo suyo. Así era. Entre las piedras donde había colocado su asiento aparecían matojos de ajedrea y tomillo y en las más lejanas se vislumbraban alguna que otra mata del todavía incipiente té de roca. También se esparcía por doquier la savia nueva de la manzanilla, la camomila, los gamones y el espliego junto a un sinnúmero de plantas aromáticas silvestres. La brisa confundía los olores y, junto al aroma del tabaco, se deslizaban con fuerza los propios del campo. Entonces, una ráfaga violenta de aire que transportaba esencias de aquella primavera, pues todo el campo estaba plagado del verde de la vida, logró sacarle de su ensimismamiento. Dobló su espalda encorvándose ligeramente mientras miraba hacia abajo al fondo del valle. Desde la distancia observaba embelesado los campos de labor con sus diferentes tonalidades verdosas que se extendían a lo largo y ancho de la hoya de Monterde. Su mente buscó lejanos recuerdos para intentar comprender un aspecto de su vida que no acababa de encajar del todo: el concepto de amistad que tenían algunas personas y su futuro en el pueblo.

Y entonces vino a su memoria la primera decepción que se llevó con un grupo de amigos. Hacía algunos años durante el siguiente verano de su vuelta del servicio militar se encontraba algo bajo de moral porque había mantenido la primera discusión con su novia Violeta. Llevaba unos días, cabizbajo, sin mucho ánimo y acudió una tarde después de trabajar a la abacería de Ceferina. Allí coincidió con un

grupo de paisanos que eran amigos suyos, aunque más jóvenes que él y, después de estar un rato bebiendo, decidieron que se irían esa noche a las fiestas de un pueblo próximo.

Rafael necesitaba como nunca distraerse de los pesares que, de vez en cuando, todavía le asaltaban de su paso por la guerra de Marruecos y que, ni tan siquiera, el trato con Violeta le ayudaba a superar. Más aún, al haber tenido lugar una de las típicas riñas de novios. Después de varias rondas, los allí reunidos decidieron que saldrían de inmediato y Rafael les comentó que lo esperaran un instante, pues tenía que cambiarse de ropa, no serían más de cinco minutos —les dijo—. Y así quedaron. Salió corriendo de la cantina de la abacería mientras ellos seguían bebiendo y todavía pudo arañar algún minuto a los cinco programados. Pero cuando volvió a la tienda, raudo y veloz, con la lengua fuera de tanto correr, allí no se encontraba nadie, tan sólo su dueña Ceferina haciendo como que limpiaba. Preguntó por la gente y ella le comentó con un timbre de voz lleno de sorna que se habían marchado deprisa y corriendo nada más salir él de la abacería. Rafael no comprendía nada ¿cómo era posible que se hubieran ido sin esperarle precisamente en ese día que tan necesitado estaba de compañía? Ir de fiesta con los amigos y amigas de su pueblo era lo mejor que le podía pasar y, aunque ellos no formaban parte de sus íntimas amistades, siempre que lo habían necesitado ahí había estado él para confortarlos, siempre. Lleno de rabia cogió la copa que tenía a medio beber y apuró el trago, y con un impulso irrefrenable salió a la calle estampándola contra la pared de la vivienda de enfrente. La ira lo cegaba y seguía sin podérselo creer, le habían dejado solo, habían salido de allí corriendo en una auténtica “espantada”.

Pasó el resto de la noche en su casa dándole vueltas a lo acontecido, echando tragos sin conocimiento y la bebida le dejó a la mañana siguiente el consabido recuerdo de la aborrecible resaca. Al llegar la tarde, en un primer momento, prefirió no comentar nada a sus amigos. Pero, finalmente, quiso que se lo aclararan por si hubo algún malentendido o fue una broma de mal gusto. Sin embargo, las respuestas le confirmaron sus peores sospechas, quedó perfectamente claro que lo habían abandonado como a un perro y además no sentían remordimiento alguno. Lo ocurrido durante esa noche le abrió los ojos sobre algo que le afectaba, pero cuyos fundamentos todavía no atinaba a comprender.

A la mañana siguiente fue a sincerarse con su íntimo amigo Ernesto, que le hizo ver las dos cuestiones que consideraba más importantes. Una, que el grupo que se escapó eran algunos años más jóvenes que Rafael y la otra, que éste tenía un carácter más bien inocente y bonachón y por lo tanto era una presa bastante fácil de engatusar. Por mucho que siempre estuviera detrás de buscar la forma de hacerles mejor la vida a sus vecinos con la antigua Sociedad Obrera, organizando fiestas o, con lo que fuera, no sólo nunca se lo agradecerían sino que más bien al contrario, al primer momento lo dejarían en la estacada. Sin embargo, él no quiso creer las negativas conclusiones de su medio hermano y más aún cuando, al poco tiempo, su relación con Violeta se restableció con toda normalidad. Semanas después, este asunto quedó aparcado en el rincón del olvido como poco a poco le venía sucediendo con aquello que le había acontecido durante la guerra en el Rif marroquí.

Pero mira por donde, algunos años más tarde o, para ser más precisos el miércoles anterior, tornó a repetirse una situación similar y Rafael siempre crédulo y algo ignorante volvió a ser objeto de escarnio. En el grupo más amplio de sus amistades coincidían dos personas que no estuvieron presentes el año de la “espantada”. Se trataba de Rigo-berto Prado y Santiago Martín. Eran dos personas de una edad similar a la suya y que, a pesar de no pertenecer a su círculo íntimo de amistades, siempre había mantenido con ellos una excelente relación.

Ocurrió que esa mañana tuvo que acudir a Teruel para resolver unos asuntos urgentes que estaban relacionados con el transporte de la gayuba para la empresa de Alcantarilla. Violeta decidió ir también por la necesidad que tenía de comprar ropa para la pequeña Libertad pensando que esa misma tarde estaría de vuelta. Y la familia al completo se encaminó subida al carro hasta Cella donde lo dejaron aparcado en el patio del Casino Republicano y cogieron el autobús que desde hacía pocos meses realizaba el trayecto de Zaragoza a Teruel.

Fueron realizando sus ocupaciones tal y como las tenían planeadas, pero los problemas aparecieron cuando acudieron al cuartel de la Guardia Civil a cumplimentar determinada documentación sobre el transporte de la gayuba. Faltaban papeles y uno de los guardias, un cabo de aspecto fiero y áspero talante, le reconoció como un sindicalista de la zona de Albarracín. El guardia le acusaba de realizar contrabando. Mientras estaban siguiendo las diligencias, Violeta, nerviosa

por el devenir de los acontecimientos, se encontraba en el porche de entrada al cuartel. Acertó a ver pasar por la puerta a los paisanos Santiago Martín y Rigoberto Prado con sus respectivas esposas. Aquella salió a la calle y los llamó con cierta insistencia, porque su marido tenía problemas. Ellos, en un principio, pararon su camino y accedieron a penetrar en el cuartel para hablar con Rafael. Por su parte, éste les pidió encarecidamente que acompañaran a su esposa hasta Monterde, ya que iba con su hija pequeña y él se tendría que quedar hasta arreglar el problema de la documentación. Y visto lo visto aquello se podía alargar hasta quién sabe cuándo. Rigoberto Prado y Santiago Martín se vieron comprometidos por las circunstancias, pero le dijeron que no se preocupara por nada. De manera que Rafael se despidió de su esposa y ya más tranquilo continuó en el cuartel para intentar solventar los trámites enquistados.

Al día siguiente, los contactos de la empresa de la destilería de Alcantarilla surtieron efecto y por fin logró arreglarse el asunto, que estaba tomando un cariz bastante peligroso, sobre todo, por causa del recelo del cabo de la Guardia Civil que lo había identificado. Lo primero que hizo el monterdino cuando salió del cuartel fue llamar al teléfono público de Monterde para que le dieran el recado a su mujer y se tranquilizara diciéndole que ya estaba de regreso a casa. Luego, volvió a Cella, esta vez en tren, y una vez allí marchó andando hacia su pueblo satisfecho de cómo había finalizado el caso. Tuvo suerte y un campesino cellano que acudía con su carro a laborar sus campos le llevó durante un buen trecho del camino. Una vez que se apeó aún tuvo que andar varios kilómetros pero, por fin, llegó a Monterde cansado por el trajín de los últimos días, aunque ya más tranquilo.

Sin embargo, el sosiego de su espíritu duró tan sólo hasta que llegó a su casa y vio a su mujer acunando a la pequeña Libertad. Violeta se abalanzó a sus brazos y en un profundo arrebató comenzó a llorar desconsoladamente. Rafael supuso que todo se debía a los nervios pasados por culpa de la retención que sufrió, pero la intensidad de sus lloros y el que no se quisiera apartar de él abrazándolo fuertemente le hizo sospechar al momento que algún suceso había ocurrido. Cuando por fin logró calmarse la mujer se sentaron al tiempo que Violeta todavía suspiraba entrecortadamente.

—Ya estoy aquí, mujer ¿ves como tenía razón cuando te dije que serían sólo unas pocas horas?

—Tienes razón, estoy muy contenta. Ha venido Rosita a darme el recado esta mañana y no te puedes imaginar lo feliz que me he puesto.

—Pues cualquiera diría que estás tan alegre, si no haces más que llorar ¿ocurre algo?

Violeta agachó la cabeza y calló, se había prometido no comentarle nada de lo que había ocurrido. Pero ese tenso silencio tan sólo duró unos instantes, tras los cuales lanzó un ligero suspiro, casi un sollozo y tras la reiterada pregunta de su marido por fin se decidió a hablar. Y mientras le comentaba la causa de sus pasadas aflicciones, Rafael permanecía callado no dando crédito a lo que estaba escuchando. Por boca de su mujer se fue enterando de la odisea que había padecido desde que se despidieron a la puerta del cuartel de la Guardia Civil en Teruel.

Así supo como sus paisanos la ignoraron por completo mientras estuvieron en la capital y los angustiosos momentos que pasó con ellos. Violeta no quería sentirse un estorbo, aunque el trato que recibió por parte de los cuatro se lo hacía sentir constantemente. Al poco de despedirse entraron en un bar donde ella y su pequeña fueron ninguneadas y no les prestaron la más mínima atención. Violeta captó al instante el desdén con que la trataban, más aún, cuando apenas le dirigieron la palabra durante toda la tarde y, viendo el cariz que estaba tomando la situación, prefirió irse sola a coger el autobús antes que pasar por más afrentas y desaires. Cuando se acomodaron en él junto a las dos parejas de monterdinos siguieron ignorándola de la misma manera, tanto que al llegar a Cella incluso se tuvo que ir con la única compañía de su hija a buscar el carro que habían dejado en el patio del Casino Republicano. Y menos mal que sus camaradas cellanos le ayudaron a preparar los aperos de la mula y uncirla al carro. Incluso hubo uno de ellos que, viendo la situación de la pobre mujer, se ofreció a llevarla a Monterde diciendo que luego retornaría andando, aunque ella se negó agradeciéndole sus intenciones. Acomodó a la pequeña Libertad como pudo en el interior del carromato y salió sola de Cella camino de Monterde de Albarracín. Y veía a lo lejos a las dos parejas monterdinas subidas a su carro que también habían dejado en Cella.

Definitivamente, no entendía nada del comportamiento de aquellos dos hombres, siempre habían sido amigos y jamás se le hu-

quiera ocurrido pensar que podían actuar de esa manera. Y qué decir de sus mujeres, que ni siquiera se apiadaron de su hija pequeña. Buscando un porqué al desaire padecido, Violeta pensaba que lo único que tuvo con uno de ellos fue darle calabazas cuando le tocó de *mayo*, justo el año anterior de que lo fuera Rafael. Pero ¿eso era suficiente motivo para despreciarla de la manera que lo habían hecho o existía algo más? ¿O quizás era por culpa de su propio marido?

Rafael estaba sencillamente anonadado por todo lo que escuchó aquel día. ¿Cómo era posible que llegado el caso alguno de sus paisanos le respondiera de esta manera? Precisamente a él, a Rafael, el hijo de Cosme y Enriqueta, un hombre que estaba plenamente convencido de ser una persona querida y respetada en su propio pueblo. Desde luego eso no podía ocurrirle con su elenco de íntima amistades, de eso estaba seguro. Tanto Cándido como Florentín, Cipriano o Manuel eran amigos, en el sentido literal de la palabra y llegado el caso harían lo que hiciera falta como así había ocurrido en uno y otro sentido en más de una ocasión. Entonces, comenzó a pensar que la amistad en realidad es algo muy difícil de comprender, que tan sólo tienes amigos que puedes contar con los dedos de una mano y que puedes y debes hacer todo lo que puedas por ellos porque a su vez estás seguro que lo harían también por ti. Sin embargo, exceptuando a los íntimos, el resto de sus amigos ¿pensaban de la misma manera?

Empezó a recordar las palabras que le dijera Ernesto cuando se marchó de Monterde años atrás. ¡Cuánta razón tenía! Sobre todo cuando le comentó que acabarían dejándolo en la estacada. Comenzó a sentirse menospreciado en su propio pueblo, a pesar de todos sus desvelos para con la gente. Sus convicciones empezaron a venirse abajo. Lo cierto es que, a pesar de su lucha, apenas había conseguido nada. Desde la antigua Sociedad Obrera y ahora desde el Sindicato de Trabajadores de la Tierra había intentado movilizar a sus paisanos contra la tiranía de los propietarios, pero los resultados habían sido más bien escasos. Las dudas comenzaron a brotar como en un impetuoso manantial ¿se estaría equivocando en su forma de actuar? Lo cierto es que siempre estaba en la vanguardia de todas las demandas en el pueblo pero ¿no sería esa precisamente la causa? ¿Le tenían como un pesado inaguantable y por eso algunos le habían cogido ojeriza? Igual él se anticipaba a las necesidades de la gente y ésta ya había comenzado a cansarse de verlo siempre como la cabeza visible de todo movimiento.

¿Qué ocurría en realidad? Estaba hecho un auténtico lío y no sabía con certeza qué camino seguir. Le daba la impresión de que andaba por la vida como un quijote luchando contra los molinos de viento, que en este caso eran los terratenientes, con el socorrido agravante de que encima no era profeta en su tierra.

A partir de ese momento miraba a la cara de sus paisanos y donde hasta entonces había visto simpatía ahora creía apreciar visos de ironía ¿se estaba equivocando de cabo a rabo en la dirección de su vida? Por su cabeza empezaron a pasar peregrinas ideas como la de irse del pueblo, pero eso era una postura bastante radical y además ¿adónde iría si allí tenía toda su vida y había sido la persona más feliz del mundo? En realidad, tan sólo disponía de unos pocos amigos que merecían la pena. Entonces... lo que tenía que hacer era vivir su vida y pasar del resto de la gente, dejar de lado su protagonismo en el Sindicato y dedicarse por entero a su familia. Quizás había sido durante bastante tiempo la cabeza visible del movimiento revolucionario en el pueblo y ya era hora de que otros le relevaran en este asunto.

Además, este contratiempo le había abierto los ojos y comenzó a repasar mentalmente todos los sucesos políticos y sociales que le habían ocurrido en los últimos años. Y, viéndolos desde el prisma negativo y depresivo en el que se encontraba, los resultados eran totalmente diferentes a como los recordaba. Cuando Rafael insistía a sus paisanos en llevar a cabo alguna acción, recibía palmaditas en el hombro de muchos, pero a la hora de la verdad eran solo unos pocos los que acudían. O también las cuentas dejaban de salirle en las elecciones que se habían llevado a cabo, especialmente en las del año anterior. Un número considerable de personas le decían en las vísperas que le daban su apoyo, sin embargo, llegado el momento sus votos no alcanzaban las expectativas creadas. La cuestión es que todos estos acontecimientos reunidos bajo el contexto de su mente atormentada lo abocaron al desaliento y la más profunda desesperanza. Se sentía engañado, vilipendiado y hasta pensaba que era objeto de burla por sus malintencionados paisanos.

Las consecuencias del viaje a la capital de la provincia fueron nefastas para Violeta y Rafael, especialmente para este último, ocasionándole una profunda depresión. No se sentían queridos y las personas de cierta sensibilidad como ellas necesitaban más que nadie la estima de la gente que les rodeaba o, por lo menos, no sentirse tan desprecia-

dos. Ella suponía que si le tenían ojeriza sería muy posiblemente por razones familiares, su madre Margarita y su padre Irineo todavía eran recordados por el común de sus vecinos. La primera, por la extravagancia de sus ideales y el segundo, por su exceso de celo cuando fue alguacil durante la Dictadura.

La cuestión es que sin pretenderlo existía una especie de aura que estigmatizaba a cada una de las personas del pueblo. Ese halo invisible se nutría de las características que descollaban en el clan familiar y, al mismo tiempo, se sumaban los actos más sobresalientes que se habían producido a lo largo de su propia vida. Y del conjunto de ambos aspectos se tenía la imagen visible de dicha persona. No se veía al individuo únicamente por sí mismo o por sus actos sino a través de la familia a la que pertenecía, como si ya estuviera predestinado. Los hijos de los ricos siempre eran guapos, listos e inteligentes y si alguno crecía sujeto a taras o anormalidades existían las mil y una formas para obviar tales defectos. Sin embargo, la prole de los pobres no podía escapar a la inercia de aquellos de su clase, torpes, brutos, ignorantes y otros calificativos similares y de la misma manera si alguno se salía de madre era el tonto oficial del pueblo. Era como el sistema de las castas en la India pero trasladado a un país occidental con religión, maneras y actitudes tan diferentes.

Durante esa mañana del domingo Rafael estuvo meditando, recostado en un poyo pétreo situado en el alto de la ermita de san Cristóbal. Y en el momento que empalmó su cuarto cigarrillo tomó la decisión de ir aparcando paulatinamente su implicación política y sindical, aunque sin dejarlo del todo, para poder dedicar más tiempo a la familia y al círculo de sus íntimas amistades. Que otros se encargaran de continuar con los movimientos que él había iniciado. Intelectualmente estaba preparado para luchar por los campesinos y jornaleros de Monterde de Albarracín en todos sus apartados, tal como había realizado a lo largo de su vida. Sin embargo, anímicamente estaba tocado y no se sentía tan arropado como antaño. Todo lo acontecido durante la última semana le hacía sentirse como un extraño en su propio pueblo.

Como llevaban algunos días sin ver apenas a la pareja, durante esa tarde del domingo Manuel, Cándido y Florentín junto a sus respectivas parejas se acercaron por su casa a ver qué les pasaba. Se dieron cuenta al instante del estado anímico del matrimonio y supieron de

las causas por el suceso acontecido cuando viajaron a Teruel. Por todo ello, decidieron que había que levantarles el ánimo y Manuel, muy en su puesto de exquisito y celoso guardián de sus amigos, se comprometió a invitarles a todos a comer el domingo siguiente. Cita a la que también acudieron sus cuñados Boro y Hortensia. El buen hombre preparó un cordero de su rebaño y fueron a pasar el día a una fuente cercana a la sierra del término, donde asaron y comieron una excelente carne el grupo de inquebrantables amigos de los que gozaba la pareja convidada, Rafael y Violeta. Pero para Rafael ya nada fue igual en adelante y así lo hizo saber. Había decidido dejar poco a poco sus actividades en el Sindicato y que otros se ocuparan de su trabajo. Sin embargo, tal y como hablaba, un gusanillo interno se removía inquieto en su interior haciéndole ver lo imposible de su determinación. Para su desgracia la cabra siempre tiraba al monte, aunque él acabaría además imitando a los burros y tropezaría varias veces en la misma piedra. Era su sino.

XLVI

A finales del mes de septiembre de 1934 se iniciaba un nuevo ciclo del trabajo agrícola y ganadero en Monterde de Albarracín. Recién finalizada la sanmiguelada de ese año, los contratos de trabajo se habían formalizado como era costumbre desde siglos anteriores. Todo comenzaba y finalizaba en dicha fecha y eran unos días a los que prestaban especial atención muchos de los habitantes de la localidad. Los contratos ganaderos concluían en la festividad de san Miguel y comenzaban asimismo los del año próximo, como ocurría con la cabrada comunal del término municipal. También los contratos de arrendamiento tenían su conclusión en dichas fechas y daban comienzo los siguientes en un rito anual que se perdía en la noche de los tiempos. Esa era la tradición y se respetaba a rajatabla.

Y también durante los últimos años en estas fechas los patronos agrícolas más poderosos de Monterde formalizaban el trabajo de las collas de *desbrinadoras* que se dedicarían en un trabajo agotador y sumamente delicado a despojar el *esbrín* de la flor del azafrán. Las familias pudientes del municipio venían sembrando desde hacía tiempo

ese auténtico oro carmesí, pero necesitaban de la mano jornalera y paciente de las mujeres para poderlo extraer. Como era una ocupación tan extremadamente pesada, no todas estaban dispuestas a realizarla sin unas buenas ganancias. Y en ese otoño faltaban manos para ocuparse de tan ingratas labores. Por todo ello, al capataz del *tío Chalecos* no le quedó más remedio que dirigirse al lumpen del proletariado monterdino para formalizar una cuadrilla en condiciones que pudiera llevar a cabo su cometido. Después de mucho marear la perdiz logró reunir a un grupo de diez jornaleras dispuestas a todo con tal de llevarse algún beneficio que les ayudara a sobrellevar su desgraciada y aperreada vida. Una de ellas era Concepción, que obtendría como sus compañeras una peseta al día si conseguían *desbrinar* diariamente la media en gramos de los últimos años.

La plantación del azafrán acarreaba una serie de problemas, los cuales impedían que su cultivo estuviese generalizado entre los campesinos del pueblo de Monterde. Uno de los más importantes se refería a la rotación con otros cultivos en dichas tierras y ahí tenía precisamente su talón de Aquiles. Se sembraba la simiente durante la primavera y se mantenía en el campo durante tres años, pasados los cuales tenía que dejarse la labor en barbecho durante una temporada, no pudiendo volver a sembrarse lo mismo hasta pasados un mínimo de otros diez. La recolección del azafrán se realizaba durante el comienzo del otoño de cada trienio dependiendo de las inclemencias del tiempo, pudiéndose alargar su extracción a lo largo de varios días. Por la mañana, al despuntar el alba, acudían los hombres de la hacienda al campo para recoger la flor del azafrán y depositarla con sumo cuidado en unas canastas de mimbre que a su vez colocaban con exquisito tacto en los carros y tapaban con mantas para que no volaran en su acarreo a las casas donde se *desbrinaban* las flores.

Concepción estaba bastante contenta últimamente, desde hacía algún tiempo casi todos los miembros de su familia tenían una ocupación u otra y ayudaban como podían a la economía familiar. Los hijos de su primer marido estaban colocados y vivían en otros pueblos. Y los suyos propios también trabajaban, unos por la edad y otros a pesar de ser muy pequeños, porque ayudaban con el pequeño hatillo de ganado que poseían o trapicheando en diferentes labores en otras casas del pueblo. Como ella. Y llegado el primer día de trabajo se juntó con sus compañeras de la colla alrededor de una mesa de gran-

des dimensiones en cuyo centro habían depositado el contenido de varias canastas de la flor del azafrán. Tal como las iban diseccionando, alguno de los criados de la casa volvía a depositar encima el contenido de nuevas canastas procurando siempre que la mesa estuviera repleta de azafrán y limpiando el suelo de los desechos de la flor. Todas las mujeres estaban sentadas y recogían las flores abriendo los pétalos y extraían las finísimas hebras que en Monterde se conocía con el nombre de *esbrín*. Tal y como las iban sacando las depositaban con sumo cuidado en un cubierto de loza. Cada una de las ellas disponía de un plato que poco a poco iban llenando y cuando lo tenían completo pesaban los gramos conseguidos e iban anotando cada una de las cantidades. Luego todo el *esbrín* se colocaba en el interior de un cedazo como el que se utilizaba para cernir la harina y se situaba encima de las ascuas en la lumbre para poderlo tostar. Una vez enfriado el *esbrín* ya se podía almacenar, generalmente envuelto con un paño de tela en el arcón de la ropa. Al final de la jornada sabían lo que habían *desbrinado* y la media de un día la habían estipulado en esta ocasión en una peseta. Al ser un trabajo tremendamente tedioso, daba lugar a toda clase de comentarios, chascarrillos y cotilleos entre las mujeres, que también en ocasiones cantaban algunas canciones para romper la monotonía o sencillamente matar el rato. Pasados cuatro días de trabajo ya se habían comentado casi todos los lances ocurridos en el pueblo durante las últimas fechas, pero siempre había alguna mujer que quería seguir indagando más.

—Concepción, apenas nos has hablado de tus hijos... ¿Todo va bien? —preguntó una mujer de la cuadrilla.

—Vivimos, con eso nos damos por bien servidos.

—¿Y tus hijas todavía siguen trabajando de criadas? —continuó con el interrogatorio.

—¿Y para qué si no estamos los pobres en el mundo? —respondió Concepción con evidente resignación—. Dime de alguno que no trabaje, si hasta los que piden limosna tienen que esforzarse en aguzar el ingenio.

—Ya, pero yo escuché el otro día a la hija de la Regina, que también estuvo sirviendo en Nules, que tu hija pequeña no estaba a gusto en esa población —siguió insistiendo la compañera preguntona.

No le hacía gracia ni mucho menos hablar tanto de su familia pero tampoco se iba a dejar avasallar por la cotilla de turno de manera que quiso responderle. Y sin mucha convicción empezó a comentarle los pormenores diarios de su hija pequeña.

—El trabajo de criada, bien lo sabes, es muy duro y mucho más para una niña que no ha hecho otra cosa desde que tenía diez años y ahora con trece todavía sigue siendo una cría.

Y tal como hablaba no dejaba de pensar que sólo eran obviedades dado que la mayor parte de las mujeres presentes tenían alguna hija en similares circunstancias. Respiró hondo y siguió con la conversación como si tal cosa.

—Me comentó mi hija mayor que un día fue a ver a su hermana y ésta le dijo que en esa casa la están matando de hambre y le dan muy poco de comer. Pero yo se que saldrá a adelante porque ella es lista y sabe lo que tiene que hacer. Por eso no me importa decirlo, porque sé que muchas lo hacen ante un amo sin entrañas y por ello sigue los consejos que le dio su hermana. Cuando no le queda más remedio sisa en las compras y come a escondidas o cuando la envían por leche también se da su buen trago de la botella y para que no la descubran cubre lo que falta con agua. Una persona y más una niña no tiene que tener vergüenza con los que la explotan, sobre todo si van sumando su patrimonio quitándole la comida de la boca. Desde luego así no puede seguir, además con el sueldo tan bajo que tiene ya la podían tratar mejor.

Y una vez resuelto el alegato sobradamente conocido de Concepción, se ciñó a la pregunta realizada.

—Pero sabes lo que te digo, pues que tienes razón, y seguramente dentro de poco se irá a Valencia con su hermana mayor, que ya le ha buscado una casa de labradores para que se vaya a servir, así la podrá vigilar más de cerca y por supuesto a sus amos.

—Es la vida que nos ha tocado sufrir a los pobres. ¡Qué le vamos a hacer! —terció otra de las compañeras de trabajo.

—Y menos mal que tienes a tu hijo Rubén —se oyó decir también por el corro.

—Pues sí —sentenció orgullosa Concepción—. Mis hijas me dan parte de lo que cobran, pero en mi casa afortunadamente tengo

al Rubén que trabaja de jornalero y algo entra también. Pero además tengo a los dos pequeños que ya empiezan a contribuir y cuidan de las cabras y las pocas ovejas que tengo. Es el sino de las familias de nuestra condición, tenemos que trabajar todos para poder comer y lo peor es que en muchas ocasiones aunque nos afanamos mucho apenas tenemos para mantenernos en pie.

—Oye, Concepción, últimamente me ronda por la cabeza comentarte algo que estoy convencida que debes de saber o por lo menos estarás más al día que nosotras —le dijo la mujer que tenía a su lado con un cierto rictus de pillería. Y luego mientras miraba a su alrededor bajó el tono de voz al tiempo que le preguntaba— ¿Qué hay de lo que lleva entre manos Rafael sobre el reparto de tierras en el pueblo? Te lo digo porque sabemos todas que sois muy amigos y tú siempre estás metida por el Sindicato.

—¿Pero, *maldecida*, cómo me preguntas eso precisamente aquí? ¿Qué quieres? ¿Que nos oigan? —saltó impetuosa Concepción.

—Mujer, no me refiero a los *Cinco Prados*, no soy tan tonta como mentar la soga en casa del ahorcado, lo que quiero, no... lo que queremos saber es el asunto ese de repartir tierras laborables del término para los pobres del pueblo —reculó la vecina sabelotodo.

—¡Ah, bueno, me habías asustado! —respondió Concepción—. De los *Cinco Prados* no sé nada y aunque lo supiera no os lo diría precisamente en casa de su dueño... ¡Pues bueno está el horno para bollos! Si queréis saber algo se lo preguntáis directamente a Rafael o mejor aún os pasáis por el local del Sindicato y os enteráis de lo que se llevan entre manos. ¡Qué buenas sois algunas! Todo es preguntar pero eso de ir a hacer algo por vosotras mismas nada de nada. ¿Cómo vamos a conseguir algo en este pueblo si cada una hace la guerra por su lado? Hay que estar a las duras y a las maduras y decidirse de una vez por todas porque no se puede estar a bien con todo el mundo. Eso de nadar y guardar la ropa no tiene nombre. Si queréis algo hay que luchar por ello es así de sencillo.

—Venga, mujer, no te enfades, que solo era una pregunta.

—¡Pues ya te he respondido! ¡Rediós!

Luego se produjo un breve silencio roto por Concepción ante la expectación que mantenían las mujeres infinitamente pobres en su

mayoría como ella. Sobre el tema de los *Cinco Prados* no había nada que decir. Pero, por el contrario, con las últimas novedades que conocía sobre el reparto de tierras que se estaba tramitando en el Sindicato de Trabajadores de la Tierra no existía inconveniente alguno para comentarlo a las compañeras de la colla.

—Dentro de poco van a llevar al ayuntamiento la solicitud para que se haga un reparto entre los más necesitados del pueblo. Son tierras que pertenecen al término pero que no son propiedades particulares. Por lo que sé está bastante adelantado y solo falta que dé el visto bueno el alcalde y que el ingeniero de montes de la Diputación Provincial estampe su firma. Si el alcalde no dice lo contrario y a él no le afecta en absoluto, estoy convencida de que se hará muy pronto.

Y sin dejar de lado la labor de *desbrinar* las flores del azafrán, las mujeres allí reunidas comenzaron a hablar entre sí alborozadas y contentas por la buena noticia que les acababa de dar Concepción. Al momento una de ellas comenzó a cantar una conocida melodía y al instante todas allí la imitaron al tiempo que redoblaban los esfuerzos en separar los *esbrines*. Locas de contento siguieron durante esa tarde —que por cierto les cundió de manera extraordinaria— hasta que llegada la noche y cubierto el peso que tenían que conseguir cada día se levantaron de sus asientos para volver a sus respectivas casas. Una vez en ellas el trabajo no finalizaba ni mucho menos para esas mujeres. Y ahí seguían preparando las cenas o atendiendo a sus maridos, que, volvían cansados de labrar sus escasos campos. Nunca paraban, esa era su vida, trabajar y trabajar hasta deslomarse, de sol a sol y si era preciso incluso un poco más.

Si bien el tema del reparto de tierras seguía adelante, no era algo que le quitara el sueño al alcalde don Belarmino Fuentes, que tenía otras prioridades, por eso cuando una delegación del Sindicato llevó la petición al ayuntamiento ésta fue depositada en el cajón del olvido. Días después la cuadrilla de mujeres finalizó su faena y fueron a recoger el premio de su laborioso trabajo. Cuando el capataz que las había contratado fue a darles su paga observaron que sólo les había dado dos reales, cuando en realidad habían pactado una peseta diaria. Ninguna de las presentes quiso recoger el dinero por el incumplimiento a la palabra dada y protestaron ruidosamente. Al instante salió el *tío Chalecos* para decirles que ese dinero era el único que les iba a dar y que o lo recogían o se quedaban sin nada. Ellas exigieron lo es-

tipulado y ante la negativa del dueño a pagarles lo suyo salieron de la casa en medio de constantes imprecaciones. Durante varios días acudieron a las puertas de su casa para exigirle que les pagara por su trabajo, pero no lo consiguieron. Incluso hubo un conato de manifestación que fue duramente respondido con palabras soeces e indecentes por el propio dueño de la casa apoyado por sus criados.

Finalmente algunas dieron su brazo a torcer y recogieron lo que les daba el capataz, pero tres de ellas, entre las que se encontraba Concepción, prefirieron no rebajarse a aceptar el pago y por lo tanto acabaron quedándose sin nada. Eso sí, el *tío Chalecos* estaba la mar de feliz y contento, había conseguido sus objetivos. La viuda Concepción sabía mucho del mundo de los señoritos y esta circunstancia la enfureció todavía más, pero prefirió quedarse sin paga antes que rebajarse aunque su familia pasara necesidades. Ya era conocida en el pueblo como una incansable luchadora por el tesón que demostraba en todo aquello en que se embarcaba y, el caso de las *desbrinadoras* del azafrán, no hizo sino consolidar el rechazo que le dispensaban algunas personas, así como aumentar su fama de irreductible.

XLVII

La primavera del año 1935 estaba siendo especialmente seca, aunque en los últimos días las nubes comenzaban a adueñarse del cielo y parecía claro que la tan esperada lluvia no tardaría en hacer acto de presencia. Y era casi la anochecida del primer sábado del mes de mayo, justo en el momento que las luces del día comenzaban a ser sólo un vago recuerdo, cuando Rafael escuchó cómo alguien golpeaba con el llamador de la puerta del corral. Se asomó a la ventana del primer piso donde se encontraba realizando sus quehaceres y preguntó quién llamaba y qué es lo que quería. Abajo, en la calle, veía a dos individuos hablando. Uno de ellos era un hombre de mediana edad, bien vestido y con unos ademanes sobrios y elegantes que comentaba algo con otra persona a la cual no acertaba a distinguir porque la tapia del corral se interponía en su ángulo de visión.

—Buscamos al dueño de la casa —se oyó gritar desde la calle.

—Soy yo —respondió Rafael.

—Permítame que me presente —dijo el desconocido—. Me llamo Guillermo Fontán y estoy realizando un viaje por Teruel con una persona. Hemos venido en coche y lo tenemos aparcado ahí abajo, junto a la iglesia ¿podría darnos cobijo durante esta noche?

—Lo siento, no puede ser. Pero miren ustedes en la posada de este pueblo, que seguramente tendrán habitaciones de sobra.

—Eso no lo pongo en duda, pero es que el amigo que viaja conmigo sólo quiere quedarse en su casa. Si usted no nos admite, nos tendremos que ir de este pueblo.

—Permítame que le diga que no entiendo tanto interés en quedarse en mi casa, si yo no les conozco de nada.

—¿Estás seguro de lo que dices Rafael? —escuchó una voz cuyo timbre le era bastante familiar.

En ese momento, la persona que estaba recostada junto a la tapia y de la cual no podía apreciar su rostro se desplazó hacia la calle mirando en dirección a la ventana donde se encontraba el dueño de la casa. Y así, dejando atrás las sombras de la incipiente noche, emergió poco a poco su figura fantasmal hasta que las luces de la casa permitieron a Rafael apreciar un rostro inolvidable que el paso del tiempo no había podido borrar de su memoria.

—¿Ernesto? —preguntó titubeando. ¿Era por casualidad su amigo del alma al que no había vuelto a ver desde que se marchara del pueblo algunos años atrás?

—Ya no te acuerdas de mí —le respondió el visitante—, tan pronto has olvidado que siempre fuimos los mejores amigos.

En efecto, se trataba de Ernesto. ¡Vaya sorpresa! Aunque habían pasado varios años desde su marcha, su figura era inconfundible y eso que estaba algo cambiado respecto a la última vez que lo vio. Sus esfuerzos con la lectura le habían ocasionado una leve miopía y unas gafas redondas de pequeño tamaño le permitían ver con más claridad el mundo que le rodeaba. Había sufrido tiempo atrás un accidente que le había ocasionado bastantes problemas con el menisco de su pierna derecha y se ayudaba para andar con un fino bastón de tono claro y la empuñadura de plata. Aún así, cojeaba ligeramente y, más si tenemos en cuenta, con algún que otro kilo ganado por el tributo molesto de los años vividos con una vida sedentaria. También las canas empezaban

a enseñorearse de su cabello y un tono ligeramente grisáceo comenzaba a adueñarse de su pelo patillas arriba. Tras el desconcierto inicial, Rafael bajó apresuradamente las escaleras, abrió la puerta de su casa con cierto nerviosismo y, por último, tras descerrajar la cancela del portón del corral, salió a la calle. Miró a los visitantes y después de cerciorarse de que se trataba de Ernesto se fue hacia él con los brazos extendidos y lo abrazó con la fuerza y ternura que merecía el personaje.

—¿Pero quién me lo iba a decir? Eres tú, viejo amigo.

Los dos entrañables camaradas se fundieron en un intenso y prolongado abrazo y tras unos instantes, que parecieron eternos, se separaron. Rafael todavía emocionado le tenía recogido por los antebrazos mientras le miraba fijamente a los ojos.

—¿Podemos entrar en tu casa? No quisiera que nadie me reconociera —solicitó Ernesto.

—Por supuesto, mi casa es la tuya —respondió Rafael complacido ante la inesperada visita.

Los tres entraron en la casa y al instante no tardó en bajar por las escaleras Violeta llevando en brazos a su hija Libertad.

—Violeta, mira quién ha venido a visitarnos.

También se abrazaron y besaron dándose todo tipo de parabienes. Luego, mirando a la pequeña, sonrieron, estaba algo asustada por tanto alboroto y unos incipientes pucheros se empezaban a formar entre sus labios. Ernesto se agachó y acarició a la niña para calmarla.

—Os quedaréis a cenar esta noche —comentó Rafael—. Vienen también mis cuñados, pero cuando los conozcas te caerán bien y ¿sabes? el marido de mi cuñada es el maestro del pueblo y me recuerda mucho a ti, ya lo conocerás.

—No quisiera molestaros si ya tenéis un compromiso para esta noche. Hablamos y luego nos iremos —se excusó Ernesto.

—De eso nada, te has dignado a venir y lo menos que puedo hacer por ti es darte la hospitalidad que te mereces. Os quedáis a cenar y pasaréis la noche aquí. Mañana haced lo que queráis.

Dio su conformidad Ernesto y al momento se sentaron alrededor de una mesa donde comenzaron a hablar de carrerilla. Rafael seguía sabiendo de su amigo a través de la hermana de éste, Adelaida,

que era la única de su familia en Monterde con la cual Ernesto todavía mantenía relaciones. Pero últimamente Rafael la veía poco, debido a que la mujer se había trasladado con su marido a Teruel y tan sólo volvía ocasionalmente al pueblo para dar una vuelta a sus padres, especialmente a la madre, que estaba continuamente enferma y muy deprimida. Esta había sido la causa principal del viaje de Ernesto, ya que no la había vuelto a ver desde que se marchara del pueblo. Según comentó esa noche, la había encontrado bastante mal y temía por su vida. Le contó a su amigo que tuvo una bronca tremenda con su padre, don Romualdo Cavero, por las noticias que sobre él le habían enviado la familia de Barcelona. Por supuesto, había pensado en visitarle pero los acontecimientos vividos en la casa de sus padres lo había condicionado todo, tanto que incluso se había ido de allí dando un portazo a pesar del dolor que sentía por su madre. Además, estaba también su hermano José María con el que no guardaba ninguna relación y, por si fuera poco, había conocido a su mujer tan sólo unos minutos, pero le habían bastado para saber de la calaña que estaba hecha.

Al momento, Violeta recogió a su hija y salió de casa para llevarla con la abuela Margarita; era la mejor opción para pasar una velada con el amigo que tantos años llevaban sin ver. El visitante comenzó a preguntar por las madres de sus amigos Rafael y Violeta, ya que habían sido muy importantes en su niñez. Ernesto le comentaba que nunca olvidaría que Enriqueta lo amamantó y Margarita le abrió los ojos al mundo. Minutos más tarde Violeta volvía a entrar en la vivienda junto a Boro y Hortensia, que también habían llevado a su hijo con la abuela. Esta noche Margarita hacía de niñera con los dos pequeños, la buena mujer no era creyente, pero había ocasiones en que se ganaba el cielo con creces.

Hechas las presentaciones, descorcharon una botella de sidra para festejar el feliz acontecimiento. Las mujeres se fueron a la cocina para preparar la cena mientras los hombres hablaban de sus cosas en el comedor. Alrededor de la mesa Rafael fue conociendo de primera mano algunos aspectos de la vida de su amigo en Barcelona. De la misma manera, éste supo los acontecimientos más sobresalientes del pueblo durante su ausencia. Lo cierto es que ambos ya tenían un conocimiento cercano de los hechos que se contaron gracias a Adelaida, la impagable intermediaria. Ernesto les comentó que junto a su amigo Guillermo estaban realizando una excursión por la provincia de Teruel

previa a su marcha de Barcelona. Tenían intención de emigrar a París debido a que necesitaban continuar la búsqueda de nuevos horizontes en su vida, Ernesto escribía y Guillermo era pintor. Luego, durante la cena, todos rieron y disfrutaron como hacía tiempo no lo habían hecho. Y ya, cuando estaba llegando al final de la velada, Ernesto se puso algo serio cuando Hortensia le preguntó el porqué de su marcha de Monterde y el que no hubiera vuelto hasta este día.

—¿Quieres decirme que no lo sabes?

—Pues no, y si te soy sincera siempre he visto un halo de misterio en tu marcha, pero la verdad es que no me preocupaba. Cuando preguntaba por ti a Rafael o Adelaida siempre me dijeron que estabas bien.

—Pues te lo voy a contar, Hortensia, y a todos los presentes en esta mesa —dijo mirando con decisión a Rafael—. Me fui de este pueblo porque soy alguien diferente y en los lugares como Monterde a los individuos como yo los censuran y estigmatizan. Aquí empecé a conocerme a mí mismo y averigüé quién era en realidad al descubrir el amor, mi primer amor, que era más platónico que terrenal. Y en Barcelona pasé mi travesía del desierto hasta que pude identificarme con plenitud. Mirad, yo soy una persona como tú o como cualquiera de vosotros, con mis penas y alegrías, mi buen humor y el malo, paso también sed, hambre, o lloro si ha lugar. Hay ocasiones en que hago mal las cosas y en otras acierto, en ese aspecto no me diferencio nada de los que estamos sentados aquí. Pero, sin embargo, soy distinto a todos vosotros aunque no me arrepiento para nada de mi vida. Sí, Hortensia, no sé si lo habrás adivinado, pero en algo soy una persona diferente porque mientras tú quieres a Boro y tu cuñado Rafael está enamorado de Violeta yo a quien amo con todo mi ser es a Guillermo —y mientras decía esto último acarició la mano de su amante mirándole tiernamente a los ojos.

Fue tan emotivo su discurso que todos los presentes suspiraron, comprendiendo que, al fin y al cabo, el amor no es únicamente sexo ya que también se superpone una amalgama de química y espiritualidad. Rafael no dejaba de pensar en los sucesos que acaecieron años atrás y le dejaron un cierto poso de amargura y culpabilidad. Sin embargo, con la explicación de su amigo le daba la sensación de haberse liberado de todo ello y notaba a Ernesto sumamente cambiado, más

cercano al compañero de juegos que había sido durante su infancia. Por otra parte, el discurso de Ernesto produjo un silencio entre los comensales, que no se esperaban tal respuesta, aunque Rafael conocía sobradamente la historia y Violeta supo de ella al poco de su matrimonio. Nadie más en el pueblo sabía lo acontecido sobre aquel inolvidable día en el *Bosque de las pesadillas*. Ernesto miró a Rafael y con un gesto agradeció su discreción durante todos estos años. Al momento, Boro comenzó a decir que las personas había que valorarlas por sus actos, nunca por las apariencias y que si el ser humano debía ser libre, esa libertad tendría que abarcar todos los aspectos de su vida, teniendo como frontera el respeto hacia los demás. Todos en la mesa asintieron las palabras del maestro del pueblo y alzaron sus vasos brindando con vino por la libertad y el uso que debía de hacerse de ella. Minutos más tarde, y, una vez terminada la cena, seguían las confesiones de todos los presentes sobre aquello que esperaban de la vida. El alcohol comenzaba a hacerse sentir y desinhibidos bebían y reían. Llegado un momento, Boro se levantó de la silla y, dirigiéndose a los presentes, quiso hacer una reflexión sobre todo lo que había escuchado esa noche.

—En estos momentos celebramos el reencuentro de dos viejos amigos, dos antiguos camaradas que tienen un bagaje en su vida lleno de satisfacciones, pero también de algún que otro lunar al que es preciso dar el carpetazo definitivo. Ernesto, Rafael, levantaos y alzad las copas para brindar por aquello que queréis borrar de vuestra vida y también por lo más agradable que os ha ocurrido. Sois los protagonistas de esta historia, que estos brindis sean un acto de desagravio por vuestras peores pesadillas y, por otra parte, sirvan para ensalzar aquello que os ha merecido la pena.

Una vez hizo el comentario se sentó. Pasados unos segundos se alzó en primer lugar Ernesto. Estuvo pensando durante unos instantes, intentando asimilar la forma que pretendía dar Boro a su propuesta de brindis. Y una vez decidido prefirió realizar en primer lugar la parte negativa.

—Alzo mi copa por la familia, por aquellas personas a las que más necesitas y te dan la espalda siendo sangre de tu propia sangre. Por aquellos familiares que ríen tus desgracias y sufren cuando las cosas te van bien. Porque siempre hay alguien en todas las familias al que le gusta mandar y dirigir con su exclusivo criterio las cuestiones familiares, menoscabando las opiniones de los demás. Que se erige en para-

digma de todo lo bueno y te achaca a ti las maldades más absolutas, aunque seas el familiar más próximo que tenga. Cuánto daría yo por tener a mi vera al hermano que nunca tuve, con el que no tengo más relación que la de ser hijo de los mismos padres... ¿Dónde estaba cuando más lo necesitaba? ¡Riéndose de mis penas! ¡Nunca sabrá que yo habría dado todo el oro del mundo por haberlo tenido a mi lado! ¡Bebamos para olvidar!

—¡Bebamos para olvidar! —vocearon todos al unísono levantando las copas y apurando su contenido. Y Rafael como buen sumiller volvió a rellenarlos.

—Y ahora quiero brindar por la amistad y el amor. Y no es pretencioso por mi parte decir que es lo más bello de este mundo, aunque os pueda parecer excesivamente cursi. Hay que tener amigos que suplan con creces las carencias familiares, haciéndonos ver cómo pueden ser esas relaciones más consistentes que los propios lazos de sangre. Y qué decir del amor, es la piedra que mueve el mundo, amar a un ser humano no porque sea hombre o mujer sino una persona que esté a tu lado en todos los momentos de tu vida, los buenos y los malos, y sea tu compañero desde este mundo y por toda la eternidad. ¡Brindemos para recordar!

—¡Brindemos para recordar! —nuevamente bebieron festejando la disertación de Ernesto.

Por último, se levantó Rafael y, tal como había realizado su amigo con antelación, levantó su copa e incitó a los presentes a hacer lo mismo y cuando observó un relativo silencio comenzó su oratoria.

—Quiero brindar por muchas cosas, tantas que acabaríamos cogiendo una borrachera aunque me temo que ya llevamos medio camino recorrido. Es un brindis para dar el carpetazo a las malditas guerras como la que padecí en Marruecos. ¡Todas! No existe una guerra buena, quienes quieran matarse en una que lo hagan entre ellos y nos dejen a los demás vivir en paz. Existen otros medios para solventar las diferencias. También, contra la tiranía de los hombres sobre los hombres que los explotan y oprimen hasta la saciedad, permitiendo las desigualdades sociales como las que padecemos. Y también por las religiones, por todas ellas, que buscan en la fe la coartada para mantener intactos los privilegios conseguidos a sangre y fuego sobre un pueblo ignorante y temeroso. A todos ellos ¡bebamos para olvidar!

—¡Bebamos para olvidar! —y por tercera vez volvieron a apurar el contenido de las copas.

—Por último, quiero brindar por el ser humano, porque es bueno por naturaleza, sólo las desigualdades hacen que florezcan las atávicas mezquindades. Por el amor entre las personas y por la familia. Porque siempre tenemos en la familia quien merece la pena; el que te ayuda cuando estás mal y el que te consuela cuando estás triste. El que intercede por ti y el que hace lo que puede para lograr tu felicidad. Y por encima de todo, aunque el brindis, según Boro, tenía que ser sobre cuestiones generales, quiero personificarlo en mi mujer Violeta y mi hija Libertad, que forman la piedra angular sobre la que gira mi vida. ¡Brindemos para recordar!

—¡Brindemos para recordar!

Durante el resto de la noche los momentos llenos de alegría y felicidad se sucedieron continuamente. Hablaron de todo lo que se les ocurría con total libertad, como ellos gustaban. Nada se dejó al albur; ni la política, aunque aquí llegaron a discutir algo por los diferentes conceptos que los allí presentes abarcaban aunque, en algo coincidían al menos; todos eran republicanos excepto Boro que simpatizaba con los anarquistas. La sociedad local también fue objeto de comentarios y, por supuesto, la Iglesia y las palpables diferencias que se apreciaban en su mensaje según quién los interpretara como ocurría con el actual párroco y el entrañable mosén Rufino. Así estuvieron hasta altas horas de la madrugada, ligeramente aletargados por el alcohol que habían ingerido, pero felices de cómo habían pasado la noche.

A la mañana siguiente coincidieron nuevamente, aunque en esta ocasión estaban hasta los niños pequeños. Ernesto y Guillermo desayunaron y poco antes del mediodía tuvo lugar una sentida despedida de sus amigos monterdinos. Salieron del pueblo en el automóvil conducido por el pintor en dirección a Bronchales y Orihuela del Tremedal. Este era uno de los pocos vehículos que se atrevían a circular por el pueblo a causa de la inexistente carretera y su presencia desató la locura de la muchachada, que lo persiguió hasta que, cansados de correr, vieron cómo se perdía la silueta del coche entre el polvo del camino. ¡Qué diferente era este viaje respecto al que realizó Ernesto años atrás! Ahora se iba sin la acritud y el pesar de entonces. Había visto a su hermana en Teruel, a sus padres en Monterde y, sobre todo, se había

despedido de su madre a la que como intuía Adelaida le quedaba poco de vida. También había gozado con el reencuentro de Rafael, pasada ya su locura de antaño. Había asumido por fin su sexualidad y, a pesar que no flirteaba con su amante delante de la gente, no le importaba que sus amigos conocieran sus inclinaciones sexuales. Ernesto había necesitado volver a Monterde para apaciguar su atormentado espíritu y, por fin, lo había conseguido. Definitivamente la vida le sonreía.

Cuando minutos después de su partida Violeta subió a la habitación donde habían dormido Guillermo y Ernesto, comprobó que todo estaba recogido y limpio. La cama estaba hecha y encima de la colcha había algo que le llamó la atención. Se acercó y comprobó que era un cuadro de mediano tamaño con un dibujo perfectamente coloreado de dos rosas, miró la firma y leyó Guillermo Fontán. Al lado de la lámina había un libro con una nota que sobresalía entre sus páginas. Primero ojeó el libro y leyó su título: *Retazos de una familia imposible*, cuyo autor era Ernesto Cavero. Al abrirlo recogió un papel que sobresalía y leyó la nota escrita, que, además de darles las gracias por el recibimiento, les hacía partícipes de este regalo en la que, según indicaba, lo realizaban en Barcelona el día de san Jordi las personas que se amaban: un libro y una flor. Él los quería y, aunque no era ni mucho menos la festividad catalana, lo cierto es que era un símbolo de amor y amistad que bien merecía la pena.

XLVIII

Era el primer viernes del mes de septiembre del año 1935 y hacía un sol de justicia. En el andén de la estación del ferrocarril de Cella, Jacobo Bolín se limpiaba inquieto el sudor de la frente con un arrugado pañuelo. Había salido de Monterde a primera hora de la mañana en un carro tirado por dos mulas que había comprado meses atrás. No era muy ducho en su manejo, tan sólo había tenido contacto con las acémilas de carga cuando estuvo sirviendo en la legión durante la guerra de Marruecos, de hecho, salió trastabillado en más de una ocasión debido a su escasa pericia para tratar con estos animales. El carácter de Jacobo era excesivamente rudo e intempestivo y ello era nefasto para la doma, pues ésta necesita grandes dosis de pericia junto

a una considerable paciencia. En realidad, para él representaba un incordio tener que viajar siempre por la Sierra, bien a lomos de una mula o encima del carro. Pero qué se le iba a hacer si no existía ninguna carretera que llegara a Monterde de Albarracín desde los pueblos próximos. Ello era un auténtico obstáculo, por lo que eran escasos los vehículos que se atrevían a aventurarse por aquellos caminos de herradura. Eso sí, en los últimos meses se estaba moviendo nuevamente la idea de la construcción de una carretera que enlazara Cella con Bronchales pasando por Monterde. Sólo cuando estuviera realizada, y si los negocios que estaba rumiando le salían adelante, sería el momento de pensar en comprar algún coche, pero mientras tanto se tendría que conformar con subir al carro y gracias. Por eso, precisamente, para que la empresa que llevaba entre manos llegara a buen fin, había solicitado la ayuda a unos antiguos compinches de cuando estuvo viviendo en el Grao de Valencia. Y ellos se habían mostrado encantados, aceptando de buen grado la proposición de su antiguo camarada, pues, conociendo como era, sabían que alguna tajada sacarían.

Seguía secando el sudor de su frente con el pañuelo cuando una pequeña y delgada nube de humo negro comenzó a divisarse por el horizonte y un lejano y casi imperceptible silbato hizo que Jacobo girara la cabeza en dirección a Teruel. Al mismo tiempo elevaba su mano derecha, colocándola a modo de sombrilla entre las cejas para ver si podía divisar en la lejanía el tan esperado tren. Instantes después, se atisbaba por fin en la distancia la silueta del convoy que, tras seis horas de interminable viaje desde la capital del Turia, arribaba a la cuna del río Jiloca. Del mismo bajaron sus amigos; Jorge, Vicente y José Luís y se saludaron cordialmente. Eran unos tipos de su misma edad y el aspecto que presentaban era el de personas ciertamente malcaradas. Tenían las facciones del rostro duras y frías, entremezcladas, además, con un aire de cierta suficiencia. Por todo eso, transmitían a quien se fijaba detenidamente en ellos un halo misterioso, casi siniestro. Cuando llevó a los viajeros hacia el carro para que se acomodaran, éstos se quedaron perplejos del transporte que les había procurado su amigo y protestaron burlescamente por ello. Sin embargo, Jacobo se encogió de hombros y les instó a subir sin más demora. Todavía quedaban unas horas de viaje hasta llegar a Monterde y no era cuestión de perder más el tiempo con la pesadez del mediodía encima de sus cabezas. Al pasar por el pueblo de Cella, distante a poco más de un kilómetro, acudieron

a una posada conocida para poder comer y estirar las piernas después del largo trayecto realizado. Los amigos valencianos intentaron hablar del asunto que les había llevado a estas tierras. Sin embargo, Jacobo les conminó a cambiar de tema ya que había muchos parroquianos por la cantina de la posada y no era cuestión de que una indiscreción diera al traste con sus propósitos.

—Tiempo tendremos de hablar por el camino hacia Monterde. Tranquilos, que esto no es Valencia ni por asomo y aquí el tiempo ya veréis como da la impresión de ir más lento —señaló para tranquilizarles.

Cuando acabaron de comer se subieron nuevamente al carromato y continuaron el viaje hacia Monterde de Albarracín. En el momento en que dejaron atrás las revueltas del *Vómito*, José Luís, el más decidido, le dijo a Jacobo que parara el carro, pues tenían algo que enseñarle y estaban impacientes por dárselo. Detuvo el conductor el carromato al borde del camino junto a una enorme carrasca y su compinche extrajo de una maleta una pitillera dorada que le entregó con suma deferencia.

—Ven, observa qué te hemos traído para que disfrutes —dijo complaciente José Luís— y además, en otra maleta llevamos provisiones para varias semanas —apostilló con segunda intención.

Los ojos del agraciado se abrieron todavía más al contemplar el obsequio de la pitillera y los cigarrillos de grifa que solía consumir de vez en cuando. Mientras le daban el regalo, otro de sus amigos extrajo de una petaca guardada en su chaleco varios pitillos preparados que entregó a los presentes. Todos ellos aceptaron el envite con plena satisfacción en medio de sonrisas generalizadas. Los encendieron al instante y, a pesar de estar en campo abierto, al momento percibieron el olor característico de aquello que en los bajos fondos valencianos conocían como el *opio del moro*. Una vez de vuelta al carro, Jacobo les comenzó a poner al día en el asunto que venía pensando desde las pocas semanas de su arribada al pueblo.

—El negocio por el que os he hecho venir es muy importante y si lo hacemos bien nos vamos a forrar —apuntó para comenzar—. En este pueblo todos los inviernos se van algunos ganaderos con sus rebaños hacia Valencia o Murcia a través de las cañadas de trashumanca que salen de la Sierra. Estoy en contacto con un importante terra-

teniente valenciano que comercia con ganado y tiene varias carnicerías. Y hemos concertado que dos de los rebaños que bajarán este año tengan un percance cuando lleguen a la provincia. Sus pastores se encargarán de llevarse dichos rebaños sin que nadie se entere a una propiedad que tiene en Villar del Arzobispo. Nuestro trabajo consistirá en preparar a uno de los pastores de cada rebaño para que, cuando llegue la hora, no encuentren resistencia nuestros amigos en quitarles las reses —les contaba mientras exprimía el sabor de la grifa inhalando su esencia.

Todos los presentes rieron con la disertación del ocurrente Jacobo Bolín Sánchez pero al mismo tiempo se miraron extrañados y Jorge le comentó con cierta sorna y mal disimulado malestar:

—No me creo que para robar ovejas nos hayas hecho venir de Valencia ¿qué te traes entre manos?

—Eres muy perspicaz. En efecto, únicamente para eso no os he hecho venir, lo del ganado es sólo el principio. Ya os daréis cuenta de que aquí la gente es muy confiada ¡si hasta las puertas de las casas las dejan abiertas! Es como si nos invitaran a llevarnos lo que tienen. Son muy desconfiados entre ellos, pero con los forasteros, si tienen presencia y dan el pego, se lo creen todo. Se trata de ir ganando su confianza, sobre todo, la de los terratenientes que son los más duros de roer, para comerciar con el grano que cosechan. Por las buenas o por las malas tenemos que ser los que manejemos sus ventas y de esta manera ampliaremos nuestro patrimonio. Os aseguro que en pocos años nos vamos a hacer los dueños del pueblo. No logro entender cómo mi tío no vio el negocio tan claro como lo veo yo —concluyó su disertación ante la sonrisa complaciente de sus compinches.

—Me parece muy bien tu proyecto, pero nosotros también tenemos los nuestros —dijo Vicente interviniendo en la conversación—. El anticuario que tú también conoces nos ha encargado que le suministremos material, pues tiene clientes en América que pagan su precio en oro por antigüedades de aquí. Por eso dirás que Jorge y yo somos carpinteros que buscamos diferentes tipos de madera para poderlas trabajar en ebanistería y de esa manera podremos viajar continuamente sin que sospechen nada. En unos días haremos un listado de las iglesias y ermitas que estén poco vigiladas para luego llevarnos lo que veamos más interesante.

Ahora sí era Jacobo el que ponía cara de sorpresa pues no se esperaba esa proposición de sus amigos. De manera que tras reponerse del asombro inicial les comentó:

—Tiempo habrá para todo pero tenemos que ser muy cautos. En el pueblo hay dos personas que hay que prestar especial atención. Uno es el secretario, que es perro viejo y sabe hasta versos en latín. El otro es el rojillo del pueblo, que siempre está con la retahíla de los pobres y suele meter las narices en todos los lados. Si tenemos controlados a estos dos sujetos, el camino lo tendremos libre para conseguir nuestros propósitos.

Rieron todos con ganas y algunas horas más tarde entraban en el pueblo después del largo día y el interminable viaje. Si todo salía como esperaban y lo que les había comentado Jacobo era cierto, ese iba a ser el negocio de sus vidas. Esperaban hacer algo importante, pues en Valencia sus andanzas eran sobradamente conocidas y la policía siempre andaba pisándoles los talones. Además, José Luís había pasado tres años en la cárcel y los otros dos habían pernoctado más de una noche en los calabozos. Estaban cansados de hacer negocios de poca monta que apenas repercutían económicamente y ansiaban dar el golpe perfecto. Y si ello no fuera posible, por lo menos pretendían instalarse en algún lugar donde no fueran conocidos y, en un momento dado, hacer algo importante. La ocasión que les había ofrecido su compadre de correrías Jacobo Bolín era inmejorable y no la podían desaprovechar de ninguna manera.

Su llegada al pueblo apenas fue notada entre el medio millar de habitantes del mismo. Una vez allí no salían de casa o pasaban días enteros sin que nadie los viera. En otras ocasiones acudían a pasear por el monte acompañados de una mula y hacían como que investigaban por las zonas boscosas. El plan urdido lo llevaban a la perfección y en el pueblo estaban convencidos de que eran los carpinteros que decían ser. Asimismo, algunas mañanas aprovechando que los labradores estaban en el campo, acudían a pasear por las calles para conocer la localidad. Ciertamente no salían de su asombro y comprobaban cómo aquello que les había comentado Jacobo era cierto. Muchas casas estaban abiertas y los lugareños además de confiados solían pecar de buena fe. Si se tropezaban con alguno de ellos por las cercanías de sus viviendas, los monterdinos pensaban que se habían perdido o incluso les invitaban a pasar y les daban algún bocado con el trago del inevitable

vino que nunca faltaba. Y ello a pesar que en muchas casas precisamente la comida no era lo que sobraba, aunque eso sí, el sentido de hospitalidad lo tenían sobrado. Pero igual que la cabra siempre tira al monte ninguno de la cuadrilla de rufianes podía sustraerse al encanto del hurto en cuanto tenía la menor ocasión a pesar de las advertencias del capo de la banda. A lo largo de quince días las familias de dos casas habían padecido sobresaltos. En una de ellas echaron en falta una cajita con dinero que guardaban en el arcón del dormitorio y en la otra uno de los tres pernils que tenían colgados en la bodega. Sin embargo, las alarmas consiguientes no llegaron a más y, aunque se originó un cierto revuelo, finalmente se tranquilizaron los ánimos. Ahora bien, los perjudicados se hicieron las mil y una cábalas antes de pensar que esos sucesos tenían algo que ver con aquellos ilustrísimos transeúntes agradecidos y simpáticos, por otra parte, como el propio Jacobo Bolín Sánchez.

El último día de septiembre, con la resaca de las pasadas fiestas municipales, estaban reunidos en la antigua cantina del *tío Morras* el nuevo propietario y sus compinches hablando de los proyectos que ya tenían bastante ultimados. Esa noche habían cerrado pronto el bar porque tenían asuntos urgentes que tratar. En una mesa estaban los cuatro malhechores bebiendo y fumando sin parar. Andaba ya muy entrada la noche y seguían haciendo planes y riendo al ver cómo les estaban saliendo las cosas. No se habían dado cuenta que estaba entreabierta una pequeña ventana que daba hacia el corral de la vivienda y el humo salía por la misma como si se tratara de la salida de una chimenea. La casa contigua también tenía un corral que hacía medianera con el de Jacobo y en el mismo había un cobertizo con un pajar en lo alto que disponía asimismo de un ventanuco abierto también para que transpirara el cereal allí depositado.

En ese preciso instante, en dicha *cambrá*, había más movimiento que de costumbre y los ruidos eran incesantes. Se trataba de Rubén, el hijo de Concepción que estaba *pelando la pava* con una de las hijas de los dueños de esa casa. Las palabras de amor habían dejado paso al inevitable deseo carnal que era compartido por los dos jóvenes. Sin embargo, no se acababan de concentrar por el murmullo de las voces de la cantina, así como un olor raro que no llegaban a identificar e impregnaba el ambiente y, por ello, se sentían incómodos. El muchacho intentó varias veces cerrar la ventana pero resultaba imposible

pues se había estropeado el pasador y no acertaban con qué sujetarlo sin hacer más ruidos de los necesarios. Roto ya el encanto de la maravillosa noche que se prometían, acordaron los jóvenes dejar sus escarceos amorosos para mejor ocasión y optaron por vestirse y acudir a sus respectivas casas. Sobre todo, la chica, que estaba algo incómoda y no quería para nada que notaran su ausencia, pues había salido con sigilo de su alcoba a la hora acordada con su novio y allí se encontraba en el cobertizo de su corral casi como su madre la trajo a este mundo. Sin embargo, cuando iban a dejar el ventanuco nuevamente abierto Rubén atinó a escuchar ciertas palabras que se le antojaron fuera de lugar, o por lo menos, extrañas. De manera que la pareja se miró confundida por aquellos comentarios y a continuación abrieron más la ventana para ver si podían oír mejor lo que estaban tratando en la cantina.

—...ya tenemos una de Noguera. Ahora hay que ir a la de Pozondón, la de los Santos de la Piedra —decía una voz—. Mañana temprano nos iremos Jorge y yo con la mula y llevaremos un hacha y material. Si alguien nos pregunta le diremos lo de las maderas, que somos ebanistas y todo eso. ¡Joder, qué gente, se lo creen todo! —siguieron unas fuertes risotadas al último comentario y el individuo continuó.

—No creo que tengamos problemas, porque además las dos imágenes que hay allí no son muy grandes y las podremos acarrear sin dificultad. Las guardaremos con lo que ya tenemos, pero habrá que esperar algunos días para llevarlas a Cella, cuando haya pasado el peligro, pues la Guardia Civil seguro que pasará por aquí. Quedaremos con el anticuario que vendrá de Valencia en coche y listo. —Luego, se produjo un breve silencio y el sujeto prosiguió—: Sólo nos queda recoger en último lugar la talla de la ermita del Carmen de este pueblo y ya habremos completado el envío...

Cuando hubo mencionado esto último, los jóvenes se miraron, asombrados. Estaban siendo los testigos fortuitos de un acto delictivo. La chica se tapó la boca con las dos manos y emitió un leve quejido pues, a pesar de lo que pudiera parecer, era toda una creyente y la ermita del Carmen, uno de sus lugares preferidos de oración. Al hijo de Concepción le traía al paio lo del robo ya que era poco o nada religioso, como su madre, pero tampoco le gustaba aquello que estaba escuchando y trató de calmar a su amiga al tiempo que le imploraba silencio para seguir oyendo lo que decían. Siguieron unas palabras in-

inteligibles y el persistente humo que salía de la ventana de la cantina parecía que les estaba trastocando los sentidos. Puestos nuevamente en la labor de escuchar lo que vino a continuación comenzó a helarles todavía más la sangre, en este caso al joven, cuando escuchó la inconfundible voz de Jacobo Bolín:

—...ya sé cómo vamos a hacer para que nuestros amigos se queden con los rebaños trashumantes del pueblo que queramos —expuso el jefe de la banda. Y ante el silencio expectante de los allí presentes prosiguió—: De la partida de Jesús Soriano tendremos que convencer a Tadeo pues creo que es el más débil. Lo he intentado con el hijo de Anselmo pero creo que su ambición no llega a lo que pretendemos. Sin embargo, el Tadeo ese me parece el sujeto apropiado, es joven, algo flojo de entendederas y está muy enamorado, que es lo que nos interesa. La semana que viene iré en serio con él y si es preciso le amenazaremos con matar a su novia si no hace lo que le exijamos. He pedido a un amigo de Teruel que me dé una poción de hierbas que hace dormir profundamente y sólo tiene que ponerlo en la comida el día que convingamos. Con la otra partida creo que tendremos menos problemas, porque hay un pastor soltero que le gusta mucho el dinero y me parece que esta idea le sonará de perlas. Sea lo que sea en unos quince días ya tenemos que tener las cosas claras y saber con quiénes podemos contar entre los pastores. Si por alguna de esas tenemos problemas, que sepáis que para arreglarlos os he hecho venir. Así que os dejáis de las zarandajas esas de la imágenes y ya sabéis lo que hay que hacer...

Jacobo continuaba decidido con su alocución, sin embargo los amantes ya no escuchaban, estaban realmente espantados por lo que estaban oyendo. Se apartaron del ventanuco y tras un crispado silencio el zagal comentó.

—No podemos decir nada a nadie, maldita sea. Esto no va con nosotros...

La chica por su parte protestaba sin mucho ánimo.

—Pero ¿por qué nos vamos a callar? Ya los has oído, van a robar en la ermita y además les quieren quitar el ganado a dos vecinos del pueblo... —comentaba con tono lastimero.

—Y qué quieres que digamos ¿que estábamos aquí solos tú y yo escuchando esto? Tu padre me mata si se entera. Además, están bo-

rrachos. Todo lo que hemos escuchado no son más que baladronadas de unos amigotes. Ya verás cómo no pasa nada.

La firmeza y convicción del mozo en sus explicaciones acabaron de convencer a su aturrida pareja y ambos quedaron en guardar silencio pero, sobre todo, tenían que buscar otro escondite para sus amoriños. Eso sí, cuanto más lejos estuvieran de la cantina, mucho mejor para ambos.

Dos días después comenzaba el mes de octubre y durante aquella tarde la vida parecía seguir su cansino ritmo habitual. Sin embargo, tuvo lugar un suceso que daría un vuelco inesperado a los acontecimientos. Vicente —uno de los integrantes de la pandilla— paseaba por la calle muy ufano de haber conseguido las antiquísimas piezas de la ermita de los Santos de la Piedra y, excitado como estaba, comprobó que en una vivienda próxima a la conocida como la *Casa del Rentó* estaba la puerta abierta. Sabía de la existencia en la bodega de varios jamones que el dueño solía curar para venderlos a los viajeros que acudían al pueblo o llevarlos a Teruel. Y, a pesar de las persistentes órdenes del jefe de la banda para que no actuaran en el pueblo y se metieran en problemas, no era cuestión de desaprovechar semejante oportunidad. Se sentía como un león ahíto de comida que ve pasar delante de sus narices a la más resuelta gacela. Era excesiva la tentación y, además, quien tiene instinto criminal suele aprovechar todas sus ocasiones.

Así es que ni corto ni perezoso no quiso desperdiciar la coyuntura que se le ofrecía y como un ladrón que precia su pedigrí penetró en la vivienda. Era una casa con la fachada de piedra situada en un recóndito callejón propiedad de un tal Pedro, más conocido como el *tío Mohines* por su particular manera de cerrar los tratos y sus continuas gesticulaciones. Vicente no vio a nadie por los alrededores y, ni corto ni perezoso, con el mayor disimulo del mundo penetró en la casa llamando a los dueños. Como no obtuvo respuesta, se dirigió a la bodega y agarró el mejor jamón que vio colgado, lo tapó con un trapo y, tras comprobar que no había nadie afuera, salió de nuevo a la calle. Casi en la puerta de enfrente estaba el cobertizo de los dueños de la casa el cual se encontraba también abierto con las aves de corral picoteando por los alrededores. Penetró en el mismo y recogiendo algo de pipirigayo seco lo envolvió sobre la pieza a modo de fardo. Miró nuevamente afuera de la calle y vio muy poco trasiego de personas, cada una en su

ocupación y con toda la naturalidad del mundo salió por la puerta como si tal cosa. Subió calle arriba y penetró en el corral de la cantina por la puerta trasera que daba a un callejón. El golpe había sido limpio

—¡Qué comilona nos vamos a preparar los camaradas esta noche! —pensó—.

Pero estaba totalmente equivocado. Alguien le había visto salir de la casa y luego acudir hacia el cobertizo pero, además, notó algo extraño pues miraba nerviosamente a una y otra parte antes de salir hacia la calle. Ese casual espectador era Rubén, el hijo de Concepción que, desde la otra parte del río, volvía de su pajar con una carretilla llena de forraje para los animales de su paridera. Luego, en su recorrido acertó a pasar cerca de la casa del *tío Mohines* y al cruzarse con su dueño se saludaron. Lo cierto es que este último notó cierto azoramiento en el muchacho, que todavía andaba extrañado por el comportamiento del amigo de Jacobo.

A la mañana siguiente, un grupo de personas formado por el alguacil, el juez de paz, el *tío Mohines* y algún que otro curioso golpeaban con fuerza en la puerta de la vivienda de Concepción.

—Abre la puerta, que sólo queremos hablar con Rubén —insistía un encolerizado Pedro. Salió el chico y casi se lo comen allí mismo—. Devuélveme el pernil, so ladrón. Devuélvemelo o llamamos a la Guardia Civil —le gritaba.

—Yo no te he robado nada. No sé de qué me hablas —se disculpaba el muchacho.

—Ayer te vi merodeando por mi casa y cuando esta mañana he entrado en la bodega me faltaba un jamón. Devuélvemelo —persistía en su demanda una y otra vez.

—¿Cómo te lo voy a decir? No tengo ni idea de donde está tu... maldito jamón.

Mientras estaba diciendo estas últimas palabras, surcó por su mente la visión del amigo de Jacobo Bolín con su extraño comportamiento y, además, llevando aquel sospechoso fardo. También recordó al instante los comentarios escuchados en la famosa noche con su novia. Estaba todo meridianamente claro, miró a los presentes y calló bajando la vista.

—Por última vez, me lo das o llamamos a la Guardia Civil. Te doy de tiempo hasta el mediodía. Me lo devuelves o ya sabes lo que te espera —y diciendo esto la comitiva volvió sobre sus pasos bajo el murmullo de las maldiciones del *tío Mohines*.

Al momento, salió de la vivienda Concepción rodeada por sus hijos pequeños, miró directamente a los ojos de Rubén y le preguntó:

—Dime que no tienes nada que ver con este asunto. Dímelo mirándome a la cara —el chico alzó la vista y le contestó:

—Le juro madre que yo no he sido aunque tengo una ligera idea de por dónde van los tiros. Enseguida vuelvo que voy a buscar a Rafael.

—Te creo, Rubén, pero, por lo que más quieras, no te metas en problemas —respondió la madre viendo como se alejaba su hijo.

El zagal salió corriendo de su casa y se encaminó directamente a la de su novia. La encontró en la paridera aviando a los animales y la puso inmediatamente al corriente de lo que había acontecido. Le dijo que tenían que hablar con Rafael y contarle todo lo que habían escuchado esa noche ya que la situación se estaba complicando enormemente y temía un resultado funesto. La muchacha asintió pues ello había sido su primera intención, como así se lo hizo recordar, y después de la leve bronca se encaminaron juntos hacia la vivienda de Rafael. No lo encontraron allí pero sí a Violeta su mujer que, con su hija pequeña entre los brazos, les indicó que estaba en el local del Sindicato arreglando unos papeles. Entonces, se dirigieron a la sede y subieron corriendo los escalones hacia el primer piso dándose casi de bruces con el propio Rafael cuando salía de una habitación.

—¿Qué hacéis aquí, os pasa algo? —preguntó.

—Tenemos que contarte algo urgente, por favor, escúchanos —habló el joven mientras intentaba recobrar el aliento.

Al ver la turbación del muchacho, Rafael le hizo sentar y ya más calmado comenzó a contarle todo lo que había pasado en los dos últimos días. La chica, avergonzada, callaba y miraba al suelo enrojecida de vergüenza, pero asentía todo lo que decía Rubén. Éste, por su parte, le pidió a Rafael que, por favor, no contara a nadie que se veía alguna noche con su novia pues temía la respuesta de la familia de la chica. Luego, le comentó lo que vio la tarde anterior cuando regresaba

a su casa llevando la carretilla de paja y cómo observó que merodeaba por los alrededores un amigo de Jacobo. Rafael mostraba una cierta incredulidad aunque los dos jóvenes eran de plena confianza y nunca había tenido problemas con ninguno de ellos. Hizo lo mismo que su madre y mirándole a la cara le conminó a decir la verdad porque en caso contrario el resultado sería peligroso y ya sabía de sobra cómo se las gastaba la Guardia Civil en esos temas. El chico sostuvo sus afirmaciones con firmeza y la muchacha sollozaba asintiéndolo todo, por ello finalmente Rafael dio por cierto lo escuchado.

Pensó durante un momento qué era lo mejor que podía hacer y finalmente se decidió a visitar al secretario, don Ramón Sánchez. Pero antes, le dijo a la joven que se fuera a su casa y se tranquilizara pues no pensaba decir a nadie la forma en cómo se habían enterado de los planes de esos rufianes. Salieron del local sindical y acudieron Rubén y Rafael al ayuntamiento para entrar directamente en la secretaría al comprobar que estaba solo el funcionario. Le pusieron en antecedentes sobre lo acontecido ante su asombro e incredulidad costándole dar crédito a lo que estaba escuchando. No obstante, tras el primer impacto se repuso y con una mueca de mala leche comentó:

—Ya me imaginaba que el Jacobo ese no era trigo limpio. Y con las ganas que le tengo mía será la venganza...

Después de un breve silencio convinieron que lo mejor sería ponerse en contacto con el ayuntamiento de Pozondón para indicarles lo de la ermita de los Santos de la Piedra. Pero había un problema con el que no contaban. La línea telefónica llevaba varios días estropeada y no había otra forma de hablar con ellos que no fuera acudir personalmente allí. Lo más rápido era hacerlo a caballo pero en el pueblo había pocos y la mayor parte de la gente los utilizaba en la labor. Comenzó a pensar detenidamente para ver quién podía acudir y, tal como iban descartando los nombres, comprobaron que el único que tenía el caballo en el pueblo era don Romualdo Cavero. El secretario le dijo a Rafael que se quedara en el ayuntamiento pues quería convencer al *tío Señorito* para que acudiera a Pozondón o dejara su cabalgadura a alguien que lo hiciera. Unos minutos más tarde volvió don Ramón y ante los interrogantes de Rafael le comentó que el propio José María, el hijo de don Romualdo, se había ofrecido voluntario para ir a Pozondón y ya estaba en camino. Ahora la cuestión estaba en mandar otro correo para avisar a la Guardia Civil de Albarracín y ponerlos en

antecedentes, por si estimaban adecuado intervenir, ya que en un aspecto puramente formal todavía no tenían pruebas, sólo meras conjeturas. Acertó a pasar por allí Pedro; el hijo de Anselmo, que acudía con una mula joven al abrevadero de la plaza para dar de beber al animal. Le comentaron las nuevas de la pandilla de maleantes y que urgía acudir al cuartel de Albarracín para avisar a la benemérita. El hombre aceptó complacido y sin titubear el encargo. Entonces, don Ramón le hizo entrega de un escrito firmado y con el sello del ayuntamiento para que se lo entregara al comandante del puesto de la Guardia Civil. Pedro volvió a su paridera para ensillar a la mula e iniciar el viaje a Albarracín con la menor demora posible.

Ahora sólo cabía esperar a que regresara cualquiera de los dos correos que habían partido del pueblo. La espera se hacía interminable y finalmente, casi tres horas más tarde, regresó José María Cavero con las nuevas que más estaban temiendo: Alguien había forzado una ventana de la ermita de los Santos de la Piedra y se había llevado las dos antiquísimas tallas que veneraban en aquel pueblo. Las sospechas se confirmaban. Entonces no había tiempo que perder, tenían que neutralizar a los malhechores hasta que llegara la Guardia Civil.

—¡Maldita línea telefónica! ¡En qué preciso momento se ha llegado a estropear! Desde que la inauguraron ha estado casi más tiempo inservible que funcionando —se lamentaba el señor secretario.

Y a continuación, como queriendo librarse de la tensa inactividad en la que estaba sumido desde que se marcharon los correos a caballo, levantó sus enormes brazos y dando unas fuertes palmadas exclamó dirigiéndose a los presentes.

—Vamos a organizarnos. Estos facinerosos no van a salirse con la suya.

Ese era don Ramón en toda su salsa de la manera que mejor se sentía; organizando y mandando en cualquier evento. Y allí, en la sala del ayuntamiento, ya había varias personas que se dirigían a él para ver qué hacían. El hombre tomó el mando sin titubear, como algo natural. Primero, porque el alcalde estaba sembrando unos *piazos* lejos del pueblo. Segundo, porque eso de mandar era lo que más le gustaba en este mundo. Y por último siendo lo que más placer le daba, es que además tenía cuentas pendientes con el intruso del Jacobo. Pensó que la mejor manera de afrontar el problema era reunir un grupo numeroso

de vecinos sin despertar sospechas e hizo que salieran a la calle y llamaran a los que transitaban por allí para que subieran al ayuntamiento. Una vez en la sala consistorial les hizo partícipes de las nuevas y que cada uno acudiera a su casa para proveerse de garrotes y si tenían alguna escopeta, aunque fuera de caza, mucho mejor. Había que hacerlo todo con celeridad, pero sin correr ni mirar descaradamente hacia la cantina para no despertar sospechas y poder pillarlos desprevenidos. El trasiego del momento era indescriptible y poco a poco los monterdinos que estaban todavía por el pueblo y no habían acudido a sus ocupaciones diarias se encontraban reunidos en la pequeña explanada situada enfrente del ayuntamiento. Conforme pasaba el tiempo eran más numerosos distribuyéndose entre el consistorio y la calle del Horno para no ser vistos desde la calle Mayor, donde estaba ubicada la cantina de Jacobo Bolín.

Sin embargo, el trajín mañanero no había pasado desapercibido como pensaban y justo aquello que había insistido don Ramón de que no miraran en actitud sospechosa hacia la cantina ni corriera nadie por delante de la puerta fue ignorado por alguno de los sorprendidos lugareños. Y la banda de Jacobo Bolín, muy ducha en situaciones similares, comenzó a notar que algo raro estaba pasando por el pueblo al ver que ya era mediodía pero la gente no entraba a la cantina y cruzaba a toda prisa mirando hacia su interior yéndose en dirección al ayuntamiento. De manera que el dueño de la cantina quiso averiguar qué estaba ocurriendo y salió por la puerta del corral que daba hacia unos callejones. Luego, se fue dando la vuelta dos calles más arriba y giró hacia la parte superior de la calle del Horno sin que nadie lo viera. Dobló por la casa del *tío Perdigón*; una vivienda conocida por sus dos ladrillos cocidos de mediados del siglo XIX que indicaban el nombre de la calle y el partido judicial al que pertenecía el pueblo. Luego, siguió entre los corrales de las casas allí ubicadas y el monte. Se escondió tras unas enormes rocas que hacían de pared a varios corrales y pudo apreciar cómo se estaban juntando una gran cantidad de vecinos con garrotes y palos entre el horno del pueblo y la casa consistorial. No sabía cómo había sido, pero intuía que los habían descubierto. Y si quería salir ileso de lo que, al parecer, se estaba preparando no quedaba más remedio que salir por piernas. Volvió sobre sus pasos y pudo finalmente entrar en el corral de la cantina. Llamó a gritos a sus compadres y les indicó que los habían descubierto y que el pueblo se estaba amotinando contra ellos.

Con muy poca presteza comenzaron a ensillar a las mulas y aparejarlas al carro, en cuyo fondo escondieron las tallas que habían sustraído en las ermitas del contorno. Comprobaron que tan sólo disponían de una escopeta de caza, aunque cada uno de ellos poseía navajas de gran tamaño con las que podían defenderse. Jacobo les dijo que esperaran en el corral y él subió a su habitación a recoger las ganancias acumuladas en los últimos meses. Una vez juntos les indicó que se fueran por el cauce del río hasta la entrada del pueblo y en el abrevadero se juntaría con ellos para seguir el camino hasta Cella.

Jacobo tenía que pasar cerca del ayuntamiento y doblar por la calle Mayor en dirección hacia la plaza, por eso no interesaba que los vieran a todos juntos. Y así lo hizo con toda naturalidad, aunque cuando torció hacia la plaza escuchó un murmullo de voces pero no quiso dar la vuelta y comenzó a saludar siguiendo su camino como si tal cosa. Don Ramón sospechó que algo tramaba pues era mediodía y se trataba del peor momento para hacer un viaje. De manera que indicó a varios vecinos que acudieran a la entrada del pueblo por si acaso. Luego, bajando por la calle y seguido de algunos parroquianos llamó a gritos a Jacobo Bolín para que se detuviera. Éste se giró y siguiendo la marcha sin detenerse le indicó que se iba a Cella a cumplimentar un encargo. En el momento que lo perdieron de vista al doblar la calle de abajo se fueron todos corriendo por el callejón de la iglesia en dirección al *Barrialto* y bajando por la calle donde se encontraba la abacería del *tío Conejos* se dieron de frente con los cuatro compinches. El grupo de monterdinos les rodeó haciéndoles el alto al tiempo que les apuntaban con varias escopetas y amenazaban con los garrotes. También la banda de rufianes empuñó la escopeta y sacaron las navajas en actitud beligerante. Pero los lugareños eran bastante más numerosos y, tras un forcejeo dialéctico en el que descollaba el vozarrón de don Ramón, tiraron las armas al suelo y se rindieron. Entonces se abalanzaron sobre ellos y comenzaron a golpearles con saña teniendo que intervenir el propio secretario para detener a los monterdinos. Y allí quedaron tendidos en el suelo rodeados por unos vecinos furiosos que apenas podían contener su ira. Rafael subió al carro, destapó con cuidado los paquetes que estaban depositados en el fondo y descubrió las tallas robadas. Ello produjo un griterío ensordecedor y los garrotes se alzaron al aire en actitud nuevamente amenazadora para la integridad de los ladrones. No obstante, varios vecinos se interpusieron entre los dos grupos impidiendo que allí mismo los lincharan. Seguían en el

suelo doloridos por los golpes recibidos y a duras penas consiguió alzarse el dueño de la cantina. Entonces, don Ramón se acercó hacia él y colocándose de frente suyo le recriminó severamente:

—De manera que para esto querías la cantina de tu tío. Desde el primer momento supe que acabarías mal en este pueblo. Pero, fíjate, has conseguido un milagro. Has logrado que se junten por una causa común todos los vecinos de Monterde; desde los ateos a los creyentes, desde los ricos a los pobres y los de izquierdas con los de derechas. Aunque mañana cada uno se vaya nuevamente por su lado, aquí están todos juntos, sin distinción, para enfrentarse a los que como tú han venido a perturbar la paz y la vida de este pueblo. Para eso halagabas a la gente, para que se fiaran de ti y luego ¿qué pensabas? ¡Apuñalarlos por la espalda! Eres gentuza y a los tipos como tú hay que echarlos de los pueblos decentes a patadas. Y ahora caigo en porqué me preguntabas con tanta insistencia sobre cuándo habría elecciones municipales ¿qué querías? ¿Presentarte a alcalde? ¡Pues buena la habríamos hecho! Contigo en la alcaldía habría sido como entregar las llaves del corral al zorro para que guardara el gallinero. Eres todo un sinvergüenza, Jacobo Bolín Sánchez —dijo esto y le atizó un soberano guantazo que le impactó de lleno en la cara tirándolo con estrépito al suelo—. Y esto por Alfonsina Cortés —concluyó.

—Atarles a todos las manos para que no se escapen y encerrarlos en la cárcel hasta que venga la Guardia Civil y se haga cargo de ellos —ordenó a los presentes.

Luego, dio media vuelta y se fue hacia el ayuntamiento a esperar noticias de Albarracín. Casi una hora más tarde varios números de la benemérita llegaron al pueblo y se dirigieron a la casa consistorial para conocer de primera mano los acontecimientos que se habían vivido con aquellos malandrines. Dos horas después, cargaron los objetos encontrados y, juntando una recua de acémilas, se marcharon de nuevo por donde habían venido. Asimismo llevaban detenidos al grupo de magullados rufianes aprehendidos esa mañana. Con ello dieron fin a una pesadilla que podía haber tenido otro final de no haber sido por la intercesión de Eros, Afrodita o cualquiera de los dioses del amor. Lo cierto es que los acontecimientos de ese día bien pudieron haber guardado un recuerdo imborrable en los anales de la historia local, pero los sucesos que se vivieron meses después dieron al traste con el milagro que proclamó el ilustre secretario del ayuntamiento.

A la mañana siguiente don Ramón Sánchez realizó una visita especial al cementerio. Él no era muy creyente para determinadas cosas, pero algo en su interior le empujó a situarse frente del nicho de Alfonsina Cortés y poner al corriente a la pobre difunta de todo lo que había acontecido. Después de algo más de una hora de meditación y una charla filosófica a media voz salió de allí plenamente convencido de haber actuado como era su deber. Era el secretario del pueblo pero ante todo había sido su amigo y por ello pensaba que se lo debía. Cuando finalmente salió del camposanto, no podía dejar de esbozar una amplia sonrisa, plenamente satisfecho del deber cumplido. Ni más ni menos que haber expulsado del pueblo al intruso del Jacobo Bolín, y vengado la desgraciada muerte de Alfonsina Cortés.

XLIX

A comienzos del mes de noviembre de 1935, María Rosario caminaba con dificultades por las calles próximas a la plaza del *Tórico* en la capital turolense. Su avanzado estado de gestación le impedía moverse con naturalidad, pero los antojos que padecía eran cada vez más frecuentes y casi todos los días acudía a varias tiendas a dar rienda suelta a sus impulsos consumistas. En toda esta antojadiza peregrinación contaba con la inestimable ayuda de Jesusa Fuentes; la hija menor del *tío Chalecos*, que la había acompañado desde el pueblo. También en algunas ocasiones salía a pasear con su marido José María, siempre atento y predispuesto a cumplimentar sus deseos por nimios que fueran. Esta era su vida cotidiana desde unas dos semanas atrás cuando salió de Monterde de Albarracín para poder vivir en Teruel el último mes de su embarazo. Aquí contaba con todas las comodidades posibles y la presencia de un hospital le ofrecía garantías si le sobrevenía algún problema durante el parto. Mientras tanto, su vida transcurría con aparente placidez en la vivienda que su padre poseía en uno de los barrios más exquisitos de la capital turolense.

Sin embargo, durante su estancia en aquella casa no todo lo que acontecía irradiaba felicidad y el motivo tenía nombre y apellidos, su padre Otto Schilemann. El conocido ingeniero alemán había envidado recientemente aunque se había repuesto con inusitada rapidez

gracias a las atenciones que le dispensaba una joven sirvienta. De edad similar a la de su hija entró al servicio de la casa ya en la última fase de la enfermedad de su mujer y desde el primer momento la suplantó en todos los sentidos.

Sin embargo, la llegada de su hija embarazada y del séquito que la acompañaba fue el principio del fin en su efímera relación. Tanto José María como María Rosario se dieron cuenta al instante del cambio experimentado durante los últimos meses por el padre viudo, el cual parecía haber recobrado una segunda juventud. Al principio desconocían los motivos, pero ciertas miradas indiscretas y, alguna que otra insinuación entre los furtivos amantes, les hizo reconvenir sobre lo que en realidad estaba ocurriendo. Y a María Rosario no le quedó más remedio que hablar con la criada más veterana de la casa que había sido, además, su nodriza durante la niñez. A pesar del silencio inicial y del aprecio que sentía por ella, la vieja sirvienta no quería inmiscuirse en los asuntos de la familia, pero los ruegos junto al artero carácter de la embarazada reconviniéron a la criada y finalmente sus palabras confirmaron aquello que más temía María Rosario. Entonces, su cólera alcanzó niveles insospechados, tanto que incluso llegaron a pensar que en alguno de sus arrebatos acabaría dando a luz. No sabía si odiaba a su padre por verlo tan feliz como aparentaba el buen hombre o por no haberle guardado el debido respeto a la memoria de su madre. En realidad, lo que ocurría es que ella no se veía el centro de atención, a pesar de su embarazo, y la vida en la casa no giraba a su alrededor dirigiendo el cotarro como ya había conseguido en Monterde. Todo ello, junto a la intromisión de una simple sirvienta en la vida de su familia, la llevaban de cabeza.

Además, la apariencia de esta joven se asemejaba más a los cánones de la belleza que inspiraba a los bohemios y artistas antes que al mundo servil donde pertenecía. Se trataba de una persona de porte esbelto y bastante agraciada que destacaba por su melena larga y ondulada de color negro azabache que cuidaba con sumo esmero. En una cabeza de tan bella estampa resultaba casi ridícula la presencia de una pequeña cofia por lo que siempre que podía se la quitaba ante el enojo y la reprobación de la sirvienta mayor y últimamente de María Rosario. Sus ojos grandes y redondos quedaban remarcados por unas largas pestañas que le conferían en conjunto un aspecto hermoso, elegante y señorial, como si fuera ella la auténtica señora de la casa. Esa atractiva

dama con su talante pacífico y sosegado, tan diferente al de su madre, era lo que había encandilado a su progenitor, incluso antes de quedarse viudo.

En estos momentos, debido a lo avanzado de su gestación y a la presencia en la vivienda de su marido y la hija de don Belarmino Fuentes, no podía hacer nada contra ella, aunque pensaba que tiempo tendría de sobra para quitar a su padre las ganas de su reciente amorío. Y mientras descansaba recostada en un sillón con los pies extendidos sobre una banqueta acolchada le daba vueltas a la manera de llevar a cabo su venganza en el más absoluto de los secretos. Entre tanto llegaba su hora, disimulaba como una bellaca procurando ganar la confianza de la criada, pero cuando le daba la espalda la miraba de reojo y sus ojos brillaban encendidos y cargados de odio.

Desde el preciso momento en que pensó acudir a Teruel, María Rosario quiso contar con la inestimable ayuda de Jesusa Fuentes, la única amiga que disfrutaba en Monterde de Albarracín. Aunque si se trata de ser sinceros eso de amistad en boca de María Rosario resultaba anacrónico, o cuanto menos, sospechoso, en realidad, se puede asegurar que para ella era una palabra carente de contenido. Se relacionaba con la muchacha por una simple cuestión de intereses ¿cómo no! La vida que había llevado en el pueblo desde su boda dos años atrás no sobresalía precisamente por la excelencia de sus relaciones públicas con los habitantes de Monterde; antes al contrario, detestaba como nadie juntarse con el vulgo. Pero con la familia del *tío Chalecos* y, especialmente con Jesusa Fuentes, se daba la única excepción que confirmaba la regla.

La hija del cacique del pueblo contaba a la sazón con veintitrés años de edad, dos menos que la propia María Rosario, y era la única de las cuatro hermanas que seguía soltera. Jesusa Fuentes era una persona de mediana estatura, poco agraciada y bastante apocada, pero al mismo tiempo muy difícil de dejarse llevar. Aunque lo realmente importante es que pertenecía a la familia más poderosa de Monterde y eso, en alguien tan arribista como era la mujer de José María, ejercía la atracción de un poderoso imán precisamente porque envidiaba como nadie la posición social de dicha familia. La timidez y cabezonería de Jesusa era la nota predominante en su manera de ser. Tanto es así que los denodados esfuerzos del padre no habían podido doblegar su espíritu para casarla en un matrimonio de conveniencia, como en

cambio sí había conseguido con el resto de sus hijas. Y no era porque fuese contestataria ni nada parecido —pues bueno era el *tío Chalecos* como para permitirlo— es que además de fea, no contaba con ninguna cualidad que no fuera los dineros de la dote de sus progenitores.

Belarmino Fuentes añoraba la época en que los padres casaban literalmente a sus hijos con quien ellos concertaban, quisieran los jóvenes o no. Los tiempos modernos habían traído esa paradoja; él era el amo del pueblo y, sin embargo, en su casa con sus hijas no podía hacer lo que le daba la gana si ellas no lo consentían. Y así ocurrió con los tres matrimonios que concertó para las hijas, realizados porque contó con su beneplácito pues en caso contrario se habían ido al traste sin más. En el caso de la última que le quedaba soltera, si bien le habían salido pretendientes, lo cierto es que eran de una posición social más baja que la de su familia y eso era algo que sus progenitores no podían ni querían permitir. Don Belarmino Fuentes ya no sabía qué hacer para que su hija pequeña siguiera el ejemplo de sus hermanas ya establecidas y muy bien relacionadas. Últimamente, estaba decidido a emparentarla con el sobrino bobalicón de un conocido ganadero de Guadalaviar, pero antes de obligarla pensaba convencerla de la manera que fuese. Los medios le importaban un bledo y si no le quedaba más opción estaba decidido a casarla a la fuerza, aunque, eso sí, como último recurso.

Mientras tanto, veía con agrado su reciente relación con la nuera de su paisano don Romualdo Cavero por ver si ésta le hacía entrar en razón. Y así se lo hizo saber a María Rosario que, además, estaba ansiosa de protagonismo en la élite social monterdina de la que ella creía ser algo parecido a la reina del mambo. Jesusa Fuentes se llevaba bien con María Rosario, porque eran de edad similar y, sobre todo, porque esta última no encontraba en el pueblo familia alguna con la cual entablar una meridiana amistad. Su carácter déspota y autoritario le había ocasionado multitud de enfrentamientos, no ya en su propia casa sino entre las familias más notables de la localidad. Pasaba de relacionarse con muchas de ellas porque estaban a años luz de sus egocéntricos planteamientos y las tachaba de pueblerinas mirándolas literalmente por encima del hombro, como si les perdonara la vida.

Durante los largos paseos con su amiga, María Rosario le comentaba las grandes ventajas que le confería el estado del matrimonio. Ante la vergonzante sonrisa de Jesusa le recitaba continuamente el

modo de actuar cuando formara una familia y el ideal de toda mujer que era, además de casarse y tener hijos, controlar adecuadamente el hogar como ella hacía. Si lo llevaba con mano firme no había hombre que lo resistiera y las mujeres tenían argumentos de sobra para mantenerlos a raya. Todas estas explicaciones comenzaron a calar en la joven soltera que ya comenzaba a ser más receptiva con la postura paterna. Y al percibirse cómo la muchacha aceptaba de buen grado sus comentarios, María Rosario interiorizaba una gran satisfacción por contribuir a los deseos de don Belarmino a sabiendas de que tendría su merecida recompensa.

Cuando comprobó que había logrado sus objetivos con Jesusa Fuentes, María Rosario dejó de lado sus pretensiones sociales de Monterde y por su cabeza comenzó a rondarle sin más dilación la forma de vengarse de la amante de su padre sin despertar sospechas. En uno de sus frecuentes arrebatos decidió pasar a la acción y no demorar por más tiempo su venganza. Recordó que su madre tenía una especial inquina contra los parásitos y roedores a los que combatía con venenos que ella conocía. Esperó la ocasión de encontrarse a solas en casa con la anciana sirvienta y se decidió a comentarle sus planes. La buena mujer se asustó ante las pretensiones de su joven ama pero ésta sabía cómo doblegarla y con las promesas de una recompensa económica, junto a una solapada advertencia en caso de no obedecerla, finalmente cedió por miedo. Conocía de sobra a María Rosario y sabía que cuando algo se le metía entre ceja y ceja era muy difícil que desistiera de su empeño, más aún si afectaba a las relaciones con su padre. Pero, sobre todo, consintió en ser su cómplice por las amenazas vertidas de dejarla en la calle si se oponía o contaba lo que estaba tramando.

Después de arduas averiguaciones, se decidieron a utilizar las sales de talio, que era un poderoso matarratas. Como el ingrediente principal no tenía sabor ni color, era el más apropiado, y en pequeñas dosis le acarrearía a la muchacha los desarreglos suficientes para que su padre la dejara de lado. Y así fue, a los pocos días comenzó a encontrarse cada vez peor; con una fuerte gastroenteritis en la que eran frecuentes las diarreas, muchas de ellas sangrantes. También le dio por vomitar muy a menudo y en las visitas que realizó el galeno no acertaba con el mal que la aquejaba. Además, su mente comenzó a desvariar sufriendo alucinaciones y estados anímicos deplorables ante la complacencia de María Rosario, que fingía como una excelente actriz ani-

mando a la enferma mientras insistía a la vieja asistenta para que siguiera con las dosis de veneno. El punto culminante de la venganza llegó a las dos semanas cuando estaba bañándose la criada y al ir a secarse el pelo comprobó horrorizada como sus mechones se le caían a puñados. Su hermosa cabellera de la que siempre había estado tan complacida ya era solo un recuerdo, de seguir así acabaría quedándose calva. Al mirarse al espejo observaba con horror cómo su melena se había transformado en una masa informe de pelos lacios y sin fuerza, e incluso varios rodales sin pelo asomaban por su cuero cabelludo. Otto estaba realmente estupefacto con la enfermedad que aquejaba a su amada y veía impotente la, en otros tiempos bella mujer, convertida, por no se sabe qué enfermedad, en un auténtico guñapo.

Pero esta historia no fue para más desde el preciso instante en que María Rosario se puso de parto y dio a luz una preciosa niña. Durante esos días, convaleciente en su casa, no se ocupó para nada de la amante de su padre, bastante tenía ella con atender a la recién nacida. Además, en esos momentos mantenía una constante discusión con José María sobre la onomástica de la pequeña. Él quería ponerle el nombre de su madre, muerta recientemente, y ella, el de su abuela materna, aunque, en realidad, era una discusión baldía pues estaba cantado quien ganaría en la disputa. Por otra parte, la sirvienta cómplice no llevaba muy bien eso de envenenar a nadie y paulatinamente dejó de colaborar con la sádica hija del ingeniero alemán. También el padre dio, al menos aparentemente, la impresión de pasar página en la sórdida aventura que había mantenido con la criada. Su interés en estos momentos radicaba única y exclusivamente en la nieta colmándola con infinitas carantoñas y haciendo de ella la auténtica reina del hogar. Todas las atenciones de los miembros de la casa fueron para el bebé y, por supuesto, para su madre, que por fin vio cumplidos sus deseos de ser el centro del universo.

Poco a poco la sirvienta enferma fue evolucionando positivamente y cuando el matrimonio decidió volver al pueblo, aunque todavía seguía débil, ya podía realizar algunas tareas. Sin embargo, una vez solos nuevamente y con la criada cada vez mejor recobrada el ingeniero Otto Schilemann no tardó en acomodarse nuevamente bajo los brazos de aquella mujer. Era feliz con ella y así se lo hizo saber, pero tenía que tomar una decisión de futuro y ante una oferta de trabajo en Zaragoza decidió trasladarse allí en la primavera del año siguiente.

Optó por una solución que sabía iba a enojar enormemente a sus hijas, pero como era su vida y así lo había decidido, se casó con su sirvienta poco antes del verano de 1936. Y con ella fue muy feliz a pesar del tremendo alboroto que ocasionó la boda a la que no quisieron acudir ninguna de sus hijas tan sorprendidas como escandalizadas.

L

Después de dos años de sinsabores políticos por los gobiernos del denominado *bienio negro*, los jornaleros de Monterde de Albarracín comenzaban a ver una salida al túnel que habían padecido durante tanto tiempo. Las elecciones previstas para el día 16 de febrero de 1936 estaban a la vuelta de la esquina y un conglomerado de fuerzas políticas de orientación izquierdista se habían unido electoralmente bajo la candidatura del Frente Popular. En el pueblo había gran agitación debido a que en su programa electoral llevaba implícito un compromiso para continuar con la política de reformas iniciada durante el primer bienio de gobiernos republicanos. A la labor de convencer a la gente para que acudiera a votar esa candidatura se sumaron los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra con Rafael a la cabeza. Durante la campaña electoral se logró hacer —a pesar del alcalde— alguna que otra reunión en los locales que compartían con la agrupación republicana y contó con la presencia de un número considerable de vecinos expectantes ante los acontecimientos que se adivinaban. También participaba en estos planteamientos el maestro del pueblo don Salvador Sanchís cuando sus múltiples ocupaciones lo permitían. Tenía unas ideas firmes en cuanto a la abstención electoral y la política debido a sus inclinaciones anarquistas y, de esta manera, había actuado en las elecciones que se habían llevado a cabo hasta ese momento. Pero en esta ocasión la situación era diferente y ello porque uno de los puntos programáticos del Frente Popular era la excarcelación de todos los represaliados políticos, entre los que figuraban un número considerable de anarquistas.

Además Boro tenía otras preocupaciones, ya que su mujer Hortensia estaba a punto de dar a luz su segundo hijo. Dos años atrás había nacido el primero tras un embarazo apacible que culminó a la entrada

del verano y lo colmó de enorme satisfacción al ser el primer varón de su familia. Sin embargo, en esta ocasión, su mujer Hortensia había llevado un embarazo complicado y tuvo que guardar muchos días de reposo absoluto, ya que padeció bastantes dolores e incluso una ligera hemorragia cuando cumplía los seis meses que les hizo pensar lo peor. Su suegra Margarita se dedicó en cuerpo y alma a atender a su hija y, gracias a sus atenciones y a las continuas visitas del médico, pudo la mujer continuar con su embarazo.

Ahora bien, los quebraderos de cabeza de Boro y Rafael durante la campaña electoral tenían un nombre propio, el *tío Chalecos*, pero también un colectivo más amplio: el Frente Antirrevolucionario. Esta candidatura era la antítesis del Frente Popular y estaba formada en el pueblo por todos los simpatizantes de la derecha que englobaba a un sinfín de monterdinos. En realidad, eran más numerosos los contrarrevolucionarios y ello porque la mayor parte de los campesinos con tierras —independientemente de la cantidad que poseyeran— les apoyaban. Ser propietario les dotaba de un plus diferencial y hacía que se decantaran por los partidos que tenían como máxima el mantenimiento de la propiedad privada. Si bien Rafael llevaba años insistiendo en el reparto de tierras entre la población más necesitada de Monterde, no era suficiente acicate como para que todos los labradores volcaran sus esfuerzos en la reactivación de la Reforma Agraria y los partidos que la sustentaban. En todo caso, verían con buenos ojos que las tierras de los *Cinco Prados* retornasen a los bienes de propios del ayuntamiento, pero nada más. Y si para ello tenían que movilizarse lo tenían bastante crudo el grupo de reivindicadores presentes en el Sindicato de Trabajadores de la Tierra. El Frente antirrevolucionario buscaba además otras cuestiones que entraban de lleno en la política propiamente dicha y que el común de los labradores del pueblo miraba con buenos ojos, aunque al final nadie se movilizara para demandarlas salvo un núcleo reducido de personas. La cuestión que más dolía en la argumentación de este grupo era la persecución de la Iglesia que a su juicio se llevaba a cabo desde las instancias republicanas. Los personajes más activos de esta candidatura en el pueblo eran el *tío Chalecos*, Serafín y, por supuesto, José María. Además, había un reducido grupo de personas, no más de quince, que formaban el núcleo duro de la contrarrevolución. Y sobre todos ellos basculaba un número considerable de indecisos o apáticos electores que siempre decidían a última hora y otorgaban el triunfo a una candidatura u otra.

En las del año 1931 triunfó el centro izquierda porque en Monterde existía mucha expectación y el personal estaba ansioso de un cambio radical que aliviara sus penurias económicas. En noviembre de 1933 cansados de las promesas incumplidas y la evolución que tomaban los acontecimientos la victoria se decantó hacia el centro derecha. Sin embargo, en febrero de 1936 las espadas estaban en alto y prácticamente no se auguraba un ganador claro. Por una parte, las derechas seguían en el pueblo con su discurso antirrepublicano, pro religioso y defensor a ultranza de la propiedad privada. Y por otra parte, las izquierdas que retomaban con nuevos bríos el impulso renovador del primer bienio y la necesidad de llegar de una vez por todas a mayores cotas de justicia social que permitiera a los campesinos vivir de la tierra en condiciones dignas.

Sin embargo, dejando de lado las consideraciones programáticas de los partidos, se acababa todo. Bueno, casi todo, porque ahí estaba su alcalde, don Belarmino Fuentes, para llenar este vacío. Desde el momento en que se programaron las elecciones su actividad fue en aumento. Volvió a repetir las prácticas de antaño con los miembros del Sindicato, prohibiendo mítines, negándose a devolver la radio confiscada, dando trabajo en el ayuntamiento solamente a su grupo de acólitos y un largo etcétera sobradamente conocido por los sufridos monterdinos. Por otra parte, siguió otorgando prebendas a través de su cargo y regalando las famosas medias fanegas de trigo a quien votara a los suyos, todo muy en su estilo. Al pueblo no acudió durante la campaña electoral ninguno de los políticos más destacados de ambas candidaturas, por contra, sí lo hicieron a las localidades más importantes de la Sierra. Tan sólo llegaba propaganda suelta que mencionaba las intenciones de los partidos políticos y algún que otro periódico que era leído en las cantinas afines a su ideología. Y sobre esos supuestos el común de los habitantes de Monterde de Albarracín confirmaba sus intenciones o discutían cada vez más acaloradamente. En definitiva, hacían política en el sentido estricto del término, cada uno utilizando el arma que más le convenía pero, sobre todo, a través de la palabra, mucha palabra.

Boro llevaba el asunto de las elecciones a su manera, discrepaba de todos los partidos políticos, pero tenía varios conocidos y algún amigo sindicalista encarcelado, y por eso movilizaba a todos los que podía para que ganara el Frente Popular. Con un ojo no perdía detalle

de dar siempre los mejores argumentos en favor de la candidatura que defendía o rebatía a los indecisos para que acudieran a las urnas. Mientras con el otro estaba avizor con su querida esposa pues ya casi salía de cuentas y se aproximaba la fecha en que se decidiría su próximo futuro. Y de esta manera, el viernes, dos días antes de las elecciones, dio a luz Hortensia una preciosa niña en un parto que al final no fue tan complicado como se temía. Esa misma mañana acudió al ayuntamiento para inscribirla en el registro civil, cosa que hizo el secretario don Ramón Sánchez con gran placer, mientras que el cura mosén Pascual, cuando se enteró, increpaba su actitud ante los feligreses que se encontraba. El párroco cada vez llevaba peor el laicismo transgresor que le privaba de realizar bodas, bautizos y entierros como antes del advenimiento de la República. Y en el momento que se daba cualquiera de estos casos despotricaba como él sabía hacerlo poniendo a caldo a quien lo realizaba. Su cólera iba en aumento porque cada vez eran más los matrimonios civiles que ya no pasaban por la vicaría, también —aunque en menor medida— algunos monterdinos habían preferido ser enterrados en el cementerio civil. Pero lo que le volvía irascible era el comprobar cómo cada vez más nacimientos se inscribían directamente en el registro civil sin que bautizaran a los bebés y, además, con los nombres más peregrinos. Le sonaban a rechifla nombres como Libertad, Ramsés, Buenaventura, Stalin y otros muchos cuya onomástica era de lo más peculiar, pero también popular entre una parte importante de los monterdinos y por extensión en el resto de los pueblos de la Sierra.

Y lo que son las cosas, el triunfo en estas elecciones en Monterde fue para el Frente Antirrevolucionario ante el asombro de todos, ya que prácticamente dobló a sus oponentes del Frente Popular. También la abstención fue elevada, una de las más altas de los pueblos de la sierra de Albarracín. Por todo ello, la decepción de los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra no tenía límites, pues era otra oportunidad desaprovechada y habían visto claramente que a la hora de la verdad eran minoría en el pueblo. Sin embargo, todos ellos lo celebraron ruidosamente en la calle a pesar de la represión del alcalde don Belarmino Fuentes cuando se enteraron que en el conjunto del Estado fue el Frente Popular el ganador de estos comicios e iba a conformar el nuevo gobierno de la nación. Una nueva y esperanzadora etapa se abría en la historia de España. Mientras tanto, Boro y Rafael

sostenían a sus hijos pequeños en sus brazos y suspiraban esperanzados sobre todas las promesas realizadas por el nuevo gobierno. Jugaban con sus pequeños, ilusionados por el futuro que se adivinaba.

—Esta vez sí —comentaba Rafael a su cuñado Boro—. Por fin ha llegado la victoria de los trabajadores y con ella nuestros hijos tendrán el futuro que nosotros siempre soñamos. Sólo hace falta tiempo y paciencia...

LI

Durante la madrugada del último jueves del mes de marzo de 1936 el nuevo alguacil del pueblo recorría las calles de Monterde de Albaracín con una escalera en la mano. La colocaba al pie de las farolas y, subido a ella, revisaba las bombillas, las limpiaba y procuraba dejar en perfectas condiciones. Sin embargo, cuando llegó a las que existían desde el puente del río Manzano hasta la *Umbría* su comportamiento era cuanto menos extraño y miraba a ambos lados de cada calle para ver si merodeaba algún vecino curioso. Esta actitud iba acompañada de un cierto nerviosismo y ciertamente daba la impresión que aquello que estaba realizando en esas últimas farolas no tenía nada que ver con el supuesto mantenimiento. Carlos Serrano era el nuevo funcionario que había sustituido al incombustible Irineo en el invierno pasado, cuando la salud le había jugado una mala pasada y, después de estar convaleciente durante varios meses, había tenido que dejar finalmente su puesto en el ayuntamiento. El nuevo alguacil había sido nombrado por el *tío Chalecos* en una de sus últimas actuaciones al frente del consistorio, ya que recientemente las nuevas autoridades gubernamentales de la provincia habían desposeído de su cargo al inefable Belarmino Fuentes.

Esta fue una de las primeras actuaciones realizadas por el Gobierno Civil de la provincia de Teruel desde que el Frente Popular se hizo con el poder tras su triunfo en las elecciones legislativas del 16 de febrero de 1936. Situación que, por otra parte, se dio también en muchos municipios a lo largo y ancho de la provincia. Especialmente en aquellos donde los ganadores de las pasadas elecciones de noviembre del año 1933 habían cambiado a los munícipes existentes desde abril

de 1931 por no ser merecedores de su confianza política. Ahora se repetía esta circunstancia y de nuevo se remozaban los ayuntamientos colocando esta vez al frente de los mismos a personas afines políticamente. El nuevo alcalde de Monterde era Remigio González, de profesión jornalero, un personaje asiduo a todos los actos reivindicativos del Sindicato y la agrupación republicana local. Por todo ello era un excelente conocedor de las necesidades sociales y económicas de los monterdinos. Perteneía desde hacía pocos meses al partido de la Izquierda Republicana, que era una de las formaciones más destacadas en el conglomerado político que sustentaba al nuevo gobierno.

Sin embargo, desde el momento mismo de su nombramiento Remigio González tuvo que sortear como pudo ciertos inconvenientes en el gobierno local. El *tío Chalecos* había colocado en el ayuntamiento de Monterde a algunos protegidos suyos que le dispensaban, además de la pleitesía acostumbrada, un impagable servicio como confidentes de aquello que sucedía en el consistorio. Por todo eso los nuevos ediles nombrados por el Frente Popular tuvieron que ir con tiento en lo que hacían pues tenían claro que los anteriores gobernantes estaban al corriente de los pasos que daban.

No comulgaba con esta tesitura la cabeza visible del ayuntamiento que seguía siendo el secretario don Ramón Sánchez, ya que a pesar de haber dejado atrás sus veleidades con el partido Radical, seguía siendo un republicano de pro aunque sólo fuera por hacer la puñeta al antiguo cacique local. Así pues, esta era la situación del ayuntamiento de Monterde de Albarracín durante la primavera de 1936. Casi todos los concejales estaban en la órbita del Frente Popular debido a que muchos de ellos habían sido nombrados por el Gobernador Civil de la provincia. Al secretario se le podía seguir considerando tan independiente como siempre había sido aunque, en la actualidad, era más bien posibilista con el nuevo gobierno. El Juez de paz era por estas fechas Anselmo Martín; una persona bastante mayor, amigo del secretario, cristiano devoto y un hombre de honor que no se casaba con nadie. Por otra parte, los trabajadores del ayuntamiento como el alguacil y dos subalternos que ayudaban ocasionalmente, los guardas y el secretario de la bolsa de trabajo local eran afines a los caciques de antaño.

Mientras tanto, Carlos Serrano seguía con su extraña actividad de esa madrugada y ciertamente nadie prestó la más mínima atención a su trabajo. Pero él, en realidad, no estaba arreglando nada, todo lo

contrario, con el mayor disimulo del mundo las tres farolas que estaban situadas desde el puente hasta el barrio de la *Umbría* fueron inutilizadas. Como el día acababa de comenzar, nadie se percató de tal circunstancia y el obrero del ayuntamiento recogió la escalera y fue a guardarla al almacén municipal. Debido a que todavía era muy temprano, acudió a la cantina del *tío Conejos* para tomar un aguardiente y coincidió con otros parroquianos que, asimismo, comenzaban las labores del día con la inevitable cazalla. El tintineo de las copas y el trasiego de las personas que allí se encontraban también formaban parte de lo cotidiano, en realidad, era como una mañana cualquiera o, al menos, eso daba la impresión.

Sin embargo, lo cierto es que algo se estaba gestando y el común de los habitantes del pueblo era inocente a los terribles acontecimientos que se iniciaban con la inusual actuación del alguacil. Entre todos los vecinos que habían acudido a la cantina se encontraba el capataz del *tío Chalecos* y éste no hacía más que observar con cierto disimulo al funcionario local. A su vez, Carlos Serrano también ansiaba indicarle algo pero con tanta gente alrededor tenía que ir con cuidado para que nadie los viera hablar. En el momento en que ambos apreciaron era el más oportuno, con todo el disimulo del mundo, sus miradas se cruzaron y el alguacil esbozó una tímida sonrisa con una leve y casi imperceptible inclinación de la cabeza. Eso era suficiente para el capataz, ni más ni menos que la señal convenida de que el barrio de la *Umbría* quedaba a oscuras a partir de ese día. Y lo que era más importante nadie se había percatado de nada, ni tan siquiera les habían visto realizar comentario alguno.

Después de pagar su consumición, el capataz volvió a sus quehaceres y, sin más demora, se fue a buscar a don Belarmino Fuentes. Acudió con presteza a la casa de su amo pues tenía prisa por comentarle que el plan que habían urdido días atrás se había iniciado sin ningún contratiempo. Una vez llegó a la mansión del *tío Chalecos*, habló con él entre nervioso y precipitado. Tuvo que calmarlo el antiguo alcalde ofreciéndole una nueva copa de cazalla, que el capataz, con un hígado a prueba de bombas, tragó de un solo sorbo. Y a continuación, vinieron las consabidas órdenes del trabajo diario junto a la indicación de que tenía que ver al grupo de correligionarios sobre el asunto que llevaban entre manos para indicarles que al mediodía se reunirían de nuevo y ultimarían la conjura.

Así lo hizo antes de acudir a sus labores, de manera que después de comer, siete personas se encontraban reunidas en el despacho de Belarmino Fuentes. Junto al dueño de la casa asistía uno de sus yernos, el capataz, un criado de confianza, uno de los guardas municipales, José María Cavero y un hijo del *tío Celipe*, llamado Serafín. Todos ellos estaban expectantes y totalmente decididos a actuar aunque fuese de forma expeditiva.

—¡Esto ha llegado demasiado lejos, hay que darles un escarmiento! —exclamó Serafín, la persona más excitada de los allí reunidos.

—Estoy de acuerdo —comentó rápidamente el *tío Chalecos* intentando llevar las riendas de la trama. Luego, apostilló—. Pero tenemos que ser muy cautos y que no sospechen nada, sobre todo, que no sepan quiénes somos realmente, aunque lo puedan intuir.

—Pero iremos armados ¿no? —preguntó el guarda con cierta ansiedad.

—Por supuesto —respondió altanero José María—. Yo llevaré mi pistola y vosotros podéis traer alguna escopeta o lo que creáis oportuno. Tenemos que defendernos de la mejor manera posible. Esta guerra no la hemos iniciado nosotros pues que se atengan a las consecuencias.

—No olvidéis que ya no volveremos a vernos hasta el sábado a la noche —terció el dueño de la casa. Y a continuación, don Belarmino Fuentes desglosó uno por uno los actos que tenían que realizar—. Acudid todos a la parte trasera del molino junto al río a las once en punto. Yo no iré, como sabéis mi presencia sería demasiado llamativa y es preferible que me mantenga al margen. Id embozados y que no os reconozcan. Pero sobre todo, esperad a que empiecen la asamblea y en el momento que salga Rafael, porque os aseguro que saldrá, darle una buena paliza y si la cosa se complica no dudéis en disparar. No os preocupéis, que yo haré que se vaya de la reunión. Le darán un recado para que acuda a la centralita y espero que venga solo. Sobre todo, que no sepan quiénes sois pero procurar por todas que el jefecillo de los rojos tenga un buen escarmiento y así el resto de pedigüeños de este pueblo sabrá a qué atenerse.

En este punto de su discurso ya se había acalorado y en plena excitación exclamó con toda la rabia que atesoraba desde lo más profundo de su ser.

—¡La propiedad no se toca ni aunque lo mande Dios! ¡A por ellos! Hoy se trata de mis tierras, pero estar seguros que las de vuestras familias vendrán a continuación si no ponemos remedio —concluyó de forma expeditiva.

La conjura de los reunidos seguía el cauce previsto y todos los presentes siguieron allí hablando y disponiendo sobre aquello que pensaban realizar. Después de varios minutos de intenso diálogo, y algún que otro exabrupto, fueron saliendo por la puerta del corral de uno en uno procurando que no los viera ningún vecino. Durante esa tarde todos los conspiradores acudieron a sus quehaceres diarios mientras que los habitantes de Monterde también continuaron con su rutina habitual, aunque totalmente ajenos a cualquier acontecimiento que se escapara a su trabajo estacional. Bastante tenían con labrar los campos y sembrar los tardíos como para pensar en que las demandas de tierra que, continuamente realizaban desde el Sindicato, iban a tener las consecuencias que preveían un grupo de facinerosos locales.

Cuando llegó la noche, y como estaba previsto, las farolas del barrio de la *Umbria* dejaron de alumbrar; el alcalde buscó al alguacil y después, de un breve diálogo, quedaron que el lunes se llamaría al *lucero* para que solucionara el problema. Esta era una situación, por otra parte, bastante habitual en el alumbrado eléctrico del pueblo, que padecía continuos cortes de luz cuando no se estropeaban las bombillas, de ahí que nadie sospechara nada. Los efectos de la modernidad habían llegado tarde y mal a Monterde de Albarracín y, lo que es peor, la línea telefónica y el alumbrado público se estropeaban muy a menudo. En realidad, era el pan nuestro de cada día en este municipio y en la mayor parte de los de la Sierra. Tal es así que, incluso en esas fechas, dos políticos turolenses tan dispares como José María Julián Gil y Gregorio Vilatela habían interpelado sobre este asunto al Gobierno de la nación en el Congreso de los Diputados.

Llegada la noche del sábado 28 de marzo, los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra se reunieron en su local social. El mismo estaba ubicado nada más cruzar el puente del río Manzano en pleno barrio de la *Umbria*. Pero, por las circunstancias conocidas, toda la zona se encontraba a oscuras y las personas que acudieron allí tuvieron que ir tanteando el terreno padeciendo más de un tropezón, e incluso alguna que otra caída. A pesar de los inconvenientes la asamblea fue multitudinaria porque se pensaba tratar el tema del reparto

de las tierras y cómo iba a afectar la Reforma Agraria prometida por el Gobierno en el rescate de los *Cinco Prados*.

Por todo ello la sala de reuniones estaba a rebosar de jornaleros locales y algunos pequeños e ínfimos propietarios de tierras. Acudían ansiosos por escuchar a Rafael comentar las nuevas que había recibido de la delegación turolense que había acudido a Madrid para entrevistarse con las autoridades gubernamentales. Y también se encontraba el nuevo alcalde del pueblo, que había realizado un pequeño esbozo del reparto que se pensaba hacer desde el ayuntamiento en fechas próximas sobre algunos terrenos municipales. Tan sólo estaba a la espera del permiso del delegado forestal y las autoridades provinciales, manteniendo únicamente la duda sobre cómo podría acometerla sin mayores contratiempos.

Mientras tanto, los confabulados se habían reunido en un pequeño recodo del río y expectantes se miraban continuamente dándose ánimos ante el golpe que pensaban realizar. Cuatro de ellos se habían embozado el rostro con unas prendas parecidas a los pasamontañas y los dos restantes mantenían un pañuelo anudado alrededor de la cara para impedir que nadie los reconociera. Iban fuertemente armados, pues José María llevaba su pistola guardada en el bolsillo trasero del pantalón y con la mano sujetaba una fusta de verga de toro que utilizaba para la doma o el castigo a sus caballos. El capataz del *tío Chalecos* y el guarda portaban sendas escopetas listas para ser utilizadas. Por último, los tres restantes llevaban unos garrotes de tea de carrasca a modo de arma disuasoria. Habían llevado también algunas sacas de cáñamo y varias sogas cortas para inmovilizar a Rafael y al que se pusiera por delante. Seguían escondidos y camuflados en la penumbra cuando vieron bajar por la calle a un *muchicho* que se dirigía hacia el local del Sindicato. Desde donde ellos se encontraban habían comenzado a escuchar desde hacía algunos minutos un continuo run-run, algo así como un murmullo lejano que indicaba que los oradores habían terminado su alocución y ahora llegaba el turno de hablar a la vez a todos los presentes. El crío entró en la casa donde se había estado celebrando la asamblea y se dirigió hacia Rafael, que se encontraba en un corrillo comentando los pormenores del rescate de los bienes comunales del pueblo.

—Rafael, me ha dicho Rosita que te ha llamado Ernesto por teléfono y que quiere hablar urgentemente contigo —le comentó el crío cuando dio con él.

—¿Has dicho Ernesto? —preguntó en medio de su asombro.

—¡Sí! —Volvió a insistir el *muchicho*—. Dice que subas, te va a volver a llamar enseguida.

La primera reacción de Rafael fue de inmensa alegría y mientras el zagal salía nuevamente de la casa aquél dijo a los presentes que lo perdonaran, que tenía que acudir a un asunto urgente. Pero tal como realizaba estos comentarios no dejó de pensar en lo realmente extraña y precipitada que era la llamada de su antiguo y entrañable amigo. Sabía que continuaba viviendo en París, pues había mantenido cierta correspondencia desde su anónima visita a Monterde durante la primavera del año anterior. Siguió pensando que todo era bastante raro, pero si finalmente su amigo le había llamado sería por algo importante. Se encogió de hombros ante la inusual demanda y se despidió de los presentes saliendo a la calle en dirección a la casa de don Belarmino Fuentes, lugar donde se encontraba ubicado el teléfono público.

La oscuridad era absoluta a las afueras del local, pero como buen conocedor del camino que era se dirigió con cierta precaución hacia el puente del río Manzano con la intención de atravesarlo. Cuando estaba en las proximidades, varias sombras amenazantes se abalanzaron sobre él sin mediar palabra y sin que llegara a apercibirlos. Con toda rapidez el grupo de encapuchados lo sujetó fuertemente anudándole un pañuelo en la boca para impedir que gritara pidiendo auxilio. Luego, le forzaron los brazos a la espalda atándole las manos y, a continuación, le cubrieron con una saca que a su vez anudaron sobre la altura de su cintura tirándolo a continuación al suelo. Una vez caído los golpes le llovían por todas partes, bastonazos, patadas y sobre todo el latiguello de la fusta azotando con saña su inmovilizado cuerpo. Fueron unos instantes, pero al secuestrado le pareció toda una eternidad. Tan sólo cesaron cuando los asaltantes comprobaron que la puerta del local volvía a abrirse y salía un individuo con cierta prisa. Se trataba de Cándido que al preguntar en uno de los corrillos por Rafael le habían comentado lo de la conferencia telefónica pero, al contrario que al crédulo de su amigo, sí le pareció extraña tanta precipitación. Como no lo tenía nada claro, le dijo a los presentes que saldría a buscarlo y lo acompañaría al teléfono público. Además, veía peligroso que acudiera solo a casa del *tío Chalecos* por mucho que estuviera allí la centralita del pueblo aunque, por supuesto, don Belarmino Fuentes no se preocupaba de ella, pues para eso estaba su criada Rosita. De manera

que como queda dicho salió del local y a toda prisa se encaminó hacia el puente en medio de la noche cerrada.

Cándido sufrió idéntico asalto al padecido por su camarada y en pocos instantes estaban los dos reducidos en el suelo, maniatados y encapuchados sin poder reconocer a sus agresores mientras eran aporreados sin pausa ni piedad. En el fragor de los golpes, sin adivinar por donde iban a caer, Rafael intuyó quiénes podían ser los asaltantes pero no podía gritar ni pedir socorro, tan sólo esperar a que cesaran de una vez. Su dolorido cuerpo estaba al límite y no podía aguantar más. Seguían lloviendo los estacazos desde hacía un buen rato, cuando volvió a abrirse la puerta del local y salieron del mismo dos jornaleros con la intención de fumarse un cigarro en los aledaños de la casa. Cuando estaban a punto de encenderlos oyeron unos ruidos que provenían del río y, debido a la oscuridad, no podían entrever a qué eran debidos. Preguntaron a gritos quién estaba allí, pero no obtuvieron respuesta alguna a pesar de los denodados intentos de los prisioneros por librarse de sus ataduras y advertirles. Sus atacantes se habían echado encima de ellos para impedir el más mínimo movimiento, pero no pudieron impedir que los compañeros de Rafael se acercaran para apreciar con más detenimiento qué estaba ocurriendo. Entonces, viendo que todo se iba a echar a perder, José María sacó decidido su pistola y disparó hacia los jornaleros, hiriendo levemente a uno de ellos en el hombro. Rápidamente éstos volvieron sobre sus pasos y penetraron de nuevo en el local social. El disparo también fue escuchado a pesar de los murmullos en el interior de la casa y al ver entrar despavoridos a los dos compañeros, salieron varias personas para ver lo que estaba ocurriendo. Otro disparo golpeó contra el dintel de la puerta de entrada y entonces todos se volvieron a encerrar en el interior entre nerviosos y asustados.

Mientras tanto los malhechores se habían dividido en dos grupos, parapetándose en los salientes, entre los recodos del riachuelo. En uno de ellos estaban José María y el capataz del *tío Chalecos*, mientras que el otro lo ocupaban el resto de los captores. Entre ambos grupos habían quedado dos fardos inertes en el suelo, que eran los cuerpos de Rafael y Cándido muertos de miedo y bastante doloridos por la brutal paliza recibida. Volvió a abrirse la puerta del local y salieron dos personas con escopetas en las manos que realizaron disparos de postas contra donde se intuían los atacantes. Estos respondieron a su

vez con otra descarga y la situación quedó nivelada por unos momentos. Las luces del interior del local también se apagaron y los jornaleros sitiados comenzaron a despotricar contra los asaltantes, a los que lanzaron toda serie de insultos. Éstos a su vez no les respondían para que no reconocieran sus voces, aunque hablaban entre ellos en voz baja para ver cómo resolvían su actuación. Sin embargo, la excitación les podía y al ver truncada su actuación se iban tornando cada vez más irascibles.

Dentro de la confusión reinante las miradas se dirigían a quien había asumido el mando, José María, cada vez más inquieto y decidido a tomar una determinación para salir airosos del tiroteo. Desde dentro comenzaron a mentar de mala manera a las madres de los asaltantes y esto enervó todavía más al capitán de los facinerosos, sobre todo, porque hacía pocos meses que había fallecido la suya. En el fragor de los insultos notó un ligero estremecimiento y comenzaron a pasar rápidamente por su mente muchas imágenes y recuerdos de su madre doña Milagros. A continuación, recordó también las palabras del *tío Chalecos* y el motivo que les había llevado allí. Todo ello aceleró su nerviosismo y una creciente confusión comenzó a hacerle mella.

Un nuevo disparo desde una de las ventanas dio de lleno en un árbol que tenían próximo y lo sacó de su ensimismamiento, a la vez que aumentaba su ira. Al verse atacado de nuevo, José María se levantó del suelo encolerizado y, presionando los dientes con rabia, comenzó a disparar sin pausa contra la casa de los sitiados hasta que el cargador quedó vacío. Su corazón latía aceleradamente y durante unos breves instantes se mantuvo de pie e inmóvil con la mirada fija en dirección al local. Poco a poco fue reaccionando y cuando volvió en sí decidió que había que dar un escarmiento, en caso contrario todo lo que habían estado fraguando durante esa noche no serviría para nada y volverían a seguir como antes, o mucho peor. Lamentó no haber llevado un cargador de repuesto y dirigiéndose al capataz que seguía teniendo a su lado le preguntó si aún le quedaba algún cartucho.

—Solo me queda uno. No se me ocurrió traer más porque no creí que íbamos a acabar de esta manera —se excusó.

—¡Dame la escopeta! —exigió José María.

—¿Qué dices? —preguntó sin atinar a comprender el significado de la orden.

—¡Dame la escopeta de una vez! —volvió a instar rabiosamente.

José María recogió la escopeta del capataz mientras un nuevo disparo desde el interior de la casa hacía que los balines silbaran cerca de donde se encontraba. Al hilo de esta nueva detonación comenzaron a surgirle ideas descabelladas y, debido al fragor de la situación que estaba viviendo, cada vez estaba más dispuesto a llevarlas a cabo. No pensaba volver a su casa con las manos vacías como si nada hubiera pasado. El primer paso ya lo había dado y no había vuelta atrás, eso lo dejaba para los cobardes y él no lo era. Pensó rápidamente sobre las consecuencias que podían tener sus futuros actos y decidió que merecía la pena arriesgarse. Por lo pronto, ninguno de los sitiados lo había reconocido y a través del río podría escaparse sin ninguna dificultad, por ese lado estaba seguro. No los cogerían ni a él ni a sus acompañantes. Podrían huir sin problemas y así lo habían planificado, pero antes tenía que dar un escarmiento a todos los destripaterrones allí reunidos. Aunque, eso sí, haría algo que no olvidarían en sus vidas y de esta manera sabrían a qué atenerse en adelante.

—¿Quién de estos dos es Rafael? —interrogó con tono impetuoso a su compañero.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Tú dime quién es y no me hagas perder más el tiempo —volvió a insistir ahora con más determinación—. Sólo nos queda un cartucho y hay que dar un escarmiento, así que déjate de pamplinas ¿cuál de los dos es Rafael?

—Están tapados y no los puedo reconocer en la oscuridad, aunque creo que es el que tienes más cerca. Pero... ¿Qué vas a hacer?

Entonces el capataz comprendió la situación y la angustia comenzó a apoderarse de él. Una cosa era ir a pegar tiros en una refriega o bastonazos a quien se pusiera por delante en cualquier riña de pueblo, pero otra muy diferente era matar a una persona y más a sangre fría. Para eso hay que tener redaños y ciertamente él no los tenía. En ese momento sonó un nuevo disparo desde dentro del local, aunque esta vez estaba dirigido hacia el recodo de al lado, donde se encontraba el otro grupo de asaltantes. Éstos a su vez respondieron con el último cartucho y a baja voz así se lo hicieron saber a José María.

Mientras tanto, Cándido y Rafael seguían doloridos en el suelo, aterrorizados y muertos de miedo por los acontecimientos que estaban viviendo, presagiando que esa noche acabaría en tragedia. Si bien estaban amordazados y no sabían exactamente quiénes eran sus asaltantes, intuían sus nombres, aunque la maldita mordaza que les aprisionaba la boca les impedía gritar a sus compañeros. El terror no tiene límites en una situación como la que estaban padeciendo. Escuchaban casi todo lo que decían, lo cual incrementaba su desazón, especialmente Rafael, al saberse el centro de atención de lo que estaba ocurriendo. También el capataz de don Belarmino Fuentes se encontraba bastante nervioso por el paso que pretendía realizar José María y así se lo hizo saber.

—No se te ocurra hacer lo que estás pensando. Yo no quiero ser cómplice de tus arrebatos —intentó excusarse.

—Si no tienes agallas para lo que hemos venido a hacer, por lo menos apártate —respondió José María con brusquedad—. Y quiero que sepas que eres tan cómplice de esto como yo que soy el ejecutor, así que déjate de una vez de tanta vaina. ¿Has dicho que éste es Rafael?

—No lo sé, no lo sé, creo que sí... —tartamudeó el capataz.

En ese momento José María cogió de los pies el fardo que tenía primero y pataleaba sin cesar, gimiendo continuamente, lo acercó a su lado, tanteando donde se encontraba la cabeza y a continuación disparó a bocajarro. Desde dentro de la casa continuaban los gritos ofensivos hacia los asaltantes y los asediados no podían ni imaginar todo lo que había ocurrido unos metros más adelante. Por su parte, el grupo de facinerosos se habían agrupado de nuevo y, aprovechando el cauce, huían arrastrándose río arriba para no ser descubiertos. Una vez llegaron al corral de una paridera, propiedad de don Belarmino Fuentes, penetraron en su interior y el yerno de éste les acompañó por un secreto pasadizo que la comunicaba bajo el suelo con el corral de la mansión del *tío Chalecos* atravesando la calle Mayor.

La vía de escape había sido segura en la oscuridad de la noche y jadeantes por el esfuerzo realizado penetraron luego en la casa que mantenía las luces apagadas. Allí estaba expectante don Belarmino Fuentes y en un tris le puso en antecedentes su yerno, que pasaba por ser la persona más tranquila de todas las que se encontraban dentro de la habitación. A continuación el *tío Chalecos* obró con inusitada ra-

pidez. Escondieron todas las armas en un lugar seguro y mandó que se fueran hacia sus casas y no salieran de ellas bajo ningún concepto. Además, les indicó que comenzaran a propagar por el pueblo la idea de que los asaltantes habían sido otro grupo de extremistas, es decir, un problema entre ellos, algo así como una especie de ajuste de cuentas. Con toda seguridad acudirían a llamar a la Guardia Civil, aunque él ya se encargaría de movilizar a sus contactos para echar tierra sobre el asunto. Por último, les insistió en que negaran con rotundidad su participación, como no los reconocieron, resultaba evidente que nadie podría acusarles. Ya más calmados comenzaron a salir a la calle de uno en uno. Mientras, en el pueblo los efectos del enfrentamiento comenzaban a ser visibles y las calles próximas al local donde se había celebrado la malograda asamblea se llenaban de personas que se dirigían hacia la plaza en medio de un revuelo considerable.

Cuando los disparos dejaron de oírse y un siniestro silencio envolvió la trágica noche, los jornaleros sitiados comenzaron a salir poco a poco del Sindicato y con teas encendidas acudieron hacia el puente donde se habían hecho fuertes los asaltantes. Descubrieron los dos cuerpos echados en el suelo y observaron como el saco que cubría la cabeza de uno de ellos sangraba profusamente. Al apreciar que ya no había nadie por los alrededores, cogieron en volandas a ambos y los entraron sin más dilación en el local. Todos los presentes estaban atemorizados y comenzaron a liberar primeramente el saco del cuerpo sangrante. Al levantarlo comprobaron con horror que ya estaba muerto y tenía la cabeza destrozada por un disparo efectuado a quemarropa. A duras penas reconocieron que se trataba de Cándido. En ese mismo instante también habían liberado de sus ataduras al otro prisionero, que resultó ser Rafael. Éste, a pesar de estar todavía muy dolorido por los golpes recibidos se levantó con dificultades y ayudado por otros compañeros se acercó donde estaba el cuerpo inerte de su amigo. Las lágrimas surcaban en gruesos borbotones a lo largo de sus mejillas y el dolor físico no era menor que la infinita pena que sentía por todo lo que le había acontecido a Cándido. Se arrodilló y recogió su cuerpo ensangrentado, abrazándolo mientras le pedía insistentemente perdón, pues él y nadie más que él —insistía— era el responsable de su muerte. Los allí reunidos también lloraban y maldecían con toda la rabia del mundo a sus asesinos, aunque ciertamente ignoraban quiénes habían sido.

Minutos después aparecieron por la puerta del local varias mujeres lloriqueando y entre ellas Josefa, la esposa de Cándido. Todos se abalanzaron hacia ella impidiendo que viera la imagen de su marido tendido en medio de un gran charco de sangre. Ella comenzó a gritar poseída de un inenarrable dolor mientras clamaba para que la dejaran acercarse a su cuerpo. Pudo más el impulso de la mujer y acabó abriéndose paso entre los compañeros de su marido. Pero cuando llegó a su lado y vio estremecida el resultado del disparo mortal sufrió un vahído y se desmayó golpeándose la cabeza en el suelo. El resto de las mujeres que allí estaban la levantaron colocándola encima de una mesa al tiempo que le daban todo tipo de atenciones. Mientras tanto, los hombres presentes comenzaron a despotricar nuevamente a los asaltantes causantes de tanto estrago. Convinieron que había que llamar a la Guardia Civil de Albarracín para dar cuenta de lo acontecido en esa aciaga noche. Entre todas las voces surgió la de Manuel que insistía que sólo ellos tenían que ir a buscar a los culpables y darles su merecido. Entonces Rafael alzó la voz por encima de todos reconviniendo a los presentes a que actuaran con cabeza y procuraran dejar de lado sus sentimientos. Insistía en el hecho que, por muy enervados que estuvieran, la situación se había complicado endiabladamente y convenía ante todo actuar con la suficiente cordura.

—Dejemos que la ley siga su curso pero, por si acaso, nosotros también investigaremos para ver si damos con los auténticos culpables. Ahora lo que tenemos que hacer es ir a llamar a la Guardia Civil.

—Pero ¿cómo puede ser que no veas que hemos caído en una trampa? —intentó convencerlo Manuel—. No te das cuenta de que lo tenían todo pensado. ¿Por qué te secuestraron?

—Me dieron un aviso para que me fuera a la centralita porque me había llamado Ernesto —respondió Rafael.

—Claro, y tú te fuiste sólo a la encerrona que te habían orquestado —alzó la voz nuevamente Manuel—. No sé qué pensarás tú, pero a mí me huele a la legua el tufo del *tío Chalecos*. ¿Quién si no él te tiene un odio inmenso desde que intentamos que nos devuelva los *Cinco Prados*? Él y sus amigos son los auténticos culpables y aunque no les hayamos visto las caras sabemos a ciencia cierta que son ellos. Además, el aviso para que salieras de la asamblea fue de Rosita por lo de la conferencia ¿qué más pruebas quieres?

—Yo también pienso algo parecido, pero no tenemos pruebas, sólo conjeturas y, aunque son sólidas, se tienen que demostrar —respondió Rafael dirigiéndose a todos los presentes—. Y además, quiero decir una cosa importante mataron a Cándido por equivocación no les quedaban más que un cartucho y se preguntaban entre ellos quién de los dos que tenían maniatados y encubiertos era yo.

—¿Lo ves? ¿Qué más evidencias quieres? —insistió nuevamente en su tesis.

—Te repito, Manuel, que eso son conjeturas. Lo que podemos hacer es ir unos cuantos a llamar por teléfono y veremos la reacción que tienen. Pero esta vez iremos armados y si son ellos los culpables no nos cogerán por sorpresa.

—Pues adelante. Id a vuestras casas y coged lo que podáis —dijo Manuel por concluida su intervención ante la firmeza de su amigo.

Al cabo de un rato, un buen número de personas se habían armado y ya estaban dispuestos en la puerta del Sindicato. Algunos llevaban la escopeta y otros garrotes, hoces o incluso cuchillos de matarife. Unos pocos se quedaron a las puertas del local y una comitiva formada por los más decididos se encaminó hacia la casa de don Belarmino Fuentes. Cuando llegaron a la mansión del antiguo alcalde de Monterde éste les estaba esperando con una escopeta en la mano en el balcón de su casa. En las ventanas y en el corral de la entrada dos de sus yernos y todos los criados estaban también armados y en actitud desafiante.

—Belarmino, deja que Rosita nos abra la centralita del teléfono y podamos llamar a la Guardia Civil —demandó Remigio González el nuevo alcalde—, y de paso que nos diga por qué hizo llamar a Rafael.

—Aquí esta noche no entra nadie —obtuvo como respuesta.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó intempestivamente Manuel.

—Yo no tengo miedo a nadie, pero no quiero revolucionarios en mi casa.

—¿Qué dices? No es lo que estamos viendo aquí esta noche —volvió a insistir—. ¿Por qué tienes a la gente armada si como aseguradas eres inocente?

—No sé nada de vuestras luchas ni quiero saberlo, eso es vuestro problema y si tengo aquí a mi gente es porque me han dicho que os habéis estado matando entre vosotros y, por si acaso, tengo que defenderme —aseguró con irónica desvergüenza el *tío Chalecos*.

—No creo nada de lo que dices, pero es igual, deja que entre uno de nosotros a llamar por teléfono. ¡Es un servicio público! —intervino Rafael con tono exigente.

—El primero que entre lo dejo tieso de un disparo. Yo no ando con bromas y todos vosotros lo sabéis.

—Por supuesto que sí. Te conocemos muy bien y sabemos perfectamente de qué pie cojeas y lo que serías capaz de hacer por tu casa y hacienda aunque aquí la gente se muera de hambre —contestó nuevamente Rafael.

—Eso no es asunto mío. Mi casa sí y aquí no entra ni Dios si yo no lo invito. ¿Está claro? —dijo por zanjada la discusión.

Pues sí. Estaba perfectamente claro que no había nada que hacer, de manera que, tras pensarlo detenidamente, optaron por acudir al ayuntamiento y desde el otro teléfono del pueblo hacer la pertinente llamada. Por el camino comprobaron que la población estaba alborotada y la gente se asomaba a las ventanas de sus casas o a la calle preguntándoles sobre lo ocurrido. Nada más salir de allí apareció el Juez de Paz, Anselmo Martín, quien inmediatamente se puso a disposición del alcalde para lo que quisiera mandar. Como supo que había heridos, hizo acopio de medicinas y al momento bajó hacia el local del Sindicato para atender a quien lo necesitara. También se asomó por la ventana mosén Pascual pero, ante los gritos revolucionarios y blasfemos de la cada vez más nutrida y nerviosa muchedumbre, optó por acomodarse nuevamente en la cama, esa procesión nocturna no iba con él. El alcalde y dos vecinos más acudieron a la casa del secretario don Ramón Sánchez haciéndole levantar de la cama, cosa que consiguieron no sin grandes esfuerzos, pues cuando se echaba a dormir no lo despertaba ni un terremoto. Después de contarle lo acontecido, bajó y llevó a los atribulados jornaleros hacia la casa consistorial y, abriendo la secretaría, pudieron por fin ponerse en contacto con el puesto de la Guardia Civil de Albarracín.

A la mañana siguiente, se presentaron en el pueblo varios números de la benemérita, que directamente se apostaron a lo largo de

las calles para vigilar el orden público. El sargento que los comandaba y dos guardias acudieron al ayuntamiento, que parecía un hervidero por la gran cantidad de personas que allí se encontraban demandando justicia. El militar los hizo salir a todos y les conminó a que acudieran a sus quehaceres diarios aunque fuera domingo y, sobre todo, que no alborotaran, pues ellos se bastaban para encontrar a los culpables y entregarlos a la justicia.

Pero el magullado Rafael y el grupo más activo de los miembros republicanos y socialistas habían tenido toda la noche para realizar su propia investigación y ya tenían las cosas más o menos claras. Desde luego, tan solo eran presunciones, pero suponían que no iban muy desencaminados. Para ellos las personas clave para conocer quién había movido los hilos eran el alguacil, porque vaya casualidad lo de fundirse únicamente las luces próximas al local. Y, en segundo lugar, Rosita Martínez, la encargada del teléfono público, que mira por donde era una de las criadas del *tío Chalecos*. La amistad del primero con el antiguo alcalde junto a la servidumbre de la mujer en su casa hacía de don Belarmino Fuentes el principal sospechoso de haber movido los hilos de la tragedia.

Por su parte, el sargento escuchó con toda naturalidad las declaraciones de los afectados y sus conjeturas sobre el suceso. El momento más tenso se vivió cuando las campanas tocaron a misa y en los alrededores de la iglesia se juntaron dos grandes grupos de personas; unas, indignadas por todo lo ocurrido, y otras, para cumplir con sus ritos haciendo caso omiso a las demandas de solidaridad por el trágico suceso. A lo largo del día el sargento de la Guardia Civil fue recogiendo información de todas las partes y sus conclusiones no diferían en demasía de la de los afectados. Aunque en el caso de la telefonista no lo tenía tan claro, porque la mujer estaba realmente afectada al haberse visto envuelta en los hechos. Juraba entre lágrimas por todos los santos evangelios que la había llamado una persona que dijo ser Ernesto, el hijo de don Romualdo Cavero, y que quería hablar urgentemente con Rafael. Rosita Martínez era una de las mayores alcahuetas del pueblo, pero nadie le reconocía la facultad de engañar con premeditación a una persona con el objetivo de buscarle la muerte. Si ella respondió a la llamada telefónica, como aseguraba entonces, todo había sido una trampa urdida por alguien que tenía un perfecto conocimiento de la situación en Monterde y que a la fuerza sería también de la misma lo-

calidad como los asaltantes. El militar a cargo de la investigación pensaba que empezaba a encajar las piezas del rompecabezas y no tardaría mucho en saberse la verdad.

El comentario interesado de algún que otro interrogado sobre que había sido un ajuste de cuentas entre los propios sindicalistas no se sostenía y así se lo hizo saber el militar a un comité local compuesto por el alcalde, el secretario y Rafael. Por su parte, este último insistía en conocer las declaraciones del alguacil —que seguía encerrado en su casa— y la telefonista. No se las dio, ni mucho menos, el militar, pero quedaba claro en sus conversaciones que coincidía con ellos en la mayor parte de los supuestos. No obstante para desgracia de la justicia las paredes del ayuntamiento seguían teniendo oídos y un *correveidile* que mantenía el *tío Chalecos* en el consistorio le hizo llegar las sospechas de la Guardia Civil.

Esta circunstancia le alarmó considerablemente y al instante decidió comenzar a mover otras fichas de la criminal partida. Con lo de Rosita no había problema, pues un amigo íntimo del ex alcalde fue quien hizo la llamada desde Teruel haciéndose pasar por Ernesto. Pero con el alguacil Carlos Serrano no estaba tan claro, ya que si lo presionaban los militares podrían comenzar a estirar del hilo y las consecuencias entonces se presumían funestas. Sería mejor que desapareciera del pueblo por lo que pudiera pasar, de manera que habló con un empresario conocido suyo de la capital aragonesa para recomendarlo y que acudiera a trabajar allí lo antes posible. Y por último, estaba lo más importante: el sargento de la Guardia Civil. Si seguía investigando, a pesar de tener toda la trama atada y bien atada, podía deshacerse con una buena planificación en la investigación y el maldito militar iba camino de ello. Ni con halagos ni parabienes se reconvenía el guardia, es más, le daba la ligera impresión de que en tan sólo un día de investigación ya empezaba a ligar varios cabos sueltos. Resultaba imperativo echar toda la carne en el asador y a ello se avino sin dudarle un instante.

La centralita echaba humo durante la tarde del domingo y los buenos amigos que disponía en la capital turolense se hicieron eco de sus demandas pidiéndole paciencia, esa misma noche le llamarían y le dirían el resultado de sus gestiones. En efecto, poco después de la cena del domingo, don Belarmino Fuentes recibió la respuesta que estaba esperando, sus conocidos de la capital ya habían arreglado el asunto y podía dejar por fin de temer por lo ocurrido. A la mañana siguiente,

el sargento de la Guardia Civil recibió una llamada de sus superiores relevándole del caso para que acudiera a Teruel a un nuevo destino. El cambio fue fulminante. La benemérita se mantuvo en el pueblo, pero ese mismo lunes, al mediodía, un nuevo militar se hacía cargo de las investigaciones. Su actuación fue radicalmente distinta a la de su predecesor, postergando innecesariamente diversos aspectos de la investigación y haciéndose eco de las manifestaciones más peregrinas que pudiera imaginarse, entre ellas, las del famoso ajuste de cuentas.

Todo estaba perdido y los jornaleros del pueblo lo sabían con Rafael a la cabeza. Para el nuevo mando de la Guardia Civil ellos habían dejado de ser las víctimas para convertirse en los cómplices de sus propios verdugos. Era de locos, pero estaba claro que algo se había movido entre las altas esferas del gobierno militar de la provincia. Los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra no daban crédito a tanta permisividad con los que, hasta hacía bien poco, eran considerados los responsables en la sombra de los mortales sucesos. Éstos, sabiéndose apoyados por los militares, dejaron sus escondrijos y comenzaron a salir resueltos a la calle y, ahora sí, totalmente envalentonados, seguían metiendo cizaña contra los jornaleros y sus supuestas peleas ideológicas.

En todo este caos el alguacil del pueblo fue uno de los afectados y, bajo la supervisión de don Belarmino Fuentes y el beneplácito del mando de los civiles, no le quedó más opción que trasladarse junto a su familia a Zaragoza, quitándolo de en medio por lo que pudiera pasar. Y en la capital aragonesa estuvo hasta principio de los años cuarenta, cuando volvió al pueblo convertido casi en un héroe. Desde que se conocieron las nuevas tácticas de los militares, los auténticos culpables se reían a mandíbula batiente en la intimidad y, sobre todo, José María, que había visto cómo su criminal acción iba a quedar impune *in saecula saeculorum*.

Las consecuencias de esta nueva actitud no tardaron en hacerse notar y, poco antes del entierro de Cándido, siete familias de jornaleros abandonaron Monterde cansados de tanta injusticia y arbitrariedad. Desde siempre habían preferido vivir en el pueblo a pesar de los salarios de hambre y las desigualdades que soportaban. Las promesas de cambio con la llegada de la República no parecían llegar nunca y para colmo de males estaba claro que los poderosos tenían la sartén por el mango y, exhaustos por tanta lucha inútil, decidieron emigrar para ini-

ciar una nueva vida. De nada valieron las palabras de otros convencidos sindicalistas como Rafael que abogaban por continuar batallando. También la viuda Concepción, una de las mayores activistas locales, les instaba a continuar viviendo en Monterde y luchar contra las injusticias protagonizadas por los ricachones del pueblo. Pero todo fue en vano, las mujeres de los jornaleros le habían visto las orejas al lobo y no estaban dispuestas a que sus familias corrieran un peligro que veían cada vez más próximo. El resultado para muchas de ellas empezaba a estar claro; los iban a matar como a conejos y encima los criminales no serían encausados. Y para muestra un botón. Así pues, las familias de esos jornaleros recogieron sus escasas pertenencias y se desparramaron por varias capitales de España dispuestas a comenzar una nueva vida lejos de las ancestrales miserias que padecían en un pueblo perdido de la sierra de Albarracín.

En un pequeño local anexo al cementerio de Monterde le fue realizada la autopsia al cadáver de Cándido, que dio los resultados por todos conocidos. Pasado este doloroso trámite, las autoridades concedieron el permiso para enterrar el cuerpo del finado el miércoles 8 de abril de 1936, en víspera de las celebraciones de la Semana Santa. El entierro tuvo lugar una mañana con amenaza de lluvia pero, a pesar de todo, fue multitudinario y acudieron muchas personas de los pueblos de alrededor a velar al sindicalista asesinado. Su cuerpo estuvo acompañado por sus camaradas de Monterde en la escuela de los niños habilitada para la ocasión. Por allí pasaron a presentarle sus respetos delegaciones de los sindicatos revolucionarios y agrupaciones republicanas de casi todas las localidades de la Sierra, fuera cual fuera su ideología. Sus mejores amigos del pueblo llevaban a hombros el ataúd con los restos mortales y un silencio penetrante, que irradiaba un aire lleno de amargura y mucha crispación, acompañaba la fúnebre comitiva. Por la calle no apareció ninguno de sus conocidos verdugos y la Guardia Civil patrullaba para impedir cualquier altercado.

El cementerio civil se quedó pequeño para albergar a todos los que querían dar el último adiós a Cándido y reconfortar a la viuda ante la trágica historia que acababa de padecer. Rafael y el alcalde Remigio González pronunciaron sendos discursos alabando las virtudes del difunto y las canciones de sus camaradas siguieron una tras otra mientras los obreros cerraban la fosa. Al día siguiente, los compañeros del difunto entregaron a la viuda un donativo con algo más de dos mil

pesetas que habían recogido entre todos los que acudieron al funeral. Pero a la buena mujer tampoco le quedó más remedio que emigrar, no ya por miedo como las otras familias del pueblo, sino porque ya no tenía nada que hacer en Monterde y no quería cruzarse con los asesinos de su marido, que sabía vivían allí. Se fue a vivir a Valencia con una hermana suya para poder trabajar y sacar a sus dos hijos adelante. Abandonó para siempre la sierra de Albarracín.

Los acontecimientos vividos no impidieron una dolorosa vuelta a la normalidad y la vida en el pueblo continuó sin grandes altibajos. Pero, a los pocos días, nuevamente la crispación volvió a enseñorearse entre la población y tuvo como motivo la negativa del alcalde Remigio González para que se celebrara la tradicional procesión de Semana Santa. Como máximo mandatario de Monterde, ésta era una prerrogativa que disfrutaba y ante el temor de altercados por todos los sucesos tan recientemente ocurridos suprimió el conocido “Encuentro de la Virgen”. Fue una decisión muy discutida, porque para mucha gente del pueblo dicha procesión formaba parte de las tradiciones más ancestrales que conservaban. La población estaba dividida casi por la mitad entre los que querían preservar los rituales cristianos y los contrarios que aspiraban a una sociedad laica en la que la religión fuera algo íntimo y personal y, por supuesto, nada de realizar exhibiciones fuera de las iglesias. En las calles, las cantinas, en el trabajo, en la propia casa... las discusiones sobre el tema de la religión estaban a la orden del día. Desde el púlpito mosén Pascual atizaba el odio secular contra los impíos ateos y su lenguaje, más barriobajero que pastoral, llegaba a calar en muchos de sus feligreses.

A lo largo de la República había utilizado los resortes de su magisterio para luchar contra los gobernantes y el propio Estado. Pero en esta ocasión, la primera en que tuvo lugar una prohibición expresa para realizar un acto religioso fuera de la iglesia, su ira parecía contener tintes de locura. Despotricaba contra la República y llegaba incluso a babear de pura rabia. La acusaba de ser un sistema político que des-cristianizaba a la sociedad permitiendo los matrimonios, entierros y nacimientos de carácter civil, la secularización de los cementerios y la vida pública, el alejamiento de los religiosos de la enseñanza, la quema de iglesias, la separación Iglesia-Estado y las mil y una perrerías. Todo ello era el realizado —según mosén Pascual— por el odio ancestral a la Iglesia que profesaban los masones, los librepensadores y los ateos

de toda la vida. Arremetió contra los concejales del ayuntamiento y en especial contra el alcalde Remigio González, a quien dispensaba una inquina especial. Luego, los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra fueron objeto de sus ataques, especialmente en el caso de Rafael, insistiendo en que se mataban entre ellos y luego culpaban a las personas de buena fe como don Belarmino Fuentes. Y por último, el objetivo de sus inquisitoriales manifestaciones fue el maestro del pueblo, don Salvador Sanchís por la demostrada falta de fe en una persona encargada de la educación de los niños del pueblo y el peligro que representaba para Monterde cuando éstos fuesen adultos. Un negro futuro auguraba a los fieles que seguían acudiendo a la Iglesia, del que solo se saldría combatiendo a la República y volviendo los ojos a la etapa histórica más floreciente de la Iglesia: la Edad Media.

Semanas más tarde, el intransigente párroco de Monterde volvió a arremeter contra el ayuntamiento, en este caso por el intento de requisar las tierras conocidas como los *Cinco Prados*, que eran propiedad del tío *Chalecos*. Sólo faltaba eso, la sagrada propiedad privada dejada al albur de los revolucionarios ¡hasta ahí podíamos llegar! Pero a pesar de las diatribas pastorales y la animadversión de los terratenientes, ese era un proceso imparable. Y no sólo era en Monterde de Albarracín, también en otros pueblos de la Sierra los jornaleros y pequeños propietarios campesinos habían intensificado la lucha. Así pues, en el mes de mayo, un grupo numeroso de vecinos de Bronchales volvió a penetrar en las tierras de la masía de *La Jara* para roturarlas. También varios vecinos hicieron lo propio en la finca de *Las Lomas* de Orihuela del Tremedal. O en Calomarde, en el prado de *La Vega*. El triunfo del Frente Popular había creado un estado de opinión favorable a un reparto de tierras entre los campesinos más pobres. Pero, ante la tardanza del gobierno de la nación en llevar a cabo las medidas anunciadas, muchos de los habitantes de la sierra de Albarracín dieron un decidido paso adelantándose a la promulgación de la Reforma Agraria. El ejemplo lo habían iniciado meses atrás en noviembre de 1935 vecinos y sindicalistas de la CNT del pueblo de Terriente cuando invadieron *El Algarbe* y lograron que se repartiera una parte considerable de dicho prado.

Los jornaleros de Monterde también estaban inmersos en una lucha similar. Un primer paso lo dio el alcalde Remigio González gra-

cias a la propuesta de Rafael Pérez y con motivo de la fiesta del primero de mayo se hizo un reparto equitativo de tierras pertenecientes al pueblo entre los más desfavorecidos, pero era tan sólo un parche. El grueso de la operación estaba en la devolución de los *Cinco Prados*, que se podía realizar a través del Rescate de los Bienes Comunes que promovía la Reforma Agraria. Este era el gran empeño y reto personal de Rafael, el abnegado republicano y sindicalista de la localidad. También por su intervención se logró cambiar al secretario de la bolsa de Trabajo por un conocido republicano, el cual adoptó como primera medida el turno riguroso en el trabajo municipal, para que todos los monterdinos tuvieran idénticas facilidades en las obras locales. Una nueva requisitoria del ayuntamiento al ministro de Agricultura vino a confirmar que se estaba realizando un inventario de tierras expropiables en la Sierra y se pensaba repartir entre los más pobres del pueblo un buen número de campos que eran propiedad de los terratenientes locales. Las autoridades pedían paciencia a los campesinos, pero el nerviosismo de éstos y las interferencias de los hacendados estaban enrareciendo los ánimos de la población.

Desde los tristes sucesos ocurridos en el mes de marzo, Rafael había redoblado sus esfuerzos y encabezaba continuamente delegaciones y manifestaciones en el pueblo, viéndose apoyado cada vez más por los vecinos. Sin embargo, la solución definitiva tardaba en llegar, el paro crecía y con él aumentaban las necesidades de los jornaleros, que no veían el momento de dar carpetazo a sus penurias. A partir de la promulgación del Decreto de Términos Municipales casi no acudían a la cita de antaño como molineros a Andalucía y buena parte de la población no sabía qué inventar para sacar adelante a sus familias. Y como un goteo continuo, casi imperceptible, se habían ido marchando del pueblo muchas de ellas buscando en otros lugares, incluso allende los mares, las oportunidades de futuro que se les negaba en su propia tierra. El núcleo más decidido de los sindicalistas locales con Rafael a la cabeza lamentaba la huida, pero estaba claro que cada cual tenía que mirar por sus intereses y con buenas palabras no se podía alimentar absolutamente a nadie. Si acaso enardecer el espíritu, pero nada más y, por supuesto, mientras los brazos siguieran caídos, los estómagos permanecerían vacíos. Por todo ello, en el horizonte más próximo se advertía un conflicto de intereses cuyo final era una incógnita. Sólo el paso del tiempo lo resolvería.

LII

El sábado 4 de julio de 1936 Rafael tenía que bajar a Boro y Hortensia con sus dos hijos pequeños a Cella para que cogieran el tren hacia Valencia, ya que iban a pasar las vacaciones de verano en el pueblo natal del varón, Alboraya, como venían haciendo desde que se casaron. Rafael preparó el carro con la mula y acudió a casa de sus cuñados donde ya le estaban esperando impacientes y con las maletas preparadas. Iniciaron el viaje y, tras la parada acostumbrada en los alrededores de la paridera del *Meadero*, llegaron sin más contratiempos a la estación del ferrocarril de Cella, después de casi tres horas de viaje.

El trayecto fue ciertamente tedioso, excepto momentos puntuales como fue la aparición de varias bandadas de perdices que les salieron al paso por el paraje conocido como *Matellana*. Este aliciente y el cruce de varios conejos a primera hora de la mañana, al poco de abandonar el pueblo de Monterde, fueron los acontecimientos más sobresalientes que alteraron la monotonía del camino. Tuvieron tiempo de sobra para cambiar impresiones sobre lo que iban a hacer en Valencia. Además concretaron el cuidado de la casa en el pueblo, la cual quedaba vacía durante el verano, así como la alimentación de sus animales de corral hasta su vuelta prevista para finales de agosto. Como no tenían muchos, tampoco les representaría excesivo trabajo, tan sólo aviarlos por la mañana y recogerlos al atardecer tal y como habían hecho en otras ausencias. El matrimonio se marchaba alegre por las semanas de asueto del marido y esperaban gozar de unas vacaciones mercedamente ganadas, el trabajo se había multiplicado durante ese curso debido al cuidado de los dos hijos tan pequeños. Y por supuesto, pensaban acudir diariamente al lugar donde Hortensia había descubierto el mar por primera vez en su vida algunos años atrás. Una hermosa playa de arenas blancas y finísimas conocida como la *Malvarrosa*, fielmente retratada por el maestro pintor de la luz mediterránea, Joaquín Sorolla, y enfrente mismo de la casa del difunto escritor republicano, Vicente Blasco Ibáñez.

Todavía no había comenzado a recogerse la cosecha de ese año y por eso no tuvo inconveniente en llevarlos Rafael. En caso contrario, se lo habría encargado a Rubén, el hijo mayor de Concepción al que

solía encomendar siempre que podía cualquier asunto y hacerle ganar de esta manera algún dinerillo. Además, en esta ocasión prefería ir él mismo, pues tenía previsto acudir a la vuelta por el casino de Cella para hablar con alguno de sus camaradas y cambiar impresiones sobre el momento político tan confuso y delicado que vivía el país. Pero antes tenía que despedir a su familia, de manera que les ayudó a subir los bártulos al tren y se quedó esperando en el andén a que el convoy iniciara de nuevo la marcha. Cuando el revisor sonó el silbato, el maquinista hizo lo propio con la sirena y el tren comenzó a moverse soltando los pertinentes chorros de vapor. Sus cuñados se asomaron a la ventana con los críos en los brazos y saludaban repetidamente a Rafael que, sonriente, les veía a todos partir hacia Valencia. Y de esta manera les vio marchar mientras sus figuras se iban haciendo cada vez más y más pequeñas hasta que dejó de apreciarlas con claridad. Cuando el último vagón del tren pasó por su lado dejó de saludar bajando los brazos. Todavía seguía sonriendo por el recuerdo de los pequeños cuando le sobrevino un ligero escalofrío, a pesar del persistente sol del mediodía. Se quedó pensativo durante un instante y, meneando la cabeza como si quisiera sustraerse a sus incómodos pensamientos, dio media vuelta y se encaminó hacia el carro.

Acto seguido, se dirigió al Centro Republicano y, una vez allí, entabló una intensa conversación con el presidente del Sindicato socialista local y varios dirigentes de la izquierda republicana de Cella, entre los que no se encontraba el *tío Castelar* muerto un año atrás. Éstos le expusieron sus temores ante los crecientes movimientos de varios conocidos derechistas de la localidad con sus continuos viajes y reuniones. En las palabras de alguno de sus correligionarios políticos se advertía un acrecentado nerviosismo, intuían que tales movimientos representaba la certeza de algo siniestro que se estaba preparando. Rafael les indicó que en Monterde también se daba una situación parecida con José María Cavero, Serafín, el *tío Chalecos* y algún que otro destacado miembro de los partidos conservadores y anti-republicanos. En realidad, desde que Belarmino Fuentes dejó de ser el alcalde del pueblo y el posterior asesinato de Cándido, los miembros más activos de la derecha local actuaban más en la sombra que dando la cara en la calle. Aún con todo ello Rafael difería de sus temores y pensaba que no era tan grave la situación de la República, tan sólo vanas suposiciones sin fundamento alguno.

Volvió nuevamente a Monterde, pensando durante el camino sobre los temores que le habían expuesto sus amigos cellanos. Rafael creía firmemente que, si bien se atravesaba momentos enrevesados desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones del mes de febrero, la situación estaba más o menos controlada. El temor había desaparecido en muchos pueblos de la Sierra y ahora existía una comedido esperanza. La política reformadora del gobierno republicano estaba dando sus frutos y ya se habían repartido algunas tierras para los labradores pobres como fue el caso de las localidades de Terriente, Calomarde, Moscardón, Royuela y Cella, entre muchas otras. Estaba convencido que poco a poco la mayor parte de los pueblos de la Sierra se sumarían al proyecto de la Reforma Agraria. Por otra parte, era bastante normal que los terratenientes estuvieran inquietos ya que habían perdido importantes cuotas de poder, algo a lo que no estaban acostumbrados, y su derrota en las pasadas elecciones les había sumido en el nerviosismo.

Los cambios se notaban especialmente en los ayuntamientos, donde el Gobierno había colocado a alcaldes y concejales afines al Frente Popular después de la expulsión sufrida por la victoria de las derechas en noviembre de 1933, como había ocurrido en Monterde de Albarracín con su camarada Remigio González. Esta situación se presumía provisional pues se estaba a la espera de unas nuevas elecciones municipales donde se aclarara el mapa político local inamovible desde el famoso 12 de abril de 1931. Era sólo cuestión de tiempo pero estaba firmemente convencido que una revolución pacífica a favor del campesinado era posible si la población lo demandaba y los gobiernos hacían el resto promulgando las leyes necesarias.

El resquemor lo tenía con la actitud mantenida por la Iglesia, siempre al lado de los poderosos y ajena al sufrimiento de la clase trabajadora, manifestándose contra todo lo que se enfrentaba a su divina potestad. Poder que había sido emanado, no desde las urnas, si no a partir de un invisible Dios que permitía las grandes diferencias sociales entre los hombres. En el medio rural las oligarquías terratenientes tenían esclavizados a los pobres miserables con el axioma del principio inalterable de la propiedad. Precepto santificado por la Iglesia por más que su inacción diera lugar al empobrecimiento general de una masa campesina que rayaba en la misma subsistencia. En esta actitud veía Rafael el principal problema, el ideario cristiano, más reaccionario a los cam-

bios, todavía estaba muy presente en amplias capas del campesinado y era azuzado convenientemente desde el púlpito por curas ultramontanos sin ningún tipo de escrúpulos. Según la praxis de dicha ideología, se combatían todas las novedades que cuestionaban sus inamovibles principios y lo sucedido en Monterde durante los últimos años era buena muestra de ello.

En estos momentos, las críticas se dirigían contra la separación Iglesia-Estado, el laicismo, el matrimonio civil, la educación, secularización de los cementerios y un muy largo etcétera. Así como lo había hecho desde antaño, cuando la Iglesia se había enfrentado contra los que proclamaban que la Tierra era redonda y no plana, que giraba alrededor del Sol y no al contrario, al descubridor de la circulación de la sangre, la educación laica o el mantenimiento de la caridad cristiana en el mundo laboral y su enfrentamiento original a los contratos de trabajo. Eso, entre otras muchas afirmaciones por el estilo, que remarcaban la añoranza por los tiempos de la Edad Media, donde la Iglesia se encontraba en la cúspide de su poder. Según pensaba Rafael, el fanatismo de las ideas religiosas era donde estaba el mal de España y en esa apreciación coincidía plenamente con su cuñado Boro. ¡Cuánto daño había hecho al país la estrechez de miras de un pensamiento basado en la fe y la intransigencia! Pensaba en todo ello y no dejaba de suspirar por encontrar el modo de hacer felices a las personas sin recurrir al engaño y al poder de lo sobrenatural. Todo lo contrario que hacían aquellos apologistas religiosos sobre una población mayoritariamente analfabeta e ignorante. Campesinos pobres e indefensos ante la palabra de los que se consideraban en posesión absoluta de la verdad y exacerbaban los ánimos con sus mesiánicos mensajes.

En estas meditaciones estaba cuando se cruzó con algunos paisanos que acudían a comprobar los campos de cereal para ver el momento de empezar la siega. Sus saludos le hicieron volver a la realidad del momento. Durante ese verano Rafael había completado, como en años anteriores, los pedidos de la gayuba y el espliego para la empresa murciana. En el momento que pudo cosechó su escasa hacienda y se puso a trabajar como segador para un rico hacendado local como venía haciendo desde algunos años atrás.

Varios días más tarde se produjo el asesinato de Calvo Sotelo. Rafael supo al instante que algo acabaría pasando, ahora el ambiente sí se había crispado hasta límites insospechados y los contrarios toma-

rían buena nota de lo ocurrido. A él no le servía la idea extendida de que el primer paso a la desestabilización se había dado días atrás cuando también fue asesinado el teniente Castillo, ferviente republicano. Creía firmemente que el camino no era tomarse la justicia por su mano, pues al final los que más tenían que perder eran precisamente los más débiles. Por contra, cada vez veía más unidos y beligerantes los intereses religiosos, militares y económicos. Y tal como temía casi una semana después tuvo lugar el pronunciamiento militar. Durante esas fechas Rafael se encontraba trabajando junto a una partida de segadores en la hacienda del *tío Celipe*. Precisamente ese mismo sábado había tenido lugar una discusión sobre la actualidad del momento entre los miembros de otra de sus cuadrillas y se dieron todos de bruces con la realidad de los hechos cuando retornaron al pueblo y se apercibieron de la asonada militar. Nada más llegar y ver los corrillos que se estaban formando Rafael fue a organizar la resistencia pasiva en Monterde, apercibiéndose de que el extremismo político presente en personas como su amigo Manuel, por una parte, y Serafín o José María por otra, se dirigía hacia el enfrentamiento total.

A pesar de la crispación inicial, lo cierto es que la situación en el pueblo varió muy poco en los días siguientes debido a que el alcalde había sido nombrado por el Frente Popular meses atrás y se mantuvo afín al legítimo gobierno republicano. Aunque en Monterde de Albarracín existía una sensación de indefinición ante los hechos producidos, la tensión era latente, ya que este municipio se encontraba situado entre las dos líneas que dividían el territorio español en dos zonas irreconciliables y enfrentadas ya militarmente. Al norte de Monterde los pueblos habían caído en poder de los insurrectos, mientras que al sur, más allá de Albarracín, eran partidarios de la República; a pesar de que la capital de la Sierra también acabó cayendo el día 21 de julio. Monterde había quedado aislado y en esos momentos de confusión daba la impresión de que esta población estaba olvidada por los contendientes. Eso sí, alguno de los más destacados miembros de la derecha local como José María Cavero había desaparecido y, según se rumoreaba, se había incorporado a la Falange en Teruel y andaba con un grupo de fanáticos sembrando el terror en los pueblos vecinos. También se habían exiliado del pueblo las familias más ricas de la localidad, que aprovecharon una noche de luna llena para huir con las pertenencias que pudieron llevar hacia Pozondón y Santa Eulalia, permaneciendo en dichas localidades hasta que el frente se consolidó un

año y medio más tarde, momento en el que retornaron a Monterde de Albarracín.

Como la actividad laboral se paralizaba en cierta medida una vez finalizado el periodo de la siega, Rafael se había decidido a trabajar como albañil, aprovechando las buenas temperaturas del estío para arreglar el tejado del local del Sindicato. A finales de agosto, mientras se encontraba reponiendo las vigas del travesero del tejado, sufrió una caída desde unos cuatro metros de altura y menos mal que lo hizo sobre la arena acumulada para la obra. Aun así, como consecuencia de la misma se dislocó el hombro izquierdo y sufrió un fuerte esguince en el pie. El médico le recomendó reposo absoluto, en esas condiciones cualquier recaída le podía suponer graves consecuencias. Como la situación política se estaba enrareciendo, según pasaban los días y aconsejado por sus íntimos amigos, una noche le llevaron a la casa vacía de sus cuñados Boro y Hortensia en el más absoluto de los secretos. De esta manera, esperaban que completara el periodo de reposo que le habían recomendado y, de paso, le evitaban contratiempos peligrosos, tal y como había acontecido a otras personas en Orihuela del Tremedal, según le comentaba su mujer.

Si bien los padres de Rafael sabían dónde estaba escondido, ninguno de ellos se acercaba por temor a que lo descubrieran y sabían de su hijo por Violeta. Todo estaba yendo sobre ruedas, pero a los dos días de su encierro oyó un griterío por las calles y supo que algo pasaba. Era la Guardia Civil, que había realizado una rápida incursión en el pueblo y habían encontrado al inocente de Florentín recogiendo papeles en los locales del Sindicato, le habían dado una paliza y se lo llevaban detenido a Albarracín. Al día siguiente oyó nuevamente gritos y lamentos por la calle y supo que alguien había matado a una persona del pueblo, pero no atinó a entender sus nombres. Esa noche Violeta le contó los luctuosos sucesos que acababan de ocurrir y Rafael supo que la espiral de violencia había comenzado en el pueblo y tardaría mucho tiempo en calmarse.

Los días pasaban interminables a la espera de mejorar y tomar la decisión más acertada posible, pues, de quedarse en la localidad, estaba claro que en cualquier momento podrían delatarlo y detenerlo. Su mujer tan sólo acudía a verlo algunas noches cuando nadie transitable por el pueblo, llevándole el consuelo y la compañía que echaba tanto de menos, aunque lo que más le dolía era la ausencia y los juegos

de su hija Libertad. En los breves momentos que pasaba junto a Violeta le contaba las nuevas que le comentaban los vecinos y los sucesos que se estaban produciendo por la provincia y en España. Durante las tardes la hija pequeña de Concepción, apenas una adolescente, penetraba en la casa a través de la puerta de la paridera donde guardaban los animales de corral sus cuñados. Entraba como si estuviera encargada de aviarlos y llevaba camuflado algún paquete de comida que daba a Rafael, al tiempo que le hacía compañía tan sólo durante unos breves momentos para no despertar sospechas. Esta joven había tenido mucha suerte, estaba sirviendo de criada en una casa de Valencia y pudo coger el último tren que salió de la capital levantina hacia Teruel, ya que al inicio de la guerra se interrumpieron las comunicaciones.

Sin embargo, el jueves 10 de septiembre de 1936, un grupo de guardias civiles entró en Monterde con la intención de suspender el ayuntamiento todavía legítimo y republicano para nombrar nuevos ediles afectos a los insurgentes. La calle se había empezado a llenar de gente silenciosa y expectante al ser el primer golpe de efecto en el pueblo, tras el golpe de Estado y la toma de contacto inicial con la guerra civil. En medio de una incuestionable excitación se procedió al cambio e inmediatamente después fueron detenidos el alcalde y la mayor parte de los concejales. Buscaron asimismo por todo el pueblo a los elementos republicanos e izquierdistas que habían tenido alguna participación en los gobiernos locales o se habían distinguido por un acendrado republicanismo. Pero como ya estaban sobre aviso, muchos de ellos se habían escondido y otros ya habían salido del pueblo poco tiempo después del levantamiento militar, y andaban enrolados en las columnas de milicianos como la del Rosal que combatían a los fascistas por toda la Sierra. Por eso no pudieron detener más que a media docena de incautos, entre ellos al alcalde saliente, y en esa misma tarde se los llevaron a todos a Albarracín.

Pocos días más tarde tuvo lugar una nueva incursión en Monterde por parte de miembros de la Guardia Civil y elementos facciosos. Nada más penetrar en el pueblo, los militares comenzaron a preguntar a la gente por los simpatizantes republicanos que llevaban anotados en un papel, tenían especial interés en encontrar a Rafael, sabían de su accidente y suponían que estaría escondido. Nunca se supo con certeza quién lo delató, pero recibieron un soplo. Después del registro de varias viviendas, entraron rompiendo la puerta de la casa donde estaba es-

condido. Le sacaron con violencia de la cama donde descansaba y le ataron los brazos por la espalda a pesar de las incesantes muestras de dolor por su hombro dislocado, del que todavía no se había repuesto del todo. Al bajarlo a la calle lo ensogaron junto a un vecino de Orihuela del Tremedal que llevaban asimismo prisionero y, apuntándolos con las escopetas, les conminaron a caminar hacia el ayuntamiento. Cuando llegaron, uno de los guardias civiles subió al consistorio y, al momento, salieron varias personas del edificio. Una de ellas era mosén Pascual, serio, silencioso, con su mirada fría y escudriñándolo todo a su alrededor como era su costumbre. A su lado iba un individuo vestido de falangista, con ademanes chulescos y bastante conocido en la localidad. Era el desaparecido José María Cavero, que daba la impresión de encabezar la invasión militar que acababa de producirse en el pueblo. Bajaba por las escaleras con paso lento, vibrando de emoción por el momento que tanto tiempo había estado esperando, ya que por fin tenía a su alcance a uno de sus mayores enemigos. Iba con las manos enlazadas en su espalda y sostenía en la derecha la vieja fusta que le regalara su padre y que tan bien conocía Rafael desde la noche del asesinato de Cándido. Cuando llegó a la calle siguió caminando con remarcada parsimonia y esta vez los brazos al frente de su cuerpo mientras, sonriente, golpeaba suavemente su mano con la verga de toro. Mosén Pascual, que seguía sus pasos, se encaminó para la iglesia quitándose de en medio porque no quería ser testigo de lo que intuía iba a ocurrir. Mientras tanto, José María se dirigía hacia donde estaba Rafael, que lo miraba fijamente y se mantenía en un preventivo silencio.

—Pero mira quién tenemos aquí. Si es nada menos que el salvador de la patria. ¿Cómo estás, Rafael? —comentó expectante y con tono burlesco.

—Suéltame y te lo diré a mi manera —le respondió el aludido retándolo.

—Vaya con el rojo, lo tenemos de un gallito subido —dijo José María con sorna.

Y al instante, alzando la fusta, golpeó con fuerza al prisionero en la cara y mientras dolorido caía de rodillas sin dejar de mirarle, el hijo menor de los Cavero le atestó un nuevo golpe que fue a parar a la otra mejilla. Rafael gritó:

—Cobarde, desátame.

En ese momento, el enfurecido falangista le atizó nuevos golpes, que fueron a parar por todo su maltrecho cuerpo mientras se desplomaba. Y una vez caído en la tierra, completamente tumbado, mientras se revolcaba y gemía de dolor, seguía pegándole hasta que los brazos de José María se cansaron de tanto esfuerzo. Entonces éste se agachó y cogió con su mano el cabello de Rafael, levantándole la cabeza un palmo del suelo mientras le gritaba al oído.

—Dime la verdad, Rafael ¿te ha merecido la pena el haberte pasado la vida de salva patrias de los desarrapados de este pueblo? ¿Dónde están aquellos que tanto protegiste? porque aquí no veo a ninguno que esté dispuesto a defenderte y tampoco tienes a nadie de tu camarilla para salvarte. ¡Qué lástima que se fueran tus cuñados, pero descuida, que ya me encargaré de ellos!

—Eres muy valiente, yo atado y desarmado mientras tú lo tienes todo a tu favor... ¡Vamos, atrévete, tú y yo solos, cobarde! —le retó de nuevo el detenido.

Como respuesta, José María volvió a golpear brutalmente a Rafael con la fusta y éste empezó a sangrar entre vivas muestras de dolor, totalmente abatido en el suelo. José María le seguía insistiendo una y otra vez:

—¿Mereció la pena, Rafael?

Y esta frase se repetía como en un profundo eco en la mente del hijo de Cosme y Enriqueta. Estaba cada vez más aturdido por los golpes y pensaba que no tenía escapatoria. Tan sólo sacaba fuerzas de flaqueza pensando en su mujer e hija y tenía la sensación de que la cabeza le iba a explotar de un momento a otro. Miraba y miraba a su alrededor, pero no conocía a la multitud de inexpresivos rostros que le observaban. Aquellas formas inmóviles eran personas de su mismo pueblo con quienes había convivido, gozado y sufrido durante toda la vida y se había dejado literalmente la piel para ayudarles en lo que podía. Sin embargo, ahora lo miraban como si no lo conocieran o, en todo caso, como si formara parte de un espectáculo circense en el que él actuaba de payaso y estaba a punto de ser devorado por los leones. Miró las caras de sus convecinos y le pareció que estaban cubiertas por máscaras impasibles, sin movimiento, semejantes a las de los actores de la antigua Grecia. Sus pensamientos le confundían. Entonces, buscaba refugio en su interior, encontrándose con su familia y la maldita

frase de José María que le martilleaba una y otra vez el cerebro llenándolo de una intensa angustia: ¿mereció la pena, Rafael?

Seguía con sus pensamientos en medio del aturdimiento, totalmente abatido en el suelo, cuando un escupitajo de José María le trajo nuevamente a la realidad. Alzó la mirada como buenamente pudo y el falangista le obsequió con otro salivazo lanzado como el primero, con toda la rabia del mundo. Postrado como estaba, observó que éste se alejaba junto a dos guardias civiles hacia donde tenían sujetados los caballos. Se subieron a los animales al tiempo que le decía a Rafael:

—Mañana nos veremos en Cella, tienes muchas cosas que contarme. Antes me voy hacia Albarracín para ver a uno de tus compinches, el tal Florentín. Vamos a ver si hacemos que nos cante alguna jota —dijo riéndose de su propia gracia. Y dirigiéndose a los guardias que custodiaban a los prisioneros, les conminó:

—Llevároslos a Cella y no hagáis ninguna tontería, que lo quiero vivo ¡si le pasa algo, os la veréis conmigo!

La comitiva compuesta por dos falangistas, cinco guardias civiles y los dos prisioneros, inició la marcha hacia la cuna del río Jiloca. El barullo que se había originado en el pueblo era considerable y comenzó a salir más gente de las casas para ver qué pasaba. La gran mayoría callaba ante lo que estaba viendo, tan sólo algunos vitoreaban a la Guardia Civil e insultaban a los prisioneros. Aun con todo, el momento de confusión era patente y, entre la cada vez más notoria muchedumbre, aparecieron sus padres, Cosme y Enriqueta, junto a su mujer Violeta, que llevaba en brazos a su hija Libertad. La mujer comenzó a gritar a los guardias y preguntarles por qué se llevaban a su marido, pero éstos no le hacían el menor caso y continuaban la marcha. También los padres insistían en la inocencia de su hijo y suplicaban a los guardias por él. Los monterdinos, por su parte, seguían expectantes por la calle siguiendo al grupo sin decir ni hacer nada, como meros autómatas viendo cómo Rafael caminaba cojeando ligeramente. Los llantos de Violeta y sus continuos gritos a favor de su esposo hicieron que un militar se volviera hacia ella y le dijera que se callase de una vez. Ésta no lo hizo, antes al contrario, los increpó de nuevo.

—¡Mi marido no ha hecho nada a nadie! ¡No tenéis ningún derecho a llevároslo de mi lado! ¿Qué le vais a hacer...? —gritaba exaltada mientras las lágrimas surgían impotentes y poblaban sus mejillas.

No le dio tiempo a decir nada más, el guardia que la estaba apartando del grupo de prisioneros le pegó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su fusil. La mujer cayó en redondo al suelo mientras Cosme y Enriqueta con algunas paisanas acudían rápidamente a socorrerla y el resto seguía imperturbable los acontecimientos. Rafael se paró de golpe y volviéndose hacia donde estaba su mujer quiso arrojarse para comprobar cómo estaba. La niña seguía llorando, primero al ver a su madre sumamente excitada y ahora postrada en el suelo después del golpe recibido. El guardia que la había golpeado lo sujetó impidiéndole agacharse y con el fusil lo empujó hacia delante al tiempo que le indicaba:

—¡Como no hagas lo que te digo, te pego un tiro aquí mismo y otro a tu mujer, por rojos! Nos han encargado de llevarte vivo a Cella y eso vamos a hacer, pero si nos das más problemas aquí mismo acabo contigo —vociferó expeditivo.

Rafael se levantó y miró detenidamente a sus paisanos durante unos breves segundos para comprobar anonadado que no iban a hacer absolutamente nada por él. Estaba irremisiblemente perdido, por ello, lo mejor era continuar y no poner en peligro la vida de su mujer e hija. Así que continuó la marcha volviéndose constantemente para ver cada vez más lejos cómo su mujer se levantaba y cogía entre sus brazos a la niña mientras gritaba su nombre en medio de incesantes lamentos. Al llegar a la plaza se giró nuevamente, lanzando una última mirada hacia donde estaba su familia. Luego, abatido, agachó la cabeza y continuó caminando. Cuando iban a salir del pueblo y pasaron junto al abrevadero que habían construido años atrás, vio Rafael cómo bajaban por los callejones un grupo de vecinos y, entre ellos, Margarita y Concepción. En esta última apreció un semblante crispado, y comprobó con temor que en sus manos brillaba un cuchillo de grandes dimensiones. Él la miró y sus ojos se cruzaron un instante, lo suficiente para que la mujer se parara en seco al ver la determinación de su amigo, que con un gesto imperceptible para el resto de las personas que allí estaban, le indicó que no hiciera absolutamente nada. Concepción le hizo caso y guardó el cuchillo, envolviéndolo entre el delantal de su falda. Instantes después, levantó su mano para lanzarle un beso a distancia, que Rafael recogió mientras bajaba la cabeza, complaciéndose de su ademán. Luego, la mujer le gritó:

—¡Cuidaremos de tu familia hasta que vuelvas, Rafael, no te preocupes por ellos y ten ánimo!...

Cuando los guardias oyeron las voces, se volvieron hacia donde habían surgido y, como no atinaron a comprobar exactamente de donde habían procedido al haberse concentrado tantas personas, volvieron sobre sí y continuaron la marcha. Los vecinos no se atrevieron a seguirlos y rápidamente volvieron a sus casas unos y al ayuntamiento otros, para ver cómo quedaba la situación tras la nueva incursión de los militares.

El camino hacia Cella pasaba irremediabilmente por el barranco de *La Hoz*, situado a la salida del pueblo junto a unos pequeños y cuidados huertos, pero se estrechaba peligrosamente durante casi un kilómetro hasta que, finalmente, cruzaba hacia los campos abiertos. Cuando la comitiva pasó junto a las revueltas más profundas, unos disparos de escopetas les hicieron detenerse y se parapetaron detrás de unas rocas. Respondieron a los disparos con sus fusiles y la situación se niveló engañosamente, estaba claro que los emboscados no disponían de las fuerzas suficientes como para hacerles frente con plenas garantías. Rafael comprendió al instante que se trataba de sus amigos, los cuales habían acudido a rescatarlo, pero veía perfectamente que no había nada que hacer. Casi con toda seguridad eran Cipriano y Manuel, además de otras dos o tres personas, aunque ignoraba exactamente de quién se trataba. De manera que sin dudarle les gritó:

—¡No disparéis, que no hay nada que hacer, están muy bien armados y os matarán!

—¡Cállate o te reviento aquí mismo! —le voceó el guardia que estaba a su lado.

—¡Iros de aquí, hacedme caso!... —siguió gritando Rafael.

Pero ya no pudo seguir hablando, pues su cara sufrió el golpe de la culata del fusil del guardia que tenía al lado. Cuando pasados algunos minutos y, todavía algo aturdido, comenzó a despertar, ya no escuchaba más disparos. Sus amigos le habían hecho caso al ver lo inútil de su escaramuza y se habían marchado por el monte. Ya no había vuelta atrás, su suerte estaba echada.

En la calle y ajena a la confrontación que se acababa de producir Violeta se ensañaba con sus paisanos.

—¡Cobardes, no sois más que un atajo de cobardes! —gritaba desconsolada—. ¡Habéis dejado que se llevaran a mi marido que no le ha hecho mal a nadie! ¡Así le pagáis los desvelos y atenciones que siempre ha tenido con todos vosotros! ¡Me lo van a matar y os quedáis tan tranquilos! ¡Cobardes!... —insistía una y otra vez.

Los vecinos, cabizbajos, no se atrevían a contradecir a la exasperada mujer y, poco a poco, la iban dejando sola con sus lamentos acompañada de su hija. Instantes después apareció el cura del pueblo, que hizo un llamamiento general a las personas que estaban en la calle para que acudieran al día siguiente a celebrar un rosario para pedir la victoria del bando sublevado. Margarita, la madre de Violeta y Concepción llegaron asimismo en esos momentos y conociendo los acontecimientos que se acababan de producir, la rodearon e intentaron consolarla al tiempo que recriminaban a los presentes.

—¿Eso es lo que se merecía Rafael? Y vosotros todavía pensáis en rosarios y os llamáis cristianos ¡Pues lo habéis vendido como Judas a los romanos! Tanta lucha y tanto esfuerzo por su parte para que tuviéramos todos una vida mejor y cuando tenéis una oportunidad de hacer algo por él lo abandonáis como a un leproso. ¿Es eso lo que os enseñan en la iglesia? —gritaba Concepción exaltada.

Apenas había pronunciado esas palabras, cuando el cura del pueblo, sintiéndose ofendido por las continuas insinuaciones a la religión, comenzó a vociferar contra las tres solitarias mujeres.

—¿Quiénes sois vosotras para hablar así de los cristianos? La mayor parte de este pueblo es gente honrada que vive temerosa de Dios y sólo los ateos y descreídos como vosotras sois las que siempre habéis perturbado la paz con vuestros actos. Si se lo han llevado será porque algo habrá hecho. Únicamente los libres de pecado tienen garantizado un lugar en el cielo en compañía de Dios. Y entre los justos que ascenderán el día del juicio final no estaréis ninguna de vosotras. Aquí Rafael lleva años encabezando las hordas de Satanás y colocando a la Iglesia al pie de los caballos. Ahora que nadie nos pida ayuda, pues para la gente como él el infierno es poco. Sin embargo, como buenos cristianos que somos, tenéis las puertas abiertas aunque, eso sí, siempre que vengáis a arrepentiros y a cumplir la penitencia por vuestros pecaminosos actos. Pero mucho me temo que no será así ¿verdad? —apostilló.

—No iremos a tu iglesia porque tú no enseñas religión en ella. Allí sólo instruyes en el odio a los diferentes —entró en la disputa Margarita—. Yo he leído libros sobre la vida de Jesucristo y no tiene nada que ver con lo que tú dices y haces. Ni siquiera mosén Rufino se te parecía en nada. Hay muchas maneras de ir por la vida haciendo el bien, pero jamás las aprendiste en el Seminario.

La interrumpió Concepción y explotó su vena anticlerical contenida durante muchos años.

—Tú y los que son como tú os dedicáis a aborregar a los campesinos para que no causen problemas a los terratenientes. ¿Qué tonterías son esas de que el cielo es para los justos? ¿Quién lo es más, José María o Rafael? ¿Quién se ha deslomado para servir a los habitantes de este pueblo sin pedir nada a cambio? Y según tú, el cielo será para el hijo de Romualdo y el infierno para el de Cosme. Pues mientes descaradamente. Ni el cielo ni el infierno existen en la otra vida y tú lo sabes. Es lo que decís para mantener mansos y sumisos al personal. Para que sufran y aguanten todo lo que puedan y así serán premiados con la vida eterna en el cielo. Pero mientras tanto, aquí en la tierra está el verdadero infierno que creáis vosotros.

Ante las protestas de mosén Pascual volvió a entrar en la disputa Margarita, que muy metida en sus razonamientos cada vez más claramente ateos le gritó en medio del pasmo general de los presentes:

—¡Algún día llegará en que los hombres se sublevarán contra la tiranía de las religiones y vosotros no seréis más que el recuerdo de una atroz pesadilla, la reliquia de la maldad más absoluta de los tiempos pasados!...

El cura no pudo contenerse y explotó.

—¡Ladrad todo lo que queráis, pero la religión se ha abierto camino nuevamente y cuando los militares salvadores de España ganen esta cruzada suplicaréis por vuestras miserables vidas! ¡Tú, Margarita, parece mentira que hables como lo estás haciendo, estando tan relacionada con personas de la Iglesia! No sé qué pensará tu marido al respecto. ¡Y tú tienes suerte, Concepción, de que sólo seas una menesterosa viuda cargada de hijos, pero cuando vuelvan los militares les haré llegar a tu casa y te llevarán a mi presencia a ver lo valiente que eres! —acabó amenazando mosén Pascual.

Sin embargo, de entre la muchedumbre salieron algunas voces en defensa de la pobre viuda y el corrillo de voces que protestaba por lo que creían una barbaridad, fue creciendo hasta que el cura comprendió que se había extralimitado con ella. Todos en el pueblo conocían su historia y aunque muchos no la querían todavía existían creyentes que no comulgaban con las inquisitoriales ideas del párroco. De manera que éste levantó la mano pidiendo que cesaran las voces y pidió disculpas por los exabruptos emitidos en público. En su interior, sin embargo, pensaba justamente lo contrario y ya tendría tiempo de poner en práctica sus argumentos.

Algo contrariado por no encontrar la unanimidad que pretendía contra las tres mujeres, el cura dio media vuelta y se dirigió nuevamente hacia la iglesia recordando a los presentes el rosario del día siguiente. Los vecinos comenzaron a ausentarse y al poco casi todos se encaminaban hacia sus respectivas casas después del trasiego violento que habían vivido en las últimas horas. Tan sólo un pequeño grupo de personas fueron hacia Violeta ofreciéndole ayuda para superar los ingratos momentos que estaba viviendo. Sin embargo, su precario consuelo era contrarrestado por el recuerdo todavía reciente de los hechos acaecidos. Aun con todo, les dio las gracias y se despidió de los presentes, éstos eran las únicas personas que, aunque débilmente, le estaban mostrando una cierta comprensión a su padecimiento. Su corazón estaba destrozado y no albergaba ninguna duda de que la vida de su marido corría grave peligro.

Entretanto, la comitiva de militares y prisioneros seguían a duras penas el camino hacia Cella. Poco tiempo después de haber salido del pueblo, los guardias civiles decidieron seguir por un sendero paralelo y menos conocido para evitar alguna que otra encerrona. Esta senda atravesaba una dehesa del sabinar y la comitiva seguía por ella tensa y silenciosa. Los guardias con suma prevención, dispuestos a responder a cualquier emboscada. Y los prisioneros con la mirada perdida y caminando a duras penas. Mientras atravesaban el sabinar, poco a poco, el silencio llegó a hacerse insoportable. Al principio, tan solo se podía oír el sonido de las aves que poblaban el lugar. Pero al poco tiempo, el único rumor que se escuchaba eran los quejidos de los prisioneros y el ruido producido por sus pasos, en más de una ocasión, mientras arrastraban el suelo.

Y llegó un momento al penetrar por una zona más densamente poblada de sabinas, donde cesaron por completo los sonidos que evidenciaban la vida del bosque. El sabinar se sumió en un beligerante silencio. Los guardias redoblaron su atención presintiendo una notoria anormalidad, mientras que los prisioneros elevaban la frente intrigados ante la insólita novedad. El silencio del sabinar parecía acompañar a la comitiva roto, tan sólo, por alguna ráfaga de viento que doblaba las ramas y las hacía sonar como un lejano suspiro. El bosque parecía cobrar vida, aunque ésta simulase ser un sórdido lamento, algo así como una fúnebre despedida que ofrecía el sabinar, como si entendiera el dolor de aquellos dos seres humanos que caminaban irremediablemente hacia el cadalso.

Entonces, Rafael tuvo un impulso y elevó de nuevo la cabeza para observar más detenidamente aquellos árboles tan especiales. La apariencia deformada, retorcida y singular de todos ellos, dotaba al entorno de una cierta empatía con su sufrimiento y parecía acompañarle en tan penosas circunstancias. Abría los ojos todo lo que podía sin perder detalle de lo que le rodeaba hasta que se dio cuenta que él, con su cuerpo dolorido y contorsionado cuando caminaba, se asemejaba a aquellas sabinas milenarias. Mientras las observaba, reflexionó que tenía que armarse de valor, ser como ellas, fuertes y orgullosas, así habían logrado sobrevivir a lo largo de miles de años en la Sierra. Y si él finalmente lo conseguía, ni la acción del hombre ni las de la propia naturaleza lograrían doblegar su espíritu y, mucho menos, poner fin a su vida.

Y en esta situación continuaron hasta que llegaron al término municipal de Cella donde abandonaron la senda, porque el campo se abría hacia el horizonte y el peligro de emboscadas por lo menos, aparentemente, desaparecía. En ese punto, los guardias decidieron seguir por la carretera, todavía incómodos por el inesperado escenario que habían padecido al decidir atravesar el sabinar.

Casi dos horas más tarde, con las últimas luces del día y sin ningún contratiempo después de la balacera del barranco de *La Hoz*, llegaban a su destino. Fueron directamente al cuartel de la Guardia Civil e ingresaron a los prisioneros en una celda junto a otros que ya estaban allí, sus rostros magullados eran la viva muestra de los tormentos padecidos. Esa noche apenas pudo dormir Rafael entre los quejidos de algunos compañeros de celda. No probó el caldo que le dieron los carceleros e incómodo, al estar tendido en el suelo, no hacía más que

pensar en su familia mientras por su cabeza seguía impertinente la machacona frase lapidaria que le había gritado José María en Monterde ¿mereció la pena, Rafael?

Al día siguiente estuvo esperando ser uno de los que sacaban continuamente de la celda para interrogar, pero ese momento nunca llegó a pesar de la amenazadora promesa realizada por José María en Monterde. Salían los prisioneros y volvían no como seres humanos, sino como guñapos estrujados de dolor por las palizas sufridas. Durante todo el día esperó en vano ser uno de los que llamaran para ser interrogado, pero pasaban las horas y allí seguía con la incertidumbre a cuestas. Algo repuesto comió con sobriedad la ya de por sí escasa comida habilitada por sus carceleros y, llegada la noche, pudo dormir algo aunque se despertaba continuamente por los gritos de sus compañeros de celda y las pesadillas que continuamente le asaltaban. En sus sueños veía a su mujer e hija a lo lejos y caminaba hacia ellas para abrazarlas pero nunca llegaba por más que lo intentaba. Luego, las risas del falangista José María y su pregunta capciosa le creaba un desasosiego interno y se despertaba de nuevo. Quizás lo que más le dolía era la mansedumbre mostrada por sus vecinos y el que nadie hubiera movido un dedo por defenderlo, salvo sus íntimos amigos. ¿Qué había fallado? ¿Qué había hecho mal durante su vida para acabar de esa manera? No atinaba a comprender por qué le habían dado la espalda cuando más los necesitaba.

Una y otra vez se desvelaba estremecido y sudoroso en medio de un quejido desgarrador que sonaba hueco en la estancia, rodeado por otras personas que padecían asimismo sobresaltos similares. Y en medio de aquella penosa noche le sobrevino el consejo que le diera su amigo Ernesto años atrás. ¡Cuánta razón tenía, pensaba Rafael! Estaba ciego por no haberse dado cuenta antes. Lleno de rabia se arrepentía por no haberlo escuchado. Más aún, su dolor se hacía cada vez más y más grande por no haber tomado la determinación de marcharse cuando tuvo oportunidad de hacerlo, después del desaire a Violeta por parte de aquellos vecinos en Teruel. Maldecía su falta de determinación que le había conducido a ese callejón sin salida. Ahora era demasiado tarde y se encontraba abocado a un presumible fin y pensaba que ya nunca más volvería a gozar con la compañía de su familia. Todo ello no hacía sino angustiarse más todavía y el resto de la noche fue testigo de sus miedos. Presentía que su fin estaba cercano.

Durante el segundo día de su estancia en la cárcel de Cella, lo llamaron y sacaron de la celda. Era el momento que más había temido desde que llegara allí, pero estaba dispuesto a lo que fuera y su reto más importante era no demostrar cobardía ni incertidumbre alguna. No había hecho nada a nadie y, por lo tanto, creía que no podía pasarle nada. Le llevaron a una celda pequeña y lo tuvieron esposado sentado en una silla. Las heridas sufridas y su maltrecho hombro le seguían doliendo, aunque no tanto como la inseguridad que padecía por el futuro de su familia.

Casi a la media hora del traslado apareció José María Cavero junto a dos falangistas. El faccioso monterdino iba inmaculadamente vestido para la ocasión, gozaba de verse así y, más aún, de la situación que iba a protagonizar con su más encarnizado rival en Monterde. Como un tramposo jugador de cartas guardaba en su manga todos los ases de la partida y el resultado final de la misma se sabía de antemano. Mirándolo con sorna le comentó con afectada suficiencia mientras golpeaba ligeramente en su mano la conocida fusta de verga de toro.

—De manera que tus amiguitos quisieron liberarte a la salida del pueblo. Lástima que no me pilló allí, los hubiera hecho picadillo —dijo riéndose, para luego añadir—. Y ahora vamos a lo nuestro. A ver... ¿Dónde están escondidos tus amigos? ¡Dímelo y no te pasará nada! —insistió.

Rafael miró seriamente a José María y éste supo desde ese instante que no los traicionaría. Cegado por la ira, comenzó a golpear brutalmente con la fusta al prisionero por todo su cuerpo. Cuando se cansó, tiró la verga de toro a un rincón de la habitación y le dio un puñetazo que le hizo caer al suelo. Pero Rafael seguía silencioso, tan sólo un leve quejido salía por su boca tras cada golpe. Entonces, José María indicó a los falangistas que lo levantaran y sujetaran. Una vez en pie, los golpes y las patadas se sucedieron sin pausa hasta que el prisionero se desmayó y su peso muerto hizo que los torturadores le soltaran cayendo con estrépito al suelo. Lo dejaron unos minutos tumbado y luego le tiraron el agua de un balde para que se despejara. José María le volvió a preguntar por sus amigos y ante la persistente tozudez de su paisano comenzó de nuevo la paliza. Después de varios minutos, que se hicieron interminables, los falangistas, agotados por el esfuerzo, decidieron llevarlo de nuevo a la celda cubierto de sangre

y con grandes muestras de dolor, especialmente en sus costillas, donde intuía que tenía alguna fracturada.

Al llegar el mediodía le acercaron la comida, pero no tenía fuerzas ni para incorporarse a comer. Rafael siguió tumbado con el único pensamiento de sus amigos, a los que jamás traicionaría por mucho que se ensañasen con él, y de su familia, que era lo único que le mantenía todavía en pie. Llegada la tarde, continuaron las palizas, y ante las preguntas de José María seguía el persistente silencio de Rafael. Cuando aquél vio que no había nada que hacer, se dio por vencido y ordenó a los guardias que lo volvieran a llevar a la celda y esa noche decidiría qué harían con él.

A la madrugada siguiente, apenas había salido el sol, el carcelero abrió la celda y comenzó a nombrar algunos individuos que llevaba escritos en un papel. Cinco hombres, entre ellos Rafael, salieron de la cárcel y los subieron a un camión que estaba aparcado a las afueras del cuartel. Todas estas personas presentaban un aspecto deplorable. Sus ropas estaban hechas jirones y la sangre seca les cubría las partes visibles del cuerpo. El silencio tan sólo estaba roto por los gemidos de dos de ellos y el canto de los pájaros que, ajenos a tanto espanto, daban la bienvenida al nuevo día. Varios falangistas subieron con los prisioneros y se sentaron en unos bancos situados en los laterales del camión, que iba descubierto sin ninguna lona. Cuando comenzó a circular observó cómo un coche se ponía en marcha y los seguía a corta distancia. Los dos vehículos iban despacio y tomaron el camino que llegaba hasta Teruel.

Unos kilómetros antes de llegar se desviaron hacia la derecha de la carretera y aparcaron entre unos yermos campos de cereal. Los facciosos hicieron bajar a los prisioneros y a empellones los llevaron hacia donde sobresalía una pequeña oquedad y, tal como se iban acercando, un malsano olor a putrefacción comenzó a impregnar el ambiente. Del coche que cerraba el convoy salieron tres personas, el conductor, un sacerdote y José María. Rafael intuía desde que lo sacaron de la celda que su fin estaba próximo, pero ahora tenía la plena confirmación de sus sospechas y también sus acompañantes. Uno de ellos no pudo aguantar más la tensión y cayó arrodillado mientras lloraba y clamaba misericordia por su familia. Otro de los compañeros temblaba no de frío si no de puro miedo y al observarlo más detenidamente, Rafael se dio cuenta de que se había orinado encima de los

pantalones. El cura se acercó a los prisioneros y comenzó a hacerles la señal de la cruz mientras les conminaba a arrepentirse por sus pecados. Cuando llegó al último de ellos fue a realizar sus oraciones, pero Rafael mirándolo seriamente a los ojos le increpó secamente:

—¡Ni lo intentes!

El cura se encogió de hombros y volvió donde se encontraban los guardias que los custodiaban. Uno de ellos acudió con algunas vendas en las manos y comenzó a colocarlas tapándoles los ojos. De derecha a izquierda el segundo prisionero no quiso que lo vendara, ni tampoco Rafael, que se encontraba situado en último lugar. Cada uno de ellos se enfrentaba a su último instante de manera diferente. Dos de los condenados estaban con la cabeza orientada hacia el suelo sin decir palabra alguna, evocando con toda seguridad a sus respectivas familias. Otro lloraba desconsoladamente y afrontaba de mala manera sus últimos momentos de vida. La persona que no había querido que le vendaran miraba con gesto serio y grave a sus matarifes, estaba esposado y daba la impresión de que en caso contrario iba a saltar a por ellos en cualquier instante. Y por último, Rafael miraba al cielo no por miedo sino queriendo vislumbrar entre el color azul de la mañana y las altas nubes la imagen de su mujer e hija como el último recuerdo de su vida.

José María, por su parte, fumaba tranquilamente un cigarrillo y disertaba con el grupo de falangistas como si tal cosa. Cuando acabó el pitillo lo echó al suelo y lo pisó con fuerza y dirigiéndose a sus compañeros les indicó con la cabeza que podía comenzar la ejecución. Se acercaron a los prisioneros y les obligaron a ponerse en línea. Luego, José María Cavero se colocó a la derecha del pelotón de fusilamiento. Todos ellos formaron en dos líneas y se dispusieron a batirlos según el proceso previsto.

—¡Atentos... carguen... apunten... fuego! —ordenó cada uno de los pasos a seguir.

Los disparos rompieron el silencio de la mañana y su eco resonó por el contorno como un estampido lúgubre que se repetía en demasiadas ocasiones durante los últimos días. Los cinco cuerpos se desplomaron en medio del estallido, pero no todos habían muerto. José María desenfundó su pistola y comenzó a rematarlos uno por uno. Cuando llegó al último se agachó y vio que Rafael todavía vivía. Los

disparos le habían acertado plenamente y la sangre salía a borbotones por su pecho. Él abría y cerraba la boca desesperadamente intentando respirar aire en medio de su agonía. José María se reincorporó y le preguntó nuevamente al moribundo:

—¿Mereció la pena, Rafael? Lo has perdido todo, hasta la vida. Mira que siempre te he dicho que no hay nada más desagradecido que la purria miserable. Tanto que has luchado por ellos y mira en qué situación te ves ahora. Todo tu sacrificio y, sin embargo, ya no verás más a tu mujer ni a tu hija. Dime... ¿Mereció la pena?... ¡Contéstame!

Rafael intentaba decir algo, pero no salía ninguna palabra inteligible por su boca. Tenía los ojos muy abiertos, pero sólo veía a su mujer e hija y recordaba en fugaces instantáneas los breves y agradables momentos que habían vivido juntos. Ya casi no se acordaba del desaire de sus paisanos cuando lo aprehendieron. Él había hecho de su vida lo que siempre había querido... o casi. Pero la frase de José María seguía martilleándolo en sus últimos instantes de vida. ¿Merecía la pena tanto esfuerzo para acabar de esta manera? Todo lo que había hecho por su pueblo y ahora dejaba en este mundo lo que más quería, en medio del silencio cómplice de los que siempre había querido beneficiar. Quiso decir algo, pero de su boca sólo salían sonidos carentes de sentido y su paisano falangista le seguía observando mientras la vida se le escapaba por momentos. José María volvió a mirar decidido a Rafael y le espetó nuevamente.

—¿Mereció la pena, Rafael?

Éste trataba de responderle, pero cada vez estaba más débil y, aunque ya no se quejaba, intentaba balbucear la respuesta que con tanto ahínco estaba esperando José María. Realizó un último esfuerzo para hablar, pero de su boca tan sólo salió un hilo de sangre. Entonces el falangista viendo que su pregunta no iba a ser respondida, sujetó firmemente la pistola y apuntando a la cabeza de Rafael le descerrajó el último tiro de la ejecución. Volvió a guardarla en su funda y se dirigió hacia el coche. Mientras tanto, los miembros del pelotón iban cogiendo uno a uno los fusilados y los arrojaban a la hondonada situada detrás del lugar de ejecución. Los Pozos de Caudé seguían engullendo carne humana ante la infamia complaciente de sus asesinos.

—¿Mereció la pena, Rafael?...

EPÍLOGO

Marcelina y su familia salieron de la iglesia y se encaminaron hacia el cementerio situado junto a la ermita de San Roque. Una vez en el interior, acudieron a una pared donde estaban colocados los nichos más recientes y limpiaron el de su marido. La anciana colocó un ramo de flores en el frontal del sepulcro y se quedó unos momentos rezando. Su esposo había abandonado este mundo hacía cinco años, después de casi cuarenta de feliz matrimonio.

Durante todo ese tiempo habían disfrutado plenamente de la vida, sobre todo porque su tía, que la ahijó de niña, había acumulado numerosos bienes durante el franquismo. Además al ser una huérfana de guerra por la parte de los vencedores, las autoridades políticas del régimen le ofrecieron todo su apoyo. Eso sí, nadie de su familia osó contarle los detalles escabrosos de la vida de su padre para no ofenderla y ella tampoco hizo por saber nada más que lo estrictamente necesario, pues muchas veces cuando preguntaba sobre él recibía como respuesta incómodos silencios.

Una vez finalizado el responso, acudieron a la parte central del camposanto en cuyo suelo estaban situadas unas pocas tumbas y comprobaron que alguna de ellas ya las habían acondicionado el día anterior, normalmente las de los vecinos que vivían en el pueblo. La mayor parte de estos sepulcros eran muy antiguos y estaban cubiertos por unas lápidas que el paso de los años había tornado quebradizas y borrado alguna de las letras que las identificaban. A una de ellas, posiblemente la más ostentosa de todas, acudió Marcelina y su séquito. Al llegar la nuera, extrajo de un bolso un trapo descolorido y un limpiador y comenzó a adecentar la losa bajo la atenta mirada de la suegra, que estaba situada al pie mismo de la tumba. Cuando comprobó que ya estaba limpia, Marcelina pidió otro ramo de flores a su hijo y lo depo-

sitó sobre la vieja lápida de mármol al tiempo que los familiares del difunto rezaban una oración. La anciana mujer, una vez terminado el responso, cogió con delicadeza la mano de Alejandro y le comentó con total determinación.

—No sabes la suerte que has tenido por haber gozado de la compañía de tus padres, tuviste a los dos hasta hace bien poco. Yo no puedo decir lo mismo. Las circunstancias de la vida me arrebataron la niñez.

—¡Madre, haga el favor de no atormentarse, nos tiene a nosotros!
—respondió Alejandro.

—Tienes razón —señaló Marcelina— pero ¿qué sería de mi vida sin vosotros y los niños? No te puedes imaginar la pesada losa que es la soledad. Ser una huérfana sin el cariño de la gente, tan sólo el de mi tía... Si no hubiese sido por ella no sé qué habría sido de mí. Con mi padre muerto cuando apenas era una niña... no tengo ni un recuerdo de él. Y mi madre encerrada en un manicomio a los pocos meses de quedarse viuda hasta que murió. ¡Que desesperación, Dios mío! Espero pasar los últimos años de mi vida con la felicidad que no tuve en mi infancia. Recuérdalo, Alejandro, la familia es lo más grande que nos ha dado Dios. Sin ella somos como los animales o mucho peor.

Su hijo no se atrevió a interrumpirla. Siempre que acudían al cementerio el día de Todos los Santos su madre entraba en una especie de trance depresivo que ni tan siquiera sus cuidados y atenciones lograban calmar.

—¡Pobre mujer, cuánto tuvo que pasar durante su niñez!
—pensó.

Mientras, los críos revoloteaban por los alrededores bajo la atenta mirada de su madre, que les ordenaba sin éxito que no tocaran nada y guardaran el respeto que merecía el lugar. Unos metros más al fondo, junto a una pared situada en la solana, estaban colocadas varias hileras de nichos también de una antigüedad notable y allí el ritmo de la limpieza era más frenético por la acumulación de personas que tenía lugar. Marcelina saludó a Irene y a su marido Néstor. Les preguntó cómo les iba y, después de un breve intercambio de palabras, volvió sobre sus pasos hasta situarse de nuevo al pie de la tumba, con la compañía de su hijo y la nuera. Marcelina se cruzó de brazos mientras,

pensativa, observaba el sepulcro de su padre y delectaba el epitafio que surcaba el mármol de la sepultura: Aquí descansa en paz José María Cavero Sánchez nacido el día 13-6-1905 y muerto el 25-12-1937. Héroe de la defensa de Teruel contra las hordas marxistas. Tu mujer e hija no te olvidan.



Cuando acabó la misa, Irene y Néstor acudieron a su casa para recoger los ramos de flores que habían dispuesto para los nichos familiares y una pequeña escalera plegable. Comprobaron que los ancianos seguían sentados en unas butacas viendo la televisión y, casi sin hacer ruido ni decirles nada, salieron nuevamente y se encaminaron hacia el cementerio. La madre de Irene, Josefina, cuando la oyó salir suspiró profundamente y sacándose un pañuelo del bolsillo del batín se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Todavía seguía con la coletilla de su ausencia en el aseo de las tumbas de sus padres y del patriarca.

Unos minutos más tarde la familia de Irene llegó al camposanto junto a numerosos monterdinos que acudían a visitar las tumbas familiares en medio de un frío intenso que casi cortaba la respiración.

—¡Qué frío hace! —exclamó Irene—. Aunque se enfade mi madre, hemos hecho lo correcto. No pueden salir de casa con esta temperatura y tal como están.

Una vez pasaron la puerta de entrada, comenzaron inmediatamente las labores de limpieza en el nicho familiar ocupado por sus abuelos. Cuando finalizaron la tarea, continuaron por la sepultura más antigua situada en un lateral del camposanto donde estaba enterrado su bisabuelo al que conocían como el patriarca de la familia. La lápida estaba muy deteriorada, pero se aplicaban en dejarla lo mejor posible. Las historias que hablaban de su vida —contadas tanto por su madre como por personas que lo conocieron— incidían en que, ante todo, había sido una excelente persona y que había sufrido mucho en la vida. Y sobre todo, la crueldad de su muerte fue tal que cuando pensaba en ella todavía le saltaban las lágrimas. No había rabia ni odio en sus recuerdos, únicamente clamaba contra las injusticias de la vida.

Sus padres acudían todos los primeros de noviembre al cementerio. Además, cada año los hermanos de la mujer se turnaban con

Irene limpiando y arreglando los nichos de sus parientes. Este le había tocado a ella y se aplicaba en la labor lo mejor que sus años le permitían. Asimismo contaba con la ayuda de su marido y su hija pequeña, que alternaba la ayuda a las indicaciones de su madre con los inevitables juegos de la edad. Y en el cementerio, como había varios de sus amigos, su desorientación era permanente.

—¡Acércame la escalera, pequeña! —le dijo su madre.

Ante el despiste de la cría su padre le recriminó su actitud. Sin embargo, las quejas de la hija hicieron que se apiadara de ella y a continuación rectificó

—¡Déjalo, anda, ya lo haré yo! —instantes después le reconvinó nuevamente—. Mira, si vas a seguir así será mejor que te vayas a jugar con tus amigos, pero que no sea muy lejos, ¡eh!

Néstor dejó de colocar las flores en los nichos de su familia y, cogiendo la escalera plegable que habían llevado para la ocasión, la acercó a su mujer para que siguiera limpiando el viejo nicho del patriarca. Irene, una vez subida a la escalera, comenzó a asear con una bayeta el frontal de la sepultura, retiró las descoloridas flores depositadas un año antes por su madre y hermana y ajustó en un pequeño recipiente el ramo de flores de plástico comprado el día anterior en Teruel. Luego, recogió dos tarros de cristal y se los dio a su marido para que los llenara de agua. Cuando éste se los devolvió los volvió a colocar en su sitio e introdujo en su interior un manojo de crisantemos y margaritas mezcladas.

—¡A ver cuánto aguantan las flores naturales este año! —pensó.

Lo acomodó todo lo mejor que pudo y bajó de la escalera con cuidado ya que estaban jugando en las proximidades algunos críos revoltosos. Una vez alcanzó el suelo, miró hacia el nicho sonriendo.

—Ya lo tengo arreglado. ¡Mira qué bien ha quedado! —dijo satisfecha a su marido—. Cuando lo vea mi madre se sentirá contenta de cómo hemos dejado de aseado el nicho del abuelo Anselmo —concluyó.

Luego, como siempre ocurría en esas fechas, comenzó a comentar con su marido los acontecimientos que tuvieron lugar en el pueblo y provocaron la muerte de Anselmo.

—Pero mira que tuvo mala suerte el patriarca. Estuvo todos los días que siguieron al alzamiento encerrado en casa y en el momento en que la situación se normalizó comenzó a salir pero sólo muy de vez en cuando. Siempre he pensado que lo estaban esperando, pero que no se atrevían a ir por él. Y Anselmo lo intuía —comentaba la mujer. Reflexionó en silencio durante un breve momento y continuó—, de una manera u otra lo habrían matado pues había quien se lo tenía jurado desde hacía tiempo. Dime si no es así ¿por qué cuando le dispararon con una escopeta a traición se oyeron voces que lo mataban por soplón, beato, meapilas y otras sandeces por el estilo? ¿Cómo se puede matar a alguien por ser un buen cristiano?

—¡La guerra vuelve locos a los hombres! No le des más vueltas Irene, que ha pasado una eternidad desde entonces. Dejemos que Anselmo descanse en la paz que no tuvo cuando vivió —concluía Néstor la reflexión.

Estaba evocando los recuerdos de la muerte del patriarca con Néstor, cuando se acercó nuevamente Marcelina. Casi al instante, Irene notó un estremecimiento en su cuerpo y estornudó a continuación. Sintió que tenía húmeda la cabeza e instintivamente se llevó las manos al pelo comprobando que estaba humedecido. Se giró a su alrededor y mirando al cielo vio cómo densos copos de nieve empezaban a caer desde el encapotado cielo al principio espaciosamente, pero, instantes después, con una fuerza inusitada. Volvió instintivamente su mirada hacia el valle que discurre en dirección norte hacia la masía de *La Jara* y comprobó que la nevada iba a ser copiosa. Una densa cortina de color blanco impedía ver con nitidez más allá de las parideras situadas a la salida del pueblo.

—Vaya momento ha elegido Dios para empezar el invierno —exclamó dirigiéndose a Marcelina.



Una vez que Virtudes con su familia salieron de Monterde, pasaron primeramente por los pueblos de Bronchales, Noguera, Tramacastilla y Torres y, después de desviarse por Trambasaguas, enfilaron la carretera que les llevaría cerca de Terriente. Virtudes, cada vez mas nerviosa, no pudo controlar nuevamente su emoción y unas lágrimas rebeldes surcaron su rostro por culpa de los viejos recuerdos. Dejaron

después el pueblo de Royuela y algo más adelante, en un claro próximo al caserío de los Molinares, justo donde la carretera se bifurcaba a la derecha hacia Moscardón, Jaime detuvo el coche y echó un vistazo nuevamente a los planos que, de tanto mirarlos, ya conocía casi de memoria.

—Ya hemos llegado —exclamó—. Ahora a unos trescientos metros más arriba tenemos que encontrar un camino a la izquierda y dejar el coche —así lo explicó mientras echaba un vistazo a los alrededores.

Y de esta manera lo hicieron. Por ahora las indicaciones se estaban cumpliendo exactamente. Bajaron del vehículo y miraron al cielo que seguía amenazando nieve desde primera hora de la mañana. Se colocaron los abrigos y los niños además las bufandas, a pesar de sus continuas protestas. Jaime miró nuevamente el plano y comprobó la existencia de un pequeño camino. Éste atravesaba un ribazo situado entre varios campos de labor hacia una loma pequeña, donde se apreciaba un minúsculo bosque. Después de seguir las indicaciones del mapa y cruzar a la otra parte, se entretuvo buscando un árbol que tenía unas marcas grabadas en la corteza. Como los niños no paraban de jugar, su padre les demandó que le ayudaran logrando, aunque sólo fuera momentáneamente, que no molestaran a los abuelos que cariacontecidos seguían a su hijo por donde caminaba. Virtudes, exhausta por todo lo que estaba viviendo, no pudo continuar y se acabó sentando en una gran piedra a la espera de noticias sobre la búsqueda.

Pasaron varios minutos sin resultados positivos y cuando Jaime comenzaba a desesperarse comprobó que una sabina cercana al lateral de un claro coincidía en su posición y forma con las indicaciones del plano. Miró detenidamente los signos marcados en forma de zeta que, en número de cinco, rodeaban el árbol a unos dos metros de altura, y sonrió. Lo había encontrado. Ojeó su alrededor y comprobó que en ese lugar, curiosamente, no crecía ningún arbusto grande, como si alguien lo limpiara de vez en cuando, ya que tan sólo se veían matojos de tomillos y ajedreas. Le llamó la atención que tal y como indicaba el plano, se podían apreciar cinco losas grandes de piedra caliza dispuestas a lo ancho del claro. Esas piedras no eran propias del contorno, alguien las había depositado en círculo, como marcando un punto determinado. Volvió a mirar el mapa y gritó

—¡Madre, es aquí!

José ayudó a su mujer a levantarse y ambos acudieron a donde su hijo les indicaba.

—Aquí, aquí es —repetía nervioso una y otra vez.

Virtudes, emocionada volvió a sacar el pañuelo del bolsillo y se secó las lágrimas.

—¿Estás seguro? —le decía a su hijo.

—Esta vez sí, madre, me lo dijo el hombre que entrevistó hace años a un campesino de esta zona. Éste le comentó que cierto día, durante la guerra civil, estaba labrando los campos y vio como enterraban a unas personas. Tenía miedo y no acudió a ver lo que pasaba. Cuando se fueron los militares, comprobó que había cinco montones de tierra recientemente excavada e hizo las marcas en la sabina. Luego, investigando consiguió los nombres de tres de ellos que pertenecían a la columna del Rosal y los anotó en un libro de su casa para no despertar sospechas. Es aquí —concluyó.

Los lloros de Virtudes contagiaron a sus parientes y los dos adultos se emocionaron también. ¡Por fin la mujer había encontrado la tumba donde descansaba su padre Manuel! Pasaron unos instantes de íntimo recogimiento hasta que oyeron a los niños gritar con viva voz.

—¡Papá, abuelos, está nevando!

En efecto, el día había roto definitivamente y grandes ampos de nieve caían lenta y pausadamente. El cielo también lloraba.



Cuando Carlos y su familia hubieron penetrado en el cementerio, se encaminaron directamente a las tumbas de sus padres. Los cuatro adultos limpiaron los nichos familiares y colocaron sendos ramos de flores en su honor. Se mantuvieron de pie hablando de sus recuerdos. Al cabo de unos minutos, llamaron a los críos que estaban correteando por las afueras exhortándolos a subir a los coches para seguir el viaje. Se volvieron sobre sus pasos y llegaron nuevamente a Cella. Esta vez pararon en un bar situado a la entrada del pueblo para tomar algo caliente. Contuvieron como pudieron a los niños, que no dejaban de meterse con su primo Adrián, y, ya puestos, decidieron

almorzar para ver si así tranquilizaban de una vez a los pequeños revoltosos. Cuando acabaron el tentempié reiniciaron el camino desviándose a la salida del pueblo en dirección a Gea de Albarracín. Al cabo de un rato atravesaron esta localidad y continuando por la carretera a un kilómetro escaso llegaron a una zona conocida como *El Azud*.

Este paraje estaba situado justo donde el río Guadalaviar hacía un remanso y una frondosa chopera llegaba hasta los límites mismos de la carretera. El lugar era ciertamente precioso, cruel por la historia padecida, pero de una belleza natural encomiable. A la derecha de la calzada, en dirección a Albarracín, había una pequeña explanada que daba hacia la parte de la montaña con una pared de piedra recientemente restaurada. Allí habían colocado un pequeño monolito que señalaba el punto donde había tenido lugar una serie de luctuosos sucesos bastantes años atrás. Cuando salieron del coche, el frío era intenso debido a la proximidad del curso del agua que humedecía el ambiente y disminuía considerablemente la sensación térmica. Miraron hacia el cielo y las perspectivas eran poco halagüeñas:

—¡Qué día de perros! —exclamó Carlos dirigiéndose a su mujer—. Al final tendrás razón y nevará.

Por su parte, Cecilia asintió con la cabeza y se fue a hablar con su cuñada. Los niños seguían incordiando, a pesar del tiempo, y molestaban continuamente a Adrián que siendo unos años mayor había intuido que algo parecido iba a ocurrir.

—¡Qué pesados! —musitó entre dientes.

Pasó un rato durante el cual Carlos y Julián hablaban de algo como en susurros, sin alzar apenas la voz. Transcurridos unos minutos llamaron a Adrián al tiempo que rogaban a las mujeres que se encargaran de los pequeños, ellos tenían que comentarle algo al muchacho. Se les acercó Adrián risueño y contento por quitarse del medio a aquellos pelmas que no dejaban de fastidiarle. Su tío Julián, con el semblante serio, comenzó a hablarle:

—Escucha, sobrino, prefiero ser yo quien te vaya poniendo en antecedentes sobre lo que estamos haciendo aquí. ¿Tú sabes quién está enterrado en esta fosa?

—Pues claro, vuestro abuelo —indicó el chico.

—¡Bien! ¿Pero tú sabes por qué está aquí y no en el cementerio como están sus hijos en Monterde, es decir tus abuelos? —volvió a preguntar el tío.

—Pues porque aquí murió en un accidente y aquí lo enterraron —respondió con franqueza el muchacho.

—Adrián... eso no fue exactamente así. Lo que hay delante de ti es una fosa con un montón de personas y muchos de sus familiares no saben tan siquiera que están aquí. Estarás conmigo en que todo el mundo tiene derecho a ser enterrado en un sitio único, donde su familia pueda ir a rezarle o a recordarle. Pues bien, te voy a contar la verdadera historia de tu bisabuelo —le dijo al tiempo que con su mano le sujetaba el hombro mirándolo a la cara.

—Él era una buena persona, muy buena, todo el mundo lo quería y nunca hizo mal a nadie. Pero mira por dónde, en tiempos de la República se le ocurrió que tenía que meterse en política y se acabó afiliando a un sindicato. Allí se dedicaba a llevar la contabilidad y cobraba las cuotas de los socios. Nunca hizo nada más. Al estallar la guerra civil algunos en el pueblo se decantaron claramente por uno u otro bando, pero él no hizo nada. Cuando llegó la Guardia Civil le dijeron sus amigos que se escondiera, pero como no había hecho daño a nadie no quiso escucharles. Así es que un grupo de guardias entraron en los locales del Sindicato y, a punta de fusil, lo sacaron y se lo llevaron a Albarracín. Durante toda esa noche lo torturaron para que contara donde estaban sus compañeros. Así lo tuvieron durante varios días dándole palizas continuamente, haciéndole las mil y una barbaridades y de los golpes que le dieron casi lo matan. Un día lo subieron a un camión, junto a otras personas que tenían detenidas por otros pueblos, y aquí, en esta cuneta de la carretera, los apearon y fusilaron, dejándolos abandonados como perros. Por eso venimos aquí, para honrarle, aunque no sepamos en qué punto está exactamente —y mientras hablaba depositaba un ramo de claveles encima del monolito.

Adrián se quedó estático, confundido, mientras intentaba asimilar el caudal de información que acababa de recibir. Él siempre había creído que aquél hombre había muerto en un accidente, pero ¿cómo pudo ocurrir aquello? Le parecía un disparate que se matara a nadie por pensar diferente. Se encogió de hombros como no entendiendo nada y miró detenidamente aquel monolito. Intentaba comprender

que allí estaba la tumba de la persona que figuraba en un retrato de boda en el comedor de su casa.

Su tío seguía hablándole, pero casi no escuchaba lo que decía. Eran palabras huecas que rebotaban en su cabeza. Su mente estaba en otro sitio, imaginando cómo había ocurrido lo que acababa de oír. Él, que se pasaba el día discutiendo con su hermano mayor e incluso a veces se cansaba de oír a sus padres recriminarle cuando hacía algo mal, no por eso dejaba de quererlos. Es más, sólo de pensar que podía perder a alguno de ellos se le ponía un nudo en la garganta. De la misma manera ¿cuánto habría sufrido su abuelo al enterarse de la muerte de su padre y más de esa forma? Siempre había oído historias sobre su bisabuelo Florentín pero de forma solapada, y lo cierto es que nunca había prestado mucha atención. Y ahora que sabía lo que realmente había ocurrido estaba consternado. Notaba que había envejecido tras el relato. Estaba madurando sin quererlo, de la forma más cruel que uno se pueda imaginar. Definitivamente, en aquel viaje había dejado atrás para siempre su niñez.

Mientras tanto, totalmente ajenos a los pensamientos de Adrián, sus primos seguían correteando por la pequeña explanada bajo la atenta mirada de las mujeres. Ateridas de frío, no dejaban de caminar de un lado para otro y miraban de vez en cuando a sus maridos interrogándoles con gestos sobre cuándo se decidían a volver a casa.

Los ruidos eran numerosos y acompañaban como en una sinfonía imperfecta a la familia allí reunida. De vez en cuando, una ráfaga de viento movía las ramas de los árboles produciendo un murmullo característico que simulaba lejanas olas del mar. En otras ocasiones eran los coches que pasaban y el eco de sus motores lo seguían oyendo cada vez más lejano, conforme la carretera serpenteaba junto a los meandros del río Guadalaviar. Pero, sobre todo, sobresalía el canto de los numerosos pájaros que poblaban los árboles entre el borde de *El Azud* y la carretera. Agradable compañía que custodiaba el descanso eterno de las personas allí enterradas. Una melodía que ni tan siquiera los revoltosos críos podían acallar. Acababan de meterse en el coche temblando de frío y jugaban ajenos a lo que ocurría puertas afuera.

Sin embargo, de repente, como en una exhalación, sobrevino el silencio más absoluto. Todo cambió. Ningún coche en la carretera, nada de aire, ni el rumor de las ramas de los árboles, nada. Al mo-

mento, los pájaros junto al resto de los animales que poblaban el lugar también se sumaron a esta imaginaria sinfonía silenciosa. Algo extraño, enigmático, se presentía en el ambiente. Era un silencio atronador, tanto que los mayores se miraron extrañados sin atreverse a pronunciar palabra alguna. Sólo quien ha tenido oportunidad de vivir ese silencio, puede comprender el temor que encierra. Irreal y misterioso. Sobre todo, por la ausencia total de los sonidos emitidos por cualquier animal. Ni se les ve, ni se les oye... ¡Nada! De repente, en medio del mutismo más absoluto, los cielos se abrieron solemnemente y en un suspiro comenzó a nevar densa y mansamente. Si el silencio era el tributo que pagaban los mortales a los dioses por momentos como éste, bien merecía la pena estar callado para siempre.



El coche de Javier circulaba de vuelta por la carretera de Monterde en dirección a Cella. Gabriel le pidió que aminorara la marcha; una de las pequeñas se había mareado. Así lo hizo y una vez que llegaron a Cella pararon en un bar situado a la entrada misma del pueblo, cerca de una plaza de toros construida en los años sesenta. Conforme iba deteniéndose el vehículo comprobó que estaba saliendo del aparcamiento contiguo un coche similar al que habían visto bajar del cementerio de Monterde a su llegada.

Decidieron tomar algo caliente, hacía mucho frío, y todavía quedaba mucho camino por recorrer. La pequeña estaba aún algo mareada y necesitaba descansar. Menos mal que los juegos de su hermana y las atenciones recibidas por los dueños del bar la hicieron poco a poco volver a la normalidad. De nuevo en el vehículo atravesaron el pueblo y más adelante enlazaron con la carretera nacional en dirección a Teruel. En las proximidades de la capital se hallaba el término municipal de Caudé y apenas pasaron un cruce que se dirigía a la sierra de Albarracín, observaron un monolito a la derecha de la carretera del que pendía una descolorida bandera republicana y otra anarquista algo más nueva. Se detuvo el coche en las cercanías del monumento en una explanada a modo de un pequeño parque y salieron todos.

El frío era considerable y Javier obligó a sus hijas a ponerse los guantes, el gorro y las bufandas si querían salir a jugar. Ellas prefirieron jugar a incómodas antes que seguir más rato en el coche. De manera

que obedecieron las consignas de su padre y cubiertas de ropa salieron correteando y persiguiéndose. Javier se fue hacia las dos ancianas y le dio un manojo de claveles a cada una. Luego, se colocó entre ellas cogiéndolas de los brazos para acercarlas al monolito donde depositaron las flores.

Una vez allí, se sentaron en un banco recién construido y las dejó hablando de sus cosas. Se fue de nuevo hacia el coche vigilando a las crías para que en sus juegos no abandonaran la seguridad del parque y cruzaran a la carretera. Recostado sobre el coche encendió un cigarrillo mientras miraba a las primas cómo conversaban. Se le acercó Gabriel que había ido a dar una pequeña vuelta por los alrededores mientras pensaba en sus cosas y seguía dándole vueltas a la salud de la *compañera*. Caminaba a paso lento, el sombrero puesto y las manos en los bolsillos a pesar de llevar enfundados unos viejos guantes.

—¿Sabe algo la tía de su enfermedad? —le preguntó Javier.

—No he tenido valor para decírselo todavía. Siempre nos lo hemos contado todo y ahora me falta coraje para hacerlo. Es la hora de la verdad y le estoy fallando miserablemente —respondió con aire lastimero.

—Venga, Gabriel, no digas eso. No resulta fácil decir a la mujer que amas que tiene una enfermedad incurable y se va a morir de un momento a otro —lo disculpó.

No estaba de acuerdo Gabriel y le rebatió.

—Precisamente, si la quieres tanto tienes que ser valiente. Y yo creo que la verdad y la sinceridad es la base de las relaciones entre las personas. Hay que ser honestos con los que te rodean como quisieras que lo fueran contigo. ¿Hasta qué punto hago bien no comentándole cuál es la verdadera situación por la que pasa? He insistido en hacer este viaje porque, sin lugar a dudas, será el último y ella me parece que también lo intuye. Los médicos le dieron de vida hasta el verano y mira en las fechas que estamos. Cada día que pasa desde entonces es un regalo para mí.

Las mujeres, mientras tanto, estaban sentadas en el banco cogidas de la mano y miraban de frente el monolito, evocando sus recuerdos. En un momento dado las niñas se acercaron y solicitaron a su abuela Flora quitarse parte de la ropa de abrigo, que de tanto jugar

casi empezaban a sudar y decían que les sobraba. Esta les dijo que no podía ser porque hacía mucho frío. Y tal como les hacía el comentario comenzó a nevar tibiamente. Las niñas asintieron y se fueron corriendo aprovechando las novedades del tiempo. Flora, entonces, le dijo a su prima:

—¿Qué tal te encuentras?... últimamente te noto preocupada.

—No es nada, supongo que serán cosas de la edad, aunque es curioso porque cada día que pasa los recuerdos que tengo sobre mi niñez me llegan a confundir. Aunque si te digo la verdad lo que me trae de cabeza es la maldita enfermedad que padezco y está acabando conmigo poco a poco.

—No digas eso, mujer, que no va contigo. Tienes que mantener en vida la esperanza con la que siempre te conocimos...

—¿Cómo dices...?

Cuando su prima oyó esa palabra cambió el gesto de la cara, miró seria y con los ojos muy abiertos a Flora. Ésta se dio cuenta del error cometido y le pidió disculpas.

—Perdóname, mujer, no he caído. Hace tanto tiempo que ya no me acordaba de que ese nombre te trae malos recuerdos.

—No te preocupes, no tengo nada que reprocharte. En todo caso mi enfado lo tendría que dirigir a los curas y no a ti —la disculpó.

A este descargo siguieron unos momentos de silencio que parecieron interminables en los que ninguna de las dos se atrevió a hablar. Finalmente, Flora aprovechó la ocasión para preguntarle algo que llevaba largo tiempo rumiando.

—Prima, nunca hemos hablado de esto. Yo sé que para ti ha sido un tema tabú durante toda tu vida, pero siempre he tenido curiosidad en saber qué te contó tu madre sobre el cambio de tu nombre. Sabes que no sé nada de vuestras vidas en Monterde salvo que pasasteis muchas calamidades. Y escucha, si no quieres hablar del tema me parece muy bien —concluyó con cierto reparo.

Su prima no dijo nada en un primer instante. Pero por otra parte pensó que ya había pasado mucho tiempo desde aquello y lo mejor sería contarle para expulsar de una vez por todas los fantasmas que le habían atormentado durante su vida. Casi hasta lo estaba dese-

ando. Suspiró profundamente y comenzó a comentarle como en un susurro.

—Tú fuiste una afortunada, tus padres estaban en Valencia cuando empezó la guerra civil y no sufriste tanto como yo —tras esa primera frase que parecía esconder cierto recelo continuó—. Después de la muerte de mi padre, al principio de la contienda, nos quedamos en el pueblo y mi madre para sacarnos adelante ya sabes que se puso a trabajar de costurera. Menos mal que la abuela Margarita nos ayudó en lo que pudo mientras vivió. También algunas mujeres del pueblo muy pocas, no creas, pues en caso contrario nos habríamos muerto de hambre. Según me contó la abuela Margarita, cierto terrible día durante la postguerra, el cura había obligado a mi madre a bautizarme junto a otros críos en el pueblo que no lo habían sido o cuyos nombres no eran los apropiados. Era lo primero que había que hacer para derogar nuestra equívoca situación y por todo ello me cambiaron el nombre de Libertad porque era considerado rojo y poco o nada cristiano. Mi madre decidió entonces que me llamaría Esperanza por todo lo que esa palabra representaba. Por eso yo crecí llamándome así y cuando murió la abuela Margarita nos decidimos a salir del pueblo y huir a Francia. En las vísperas del viaje ya había empezado a tomar conciencia sobre mi historia y la verdad sobre la de mi padre. Luego, con el tiempo y una vez asentados en el exilio, logré sonsacar a mi madre sus terribles vivencias en el pueblo durante mi niñez. A pesar de su resistencia acabé averiguando los continuos desaires de alguna gente y los malos modos empleados por un cura fascista llamado Pascual. Era una mala persona. Más que un sacerdote parecía un integrista furibundo con unos principios morales más propios de la Inquisición. Todo ello era algo que desconocía totalmente porque en el pueblo nadie osó decirme nunca nada a pesar de ciertos desprecios que no comprendía y con el tiempo supe a qué se debían. Desde entonces me llamo por mi verdadero nombre: Libertad. Y mira, no me enfado porque me llames Esperanza, porque no lo soy, y además ya no creo en ella pues la he perdido por completo. Sinceramente, prefiero que me llamen de la manera que eligió mi padre porque significa aquello por lo que luchó y murió: Libertad.

Dijo esto y se produjo un prolongado silencio. Para Flora el enigma había quedado resuelto, aunque todavía existían algunos cabos sueltos por atar. Esto ya sería en otra ocasión, pues Libertad

parecía cansada después de haber hablado, posiblemente por todos los recuerdos que habían surgido en la conversación. Como seguía nevando, Flora, que no tenía puesto en la cabeza más que un pañuelo anudado al cuello, dijo que iba a guarecerse al coche y que la esperaba allí. Libertad le respondió que la dejara despedirse de su padre como todos los años y que cuando acabara acudiría también al coche.

Entonces la anciana se incorporó al tiempo que se quitaba la gorra parisina con la mano, golpeándola en su interior con la palma de la otra hasta vaciar la nieve que se había ido acumulando. Acto seguido se la volvió a colocar, ajustándosela delicadamente en su cabeza a modo de un improvisado paraguas. Se situó frente al foso donde yacía su padre y repitió la escena que había realizado durante los últimos tiempos. Levantó el puño hasta la altura de su hombro y comenzó a susurrar la canción favorita de Rafael que le enseñara su madre mientras las nubes seguían descargando.

Estaba Libertad llegando a las últimas estrofas del himno cuando sintió un ahogo intenso en el pecho. Con su mano derecha intentó abrirse los botones del abrigo de un tirón, pero no lo consiguió. Le fallaron las fuerzas y dobló las rodillas cayéndose al suelo con el puño aún cerrado mientras la nieve continuaba agolpándose sobre su diminuto cuerpo. En ese lugar, donde muchos años atrás su padre había sido muerto de la forma más vil que pueda darse, ella exhalaba también su último aliento de vida.

Los tres adultos no se habían dado cuenta de lo sucedido, estaban guarnecidos dentro del vehículo mientras hablaban y vigilaban a las niñas que jugaban recogiendo con sus manitas enguantadas los copos de nieve que caían continuamente. Ellas fueron las que en una de sus correrías por el parque se apercibieron del desfallecimiento de la anciana. Sus persistentes gritos llamaron la atención de los mayores, que rápidamente abrieron las puertas del coche y corrieron hacia Libertad, que ya estaba cubierta por una ligera sábana blanca. Gabriel, a pesar de sus años, fue casi tan rápido como Javier y cuando llegó al cuerpo sin vida de su *compañera* se arrodilló mirándola a los ojos con honda ternura. La recogió con sus brazos y enlazándola a través de los hombros la alzó ligeramente y la estrechó con fuerza sobre su pecho mientras se balanceaba y la llamaba inútilmente.

—*Compañera*. Mi Libertad... Mi vida... No te alejes de mí... No me dejes solo... —gemía.

En esos momentos arreció la nevada, copiosa, magnífica. Era una borrasca largamente anunciada que cumplía por fin con las expectativas previstas. Unos copos de nieve densos y abundantes sembraban el campo intermitentemente, contribuyendo a un nuevo ciclo de la vida entre los Pozos de Caudé y la Sierra de Albarracín. La tormenta de nieve era algo común y caía por igual sobre las tumbas de José María, Anselmo, Manuel, Florentín, Rafael y sobre todos los restos mortales que se encontraban dispersos a lo largo de la Sierra. Y por supuesto, también afectaba a sus familias que acudían a honrarlos en un día como éste.

Ahí estaba Marcelina en el cementerio de Monterde, intentando superar las tristes circunstancias de su vida e imaginando cómo pudo haber sido su padre y la manera de mantener su nexo familiar. E Irene, apenada por un hombre al que no conoció pero por el que siente adoración debido a las circunstancias penosas de su ajetreada existencia y su dolorosa e injusta muerte. También Virtudes, refugiada bajo una sabina mientras llora desconsoladamente, embargada por la felicidad de haber encontrado por fin la tumba de su querido padre. O la familia de Florentín con el desconcertado Adrián que empieza a tener cada vez más claro el significado de la palabra intransigencia y hasta dónde puede llegar la maldad en los seres humanos. Y por supuesto, Libertad y su familia, que lloran su pérdida y no aciertan a comprender algunas de las crueles casualidades de la vida como las que se han cebado en ella y su padre.

Y como un claro reflejo de las circunstancias de la vida, en ese primero de noviembre de un año indeterminado en el recién estrenado siglo veintiuno, estaba la persistente nevada que caía en esos momentos. Este acto sublime de la naturaleza afectaba a los hijos de una Sierra olvidada y a su mundo de idéntica manera. Así pues, conforme seguía cayendo la nieve todo quedaba igualmente empapado: cementerios y tumbas anónimas, vivos y difuntos, hombres y mujeres, niños y ancianos, animales y plantas, montañas y valles, casas, campos y ríos... La vida en la sierra de Albarracín en el sentido literal de la palabra. Los juegos, las risas y la inocencia de los niños los igualaban también a todos, tanto como la nevada que insistentemente caía del cielo.

Este ciclo de la vida nos puede servir también para equiparar a los seres humanos. En síntesis, éstos realizan las mismas funciones vitales ya que nacen, crecen, se reproducen y finalmente mueren. Pero eso sí, son los actos que realizan a lo largo de su existencia, los que les definen como personas y les llegan a diferenciar en una única, personal e intransferible historia.

FIN

GLOSARIO

ALADRO.- Arado.

ALCARREÑO.- Bebida de alta graduación extraída del mosto de la uva originaria de la comarca de la Alcarria, que solía consumirse en la sierra de Albarracín.

ANDOSCA.- Oveja de tres años que ha parido una vez.

APARCEAR.- Contrato oral por el que los campesinos se prestan recíprocamente los animales de tiro para poder realizar las labores del campo.

ARRHASH.- Vocablo bereber que significa “veneno”.

ARTESA.- Caja de madera que sirve para amasar el pan.

ATADOR.- Segador que se dedica a atar los haces de cereal.

BALDE.- Cubo de cinc o de cobre que sirve para el transporte de líquidos.

CADIERA.- Bancos alargados de madera donde tenían cabida de dos a cuatro personas y estaban situados en los aledaños a las chimeneas de las casas.

CAMBRA.- Desván, parte superior de la casa donde se almacena el grano.

CAMPILLEROS.- Vendedores ambulantes naturales del pueblo de El Campillo que en carros recorrían los pueblos de la sierra de Albarracín.

CAPELLANETS.- Bacaladillas secas muy propias de la cocina popular valenciana que solían asarse y debidamente aderezadas con aceite de oliva solían comerse como entremés.

CARLANCA.- Collar que lleva incrustados numerosos pinchos y sirve para proteger a los perros pastores de los ataques de otros perros o lobos.

CEDAZO.- Instrumento compuesto de un aro y de una tela más o menos tupida que se utiliza para separar las partes finas de las gruesas de algunas cosas como la harina o el suero.

CESTICO.- Pequeña canasta de mimbre.

CHABASCO.- Carrascas de pequeño tamaño.

CHASCA.- Ramas finas e inservibles de carrasca que suelen podarse para hacer el techado de los cobertizos.

CHOZO.- Construcción rústica de piedra y techado de ramas utilizado para el refugio de pastores.

CINA.- Hacina, conjunto o montón de haces o de mies formado en la era; también se dice de la leña apilada.

COFINES.- Cesto o canasto grande de esparto que se utilizaba en los molinos de aceite para prensar las aceitunas.

CONSILIARIO.- Consejero eclesiástico que participaba en las directivas de los sindicatos católico-agrarios de principios del siglo XX.

CRIBERO.- Especie de criba con hoja de lata y aro de madera.

DEDIL.- Funda de cuero o tela basta que se colocaban los segadores en el dedo índice para protegerse cuando segaban junto a las zoquetas.

DESBRINAR.- Acción de quitar el esbrín en la flor del azafrán.

ENCAÑADURA.- Manojos grandes de cereal generalmente centeno que después de un proceso servía para atar los haces de cereal.

ENCASILLAR.- Acuerdo entre los partidos políticos del periodo de la Restauración por el cual se repartían los distritos electorales.

ENGAVILLADORA.- Máquina de tracción animal que servía para segar y agavillar los cereales.

ENRAMADA.- Tradición festiva por la cual las ventanas de las enamoradas quedaban engalanadas con ramas de diferentes árboles frutales por los mozos que las cortejaban.

ENRUNAR.- Amontonar escombros, cubrir de escombros o tierra.

FIEBRES DE MALTA.- Infección por una bacteria que se transmite a los humanos por la leche sin pasteurizar.

FRESNAL.- Acumulación de ramas en forma piramidal.

FRITO (El).- Conserva frita de la matanza que solían guardar los serranos para su consumo durante todo el año.

GALERA.- Fondo extensible situado en los carros y que estaba sujeto a su armazón mediante cadenas.

GAMELLON.- Comedero y bebedero para animales que solía ser de madera de sabina.

GARROTE.- Palo de forma curva que sirve para dar presión mediante una vuelta a los vencejos que sujetan los haces de cereal.

GAYUBA.- Mata silvestre de las ericáceas, con frutos en forma de bolitas rojas y hojas pequeñas de aspecto bulboso.

GRANZA.- Residuos que quedan de las semillas después de aventarse y cribarse.

GRIFA.- Marihuana, especialmente la de origen marroquí.

JOFAINA.- Vasija grande y de poca altura que sirve para lavarse la cara y las manos.

LUCERO.- Electricista.

MALDECIDA.- Insulto de carácter fuerte que se daba en el pueblo con cierta frecuencia.

MANDIL.- Especie de delantal de tela o cuero que se colocaban los segadores para proteger el cuerpo cuando ataban o engavillaban el cereal.

MANGUITO.- Refuerzo de cuero o lona basta que sirve para proteger el antebrazo de los segadores.

MANTA (La).- Pago no regulado por el cual el novio forastero tenía que satisfacer a los mozos del pueblo de la novia.

MASADOR.- Habitación donde se amasaba el pan y guardaban ciertos alimentos.

MAYOS.- Fiesta popular antiquísima por la cual quedaban emparejados los jóvenes de los pueblos.

MOQUERO.- Pañuelo.

MORRA.- Juego tradicional semejante al de los chinos.

MOSEN.- Forma tradicional de tratamiento dado al sacerdote o párroco.

MUCHICHO.- Vocablo local monterdino que designa a los muchachos pequeños entre los cinco y los diez u once años.

PAGUICOS.- Pequeñas cantidades de dinero.

PARIDERA.- Especie de corral o lugar donde se guarda el ganado.

PASTURA.- Revuelto de comida dado a los animales de engorde, principalmente los cerdos.

PAZ SOCIAL (LA).- Revista editada en Zaragoza que era el órgano social de las primeras agrupaciones católico-agrarias.

PEIRÓN.- Pilar de piedra con hornacina en la parte superior que contiene alguna imagen sagrada. Señalan el inicio o confluencia de caminos a la salida de los pueblos.

PEPINES.- Apodo de los músicos locales de Monterde pertenecientes a una conocida familia a principios del siglo XX.

PLAZO.- Bancal, terreno de labor o campo de cultivo generalmente de forma alargada y rectangular cuya extensión equivale aproximadamente a una u dos fanegas de secano, es decir entre las 0'44 y las 0'88 Ha.

POYO.- Banco, asiento de piedra.

PRIMALA.- Oveja de hasta dos años que todavía no ha parido ninguna vez.

PUGA.- Palos de madera que se colocaban en los laterales de los carros para proporcionar más cabida de cereal al transportarlo.

QUINCALLEROS.- Trabajadores ambulantes que se dedicaban a arreglar todo tipo de utensilios.

REHALDA.- Repisa o vasar en torno a la campana de la chimenea.

REINO (Ir al).- Equivalente a trashumar, trasladar el ganado a las tierras de Valencia, Castellón, Alicante o Murcia.

RETAMA.- Arbusto de ramas finas y largas que se utilizaba para realizar escobas.

RIF.- Zona geográfica que delimita una región del antiguo protectorado de Marruecos.

RUSAL.- Arado que sirve para voltear la tierra cuando si binan los campos.

SAMUGAS.- Soporte colocado a la caballería para cargar haces, mies u otra mercancía.

SECULARIZACIÓN.- Proceso por el cual alguien o algo pierden su carácter religioso para pasar a ser laico.

SOMARRO.- Cecina obtenida de la carne fresca de oveja o de cabra, sazónada con sal, ajo y vinagre. Antiguamente se utilizaban también los animales muertos recientemente.

TÁBANO.- Mosca de gran tamaño.

TABLAMÓVIL.- Especie de reposabrazos movable que podía realizar también las veces de pequeña mesa dispuesto en la parte central de las cadieras.

TALEGA.- Saco con una medida precisa de capacidad.

TÍO.- Patronímico de ciertas personas en los ambientes rurales de la Sierra.

TOLVAS.- Dispositivo similar a un embudo de gran talla destinado al depósito y canalización de materiales granulares o pulverizados.

TORNEAR.- Acción de dar la vuelta a la parva de la era para que todo el cereal quede perfectamente trillado.

TRAGALDABAS.- Apasionado por la comida.

TRASANDOSCA.- Oveja de cuatro años que ha parido dos veces.

TRÉBEDE.- Soporte de hierro con tres patas para colocar recipientes.

TROJES.- Compartimentos en el desván para guardar cereales.

VENCEJO.- Manojó extraído de la encañadura que sirve para atar los haces de cereal.

ZOQUETA.- Pieza de madera tallada de forma que quepan los dedos en su interior, protegiéndolos así de posibles cortes cuando segaban los segadores.

GLOSARIO DE NOMBRES Y LUGARES

ALBORAYA.- Población agrícola valenciana situada en plena huerta a unos tres kilómetros de la ciudad de Valencia.

ALONSO, Luis.- Activo propagandista social-católico en la sierra de Albarracín. Participó en la creación de numerosos sindicatos entre ellos el de Monterde.

ALMAZÁN, Teófilo.- Importante activista socialista que colaboró en la creación de numerosos sindicatos en la sierra de Albarracín.

AMPUDIA (La). Zona del término de Monterde que linda al sur con su casco urbano.

BARÓN DE VELASCO.- Diputado del distrito electoral de Albarracín-Calamo-cha entre los años 1910 y 1923. Era asimismo un importante terrateniente y propietario en Andalucía donde iban muchos monterdinos y serranos durante los inviernos de principios del siglo XX.

BARRANCO DE LA HOZ.- Lugar situado a la entrada del pueblo de Monterde en dirección a la localidad de Cella.

BARRANCO DEL CHORRILLO.- Lugar situado en la parte norte del término municipal que desemboca en el inicio del Barranco de *La Hoz*.

BARRANCO DEL MOLINO.- Lugar situado al noroeste del pueblo por donde discurre el riachuelo que pasa por Monterde y contó con la presencia de un molino hasta el siglo XIX.

BARRIALTO.- Barrio monterdino situado hacia el este del casco urbano en dirección a Cella.

BARRIO DE LA FUENTE.- Barrio monterdino que se encuentra situado en la entrada del pueblo después de atravesar el barranco de *La Hoz* en los alrededores de una fuente y abrevadero construida durante la dictadura de Primo de Rivera.

BENIMACLET.- Localidad valenciana situada en plena huerta y separada de la ciudad de Valencia a poco más de un kilómetro a comienzos de 1930.

BENITO CARRERO, Pascual.- Destacado activista anarquista en la ciudad de Albarracín durante la II República.

BOTELLA, Cristóbal.- Político de la Restauración que se presentó a las elecciones del año 1918 en el distrito de Albarracín como integrista resultando derrotado por el Barón de Velasco.

CAMPILLO (El).- Localidad turolense situada al sur de la sierra de Albarracín.

CAÑALQUERQUE.- Zona perteneciente a Monterde situada en el extremo norte de su término municipal.

CASA DEL RENTO.- Importante casa situada en la parte central del pueblo donde según las crónicas se cobraban los impuestos en tiempos pasados.

CERROLA HORCA.- Lugar situado debajo del cerro de san Cristóbal donde todavía es visible las marcas de los postes donde colgaban a los ajusticiados durante la Edad Media.

COLINAS.- Punto geográfico donde confluyen los caminos entre Bronchales-Orihuela del Tremedal y Pozondón-Monterde.

COLLADO (El).- Montaña situada al sur que delimita la hoya donde se asienta el pueblo de Monterde.

CUEVA DEL GATO.- Abrigo rocoso situado al finalizar el barranco de *La Hoz* muy cerca del pueblo de Monterde.

DÍEZ, Pedro.- Catedrático y destacado miembro del P.S.O.E. en la provincia de Teruel durante la II República.

ESCOBOSO.- Zona adhesionada con predominio de campos de labor y un denso sabinar, ubicada en la parte noreste del término municipal de Monterde.

ESPINOSA.- Lugar del término municipal de Monterde situado en la parte central del término municipal.

FUENTES (Las).- Barrio zaragozano cercano al río Ebro.

GÓMEZ CORDOBÉS, Juan José.- Ingeniero jefe de la sección de vías y obras de la Diputación provincial de Teruel durante la dictadura de Primo de Rivera que paralizó las obras de la construcción de la carretera de Cella a Monterde.

HOYA QUEMADA.- Lugar del término municipal de Monterde situado al sur del mismo.

IRANZO, Vicente.- Destacado político republicano natural de Cella que llegó a ser ministro en varios gobiernos durante la II República.

JARA (La).- Masía con varios edificios que se encuentran situados en el camino de Monterde a Bronchales.

JIMÉNEZ, Juan.- Fue el presidente de la Federación turolense de sindicatos católico-agrarios y participó en la creación de numerosas agrupaciones entre ellas la de Monterde.

JULIÁN GIL, José María.- Importante político de Acción Popular Agraria en la provincia de Teruel durante la II República. Era natural del pueblo de Ródenas. Fue elegido diputado en las elecciones legislativas de noviembre de 1933 y febrero de 1936.

LAGOSA (La).- Hacienda de origen medieval situado en la confluencia de los términos municipales de Albarracín y Monterde hacia el sureste de esta última localidad.

LAVADERO (El).- Lugar ubicado en la sierra del término municipal de Monterde a unos tres kilómetros de distancia donde acudían a lavar las mujeres del pueblo aprovechando una balsa natural proveniente de un pequeño arroyo.

MAJADA DE LAS CABRAS.- Lugar situado en la alta sierra del término municipal de Monterde donde un pequeño prado posibilitaba el cuidado de la cabrada del pueblo.

MATELLANA.- Lugar perteneciente al término municipal de Monterde entre esta localidad y Cella.

MEADERO.- Paridera que está dispuesta a medio camino entre las localidades de Monterde y Cella. Debido a que el viaje a pie duraba unas cuatro horas entre las dos poblaciones los caminantes solían pararse en ese lugar a descansar y aliviarse de ahí el nombre que ha perdurado.

MONTEAGUDO.- Heredad situada entre los términos de Albarracín y Monterde, al sur de este último municipio.

MORA GAUDÓ, Manuel.- Destacado intelectual que fue el artífice de la Asamblea Magna de Albarracín en el verano de 1917 donde se discutió sobre la conveniencia de mejorar el correo por la Sierra. Tuvo un paso efímero por la política en el año 1918.

MUELA (La).- Montaña situada al oeste y que delimita la hoya donde se asienta el pueblo de Monterde.

NOGUERA (La).- Zona ubicada muy cerca del pueblo de Monterde siguiendo el camino hacia Bronchales.

PAVÍA DE CASTILLA Y PORTUGAL, Rafael.- Fue el secretario del ayuntamiento de la ciudad de Albarracín entre el primer tercio del siglo XX.

PEIRÓN DE LAS ALMAS.- Pequeña construcción religiosa ubicada en las afueras del pueblo de Monterde camino de las Eras a Albarracín.

PEÑALAMAJADA.- Pequeño prado de forma alargada situado en la parte más alta de la sierra de Monterde donde acudía la cabrada local durante el verano.

POLO DE BERNABÉ, Luis.- Primer Delegado gubernativo del distrito de Albarracín durante la dictadura de Primo de Rivera hasta su fallecimiento a finales del año 1924.

PUEYO, Pedro.- Destacado dirigente socialista durante la II República en Teruel.

ROGER, Alberto.- Importante propagandista social-católico turolense a principios del siglo XX que formó parte de la directiva nacional. Colaboró activamente en la creación de numerosos sindicatos en la sierra de Albarracín entre ellos el de Monterde.

RUANO PRIETO, Fernando.- Véase Barón de Velasco.

SAN CRISTÓBAL (Ermita y Cerro).- Ermita situada en el cerro de su mismo nombre que ya estaba medio derruida a comienzos del siglo XX.

SAN ROQUE.- Ermita del pueblo de Monterde situada a las afueras de la población en cuyo lateral se dispone el cementerio municipal.

SANTOS DE LA PIEDRA (Los).- Ermita situada en el término municipal de Pozzodón.

TORÁN, José.- Destacado político y propietario turolense durante el primer tercio del siglo XX.

TOYUELA.- Masada existente entre el viejo camino que conectaba Albarracín con Cella a través de la paridera del Meadero.

TOZAL (El).- Famosa hospedería de la capital turolense.

UMBRÍA (La).- Barrio de Monterde situado al sur del casco urbano.

VALDEMONTERDE.- Zona del término municipal de Monterde que abarca la parte sur del mismo lindando con el término de Torres.

VALDEMORO BARRIO, José María.- Natural del pueblo de Torres fue un destacado político provincial durante el primer tercio del siglo XX. Durante la dictadura de Primo de Rivera fue nombrado presidente de la Diputación turolense desde donde fue el principal artífice de muchas obras en la Sierra sobre todo en Monterde.

VENTA DEL RATÓN.- Antigua posada de la que hoy apenas quedan las ruinas localizada entre las localidades de Cella y Gea de Albarracín. Estaba situada muy cerca del camino que llevaba a Albarracín y era asimismo el punto de partida de la cañada de trashumancia conocida como Cañada de la Venta.

VILATELA, Gregorio.- Destacado político republicano de izquierdas que resultó elegido en las elecciones legislativas de 1931 y 1936. Murió fusilado a comienzos de la guerra civil.

ZURITA, Francisco.- Segundo Delegado gubernativo del distrito de Albarracín desde comienzos de 1925 hasta el año 1930.

GLOSARIO HISTÓRICO

INVIERNO 1920.-

La carta que aparece es real y fue escrita por Vicente Saz a su esposa Engracia Lahuerta el día 22 de febrero del año 1926. Se ha transcrito tal y como fue redactada.

El procedimiento electoral era tal y como se describe pero las elecciones que se comentan tuvieron lugar realmente el día 1 de junio de 1919.

CAPITULO I.-

En la mayor parte de los pueblos de la Sierra existía una comadrona de los pobres y como tal era registrada en las Actas municipales.

CAPITULO III.-

En los presupuestos municipales del ayuntamiento de Monterde figuraba una partida en los gastos para aumentar la dotación de los maestros.

CAPITULO V.-

La crisis de los jornaleros de Bronchales y Orihuela de Tremedal y su amenaza de emigrar al Brasil por culpa de la Ordenación de Montes ocurrió tal y como se describe. La intervención del Barón de Velasco en el Congreso de los Diputados tuvo lugar el día 24 de marzo de 1911.

CAPITULO VI.-

La procesión por los hechos que se mencionan tuvo lugar en una masada perteneciente al término municipal de El Vallecillo (sierra de Albarracín) a finales del siglo XIX.

CAPITULO XI.-

La Magna Asamblea a favor de los Autos y el servicio de Correos se celebró en Albarracín el día 15 de julio de 1917. Fue un rotundo fracaso y no se logró que se suscribiera ni una sola acción. Eso sí se estuvo pleiteando durante varios meses para ver quien pagaba los gastos de la comida.

También acabó en un sonoro fracaso el intento del Barón de Velasco para favorecer las comunicaciones viarias de la Sierra. La reunión se celebró en Albarracín el

día 23 de agosto de 1911. Y también son escasos los resultados obtenidos en la celebrada en Santa Eulalia el 6 de mayo de 1917.

CAPITULO XII.-

La historia del Barranco del *Rancho* ocurrió en realidad en el municipio de Gea de Albaracín y allí lo conocen como el Barranco del Comedor.

CAPITULO XIII.-

El proceso de creación de los sindicatos católico-agrarios era tal y como se describe.

La ideología que transmiten los propagandistas social-católicos era la oficial de la Iglesia en esa época y está recogida en los libros que publicaron sus principales apologistas durante esas fechas.

En la creación del de Monterde intervinieron los propagandistas Luís Alonso Fernández, Juan Jiménez Bayo y Alberto Roger Martínez.

El sindicato de Monterde se creó en octubre del año 1921.

CAPITULO XIV.-

Las circunstancias por la que muchos españoles se eximían de ir al ejército durante esas fechas son como se han narrado en este capítulo.

CAPITULO XV.-

Los propagandistas católico-agrarios se perdieron en el camino a Monterde y tuvieron que ir a buscarlos como se indica. Ocurrió el 4 de junio de 1922.

CAPITULO XVI.-

En las elecciones legislativas del 29 de abril de 1923 el Barón de Velasco resultó elegido diputado gracias al artículo 29 de la ley electoral.

CAPITULO XVII.-

El 20 de agosto del año 1923 se inauguró la red telefónica en Monterde con dos abonados.

El ayuntamiento estipuló en diez céntimos a recaudar por los recados que se dieran por teléfono y cuarenta céntimos por llamar.

CAPITULO XVIII.-

Interpretación libre de varios artículos aparecidos en los periódicos turolenses durante esa época haciéndose eco de los numerosos curanderos existentes en la Sierra.

CAPITULO XIX.-

El día 13 de septiembre de 1923 el general Primo de Rivera dio un golpe de Estado e instauró la Dictadura.

El 4 de octubre de ese año varios miembros de la Guardia Civil acudieron a Monterde para convocar al ayuntamiento y destituirlo por otro nuevo.

CAPITULO XXI.-

El invierno de los años 1924-1925 fue de los más crudos que se recuerdan en la Sierra. Dos imponentes nevadas cayeron en dicho invierno. La primera el día 23 de noviembre de 1924. Y la segunda entre los días 9 y 16 de enero de 1925.

CAPITULO XXII.-

El primer Delegado gubernativo del distrito de Albarracín fue el capitán de artillería Luís Polo de Bernabé y Arteaga que falleció a finales de 1924. Le sustituyó Francisco Zurita hasta el final de la Dictadura.

La Fiesta del Árbol fue reintroducida en los pueblos serranos gracias a los Delegados gubernativos después de haber ido languideciendo durante muchos años.

CAPÍTULO XXIV.-

En noviembre del año 1926 se inauguró la red de abastecimiento de agua a la población de Monterde con la construcción de una fuente y abrevadero.

En diciembre de 1927 fue inaugurado el alumbrado público en Monterde.

En el otoño de 1928, acudió a Monterde el ingeniero jefe del servicio de vías y obras de la Diputación provincial don Juan José Gómez Cordobés, pero a pesar del interés de los monterdinos no consideró oportuno formalizar la construcción de la tan deseada carretera. Los *Pepines* (músicos locales) le dedicaron ese pasodoble compuesto para la ocasión.

CAPITULO XXV.-

La intromisión de los Delegados gubernativos en la vida municipal fue la nota dominante de su actuación durante la Dictadura tal y como se indica.

El libro de las multas pertenece en realidad a la población de Gea de Albarracín durante esas fechas.

CAPITULO XXVI.-

El tío pedigüeño pertenecía a la orden de los Franciscanos en Teruel y era frecuente su visita al pueblo entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX.

CAPITULO XXVII.-

El día 3 de mayo de 1928 se celebró una misa y la consiguiente procesión del Cristo de las lluvias que se venera en el pueblo.

El triduo se celebró durante los días 15, 16 y 17 de junio de 1928.

A las tres de la tarde del día 8 de julio de 1928 cayó una impresionante tormenta de granizo que dio al traste con la cosecha de ese año.

CAPITULO XXXII.-

El 26 de octubre de 1930 tuvo lugar un mitin republicano y socialista en el teatro Marín de Teruel que contó con un lleno absoluto y con una amplia representación de los pueblos de la provincia.

CAPITULO XXXIII.-

A las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 se presentaron tres candidaturas en Monterde de Albarracín. Una era participada por los terratenientes, la otra por los profesionales del pueblo y la última por los jornaleros. Los resultados de cada una de ellas los hemos adscrito a los protagonistas del capítulo.

CAPITULO XXXV.-

En las elecciones legislativas del 29 de junio de 1931 el triunfo en Monterde correspondió a la candidatura Republicana Popular de orientación izquierdista.

CAPITULO XXXVII.-

El día 25 de octubre de 1931 tuvo lugar una asamblea anarquista en Albarracín. En un principio se tenía que realizar en el local espectáculo de Arturo Almazán. Sin embargo, al cambiar de local donde estaba previsto que tuviera lugar para que no acudiera el representante de la autoridad, fueron denunciados los promotores y el propietario de dicha casa, Pascual Benito Carrero. Además, fueron detenidos los dos activistas que la habían organizado, Pedro Abril Yago y Raimundo Soriano.

El día 1 de noviembre acudieron a Monterde los diputados Gregorio Vilatela y Vicente Iranzo. Su misión en la gira realizada por los pueblos de la Sierra, era conocer de cerca las necesidades de los campesinos.

CAPITULO XXXVIII.-

La ley de Términos Municipales promulgada en 1931, imposibilitó que los emigrantes temporales de la sierra de Albarracín acudieran a Andalucía tal y como lo habían hecho durante los años anteriores.

CAPITULO XXXIX.-

El primer matrimonio civil realizado en Monterde tuvo lugar en el otoño del año 1932.

CAPITULO XL.-

El día 12 de abril de 1933 el Gobernador civil de Teruel, don Ceferino Palencia, envía una circular a los ayuntamientos de la provincia advirtiéndolo a los alcaldes que la coincidencia entre el aniversario de la proclamación de la II República y el viernes santo puede dar lugar a desórdenes, aconsejando templanza y cautela entre los participantes a los actos que tendrán lugar.

Teófilo Almazán fue un significado socialista, médico de profesión, que contribuyó a la creación de numerosas agrupaciones en la sierra de Albarracín durante la II República.

En Monterde estuvo a punto de crearse un Sindicato de Trabajadores de la Tierra (UGT) y si al final no tuvo lugar fue por la enorme presión de los terratenientes locales.

La representación que tiene lugar en este capítulo, corresponde de una forma bastante aproximada a las que tuvieron lugar en los pueblos de Bronchales y Orihuela del Tremedal.

Muchos párrocos en la sierra de Albarracín se dedicaron a criticar abiertamente a la República desde el púlpito de las iglesias. El caso que se comenta tuvo lugar en realidad en el pueblo de Griegos.

CAPITULO XLIV.-

A partir del año 1932 tuvieron lugar las ocupaciones de fincas que se mencionan.

En las elecciones del 19 de noviembre de 1933, los ganadores en Monterde fueron las candidaturas de la Unión de Derechas de orientación conservadora, y la Republicana Popular, ahora significada por el centro político.

CAPITULO XLVI.-

En el otoño de 1934 tuvo lugar en Monterde un reparto de minúsculos lotes de tierra municipal entre las familias más desfavorecidas del pueblo.

CAPITULO L.-

En las elecciones legislativas del 16 de febrero de 1936 los ganadores en Monterde fueron la candidatura del Frente Antirrevolucionario.

CAPITULO LII.-

El día 10 de septiembre de 1936 un grupo de guardias civiles entró en el pueblo de Monterde para clausurar el ayuntamiento y nombrar otro nuevo afecto a los insurgentes.

Todas las elecciones municipales y legislativas que se narran tuvieron lugar tal y como se indica. La adscripción de los personajes a cada una de las candidaturas ha sido realizada para dar sentido o canalizar convenientemente la historia. Los resultados de los diferentes comicios son ciertos.

Otros personajes que existieron y salen reflejados en la novela son los abuelos de la familia paterna del autor, que son nombrados con sus nombres y apellidos. También en otro relato se traslada las vivencias de los abuelos maternos y su familia, aunque en este caso los nombres han sido cambiados.

Diferentes sucesos comentados en la novela han sido relatados al autor por los vecinos de Monterde, Gea de Albarracín y Orihuela del Tremedal.

El resto de los personajes son ficticios. Cualquier parecido con personas que vivieron durante esos años es pura coincidencia.



Callejero de Monterde de Albarracín.



Término municipal de Monterde de Albarracín.



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Perruca. Industria Gráfica de Teruel,
un día de primavera del año 2013, próximo al aniversario
de la II República Española.

La búsqueda en la resolución de una problemática de candente actualidad nos permite retroceder en el tiempo a una historia que se inicia en el año 1901 en un pequeño pueblo de la sierra llamado Monterde de Albarracín. En dicha fecha nacen dos niños pertenecientes a distintas familias que son criados por la madre de uno de ellos. Años más tarde, formarán una pandilla junto a otros jóvenes del pueblo unidos por lazos que se tornarán inquebrantables. Durante su adolescencia, irán asumiendo las adversidades de la vida y uno de ellos, Rafael, será quien encabece la eterna lucha respecto a lo que se espera de ella. La llegada de la II República no hará sino confirmar la personalidad de cada uno de ellos y marcará definitivamente el futuro de todos los protagonistas. Esta evolución dará lugar a un final inesperado pero, al mismo tiempo, solucionará los enigmas que se cernían en los momentos actuales sobre el ocaso de aquél grupo de amigos.

En esta novela se reflejan las características de la vida cotidiana de un pequeño pueblo de la España rural. Asimismo, se irá haciendo patente un drama que llegó a afectar a miles de compatriotas y cuyo destino final era y, sigue siendo en muchos casos, todavía un misterio.

